

Índice

1. Detectives en viaje al fin del mundo
2. Lo que nos esperaba en el "ombligo del mundo"
3. En los túneles de gas volcánico
4. El misterio de los colosos de la Isla de Pascua
5. El secreto de los "orejas-largas"
6. Superstición contra superstición
7. Ante los mudos guardianes de las cavernas
8. En las cavernas secretas de la Isla de Pascua
9. Entre dioses y demonios, en el mundo subterráneo de la Isla de Pascua
10. Morongo uta: una ciudad en ruinas entre las nubes
11. Mi aku-aku dice...

A su Majestad el rey Olav V, que como príncipe coronado fue el patrón de nuestra expedición

Capítulo 1

Detectives en viaje al fin del mundo

Yo no tenía *aku-aku*. Claro que tampoco sabía lo que era un *aku-aku*; de modo que es muy difícil que hubiese podido utilizarlo de haberlo tenido.

En la isla de Pascua, toda persona sensata posee un *aku-aku*, y yo también tuve uno cuando estuve allí. Pero en aquel momento estaba organizando mi viaje a aquel lugar y, por tanto, no poseía ninguno. Tal vez a eso se debiesen las grandes dificultades con que tropezaron los preparativos de la expedición. Fue mucho más fácil regresar.

La isla de Pascua es el sitio habitado más solitario del mundo. La tierra firme más próxima que pueden ver sus habitantes está en el firmamento y consiste en la Luna y los planetas. Esos hombres han de efectuar larguísimos viajes para comprobar que existen verdaderamente tierras más próximas que las de nuestro satélite. Por consiguiente, viven más cerca que nosotros de las estrellas y conocen más nombres de astros que de ciudades y países de nuestro planeta.

En esa remota isla, situada a oriente del Sol y a occidente de la Luna, el hombre tuvo cierta vez una de sus más curiosas ocurrencias. Se ignora a quién corresponde este honor y el motivo de que la tuviese. Pues hay que tener presente que la cosa sucedió antes de que Colón llevase hombres blancos a América, abriendo con esta hazaña las puertas del grandioso y desconocido Pacífico para ulteriores viajes de exploración. Mientras los individuos de nuestra raza seguían aferrados a la creencia de que el mundo terminaba en Gibraltar, existían otros grandes navegantes cuyos conocimientos eran más amplios. Adelantándose a su época, surcaron mares inexplorados en el inmenso vacío que se abría frente a las desoladas costas occidentales de Sudamérica. Adentrándose en aquellos mares desconocidos,

descubrieron nuevas tierras: una isleta, la más solitaria del mundo. Desembarcando en aquel territorio, afilaron sus azuelas de piedra y dieron comienzo a uno de los más notables proyectos de ingeniería de los tiempos antiguos. No construyeron fortalezas ni castillos, diques ni muelles: esculpieron gigantescas figuras de piedra de apariencia humana, altas como torres y pesadas como vagones de ferrocarril, las arrastraron en número considerable por el suelo y las colocaron en posición vertical sobre enormes terrazas de piedra diseminadas por toda la isla.

¿Cómo consiguieron realizar tal hazaña antes del advenimiento de la técnica? Nadie lo sabe. Mas las figuras que anhelaban poseer fueron irguiéndose como altivas torres hacia el firmamento mientras los hombres morían. Aquellos escultores anónimos enterraron a sus muertos a los pies de los colosos que habían esculpido. Levantaron columnas y dispusieron tumbas. Hasta que un día los golpes de las azuelas sobre las canteras cesaron de sonar. Cesaron de pronto, y las herramientas quedaron allí esparcidas y muchas de las figuras no se llegaron a terminar. Los misteriosos escultores se esfumaron entre las oscuras nieblas de la Antigüedad.

¿Qué sucedió? Sí, ¿qué había sucedido en la isla de Pascua? Me incliné sobre mi mesa de trabajo por milésima vez y dejé vagar mis ojos sobre la carta marina a gran escala del Pacífico, esa traidora hoja de papel en la cual las islas se ven engañosamente destacadas, con su nombre en letras mayúsculas, y por la que se viaja con la regla con la misma facilidad a favor que en contra de las corrientes oceánicas. A la sazón, ya empezaba a conocer aquel océano. Había estado en los agrestes valles del archipiélago de las Marquesas, al sur del Ecuador, donde viví durante un año al estilo indígena, aprendiendo a ver la Naturaleza con los ojos de un polinesio. Allí fue donde oí por vez primera la historia del hombre-dios Tiki: me la contó el viejo Tei Tetua. Estuve también en las islas de la Sociedad, entre las palmeras de Tahiti, donde el gran jefe Terieroo fue mi maestro. Me adoptó como hijo y me enseñó a respetar su raza como la mía propia. Precisamente allí, en los arrecifes de coral del grupo de las Tuamotu, fue donde desembarcamos de la balsa *Kon-Tiki*, dándonos cuenta de que el océano tiene una inalterable corriente: la ruta desde Sudamérica a esas lejanas islas. Por solitarias que éstas fuesen, se hallaban todas ellas en el radio de navegación de las antiguas balsas de los incas.

Tenía también extraños recuerdos de otro lugar: las secas florestas de cactus de las

islas Galápagos. Estuvimos a punto de tocar en ellas con la *Kon-Tiki* y las visité más adelante, en el curso de una nueva expedición, para ver qué secretos se ocultaban en tan remoto archipiélago. En un mundo de cuento de hadas, entre lagartos gigantes y las mayores tortugas que viven sobre la tierra, tomé parte en el hallazgo de una auténtica lámpara de Aladino que yacía, hecha añicos, enterrada bajo un antiguo montón de escombros entre los cactus. Bastó limpiar un poco aquellos sucios y viejos fragmentos para que viéramos unas anchas velas sobre el horizonte oriental. Las velamos con los ojos de la imaginación y eran las poderosas avanzadillas de los incas, que navegaban en sus balsas desde las costas de Sudamérica hacia el mar abierto y desconocido. Cruzaron el océano una vez, dos veces, muchas veces, para desembarcar en los resecos acantilados de las islas Galápagos. Establecieron allí su campamento y al correr del tiempo se les fueron rompiendo, una tras otra, las curiosas vasijas que figuraban en su equipaje y que eran distintas de las que haya podido fabricar cualquier otro pueblo civilizado del mundo. Fueron fragmentos de estas vasijas lo que desenterramos en aquellas antiguas colonias y desempeñaron el papel de la lámpara de Aladino al reflejar las gestas marítimas de sus antiguos dueños y proyectar su luz en las tinieblas de las épocas prehistóricas. Ningún arqueólogo había investigado hasta entonces el grupo de las Galápagos y, por tanto, no se habían realizado descubrimientos. Nosotros fuimos los primeros en creer que los indios americanos habían efectuado navegaciones de altura y, de acuerdo con esta idea, realizamos una expedición para comprobar si era cierto. Los arqueólogos Reed, Skjolsvold y yo desenterramos más de dos mil de esos antiguos fragmentos, procedentes de ciento treinta vasijas distintas. En Washington, los expertos analizaron aquellos trozos como los detectives examinan unas huellas dactilares y pudieron confirmar que un milenio antes de que Colón abriese las puertas de América, los exploradores incas habían abierto de par en par las puertas del Pacífico, visitando repetidamente las remotas islas Galápagos¹.

Éstas eran las más antiguas huellas humanas que hasta entonces se habían descubierto en las auténticas islas oceánicas del Pacífico. Proclamaban que antes de

¹ Para más detalles véase: Thor Heyerdahl y Arne Skjolsvold, *Archaeological Evidence of pre-Spanish visit to the Galápagos Islands*. Publicado en 1956 como Mem. n.º 12 de la Sociedad de Arqueología - Americana

que la Polinesia estuviese habitada y de que los vikingos zarparan rumbo a Manda, los antiguos pobladores de Sudamérica habían iniciado la exploración del Pacífico, poniendo la planta en islas que se hallaban tan alejadas de sus costas como Islandia de Noruega. Una vez instalados en ellas se dedicaron a la pesca y cultivaron algodón indígena. Y cuando partieron de aquellas islas áridas e inhospitalarias con rumbo desconocido, dejaron muchas huellas de su paso.

Desde las Galápagos, la misma impetuosa corriente oceánica fluye imperturbable. Es más rápida y cien veces más ancha que el Amazonas y sigue su curso hasta que, unas semanas después, hace serpentear sus líquidas masas entre las islas de los Mares del Sur.

En la carta, en el centro mismo de la corriente oceánica, se vela una manchita borrosa y junto a ella un signo de interrogación.

¿Era un trozo de tierra firme? Pasamos por aquel lugar con la *Kon-Tiki* y entonces descubrimos que se trataba únicamente de unos remolinos. Pero mucho más hacia el Sur, allí donde las ramificaciones más meridionales de la corriente se desvían, velase otra motita, y ésta ya tenía un nombre: isla de Pascua. Yo no la había visitado y sentía grandes deseos de hacerlo. Siempre me había preguntado cómo se las arreglaron los hombres prehistóricos para alcanzar aquel desolado lugar. Pues bien, a la sazón, para variar, me preguntaba cómo me las compondría para llegar yo hasta allí. Era algo absurdo que tratara de resolver los problemas de viaje de los hombres de la Edad de Piedra, cuando no era capaz de solucionar los míos.

Mientras la *Kon-Tiki* pasaba muy hacia el Norte, nos hablamos sentado en corro en la cubierta bañada por el claro de luna y conversamos sobre el misterio de la isla de Pascua. Desde entonces acaricé en secreto el sueño de volver alguna vez a aquellos lugares y desembarcar en la solitaria isla. Al fin intentaba convertir mi sueño en realidad.

La isla de Pascua pertenece a Chile. Una vez al año la visita un buque de guerra que transporta provisiones para sus habitantes. Luego da media vuelta y emprende el viaje de regreso a Chile, que se encuentra tan lejos de la isla como España del Canadá. Ésta es la única comunicación que une esa tierra insular con el resto del mundo.

El citado buque no representaba ninguna solución para mi problema. Disponería

únicamente de una semana para explorar la isla de Pascua, mientras el navío se preparaba para el viaje de regreso. Desde luego, no había ni que pensar en ello. Quedarme en la isla durante todo un año en compañía de un grupo de atareados hombres de ciencia era una perspectiva tan poco atrayente como la otra, pues aquellos sabios podían descubrir al mes escaso de estancia en la isla que ya no tenían nada que hacer allí.

Era posible dejarse llevar a la deriva hasta aquel lugar a bordo de una balsa, partiendo de Sudamérica y aprovechando el viento y las corrientes; pero no encontrarla a ningún arqueólogo que quisiese acompañarme, y tratar de explorar la isla de Pascua sin su ayuda era perder el tiempo.

Por tanto, no tenía más remedio que procurarme una embarcación, una especie de barco expedicionario. Pero en la isla de Pascua no había puerto, ni fondeadero digno de confianza, ni un mal muelle donde atracar, y ni siquiera petróleo ni agua. Tal embarcación debía ser, pues, lo suficientemente grande para transportar el petróleo y el agua necesarios para el viaje de ida y vuelta, así como para realizar pequeñas expediciones durante el tiempo de obligada espera. Comprendí, pues, que tenía que ser un barco de considerables dimensiones. Y había que prever el caso de que los arqueólogos comprobasen en un par de semanas que no valía la pena excavar allí. En tal caso, sería un mal negocio haber hecho tan largo viaje en una embarcación fletada por nosotros, a menos que pudiésemos emplearla para visitar otras islas inexploradas de Oceanía.

Éstas no faltarían en la parte oriental de Polinesia. Un rosario de islas que esperaban ser excavadas nos atraía con su incitante misterio precisamente en aquella zona del Pacífico donde la corriente oceánica penetra en su interior, procedente de las Galápagos y América del Sur.

Cuando se trata de viajes hacia mares remotos consulto siempre a Thomas y Wilhelm. Un día, cuando mis planes aún no eran más que un sueño secreto, me hallaba reunido con ellos en el antiguo y acogedor despacho de la empresa naviera "Fred Olsen Line", situado junto a los muelles de Oslo. Thomas adivinó que había gato encerrado en mi visita y sacó un orondo globo terráqueo que puso entre los dos. Yo lo hice girar hasta verlo casi azul por completo, cosa que únicamente sucede cuando se contempla el inmenso Océano Pacífico en su extensión

meridional: entonces desaparecieron América, Asia y Europa, que quedan en el hemisferio opuesto. Señalé la isla de Pascua.

-Aquí - dije-. ¿Pero cómo? Dos días después volvíamos a estar sentados ante el globo terráqueo y Wilhelm nos brindó un cálculo.

-Lo que más te convendría - dijo -sería una embarcación movida por motores Diesel, de unos cuarenta y cinco metros de eslora, una velocidad de doce nudos y con espacio para cincuenta toneladas de agua y ciento treinta de petróleo.

No dudé ni por un momento de que esto era, en efecto, lo que más me convenía. Me había acostumbrado a confiar en los cálculos náuticos de Wilhelm desde que me ayudó en los relativos a la deriva de la *Kon-Tiki*, los cuales resultaron tan exactos que hubiéramos terminado el viaje en la fecha fijada sólo con que hubiésemos conseguido arrojar un cabo a tierra cuando pasamos junto a Angatau.

Wilhelm me telefoneó pocos días después. Tenía una oferta de una fábrica de conservas de Stavanger. Uno de sus barcos, que se adaptaba perfectamente a mis necesidades, se hallaba entonces en las pesquerías de Groenlandia. Lo podría alquilar por un año a condición de que empezase a utilizarlo a partir de septiembre. Consulté el calendario. Estábamos a fines de abril; faltaban, pues, menos de seis meses para septiembre. Me ofrecían el barco "pelado", es decir, tenía que hacerme cargo de él sin tripulación ni equipo.

Mis propias experiencias náuticas no iban más allá del viaje en una balsa. Mis compañeros de la *Kon-Tiki* tampoco sabían gobernar un auténtico barco. Se requerían licencias y otros documentos. Resultaba mucho más sencillo tripular una balsa inca.

-Nuestra empresa puede ayudarte a resolver todos los problemas náuticos - ofreció Thomas.

A consecuencia de ello nos encontramos de pronto sentados ante la enorme mesa verde de la sala de juntas, en compañía del superintendente de la Marina, de la autoridad que tenía que autorizar con su firma el viaje, del técnico que se ocupaba del abastecimiento, del representante del seguro marítimo y de otros expertos más o menos importantes.

El resultado de ello fue que nos dieron un barco de verdad. Sólo faltaban cuatro meses y me parecía oír los impacientes y famélicos aullidos que lanzaba la sirena de

la gran embarcación atracada en Stavanger en espera de zarpar, sin una chispa de vida en su chimenea ni un solo tripulante a bordo, y en cuyas espaciosas bodegas se revelan las desnudas vigas de hierro como sombrías costillas que rodearan el vacío estómago del barco.

Es preciso pensar en muchas cosas cuando se lleva la familia al campo. Algo parecido sucede cuando, además de la familia, hay que llevarse a cinco arqueólogos, un médico, un fotógrafo, quince hombres de tripulación, una buena carga de piezas de recambio y un equipo especial, además de los víveres que puedan consumir en un año todos los miembros de la expedición. Se siente uno como un director de orquesta que se empeñara en comer afanosamente macarrones al tiempo que intentase dirigir una rapsodia húngara de Liszt. Mi mesa de trabajo se convirtió en un completo caos de pasaportes, documentos, permisos, fotografías y cartas. El mobiliario estaba cubierto de cartas marinas, tablas y aparatos de todas clases. Este ambiente de locura se extendió muy pronto por toda la casa. El teléfono y el timbre de la puerta sonaban al unísono, y quien tratase de acudir a ellos prestamente tenía que saltar sobre cajas, paquetes y envoltorios de diversos materiales de campaña.

Uno de aquellos días me hallaba desesperado, sentado sobre la tapa de un magnetófono, con un bocadillo en la mano y el teléfono sobre las rodillas, tratando de conseguir una conferencia. Pero era inútil, pues acababa de publicar un anuncio solicitando un primer oficial para un viaje a los Mares del Sur y el teléfono no callaba un segundo. Ya tenía un capitán. Al fin conseguí la conferencia con un almacenista de Oslo.

-Quiero tres toneladas de escayola dental - le dije.

¿Quién es el monstruo que necesita semejante dentadura?- me respondió una voz secamente.

Una llamada por la línea principal desde Stavanger interrumpió esta conversación antes de que pudiese explicar a mi interlocutor que me proponía sacar un molde de una estatua de la isla de Pascua y no de una dentadura.

-Oiga - dijo la nueva voz-. ¡Eh, oiga! Tengo un recado de Olsen, su maquinista. El cigüeñal está muy gastado. ¿Lo reparamos o ponemos uno nuevo? -El cigüeñal... - empecé a decir.

"¡Riiing!" Esta vez el timbre de la puerta.

-Pregúnteselo a Reff - grité ante el transmisor-. Él está enterado de estas cosas.

Entró Yvonne como una tromba, enterrada bajo una montaña de paquetes.

-He repasado la lista del camarero - dijo - y he reducido la pimienta y la canela a dos kilos cada una. Y el doctor Semb dice que nos presta su botiquín de campaña.

-¡Espléndido!-exclamé, y entonces me acordé del almacenista que creía que yo necesitaba la escayola para dentaduras-. ¿Quieres llamarle?-dije tendiendo el receptor a Yvonne, que recibió en aquel momento una nueva llamada.

-Debe de tratarse de un error - me dijo-. Me preguntan de Mustads dónde tienen que entregar cien kilos de anzuelos surtidos. ¿Para qué queremos tantos anzuelos si nos llevamos dos toneladas de carne de buey congelada? -Esos anzuelos no son para pescar - le expliqué-. Servirán para pagar a los excavadores indígenas. ¿Crees también que nos llevamos mil metros de tela estampada para paseamos por la isla envueltos en ella? Nada se hallaba más lejos de su mente. Sin embargo, si pudo decirme que el segundo maquinista acababa de enviar un telegrama en el que se despedía de nosotros entre las mayores lamentaciones. Su mujer se había opuesto a que nos acompañase cuando supo que el viaje era a los Mares del Sur.

Me acerqué prestamente a la papelera, pero estaba vacía.

-¿Qué buscas?-me preguntó Yvonne.

-Las ofertas de otros maquinistas - susurré.

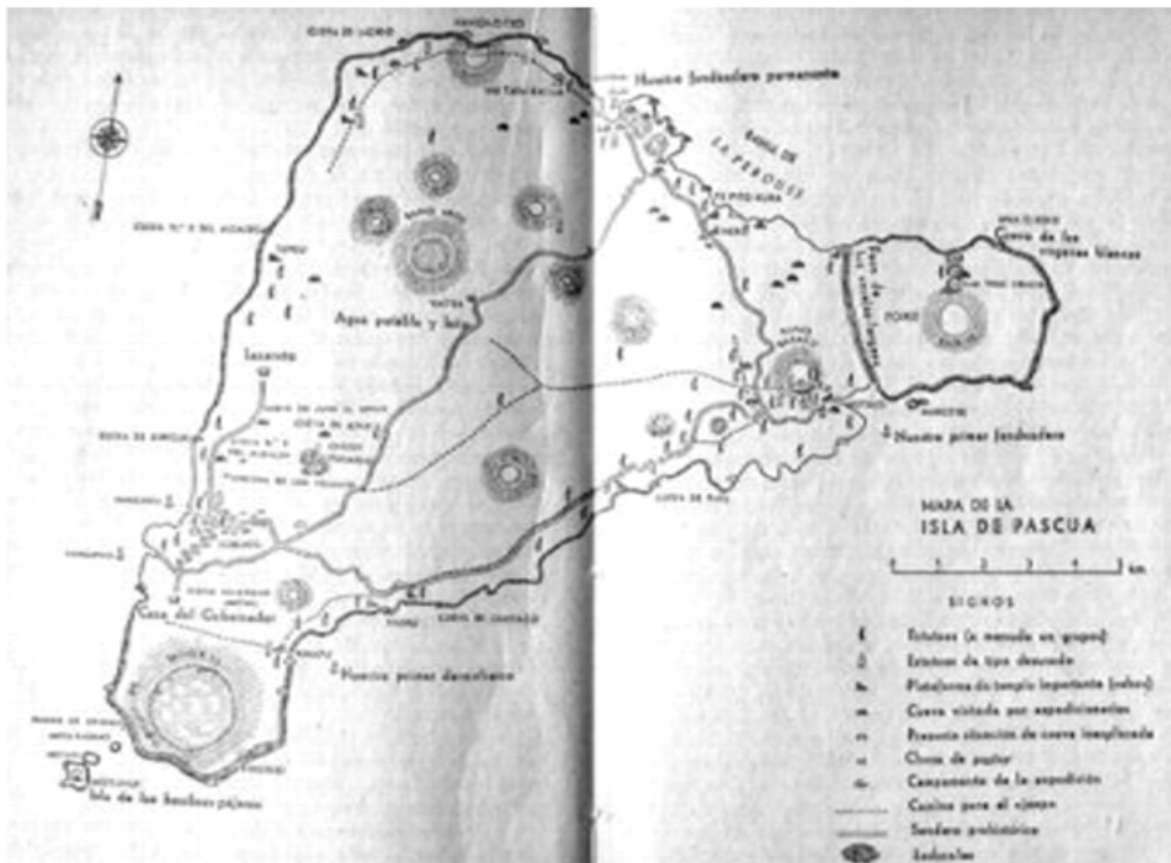
- ¡ Ah! Yvonne comprendía perfectamente la situación.

Los timbres de la puerta y del teléfono no cesaban de sonar a la vez. Hizo su aparición el que tenía que figurar en la expedición como hombre-rana; le acompañaban varios amigos y todos llevaban en sus brazos pies de pato y tubos de respiración; se proponían demostrarme la diferencia existente entre el equipo de inmersión francés y el norteamericano. Detrás de ellos vi un hombrecillo ridículo que daba vueltas a un sombrero entre las manos. Dijo que tenía que hablar de un asunto importante y confidencialísimo. Su aspecto era tan raro que no me atreví a dejarle pasar del vestíbulo.

-¿Ha visto usted las estatuas de la isla de Pascua? - me preguntó en un susurro, mirando a un lado y a otro, como temiendo que alguien nos oyera.

-No, pero precisamente me propongo ir a verlas.

Él me apuntó con su largo índice y murmuró a la vez que sonreía astutamente: - Hay un hombre dentro de cada una de ellas - ¡Ah!, ¿sí? - exclamé ingenuamente. - Si - dijo mi interlocutor con un misterioso susurro. - Un rey. - ¿Y cómo se metieron allí? - le pregunté mientras le empujaba poco a poco hacia la puerta con la mayor amabilidad. - Los metieron. Como en una pirámide. Rompa una en pedazos y lo verá. Hizo un alegre gesto de asentimiento y se descubrió ceremoniosamente mientras yo le daba las gracias por su información y cerraba la puerta tras él sin reponerme de mi asombro.

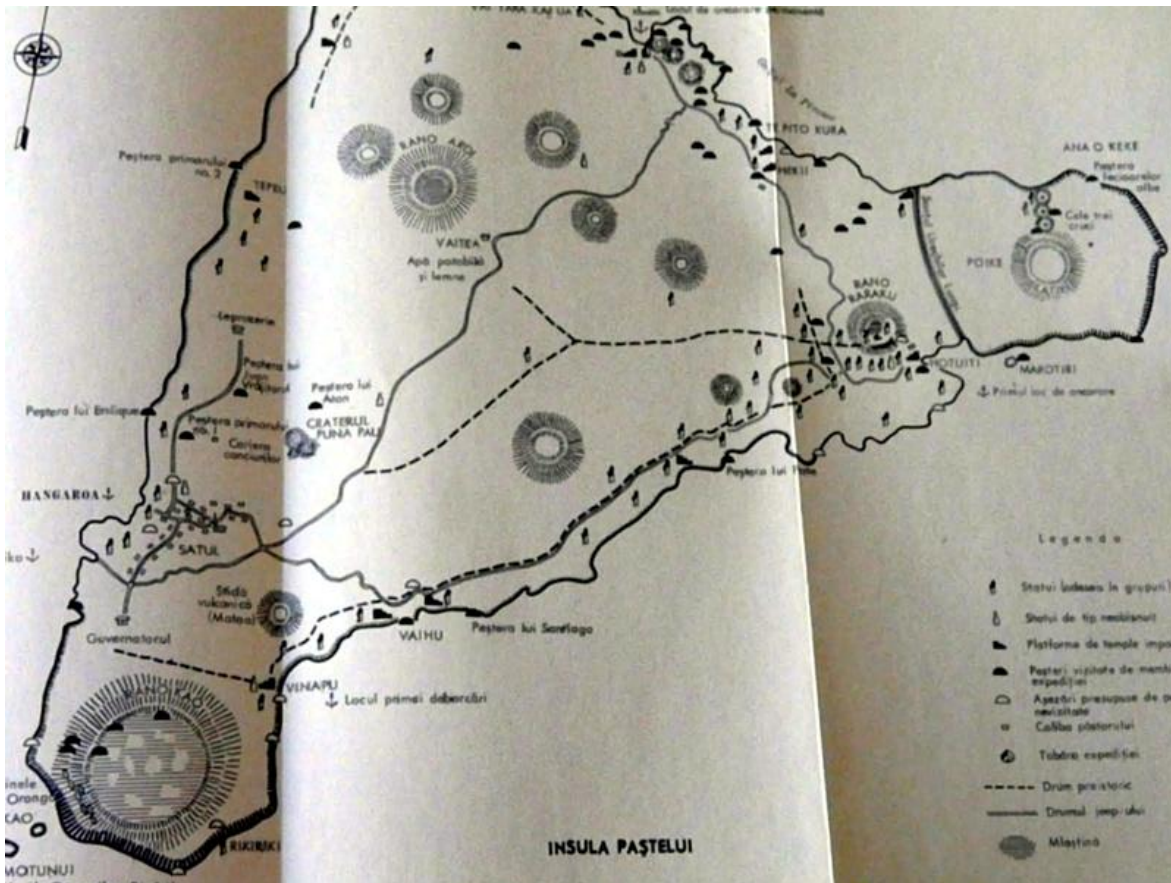


Empezaba a estar acostumbrado a que la isla de Pascua me proporcionase la ocasión de conocer a gentes extravagantes. Recibí un sinfín de extrañas proposiciones por correo cuando los periódicos dieron publicidad a nuestros planes. No pasaba día sin que personas de todos los países del mundo me repitiesen que la

isla de Pascua era los últimos restos de un continente sumergido, de una especie de Atlántida del Pacífico. Debíamos, pues, buscar la clave del misterio en el fondo del mar y en torno a la isla, no en tierra.

Un individuo llegó a proponerme que renunciase a mi expedición.

"Es perder el tiempo dirigirse a un punto tan lejano - me escribió-. Puede usted resolver ese problema sin moverse de su casa, gracias a las vibraciones. Envíeme una fotografía de una estatua de la isla de Pascua y otra de una antigua estatua de Sudamérica y, por sus vibraciones, le diré si provienen de un mismo pueblo". Añadía que una vez construyó una maqueta de cartón de la pirámide de Cheops, en cuyo interior colocó carne cruda, y que al poco tiempo se puso a vibrar de una manera tan terrible que tuvo que enviar a toda su familia al hospital.



El que pronto empezaría a vibrar sería yo si no me libraba de todos aquellos locos. Eché a correr en pos del hombre-rana, que había desaparecido escaleras arriba,

pero Yvonne me retuvo con un gesto de consternación, tendiéndome el auricular. Mientras yo hablaba por teléfono, ella empujó lentamente hacia mí un bamboleante montón de cartas por abrir: el correo de la mañana. Yo me resistía a colgar, por temor a que el timbre empezara a sonar nuevamente.

-Era del ministro de Asuntos Exteriores - dije-. Di a todos que me esperen arriba: tengo que tomar un taxi inmediatamente. El Departamento Colonial Británico quiere aclarar algunas cuestiones acerca de la isla de Pitcairn, y Costa Rica nos dará permiso para hacer excavaciones en la isla de Cocos si me comprometo por escrito a no buscar un tesoro oculto que creen hay enterrado allí. -Llévate el correo - me gritó Yvonne cuando me iba.

-Tal vez haya entre esas cartas alguna oferta tardía de otro maquinista.

Yo lo dudaba mucho, pero recogí apresuradamente el montón de cartas y eché a correr. Los que me escribían ofreciéndose para acompañarme eran por lo general pintores, escritores y sabelotodos. Recibí incluso una carta de un alemán que afirmaba que si bien su profesión era la de panadero, trabajaba en un cementerio desde hacía algunos años, por lo que se consideraba el hombre indicado para realizar excavaciones.

-Acuérdate de que tienes que ir a ver también a los fabricantes de las tiendas; las han montado todas en el prado de los Bergsland - gritó Yvonne mientras subía la escalera.

Corrí hacia la puerta y casi derribé al cartero, que se disponía a entregar el Correo de la tarde. Estuve a punto de darle mi mazo de cartas en vez de tomar las que él me ofrecía, pero terminé llevándome al taxi ambos montones conmigo.

-Majorstuveien²- dije al taxista.

-Eso es aquí mismo- respondió el buen hombre, imperturbable.

-Al Ministerio de Asuntos Exteriores, pues- rectificué, y empecé a rasgar los sobres mientras el taxi se ponía en marcha.

No había cartas de maquinistas. La más parecida a ellas era la de un relojero que se ofrecía como cocinero. Pero ya tenía cubierta esta plaza. También había una carta del departamento de arqueología de la Universidad de Oslo. Estaba escrita por uno de los dos arqueólogos que debían acompañarme y me decía que tenía una úlcera

² Nombre de la calle donde vive Heyerdahl. - N. del T.

de estómago y que el médico le prohibía realizar el viaje.

Uno de los pilares de la expedición se había hundido. Partir sin un número suficiente de arqueólogos sería malgastar pólvora en salvas. No resultarla fácil encontrar en el tiempo de que disponíamos a otro que estuviese dispuesto a acompañarnos por un año. Sin embargo, no me quedaba más solución que empezar de nuevo mis gestiones entre los arqueólogos nacionales y extranjeros.

Llegó el mes de septiembre. Un esbelto barco destinado a la pesca de altura en Groenlandia, blanco y resplandeciente como un yate, con el barbudo semblante del dios solar *Kon-Tiki* pintado con bermellón sobre su chimenea, apareció de pronto atracado en el muelle C, frente al Ayuntamiento.



El barco que utilizó la expedición: un pesquero groenlandés, debidamente transformado, con base en Stavanger.

En su elevada proa, reforzada para que pudiera partir el hielo, se había pintado un curioso emblema azul, cuyo significado solamente conocían los iniciados: representaba a dos de los sagrados hombres-pájaros de la isla de Pascua, mitad pájaros y mitad seres humanos, copiados de una de las raras pinturas acompañadas de jeroglíficos sin descifrar que existen en la isla. A la sazón, la chimenea humeaba y el barco, ya con toda su carga, permanecía en las aguas del fiordo, que llegaban hasta su línea de flotación, pintada de azul. A bordo reinaba una actividad frenética y en el muelle se había reunido una muchedumbre tan nutrida que casi no permitía

el paso de los camiones y triciclos que venían a traernos cajas y paquetes a última hora.

¿No nos olvidábamos de nada? Desde luego, teníamos víveres, picos, palas y todo lo que estábamos seguros de necesitar. El peligro residía en lo imprevisto. Suponiendo que encontrásemos, contra todas las previsiones, un esqueleto sumergido en el agua, ¿disponíamos, de los adecuados productos químicos para impedir su desintegración? Y si tuviésemos que escalar una roca o una cornisa inaccesibles, ¿dispondríamos de los medios necesarios para hacerlo? ¿Cómo resolveríamos los problemas de contacto y abastecimiento si el barco, a causa del mal tiempo, tuviese que alejarse del punto donde hablamos acampado? ¿Qué ocurriría si al cocinero se le agujereaba una cacerola al dejarla demasiado tiempo sobre el fuego, o si la hélice resultaba averiada al tropezar con un arrecife de coral, o si un marinero pisaba un erizo de mar venenoso? ¿Y qué sería de nuestros víveres si la cámara frigorífica dejaba de funcionar? ¿Disponíamos de todo el equipo especial y de todas las piezas de recambio que pudieran hacernos falta?

Y no teníamos tiempo para pensar en ello. Debíamos prepararnos para enfrentarnos con todas las adversidades posibles. El pesquero groenlandés vibraba de proa a popa, listo para zarpar hacia la isla de Pascua, el lugar más solitario del mundo, donde no había talleres ni tiendas.



Almuerzo a bordo. De izquierda a derecha: Gonzalo, Bill, el autor, Yvonne, Anita, el capitán, Cari, Arne y Ed.

El capitán estaba muy atareado en el puente y la tripulación corría por la cubierta cerrando escotillas y cobrando cabos, mientras el segundo de a bordo, un hombretón gigantesco, permanecía en pie en medio de la atareada marinería, lápiz de carpintero en ristre, tachando artículos de una larga lista. Y comprobó que no faltaba nada. No sabíamos lo que podría ocurrir, pero era lo cierto que se había embarcado todo cuanto figuraba en aquella relación. Incluso el árbol de Navidad del capitán estaba ya guardado en la cámara frigorífica.

La campana del barco sonó por última vez. Las órdenes estentóreas del capitán fueron repetidas por el primer oficial, y la chimenea arrojó una espesa humareda que se elevó sobre la brillante cabeza del dios solar. Cruzándose por encima de la borda palabras de despedida, y un par de docenas de caras alegres y expectantes levantaban la mirada de las tareas que estaban realizando a bordo, a fin de llevarse la última impresión para todo un año de sus mujeres y novias, que se distinguían aquí y allá entre la muchedumbre apiñada en el muelle y cuyos rostros expresaban todos los matices de la pena y la felicidad. Súbitamente se retiró el pontón, se escuchó un chapoteo de cables y un rechinar de cabrestantes, y los maquinistas ocultos en el vientre de la embarcación realizaron el prodigio de que el barco empezara a andar por sus propios medios. Surgieron aclamaciones de las figuras que, formando una larga hilera, estaban de pie en el muelle, se agitaron las manos en ademán de adiós y los pañuelos parecían ramas de una floresta sacudida por el viento, mientras el capitán hacía lanzar a la sirena unos cuantos aullidos que partían el corazón.

Pero aquel caos significaba el fin del caos: su culminación, su manifestación última. Yo me quedé haciendo ademanes de adiós en medio de la baraúnda que reinaba en el muelle. No era que se me hubiese olvidado embarcarme, sino que antes tenía que trasladarme en avión a los Estados Unidos para recoger a tres arqueólogos de aquel país que habían accedido a unirse a nosotros. Después tenía que ir a Chile en visita de cortesía antes de instalarme definitivamente a bordo de nuestro barco, cosa que haría cuando éste atravesara el canal de Panamá. Su Alteza Real el príncipe heredero Olav había accedido graciosamente a patrocinar la expedición, y el ministerio noruego de Asuntos Exteriores había obtenido permiso del gobierno de

Chile para que la expedición efectuase excavaciones en la isla de Pascua, a condición de que los monumentos allí existentes no sufrieran daños. Tanto Francia como Gran Bretaña habían concedido los correspondientes permisos para hacer lo propio en las islas de su jurisdicción; teníamos, pues, paso franco para visitar todo cuanto se nos antojase en el Pacífico oriental.

Cuando el barco volvió hacia nosotros su blanca popa y se deslizó lentamente sobre las aguas, apartándose del muelle, un muchacho se irguió allí solitario, tan radiante como el sol del atardecer a causa de la alegría que experimentaba, halando orgullosamente el extremo de un pingoso cable de amarre, mientras sus compañeros de clase, desde tierra, lanzaban vítores entusiastas en honor suyo, era Thor, el grumete, que faltarla a la escuela durante un año entero.

Luego nuestro barquito se escabulló tras un enorme transatlántico, desapareciendo a nuestra vista. Tenía prisa, tenía que recorrer medio mundo llevando a bordo a unos detectives que seguían la pista de otros navegantes, los cuales les llevaban varios siglos de ventaja.

Capítulo 2

Lo que nos esperaba en el "ombigo del mundo"

¡Qué calma! ¡Qué paz tan perfecta! El motor se había parado. Las luces estaban apagadas. Todo el firmamento estrellado había surgido súbitamente al marcharse la luz del día y se balanceaba- adelante y atrás y en un lento círculo, claro y rutilante, en torno al mástil. Reclinado en mi silla de cubierta, disfrutaba de aquella perfecta armonía. Parecía como si el enchufe de una línea eléctrica que nos uniese a la tierra firme se hubiese desconectado lentamente y como si la incesante corriente de ondas procedentes de molestas estaciones esparcidas por todo el mundo hubiera desaparecido, quedando únicamente la desnuda realidad del momento: un aire fresco, una noche oscura y unas estrellas parpadeantes allí arriba, sobre el mástil. Casi imperceptiblemente, la vista y el oído volvían a abrirse de par en par, permitiendo que una brisa me acariciase el alma.

Allí no había impresiones que hubiese que borrar o suprimir, allí no existía esa baraúnda ciudadana de cegadores anuncios luminosos, competencia incansable y ruidosas diversiones que como en una carrera con el tiempo se esfuerzan por abrirse paso a través de todas las rendijas, a riesgo de hacer añicos la sensitiva alma humana. Allí reinaba una calma tan completa que incluso el tiempo cesaba de fluir, deteniéndose también para permanecer inmóvil y esperar. Uno casi no se atrevía a carraspear, como si al hacerlo se corriese el riesgo de despertar dormidos elementos de la inquietud. Allá lejos, hacia tierra, percibíase a veces en las tinieblas un débil susurro, como el que producirla el viento o las olas al romper a breves intervalos contra una costa acantilada. A bordo todos guardaban un singular silencio; era como si la quietud les infundiese un sentimiento de reverencia. Únicamente por la escotilla del camarote llegaban a mí de vez en cuando algunas breves palabras pronunciadas en voz queda, acompañadas por el chapoteo del agua contra el costado de la embarcación, en tonos delicadamente graduados, y luego unos suaves y acompasados crujidos que eran como gruñidos de contento emitidos por nuestro cascarón de nuez mientras se balanceaba pacífica y levemente en el silencio de la noche.

Teníamos ya tierra a la vista.

Habla cesado el afanoso jadear de las máquinas y el estruendo del oleaje que chocaba contra nuestra proa en hileras interminables, zarandeándonos y haciéndonos cabecear antes de alejarse entre silbidos. Nos deslizamos en busca del abrazo protector de una costa solitaria antes de que la noche se abatiese sobre nosotros y sobre el mar. Allí, en las tinieblas, se extendía la isla de Pascua.

Nos colocamos al abrigo de la tierra con el tiempo justo para poder avistar fugazmente unas onduladas colinas de color gris verdoso, unos altivos farallones que bordeaban la costa y, muy hacia el interior, algunas estatuas que se erguían diseminadas por la ladera de un volcán extinto, semejantes a negras simientes de alcaravea que se recortaran sobre el purpúreo cielo crepuscular. Nos acercamos a la orilla tanto como nos fue posible, guiándonos por el eco y el sondeo ordinario, y, al fin, el capitán ordenó que se echara el ancla.

En la costa no se divisaba alma viviente: sólo un mundo desierto y petrificado, y en él unas inmóviles cabezas de piedra que nos miraban desde una lejana loma, mientras otros hombres también de piedra e igualmente inmóviles permanecían postrados formando una hilera al pie de una larga terraza situada frente a nosotros, sobre los bloques de lava esparcidos por la costa. Era como si hubiésemos anclado con una flotante astronave frente a las costas de un mundo muerto, en el que antaño hubieran vivido unos seres distintos de los que habitan en nuestro planeta. Las sombras eran alargadas y nada se movía, nada excepto el rojo y llameante sol, que descendía lentamente hacia el negro océano y extendía la noche sobre nosotros.

A decir verdad, no deberíamos haber fondeado allí. Habría sido más correcto continuar dando tumbos por el mar, hasta pasar al otro lado de la isla para anunciar nuestra llegada al gobernador, que habitaba con el resto de la población en una pequeña aldea situada en aquella parte de la costa. Pero ni a él ni a los habitantes nativos de la isla les hubiera causado ningún placer nuestra llegada a la hora del crepúsculo, pues en aquel lugar la visita de un barco es uno de los grandes acontecimientos del año. Más valía, pues, pasar la noche allí, al amparo de los acantilados, aunque el fondo no fuese de los mejores para echar el ancla. De este modo podríamos arribar a la aldea de *Hanga Roa* a la mañana siguiente, muy temprano, con el buque empavesado.

La puerta del camarote se abrió cautelosamente y una franja de luz se extendió por la cubierta durante unos segundos, mientras Yvonne se escabullía al exterior. En el camarote, la pequeña Anita dormía tan apaciblemente como el propio cielo nocturno, con una muñequita negra bajo el brazo y un osito de trapo bajo el otro.

-Deberíamos dar una pequeña fiesta para celebrar nuestra llegada, aunque el arribo no sea oficial - me susurró Yvonne, sonriendo e indicando la tierra con un movimiento de cabeza.

Era la primera vez, después de catorce días de cabecear y dar bandazos, que podía sostenerse en pie y pensar en cosas como aquella. Yo le contesté que ya se habían dado las oportunas órdenes al camarero y que el capitán iba a reunir en seguida a todos los tripulantes en la cubierta. Yvonne permanecía de pie junto a la borda, mirando arrobada hacia las tinieblas que cubrían la isla. Llegaban hasta nosotros algunos débiles soplos de la madre tierra, un singular y áspero perfume de heno o de hierbas que de vez en cuando se mezclaba con la fresca y salobre fragancia que acarrearaba la brisa del mar.

Empezaron a llegar los hombres de la tripulación, recién afeitados y tan atildados que apenas se les reconocía. Se sentaron en sillas y bancos que se habían colocado en círculo en la cubierta superior, entre los dos botes salvavidas. Allí estaba el doctor William Mulloy, alias Bill. Había llegado balanceando su ancha y recia humanidad y, arrojando la colilla de su cigarrillo al mar al mismo tiempo que se sentaba, se había quedado mirando la cubierta con aire pensativo. Pisándole los talones llegó el alto y flacucho doctor Carlyle Smith, alias Cari. Encendió un cigarrillo y permaneció de pie, asido a un estay y mirando a las estrellas. Ambos eran profesores de arqueología de las universidades de Wyoming y Kansas, respectivamente. Luego acudió nuestro viejo amigo Ed o Edwin Ferdon, del Museo de Nuevo Méjico, el único de los tres arqueólogos norteamericanos que yo conocía desde antes de partir. Regordete y sonriente, se apoyó en la borda al lado de Yvonne y olfateó gozosamente hacia los borrosos contornos de la tierra.

El capitán bajó del puente con ligereza. Su semblante tenía una expresión risueña e irónica. Era un hombrecillo tan orondo que semejaba una pelota. El capitán Arne Hartmark llevaba veinte años navegando por rutas que conducían a países remotos, pero nunca había visto a través de su catalejo nada parecido a la isla de Pascua.

Tras él se alzaba Sanne, su gigantesco segundo, un sujeto de carácter jovial, que se había aferrado con las dos manos a un estay, que le daba el aspecto de un gorila domesticado y bondadoso. Junto a ellos brillaban los dientes del segundo oficial, Larsen, uno de los hombres de mejor talante que existen, tanto, que incluso en la silla eléctrica vería algo que le haría gracia y provocarla su risa. Y, por si esto fuese poco, estaba sentado entre otros dos humoristas recalcitrantes: Olsen, el corpulento primer maquinista, en cuyo rostro brillaba una perpetua sonrisa, y su anguloso segundo, que, con su flamante perilla, tenía algo de conspirador y de hermano lego encargado de la lectura. El médico, el doctor Gjessing, trepó por la escalerilla, se inclinó y tomó asiento. A sus espaldas brillaron las gafas del fotógrafo de la expedición, Erling Schjerven, el cual, en ocasiones tan señaladas como aquella, solía fumarse un habano, aunque de tamaño reducido. El joven Thor acomodó su persona de adolescente delgaducho entre dos fornidos marineros que estaban sentados en un bote, mientras el cocinero y el camarero se sentaron juntos, después de haber puesto en silencio los platos más exquisitos sobre la mesa en torno a la cual estábamos reunidos. Ningún temporal era capaz de impedir a Gronmyr, el camarero, ni a Hanken, el cocinero, nos presentasen sus maravillas culinarias. Después llegaron el contramaestre, el mecánico, el grumete y el pinche, con Arne Skjolsvold y Gonzalo. Arne era también arqueólogo y estaba al frente del nuevo museo estatal de Elveium. Había tomado parte asimismo en la expedición a las Galápagos. Gonzalo Figueroa era estudiante de arqueología de la Universidad de Chile y representaba oficialmente a ese país en la expedición. Estábamos preparados para ver cualquier cosa, incluso al ser de aspecto más extravagante, pues yo le había invitado sin conocerle, pero en Panamá Gonzalo subió por la pasarela risueño y de un humor excelente, atlético aristócrata dotado de una camaleónica aptitud de adaptación a las más variadas condiciones de vida.

Una vez reunidos allí, los veintitrés que éramos en total formábamos el grupo más heterogéneo que imaginarse pueda, pues en él figuraban especialistas de las más diversas disciplinas. Todos ellos, después de varias semanas de convivencia a bordo, habían trabado estrecha amistad y estaban unidos por un mismo deseo: el de sentar el pie en aquella isla que les aguardaba en las tinieblas. En aquel momento en que los tenía a todos reunidos allí y con los motores del barco parados,

me pareció natural decirles algo acerca de los que nos habían precedido en la visita a la isla de Pascua y de lo que hallaron en ella, para que todos poseyesen algunos datos acerca de lo que posiblemente nos esperaba.

-Nadie conoce a ciencia cierta el nombre de esa isla -empecé por decirles-. Los indígenas la llaman *Rapa-nui*, pero los investigadores no creen que fuese éste su nombre originario. En sus leyendas más antiguas, los indígenas siempre denominan a la isla *Te Pito o te Herma*, o sea "Ombligo del Mundo", pero acaso este nombre sea una antigua descripción poética más que el auténtico nombre de la isla, pues más tarde los mismos indígenas también la llamaron "El Ojo que ve el Cielo" y "La Frontera del Cielo". Los demás, que vivimos a miles de millas de todos los horizontes de la isla, hemos decidido hacerla figurar en los mapas con el nombre de Isla de Pascua, porque fue durante la tarde del día de Pascua de 1722 cuando el holandés Roggeveen y sus compañeros, los primeros europeos que navegaban por estas aguas, llegaron aquí y vieron que gentes desconocidas hacían señales de humo desde tierra para llamar su atención. Cuando los holandeses se aproximaron con sus dos veleros y fondearon al atardecer, pudieron divisar una extraña comunidad antes de que cayera la noche. Los primeros que fueron a darles la bienvenida a bordo de sus barcos fueron unos hombres altos y apuestos que, por lo que puede discernirse, eran polinesios de tez clara como los que actualmente habitan en Tahiti, Hawai y las restantes islas orientales de Oceanía. Pero la población no parecía ser de una pureza de raza absoluta, pues algunos se distinguían por su tez más oscura, mientras otros eran "del todo blancos", como europeos. También los había "de tinte rojizo, como si estuviesen muy bronceados por el sol". Muchos llevaban barba.

"Los holandeses vieron en tierra figuras de diez metros de alto, con grandes cilindros sobre sus cabezas a guisa de corona. El propio Roggeveen cuenta que los isleños encendían hogueras ante aquellos dioses gigantescos y que después se sentaban en cuclillas ante ellos con las cabezas reverentemente inclinadas. Entonces empezaban a levantar y bajar los brazos con las palmas de las manos unidas. Behrens, que tripulaba el otro barco, cuenta que cuando el sol se alzó a la mañana siguiente, vieron a los indígenas postrados en la orilla rindiendo culto al sol naciente, después de haber encendido centenares de hogueras que, según los

holandeses, ardían en honor de los dioses. Ésta es la única vez que se ha descrito el culto solar en la isla de Pascua.

"Entre los primeros que subieron a bordo de las naves holandesas figuraba un 'hombre completamente blanco' y más ceremonioso que los demás. Llevaba una corona de plumas que cubría su cabeza perfectamente rapada y en las orejas discos de madera tan grandes como puños. Su porte daba a entender que era un personaje principal entre los suyos, y los holandeses lo tomaron por un sacerdote. Tenía los lóbulos de las orejas perforados y alargados artificialmente, hasta el extremo de que le llegaban a los hombros. Los exploradores vieron que muchos de los isleños mostraban lóbulos igualmente ensanchados y alargados. Si les molestaban para trabajar, se limitaban a quitar los discos y se sujetaban los desmesurados lóbulos en el borde superior de las orejas.

"Muchos de aquellos isleños iban totalmente desnudos, pero con todo el cuerpo cubierto de artísticos tatuajes que combinaban, siguiendo un modelo único y uniforme, pájaros y extrañas figuras. Otros llevaban mantos de corteza de árbol teñidos de rojo y amarillo. Algunos lucían coronas de plumas que ondeaban como penachos y, no faltaban los que se cubrían con curiosos sombreros de espadaña. Todos se mostraban amistosos y los expedicionarios no vieron en la isla armas de ninguna especie. Resultaba muy curioso el detalle de que apenas hubiera mujeres entre la gran cantidad de hombres que llenaba la isla. Pero las pocas que aparecieron se mostraban extraordinariamente acogedoras con los visitantes, sin que los hombres diesen la menor muestra de celos.

"Aquellos seres vivían en largas y bajas chozas de paja. Esas viviendas parecían embarcaciones invertidas, estaban desprovistas de ventanas y su puerta era tan baja que había que arrastrarse para pasar por ella. Era evidente que en cada una de aquellas chozas se albergaba gran número de individuos. No había en ellas mobiliario alguno: únicamente unas cuantas esteras esparcidas por el suelo y piedras usadas como almohadas. Sus únicos animales domésticos eran las aves de corral. Cultivaban plátanos, caña de azúcar y principalmente batatas, a las que los holandeses llamaron el pan de la isla.

"Aquellos isleños solitarios no podían de ningún modo haber sido grandes navegantes, pues las mayores embarcaciones que vieron los visitantes holandeses

eran canoas de dos metros y medio de longitud y tan estrechas que había que sentarse en ellas con las piernas juntas. Además hacían agua con tanta facilidad, que los tripulantes pasaban tanto tiempo achicándola como remando con el canaleta. Vivían aún en la Edad de Piedra; no conocían los metales y sus prácticas culinarias se reducían a colocar sus alimentos entre piedras incandescentes dispuestas en el suelo. A los holandeses debió de parecerles que no había ningún otro lugar en el mundo que estuviese tan atrasado. Por consiguiente, fue más que natural su asombro cuando descubrieron entre aquellas pobres gentes unas estatuas gigantescas, mucho mayores que las más altas que habían visto en Europa. Lo primero que les sorprendió fue que los nativos hubieran solucionado el problema que representaba la erección de aquellas descomunales estatuas, pues no vieron que aquéllos poseyeran maderos resistentes ni gruesas cuerdas. Examinaron la desgastada superficie de uno de aquellos colosos corroídos por la intemperie y resolvieron todo el problema a su entera satisfacción declarando que aquellas figuras no eran de piedra, sino que habían sido modeladas con una especie de barro que después se rellenó de piedrecillas.

"Volvieron remando a sus naves, cuyas anclas no podían impedir que derivaran peligrosamente, y abandonaron la isla recientemente descubierta, habiendo permanecido en ella sólo un día. Anotaron en su diario de a bordo que los habitantes les parecieron muy alegres, de talante pacífico, discretos y comedidos, pero que ello no impedía que fuesen unos consumados rateros. A causa de un trágico error, un visitante indígena fue muerto de un disparo a bordo de una de las naves y doce más sucumbieron en tierra. En cambio, las únicas pérdidas que experimentaron los europeos consistieron en un mantel y algunos sombreros, de los que se apoderaron los indígenas cuando los holandeses los llevaban puestos.

"Los isleños se quedaron en tierra con sus muertos y heridos, siguiendo con la mirada las enormes velas que se alejaban hacia occidente. Habrían de transcurrir casi cincuenta años para que llegasen nuevos visitantes del mundo exterior.

"Esta vez fueron españoles los que arribaron a aquellas tierras. Bajo el mando de don Felipe González y tripulando dos naos, aparecieron sobre el horizonte de la isla de Pascua en 1770, y también estos navegantes se acercaron a tierra atraídos por las señales de humo que les hacían los indígenas. Desembarcaron con dos

sacerdotes y un nutrido grupo de soldados y avanzaron en ceremoniosa procesión hasta la cumbre de un otero que presentaba tres corcovas y estaba situado en la costa oriental, seguidos por un tropel de regocijados nativos, que bailaban y les vitoreaban sin poder ocultar su curiosidad. Plantaron una cruz en lo alto de cada una de las tres corcovas, entonaron himnos, dispararon salvas y declararon que la isla pasaba a pertenecer a la Corona de España. Para atestiguar la legalidad de estos procedimientos, redactaron una declaración dirigida al rey Carlos II de España, al pie de la cual se permitió que los más osados de los indígenas presentes firmasen, lo que hicieron "con grandes muestras de alegría y regocijo", trazando siluetas de aves y extrañas figuras que los españoles consideraron como firmas válidas. A partir de entonces, pues, la isla tuvo un dueño, el rey de España, y recibió un nuevo nombre: "isla de San Carlos".

"Los españoles demostraron ser más avisados e inteligentes que los holandeses, que habían creído que los extraños monumentos eran de arcilla: golpearon con tal fuerza una de las estatuas con un azadón, que saltaron de ella chispas, con lo que quedó claramente demostrada su naturaleza pétreo. Pero la colocación de aquellos colosos constituyó un misterio para los españoles, que incluso llegaron a dudar de que las estatuas se hubiesen labrado en la isla.

"Era tan completa la desaparición de los regalos hechos a los nativos y de los objetos que éstos robaban, que los viajeros sospecharon que los indígenas poseían escondrijos subterráneos secretos, pues la isla era toda ella un terreno despejado y sin árboles. No se veían niños en parte alguna; la población parecía consistir únicamente en multitud de hombres adultos y alguna que otra mujer, pero éstas eran notables por su liviandad.

"Los españoles encontraron allí hombres muy altos y de tez clara; medidos dos de ellos que destacaban por su estatura, resultaron tener, respectivamente, 2,17 y 2,13 metros. Muchos de aquellos hombres llevaban barba y se parecían más - así lo observaron los expedicionarios - a los europeos que a los indígenas corrientes. Los navegantes anotaron en sus diarios que no todos tenían el cabello negro; el de algunos era castaño, y el de otros incluso tenía un tinte rojizo y canela. Después de conseguir que los isleños repitiesen claramente en español: "Ave María, viva Carlos II, rey de España", todos los españoles convinieron en que eran gentes capaces de

asimilar enseñanzas, hombres inteligentes que fácilmente adquirirían hábitos domésticos, y, llenos de satisfacción, abandonaron a sus nuevos súbditos para no regresar jamás³.

"Más tarde fueron los ingleses quienes llegaron allí, bajo el mando del capitán Cook nada menos, y posteriormente visitó aquellas tierras el francés La Pérouse.

"Los habitantes de la isla de Pascua estaban ya hartos de visitantes extranjeros. Es sorprendente el reducido número de nativos que acudió a recibir a Cook: escasamente llegaban a un centenar. Además, se hallaban todos ellos en un estado deplorable y eran, sin excepción, de mediana estatura. Tenían una expresión sombría y no demostraron el menor interés por los visitantes. El guía de Cook pensó que los isleños debían de haber sufrido alguna calamidad después de la visita de los españoles y que esto explicaba que hubieran disminuido en número tan rápidamente. Pero Cook sospechó que la población se había ocultado bajo la tierra, pues le sorprendió que las patrullas encontraran tan pocas mujeres, a pesar de que recorrieron toda la isla. En varios lugares los ingleses hallaron montones de piedras que marcaban la estrecha entrada de lo que ellos creyeron que podían ser cavernas subterráneas, pero cada vez que trataron de comprobar si eran cuevas realmente, los guías indígenas se negaron a franquearles el paso. Los ingleses, entre los que había bastantes enfermos de escorbuto, dejaron la isla de Pascua completamente desalentados, llevándose tan sólo de aquellas tierras una provisión de batatas, único producto de valor que encontraron. Pero incluso en esto salieron chasqueados, pues los astutos indígenas llenaron los cestos de piedras, cubriéndolas con una capa de batatas.

"Sólo doce años después del viaje de Cook, o sea en 1786, el francés La Pérouse hizo a la isla una visita igualmente relámpago. Esta vez rebosaba de gente, como en ocasiones anteriores: algunos indígenas mostraban cabellos claros y, cosa curiosa, casi la mitad eran mujeres. Veíanse también enjambres de chiquillos de todas las edades, como sucede en cualquier comunidad humana normal. Era como si hubiesen brotado de la tierra para desparramarse por el desolado paisaje lunar de la isla.

"Y, en cierto modo, así había ocurrido. Los indígenas sallan arrastrándose de

³ Existe una traducción inglesa de los antiguos diarios de a bordo y cartas relacionadas con las visitas de Roggeveen y González a la isla de Pascua en el volumen XII de la The Hakluyt Society, Cambridge, 1908

pasadizos subterráneos, y los franceses fueron admitidos libremente en algunos de aquellos estrechos túneles de piedra que los ingleses no habían podido visitar. Quedó confirmada, pues, la sospecha de Cook de que los habitantes habían construido secretas cámaras situadas bajo el nivel del suelo. Fue allí donde la aristocracia de la isla se ocultó a la llegada del capitán Cook, y fue allí donde los niños y la mayoría de las mujeres se escondieron cuando los holandeses descubrieron aquel pequeño territorio insular. Según comprendió La Pérouse, se debió al pacífico comportamiento de Cook y sus hombres el hecho de que los habitantes de la isla se revistiesen de valor para salir a la luz del día en un número que totalizaba los dos millares de personas.

"Aunque la mayoría de los isleños se hallasen ocultos bajo tierra mientras Cook recorría la isla, y aunque los nativos se hubiesen llevado consigo sus bienes más preciados al esconderse en sus refugios subterráneos, no pudieron cargar con las enormes figuras de piedra que se erguían en sus lugares de costumbre y con su aspecto hierático e impenetrable de siempre. Cook y La Pérouse se mostraron de acuerdo en afirmar que se trataba de reliquias de tiempos remotos, de monumentos antiquísimos. Cook se mostró no poco impresionado ante el gran problema técnico que habían conseguido resolver los desconocidos constructores de los monumentos al levantar aquellos colosos sobre la plataforma superior de muros escalonados, sin medios mecánicos. Fuera cual fuese el método empleado, Cook lo consideraba como una prueba de la inteligencia y energía que poseyeron los antiguos habitantes de aquella desolada isla, pues estaba seguro de que la población de entonces nada tenía que ver con ello, ya que ni siquiera habían intentado consolidar los cimientos de los muros a pesar de que ya hacía mucho tiempo que empezaron a desmoronarse. En cuanto a las estatuas, no todas estaban en su puesto: algunas habían caído y yacían en el suelo, al pie de su propia plataforma de sustentación, con claras señales de haber sido maltrechas deliberadamente.

"Cook examinó algunas de las grandes terrazas amuralladas sobre las que se erguían las gigantescas figuras y advirtió, asombrado, que estaban formadas por enormes sillares tan bien labrados y pulidos que encajaban perfectamente sin necesidad de argamasa ni cemento. Cook no había visto nunca una obra tan admirable de albañilería, ni siquiera en los mejores edificios de Inglaterra. "Sin

embargo -escribió-, todo aquel cuidado, trabajo y sagacidad no fue capaz de defender a tan curiosos monumentos contra los estragos del tiempo, que todo lo devora".

"En la nave de Cook viajaba un auténtico polinesio de Tahiti, quien pudo comprender en parte el dialecto que hablaba la población de la isla de Pascua en aquella época. Gracias a la fragmentaria información así obtenida, los ingleses sacaron la conclusión de que las estatuas no se consideraban como imágenes ordinarias de los dioses, sino monumentos dedicados a antiguos arikis, es decir, construcciones de carácter funerario erigidas en memoria de difuntos ilustres por su santidad o su regio abolengo. Restos de esqueletos demostraban que las plataformas que servían de base a las estatuas se habían utilizado con regularidad como lugares de enterramiento por los indígenas que a la sazón poblaban la isla. Resultaba evidente que creían en la vida de ultratumba, pues en diversas ocasiones indicaron con toda claridad por señas que, si bien el esqueleto yacía sin vida en la tierra, el verdadero yo del difunto había desaparecido volando en dirección al cielo.

"El primer intento de influir en la cultura local de la isla de Pascua lo realizó La Pérouse desembarcando en ella cerdos, cabras y ovejas y sembrando algunas semillas durante las pocas horas que permaneció al paio frente a la costa. Pero los hambrientos indígenas se lo comieron todo antes de que los animales y las semillas hubiesen podido reproducirse, y la cultura siguió como hasta entonces en aquel lugar del mundo.

"Nadie más visitó la solitaria isla de Pascua hasta el comienzo del siglo pasado. Entonces nuestra raza reapareció de pronto en escena, y los indígenas reuniéronse en tropel en lo alto de los acantilados, sin intentar ya meterse a rastras en sus refugios subterráneos. Esta vez se trataba del capitán de una goleta norteamericana, el cual la visitó rápidamente en busca de colonos para una estación dedicada a la caza de focas que se tenía que establecer en la isla de Juan Fernández, o sea la isla de Robinson Crusoe, situada frente a la costa de Chile. Tras una feroz refriega, consiguió raptar a doce hombres y diez mujeres, haciéndose a la mar con ellos. Después de tres días de navegación soltó a sus prisioneros en cubierta. Los hombres saltaron inmediatamente por la borda y empezaron a nadar en dirección a la isla de Pascua, ya desaparecida tras el horizonte. El capitán no les

hizo el menor caso. Se limitó a virar en redondo para dirigirse nuevamente a la isla y efectuar una segunda redada.

"Los siguientes barcos que abordaron en la isla no pudieron realizar desembarcos en la abrupta costa, pues se encontraron con una impenetrable muralla de indígenas que les arrojaban piedras. Una expedición rusa consiguió finalmente desembarcar por la fuerza, gracias a las armas de fuego, pero tuvo que emprender la retirada pocas horas después y reembarcar a toda prisa.

"Pasó el tiempo. Poco a poco, los indígenas fueron abandonando su prevención y, con intervalos de muchos años, alguna que otra embarcación realizó una fugaz visita a la isla. Los nativos fueron deponiendo su actitud belicosa y las mujeres se presentaron en número cada vez mayor a la luz del día, para deleite de los viajeros. Pero algún tiempo después se produjo un verdadero desastre.

"Un día fondeó frente a la costa una flotilla formada por siete barcos peruanos dedicados a la pesca de la foca. Una multitud de indígenas se dirigió a nado a las embarcaciones para trepar por sus costados. Una vez a bordo, y con gran regocijo por su parte, se les permitió trazar algunos garabatos al pie de una hoja de papel. Aquello constituía la firma de otro contrato, esta vez para ir a trabajar en las islas de guano, situadas frente a las costas del Perú. Cuando trataron de desembarcar, contentos y confiados, los sujetaron con fuertes ligaduras y los bajaron a la cala. Entonces, ocho de aquellos mercaderes de esclavos se fueron en un bote a tierra provistos de telas y otros artículos de vistosos colores, que esparcieron por la orilla. Gran número de curiosos indígenas que se habían reunido sobre los peñascos en torno a la ensenada se aproximaron lentamente a aquellos tentadores objetos. Cuando se hubieron reunido varios centenares de aborígenes en la playa, los mercaderes de esclavos se abalanzaron sobre ellos y apresaron a todos aquellos que se habían arrodillado para examinar los supuestos regalos y les ataron las manos a la espalda. Entre tanto, los que trataban de escapar por los acantilados o arrojándose al mar, calan bajo un fuego mortífero. Cuando el último de los botes del barco estuvo listo para zarpar, cargado hasta la borda de prisioneros, uno de los capitanes peruanos descubrió a dos indígenas ocultos en una cueva. Y como no consiguiera persuadirles de que les acompañasen, les dio muerte de sendos disparos.

"A consecuencia de estos sucesos, en la isla de Pascua reinaba la desolación y la soledad en la Nochebuena de 18 62. Los que no yacían sin vida sobre las rocas costeras ni se hallaban en las bodegas de los barcos anclados en la ensenada con las manos atadas a la espalda, se habían escabullido hacia sus catacumbas y obstruido sus accesos con enormes piedras. Un abrumador silencio reinaba sobre aquella isla desprovista de árboles; sólo se podía oír el amenazador murmullo de los rompientes. La expresión de los dioses gigantescos permanecía imperturbable. Pero desde los barcos llegaban risas y aclamaciones: los visitantes no levarían anclas hasta haber celebrado la Navidad.

"La población del "Ombligo del Mundo", tras aquella experiencia de la Pascua y la Navidad del hombre blanco, pronto vería algo más del mundo exterior. Los barcos peruanos zarparon llevándose un millar de esclavos, que fueron desembarcados en las islas situadas frente a las costas del Perú, donde debían recolectar el guano. El obispo de Tahiti protestó y las autoridades peruanas resolvieron que los esclavos debían ser devueltos inmediatamente a su isla natal. Pero unos novecientos habían muerto víctimas de enfermedades y de las condiciones de vida, extrañas a su constitución, antes de que el barco que tenía que ir a buscarlos estuviese dispuesto, y del centenar de supervivientes que embarcaron en él, ochenta y cinco fallecieron durante el viaje; de modo que únicamente quince regresaron a la isla de Pascua con vida. Y estos quince importaron la viruela, enfermedad que se extendió como un reguero de pólvora, acabando con casi todos los habitantes de la isla, sin que les valiera ocultarse en sus más profundas y angostas cavernas. Hubo hambre y miseria, y al fin la población de toda la isla quedó reducida a ciento once personas, contando adultos y niños.

"Entre tanto, hablase establecido en la isla el primer forastero que llegara allí animado de buenas intenciones. Era un misionero solitario que, con la mayor abnegación, hizo cuanto pudo por aliviar la miseria imperante. Pero los indígenas le robaron cuanto poseía, incluso los pantalones que llevaba puestos. Se marchó en el primer barco y regresó con varios ayudantes para fundar una pequeña misión. Algunos años después, cuando todos los isleños supervivientes hubieron consentido en ser bautizados, llegó allí un aventurero francés que los soliviantó y los enemistó con los misioneros. Los indígenas expulsaron a éstos y dieron muerte al francés.

Luego siguieron cantando himnos religiosos por su cuenta, a pesar de que se borraron todas las señales del paso de los evangelizadores.

"A fines del siglo pasado, los europeos descubrieron la existencia de excelentes pastos para miles de ovejas en torno a las estatuas de la isla de Pascua, y por último Chile se la anexionó. En la actualidad hay en ella un gobernador, un sacerdote y un médico, y nadie vive en cuevas ni en chozas de paja. La civilización ha sustituido a la antigua cultura de la isla de Pascua, como ha hecho en las tierras de los esquimales y de los indios y en todas las islas de los Mares del Sur.

"Por tanto, no hemos llegado aquí para estudiar a los indígenas - dije para concluir-. Hemos venido para hacer excavaciones. Si existe una respuesta para el enigma de la isla de Pascua, tiene que encontrarse oculta bajo tierra.

-¿No ha hecho nadie excavaciones en ella? - me preguntó una voz.

-Se supone que no hay tierra donde poder excavar.

En la isla no crecen árboles. Si en los tiempos antiguos tampoco hubo bosques, no puede haberse formado mucha tierra con sólo la acumulación de hierba seca. Por tanto, se cree que no hay nada oculto bajo el suelo.

En realidad, se habían realizado únicamente dos expediciones arqueológicas a esta extraordinaria isla y no se habían planeado otras. La primera fue una expedición particular inglesa dirigida por Katherine Routledge. Ésta llegó a la isla de Pascua en 1914 en un yate de su propiedad, la recorrió y situó sobre un mapa todo cuanto vio en tierra, empezando por las terrazas muradas, los antiguos caminos y más de cuatrocientas gigantescas estatuas de piedra que se hallaban esparcidas por toda la isla. Le ocupó tantas horas aquel trabajo preliminar que no tuvo tiempo de efectuar excavaciones sistemáticas. Lo que sí hizo fue limpiar algunas de las estatuas, que estaban parcialmente cubiertas por derrumbamientos de tierra. Por desgracia, todas las notas científicas de la expedición Routledge se perdieron, pero esta investigadora afirma, en un libro que publicó acerca de su viaje alrededor del mundo, que toda la isla está repleta de misterio y de problemas sin resolver. Diariamente se sentía dominada por un pasmo cada vez mayor por los extraños e insolubles problemas que se ocultaban tras todo aquello que vela.

"Las sombras de los desaparecidos constructores son aún dueñas de esta tierra - afirma-. Nadie puede librarse de su influjo. Son más activas y reales que la

población viviente y reinan sin trabas, teniendo por vasallos sus gigantescas y silenciosas construcciones. Impelidos por motivos que no conocemos, aquellos hombres señalaron su paso con toscos picos de piedra en las laderas de la montaña, alterando la forma de todo un volcán extinto, sólo con el fin de obtener el material en bruto necesario para el cumplimiento de su fanático deseo de ver gigantescas esculturas de forma humana alzándose a su alrededor en todas las ensenadas y puntos de desembarco.

"Por todas partes sopla el viento del cielo; a nuestro alrededor y sobre nosotros se extienden un océano y un firmamento ilimitados, un espacio infinito y un gran silencio. El morador de estos parajes presta siempre oído a algo ignoto, sintiendo de un modo inconsciente que se encuentra en la antecámara de algo todavía más extenso situado un poco más allá del alcance de su vista"⁴.

Ésta fue la visión que se llevó la señora Routledge de la isla de Pascua. Reconoció francamente la Existencia del misterio, presentó con sobriedad sus propias conclusiones y dejó la solución para los que llegaran después.

Transcurridos veinte años, un buque de guerra desembarcó a una Expedición franco-belga, que fue recogida más tarde por otro barco. Uno de los arqueólogos falleció durante la travesía; y mientras el francés Métraux recogía tradiciones orales de los indígenas para realizar un estudio en gran escala de la etnografía insular, el belga Lavachery estuvo muy atareado examinando millares de relieves en las rocas y otras extrañas obras pétreas que se velan en todos los lugares de aquella isla desprovista de árboles. Así, tampoco esta vez se realizaron excavaciones.

Hablando en términos generales, la expedición franco-belga al llegar a la isla estudió problemas distintos de los que se habían planteado los ingleses: las estatuas no eran su principal objetivo. En opinión de Métraux, el misterio se exageraba. Según él, indígenas corrientes de las islas más occidentales podían haber llegado a la isla sabiendo tallar figuras y, al no encontrar árboles que les proporcionaran el material necesario, atacaron la montaña rocosa.

Otros investigadores y numerosos navegantes que estaban dando la vuelta al mundo pusieron pie antes y después de esto en la isla de Pascua. Sus embarcaciones recalaron en ella durante algunos días o - cosa más frecuente -

⁴ Scoresby Routledge: The Mystery of Easter Island: the Story of an Expedition, Londres, 1919, págs. 133, 165, 391, etc.

durante unas horas, y en su breve estancia recogieron leyendas y tallas de madera de la mísera población, o ejemplares vivos de la fauna y la flora de la isla, tan esmirriada como sus habitantes. La islita "situada a oriente del Sol y a occidente de la Luna" fue objeto de un persistente pillaje en beneficio de las vitrinas de los museos y de las colecciones particulares de recuerdos. Casi todo cuanto podía transportarse ha corrido esa suerte. Solamente las cabezas gigantescas se alzan aún en las laderas con su altiva y pétreo sonrisa, saludando y despidiendo a los lilliputienses que pasan, las miran y se van con el fluir de los siglos. Sobre la isla sigue cerniéndose un velo de misterio que la cubre como una niebla.

Éstos eran los rasgos principales en que podía resumirse la historia de la isla de Pascua.

-¿No podría ser que los indígenas conservaran todavía algunas tradiciones? - preguntó quedamente el capitán.

-Es usted muy optimista - repuse-. Conocerá mañana a unas gentes tan civilizadas como usted y como yo. El primero que recogió leyendas entre ellos fue un norteamericano, Paymaster Thomson, en 1886. En aquella época aún vivían algunos de los habitantes que nacieron antes de que ningún hombre blanco se estableciese en la isla. Esos nativos contaron a Thomson que sus antepasados habían llegado por el mar desde oriente en grandes naves, para lo cual navegaron rumbo a poniente durante sesenta días sin alterar en ningún momento su rumbo. En los primeros tiempos convivieron en la isla dos razas distintas, los "*orejas-largas*" y los "*orejas-cortas*", pero estos últimos mataron a casi todos los "*orejas-largas*" durante una guerra y luego dominaron en la isla sin competencia. Estas antiguas leyendas - añadí - se hallan hoy en día recogidas en libros. Apenas queda nada de los viejos Mares del Sur.

-Y en la isla de Pascua menos que en ninguna otra parte- intervino Gonzalo-. Ahora vive en ella un grupo de hombres blancos, e incluso existe una escuela y un pequeño hospital.

-En efecto, y el único beneficio que podemos obtener de sus habitantes es una ayuda suplementaria para nuestras excavaciones - observé-. Tal vez nos proporcionen además verduras frescas.

-Quizás encontremos a algunos *vahines* que nos enseñen a bailar la huía- murmuró

uno de los maquinistas.

Esa observación provocó grandes carcajadas y muestras de aprobación entre algunos que se habían instalado en uno de los dos botes salvavidas.

De pronto oímos una grosera observación que ninguno de nosotros podía haber lanzado. Todos miramos estupefactos a nuestro alrededor. ¿Quién había pronunciado aquella frase soez? El primer oficial paseó el rayo de su lámpara de bolsillo por el espacio desocupado de la oscura cubierta. No había nadie allí. Reinaba un general embarazo. El maquinista trató de decir un nuevo chiste sobre las bailarinas de huía, pero en aquel mismo instante volvió a oírse la voz. ¿Habría caldo alguien por la borda? Nos asomamos a la amura y escrutamos con una lámpara la negra superficie del agua. Pero lo que vimos no fue agua: la luz de la linterna cayó de lleno sobre un grupo de rostros expectantes. Eran las caras más patibularias que hablamos visto hasta entonces. Aquel hatajo de piratas estaba apiñado en un botecito y todos nos miraban fijamente.

-¡a-o-rana - aventuré.

-¡a-o-rana- contestaron ellos a coro.

Eran polinesios. Pero hubiera jurado que eran también el resultado de todas las mezclas de raza imaginables.

Les arrojamos una escalerilla y, uno por uno, treparon por el costado del barco y saltaron a bordo. Casi todos ellos eran sujetos de complexión robusta y, casi sin excepción también, iban cubiertos de andrajos. Con la cabeza ceñida por un pañuelo rojo y un hatillo pendiendo de los dientes, el primero de ellos surgió a la luz en lo alto de la escalerilla. Pasó sus pies descalzos sobre la borda y saltó pesadamente sobre cubierta. Vestía una harapienta camiseta y los restos arremangados de unos pantalones. Tras él subió un sujeto corpulento y marcado de viruelas, que llevaba un viejo capote militar verde y las piernas al aire. Empuñaba una enorme cachiporra de madera y apoyaba en su hombro un manojo de bastones labrados. Casi inmediatamente le siguió la cabeza sonriente, de ojos saltones, de una figura de madera con barba de chivo y costillas salientes, que empujaba escalerilla arriba otro indígena tocado con un gorro blanco de marinero. Aquellos andrajosos sujetos fueron saltando, uno a uno sobre cubierta y, estrecharon las manos de los que tenían más cerca, mientras les mostraban bolsos y sacos llenos de los objetos más

curiosos.

Empezaron a hacer pasar de mano en mano tallas de madera sumamente extrañas, que pronto nos llamaron más la atención que sus mismos poseedores.

Habla una figura particularmente fantástica que se repetía en casi todas las tallas. Tenía los hombros caldos, una nariz aquilina de curva muy pronunciada, barba de chivo, orejas de lóbulos largos y colgantes, ojos grandes y muy hundidos y el rostro contraído en una mueca diabólica. Se destacaban en ella claramente el espinazo y las costillas desnudas, y, en cambio, el estómago aparecía muy hundido. Aquella figura repetíanse casi sin la menor variación en diversos tamaños. Había otras también muy curiosas, entre las que se destacaban la de un hombre con alas y cabeza de pájaro. Y además de figuras había porras de forma elegante y canaletes adornados con máscaras que parecían mirar de hito en hito. Por último nos enseñaron ornamentos pectorales en forma de media luna, decorados con misteriosos jeroglíficos que nadie ha sido capaz de interpretar hasta hoy. Todas estas tallas revelaban una ejecución impecable de mano maestra, y estaban tan pulimentadas y bruñidas que al tacto parecían de porcelana. Entre ellas había asimismo algunas copias, aunque mucho menos logradas, de las grandes estatuas de piedra, y una hermosa corona de plumas, con su correspondiente vestido hecho también de plumas artísticamente entrelazadas.

Yo no había encontrado nunca una actividad productora semejante en ninguna isla de la Polinesia, cuyos habitantes prefieren tomarse la vida con más calma. En cambio, allí había acudido a recibirnos todo un grupo de admirables tallistas. Es más, a un profano en la materia le parecería que los autores de tan curiosas obras de arte debían de poseer una imaginación desbocada y sin duda sentían un verdadero gozo artístico al crear. Pero al examinar las tallas más de cerca velase al punto que aquellos curiosos motivos reaparecían constantemente sin la menor variación. A partir de ciertas normas preestablecidas, nada cambiaba.

Yo había estudiado recientemente la colección de la doctora Mostny, que figura en el Museo Nacional de Chile⁵ y está integrada por obras de arte folklórico moderno de la isla de Pascua, y cuando los indígenas empezaron a exhibir sus figuras de madera, se quedaron asombrados al ir yo identificando los diferentes tipos, citando nombres

⁵ Se trata del Museo Nacional de Historia Natural. N. del T.

y dando ciertos detalles sobre su aspecto. En realidad, eran copias perfectas de los objetos que los primeros europeos encontraron en poder de los indígenas de aquella isla y que hoy únicamente figuran en los museos. Los originales poseen un valor incalculable, pero como han desaparecido del mercado, los indígenas se las arreglan para seguir comerciando con buenas copias de aquéllos.

Los tallistas señalaron con sonrisas de disculpa sus harapientos pantalones y sus piernas desnudas, manifestando su deseo de trocar sus mercancías por ropas y calzado. A los pocos instantes se realizaban animadas transacciones en todos los puntos de la cubierta. Los tripulantes, impelidos por el deseo de adquirir aquellos recuerdos, pero también por el más elemental sentimiento de caridad, bajaron a los camarotes y subieron de nuevo con cuantas prendas de vestir les sobraban. De pronto apareció la pequeña Anita en pijama. Se quedó entre la multitud, tirando con arrobo de la pata de un grotesco hombre-pájaro que uno de aquellos tipos, quizás el que tenía más aspecto de pirata, llevaba bajo el brazo. Cuando vio que a la niña le gustaba la figura, se la dio al instante. Yvonne salió corriendo en busca de algo con que obsequiarle.

El fotógrafo se acercó a mi y me dio un codazo.

-Oiga, allí hay uno que lleva algo muy curioso bajo la camisa; dice que es antiquísimo, de la época del abuelo de su tatarabuelo. Yo sonreí, pero le acompañé. Llegamos junto a un hombrecillo delgado y de modales agradables, que parecía un árabe de tez descolorida y llevaba un bigotillo a lo Hitler.

-Buenos días, señor⁶ - dijo mientras sacaba de su pecho con aire misterioso una piedrecilla plana con un hombre-pájaro que al parecer acababa de ser labrado sobre una de sus caras.

Antes de darle tiempo de mencionar de nuevo a su tatarabuelo, dije entusiasmado: -¡Es magnífico! ¿De veras lo ha hecho usted? Por un instante, -él pareció perder su aplomo y su cara se contrajo, luchando entre una sonrisa y una mueca de desconcierto. Luego se sonrojó de satisfacción y contempló su obra maestra como diciéndose qué sería una verdadera lástima atribuir su paternidad a otro.

-Si - respondió con orgullo; y se le vio regodearse en el convencimiento de su propio talento. No tuvo que lamentarlo, porque al fotógrafo le gustó la piedra y se

⁶ En español en el original, como siempre que aparece este tratamiento en boca de los indígenas. - N. del T.

quedó con ella.

Entre tanto se había aproximado otra embarcación al costado del buque, y me comunicaron que un hombre blanco subía por la escalerilla. Era un joven y atildado oficial de Marina, que se presentó a sí mismo como ayudante del gobernador, añadiendo que venía a darnos la bienvenida en su nombre. Le invitamos a pasar a la cámara para tomar unas copas, y le explicamos el motivo de que hubiésemos anclado en aquel lugar. Él respondió que, de todos modos, el estado del mar no nos hubiera permitido fondear frente a la aldea en aquellos momentos. A continuación nos propuso que nos trasladásemos a la mañana siguiente al abrigo de otro cabo más próximo a la zona habitada, desde donde nos ayudarían a desembarcar en la costa rocosa. Nos dijo que habían transcurrido seis meses desde el paso del último barco; como podía suponerse, era un navío de guerra chileno. El año anterior recibieron la visita de un enorme transatlántico de lujo. Preguntaron al gobernador si había ascensor en el hotel y tranvía que fuese hasta el puerto, mas al responder que no existía hotel ni puerto, no se dio permiso a los pasajeros para desembarcar. En cambio, se permitió que algunos indígenas subiesen a bordo para vender recuerdos de la isla y bailar una *huía* sobre la cubierta. Después el transatlántico continuó su travesía para visitar otros puntos del anchuroso Pacífico.

-Pues nosotros pensamos desembarcar, aunque tengamos que hacerlo a nado - dijimos sonriendo, sin sospechar que casi estarla a punto de ser verdad.

Al regresar a la escalerilla, el oficial de Marina nos aconsejó que llevásemos un indígena a bordo en calidad de piloto cuando a la mañana siguiente costeásemos la isla.

-Roban como urracas - añadió a continuación-. Creo que lo más conveniente para ustedes será que se quede el alcalde. ¿Aún no se lo han presentado? En efecto, aún no nos lo habían presentado. Entonces lo condujeron a nuestra presencia sus orgullosos subordinados. Resultó que el alcalde era el de la piedra esculpida; que llevaba la camisa repleta de objetos que le había dado en trueque el fotógrafo.

-Ahora ya no hay aquí reyezuelo; en su lugar, tengo el gusto de presentarle al alcalde de la isla de Pascua - dijo el oficial dando unas amistosas palmaditas en el hombro al individuo del bigote-. Además, es el mejor tallista de la isla.

-Sí, señor - repuso el alcalde, sonrojándose y riendo.

Hallábase tan rebotante de orgullo y satisfacción, que no sabía hacia dónde mirar. Sus amigos le rodearon para no verse privados de la parte que les correspondía en el honor representado por aquel alcalde de su propia elección. Muchos de aquellos individuos tenían un aspecto muy perspicaz y astuto, y entre ellos descollaban algunos tipos robustos que parecían acostumbrados a mandar.

-Sí, señor -repitió el endeble hombrecillo, abombando el pecho de tal modo, que por el escote de su camisa asomó una pernera de unos viejos calzones del fotógrafo-. Soy alcalde desde hace veintiocho años. Me reeligen siempre por unanimidad.

"¡Qué raro que reelijan a semejante mentecato!", me dije. En verdad, parecía que había otros más aptos para ocupar aquel cargo. El oficial tuvo que hacer uso de toda su autoridad para obligar a los hombres a que le siguiesen cuando se marchó del barco. Únicamente se quedó con nosotros el alcalde. Poco sospechaba yo entonces que desempeñarla el papel principal en la más extraña aventura que jamás me ha sucedido.

A la mañana siguiente me despertó el áspero ruido de la cadena del ancla. Me puse apresuradamente los pantalones y salí a cubierta. Los rayos del sol empezaban a iluminar la isla, que con sus tonos verdes y ocres tenía un aspecto acogedor, esfumada ya su silueta nocturna y devueltos a la vida sus colores por el sol naciente. Las inmutables estatuas se alzaban a lo lejos, sobre la ladera. Pero nadie encendía hogueras, nadie rendía culto al maravilloso nacimiento del sol, ni un solo ser se advertía en aquella tierra: la isla se extendía ante mí tan inanimada como si sus habitantes nos hubiesen tomado por un barco negrero y hubieran corrido a ocultarse en abrigos subterráneos.

-Buenos días, señor.

Ante mí se hallaba de nuevo el sempiterno alcalde, descubriéndose respetuosamente. Pero lo hacía con uno de nuestros sombreros. Cuando la noche anterior llegó a bordo, iba destocado.

-Buenos días, alcalde; no se ven señales de vida en tierra.

-No - asintió él-. Ahora ya no vivimos aquí, sino en el pueblo que está al otro lado. Esas tierras se destinan únicamente a pastos para las ovejas de la Armada. Mire usted.

Señaló hacia una loma redondeada y semejante a una alfombra de color verde

grisáceo, sobre la que pude ver claramente una multitud de ovejas que la cruzaban. El barco seguía avanzando y pronto dejamos atrás la ensenada. Nos deslizábamos entonces siguiendo unos farallones perpendiculares. Entre hervores de espuma, el rompiente había corroído las formaciones volcánicas hasta que la costa se convirtió en una muralla enhiesta y de escalofriante altura. Sobre la pared del acantilado brillaban tintes de un pardo rojizo y gris amarillento, como si fuesen las distintas capas de un pastel cortado, y en lo alto de aquellos murallones que calan a plomo y se cernían sobre nuestras cabezas distinguíamos verdes prados y antiguos muros que parecían a punto de desmoronarse por el precipicio. Bordeamos milla tras milla de acantilados inaccesibles. Al fin vimos que la superficie de la isla cambiaba de forma y descendía hacia el mar en pedregales de suave declive desde las redondeadas y herbosas colinas y oteros del interior. El verdor no alcanzaba en ningún caso la orilla; en torno a toda la isla se alzaba una muralla protectora formada por negros bloques de lava esparcidos sin orden ni concierto. Únicamente en un sitio el paisaje era abierto y despejado. Por allí la isla nos sonreía, mostrándonos una anchurosa y soleada playa, lo que nos pareció extraordinariamente bello y acogedor.

-*Anakena* - dijo el alcalde inclinando la cabeza con reverencia-. Ahí es donde vivían antaño los reyes. Fue también en esa playa donde desembarcó *Hotu Matua*, nuestro primer antepasado.

-¿Quién vive ahora ahí? -Nadie. Sólo hay una cabaña de pastores.

Llamé al capitán para mostrarle el sitio, y él convino en que era excelente para acampar.

Quedó atrás la hermosa ensenada y empezó de nuevo la misma bravía costa de lava, con despeñaderos y grandes bloques caídos, hasta que alcanzamos el extremo occidental de la isla, donde, al fin, vimos que el terreno descendía en suave pendiente hacia el mar. Ante nosotros teníamos las casas del pueblo de *Hanga Roa*. Casitas, blancas con cuidados jardines, rodeadas a veces por palmeras aisladas y árboles dispersos. En las mesetas que se extendían a espaldas del poblado se veían incluso algunos campos con eucaliptos. Una cerca rodeaba la aldea el resto de la isla era la hacienda ovejera.

-Éste es mi pueblo - dijo el alcalde, rebotante de orgullo. Ciertamente, era muy

lindo. El alcalde se dio perfecta cuenta de que todos nos habíamos reunido para contemplar arrobados la tierra: incluso Anita permanecía inmóvil en brazos de Yvonne, mirando como hipnotizada aquel pueblecito de muñecas que se extendía bajo el inmenso cielo azul. Se produjo una súbita animación en el lugar: de todas partes acudían personas corriendo o al galope de sus caballos. Todos iban en la misma dirección, que era la que seguíamos nosotros.

-¿Habéis visto alguna vez un lugar semejante?-gritó el joven Thor-. Parece un decorado de teatro.

El capitán había enarbolado todos los gallardetes, y el barco resplandecía empavesado con todos los colores del arco iris y todas las banderas del código de señales, desde cólera hasta telegrama. Saludamos con la sirena y las banderas, y nos contestaron izando el pabellón chileno en un mástil solitario que se alzaba en la orilla.

El alcalde se pasó la manga de la camisa por los ojos.

-Señor - dijo-. Éste es el país de *Hotu Matua* y mi patria. He sido alcalde aquí durante veintiocho años. ¿Qué hubiera sido la isla de Pascua sin mí? La isla de Pascua soy yo. Yo soy la isla de Pascua. Pronunció estas palabras con gran énfasis, mientras se golpeaba el pecho.

Me pareció ver a Hitler tras aquel bigotito; pero no, me equivocaba: aquel mentecato era infinitamente mejor, pues se contentaba con lo que tenía y se consideraba muy satisfecho con ello. Ni siquiera ambicionaba rescatar las tierras destinadas a los pastos, que se extendían al otro lado de la cerca.

-Señor - no se había acabado la retórica-, usted y yo somos las dos únicas personas famosas que hay en esta Isla. A mi todo el mundo me conoce. En cambio, ¿quién conoce al gobernador? Han venido sabios de Alemania para tomar muestras de sangre de mi oreja y han llegado cartas de Glasgow y Austria pidiendo tallas de madera hechas por el alcalde de la isla de Pascua. ¡Mi fama es mundial, Señor, deme usted su mano para que se la estreche como amigo! Después del apretón, él me preguntó cortésmente si podía llamarme "señor *Kon-Tiki*".

Doblamos otro cabo flanqueado de costas abruptas, y la aldea desapareció tras un caos de riscos perpendiculares y bravías isletas de lava que semejabán castillos en ruinas y negras torres de afiladas aristas, esparcidas a los pies de un gigantesco y

negro farallón. Bordeábamos entonces unos rompientes con blancas crestas de espuma, y el barco cabeceaba agitado por el choque de la resaca. El alcalde se mareó y se dirigió con paso vacilante hacia una hamaca, pero consiguió murmurar que precisamente allí fue donde los hombres-pájaros desplegaron su mayor actividad. Luego indicó con el dedo la grotesca figura de madera que Anita había puesto en una cama de muñecas.

Cuando hubimos doblado aquel promontorio tempestuoso, penetramos en una especie de golfo abierto en el que los acantilados ya no se alzaban hasta el cielo, a pesar de que la costa aún era alta y escarpada. Los jinetes y la multitud de gente de a pie siguieron por un atajo que cruzaba el cabo muy tierra adentro, y la verde ladera que dominaba el terreno que descendía a la playa rebosaba de caballos y gentío. Algunos habían tomado un sendero que se vela en una especie de promontorio, y por él descendieron hasta unos bloques de lava negra que se bañaban en los rompientes, donde blanqueaba la espuma. Una vez allí se hicieron a la mar en un bote, el cual vino a nuestro encuentro bailando sobre las olas. El capitán se acercó a tierra todo lo posible antes de echar el ancla. El alcalde estaba muy atareado.

-En nuestro dialecto, "buenos días a todos" se dice *la-o-rana kurua* - me susurró al oído-. Dígalo en voz alta cuando desembarque y se ganará las simpatías de todos.

Aquella travesía por mares procelosos fue muy agitada. Únicamente unos cuantos elegidos recibieron permiso para desembarcar.

La espumosa cresta de una ola nos levantó y precipitó hacia un enorme bloque de lava; pero el piloto indígena hizo una magistral virada y consiguió que alcanzáramos el amparo de la costa antes de que la siguiente ola se abatiese sobre nosotros" Allí no había puerto ni escollera, sino sólo la salvaje fantasía de la Naturaleza. Más allá de los últimos bloques protectores se extendía una compacta hilera de indígenas inmóviles; nos esperaban en lo alto de un estrecho reborde de la masa de lava que descendía de la meseta como una especie de escalinata natural.

-*¡la-o-rana kurua!*- grité a voz en cuello cuando penetramos en el mundo de aquellas gentes.

-*¡la-o-rana kurua!* - me respondió un alud de voces a lo largo del alto reborde, e inmediatamente todos corrieron hacia nosotros para ayudarnos a desembarcar.

Aquella muchedumbre era muy heterogénea; me dije que casi todos los novecientos habitantes de la isla debían de encontrarse allí. Eran polinesios, pero procedentes de muchos cruces, y se presentaron todos ataviados con unas combinaciones de prendas que denunciaban su origen continental. Apenas había tenido tiempo de saltar a tierra desde el cabeceante bote, cuando una vieja encorvada que llevaba un pañuelo en la cabeza se apoderó de mí.

-Es un secreto, señor - me susurró con voz ronca mostrándome una cesta llena de batatas. Apartó uno de los mayores tubérculos y miró con expresión tentadora la punta de una tela que asomaba bajo él.

-Gracias por habérmela enseñado - le dije, y seguí adelante.

En realidad, no había visto nada, pero comprendí que no era fácil revelar un gran secreto con todo el acantilado atestado de mirones. Muchos de los hombres encaramados sobre las rocas iban provistos de bolsas y figuras de madera, pero ninguno de ellos intentó mostrarme nada. Se limitaban a murmurar "*la-o-rana, la-o-rana*" cuando pasábamos por su lado.

La cumbre del acantilado aparecía negra a causa de la profusión de personas que la ocupaban, y entre el gentío se alzaba una silueta blanca y aislada, cubierta de flotantes vestiduras. Al instante conjeturé de quién se trataba: era el hombre más poderoso de la isla, el Padre Sebastián Englert había escrito un libro sobre aquella tierra insular. En Chile oí decir de él que era el rey sin corona de la isla: si se contaba con su amistad, todas las puertas se abrían, pero ¡pobre de aquel que se hiciese acreedor a su antipatía! A la sazón lo tenía ante mí. Era un hombre recio y erguido, que se asentaba sólidamente sobre sus piernas separadas. Vestía un largo hábito blanco sujeto a la cintura por un cilicio. Calzaba unas botas largas y recién lustradas. Parecía un apóstol o un profeta con su hábito immaculado. La capucha echada hacia atrás dejaba al descubierto su cabeza, y una barba patriarcal le cubría el pecho. Su imponente silueta se destacaba sobre un cielo increíblemente azul.

Contemplé su rostro rubicundo, de ojos penetrantes y arrugas que le daban una expresión de sagacidad. Le tendí la mano.

-Bienvenido a mi isla -fueron sus primeras palabras.

No me pasó por alto el posesivo.

-Sí, digo siempre mi isla - añadió con una sonrisa radiante-, porque la considero

mía y no la venderla por muchos millones que me diesen por ella.

Yo lo comprendí perfectamente y me dispuse a acatar desde aquel momento sus órdenes.

Él se rió.

-¿Le gustan los indígenas? - me preguntó de pronto, mirándome con expresión inquisitiva.

-Sí, y cuanto más auténticos sean, mejor - repliqué.

Su semblante se iluminó.

-Entonces, ya veo que seremos buenos amigos.

Le presenté a Gonzalo, al capitán, al médico y a dos o tres más que habían desembarcado conmigo, y después montamos en un jeep que nos esperaba en la campiña, entre montones de lava y caballos que estaban paciando. Empezamos a correr a campo traviesa y fuimos dando saltos y describiendo continuas eses hasta que llegamos a un camino de carro muy tierra adentro, el cual nos condujo al pueblo. Penetramos en el interior de la cerca para detenernos finalmente ante la solitaria casa del gobernador.



El Padre Sebastián Englert, rey sin corona de la isla de Pascua y el mejor amigo de los indígenas. El gobernador chileno, capitán Arnaldo Curtí, daba pruebas de gran celo y sabiduría.

Salió a darnos cordialmente la bienvenida un hombrecillo nervudo que vestía

uniforme caqui, y en su despacho se llenaron con facilidad y presteza las formalidades de rigor. Nos encontrábamos frente a los dos personajes principales de la isla: el anciano y sabio Padre Sebastián y el joven comandante Arnaldo Curtí, gobernador militar del territorio. El primero llevaba allí veinte años y allí permanecería hasta su muerte; el segundo había llegado en el último barco de guerra para gobernar la isla durante dos años en representación del país de Sudamérica que le enviaba. ¿Cuál de los dos tenía la sartén por el mango o contaba con mayor experiencia o poder? Pronto supimos que ambos formaban un todo indivisible: cada día celebraban un tête-à-tête para resolver los más arduos y curiosos problemas, dificultades que únicamente podían surgir en la extrañísima población de la isla más solitaria del mundo.

Una vez que el capitán hubo presentado el rol del barco y el médico un certificado de buena salud, quedamos dispensados de otras formalidades.

-Que tengan buena suerte en las excavaciones - me dijo el gobernador estrechándome la mano-. Les imponemos únicamente dos limitaciones: no pueden dar a los indígenas armas ni alcohol.

Esto me pareció muy razonable.

-Otra cosa - dijo rascándose el pescuezo-. Usted no es ni mucho menos un desconocido para los indígenas, y ha de saber que esto nos ha creado un problema bastante peliagudo.

El sacerdote sonrió y se acarició la barba.

-Bueno, ahora su barco puede encargarse de las misiones de vigilancia - dijo riendo. No comprendimos el significado de aquellas palabras, pero pronto nos ofrecieron una explicación. Cuando a la isla de Pascua llegó la noticia de que la balsa *Kon-Tiki* había pasado, impelida por las corrientes, a la altura de aquélla, para arribar felizmente a las islas de Oceanía, los indígenas se mostraron muy interesados. Si sus antepasados habían sido capaces de realizar con éxito semejantes travesías, ¿qué les impedía a ellos tratar de emularlos? En la isla, donde apenas crecían árboles, no existía madera suficiente para construir una balsa, pero esto no les arredró y algunos de ellos armaron un botecito con planchas y tablas, con el que se hicieron a la mar para pescar. La corriente se los llevó, y vieron que la isla de Pascua desaparecía tras el horizonte. Siguieron a la deriva, tomando

involuntariamente el mismo rumbo que la *Kon-Tiki*, para desembarcar cinco semanas después, hambrientos y extenuados, en un atolón del archipiélago de las Tuamotu, desde donde siguieron luego hasta Tahiti.

Esto espoleó aún más a los otros nativos. Algunos de ellos construyeron un bote de características similares, con el que se hicieron a la mar, en apariencia para dedicarse a la pesca. El gobernador vio que la barquita estaba llena de latas de agua y comprendió que allí había gato encerrado. Resultaba peligroso permitirles hacerse a la mar en aquel cascarón de nuez y, por tanto, ordenó que el bote fuese izado a tierra. Como los indígenas intentaran hacerse a la mar contraviniendo sus órdenes, se vio obligado a poner a un nativo leal, provisto de armas, de guardia junto al bote. El único resultado de esto fue que el guardián acompañó a los otros en el viaje: todos ellos se hicieron a la mar al amparo de la oscuridad de la noche. Este bote aún derivó mucho más al Oeste que el primero; los indígenas que lo tripulaban no vieron tierra hasta que desembarcaron, de un humor excelente, en Atiu, que se encontraba mucho más allá de Tahiti. Después de esto, a los habitantes de la isla de Pascua les entró la fiebre de los viajes. Dos grupos distintos iniciaron la construcción de sendas embarcaciones, que al fin quedaron terminadas, muy tierra adentro. Todo el pueblo estaba enterado de sus intenciones y, aunque sólo había un puñado de hombres blancos en la isla, el gobernador se vio obligado a poner a uno de ellos de guardia día y noche.

-Si ahora puedo decirles que a los que se marchen iremos a recogerlos con el barco de ustedes, podré ahorrarme esas engorrosas guardias - observó el gobernador.

Yo le prometí que así lo haríamos.

-Necesitamos esos guardias para otros menesteres -añadió-. Sepa usted que los indígenas suelen robar unas dos mil ovejas al año al otro lado de la cerca. Tenemos una especie de cárcel para los ladrones más recalcitrantes, pero no sirve de mucho, porque a la hora de comer tenemos que soltar a los presos para que vayan a sus casas. Si sirviéramos comida en la cárcel, se acusarían de todos los crímenes imaginables para que los metiesen en ella y vivir a costa del Gobierno. Sin embargo - prosiguió, mientras el Padre Sebastián hacía un gesto de asentimiento - son excelentes personas en otros aspectos. Hay que comprenderlos. Nunca han provocado disturbios ni refriegas importantes; el robo ha sido siempre su mayor

defecto, pero no debemos olvidar que a la vez que ladrones son dadivosos y espléndidos. A su juicio, la propiedad es algo que puede pasar de mano en mano: no tiene para ellos la importancia que le damos nosotros.

El Padre Sebastián prometió buscarnos algunos hombres de confianza para que nos ayudasen a excavar. Dijo que nos indicaría el jornal y la comida que debíamos darles inmediatamente. Nuestro surtido de mercancías de cambio era muy valioso y sería más apreciado que el oro o los billetes de Banco, pues en la isla no había tienda ni cines y ni siquiera una barbería.



Dos de los cuatro viejos hermanos Pakarati refieren leyendas al autor a orillas del lago que hay en el cráter del Rano Raraku.

Convinimos en que la bahía de *Anakena*, situada al otro lado de la isla, sería el lugar más adecuado para establecer el campamento principal de la expedición. Lo decidimos así por muchas razones. En primer lugar, porque era el paraje más bello de la costa. Además, poseía la única playa arenosa de la isla, donde podríamos desembarcar todo nuestro material con la balsa. Estaba lo más lejos de la aldea que permitía la superficie de la isla, lo que reducía al mínimo los riesgos de hurtos y otros incidentes. Además, aquel lugar era el valle de los reyes, famoso en los anales de la isla, pues fue allí donde desembarcó el legendario *Hotu Matua*. No podíamos pedir más.

Después de ser obsequiados con un espléndido banquete en la casa del gobernador, regresamos al barco. Los acantilados estaban aún cubiertos de enjambres de indígenas, y con gran contento por parte del Padre Sebastián dimos permiso para visitar nuestro barco a todos cuantos quisiesen hacerlo. Los indígenas me parecieron mucho más presentables que los que había visto el día anterior. Iban aseados y, sobre todo, no vestían harapos como los tallistas que subieron a bordo. Mencioné este hecho al alcalde, que había ido a su casa para ponerse una camisa nueva. Él me dirigió una astuta sonrisa.

-Ésta es una de nuestras viejas artimañas-dijo soltando una risita-. Si nos vestimos con harapos, nos pagan mucho mejor las tallas de madera.

El mar estaba tan agitado que fueron pocos los que vinieron a vernos, y prometimos repetir la invitación otro día. Cuando nos disponíamos a despedir a los últimos visitantes, el capitán llegó corriendo con el diario de a bordo.

-Tenemos que conservar los nombres de los que han venido - declaró sonriendo.

Tendió el libro a uno de los que parecían más listos y le pidió que invitase a sus compañeros a que escribiesen sus nombres. El indígena cogió el libro y la pluma y se reunió con sus compatriotas con expresión pensativa. Juntáronse todos en conciliábulo como si debatiesen arduas cuestiones y cambiaran frases en un murmullo rápido. Luego el indígena devolvió el libro al capitán con semblante grave, y vimos que nadie había firmado. -¿Es que no saben escribir?-le preguntó el capitán.

-Si, muchos saben - replicó el indígena-, pero no quieren.

Gonzalo escuchó esta conversación. Tomando el libro, volvió junto a los indígenas, explicándoles que él era chileno y que, por tanto, hablaba español y no dudaba que le entenderían. Pero cuando trató de continuar sus explicaciones, la intranquilidad se hizo aún más manifiesta y temimos que degenerase en tumulto e incluso que aquellos hombres pudieran agredirnos. Uno de ellos se apoderó del libro y pareció que iba a tirarlo por la borda. Yo tuve que apelar a toda mi autoridad para sacar a Gonzalo del grupo de indígenas, y él regresó con el diario, desgreñado y sudoroso.

-Es increíble - observó-. Se niegan a firmar so pretexto de que así fue como engañaron a sus antepasados para llevárselos como esclavos al Perú.

-No es posible que aún conserven memoria de ese hecho- observó alguien.

Mas un simple cálculo nos bastó para comprender que fueron los abuelos de aquellos mismos hombres las víctimas de los feroces negreros y que hasta era posible que los padres de algunos de ellos hubiesen nacido en aquella época.

Hicimos desaparecer a toda prisa el diario de a bordo y expliqué a los visitantes que debían desembarcar porque íbamos a levar anclas. No me hicieron el menor caso, y los aullidos de la sirena y el ruido de los motores, que los maquinistas pusieron en marcha con el mayor estrépito posible, tampoco surtieron el menor efecto. Por último, me vi obligado a acompañar a algunos de ellos hasta la escalerilla, para forzarlos a bajar a las dos barcas de remos indígenas que les esperaban. Cuando ordené que buscasen a los demás, vi que ya un bote se alejaba a fuerza de remos remolcando al otro, que se había llenado rápidamente de agua. Yo les grité que se llevasen a los compañeros que se habían dejado a bordo, y ellos contestaron que volverían a recogerlos cuando hubiesen desembarcado a los que entonces transportaban y hubieran achicado el agua del segundo bote. Pasó el tiempo y nadie volvía, a pesar de nuestros continuos toques de sirena. Teníamos que levar anclas antes de que cayese la noche, y no conocíamos lo bastante aquellas aguas para atrevernos a desembarcar a nuestros visitantes con nuestro bote entre los bloques de lava. Al fin no tuvimos más remedio que zarpar con todos nuestros nuevos pasajeros a bordo. Éstos no demostraban la menor sorpresa; se lo tomaban todo como la cosa más natural. Cuando la cena estuvo a punto, nuestro cocinero la sirvió también a nuestros dieciséis improvisados pasajeros, que comieron con buen apetito y luego se precipitaron a la borda víctimas del mareo, pues el barco cabeceaba de lo lindo.

Echamos el ancla al socaire del mismo acantilado de la noche anterior, pero ni siquiera allí pudimos librarnos de nuestros pasajeros. Era ya noche cerrada y empezó a lloviznar. Pensamos que durante la noche nos robarían hasta la camisa si dejábamos penetrar en los camarotes a aquella partida de piratas. Por consiguiente, les di a escoger entre dormir sobre la cubierta o irse a tierra, en dos tandas, en la balsa de aluminio del barco. Eligieron la balsa, y entonces la botamos al agua. Pero de pronto se empeñaron en ir todos en el segundo viaje, y, por último, tuvimos que renunciar a la idea de librarnos de ellos. Bien comidos y contentos, sacaron una guitarra y se pusieron a bailar la *huía* en la cubierta de proa. Aquello tuvo

consecuencias insospechadas. La tripulación no había estado en tierra ni presenciado ningún espectáculo desde hacía mucho tiempo, y todos se animaron al oír aquella sugestiva música. Ya que los teníamos a bordo, quisiéramos o no, ¿por qué no sacar el mejor partido posible de ello? Aquella electrizante música de cuerda, acompañada de cantos y de un rítmico palmoreo, resonaba en todo el barco, y, en medio de las tinieblas que nos rodeaban, la linterna de nuestra embarcación producía el efecto de unas candilejas que iluminasen aquella alegre escena.

-Te tere te vaka te Hotu Matua...

El rudo jolgorio de aquellos despreocupados piratas resultaba tan contagioso, que desde el último marinero al primer hombre de ciencia terminaron rindiéndose a su influjo y participando lo mejor que sabían en la danza y los cantos.

De pronto surgió de las tinieblas nuestro amigo el alcalde. Iba calado hasta los huesos y estaba helado. Llegaba en un botecito en compañía de otros tres indígenas. Tras una breve discusión, convinimos en que les dejaríamos subir a bordo a condición de que se llevasen a tierra en su bote a sus dieciséis compatriotas. Para contentarlos a todos, dije que ambos grupos podían quedarse a bordo para tocar y bailar durante una hora más. El alcalde aceptó encantado y subió a la embarcación en compañía de sus tres amigos. No tardó en preguntar si les podíamos obsequiar con una cena como la que hablamos dado a los otros.

-Si - respondí amablemente-, pero antes habrán de llevarse a sus dieciséis paisanos a tierra.

Él se acercó a los músicos correteando alegremente y batiendo palmas a compás. Un minuto después volvió a mí, también corriendo, y me dijo que sus dieciséis compatriotas tenían, que irse inmediatamente a tierra, pues, de lo contrario, se mojarían y enfriarían al regresar a sus casas.

Por más que intercedí por ellos nada conseguir el hecho de que sólo acababa de empezar la hora prometida no alteró su decisión. Dirigiéndose a los indígenas, les gritó que dejasen de tocar. Entonces cambié de táctica.

-Al fin y al cabo, también pueden cenar ustedes ahora- le dije.

El alcalde corrió a la despensa sin acordarse ya de los músicos. Se limitó a asomar la cabeza por la escotilla, mascando a dos carrillos, para ver si sus tres amigos le

seguían.

Pero mantuvo su palabra y, cuando la hora hubo transcurrido, vimos alejarse hacia la negra costa, bailando sobre las olas, a la barca de remos indígena, rebosante de risas y de cánticos. La fiesta había sido un éxito.

-¡Ohoi! Te tere te vaka te Hotu Matua...

El resultado de todo ello fue que cuando a la mañana siguiente llegamos al valle de los reyes a la salida del sol, el alcalde del "Ombligo del Mundo" dormía a pierna suelta sobre la mesa de nuestra cámara.

Capítulo 3

En los túneles de gas volcánico

No había alma viviente en el valle de *Anakena* cuando nuestra primera patrulla de desembarco reconoció el llano que se extendía dentro de la playa, en busca de un lugar conveniente para montar una tienda. Pero mientras recorríamos aquellos parajes apareció un jinete en lo alto de la meseta, y un pastor indígena bajó de su caballo para venir a saludarnos. Aquel hombre poseía una casita de piedra encalada en el lado oeste del valle y estaba al cuidado de las ovejas en aquella parte de la isla. Cuando supo que íbamos a instalarnos en el valle de *Anakena*, señaló inmediatamente un pequeño barranco en el que se abrían varias espaciosas cavernas. A continuación nos dijo que eran las cuevas de *Hotu Matua*. El primer rey de la isla y sus compañeros vivieron en ellas cuando desembarcaron en aquella playa como auténticos descubridores de la isla. Más tarde se construyeron grandes chozas de espadaña. Aquel hombre hablaba de *Hotu Matua* con tanta naturalidad como un inglés habría hablado de la reina Victoria. Era incomprendible para él que existiesen personas que no supiesen quién era *Hotu Matua*, pues este personaje lo era todo para los habitantes de la isla de Pascua; era algo así como una mezcla entre el Adán de nuestra religión y el Colón de la Historia.

Cuando le dije que no teníamos necesidad de vivir en cavernas porque disponíamos de tiendas de tela impermeable, él señaló un punto en dirección opuesta.

-Si tienen lonas, pueden dormir al otro lado de la playa, en el lugar donde residió. *Hotu Matua* - nos dijo.

Luego nos acompañó por el llano hasta una terraza situada al pie de un pequeño montículo en forma de cúpula. Por todas partes percibíamos restos de una grandeza desaparecida. En el centro de la bahía, a ambos lados de ella y mirando al mar había tres terrazas semejantes a templos, construidas con enormes sillares. Se extendían sobre la arenosa playa y hubieran parecido una fortaleza que protegía el llano contra un posible ataque por mar, de no ser por las enormes figuras humanas de piedra gris amarillenta que yacían postradas en la arena junto a las terrazas, indicando que éstas les habían servido de pedestal. Todos estos colosos se hallaban de bruces y sus cabezas apuntaban tierra adentro, lo cual demostraba que antes de

haber caldo daban la espalda al mar y, por tanto, miraban hacia el interior de la isla, por encima de una plazoleta abierta que podía considerarse como un templo.

Al lado de la terraza central yacía toda una hilera de gigantes caldos, y varios enormes cilindros de piedra de un rojo herrumbroso, que antaño estuvieron colocados en equilibrio sobre las cabezas de las estatuas, se velan desparramados por el llano.

La altiva e imponente terraza situada al este de la bahía había servido de pedestal a una sola estatua, pero ello tenía su explicación, pues la figura, tendida de bruces y con la cara enterrada en el suelo, presentaba unas espaldas mucho más anchas que sus esbeltos colegas de la terraza siguiente. Junto a aquel Voluminoso gigante fue donde vivió el rey *Hotu Matua* en persona. El pastor señaló con reverencia los sólidos cimientos de la vieja mansión real, todavía visibles en el suelo. Poco más allá había un curioso horno pentagonal de piedra que indicaba el emplazamiento de la cocina real. Era allí, desde luego, donde debíamos hacer excavaciones. Así, pues, señalamos el terreno para instalar el campamento al lado de las ruinas, sobre la llana plazoleta del templo y frente a la cabeza del derribado gigante.

El pastor contemplaba la escena con el mayor interés, repitiendo una y otra vez que aquella era la antigua mansión real, hasta que estuvo seguro de que todos nos habíamos dado perfecta cuenta de la importancia del lugar donde estábamos. Entonces aceptó un paquete de cigarrillos y se alejó en su montura, contento y satisfecho.

Poco después empezamos a desembarcar nuestro equipo. Primero recorrimos las aguas de la bahía en la pequeña balsa de aluminio y en compañía de un par de indígenas, para estudiar las rocas y escollos. En el centro de la bahía no había piedras y el oleaje era muy suave, por lo que resolvimos desembarcar al fotógrafo con sus pertrechos, pensando hacerlo nosotros más tarde.

Después remamos de nuevo hacia la lancha de desembarco, que nos esperaba a mitad de camino entre la embarcación y el lugar donde nos encontrábamos. Cuando ya habíamos avanzado un buen trecho vimos que una enorme ola levantaba la lancha a gran altura mientras ésta avanzaba mar adentro con el motor a toda marcha, huyendo del temporal que acababa de iniciarse. Seguimos a la lancha a fuerza de remos, apelando a todas nuestras energías, y conseguimos capear la

primera ola, pero cuando nos embistió la segunda, aún más alta y amenazadora, en un santiamén nos vimos levantados y arrojados contra una pared de roca completamente perpendicular. La balsa dio la vuelta de campana. Yo recibí un terrible golpe en la cabeza, pero me zambullí hasta el fondo con la mayor rapidez posible para evitar un golpe aún mayor al chocar con la balsa. Mantuve los ojos cerrados para que no entrase en ellos la arena que arrastraba el agua y nadé a tanta distancia y profundidad como pude antes de verme obligado a emerger por falta de aire. Cuando salí a la superficie vi a mis compañeros trepando sobre la balsa invertida, y el mar me pareció tan tranquilo como antes del suceso.

Esto constituyó una saludable lección que no cayó en saco roto cuando hubo que desembarcar material importante. Aunque ello ocurría raras veces, teníamos que estar siempre al acecho de la aparición de enormes e inesperadas olas que penetraban en la bahía de *Anakena* cuando uno menos lo deseaba. Para evitar sus efectos fondeamos nuestra mayor balsa salvavidas lejos de la costa, mucho más allá de la zona de peligro representada por los rompientes, donde quedó como una especie de muelle flotante. El bote de desembarco podía ir con toda seguridad hasta ese pontón transportando equipo del barco, y desde allí se transbordaba todo a una balsa más pequeña, que podía acercarse a la playa capeando el oleaje siempre que en el horizonte no se divisasen olas de gran tamaño. El transbordo de personal y equipo desde el barco a la playa se efectuó de esta manera: el bote de desembarco estaba atento a las órdenes que recibía por medio de la sirena del barco y de las banderas de señales de la playa. Durante la última etapa del viaje a través de los rompientes se escuchaban siempre risas y maldiciones, y alguien bajaba a tierra con los pantalones empapados. A veces, el oleaje era tan fuerte que el cocinero y el camarero tenían que alcanzar la playa a nado, llevando consigo el pan recién cocido en bolsas impermeables. Pero si bien las aguas eran bastante frescas, la playa era cálida y acogedora, y todos nos sentíamos dichosos en el soleado valle de los reyes. Pronto empezaron a brotar nuestras verdes tiendas, una después de otra, para constituir un apacible pueblecito en la plaza del templo, entre el viejo gigante caído y la mansión donde principió la dinastía de *Hotu Matua*. Nuestros amigos indígenas, que nos ayudaron a desembarcar todo el equipo, recibieron una profunda impresión cuando se asomaron desde la parte de atrás del enorme muro y vieron el sitio que

hablamos elegido para plantar nuestras tiendas. El alcalde lanzó un profundo suspiro y dijo con acento solemne: -Señor, aquí edificó *Hotu Matua* su primera casa. Vea usted: éstos son los cimientos y allí está la cocina.

Tuvimos que escuchar nuevamente desde el principio hasta el fin la historia de *Hotu Matua*. Pero nadie presentó objeciones a nuestra elección de lugar y nos ayudaron con la mejor voluntad a levantar las tiendas. Antes de que anocheciera, uno de ellos consiguió apoderarse de algunos caballos sin ensillar. Todos nos dieron las gracias y se alejaron en sus monturas en dirección al pueblo.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Permanecía tendido de espaldas, contemplando la luz de la luna, que bañaba la delgada tela verde de la tienda extendida sobre mi cabeza, y escuchando el rumor del oleaje sobre la playa donde desembarcó *Hotu Matua*. Me preguntaba qué clase de embarcación habría utilizado y cuál sería su idioma.

¿Qué aspecto tenía aquel valle a su llegada? ¿Habría bosques en la isla, como en las demás de los Mares del Sur? ¿Fueron tal vez los descendientes de *Hotu Matua* quienes talaron los árboles para procurarse madera y leña, terminando por destruir todos los bosques y convirtiendo a la isla en lo que es hoy: un erial donde no existe un solo árbol, que proporcione sombra en toda la extensión de sus onduladas colinas? Me causaba cierta desazón pensar en esta absoluta ausencia de árboles y arbustos. Tal vez tenían razón, al fin y al cabo, quienes decían que era inútil ir a la isla de Pascua para realizar excavaciones. Quizá tuvo siempre las mismas características de hoy día y nunca poseyó plantas que, al descomponerse, produjesen el humus que habría dado lugar a que el espesor del terreno aumentase año tras año y capa tras capa. Pero, salvo por las dunas arenosas de la costa y el estiércol de oveja depositado entre las piedras, parecía que la tierra no hubiese cambiado desde los días de *Hotu Matua*, siendo siempre seca y árida. En realidad, considerando que incluso el muro que servía de cimiento a la casa de *Hotu Matua* permanecía visible sobre la superficie y se enseñaba como una atracción turística, había que pensar que el suelo no había crecido y, por tanto, las probabilidades de efectuar nuevos hallazgos eran escasísimas. De la playa me llegó el retumbar creciente del oleaje, y yo me acaricé el chichón de la cabeza. Ya que hablamos conseguido llegar allí, no podíamos abandonar la empresa sin hacer por lo menos

un intento de excavación, antes de pasar a las otras islas apuntadas en nuestro periplo.

Durante los primeros días que pasamos en tierra, los arqueólogos realizaron excursiones de reconocimiento hacia el Este y el Oeste, mientras los demás traíamos el equipo a tierra y planeábamos el ulterior desarrollo de la expedición. No había ni un solo arroyuelo en toda la isla, pero en el fondo de los cráteres de tres antiguos volcanes descubrimos la presencia de Ciénagas y lagunas llenas de espadaña. Teníamos que ir a buscar la leña y el agua potable a *Vaitea*, la hacienda ovejera, que se hallaba a seis kilómetros sobre las tierras altas, en el centro mismo de la isla. Se había plantado allí un bosquecillo de eucaliptos, y una tubería traía el agua potable desde el volcán *Rano Aroi*. El gobernador nos prestó un sólido lanchón burdamente construido, que los indígenas llevaron hasta el barco a fuerza de remos, y, gracias a él, un día de mar llena conseguimos desembarcar el jeep de la expedición en la aldea. A este vehículo debimos que la cuestión del abastecimiento de leña y agua potable quedara resuelta.

Habla restos de carreteras prehistóricas en la isla de Pascua, y las comunicaciones se incrementaron gracias a que el administrador de la hacienda había retirado las piedras de mayor tamaño; de modo que se podían recorrer en jeep de un extremo a otro, no sin dar buenos saltos, los diecisiete kilómetros de longitud que tiene aproximadamente la isla. El Padre Sebastián y el gobernador nos consiguieron gran número de caballos con sus correspondientes sillas de madera de fabricación indígena. Incluso los aborígenes más pobres poseían por lo menos una montura. Los viajes a pie eran sumamente incómodos a causa de los fragmentos de lava, de un pardo rojizo o negros como el carbón de coque, que cubrían el terreno, formando grandes montones, a veces tan, próximos que únicamente el casco de un caballo podía asentarse entre ellos. Los niños de la isla de Pascua aprenden a montar a caballo casi al mismo tiempo que a andar. Velamos con frecuencia minúsculos arrapiezos recorriendo a galope aquellos pedregales en caballos que montaban a pelo, yendo tres jinetes en una sola cabalgadura, cada uno de ellos cogido a la cintura del que tenía delante y el primero asido a la crin del animal.

A lo largo de la costa se abrían gran número de pozos antiquísimos, magistralmente excavados y revestidos de bloques de piedra labrada. Los primitivos pobladores se

acostumbraron a beber agua salobre, que extraían de corrientes subterráneas en los puntos donde éstas sallan al mar. Al llegar nosotros había allí molinos de viento que hacían subir el agua salobre hasta los abrevaderos de las ovejas, donde dábamos de beber a los caballos e íbamos a buscar la que necesitábamos para lavarnos en el campamento.

El contraamaestre, que era también carpintero, había construido estantes y mesas para la gran tienda comedor, donde, además de comer, podíamos trabajar con tranquilidad gracias a las gasas mosquiteras que nos defendían de los densos enjambres de moscas importadas que volaban a nuestro alrededor.

-Tendremos que bajar la lona de la tienda por el lado del viento - dijo Yvonne-. El polvo atraviesa el mosquitero.

-¿Polvo en esta isla? -Sí, mira - repuso pasando el dedo por la librería y trazando una línea con toda claridad.

Yo contemplé esta huella con la mayor satisfacción. Aquello quería decir que al cabo de un centenar de años o cosa así existiría en aquella tierra un buena capa de polvo, una capa de espesor considerable que se podría remover y excavar. Al fin y al cabo, tal vez valdría la pena hacer excavaciones en la isla de Pascua. Debido precisamente a la ausencia de arbolado, quizás el viento y las inclemencias atmosféricas erosionaban las colinas, enviando una lluvia de sutil polvillo, semejante á una nevada imperceptible, sobre las tierras bajas. Sin duda, la mayor parte de aquel polvo se perdía en el mar, pero el resto debía de quedarse en la isla, cubriéndola desde la costa hasta las herbosas laderas.

Los arqueólogos volvían de sus excursiones de reconocimiento con interesantes noticias. Habían encontrado antiguos muros que deseaban examinar más adelante, pues presentaban indicios de dos civilizaciones distintas que debieron realizar construcciones antes de la llegada de los europeos. Por el momento, y a fin de familiarizarse con las condiciones del lugar, decidieron emprender excavaciones de poca monta en las proximidades del campamento de *Anakena*. Más adelante realizarían su principal tarea.

La primera elección recayó en el horno pentagonal de la cocina de *Hotu Matua* y los cimientos naviformes contiguos. Esta clase de excavaciones se practican no con pico y pala, sino con una pequeña paleta de albañil; con ella se va excavando el suelo

centímetro a centímetro, a fin de no deteriorar los posibles hallazgos. La tierra recogida se pasa a través de un fino tamiz, de modo que todo lo que vale la pena queda retenido por las mallas. La profundidad excavada se anota con toda exactitud, pues es sabido que cuanto más se profundiza, más antiguos son los hallazgos encontrados en las distintas capas sobrepuestas.

Exactamente bajo el nivel del césped se encontró un fragmento de un antiguo cuenco de piedra, puntas de lanza y otros utensilios cortantes de negro vidrio volcánico, y posteriormente trozos de anzuelos hechos con huesos humanos o de piedra perfectamente pulimentada. Después de profundizar unos treinta centímetros en la tierra al lado del horno de *Hotu Matua*, la paleta chocó contra unas piedras y, cuando las hubieron limpiado de la tierra que las cubría, vieron que se trataba de otro horno pentagonal, exactamente del mismo tipo que el que estaba en la superficie del suelo. Si éste era obra de *Hotu Matua*, el primer habitante de la isla, ¿quién había estado en ella antes, cocinándose su comida de la misma manera? Los indígenas no comprendían en absoluto aquello: tanto ellos como todos los visitantes de la isla habían dado por seguro que las ruinas que se hallaban sobre el nivel del suelo pertenecieron a *Hotu Matua*, porque aquél era sin ningún género de dudas el lugar de su residencia.

Seguimos excavando y encontramos numerosos fragmentos de anzuelos de pesca, conchas, esquirlas de hueso, carbón vegetal y dientes humanos hasta que llegamos a gran profundidad por debajo del horno inferior. Creíamos hallarnos en niveles correspondientes a una muy remota antigüedad. Pero Bill encontró una preciosa perla veneciana azul, en la que reconoció un tipo empleado por los europeos en sus cambalaches con los indios hace doscientos años, y ello indicaba que no habíamos llegado en nuestras excavaciones a una profundidad suficiente para considerar que ya sobrepasábamos las huellas de la llegada de los primeros europeos a la isla. La fecha más antigua que podíamos atribuir a la perla era la de la visita de su descubridor, Roggeveen, lo cual significaba que no habíamos llegado más allá del año 1722 en nuestras excavaciones. Consultamos el cuaderno de bitácora de Roggeveen en lo concerniente al descubrimiento de la isla de Pascua, y leímos que el primer indígena que subió a bordo fue obsequiado con dos collares de perlas azules, un espejuelo y unas tijeras. Nada más natural que algunas de aquellas

perlas hubiesen llegado hasta la mansión real de *Anakena*. Profundizamos un poco más y llegamos a una capa de piedras que no presentaban la menor señal de actividad humana.

Lo cierto era que ya sabíamos que valía la pena de excavar en la yerma isla de Pascua. Podíamos, pues, empezar en serio nuestro trabajo. Tendríamos que contratar peones indígenas, porque algunos de los proyectos que acariciábamos requerían más hombres de los que teníamos nosotros.

Durante aquellos días apenas velamos a los indígenas. Para evitar posibles hurtos e intrigas, el Padre Sebastián nos rogó encarecidamente que sólo permitiésemos el acceso al campamento a los indígenas que tuviesen algo que hacer en él. Era inútil tratar de impedir que nuestros marineros trabasen amistad con las risueñas *vahines* de la isla. Esto era imposible, y así tuvo que reconocerlo el venerable sacerdote. Pero si los marineros querían divertirse, tenían que ir a caballo al pueblo; de lo contrario, todo el pueblo se hubiera venido a vivir con nosotros. Aceptamos este sistema y rodeamos el campamento con una cuerda para establecer una especie de frontera, una zona tabú. El resultado fue, en general, sorprendentemente satisfactorio. Sólo unos cuantos pastores estaban autorizados para frecuentar aquella parte de la isla, debido a que cada vez que los indígenas trasponían la cerca que rodeaba su poblado robaban alguna oveja. Desde luego, no dejaba de resultar molesta cualquier limitación a la libertad de movimientos en una isla tan pequeña.

Una de las primeras noches nos robaron dos latas de agua situadas fuera del área del campamento y la delgada cuerda que señalaba nuestros límites jurisdiccionales, considerándola como un objeto valioso. El Padre Sebastián opinó que la habían robado para utilizarla en uno de los dos barquichuelos que tenían preparados para zarpar. En vista de ello, el gobernador ordenó a Casimiro y Nicolás que vigilasen los alrededores. Se trataba de los dos policías indígenas del poblado. El viejo Casimiro era tan alto y flaco como Nicolás gordo y rechoncho. Además, se parecía extraordinariamente a la bamboleante y fantástica estatua de hombros redondeados que figuraba en la colección de tallas de la isla. Si aquella figura no hubiese sido conocida desde los tiempos del capitán Cook, habríamos sospechado que Casimiro debió posar para ella. Al costado de este guardián pendía una descomunal pistolera de cuero en la que se alojaba un anticuado revólver, y apenas vela a un paisano

suyo, fuese hombre o mujer, joven o viejo, empezaba a vociferar blandiendo el revólver, hasta que el intruso ponía pies en polvorosa y desaparecía tras las colinas. Entonces él regresaba con su andar bamboleante, encorvado el cuerpo, y se sentaba en la zona tabú, al abrigo de la tienda.

El viejo Casimiro nos fue simpático. Parecía algo tardo de entendimiento, pero tenía muy buen talante y una gran modestia. Nicolás también era un buen sujeto, pero nadie le compadecía. Los mejores restos de cocina se reservaban siempre para aquel viejo flacucho, que los devoraba como si no hubiese comido en su vida. Luego se paseaba por el campamento con los bolsillos repletos de cigarrillos que le hablamos dado y que consideraba como objetos de gran valor. Casimiro parecía encontrarse en el séptimo cielo y se fue volviendo cada vez más perezoso. Siempre estaba tumbado a la sombra de la tienda y jugueteando con su enorme revólver. Hasta que un día creyó que debía hacer algo para corresponder a nuestra hospitalidad. Se deslizó al interior de mi tienda y me dijo en voz baja que había una cueva llena de "cosas importantes" en la isla de los hombres-pájaros. Había estado allí de niño en compañía de su padre y otros chiquillos de su edad, y aquél les dijo que esperasen, y desapareció luego tras una roca, desde donde se arrastró al interior de una cueva secreta. Casimiro nunca había visto la entrada, que estaba obstruida por piedras, pero si yo quería llevarle allí en nuestro bote sin que nadie del pueblo se enterase, me indicarla el lugar exacto donde él estuvo esperando, a condición de que en el caso de que yo descubriese la cueva nos repartiéramos el tesoro que con tenía. Los ojos del viejo brillaban al decir estas palabras.

No me tomé estas revelaciones muy en serio. Tanto la expedición Routledge como el Padre Sebastián habían recibido ofrecimientos similares. Después de ganarse la confianza de los indígenas, siempre resultaba que había uno de éstos que sabía de una región donde se encontraba una cueva secreta con la entrada obstruida. En estas cavernas, sus antepasados habían escondido antiguas tablillas de madera marcadas con jeroglíficos, *rongo-rongo* en el idioma de la isla. Tales tablillas vallan una verdadera fortuna, pues sólo había un par de docenas de ellas en todo el mundo, esparcidas por los museos. Los indígenas conocían perfectamente este detalle. Mas cuando alguien decidía efectuar una exploración en una de aquellas cuevas, el único resultado era una serie de inútiles búsquedas, pues nunca se

lograba encontrar la obturada boca. Y ellos salvaban su responsabilidad diciendo que era una verdadera lástima que la entrada de la cueva hubiese desaparecido a causa de un corrimiento de tierras o de un hundimiento.

Llegó el primer domingo de nuestra estancia en la isla.

El Padre Sebastián insinuó que, si deseábamos oír cantar a los nativos, podríamos ir a la iglesia, donde seríamos bien recibidos. Yo reuní a todos los miembros de la expedición, hombres de ciencia y marinos indistintamente, y les expliqué que la iglesia era algo muy especial en las islas oceánicas. No era tan sólo el único elemento estable de la vida de los aborígenes, no era sólo un centro espiritual donde encontraban una deseada sustitución de sus antiguas creencias en *Tiki* y *Make-make*, sino también el único punto de reunión social donde acudía toda la población, vestida con sus mejores galas, pues no había salas de reuniones, cines ni plazas de mercado en la isla más solitaria de los Mares del Sur. Si uno dejaba de ir a la iglesia el domingo, quedaba al margen de la comunidad para el resto de la semana. Con frecuencia, los indígenas recibían un adoctrinamiento que hacía de ellos unos fanáticos de su iglesia, y el no concurrir a ella se interpretaba como una especie de ataque, de demostración hostil. Los indígenas de algunas islas de Oceanía eran protestantes, otros católicos o mormones: todo dependía del misionero que hubiese llegado antes y construido una iglesia. A los visitantes desprovistos de prejuicios les era fácil entrar en estos templos.

-Yo no voy nunca a la iglesia - dijo uno de nuestros hombres-. Pero si usted cree que es necesario, iré con mucho gusto.

Al fin, todos nos fuimos al galope por las colinas, formando un grupo de ateos, protestantes y católicos, en cuyo centro iba el jeep traqueteando, para dirigimos a la pequeña iglesia del Padre Sebastián, que se alzaba en mitad del pueblo.

La plaza de la iglesia resplandecía de flamantes trajes blancos y de color: todo el pueblo nos esperaba con sus mejores trapitos domingueros recién lavados y planchados. Entramos en el pequeño templo sin campanario atravesando grupos de hombres respetuosos y de *vahines*, de niños y personas mayores, de viejos, de recién nacidos e incluso de niños por nacer. El pueblo quedó vacío bajo el sol matutino. En el interior de la iglesia había tal gentío, que los que se sentaban al extremo de los bancos tenían la mitad de su persona fuera de ellos. Pero también

brillaba el sol en la pequeña iglesia del Padre Sebastián: sus rayos penetraban como lanzas luminosas por los resquicios del techo y de las paredes, acompañados de algunos pájaros que seguían el mismo camino y empezaban a revolotear por el templo sin temor alguno, piando y cantando. Por todas partes se velan caras radiantes y vivos colores.

El Padre Sebastián vestía una gran casulla de color verde claro, que cubría a medias su níveo hábito, y se erguía entre sus fieles en actitud firme y risueña, semejante a un bondadoso abuelo de enormes barbas. En la iglesia reinaba un ambiente parecido al de una función de ópera. El servicio divino alcanzaba su culminación cuando se entonaban los himnos. Éstos se cantaban en polinesio y la música de muchos de ellos era de antiguas melodías indígenas. Todas las voces de las personas congregadas en la iglesia, excepto las nuestras, se unieron para cantarlos. Nosotros nos limitamos a escuchar, pues aquello nos interesaba sobremanera: los indígenas cantaban a la perfección, dando a los cantos litúrgicos un ritmo y un colorido como sólo son capaces de hacerlo los polinesios.

El Padre Sebastián celebró con la mayor simplicidad la ceremonia y pronunció un sermón lleno de claridad y sabiduría. Por doquiera nos rodeaban nuestros amigos, los insaciables piratas, en compañía de sus vivarachas *vahines*, sentados y apiñados, escuchando las palabras del sacerdote con la misma atención y entusiasmo que contemplan los niños las películas del Oeste. Se pronunciaron unas palabras especiales de bienvenida para nosotros, forasteros en la isla; se hicieron votos por el éxito de la expedición y se prometió que nos ayudarían de buena gana todos los moradores de la isla, pues, si bien no todos teníamos las mismas creencias religiosas, éramos cristianos y estábamos animados por los mismos ideales.

A partir de entonces estuvimos más íntimamente unidos aún con la población de la isla; el hecho de que el Padre Sebastián nos hubiera aceptado quería decir, para los nativos, que éramos personas de bien.

Después de la misa, todos los miembros de la expedición fuimos invitados a un espléndido banquete en casa del gobernador. Además de nuestro anfitrión y del Padre Sebastián, encontramos reunida allí a la reducidísima colonia blanca, formada por dos monjes que dirigían el lazareto situado al norte del poblado; el capitán de la

Fuerza Aérea de Chile, que preparaba planes para un futuro aeropuerto transoceánico en la isla, y los dos ayudantes del gobernador. Las únicas personas que no se hallaban presentes eran el maestro de escuela y el médico. No los vimos nunca, ni siquiera en la iglesia. Además, observé que se solicitaban los servicios de nuestro propio médico para atender al gobernador, que padecía una dolencia cardíaca.

Cuando, al atardecer, regresábamos al campamento, nos detuvo un sujeto bajito y corpulento, de ojos negros como el azabache y cabello negro y cerdoso. Era el médico del pueblo, que nos invitó a asistir a una huía. Este baile gozaba de tal popularidad entre los expedicionarios, que era inútil negarse a aceptar. Se celebraba en la casita de estilo indígena donde moraba la hermana del alcalde, casita que se hallaba tan abarrotada de gente cuando nosotros llegamos, que algunos tuvieron que saltar por las ventanas para que pudiésemos entrar por la puerta. Vi, alarmado, que pasaba de mano en mano un enorme pichel, con el que llenaban los vasos hasta el borde de un líquido que parecía whisky, pero que resultó ser "agua pura"⁷ recogida del techo. Sin embargo, la atmósfera era alegre y animada, estallaban grandes carcajadas y se oían frases punzantes en cuatro lenguas, que hacían retemblar el techo cuando las *vahines* se llevaban a rastras a los tímidos marineros y a los envarados arqueólogos a la pista de baile, para hacerles retorcerse como anguilas suspendidas de un anzuelo. La baraúnda era inenarrable, y la sala se hallaba atestada de gente, que las paredes hubieran estallado de no haber ido por los que empujaban desde fuera, tratando de atisbar por las ventanas, obturadas por masas de indígenas. Cuatro hombres cantaban acompañándose de sendas guitarras, y, en medio de todo aquel bullicio, el médico del pueblo me asediaba tratando de iniciarme en los intrincados problemas políticos de la localidad.

-Mi propósito es abrir las ventanas del mundo para estas gentes - me confió.

"Buena idea", me dije, pensando que pronto nos asfixiaríamos en aquella habitación. Pero él no daba a sus palabras un sentido literal, y tuve que resignarme a acompañarle al exterior para escuchar sus profundas disquisiciones.

Resultó que él y el maestro de escuela se hallaban en oposición con los demás

⁷ En español en el original. N. del T.

residentes blancos de la isla.

-Tenemos sangre india en nuestras venas - me dijo, señalando sus ojos negros y ardientes-. Queremos que los indígenas salgan de aquí y conozcan la vida del continente.

"Y el Padre Sebastián desea precisamente lo contrario", pensé. Teme que se conviertan en unos borrachos impenitentes cuando lleguen a un sitio donde puedan procurarse todo el alcohol que deseen. Teme también que los exploten y terminen llevando una existencia de perros o dando con sus huesos en la cárcel.

-Queremos levantar el nivel de vida y modernizarla- prosiguió el médico. Queremos que los que ahora andan descalzos lleven zapatos. "El Padre Sebastián opina que esto es un error", me dije. Una vez le oí afirmar que los indígenas que habían ido siempre descalzos se desenvolvían mejor, tanto en tierra como en el mar, en aquella isla donde el calzado se hacía trizas muy pronto al andar sobre las cortantes piedras de lava. Las plantas de los callosos pies de aquellos que se acostumbraban a llevar zapatos se volvían, delicadas y quedaban destrozadas cuando las suelas se rompían. "No -reflexioné-. Siempre hay dos modos de enjuiciar los problemas, y el Padre Sebastián ha podido meditar sobre el asunto durante toda una generación, mientras el joven galeno ha llegado en el último barco de guerra".

-Antes de irse - me dijo el doctor-, tiene que dar mil pesos a los músicos, o, mejor aún, quince dólares. Lo esperan - añadió.

-¡Pero si están tranquilamente sentados, fumándose nuestros cigarrillos y comiéndose el chocolate con que los hemos obsequiado! Por otra parte, se divierten tanto como nosotros o más.

-¿No pagan ustedes en Europa a las orquestas de baile? Si no quiere darles nada porque son indígenas, no volverán a invitarle a ningún baile.

Me reuní tranquilamente con mis compañeros; dimos las gracias a nuestros anfitriones por su amabilidad y regresamos al campamento sin dar un céntimo a nadie. No obstante, continuamos recibiendo invitaciones para asistir a otras sesiones de *huía* durante todo el tiempo que permanecemos en la isla.

Contábamos ya con una numerosa brigada de obreros indígenas. Parte de ellos vivían en sus casas del pueblo y venían todas las mañanas a caballo; otros se instalaron en cuevas contiguas al lugar de las excavaciones. A fin de disponer del

mayor número posible de nuestros hombres, contratamos a cuatro *vahines* para que nos ayudasen en los quehaceres del campamento y la colada. Una de ellas, *Eroria*, era una mujer magnífica y una trabajadora infatigable. Parecía tan hostil como un nubarrón tempestuoso para los que no la conocían, pero no era difícil provocar su amplia sonrisa, y entonces la negra nube desvanecía como rocío matinal y su áspero semblante se iluminaba con un radiante resplandor. Desde hacía muchos años era mayordoma del Padre Sebastián, pero nos la cedieron para que cuidase del campamento por tratarse de una mujer de absoluta confianza. *Eroria* y su cuñada, una vieja de cabellos grises llamada Mariana, eran las más incansables buscadoras de cuevas de toda la isla, por curioso que esto pueda parecer. Recorrían en zigzag las colinas con el bolsillo lleno de velas, buscando viejas viviendas subterráneas y excavando la tierra con una pequeña barra de hierro para descubrir los útiles de piedra y hueso de sus antepasados e ir engrosando la pequeña colección arqueológica del Padre Sebastián.

- Sólo en las cuevas vale la pena buscar algo - nos dijo el sacerdote-. Llévense a *Eroria* y a Mariana y que les enseñen todas las cuevas antiguas que ellas han descubierto.

Cuando los demás miembros de la expedición se hallaban ya entregados de lleno a la tarea de excavar, ensillamos cuatro caballos, y el fotógrafo y yo, acompañados de *Eroria* y Mariana, nos fuimos a recorrer antiguas cavernas. Nos pasamos todo el día entrando y saliendo de oscuras cuevas. Algunas eran de fácil acceso: bastaba inclinarse para penetrar en ellas. Otras estaban cuidadosamente obstruidas por pedruscos, de tal modo que sólo quedaba una pequeña abertura rectangular, por la que teníamos que pasar a gatas. Pero la mayoría eran simples madrigueras, en las que ni siquiera a gatas se podía entrar, siendo necesario introducir primero las piernas estiradas y mantener los brazos extendidos sobre la cabeza. Así, y contorcendo el cuerpo como una serpiente, podíamos descender por una especie de gatera, larga y terriblemente angosta. Ésta tenía siempre paredes lisas, a menudo de bloques bien tallados. Algunas cuevas se adentraban en la roca como un túnel horizontal o descendían oblicuamente, pero otras se hundían en el suelo como el cañón de una chimenea, lo que obligaba a frenar el descenso con las piernas y los hombros hasta penetrar por el techo en una cavidad negra como la pez. En la

mayoría de estas cuevas, el techo era tan bajo que había que inclinarse, y en algunas sólo se podía estar sentado o completamente encorvado.

En estas cavernas había vivido la antigua población de la isla de Pascua, por lo menos en las épocas de inquietud, cuando no se sentían seguros en sus chozas de paja al aire libre. En aquellas cuevas se apresuraban a ocultarse ante la llegada de hombres de nuestra raza. La mayor parte de tales refugios tenían las dimensiones de un cuarto de baño corriente y eran tan oscuros que una persona no podía verse su propia mano como no fuese poniéndola bajo el estrecho conducto de acceso. El piso era de fría tierra, profunda y enriquecida por desperdicios antiguos, y tan dura como el neumático de un automóvil a causa del contacto de los millares de manos y rodillas que se arrastraron sobre ella, apisonándola. El techo y las paredes eran de roca embellecida aquí y allá por artísticos trabajos de mampostería.

En una ocasión penetramos a rastras en un túnel descendente que parecía un enorme pozo de paredes muradas. Al llegar al fondo tuvimos que pasar, deslizándonos, por un estrecho orificio, tras el cual encontramos tres espaciosa cavernas que se sucedían oblicuamente, formando pisos. *Eroria* hablaba de esta caverna con especial veneración. Su abuelo había vivido en ella; era, pues, la casa solariega de su familia. Allí el piso estaba totalmente removido por las barras de hierro de las dos *vahines*. Recogí entre la tierra suelta un fragmento aserrado de hueso humano, que presentaba una perforación en uno de sus extremos, lo cual indicaba que era uno de esos amuletos que se llevan pendientes del cuello.

Un poco más hacia la costa, Mariana nos señaló los cimientos de una construcción. Estaban recubiertos de maleza y eran los restos de una de las antiguas cabañas naviformes de paja cuyas huellas encontrábamos por doquier. Su suegro, el padre de *Eroria*, nació en ella y la habitó durante toda la generación precedente, es decir, hasta que la población de la isla se trasladó al pueblo de *Hanga Roa* para abrazar el cristianismo.

"De modo que todo esto no es tan antiguo como suponíamos", me dije, contemplando estupefacto a las dos *vahines* con pantalones y que por su aspecto y sus modales habríase dicho que estaban civilizadas desde los tiempos de Noé. Los cimientos de la cabaña tenían la forma y las dimensiones de la borda de una barca de remos de buen tamaño, acabando en punta por ambos extremos, y habían sido

construidos con piedras de duro basalto labradas con perfección, estando algunas de ellas bellamente curvadas. Estas piedras presentaban en su parte superior hileras de profundos agujeros para fijar las ramas flexibles y entrelazadas que formaban el armazón de la choza abovedada y cubierta de paja. Si todas las viviendas de esta clase cuyos cimientos encontramos esparcidos por doquier estuvieron habitadas durante la misma época, era evidente que la isla de Pascua había poseído en aquellos tiempos una población muy respetable.

Las dos *vahines* llevaban descubiertas muchísimas de aquellas antiguas moradas subterráneas, y en la mayoría de ellas habían hurgado sin cuidado alguno con su barra de hierro; pero también nos señalaron la boca de algunas madrigueras que aún no habían sido "abiertas", es decir, que nadie las había visitado desde que el último de sus moradores, al abandonarlas, obstruyó su acceso con bloques de lava. Una vez, cuando aparté uno de tales bloques para deslizarme por el estrecho orificio, una inmóvil colonia formada por catorce escorpiones apareció bajo la piedra. En otra ocasión, la abertura era tan estrecha que tuve que vaciar mis bolsillos y hasta quitarme la camisa, tras varios intentos infructuosos, para poder deslizarme en el interior. Una vez allí, y hallándome rodeado de espesas tinieblas, la luz de mi lámpara eléctrica hizo brillar unos huesos humanos y una calavera blanca como la nieve. La aparté cautelosamente y debajo vi brillar una punta de lanza de obsidiana negra, junto a la cual distinguí un antiguo avispero. Di gracias al cielo cuando advertí que éste no estaba habitado, pues me dije que, de lo contrario, los agujones me habrían acribillado antes de que hubiese conseguido escabullirme trepando por el conducto de salida.

Por la tarde, cuando regresábamos a lomos de nuestros caballos, cruzamos una meseta pedregosa en los terrenos que se extendían a poniente del campamento. La tierra era llana y estaba totalmente recubierta de una gruesa capa de fragmentos de lava que formaban aquí y allá pequeños y compactos montones. Desmontamos ante uno de ellos, porque Mariana nos notificó que su hijo le había dicho que allí encontró el acceso a una morada subterránea de "la otra especie". Yo no alcanzaba a comprender cómo era posible distinguir el montón de lava de otros parecidos en aquella zona recubierta de pedruscos, y menos teniendo en cuenta que Mariana había recibido sólo verbalmente las señas de aquella vivienda. Sin embargo, ella no

habría sabido orientarse en el laberinto de calles de una ciudad.

A la sazón, tanto el fotógrafo como yo habíamos sido adiestrados por las dos descendientes de los trogloditas para recorrer en todas direcciones y con bastante maña los pasajes más angostos. Seguíamos puntualmente su consejo de adentrarnos por las madrigueras con los pies por delante y los brazos extendidos sobre nuestras cabezas y, si el pasadizo no era perpendicular, siempre sobre la espalda y con la cara vuelta hacia arriba. Pero en esta ocasión especial, la vieja Mariana exploró antes cuidadosamente el conducto vertical, semejante a una chimenea, con la luz de su lámpara, viendo que estaba sólidamente revestido de piedras pulimentadas y que formaba un túnel angosto y perpendicular. Luego me aconsejó que mirase en cierta dirección mientras introducía la parte inferior de mi cuerpo por el conducto. La fuerza de la gravedad me obligó a frenar mi caída con muslos y hombros para descender lentamente, tal como deseaba, pues el tubo era tan estrecho que tenía que mantener los brazos extendidos sobre mi cabeza y muy juntos. Esta vez, la chimenea terminó de pronto y yo me encontré emparedado en el fondo de un túnel sin salida, con los brazos juntos y apuntando hacia lo alto y sin poderme valer de ellos. En la base de uno de los muros había un orificio rectangular. Conseguí introducir mis piernas por él mientras dejaba que mi cuerpo resbalase poco a poco. Al fin me encontré sentado, con las piernas muy estiradas, teniendo gruesos sillares de piedra sobre mis rodillas y rodeando muy de cerca mi cabeza y mi pecho. Después mi cuerpo tuvo que seguir a mis envaradas piernas hacia el interior del angosto pasadizo lateral. Me escurrí como una anguila hacia abajo, con los brazos todavía extendidos sobre mi cabeza, y terminé tendido de espaldas sobre un estrecho túnel horizontal.

¡Cómo eché de menos las casas modernas que tienen ascensor! Produce una sensación horrible permanecer emparedado bajo tierra, con piedras que te rozan la cara y con los brazos estirados sobre la cabeza quieras o no y sin poderte servir de ellos. Permaneciendo en esta obligada postura, embutido en semejante ratonera, uno no puede menos de experimentar una sensación de impotencia. Las pétreas paredes que rodean su cabeza parecen gritarle: "Manos arriba, date preso". Pero no hay que escuchar este grito ni tratar de liberar los brazos, porque esto es imposible; no hay que pensar en nada. Lo único que hay que hacer es arrastrarse de espaldas,

con un movimiento de serpiente, y avanzar poco a poco y con gran dificultad ayudándose con los talones, hasta advertir que se pueden doblar las rodillas y mover los pies en un espacio vacío, o hasta notar que no se puede seguir avanzando porque las suelas de los zapatos tropiezan con una pared de roca. Esto quiere decir que el túnel se desvía en ángulo recto y que el explorador, que está tendido y con los brazos a la cabeza, tiene que ponerse boca abajo y avanzar a tientas y con los pies por delante, entre las angostas paredes de piedra, hasta penetrar en una nueva chimenea vertical que termina en un último e inesperado recodo. Cuando llega allí se encuentra emparedado nuevamente en una opresora estrechez hasta que, con gran trabajo, consigue doblegarse y penetrar en el último tramo horizontal, donde nota la súbita desaparición de piso y paredes. Sólo entonces penetra en la caverna, y un momento después ya puede bajar los brazos y moverlos libremente, limpiándose la tierra que le ha caído en los ojos y revolviéndose a su antojo, aunque procurando no darse un coscorrón contra el techo antes de encender la lámpara.

Yo había estado en dos o tres de estas cuevas antes de aprender a llevar una lámpara de mano detrás de mí, como a remolque. De esta manera podía ver el angosto pasadizo que quedaba detrás a medida que avanzaba. Estos túneles estaban siempre revestidos de bruñidos sillares de piedra encajados sin argamasa y eran cuadrangulares como cañones de chimenea. Algunos de aquellos sillares presentaban orificios simétricos y resultaron ser piedras pulimentadas procedentes de los cimientos de antiguas chozas de paja, lo cual demostraba que los constructores de los accesos a las moradas subterráneas habían derribado las idílicas viviendas de paja de sus antepasados para construir en su lugar aquellas siniestras ratoneras.

En mi primera y difícil penetración en el oscuro subsuelo de la isla de Pascua ni siquiera llevaba cerillas. El piso era resbaladizo y estaba lleno de sorpresas. De aquí que me limitase a quedarme quieto donde estaba, atisbando las tinieblas como un ciego. Presté atención y oí que alguien me seguía por aquella especie de chimenea. Poco después, la vieja Mariana estaba a mi lado y encendía un cabo de vela que de poco nos sirvió, pues las tinieblas eran tan impenetrables entre aquellas negras rocas, que únicamente conseguí ver los llameantes ojos de Mariana rodeados de

profundas y sombreadas arrugas y espesos mechones de cabellos cenicientos parecidos a telarañas, lo que le daba la apariencia de un rostro grotesco aplastado contra los vidrios de una ventana. Me dio otro cabo de vela que encendió con el suyo, y cuando sostuvimos las velas con los brazos extendidos pudimos ir distinguiendo poco a poco los salientes de las paredes. Esparcidas por el suelo se velan algunas puntas de lanza de obsidiana. Después llegó *Eroria*. Tardó algún tiempo en aparecer, pues estuvo un buen rato forcejeando y jadeando en la chimenea, pero, al fin, consiguió reunirse con nosotros. Entonces me dijeron que aquella no era una morada ordinaria, sino un refugio especial para las guerras, pues ningún enemigo podía alcanzar a los que se ocultaban en aquellos escondrijos. De ser esto cierto, podía inferirse que las guerras debieron de ser largas y numerosas en la isla de Pascua. Así parecía indicarlo el espesor y la dureza de la capa de desechos que cubría el suelo de la caverna. Yo no he comprendido nunca cómo se atrevían a encerrarse en aquellas ratoneras cuando huían del enemigo; éste no tenía más que cegar con piedras el orificio de entrada para que sus ocupantes quedaran enterrados en vida. Tal vez cifraban su esperanza en mantener el más riguroso secreto sobre la situación de aquellos refugios; si así era, bastaba obstruir la pequeña entrada con una gran piedra para que resultase difícilísimo descubrir el paradero de los fugitivos.

En una de las paredes descubrí una pequeña abertura y me deslicé por ella con Mariana y Eoria pegadas a mis talones. Penetramos en otra sala de mayores dimensiones y, después de atravesar un angosto orificio que se abría en la pared opuesta, llegamos a una estancia tan espaciosa y de tal altura que nuestras velas no alcanzaban a iluminar su techo. Seguimos avanzando por aquel mundo de roca. Éste en algunos puntos era tan alto y ancho como un túnel de ferrocarril; en cambio, en otros teníamos que arrastrarnos entre piedras y, a veces, tendernos de bruces y reptar hasta que el techo volvía a elevarse para dar paso a una nueva estancia.

Cada vez que miraba hacia atrás para ver si las dos mujeres me seguían, veía el rostro arrugado de Mariana pegado a mis talones; no permitía que me separase de ella ni un centímetro. Me enseñó a distinguir bloques sueltos en el techo y agujeros y grietas en el suelo. En una de las salas encontramos aguas subterráneas.

Cruzaban nuestro camino y desaparecían por un pasaje lateral, por el que también penetramos nosotros. Hombres de otros tiempos habían abierto un estrecho canal en el piso de la caverna para recolectar las aguas y conducir las a diversas depresiones artificiales que parecían bañeras. Me lavé las manos en el recipiente más bajo y en el hueco de ellas bebí agua del departamento superior. Comparada con el agua de los manantiales, aquella parecía un vino de marca: era fresca, clara y sabrosa. Me pregunté si los antiguos habitantes de aquellas cavernas no demostraban saber de estas cosas más que nosotros, que únicamente conseguimos sacar agua de mala calidad de nuestras tuberías metálicas.

En lo más profundo de ella, la caverna se dividía en diversas ramificaciones, y los pasadizos más interiores adquirían la forma de angostas catacumbas de piso llano, con techo y paredes bellamente arqueados, sin el menor saliente ni desigualdad. Parecía evidente que aquello era obra del hombre, pero, en realidad, no eran sino canales formados por los gases y las corrientes de lava ardiente que se abrieron camino a través de las rocas fundidas en los tiempos en que la isla de Pascua no era más que un volcán en erupción. Durante largo trecho aquellos túneles abovedados, al parecer bruñidos y lisos, se iban estrechando, llegando a ser tan angostos que rodeaban mi cuerpo, tendido de bruces, como un traje hecho a la medida. Algunos de ellos terminaban en el corazón de la roca en pequeñas cúpulas en forma de campana, mientras otros estaban obstruidos por piedras o se estrechaban hasta el extremo de que no era posible seguir adelante.

Visitamos varias de estas enormes cavernas en las que las salas formaban como una sarta de perlas a través de aquel mundo subterráneo. Sus entradas estaban todas hábilmente revestidas de muros, con el resultado de que sólo se podía descender por angostos túneles que describían bruscos recodos en ángulo recto o zigzag, donde cualquier intruso quedaría completamente a merced de sus habitantes. En algunas de las cuevas mayores había agua; dos de ellas tenían estanques subterráneos de regulares dimensiones, y en el fondo de una tercera hallamos un pozo de agua helada provisto de un brocado, rodeado de una franja pavimentada y una terraza muy bien construida que media unos tres metros de altura. Aquellas grandes cavernas de refugio podían haber acomodado en su interior a toda la población de la isla de Pascua, pero todo parecía indicar que cada acceso a

una caverna había pertenecido a una familia o a un grupo de ellas durante una época en que la isla sufrió el azote de sangrientas guerras civiles, a consecuencia de las cuales nadie se sentía seguro en las antiguas chozas de paja. Mientras recorría aquellos enormes subterráneos, sumidos en las más impenetrables tinieblas, pensaba en la aberración que representaba que los habitantes de una soleada isla de los Mares del Sur adoptasen semejante género de vida, en vez de esforzarse por mantenerse en paz con sus vecinos en la superficie y disfrutar del sol. Pero luego pensé que también nosotros, en pleno siglo XX, estamos estudiando el modo de meternos bajo tierra con nuestras instalaciones más importantes, de vivir en refugios abiertos a gran profundidad, impelidos por el temor que nos inspiran los peligrosos juegos con la bomba atómica a que nos hemos entregado tanto nosotros como nuestros vecinos.

Entonces perdoné a los primitivos antecesores de *Eroria* y Mariana, y mientras las tinieblas que me rodeaban parecían poblarse de visiones en que se entremezclaban el pasado y el futuro, comencé a trepar penosamente por el largo túnel en zigzag. Sentí una dicha indecible cuando, al fin, surgí a la deslumbradora luz del exterior y me vi rodeado de ovejas que pacían y de caballos que dormitaban acariciados por la salobre brisa del mar.

Hablamos necesitado ochenta minutos para avanzar, a rastras unas veces y andando otras, a través de todos los pasadizos de esta primera gran caverna, y cuando salimos del último túnel encontramos al fotógrafo esperándonos, seriamente alarmado. Cuando se hallaba a mitad del camino del conducto de entrada experimentó un ataque de claustrofobia y prefirió subir como pudo y esperamos. Hasta entonces no hablamos tardado, por lo general, más que algunos minutos en examinar una morada subterránea, ya que por el momento no nos proponíamos realizar excavaciones en ellas. Después de esperar pacientemente por espacio de tres cuartos de hora, empezó a sentirse inquieto e introdujo la cabeza por la abertura para llamarnos. Al no recibir respuesta desde abajo, aumentó su intranquilidad y gritó hasta desgañitarse asomado al orificio, el cual amplificaba sus voces; pero la única persona que terminó por oírle fue el viejo Casimiro, que llegó corriendo desde muy lejos revólver en mano y se quedó esperando como un perro fiel al lado del fotógrafo hasta que salimos del agujero arrastrándonos.

La última en aparecer fue Mariana, la cual recogió su enorme sombrero de paja, que había dejado sobre una piedra. Entonces nos dijo que llevásemos un sombrero o cualquier otra prenda para dejarla junto a la entrada siempre que penetrásemos solos en semejantes ratoneras. Y nos refirió que unos chilenos buscadores de tesoros bajaron una vez a una de aquellas cavernas en compañía de un indígena y, cuando se hallaban en las entrañas de la tierra, la lámpara que llevaban se apagó. No tardaron en consumir también su última cerilla. Se perdieron por completo en los corredores subterráneos, sin conseguir dar con el camino de regreso al tubo de entrada. salvaron la vida gracias a sus gorras y chaquetas que dejaron junto al orificio de acceso. Un indígena las encontró y comprendió que sus dueños se hallaban bajo tierra.

Los arqueólogos excavaron el piso de algunas cuevas. Sus moradores echaban todos los desperdicios al suelo, el cual, como es lógico, fue ganando altura. Se encontraron masas compactas de espinas de pescado y cáscaras, de moluscos mezcladas con patas de aves de corral y alguna que otra concha de tortuga. En tales festines no habían faltado tampoco las ratas ni los seres humanos, que se asaban entre piedras puestas al rojo colocadas en el suelo. Era evidente que aquellas cavernas habían estado habitadas por caníbales. Aparte las pequeñas ratas indígenas, la única presa que podían capturar en tierra eran sus enemigos de dos piernas. Sentados en la oscuridad en torno a sus primitivas lámparas de piedra, habían arrojado a su alrededor grandes cantidades de finas agujas de hueso humano entre los desperdicios que cubrían el suelo. Y lo único que habían dejado en sus tenebrosas moradas eran utensilios primitivos hechos de hueso humano, piedra y vidrio volcánico, así como algunos sencillos amuletos de hueso y concha. Nada más.

Pero había algo en todo esto que no tenía ni pies ni cabeza. ¿Podían ser aquellos primitivos caníbales los artistas consumados que habían esculpido las gigantescas esculturas clásicas de aspecto aristocrático y señorial que dominaban el paisaje de la isla? ¿Cómo era posible que un pueblo de trogloditas acosados hubiese producido los extraordinarios ingenieros e ingeniosos artistas capaces de crear aquellos monumentos gigantescos? ¿Cómo podía haberse organizado aquella labor monolítica entre gentes, que ni siquiera vivían en un poblado, sino en el fondo de

ocultos escondrijos esparcidos por el subsuelo de toda la isla? Penetré a rastras por el túnel angosto que conducía a una caverna donde Bill, sentado a la luz de una lámpara de parafina, excavaba cuidadosamente con una paleta de albañil. A su lado tenía una bolsa llena de huesos humanos calcinados.

-La misma cultura primitiva - dijo desenterrando dos molares medio ocultos bajo sus pies-. Mira: estos puercos estaban aquí, tranquilamente sentados, devorándose unos a otros y escupiendo los dientes al suelo.

En la isla de Pascua no se comía carne humana solamente en el curso de fiestas y ceremonias. Incluso en la actualidad existen entre los indígenas leyendas que habían de antepasados suyos que preferían comerse al prójimo que un plato de pescado o de ave. También se conservan leyendas de tiempos aún más antiguos y de gran esplendor en que otro pueblo, los "*orejas-largas*", habían convivido en paz en la isla con los "*orejas-cortas*", antecesores de los actuales nativos. Aquéllos se mostraron demasiado exigentes con éstos, obligándolos a trabajar más de la cuenta, y a consecuencia de ello estalló una guerra al término de la cual casi todos los "*orejas-largas*" fueron quemados vivos en una zanja. Desde aquel día no se levantaron más estatuas. Muchas de las ya existentes fueron derribadas con cuerdas, y los años siguientes se distinguieron por la guerra civil, las luchas familiares y el canibalismo, lo que no tuvo fin hasta que desembarcó en la isla el Padre Eugenio. Ello sucedió cuando los padres de los isleños que conocimos nosotros eran niños todavía. El misionero agrupó a su alrededor, en el poblado de *Hanga Roa*, a todos los habitantes de la isla y consiguió apaciguarlos.

El Padre Sebastián estaba convencido de que dos razas distintas y de cultura diferente habían poblado la isla de Pascua, y los nativos eran inmovibles en su opinión de que así había sucedido. El anciano sacerdote ha dicho también que la población de la isla difería en muchos aspectos de los demás indígenas del Pacífico, entre otras cosas incluía inequívocos remanentes de una raza blanca⁸. No fueron sólo Roggeveen y los primeros descubridores quienes observaron este detalle. El Padre Sebastián nos indicó que, según las tradiciones de los indígenas, muchos de sus antiguos progenitores tenían la tez blanca, el cabello rojo y los ojos azules. Y cuando el Padre Eugenio -el primer europeo que vivió allí - se estableció entre ellos

⁸ P. Sebastián Englert; *La tierra de Hotu Matua*, Chile, 1948, páginas 203-205

y reunió a todo el pueblo en *Hanga Roa*, se quedó sorprendido al ver que abundaban los hombres completamente blancos entre los que tenían la tez bronceada. En época tan reciente como la de la expedición Routledge - hace sólo cincuenta años-, los indígenas aún dividían a sus antepasados en dos clases, según el color de su piel, y dijeron a la señora Routledge que su último rey había sido un hombre blanco. La rama blanca gozaba allí de gran admiración y respeto. De aquí que - y esto ocurría también en otras islas de los Mares del Sur-algunos personajes de rehue se sometieran a procedimientos especiales de blanqueo para parecerse lo más posible a aquellos antepasados, que consideraban como seres divinos.

Un día el Padre Sebastián vino a buscarnos para llevarnos a visitar Ana o Keke, el sagrado lugar de blanqueo de las vírgenes *neru*. *Neru* era el nombre que se daba a las doncellas que en otros tiempos se escogían para ciertas festividades religiosas y que se encerraban en una profunda caverna con objeto de que estuviesen lo más pálidas posible cuando tuvieran que asistir a aquellas solemnidades. Durante un larguísimo espacio de tiempo no velan la luz del día ni a ser viviente alguno, pues les llevaban el alimento a la boca de la caverna, desde donde lo empujaban al interior mujeres encargadas de este menester. Los indígenas recordaban que cuando la isla fue asolada por una epidemia de viruelas después del regreso de los indígenas que se habían llevado al continente como esclavos, las doncellas *neru* se libraron de la enfermedad, pero murieron de hambre en su refugio porque no quedó nadie en pie para llevarles alimento.

La entrada a la cueva de las vírgenes, llamada Ana o Keke, se abría en el punto más oriental de la isla. Su nombre significa "Cueva de la Inclinación del Sol". Para llegar hasta allí tuvimos que atravesar el volcán más oriental del territorio, Katiki, tras el cual se alzan los tres otros donde los españoles plantaron sus primeras cruces. Había allí además una morada subterránea y junto a ella una diabólica cabeza de gigante esculpida en la misma pared de roca, donde el agua de lluvia resbalaba hasta una boca abierta de tan descomunales dimensiones, que pude introducirme en ella y ocultarme detrás del labio inferior con la mayor facilidad.

El Padre Sebastián nos condujo aún más lejos: hasta el borde mismo del terrible precipicio que bordea el mar alrededor de toda esta parte de la isla. Una vez allí, empezó a andar por el borde del abismo con tal despreocupación, que los cuatro

que le seguíamos le suplicamos a voces que tuviese más precaución, pues soplaba un viento de levante con inusitada violencia, batiendo los acantilados y haciendo flamear nuestras ropas, por lo que nos sentíamos algo inseguros y temerosos. Pero nuestro amigo el sacerdote, vestido con su hábito inmaculado, envuelto en su largo manto y calzando unas enormes botas negras, seguía corriendo por el borde del precipicio con sus ropas ondeando al viento. Al parecer, buscaba el lugar exacto donde estaba situada la caverna Ana o Keke. De pronto, su rostro se iluminó y levantó ambos brazos al cielo. Allí estaba la cueva. Desprendió un fragmento de la deleznable roca pardo amarillenta para indicarnos que estaba muy erosionada por los elementos y que debíamos pisar con cuidado. Luego se dirigió derechamente hasta el borde mismo del farallón, y entonces una impetuosa ráfaga hizo presa en su manto, todos lanzamos un grito y el Padre Sebastián desapareció de nuestra vista.

Cari se sentó, estrujando su sombrero, presa de profunda desazón. Yo me arrastré cautelosamente hasta el borde del acantilado y me asomé. Mucho más abajo distinguí el pie del farallón y el mar que se extendía hasta el infinito, cubierto de pequeñas crestas blancas. En el aire resonaba el rumor del viento y del mar, que unían sus voces atronadoras. Sobre un estrecho reborde situado a mi izquierda vi el hábito blanco del Padre Sebastián: el viento lo agitaba y tiraba de él mientras el sacerdote se pegaba a las rocas y descendía de lado. Aquel día soplaba un verdadero vendaval; el mar estaba cubierto de manchitas blancas y el viento nos golpeaba en ráfagas violentas, ora por un lado, otra por otro, furioso al verse rechazado por la imponente barrera que le cerraba el paso. De pronto sentí una admiración sin límites por aquel anciano sacerdote que trepaba por la roca con tan absoluta confianza, tan identificado con su fe, que el peligro no le infundía temor alguno. Casi llegué a creer que hubiera podido caminar sobre las aguas, de habérselo propuesto. De pronto se volvió hacia mí y sonrió, señalando un punto situado bajo sus pies, y luego se llevó los dedos a la boca para indicar que allí comeríamos y yo debía ir por los paquetes de víveres. Me sentía tan inseguro frente a las desiguales ráfagas de viento, que me alejé a rastras del acantilado y me quité la camisa antes de ir en busca de la comida y, ya cargado con los paquetes, reunir el valor suficiente para seguir al Padre Sebastián por la estrecha cornisa rocosa.

Cuando inicié el descenso, él ya había desaparecido; no vela su manto por ninguna parte, pero sí los rompientes espumosos, a doscientos metros en línea recta bajo mis pies. La escalada no es mi fuerte, y no tenía la sensación, ni mucho menos, de ser un buen escalador mientras bajaba con toda clase de precauciones hacia la cornisa, con el vientre pegado al acantilado. Haciendo, pues, de tripas corazón, seguí el camino recorrido por el Padre Sebastián, tanteando con el pie a cada nuevo paso que daba, para ver si el piso de roca soportaría mi peso. Lo peor de todo era el viento. Llegué a un leve recodo del acantilado donde el único sostén aparente era algo que parecía un saliente de tierra endurecida, separado del acantilado por una grieta. Me dije que si había sostenido el peso del Padre Sebastián, también sostendría el mío. Lo golpeé con el pie, pero con cautela, sin atreverme a hacerlo demasiado fuerte.

Asomé la cabeza por el recodo y volví a ver al Padre Sebastián. Estaba tendido en el suelo, asomando únicamente la cabeza y los hombros por la boca de una cueva abierta en el acantilado. Vi que la altura de esta entrada era, poco más o menos, la mitad del orificio de una perrera y que el sacerdote se reía. Siempre lo recordaré así, semejante a un Diógenes de la isla de Pascua metida en, su tonel, con unas antiparras cabalgando en su nariz, sus holgadas mangas blancas y su barba patriarcal. Al verme, levantó ambos brazos en un amplio saludo y me gritó: - ¡Bienvenido a mi caverna! Apenas le oí: el bramido del viento ahogaba su voz. Luego barrió con la barba el estrecho reborde y se deslizó hacia el interior de la oquedad para hacerme sitio a su lado, pues, ante la boca de la caverna, el acantilado era vertical. Conseguí llegar a la cornisa que se extendía frente a la entrada de la cueva y me introduje en ella con dificultad. Los bramidos del viento cesaron y la luz desapareció. Cerca de la entrada, el interior de la cueva era angosto y reducido, pero un poco más allá el techo se hacía más alto. Estando allí, en el corazón del acantilado, se experimentaba una sensación de paz y seguridad. Se filtraba en el interior un poco de luz, y gracias a ella pudimos vernos vagamente. Con ayuda de mi lámpara de mano vi que los curvados muros se hallaban recubiertos de curiosos signos y figuras.

Aquella era la cueva de las vírgenes. En este lugar las pobrecillas habían permanecido acurrucadas durante semanas enteras, durante meses quizás,

aguardando a que su tez fuese lo suficientemente blanca para presentarse ante el pueblo. La cueva tendría un metro y medio de altura y no había en ella lugar más que para una docena de niños, a condición de que permaneciesen sentados y adosados a las paredes.

A los pocos instantes, una sombra oscureció la entrada. Era nuestro amigo el indígena, que penetraba trabajosamente en la cueva. El Padre Sebastián le envió en seguida en busca de los demás; no podía permitir que los otros dos se hiciesen los remolones cuando él, un hombre de sesenta y ocho años, había abierto la marcha. Pronto estuvimos todos sentados y haciendo los honores a nuestra comida, durante la cual el Padre Sebastián nos señaló un estrecho orificio abierto en la pared del fondo, diciéndonos que si nos deslizábamos en su interior podríamos recorrer otros cuatrocientos metros hacia el corazón del acantilado. Mas tenía un pésimo, recuerdo de aquella exploración, que consideraba la peor de todas cuantas había emprendido, y no estaba dispuesto a repetir aquella hazaña espeleológica. Hasta la mitad del camino, el pasadizo era tan angosto durante largo trecho, que dos hombres juntos no habrían cabido en él. Después se encontraban dientes y restos de huesos humanos esparcidos por el suelo de lo que parecía una cámara sepulcral. ¿Cómo habrían podido llevar un cadáver hasta allí? Resultaba imposible empujarlo llevándolo delante, y el que lo hubiese transportado a rastras se hubiera cerrado a sí mismo el camino de regreso por el angosto pasadizo.

Me puse la camisa, con la intención de explorar el resto de la caverna, y el Padre Sebastián no pudo contener una carcajada ante la idea de lo que me esperaba. Dijo que darla media vuelta más que de prisa cuando viese cómo era aquello. Únicamente el indígena se ofreció a acompañarme cuando me deslicé gateando en el interior del agujero. La gatera se bifurcaba, pero ambos ramales volvían a reunirse inmediatamente en un estrecho conducto que tuvimos que recorrer a rastras. Luego el techo se elevó y nos encontramos en un largo túnel, tan alto y espacioso que pudimos correr para ganar tiempo. La lámpara de mano estaba estropeada y apenas daba luz: las pilas que la alimentaban habían recibido un golpe en el campamento. Como medida de seguridad, yo llevaba un cabo de vela y una caja de cerillas en los bolsillos de los pantalones. Para no gastar las pilas apagaba continuamente la lamparilla eléctrica y seguimos corriendo, andando o

arrastrándonos en las tinieblas durante todo el trecho que nos había permitido distinguir el momentáneo destello. No pudimos evitar que nuestras cabezas chocaran contra el techo dos o tres veces, y, entonces, diminutas partículas semejantes a gotas cayeron con un tintineo de cristal sobre nuestros cabellos o a nuestro alrededor. Nos internamos mucho más y llegamos a un sitio donde el suelo era un verdadero barrizal, al propio tiempo que el techo iba siendo cada vez más bajo. No tuvimos más remedio que inclinarnos y seguir avanzando a gatas, chapoteando en el agua y el barro. Al fin, el techo bajó tanto que tuvimos que tendemos de bruces y avanzar a rastras bajo la roca, mientras aquel barro que parecía hielo se filtraba por nuestras ropas.

-Hermoso camino - dije a mi compañero volviéndome a medias.

El interpelado, tendido en el fango, a mis espaldas, rió cortésmente. Aquello empezaba a ser desagradable. Comprendí entonces el significado de las palabras del Padre Sebastián y me dije que si él había conseguido llegar hasta allí, no estaba justificado que nosotros desistiésemos a la mitad del camino. Poco después de haber pensado esto, casi me arrepentí de haberme metido en aquella aventura. Aunque estaba tendido y con el cuerpo medio hundido en el agua y el barro, el techo era tan bajo que, por más que lo intentaba, no podía seguir avanzando. La lámpara eléctrica era impermeable, pero no se podía mantener el vidrio limpio de barro estando tendido de bruces en el fango y casi con las narices metidas en él. El macilento resplandor de la lámpara bastaba para ver que el pasadizo, además de bajo, era angosto, pero que no había más remedio que pasar por él. El Padre Sebastián, sin embargo, había conseguido deslizarse por aquella gatera. Introduje lentamente la parte superior de mi cuerpo en la abertura y comprendí que sería posible franquearla a condición de que no se estrechase aún más. Manoteando para apartar el barro mientras el duro techo de roca me aplastaba contra el suelo, me escurrí como una anguila por la hendidura, para avanzar centímetro a centímetro. Aquello resultaba tan grotesco que, sin poderlo evitar, gruñía de vez en cuando: "Buen camino, ¿eh?", al infeliz que me seguía; pero su sentido del humor había dejado de funcionar.

-Muy malo, señor - refunfuñaba.

Tuvimos que avanzar de esta guisa durante unos cinco metros, mientras nuestras

costillas parecían hallarse bajo la presión de una prensa. De pronto salimos de aquel ojo de aguja y alcanzamos la parte de la caverna que con tenía los restos humanos. Allí el suelo volvía a ser seco y el techo más elevado, gracias a lo cual pudimos proseguir nuestro avance, unas veces a gatas y otras de pie. Cuando las pobres doncellas *neru* desearan estirar las piernas y hacer un poco de ejercicio durante su larga permanencia en la cueva, no podrían dar románticos paseos bajo el claro de luna. Yo estaba envarado y aterido después de mi baño de barro húmedo, y cuando dirigí la luz de la lámpara hacia atrás para ver si mi moreno amigo me seguía, descubrí que venía en pos de mí una figura cubierta de barro de pies a cabeza y que únicamente se podía distinguir de las paredes de la caverna que nos rodeaban por el brillo de sus ojos y sus dientes.

Por último, la galería desembocó en un liso y empinado declive de tierra que conducía a un orificio abierto en el techo. Después de resbalar varias veces, conseguí trepar hasta él y, cruzándolo, penetré en una pequeña estancia en forma de cúpula acampanada y que tenía toda la apariencia de ser obra del hombre. Pero en realidad no era más que una antigua burbuja gaseosa. El Padre Sebastián había dejado allí un cabo de vela. Yo aún tenía el mío en el bolsillo trasero del pantalón y conservaba la espalda y toda la parte posterior de mi cuerpo relativamente secas. Traté de encender la vela del Padre Sebastián, pero ésta no ardía y además las cerillas se habían mojado y echado a perder. Advertí entonces que el sudor me corría a raudales por la cara, pues la atmósfera era allí sofocante. Me deslicé apresuradamente por el declive en dirección a la especie de figura de barro que me acompañaba y que estaba esperándome. Inmediatamente, ambos volvimos hacia la salida, tan de prisa como nos permitían la poca luz y la altura del techo. Parecíamos dos seres del averno mientras avanzábamos agazapados o a rastras, y yo me sentía como uno de ellos cuando llegamos ante aquel horrible ojo de aguja, pues no tuvimos más remedio que tendernos de nuevo en el agua fangosa entre bromas y chanzas para deslizarnos por la fisura. El indígena me seguía con la cabeza pegada a mis talones, y ambos avanzábamos penosamente centímetro a centímetro, sintiendo nuestro pecho aplastado por las inexorables mandíbulas de la roca, que no querían abrirse ni un milímetro para facilitar el paso de dos seres humanos. Empleamos mucho tiempo en entrar, pero nos pareció que tardábamos todavía más

en salir. Aún cambiábamos alguna broma de vez en cuando, animados porque sabíamos que nos acercábamos a la salida, pero yo experimentaba la desagradable sensación de hallarme sucio y empapado, el sudor corría por mi cara y me sentía exhausto. La atmósfera era sofocante. No tardamos en permanecer completamente silenciosos, debatiéndonos para avanzar con los brazos extendidos, mientras yo me esforzaba por evitar que el vidrio de la lámpara quedase cubierto por el barro.

¿Hablamos pasado momentáneamente por un punto donde el techo era más alto? Tal vez, pero en aquellos instantes volvía a ser bajísimo. Era raro que aquel angosto pasadizo continuase todavía y que no saliésemos ya al túnel exterior. Mi fatigada mente consideraba este hecho desde hacía rato, mientras me retorcia continuamente para seguir avanzando entre aquellas tenazas de piedra. Entonces vi, a la débil luz de la lámpara eléctrica, que ante mi nariz el pasadizo se doblaba de pronto hacia arriba, de modo que parecía imposible subir por allí. Tal vez aquel recodo era más fácil de franquear yendo en dirección opuesta y yo no me había dado cuenta de lo difícil que sería al regresar. Sin embargo - cosa rara-, no recordaba haber pasado por allí. Apelando a todas mis fuerzas, introduje mi cuerpo un poco más e intenté mirar hacia arriba por la gatera hallándome en una posición violentísima y entre millones de toneladas de roca que me oprimían el pecho y la espalda.

Con terror indecible comprobé algo espantoso: aquel recodo, era imposible franquearlo.

-No podemos seguir avanzando - dijo el hombre que me seguía, mientras el sudor me bañaba el rostro.

-Siga usted, señor; no hay otro camino para salir - me contestó él con voz quejumbrosa.

Yo realicé un gran esfuerzo para avanzar otra fracción de centímetro, con la cabeza torcida violentamente a un lado, a fin de pasar por la estrecha hendidura abierta entre las rocas mientras mi pecho tenía que soportar una presión terrible. Entonces vi, dirigiendo la lámpara hacia arriba, que el agujero que tenía sobre mi era de dimensiones más reducidas que mi cabeza. Por tanto, no había medio humano de pasar por él.

Inmediatamente apagué la lámpara: había que ahorrar hasta el límite la energía

eléctrica, puesto que nos hallábamos en una situación apuradísima. En la oscuridad se podía reflexionar perfectamente. De pronto me pareció que todo el imponente macizo de la península de *Poike* aplastaba mi cuerpo, estrujándolo. El peso era abrumador y yo lo notaba aún más al tratar de resistirlo. Lo mejor que podía hacer era relajar completamente mis músculos y tratar de empequeñecerme, pero, aun obrando así, la roca seguía oprimiéndome por arriba y por abajo.

-Volvamos atrás - dije al hombre que estaba tendido detrás de mí-. Por aquí no saldremos.

Él se negó en redondo a obedecerme e insistió en que siguiese adelante, repitiendo que no había otro camino para salir de aquel infierno.

Me dije que esto no podía ser verdad. Encendí de nuevo la lámpara y, retrocediendo un poco, examiné el terreno que tenía ante mi pecho y mis manos. Aquel ligero declive parecía estar formado por una mezcla de tierra y fango medio seco: veía claramente ante mí las señales que habían dejado mi camisa y sus botones, y también mis impresiones digitales hasta el punto donde había llegado con las manos. Pero inmediatamente después venía tierra fangosa y piedras, que no mostraban huella alguna de hombres ni de bestias. Apagué otra vez la lámpara. El aire estaba muy cargado. Notaba una terrible opresión en el pecho. Tenía la cara y el cuerpo bañados en sudor. ¿Y si hubiésemos provocado un derrumbamiento en el primer pasadizo con nuestras voces o con la presión de nuestros cuerpos? Si algunas rocas desprendidas del techo hubiesen obstruido el conducto por el que tratábamos de avanzar, ¿cómo nos las arreglaríamos para salir a la luz del día, no pudiendo, por falta de espacio, arrojar la tierra y las piedras detrás de nosotros? ¿Cuánto tiempo podríamos resistir en aquella atmósfera enrarecida? ¿Nos sería posible permanecer allí hasta que nuestros compañeros comprendiesen que algo nos sucedía y pudieran abrirse camino hasta nosotros? ¿Y si nos hubiésemos equivocado, metiéndonos en un pasadizo que fuese en realidad un callejón sin salida? Pero ¿cómo podía haber sucedido tal cosa si la caverna de las vírgenes no era más que una estrecha galería, poco más ancha que el cuerpo de un hombre en el lugar donde nosotros nos encontrábamos? El indígena me cortaba el paso por detrás y trataba de obligarme a seguir avanzando. Yo estaba cubierto de barro de pies a cabeza y el acantilado me aplastaba con todo su peso de millones de

toneladas, que me parecía más abrumador cuanto más pensaba en él.

-¡Atrás! - grité.

Mi compañero empezaba a desesperarse y me empujaba por los talones; él no había visto el estrecho orificio y yo no podía dejarlo pasar para que se cerciorase de que estaba allí.

-¡Atrás, atrás! En aquel momento, el hombre aprisionado detrás de mi perdió por completo la cabeza, preso de un pánico cerval. Yo le gritaba, enfurecido, que retrocediese, al mismo tiempo que le propinaba algunos fuertes puntapiés. Esto pareció surtir algún efecto, pues empezó a retroceder centímetro a centímetro, seguido por mí. Nuestro retroceso se realizaba con gran lentitud, mediante penosos e intermitentes movimientos. Habíamos de procurar no quedarnos atascados ni con la cabeza encajada entre las rocas. La posibilidad de que esto último ocurriese me infundía profunda inquietud, pues la cabeza no se contrae como el tórax por efecto de la presión.

Súbitamente, notamos que el espacio que nos rodeaba era más amplio. Yo no comprendía aquello: tenía la cabeza embotada a causa de aquella atmósfera sofocante. ¿Habríamos vuelto a la cámara sepulcral? Oprimí nuevamente el botón de la lámpara y vi ante mí dos aberturas, una de las cuales, situada a mi derecha, ascendía ligeramente. Aquí era donde habíamos cometido el error: entramos por la abertura izquierda, debiendo hacerlo por la otra. Llamé al indígena, que seguía retrocediendo maquinalmente.

-¡Por aquí! - grité, penetrando otra vez en el orificio de la izquierda, y el nativo me siguió como un autómatas.

Nuestras voces resonaban extrañamente en la estrecha galería. El paso se fue haciendo cada vez más angosto. Aquello era verdaderamente horrible. Por último, me decidí a encender la lámpara, y entonces vi ante mí el mismo orificio infranqueable de la vez anterior. Comprendí entonces que mi cabeza no funcionaba normalmente: había vuelto a meterme en la misma ratonera aun sabiendo que era la otra galería la que debíamos seguir.

-¡Atrás! - dije con voz ronca.

A partir de entonces, todos nuestros movimientos fueron puramente maquinales. Volvimos a retroceder penosamente mientras yo sólo pensaba esto: "A la derecha, a

la derecha, a la derecha". Cuando nos encontramos de nuevo ante los dos pasadizos, me metí maquinalmente por el de la derecha. Pronto pudimos incorporarnos. Notamos entonces que una ráfaga de aire fresco y vivificante llegaba hasta nosotros por el túnel. Volvimos a agazaparnos y, avanzando a rastras, no tardamos en salir por el orificio que daba a la acogedora caverna de paredes repletas de inscripciones, donde nuestros compañeros nos esperaban sentados en el suelo. Me pareció delicioso salir de las entrañas del acantilado para notar nuevamente la ruda caricia del viento aullador y también ver de nuevo la luz cegadora del sol y el espacio sin límites que se extendía desde los pies del acantilado hasta la vasta inmensidad azul de mar y cielo.

-¿Renunció usted a su plan? - me preguntó el Padre Sebastián alegremente, riendo de buena gana al ver nuestro aspecto.

-No - respondí-. Aunque resulta bastante comprensible que existan esqueletos en una cueva como ésta.

-¿Has estado en la cueva donde blanqueaban a las personas?-me preguntó Yvonne cuando regresé al campamento.

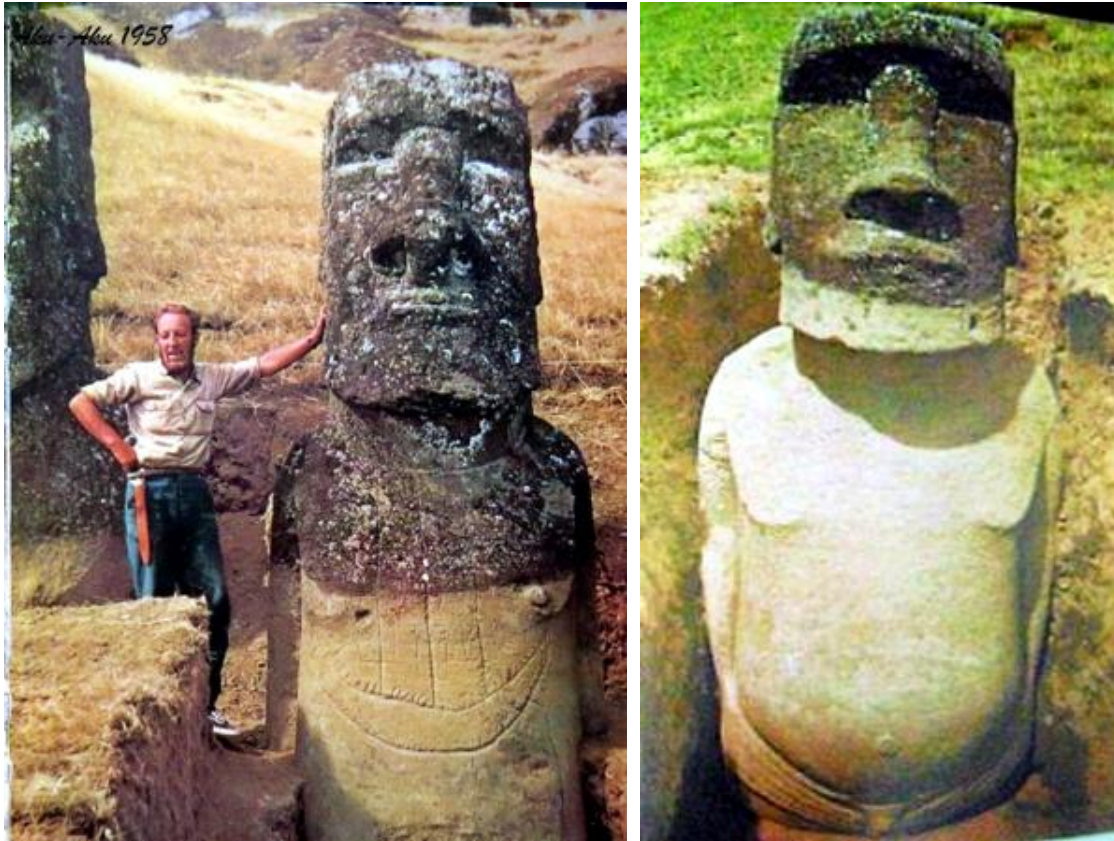
-En verdad, nadie hubiera dicho que habíamos estado allí al ver el aspecto que presentábamos.

Me fui corriendo a la playa y me arrojé de cabeza al agua sin ni siquiera quitarme la ropa.

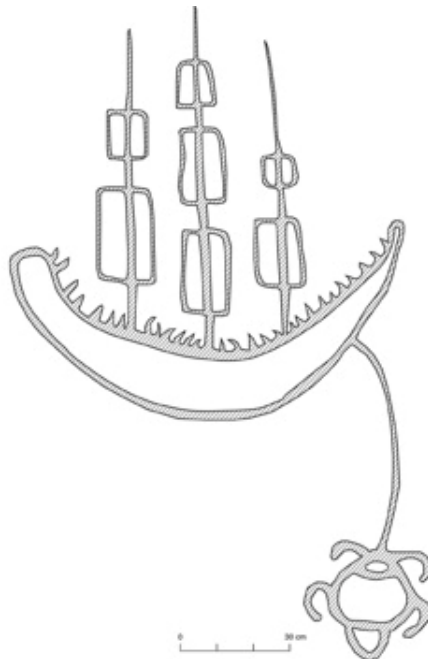
FIGURAS:

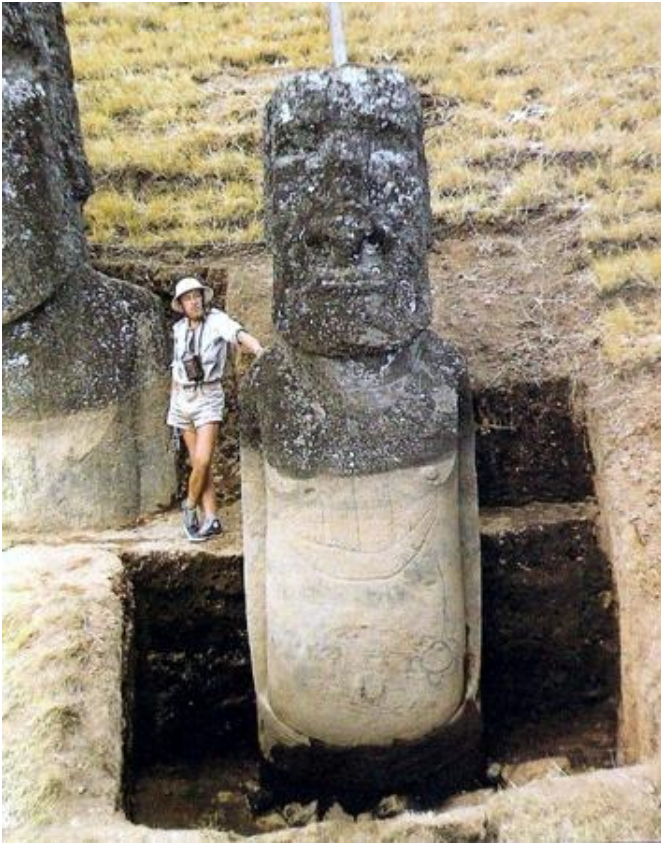


Para medir una cabeza de la isla de Pascua hay que ser un buen escalador. Aquí vemos al capitán a seis metros de altura sobre el nivel del suelo. Sin embargo, aún no se sabe cuántos metros de estatua habrá bajo tierra.



Cuando se excavó alrededor de las cabezas, aparecieron grandes cuerpos de piedra desnudos. Durante siglos, la arena acarreada por el viento y los guijarros que caían por la ladera formaron una capa que cubrió el cuerpo de los antiguos colosos







Capítulo 4

El misterio de los colosos de la Isla de Pascua

El que sueña con realizar un viaje a la luna, podrá tener de él una visión anticipada si se decide a escalar los extintos conos volcánicos de la isla de Pascua. Entonces, no solamente creará haber abandonado por completo este agitado mundo, que le parecerá perdido a una distancia inconmensurable en el azul, sino que el paisaje le permitirá forjarse la ilusión de que se encuentra en la luna: una lunita acogedora suspendida entre mar y cielo, con hierbas y helechos que recubren los cráteres desprovistos de árboles y que abren sus bocas inofensivas hacia el firmamento; cráteres antiguos cubiertos de musgo y que han perdido ya las lenguas y los dientes de su ardorosa juventud. Se ven, esparcidos por toda la isla, bastantes de estos volcanes apagados que forman apacibles prominencias. Son verdes por fuera y por dentro. La época de sus erupciones ha pasado ya y es tan remota que en el fondo de algunos de los cráteres mayores hay lagos de un azul celeste, donde crecen ondulantes y verdes espadañas y se reflejan las nubes que huyen impelidas por los vientos alisios.

En uno de estos volcanes coronados por lagunas, el *Rano Raraku*, es donde los selenitas parecen haber dado mayores muestras de actividad. No se los ve, pero se tiene la sensación de que están allí, ocultos en cuevas profundas cuya boca ha sido obturada. Ésta es nuestra impresión mientras paseamos sobre la alfombra de hierba, contemplando el trabajo que los hombres lunares hubieron de interrumpir. Y gracias a ello, a que abandonaron apresuradamente su obra, el *Rano Raraku* es uno de los mayores y más curiosos monumentos de la humanidad: un monumento erigido en honor de un grandioso pasado, ignorado y perdido en la remota lejanía de los siglos, una advertencia sobre la fugacidad del hombre y la civilización. La totalidad de este macizo montañoso fue modelada de nuevo, el volcán fue seccionado como si se tratase de un pastel, a pesar de que los modernos picos de acero hacen saltar chispas a la roca cuando se intenta comprobar su dureza. Miles de metros cúbicos de roca fueron esculpidos y decenas de millares de toneladas de piedra removidas y transportadas. Y en el centro de la herida abierta en el flanco de la montaña yacen más de ciento cincuenta colosos de piedra, en todas las fases de

la construcción, desde los que apenas se han empezado hasta los que acaban de recibir el último toque. Al pie de la montaña se alzan los colosos completamente terminados, formando hileras como un ejército sobrenatural. Cuando nos aproximamos a este lugar, a caballo o en un jeep, después de recorrer las antiguas carreteras construidas por aquellos desaparecidos es-cultores y que conducen a su gigantesco taller, no podemos menos de experimentar un sentimiento de pequeñez y desamparo.

Desmontamos a la sombra de un enorme bloque de piedra y vemos que éste muestra una cara esculpida en su parte inferior: es la cabeza de un gigante caído. Todos los miembros de nuestra expedición podrían guarecerse bajo aquel bloque durante una tormenta. Subimos hasta donde se alzan las primeras figuras, enterradas hasta el pecho, y quedamos sorprendidos al ver que ni aun levantando el brazo conseguimos tocar el mentón del coloso. Cuando intentamos trepar por los costados de los que están tendidos de espaldas, nos sentimos como lilliputienses, pues el ascenso no es nada fácil, y luego, ya sobre el postrado Goliat, podemos pasearnos con toda libertad sobre su pecho y estómago, o tendernos sobre su nariz, que suele tener las dimensiones de una casa corriente. Algunas de aquellas estatuas tenían diez metros de altura; la mayor, de ellas, que yacía sin terminar e inclinada sobre la ladera del volcán, alcanzaba una estatura de veintiún metros, lo cual, considerando que los pisos miden tres por regla general, significaba que aquel hombre de piedra era tan alto como una casa de siete pisos. ¡Un verdadero ciclope! En *Rano Raraku*, el enigma de la isla de Pascua se hace palpable. El aire está cargado de misterio. Percibimos, concentradas sobre nosotros, las silenciosas miradas de ciento cincuenta caras sin ojos. Las enormes figuras nos contemplan desde lo alto, con mirada misteriosa. Siguen nuestros pasos desde todos los escalones y cavernas de la montaña, donde yacen tanto los gigantes que no llegaron a nacer como los ya muertos y mutilados y que parecen reposar en pesebres y en lechos de enfermos, inanimados y desvalidos, porque la fuerza creadora e inteligente del hombre los ha abandonado. Nada se mueve, a no ser las nubes errantes que cruzan el cielo. Así era el paisaje cuando se fueron los escultores, y así será siempre. Las figuras más antiguas, es decir, las que vemos terminadas, se alzan orgullosas, arrogantes y con los labios fuertemente apretados

en una actitud retadora, como diciéndonos que ningún cincel, y ni siquiera la energía atómica, podrá, abrir jamás sus bocas para hacerles hablar.

Mas aunque los labios de los gigantes estuviesen sellados siete veces, el que pase entre el caos de figuras inacabadas esparcidas por la ladera del volcán podrá aprender muchas cosas. En cualquier lugar al que trepáramos, en cualquier punto donde nos detuviésemos, nos velamos rodeados, como en Un salón de espejos, por enormes caras dispuestas en círculo, caras que velamos de frente, de perfil y en todas las posiciones posibles. Todas ellas se parecían de un modo sorprendente; todas mostraban la misma expresión estoica y las peculiarísimas orejas alargadas. Las teníamos sobre nosotros, a nuestros pies y a ambos lados. Trepábamos sobre narices y mentones y hollábamos bocas y puños gigantescos, mientras enormes cuerpos se inclinaban sobre nosotros en las explanadas superiores. Cuando nuestros ojos se fueron acostumbrando a distinguir entre el arte y la Naturaleza, nos dimos cuenta de que toda la montaña, desde su base hasta el borde superior del precipicio, en la misma cumbre del volcán, era un enjambre de cabezas y cuerpos. Incluso allí, a ciento cincuenta metros de altura sobre el nivel del llano, gigantes a medio hacer yacían uno junto al otro, con la vista fija en el firmamento, surcado únicamente por los halcones. Pero la serie de pétreos fantasmas ni siquiera cesaba en el borde más alto, sino que descendían en interminable pro-cesión por la pendiente del cráter hacia el interior del volcán. En desfile de rígidas y pétreas figuras mordidas por la intemperie llegaba hasta la lujuriante extensión de verdes espadañas que se extendía a la orilla del lago, como un pueblo de robots petrificados por la sed durante su ciega búsqueda del agua de la vida.

Todos nos sentíamos igualmente abrumados e impresionados ante la gigantesca empresa que en la antigüedad había quedado interrumpida en el *Rano Raraku*. Tan sólo la pequeña Anita pareció no inmutarse ante el espectáculo.

-¡Oh, cuántas muñecas! - exclamó extasiada cuando la levanté de la silla del caballo para depositarla a los pies del volcán.

Pero cuando nos aproximamos, las dimensiones de aquellas "muñecas" sobrepasaron incluso los límites de la imaginación de la niña, Anita se puso entonces a jugar al escondite alrededor del cuello de los colosos sin sospechar que sobre ella unas cabezas se alzaban hacia el cielo. Cuando su madre la ayudó a

escalar un reborde por el que la niña no podía subir, no se dio cuenta de que la levantaban desde el labio superior hasta la punta de la nariz de un gigante yacente. Cuando empezamos a excavar, nuestra impresión fue mayor todavía. Las famosas cabezas de la isla de Pascua, que se yerguen en la ladera, a los pies del volcán, son enormes de por sí, pero cuando excavamos junto al cuello, el pecho quedó visible y luego el vientre y los brazos, y después todo el imponente cuerpo hasta las caderas, donde unos dedos largos, delgados y de uñas curvadas se reunían bajo una panza saliente. De vez en cuando encontrábamos huesos humanos y restos de hogueras en las capas de tierra que había frente a las estatuas. Las cabezas tenían un aspecto muy distinto vistas con sus correspondientes cuerpos y brazos. Ya no parecían trofeos de cazadores de cabezas, como en las imágenes que estábamos acostumbrados a ver, reproducidas en enciclopedias y libros de viajes. Pero el hecho de descubrir aquellos cuerpos no resolvía ninguno de los enigmas de la isla de Pascua: era solamente un espectáculo fascinador que la expedición Routledge había podido contemplar antes que nosotros. Tuvimos grandes dificultades para pasar una cuerda por encima de las cabezas más altas, y cuando lo hubimos logrado, únicamente los mejores escaladores se atrevieron a trepar por la cuerda, pues algunas de aquellas estatuas, una vez desenterradas por completo, tenían trece metros de altura, o sea la de una casa de cuatro pisos. La última parte de la escalada, es decir, la que empezaba en las cejas, era la peor, pues a partir de allí la cuerda se pegaba a la frente del gigante y era difícilísimo cogerse a ella.

Si para un escalador con las manos libres resultaba poco menos que imposible trepar a la cabeza de aquellos colosos, ¿cómo se explicaba que hubieran podido subir hasta allí los enormes sombreros destinados a ser colocados sobre aquellas cabezas, sombreros que también eran de piedra, de más de seis metros cúbicos, y pesaba cada uno como un par de elefantes? ¿Acaso se pueden subir dos elefantes hasta el tejado de una casa de cuatro pisos sin disponer de grúas y sin ni siquiera haber un punto elevado en las proximidades? Los pocos hombres que cabían sobre la cabeza del gigante no bastaban para haber izado aquellos enormes sombreros de piedra hasta el reducido espacio que ocupaban. Al pie de la estatua podía reunirse gran cantidad de hombres, pero éstos parecerían liliputienses que, por mucho que levantaran los brazos, sólo alcanzarían a la parte baja del coloso. ¿Cómo podrían

haber alzado aquel objeto que pesaba como dos elefantes hasta más arriba del pecho, hasta la altiva cabeza, para colocarlo en la coronilla? Para aquellas gentes los metales eran desconocidos, y la isla carecía de árboles.

Incluso los ingenieros movían la cabeza con un gesto de impotencia resignada. Nos sentíamos como un grupo de escolares desvalidos ante un problema insoluble. Los invisibles selenitas ocultos en sus cuevas parecían triunfar sobre nosotros. Creíamos oír sus voces jactanciosas: "¡A ver si adivináis cómo hicimos esta obra de ingeniería! ¡A ver si adivináis cómo bajamos estas gigantescas figuras por las empinadas laderas del volcán para llevarlas, a través de las colinas, a todos los puntos de la isla que nos parecieron más a propósito para colocarlas!" Pero nada adelantábamos perdiéndonos en conjeturas. Lo primero que teníamos que hacer era examinar bien los alrededores, para ver si aquellos misteriosos y antiguos genios se habían dejado por olvido algo que nos pudiese proporcionar un indicio, por pequeño que fuese.

Para atacar el problema en sus mismas raíces, empezamos por estudiar las numerosas figuras inacabadas que yacían sobre los rebordes de la propia cantera. No había duda de que el trabajo quedó interrumpido de pronto: millares de primitivos picos de piedra sin pulir yacían esparcidos por aquel taller al aire libre, y, como varios grupos de escultores habían trabajado simultáneamente en distintas estatuas, todas las fases de la obra descomunal se ofrecían a nuestros ojos.

Los antiguos canteros habían empezado por atacar la roca desnuda esculpiendo la cara y la parte delantera de la figura. Después abrieron canales junto a los costados para dar forma a las gigantescas orejas y a los brazos, los cuales terminaban siempre en unos dedos extremadamente largos y puntiagudos, que se apoyaban en el vientre. Seguidamente, los escultores se abrieron camino hacia la parte superior de la estatua partiendo de ambos lados, y así resultaba que la espalda de la figura adquiría la forma de una embarcación con una estrecha quilla unida a la roca.

Cuando la parte delantera de la figura estaba terminada hasta en sus más mínimos detalles, la frotaban concienzudamente y la pulían. Pero tenían buen cuidado en no marcar los ojos bajo las salientes cejas. De momento dejaban ciego al gigante. Después cortaban la quilla que unía la espalda a la roca, una vez calzado el coloso con cuñas de piedra para impedir que resbalase y se precipitara al abismo. Aquellos escultores lo mismo esculpían las figuras en una pared vertical que en una roca

horizontal, cabeza arriba que cabeza abajo. Esto era evidente, pues los gigantes a medio hacer yacían en todas las posturas, dando al lugar el aspecto de un campo de batalla. Lo único en que todos coincidían era en tener hasta el final la espalda pegada a la roca.

Después de cortar este último vínculo, empezaba el precipitado transporte de la estatua ladera abajo, hasta el pie del volcán. En algunos casos, colosos que pesaban muchas toneladas fueron descolgados por una pared perpendicular, haciéndoles efectuar evoluciones sobre estatuas situadas en la repisa inferior y en las que aún se estaba trabajando. Bastantes de aquellos ciclopes se hicieron pedazos durante las maniobras de transporte, pero la mayoría de ellos llegaron a su destino completos, es decir, completos salvo las piernas, pues todas las estatuas se labraron con una base plana bajo el abdomen. Eran algo así como bustos alargados hasta la parte inferior del torso.

A los pies del acantilado había una gruesa capa de grava y roca, que se amontonaba a menudo para formar colinas y pequeñas cordilleras. Aquello procedía de los millares de toneladas de esquirlas que los escultores hicieron saltar de la cantera. En aquel lugar se había levantado a los gigantes de piedra hasta ponerlos, aunque provisionalmente, en posición vertical, después de introducir su parte inferior en grandes hoyos excavados en la grava. Sólo entonces, cuando las estatuas estaban en esta posición, empezaron los escultores a trabajar en la espalda inacabada, y la nuca y el dorso fueron adquiriendo forma, mientras la cintura se ceñía con un cinturón adornado de anillos y símbolos. Este breve cinto era la única prenda de vestir que llevaban las desnudas estatuas, y, con una sola excepción, las figuras eran masculinas.

Pero el misterioso viaje de los colosos de piedra no terminaba entre aquellos montones de grava. Una vez terminada la espalda, eran transportados al lugar que se les reservaba en los templos desprovistos de muros. La mayoría de ellos ya habían hecho su recorrido: sólo unos cuantos esperaban que los transportasen desde los agujeros abiertos a los pies del volcán. Todos los gigantes que estaban completamente terminados se habían ido ya, recorriendo kilómetros y kilómetros por toda la isla. Algunos terminaron su viaje en puntos situados a más de dieciséis kilómetros de la cantera donde nacieran, es decir, donde habían adquirido forma

humana, y los menores pesaban de dos a diez toneladas.

El Padre Sebastián era como el director de un museo al aire libre en aquel desierto paisaje limar. Había trepado por todas partes y pintado un número en cuantas estatuas iba descubriendo, sobrepasando así la respetable cifra de seiscientas. Todas ellas habían sido esculpidas en la misma piedra gris amarillenta de grano negro, pues todas procedían de la misma grandiosa cantera excavada en la empinada ladera del *Rano Raraku*. Solamente allí tenía la roca este color especial; de modo que era fácil advertir la presencia de una estatua simplemente por su coloración, aunque yaciese a lo lejos entre otros grandes peñascos.

Lo más extraño de todo era que los colosos habían sido transportados no como rocas informes que podían soportar los golpes sin sufrir ningún perjuicio, sino como figuras perfectamente pulimentadas por delante y por detrás y desde los lóbulos de las orejas hasta el arranque de las uñas. Únicamente les faltaban las cuencas de los ojos. ¿Cómo fue posible transportar las estatuas completamente terminadas a campo traviesa sin romperlas en mil pedazos? Nadie lo sabía.

Ya en su punto de destino aquellos ciegos gigantes de piedra, no eran erigidos simplemente dejándolos caer en un hoyo, sino que eran alzados por el aire para ser colocados sobre un *ahu* o plataforma-templo, donde permanecían de pie con su base a un par de metros sobre el nivel del suelo. Era entonces cuando les esculpían los ojos: por fin, los gigantes podían ver el lugar donde se hallaban. Seguidamente entraba en escena el sombrero cilíndrico. Había que ponerlos sobre sus cabezas: Pesaban de dos a diez toneladas. Por cierto que, en este último caso, dos elefantes no habrían sido suficientes para igualar su peso en una hipotética balanza.

En realidad, no es muy exacto hablar de "sombreros", aunque actualmente todo el mundo emplea este nombre. La antigua denominación indígena de este gigantesco tocado es *pukao*, lo cual significa "moño" o "penacho", peinado que lucían los indígenas del sexo masculino de la isla de Pascua en la época del descubrimiento. ¿Por qué no lo esculpieron en el mismo bloque con el resto de la figura, lo que les habría sido más fácil? La explicación estaba en el detalle de que el color de aquel moño era distinto. Dirigiéndose a un punto del lado opuesto de la isla, situado a más de once kilómetros de la cantera del *Rano Raraku*, excavaron un pequeño cráter extinto cuya roca era de un matiz rojo muy especial. Querían representar el

cabello de sus estatuas por medio de aquella singular piedra encarnada. Por esto habían arrastrado las estatuas de un gris amarillento desde un lado de la isla, y los *pukaos* rojos desde la parte opuesta para colocar éstos sobre aquéllas en más de cincuenta altas plataformas que hacían las veces de templo en toda la extensión del litoral. En la mayoría de estas plataformas había una pareja de estatuas; muchas tenían cuatro, cinco o seis, y vimos una que había servido de asiento a quince pelirrojos gigantes que se alzaban uno junto al otro con su base a casi cuatro metros del suelo.

Actualmente, ni uno solo de estos gigantes de pelo encamado se yergue en el sitio que se les destinó en la plataforma-templo correspondiente. Incluso el capitán Cook, y probablemente también Roggeveen, llegaron demasiado tarde para verlos a todos de pie en sus antiguos lugares. Pero estos primeros exploradores pudieron, al menos, atestiguar que buen número de aquellas estatuas permanecían aún en el lugar donde al principio habían sido colocadas, con sus rojos *pukaos* sobre la cabeza. A mediados del siglo pasado, el último gigante cayó con estrépito desde su terraza, mientras su rojo tocado rodaba como una apisonadora manchada de sangre por el pavimento de la plazoleta del templo. Hoy únicamente se alzan altivas y retadoras las estatuas ciegas y destocadas que se hallan en orificios llenos de cascajo al pie del volcán. Están hundidas tan profundamente en la tierra, que ningún indígena enemigo de quienes las esculpieron ha conseguido abatirlas. El único intento que se hizo para decapitar a una de ellas con ayuda de un hacha constituyó un completo fracaso, pues el verdugo no pudo penetrar más de un palmo en el gigantesco cuello.

La última escultura que cayó fue derribada de su *ahu* alrededor del año 1840, con motivo de un festín de caníbales que se celebró en una cueva próxima. Tenía un tocado de seis metros cúbicos sobre un cuerpo de diez metros de altura, el cual, a su vez, se alzaba sobre un muro casi tan alto como un hombre. Poseemos todas las medidas y también la densidad de este gigante caído. Pesaba cincuenta toneladas y fue transportado a cuatro kilómetros de la cantera del *Rano Raraku*. Teniendo en cuenta que la rueda era desconocida en Polinesia, tal operación equivale a lo siguiente: volcar un vagón de ferrocarril de diez toneladas, luego otro junto al primero y atarlos firmemente a los dos. Después introducimos doce caballos adultos

en los vagones, y a continuación cinco corpulentos elefantes. Ya tenemos las cincuenta toneladas que pesa la figura. Por tanto, podemos empezar a empujar, teniendo en cuenta que no sólo tenemos que mover dicho peso, sino que hemos de arrastrarlo a cuatro kilómetros sobre un suelo pedregoso y sin producirle el menor desperfecto.

¿Que esto es imposible sin ayuda de máquinas? Bien; pero entonces hay que admitir que los habitantes de la isla de Pascua hicieron cosas imposibles. Lo que podemos afirmar es que estos prodigios no fueron obra de los tripulantes de una canoa polinesia, hábiles tallistas de madera, que se dedicaron a trabajar en las desnudas, paredes de piedra al advertir que no había árboles en la isla. Los gigantes pelirrojos de facciones clásicas fueron esculpidos por navegantes procedentes de un país que poseía una experiencia secular en el manejo de los monolitos.

Una vez hemos conseguido hacer llegar nuestra carga de cincuenta toneladas al lugar que se le destina, hay que subir al hombre de piedra (que tiene la altura de una casa de cuatro pisos) a una plataforma, y luego colocarlo en posición vertical. La operación siguiente es ponerle el pe-nacho. Éste pesa unas diez toneladas y hay que transportarlo desde la cantera donde lo esculpieron, la cual está situada a más de once kilómetros a vuelo de pájaro. Once kilómetros es mucha distancia en un terreno tan quebrado como el de la isla de Pascua, y la altura de diez metros, a la que se suma la plataforma de piedra, es una buena altura en cualquier parte cuando el objeto que hay que levantar pesa diez toneladas, lo que equivale a veinticuatro caballos adultos. Sin embargo, esto se hizo. Y todo para que, al fin, el monumento fuese derribado en 1840 por unos caníbales, que socavaron los cimientos del muro y celebraron su hazaña devorando a treinta de sus vecinos en una caverna.

Me erguí en la cumbre del cráter del *Rano Raraku* para contemplar el magnífico panorama que me ofrecía la isla cubierta de verde hierba. A mis espaldas descendía una empinada ladera, que formaba el herboso interior del volcán, hasta donde el lago azul celeste brillaba como un minúsculo espejo encuadrado por una ancha faja de espadañas de un verde vivísimo. Quizá su verdor me parecía más intenso en contraste con el color desvaído de la hierba del resto de la isla, que, a la sazón, con el advenimiento de la estación seca, comenzaba a adquirir un tinte amarillento.

Ante mi cala casi verticalmente el acantilado de la cantera, cortado en terrazas hasta las tierras llanas que se extendían al pie del volcán, donde los miembros de la expedición trabajaban afanosos, como diminutas hormigas, excavando la tierra parda que rodeaba las gigantescas figuras. Los caballos estaban atados aquí y allá y se velan irrisoriamente pequeños en comparación con los corpulentos gigantes. Desde donde me hallaba podía apreciar bien lo que había sucedido en el pasado: aquél era el punto capital, el centro del mayor problema que presentaba la isla de Pascua. Me hallaba en el lugar donde habían nacido las estatuas y, en pie sobre un vigoroso embrión, contemplaba los enjambres de gigantes desparramados por la ladera, ante mí y a mis espaldas. Y en la falda del volcán, tanto dentro como fuera del cráter, los recién nacidos erguíanse ciegos y sin tocado alguno, esperando en vano la iniciación de su largo recorrido.

Desde allí podía ver el itinerario que debían seguir. Dos de las figuras construidas en el interior del cráter estaban en camino cuando cesaron súbitamente los trabajos. Una de ellas acababa de subir al borde del cráter en su ruta hacia el exterior; la otra descendía ya por un barranco de la parte externa cuando se interrumpió de pronto su acarreo. Ambas yacen ahora tendidas en el suelo, pero no de espaldas, sino de bruces. A lo largo de los antiguos senderos cubiertos de hierba que cruzaban el llano, hasta allí donde la vista podía alcanzar, otras esculturas yacían aisladas y en grupos irregulares de dos y de tres. Eran figuras ciegas y sin cabellos, y todo parecía indicar que nunca estuvieron erectas donde ahora yacían, sino que las abandonaron durante su transporte desde el *Rano Raraku* a las plataformas que las esperaban. Algunas llegaron muy lejos, más allá de los cerros y colinas más distantes. Y allí, más allá del horizonte, muy lejos también, hacia poniente, se alzaba el pequeño volcán Puna Pau, donde se hallaba la cantera de la que sallan los tocados de piedra. Yo no podía verlo desde donde entonces estaba; pero había estado en su interior, de un rojo de sangre, y pude contemplar media docena de tocados que semejaban gigantescos tambores de piedra, esparcidos por el pequeño y abrupto cráter, y otros mayores que los antiguos peluqueros especializados en peinados de piedra habían conseguido hacer pasar por el alto borde del cráter. Estos últimos estaban amontonados en la parte exterior, esperando que continuara su transporte. Otros, al parecer, fueron abandonados cuando ya habían recorrido parte

de su viaje hacia sus futuros dueños, pues en la llanura se velan diseminadas algunas solitarias cabelleras. Tomé las medidas de la mayor que había salido del cráter rojo. Su volumen sobrepasaba los dieciocho metros cúbicos y su peso era de unas treinta toneladas, lo que equivale a setenta y cinco caballos que han alcanzado su completo desarrollo.

No podía comprender el sistema de ingeniería utilizado en la isla de Pascua para trasladar aquellas moles a distancias semejantes, y, volviéndome hacia el pastor indígena que me acompañaba en silencio, señalé los gigantes dispersos y, abandonados en la llanura.

-Leonardo, usted que es-un hombre práctico - le pregunté- ¿podría decirme cómo se las arreglaron los antiguos habitantes de esta isla para transportar esas enormes figuras de piedra? -Hicieron el camino ellas mismas - contestó Leonardo.

De no ser por su semblante grave y respetuoso, hubiera creído que bromeaba. Estaba a mi lado con sus pantalones y su camisa limpias, cosa muy propia de él, que no era menos civilizado ni menos inteligente que el hombre medio del resto del mundo.

-Pero, Leonardo- objeté, ¿cómo podían andar sin piernas, ya que únicamente tenían cabeza y cuerpo? -Avanzaron moviéndose así- respondió él, mientras se deslizaba con los pies juntos y las piernas rígidas. -¿Usted cómo cree que ocurrió?- me preguntó con un gesto de indulgencia.

No respondí. No era yo el primer hombre blanco que había demostrado ante Leonardo la imposibilidad absoluta de comprender el misterio. Por tanto, parecía bastante razonable que tuviese que aceptar la explicación práctica que le dieron su padre y su abuelo. Las estatuas habían avanzado por sus propios medios. ¿Para qué torturarse con inútiles conjeturas siendo la cosa tan clara y simple? Cuando volví al campamento fui a la tienda-cocina para ver a la vieja Mariana, a la que encontré pelando patatas.

-¿Ha oído usted contar cómo fueron transportados los grandes *moai* en la antigüedad? - le pregunté.

-No los llevaron, señor- me respondió, muy convencida-. Fueron por si solos. Y la vieja Mariana se puso a contarme una larga historia acerca de una anciana hechicera que vivía en el *Rano Raraku* cuando los escultores hicieron aquellas

grandes figuras. Empleando sus artes mágicas, la vieja hechicera daba vida a los colosos de piedra y les obligaba a ir a los lugares que tenían destinados. Pero un día los escultores se comieron una enorme langosta, y cuando la bruja encontró el caparazón vacío se enteró de que no le habían reservado ni siquiera una pequeña parte del manjar, lo que la enfureció de tal modo que hizo caer de bruces a todas las estatuas caminantes, las cuales desde entonces ya no pudieron moverse.

Cincuenta años atrás, los isleños refirieron a la señora Routledge la misma leyenda de la bruja y la langosta, y, con gran asombro, comprobé que todos los indígenas con que yo hablaba aceptaban aún sin reservas aquella fácil solución del misterio. Y comprendí que, a menos que alguien les ofreciese una explicación más convincente, seguirían dando crédito a la fábula de la bruja y la langosta hasta el día del Juicio Final.

En general, los nativos no tenían nada de ingenuos. Con pretextos lícitos o sin ellos, siempre estaban forjando astutas excusas que les permitiesen salir del pueblo para venir al campamento a vendernos tallas de madera. Casi todos ellos eran tallistas, y algunos eran verdaderos artifices. Entre éstos descollaba el alcalde, cuyas figuras se disputaban todos, porque, si bien repetían invariablemente los mismos temas, sus líneas graciosas y su perfecto pulimentado evidenciaban que nadie era capaz de tallar un pedazo de manera mejor que él. En el campamento le hacíamos más pedidos de los que podía servir.

Los cigarrillos americanos, los anzuelos noruegos y las telas inglesas de vistosos colores eran los artículos que más alta cotización alcanzaban en la lista de objetos de cambio. Como ocurría en tantas otras tierras polinésicas, los habitantes de la isla de Pascua se pirrabán por los cigarrillos. Los que subieron a bordo del barco la primera noche y obtuvieron algunos paquetes de tabaco rubio a cambio de sus mercancías, no se lo fumaron, sino que corrieron al pueblo y fueron de casa en casa despertando a parientes y amigos para que todo el mundo saborease los cigarrillos, pues los que llegaron en el último barco de guerra ya se habían consumido hacia meses.

Entre las delicadas tallas aparecía de vez en cuando una tosca figura de piedra de muy inferior calidad artística, que era, o bien una copia ingenua de las grandes estatuas, o bien una informe cabeza en la que los ojos y la nariz estaban

simplemente esbozados. Al principio, sus propietarios quisieron hacernos creer que eran antiguas figurillas encontradas en el piso o en los muros de los templos. Pero cuando nos echamos a reír, casi todos renunciaron a seguir engañándonos y sólo algunos continuaron la farsa, pasándose de listos.

Un día vino al campamento una mujer a caballo para decirme que había encontrado algo muy curioso bajo un montón de piedras. Cuando la acompañé a aquel lugar, ella empezó a apartar las piedras con el mayor cuidado, y, al fin, quedó al descubierto un diminuto y flamante modelo de estatua.

-¡No lo toque - dije a la mujer-, pues se trata de una figurita reciente que alguien ha puesto aquí para gastarle una broma! Se puso muy seria y ni ella ni su marido intentaron volver a engañarnos.

Más adelante recibimos la visita de un sujeto que llegó al campamento jadeando, cuando ya había caldo la noche, con el anuncio de que había descubierto una estatuilla enterrada en la arena, mientras pescaba a la luz de una antorcha. Si nos interesaba, debíamos acompañarle al instante, aunque la oscuridad nos impidiese ver muy bien la obra de arte, porque él tenía que irse a casa y el pueblo estaba lejos.

El indígena no pudo ocultar su sorpresa cuando vio que nos dirigíamos al lugar indicado en nuestro jeep y encendíamos los faros de largo alcance del vehículo. Al llegar vimos sobre la hierba una figurilla de tosca factura, cuidadosamente recubierta de arena mojada, pero que se vela a la legua que acababa de ser esculpida. Mientras todos nos reíamos, el impostor tuvo que guardar su infeliz creación en un saco, echársela al hombro y emprender el regreso a la aldea. Seguramente algún marinero del primer barco de guerra que tocara en la isla se la compraría.

Otro indígena nos ofreció una tercera variante de esta tentativa de engaño. Pretendió mostrarnos una pequeña gruta abierta en la que había un diminuto estanque y varias curiosas esculturas en el techo. Estas últimas ciertamente eran auténticas; representaban antiguos hombres-pájaros y grandes ojos fijos, y yo estaba realmente complacido. Mientras yo examinaba el techo, mi guía, cuya expresión era la más inocente del mundo, dejaba caer, para divertirse, terrones en el agua. De pronto lanzó un grito y vi que un terrón se disolvía lentamente y que de

él, como sale un pichón del huevo, surgía una figura de piedra que parecía una muñeca. La cosa resultó tan inesperada y tan cómica, que reí más de lo que se merecía el culpable, el cual no volvió a intentar nunca abusar de mi credulidad.

Pero, impelidos por su afán de procurarse nuestras mercancías de cambio, que gozaban de gran popularidad entre ellos, algunos descubrieron verdaderos objetos antiguos enterrados. Un día se presentó en el campamento un matrimonio joven, para pedirme que les acompañase a ver cuatro extrañas cabezas que habían encontrado. El lugar del hallazgo estaba muy próximo al cercado de las ovejas que hay al este de los terrenos del gobernador. A nuestra llegada nos recibió una vieja con su hija. Esta última era una mujer hombruna que creímos que iba a arrancarnos los ojos cuando nos acercamos. Ambas se hallaban completamente fuera de sí y lanzaban unos gritos estridentes que sólo pueden oírse en Polinesia. Si nuestros dos acompañantes indígenas trataban de decir algo, caía sobre ellos un diluvio de imprecaciones. El fotógrafo y yo nos sentamos a esperar que renaciese la calma. Por fin la vieja se aplacó un tanto.

-Señor "*Kon-Tiki*" - me dijo-. Esos dos son un par de ladrones de la peor especie. Estas piedras son mías, y ¡ay del que se atreva a tocarlas! Yo descendo de *Hotu Matua* y estas tierras han pertenecido desde siempre a mi familia.

-Ahora ya no - replicó uno de nuestros guías-. Ahora son terrenos de pastos de la Armada. En cuanto a las piedras, son nuestras, porque nosotros las hemos encontrado.

La vieja volvía a echar espumarajos de cólera.

-¿Que vosotros os las habéis Encontrado? ¡Ladrones, embusteros! ¡Ya os he dicho, grandísimos tunantes, que osas piedras pertenecen a mi familia! Mientras ambas partes discutían acaloradamente acerca del derecho de propiedad, yo comprendí de pronto, por sus ademanes, a qué piedras se referían. La vieja y sil hija se habían sentado sobre dos de ellas, y yo, sin advertirlo, en otra, mientras nuestros dos guías permanecían de pie junto a la cuarta. A primera vista parecían rocas corrientes. Pensé en el sabio Salomón, que como se presentaran ante él las mujeres que se disputaban la maternidad de un niño, empuñó una espada y se dispuso a partir el tierno infante en dos. Yo hubiera podido hacer algo parecido entonces, empleando un mazo de herrero. El joven matrimonio hubiera aceptado mi fallo si yo

hubiese levantado el mazo dispuesto a partir una de aquellas piedras. Pero la vieja hubiera enloquecido de furor.

-Déjenos ver sus piedras -le dije-; le aseguro que no se las tocaremos.

Ella no contestó, pero nos permitió que diésemos vuelta a las grandes piedras redondeadas de modo que su parte inferior quedara arriba. Cuatro caras grotescas de ojos redondos y tan grandes como platos miraban ciegamente a la luz del día. No tenían nada que ver con las grandes estatuas clásicas; antes bien, recordaban las cabezas redondas de divinidades que se encuentran en el archipiélago de las Marquesas y que tienen un aspecto terrorífico y diabólico. Las dos propietarias de las piedras mostraban la desesperación en su semblante, mientras la pareja que las había descubierto rebosaba de júbilo, creyendo que estaban a punto de hacer un buen negocio. Ambas partes denotaban idéntica tensión cuando volvimos a empujar las piedras y las grotescas caras besaron de nuevo la tierra. Después dimos las gracias a todos los presentes y nos fuimos.

El matrimonio joven se quedó allí, con la boca abierta. El tiempo demostrarla que la vieja no olvidó aquello.

Entre tanto ocurrió algo que nos intrigó sobremanera. La alfarería era tan desconocida en la isla de Pascua como en el resto de la Polinesia cuando el hombre blanco penetró en el Pacífico. El hecho resultaba curioso, pues este arte era desde hacía siglos uno de los aspectos más característicos de la cultura de la América precolombina, y aun se remontaba a épocas más remotas entre los pueblos de Indonesia y Asia. Hablamos encontrado grandes cantidades de fragmentos de cerámica sudamericana en las Galápagos, porque este archipiélago cala dentro del radio de los viajes que efectuaban regularmente las antiguas balsas de altura del continente americano, y, además, porque allí apenas había tierra para recubrir los restos antiguos. En la isla de Pascua, las condiciones eran diametralmente opuestas. Parecía más que improbable que aquellos viajeros prehistóricos hubiesen recorrido con frecuencia el camino desde el continente hasta la isla de Pascua para abordar en ella con sus vasijas, y, además, las pocas que pudieran romperse después de su llegada debían de estar ya ocultas a gran profundidad bajo las raleas de la hierba. Pero, de todos modos, yo había traído un trozo de cerámica con la intención de preguntar a los indígenas si habían encontrado algo parecido, pues unos cuantos

fragmentos pueden decir tanto a los detectives de la arqueología como un libro entero.

Recibimos nuestra primera sorpresa al comprobar que varios viejos indígenas a los que consultamos por separado llamaron sin vacilar *maengo* al fragmento que les mostramos: palabra que ni siquiera figuraba en el vocabulario compilado por el Padre Sebastián. Uno de aquellos ancianos se la había oído a su abuelo, el cual le había dicho que *maengo* era una cosa antigua que la gente poseía en tiempos remotos. Un hombre quiso hacer *maengo* con tierra muchos años atrás, pero no lo consiguió. *Eroria* y Mariana creían recordar haber visto algunos fragmentos como aquél en una cueva, y estuvieron dos días enteros buscando la caverna inútilmente. La esposa del gobernador encontró algunos trozos cavando en el jardín. Al fin se nos presentó un indígena para decirnos con aire de misterio que tenía un fragmento igual al nuestro en su casa.

Este indígena, que respondía al nombre de Andrés Haoa, tardó varios días en traernos su trozo de cerámica. Con gran sorpresa vimos en seguida que estaba hecho a mano según el estilo característico de los indios americanos y no con la ayuda de un torno de alfarero, que es el procedimiento corriente en Europa. Yo le prometí una verdadera fortuna en cigarrillos si era capaz de indicarnos el lugar donde había hallado aquel fragmento, para poder encontrar más y comprobar así la autenticidad del descubrimiento. Entonces él nos condujo a un gran *ahu* en el que había una hilera de estatuas caldas y un gigantesco muro escalonado de sorprendente parecido con los clásicos paredones incas de los Andes. Indicándonos el pavimento de la plataforma superior, nos dijo que años antes había encontrado allí tres fragmentos parecidos. Levantamos cuidadosamente varias losas con ayuda de obreros indígenas. En un punto de la terraza de piedra encontramos dos esqueletos completos tendidos uno junto a otro, lo que constituía una forma de enterramiento sumamente insólita en la isla de Pascua. Al lado de ellos hallamos un pasadizo que conducía a dos oscuras cámaras cubiertas por sendas y enormes losas de piedra bellamente labradas. En ambos reductos descubrimos una gran cantidad de antiguos cráneos, amontonados sin orden ni concierto. Mas no hallamos fragmentos de cerámica, por lo que Andrés no recibió toda la recompensa prometida.

Al día siguiente, Cari volvió a aquel lugar con un equipo arqueológico adecuado y una brigada de obreros, pues resultaba evidente que *Ahu Tepeu* era una construcción que de todos modos merecía un examen más atento. Un viejo excavador indígena empezó de pronto a recoger fragmentos de cerámica del suelo. Él fue el único que consiguió encontrarla, y los pedazos eran tan diminutos que nos pareció extraño que hubiese podido verlos. En aquel momento, Arne y Gonzalo llegaron a todo correr del pueblo. Por una mujer indígena se habían enterado de que aquel viejo había recibido fragmentos de cerámica de manos de Andrés Haoa, para ayudar a éste a obtener su recompensa. Comparamos aquellos trocitos con el de gran tamaño que me había entregado Haoa y vimos en seguida que uno de ellos no era más que una punta sacada del fragmento grande. Haoa se puso furioso cuando supo que hablamos descubierto su estratagema, y se negó a decirnos dónde había encontrado el trozo grande. Fue a ver al Padre Sebastián, el cual se quedó de una pieza cuando el indígena, con gesto retador, puso ante él, sobre una mesa, tres vasijas enteras.

-Mírelas usted, Padre -dijo el indignado Haoa-; pero sepa que no pienso enseñárselas al señor "*Kon-Tiki*", ya que éste dice que soy un embustero, lo cual no es verdad.

El Padre Sebastián no había visto hasta aquel momento vasijas semejantes en la isla de Pascua, y preguntó a Haoa de dónde las había sacado.

-Mi padre se las encontró en una cueva y dijo que eran muy útiles para tener el agua - repuso el indígena.

No había duda de que aquello era un nuevo embuste, porque Haoa no había empleado las vasijas para el agua y ni siquiera las tenía en su choza, según atestiguaron muchos de sus amigos que visitaban constantemente su reducida vivienda y conocían de ella hasta el último rincón.

Las tres misteriosas vasijas desaparecieron de pronto como por ensalmo, tal como habían surgido; de modo que el Padre Sebastián fue el único que pudo verlas, y nosotros tuvimos un nuevo misterio por resolver. Las vasijas no volvieron a casa de Haoa. ¿Dónde las había ocultado éste y qué significaba todo aquello? Entre tanto, un nuevo problema vino a aumentar nuestras preocupaciones. Aceptando una invitación de Casimiro, el viejo policía, decidí ir a visitar con él la legendaria isla de

los hombres-pájaros, donde se hallaba la secreta caverna de los *rongo-rongos* que pertenecía a su padre. Entre los indígenas se hablaba mucho y con gran misterio de antiguas tablillas de madera cubiertas de jeroglíficos que todavía estaban ocultas en cuevas selladas. Estos rumores terminaban por despertar la curiosidad de todo el que viviera cierto tiempo en la isla.

"Nos han ofrecido hasta 100.000 pesos por una tablilla *rongo-rongo*, lo cual quiere decir que vale lo menos un millón", afirmaban los indígenas. Y, en mis adentros, yo me decía que tenían razón. Pero también estaba seguro de que si alguno de ellos descubría la entrada de una caverna que contuviera un *rongo-rongo*, sería muy raro que se atreviera a penetrar en ella. Las tablillas *rongo-rongo* se consideraban objetos sagrados en tiempo de sus predecesores, y los antiguos sabios varones que ocultaron sus sagrados *rongo-rongos* en las profundidades de las cavernas en la época en que el Padre Eugenio introdujo el cristianismo en la isla, dispusieron que tales tablillas jeroglíficas fueran tabú, de modo que aquel que las tocara morirla. Los indígenas creían en ello ciegamente.

No hay más de veinte ejemplares de estas tablillas distribuidos por todos los museos del mundo, y ningún erudito ha sido capaz hasta el momento de descifrar sus inscripciones. Son artísticos símbolos gráficos de un tipo distinto de todas las escrituras conocidas; los signos aparecen pulcramente marcados en hilera, según un sistema continuo en serpentina en el que las líneas aparecen derechas e invertidas alternativamente. La mayoría de las tablillas que hoy se conservan fueron obtenidas en la isla de Pascua cuando aún se hallaban en poder de sus dueños indígenas. El Padre Sebastián, empero, nos habló de la última que salió de allí y que fue descubierta en una caverna tabú. El indígena que la encontró se dejó tentar por un inglés, al que acompañó a un lugar próximo y, después de decirle que esperase y de poner ante él una serie de piedrecitas en semicírculo, que el forastero no debía trasponer, el nativo desapareció y regresó con un *rongo-rongo* que el extranjero se apresuró a adquirir. Poco tiempo después, el indígena sufrió un súbito ataque de enajenación mental y murió a los pocos días. Este suceso contribuyó considerablemente a aumentar el viejo temor que sentían los aborígenes ante la idea de quebrantar el tabú de una cueva que contuviera *rongo-rongos* según nos comunicó el Padre Sebastián. Fuera cual fuese la razón de ello, lo cierto es que el

viejo Casimiro también terminó por echarse atrás cuando yo acepté su ofrecimiento de enseñarme la cueva. Dijo que aquel día no se encontraba muy bien y me propuso que me acompañase el viejo Pacomio, que había estado en aquel lugar con él cuando era niño: los dos habían tenido que esperar mientras el padre de Casimiro se dirigía a la cueva. El viejo Pacomio era hijo de Angata, la profetisa que armó tanto revuelo y despertó tantas supersticiones cuando la expedición Routledge estaba en la isla, hace cincuenta años. Fui a verle en compañía del Padre Sebastián, quien consiguió convencer a Pacomio de que nos acompañase. En actitud seria y reverente, el viejo subió a bordo de nuestra lancha motora y nos trasladamos a *Motunui*, la rocosa isla de los hombres-pájaros. A nuestras espaldas y sobre nuestra cabeza se cernía el más imponente acantilado de la isla de Pascua. En su aguzada cumbre se vislumbraban las desiertas y pedregosas ruinas de *Orongo*, un antiguo lugar de culto donde Ed y su gente estaban realizando excavaciones. Les velamos tan sólo como puntitos blancos, y para ellos nuestra embarcación era como un granito de arroz flotando en el azul.

En una época reciente como el siglo pasado, los hombres más poderosos de la isla solían pasarse sentados semanas enteras en las moradas de piedra casi subterráneas que se abrían en lo alto del imponente farallón, en espera de la primera migración anual de la golondrina de mar, la cual se instalaba en la islita rocosa de *Motunui*, situada debajo de ellos. Todos los años se efectuaba una curiosa competición en la que los participantes se dirigían a *Motunui* nadando sobre un flotador de espadaña para buscar el primer huevo puesto allí. El hombre que conseguía adueñarse de él se convertía en una especie de divinidad. Le afeitaban la cabeza, se la pintaban de rojo y lo llevaban en procesión a una cabaña sagrada situada entre las estatuas de la ladera del *Rano Raraku*, donde tenía que permanecer recluido durante un año sin relacionarse con los demás hombres. Unos sirvientes especiales le llevaban la comida, y se le daba el título de sagrado hombre-pájaro del año. La superficie de las rocas contiguas a las ruinas en que Ed realizaba excavaciones estaba decorada con una masa confusa de figuras humanas. Éstas aparecían encorvadas y provistas de largos y corvos picos de ave y estaban esculpidas en relieve. Cuando desembarcamos en la legendaria isla de los pájaros, no encontramos en ella ni una sola pluma. Todos los pájaros sé habían trasladado a

otra fragosa isleta. Cuando pasamos junto a su orilla en la lancha motora, una bandada de aves semejante a la nube de humo de un volcán se cernió sobre ella.

Sin embargo, en *Motunui* encontramos al instante la entrada de bastantes cavernas medio cegadas. En algunas de ellas vimos huesos y cráneos humanos, verdes y mohosos, esparcidos junto a las paredes, y penetramos en una donde apareció ante nosotros una diabólica y roja cabeza de barba de chivo que semejaba un trofeo de caza esculpido en el techo. La señora Routledge había estado en dos de aquellas cavernas mientras Pacomio esperaba ante la entrada, impaciente. El viejo recordaba muy bien a la señora Routledge. Pero no eran éstas las cuevas que él quería enseñarnos. Nos hizo subir hasta la mitad del acantilado, donde se detuvo de pronto.

-Aquí asamos el pollo - susurró señalando el suelo ante nuestros pies.

-¿Qué pollo? -El padre de Casimiro tuvo que asar un pollo en el suelo para que le diese buena suerte antes de entrar en la cueva.

Nosotros no acabábamos de entenderlo, y él lo único que pudo explicarnos fue que aquélla era la costumbre y que tan sólo el viejo podía permanecer de pie en un lugar desde donde se pudiera percibir el olor del pollo asado, y que los niños, en cambio, tenían que permanecer en el lado opuesto de la lumbre, a fin de que las emanaciones no llegasen a su olfato. A Pacomio y Casimiro ni siquiera les fue permitido asomarse al interior de la cueva, pero sabían que con tenía objetos de valor incalculable. Fue para ellos una inolvidable experiencia el simple hecho de que se les permitiese permanecer cerca de la cueva y saber que el viejo estaba dentro examinando sus fabulosas riquezas.

Como era de suponer, no dimos con la cueva secreta. Después de buscar durante largo rato la entrada oculta entre helechos y rocas, Pacomio me dijo que el viejo tal vez se había ido por aquel lado para engañarles y que la cueva podía hallarse en la dirección contraria. Cuando llevábamos un buen rato vagando por allí, nuestro interés empezó a decaer. El sol cala sobre nosotros como plomo derretido, y uno tras otro fuimos abandonando la búsqueda, para dirigirnos a una concavidad que se abría en las rocas y que estaba llena hasta los bordes de cristalina agua de mar que el oleaje habría llevado allí por el cauce de una grieta. Despojándonos de nuestras ropas, nos tiramos al agua y buceamos hasta el fondo en busca de ciertos erizos de

mar de color violeta que Pacomio se comía crudos, y entonces nos dimos de narices con unos extraños peces que merodeaban por allí y que tenían todos los colores que pueden combinarse en la paleta de un pintor. Uno tras otro sallan de sus escondrijos para examinar, boquiabiertos, aquellos nuevos ejemplares que incrementaban el acuario de *Motunui*, abierto en la roca al aire libre. Los brillantes rayos de luz procedentes de lo alto desplegaban los vivos colores de unos fuegos de artificio al revelar la vida submarina de aquella concavidad llena de sol, cuyas aguas eran tan claras que nos sentíamos como hombres-pájaros cerniéndonos entre remolinos de hojas otoñales. El cuadro era de una belleza fantástica: un verdadero Edén submarino. No nos podíamos decidir a trepar de nuevo a las rocas secas y caldeadas de la orilla, sabiendo que abandonaríamos quizá para siempre la imponderable belleza de aquel fondo a ciegos erizos de mar y a peces incapaces de gozar del color.

Pero en tierra podíamos hacer también muy buen uso de nuestros ojos, principalmente en la isla de Pascua, donde los picos y azadones empezaban a sacar a la luz cosas que ni siquiera los indígenas habían visto desde hacia cientos de años. En el pueblo, la gente empezó a chismorrear. Los nativos observaban con cierta superstición lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo podía saber un extranjero que bajo el césped había cosas antiguas ocultas, a menos que estuviese en contacto directo con el propio pasado de la isla por medio del mana o poder sobrenatural? De momento, nadie expresó claramente esta presunción, pero no faltó quien me preguntase si, en verdad, yo no era un kanaka, o sea un indígena de la localidad, en vez de un forastero. Mi tez clara y mis cabellos rubios no eran obstáculo para ello, pues algunos de sus antepasados fueron blancos y pelirrojos, y el hecho de que yo sólo supiera algunas palabras del dialecto polinésico que se hablaba en la isla de Pascua lo explicaban diciendo que había pasado tanto tiempo en Tahiti, Noruega y otros países extranjeros, que había olvidado la mayor parte de mi idioma natal. Al principio no se nos ocurrió ni por un momento que hablasen sinceramente; lo consideramos como una especie de cumplido polinésico. Pero a medida que los arqueólogos hacían descubrimiento tras descubrimiento, resultaba más evidente para los indígenas que había algo raro en el señor "*Kon-Tiki* Aquello empezó con la brigada de excavaciones de Bill. Éste había escogido para sí una tarea sumamente

emocionante. Era el primer arqueólogo que atacaba la más famosa ruina de la isla de Pascua: el gran *ahu* de *Vinapu*. Todos los exploradores y viajeros que habían visto aquella extraordinaria obra de sillería se quedaron sorprendidos ante su notable semejanza con las grandes construcciones murales del imperio de los incas. No existe nada similar en las decenas de millares de islas esparcidas por el inmenso Pacífico. *Vinapu* se alza como un reflejo de las obras maestras más clásicas de los predecesores de los incas, lo cual resulta especialmente significativo si se tiene en cuenta que está en la isla más próxima a las costas del antiguo imperio incaico.

¿Y si fueran los soberbios constructores del Perú los autores de aquella obra? ¿No podía ser, por ventura, que los descendientes de aquellos artífices hubiesen sido los primeros en desembarcar en la isla de Pascua y tallado los gigantescos bloques que formaban sus muros? Las pruebas en favor de esta tesis son elocuentes. Sin embargo, existe otra posibilidad, que la ciencia ha admitido preferentemente. Según ella, las analogías técnicas y la proximidad geográfica pueden ser factores puramente accidentales, o sea el resultado de una simple coincidencia. Los moradores de la isla de Pascua pudieron crear aquel soberbio y complicadísimo estilo arquitectónico como resultado de un progreso independiente en el seno de su propia isla. Si esto fuese así, el antiguo muro de *Vinapu* sería la última fase de una evolución local. Pero esta opinión fue aceptada hasta ahora sin que se hubieran examinado las ruinas.

Bill trabajó en *Vinapu* durante cuatro meses con veinte hombres a sus órdenes, mas bastaron unas cuantas semanas para hallar la solución que tanto anhelábamos. El muro central de *Vinapu*, que ostentaba una sillería clásica, pertenecía al más antiguo periodo arquitectónico, contrariamente a lo que afirmaban todas las teorías anteriores. El *ahu* fue posteriormente reedificado y ampliado dos veces por unos arquitectos mucho menos hábiles que ya no dominaban la complicada técnica de los incas. Ed y Cari, que habían trabajado independientemente en otros *ahus* reconstruidos en épocas prehistóricas, llegaron, sin consultarse, a la misma conclusión que Bill.

Entonces se descubrió que había tres periodos claramente delimitados en la enigmática historia de la isla de Pascua. En el primero, un pueblo de cultura altamente especializada que poseía la técnica típica de los incas en el trabajo de la

pedra, había realizado importantes construcciones en la isla de Pascua. Sus edificios clásicos no tenían paralelo en la historia posterior de la isla. Gigantescos bloques de duro basalto fueron cortados como queso y encajados unos en otros sin que entre ellos quedase el menor resquicio. Estas misteriosas construcciones, con sus elegantes y altas paredes, se mantuvieron en pie durante mucho tiempo por toda la isla. Su aspecto era el de una fortaleza parcialmente escalonada y en forma de altar. Luego empezó el segundo periodo. La mayoría de aquellas primitivas construcciones de estilo clásico fueron en parte derribadas y transformadas. Se construyó una rampa pavimentada contra el muro interior, y desde el *Rano Raraku* se trajeron figuras gigantescas de forma humana para erigirlas, con la espalda vuelta hacia el mar, en la cúspide de los modificados edificios, muchos de los cuales tuvieron a partir de entonces cámaras sepulcrales.

Cuando aquella titánica tarea se hallaba en su apogeo, el segundo periodo terminó repentina e inesperadamente y una oleada de guerra y canibalismo inundó la isla. Todas las manifestaciones culturales se extinguieron de súbito y empezó la tercera y última fase de la historia de la isla de Pascua, que transcurrió bajo el signo de la tragedia. Nadie esculpía ya las grandes piedras, y las estatuas fueron derribadas sin el menor respeto. Se amontonaron peñascos y bloques informes para formar túmulos funerarios junto a los muros de los *ahus*, y las gigantescas figuras caldas se utilizaron con frecuencia como techumbres improvisadas de nuevas bóvedas funerarias. El trabajo era rudimentario y carecía totalmente de habilidad técnica. A medida que los arqueólogos excavaban y limpiaban, el velo del misterio iba descorriéndose. La historia de la isla de Pascua empezaba a adquirir perspectiva; uno de los acertijos estaba resuelto; una pieza del gran rompecabezas había ocupado su sitio. Podíamos ya afirmar que la técnica inca en la construcción mural se había introducido en la isla bajo una forma plenamente desarrollada. Era la propia del pueblo que fue el primero en poner su planta en aquel territorio insular. Los indígenas acudían en grupos y con caras muy serías para contemplar las excavaciones de *Vinapu*, donde Bill había tenido buen cuidado en desenterrar la pared posterior del *ahu*, hasta entonces oculta, a fin de que la estratificación de los tres periodos quedase claramente visible para todos. Entre tanto, Bill había tropezado con una extraña piedra roja en la tierra llana, detrás de la zona de las

excavaciones. Me llamó y me preguntó si yo compartía su impresión de que aquella piedra tenía dos manos con sus correspondientes dedos. Era alargada, de color rojo ladrillo y tenía la forma de una columna de cuatro lados.

Sólo una cara de ella asomaba por el césped. No se parecía a las estatuas ni por su forma ni por su material. Aquella piedra no provenía del *Rano Raraku*. Por otra parte, las bandas que parecían ser dedos tampoco estaban en la base de la columna, como ocurría en las seiscientas figuras conocidas de la isla de Pascua. Los indígenas sonrieron cortésmente y se apresuraron a explicarnos que aquello no era más que un *hani-hani*, o sea una piedra roja.

Lo primero que me sorprendió de aquello que yacía semienterrado ante nosotros fue su extraordinario parecido con las estatuas preincaicas en forma de columna y de color rojo que se encuentran en los Andes. Precisamente yo había reproducido la cabeza barbuda que figuraba en la vela de la *Kon-Tiki* de una de tales columnas antropomórficas de cuatro lados, que también había sido labrada en una piedra escogida, roja y de grano grueso, exactamente igual a aquélla.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Si, efectivamente, podían ser dados. Pero no se distinguían la cabeza ni otras características antropomórficas.

-Oye, Bill - le dije; -: creo que debemos excavar. ¡He visto columnas rojas de cuatro lados iguales a ésta en América del Sur, a orillas del lago Titicaca! El Padre Sebastián se detuvo una vez junto a esta piedra mientras efectuaba una jira con *Eroria* para pintar números sobre todas las estatuas erguidas y yacentes de la isla de Pascua. *Eroria* señaló las bandas que parecían dedos, pero el Padre Sebastián movió la cabeza y siguió adelante con la brocha en la mano. Todas las estatuas de la isla de Pascua pertenecían a un solo tipo, sin que hubiese ni siquiera una parecida a la piedra roja de cuatro lados que estaba casi totalmente cubierta de tierra.

Con el mayor cuidado abrimos una profunda zanja en la espesa capa de césped, alrededor de la piedra, excavando lentamente hacia los lados de la columna con la paleta de albañil. ¿Eran dedos aquellas bandas o naturales surcos de la piedra? Yo sentía tal excitación, que contuve el aliento cuando separé el primer trozo de césped que recubría la que debía ser una mano. ¡Y era una mano en realidad! Surgieron luego a la luz el antebrazo y el brazo, que se prolongaba por todo el costado de la estatua, y en el lado opuesto vimos que ocurría lo mismo. Era una estatua de un

tipo hasta entonces totalmente desconocido en la isla de Pascua. Únicamente le faltaba la cabeza, que había sido arrancada, y mostraba un profundo orificio en el pecho, en el lugar correspondiente al corazón. Y la figura estaba provista incluso de unas cortas piernas.

Dimos unas palmadas en la espalda de Bill y le estrechamos la mano. El Padre Sebastián, comandante de la antigua y silenciosa guardia petrificada de la isla de Pascua, fue el que se quedó más impresionado ante aquel soldado sin cabeza, de color rojo y cuatro lados, que se añadía de modo inesperado a sus poderosas fuerzas. -Doctor Mulloy, éste es el hallazgo más importante que se ha efectuado aquí en los tiempos modernos - dijo.

-Estoy absolutamente convencido de que esta estatua no pertenece a esta isla, sino que pertenece a Sudamérica.

-Pero la hemos encontrado aquí - observó Bill, risueño-, y eso es lo que importa.

Levantamos la figura roja con palancas y otros aparejos, mientras tiraban de ella veinte hombres, y al fin la vimos de pie con sus cortas y toscas piernas hundidas en un boquete abierto en el suelo. Los indígenas que habían tirado de las cuerdas tenían aún más motivos de estupefacción al ver que aquello no era un *hani-hani* como suponían. ¿Cómo podíamos haberlo descubierto nosotros, simples extranjeros? Pero esto no fue más que el principio. Poco después, Ed desenterró una curiosa figurilla sonriente en un templo totalmente desconocido que había descubierto cerca del poblado en ruinas de los hombres-pájaros situados en la cumbre del *Rano kao*. El Padre Sebastián, el gobernador y una multitud de indígenas fueron allí en peregrinación para verlo. Y en el lugar donde trabajaba la brigada de Arne, en la cantera del *Rano Raraku*, salieron a la luz otros objetos extraordinarios que se hallaban bajo tierra. El más impresionante era un gigantón de figura tan impropia de la isla de Pascua como la estatua roja de *Vinapu*. Una inocente esquina de roca con dos ojos era lo único que se veía del gigante cuando Arne empezó a excavar. Millares de personas habían pasado por allí sin darse cuenta de que la piedra los miraba y sin ni siquiera soñar que en el subsuelo se hallaba el resto de la estatua. Los ojos pertenecían a una corpulenta figura que pesaba diez toneladas y que permanecía bajo tierra, como arrojada en una colcha de césped y atisbando entre sus briznas.

Una gruesa capa de fino cascajo y desgastadas herramientas de piedra procedentes de la cantera abandonada que había sobre aquel terreno habían sepultado al gigante, y cuando lo pusimos de nuevo a la luz observamos que no poseía un solo rasgo que le identificara con sus rígidos y ciegos vecinos, desprovistos de piernas. Tanto los arqueólogos como los indígenas contemplaban la estatua llenos de pasmo, y fue preciso ir nuevamente en busca del Padre Sebastián y del gobernador. En esta estatua todo era distinto. Poseía un cuerpo completamente desarrollado y con sus correspondientes piernas; estaba arrodillada, en una posición llena de naturalidad, con sus gruesas nalgas descansando sobre sus talones y sus manos colocadas sobre las rodillas en vez de descansar sobre el vientre. No estaba desnuda como las otras, sino que llevaba un corto manto o poncho, con una abertura cuadrada para el cuello. La cabeza era de trazos redondeados y presentaba una peculiar barba de chivo y unos extraños ojos provistos de pupilas. La figura miraba fijamente ante sí con una expresión que no hablamos visto en ninguna otra de la isla de Pascua.

Tardamos una semana en levantar a aquel gigante con ayuda de gatos, aparejos, grúas, el jeep y multitud de marineros y perplejos indígenas. Pero al fin lo vimos en posición vertical, en su humilde actitud de arrodillado, mirando al cielo con expresión soñadora, como si aguzase la vista para distinguir otros planetas o un mundo ya desaparecido. Parecía preguntarse qué tenía que ver con nosotros, ignorantes extranjeros, y dónde estaban sus antiguos y fieles sirvientes, y quiénes eran aquellas rígidas y narigudas figuras que se cernían en lo alto y que, con el cascajo que acompañó a su nacimiento, enterraron a su propia persona.

Cuando, por fin, la figura estuvo allí inmóvil, como un extraño entre extraños, todos nos fuimos quitando el sombrero para enjugarnos el sudor de la frente. Luego nos quedamos mirándola, como en espera de que ocurriese algo. Pero nada sucedió: la estatua se alzaba impávida y rígida ante nosotros, haciendo caso omiso de nuestra presencia.

El viejo Pacomio manifestó mansamente que se debía dar un nuevo nombre a la isla. Ésta ya no podía seguir llamándose *Rapa-nui* ni isla de Pascua, puesto que todo había cambiado. Casimiro y toda la brigada de obreros se mostraron conformes, pero el alcalde observó que en este caso también tendrían que bautizar de nuevo a *Orongo*, a *Vinapu* y al *Rano Raraku*, ya que no había nada que fuese como antes. Yo

propuse que conservasen los antiguos nombres, apoyándome en que el único cambio consistía en que podían contemplarse nuevamente cosas que ya habían estado a la vista de todos en épocas anteriores.

-Esas viejas cosas son nuevas para nosotros, señor "*Kon-Tiki*" - observó Pacomio-. Cuando uno ha pasado toda su vida en la isla de Pascua, se acuerda de todo, hasta de las cosas más insignificantes. Pero ahora no recordamos ya todo lo que vemos a nuestro alrededor, y por eso la isla de Pascua ha dejado de ser la isla de Pascua.

-Entonces pueden llamar a la isla el "Ombligo del Mundo", *Te Pito o te Henua* - observé jocosamente.

El semblante de todos se iluminó, mientras asentían y reían al reconocer aquel nombre.

-Así es como llamaban a nuestra isla en otros tiempos; por lo visto, usted lo sabía, ¿eh? - dijo el alcalde con una sonrisa inquisitiva.

-Es un nombre que lo saben todos - repuse.

-No; lo que ocurre es que usted es un kanaka- agregó un viejo que estaba en pie detrás de la estatua, mientras hacía un astuto gesto afirmativo para mostrar que había descubierto cuál era la fuente de mis conocimientos.

Los indígenas no habían visto nunca nada semejante a aquel gigantón que había surgido de la tierra y debía ser esculpidas en duro basalto negro. Una de ellas la encontró emparedada en los cimientos de la fachada de un viejo *ahu*, donde únicamente era visible de ella su ancha espalda. Dentro del mismo pueblo, el sacerdote y los indígenas nos ayudaron a levantar una robusta estatua, que resultó pertenecer también a un tipo primitivo del que nadie había visto otro ejemplar en la isla y que estaba esculpida en la misma clase de piedra roja que la figura sin cabeza de *Vinapu*.

Estábamos ya mucho más cerca de nuestro objetivo: la segunda pieza del rompecabezas no tardaría en ocupar su lugar. Hablamos descubierto que los constructores de los hermosos muros incaicos del primer periodo habían esculpido estatuas distintas de los famosos gigantes pétreos del *Rano Raraku* que tanto renombre habían dado a la isla de Pascua. Aquellas figuras procedentes de la primera época no sobrepasaban casi nunca el tamaño natural. Tenían la cabeza redonda, la cara corta y los ojos grandes. Unas veces eran de toba roja y otras de

basalto negro; pero las había también de la piedra gris amarillenta del *Rano Raraku*, material que tanta importancia tuvo para los escultores del siguiente periodo. Aquellas primitivas estatuas tenían muy poco en común con los famosos gigantes de la isla de Pascua; la única semejanza era que solían tener, como ellos, los brazos doblados y ambas manos apoyadas rígidamente sobre el vientre de manera que sus dedos se apuntaban el uno al otro. Pero esta actitud era también característica de gran número de antiguas esculturas antropomórficas preincaicas y de las que se velan en las vecinas islas polinesias.

Al fin podíamos entablar diálogo con las taciturnas estatuas de nuestra isla. Los primeros en hablar fueron los degradados y humillados ejemplares que aparecieron emparedados en los templos, y éstos desataron las lenguas de los altivos y retadores colosos que se alzaban sobre ellos, los que a su vez extendieron el rumor hasta las canteras de la montaña. El árbol genealógico de aquellos hombres de piedra brotó gracias a una ráfaga del mundo exterior que trajo ideas y técnica a la isla, a la vez que aportaba la arquitectura clásica. Las rechonchas figuras que más tarde fueron emparedadas, la estatua roja y decapitada en forma de columna que encontramos en el llano de *Vinapu* y la escultura arrodillada y de mayores dimensiones que permanecía oculta entre escombros a los pies del *Rano Raraku* pertenecían a este primer periodo. Luego vino otra época durante la cual los escultores locales crearon un estilo más elegante y exclusivo que les era propio, y se esculpieron corpulentos gigantes de cabellos rojos, que se transportaron a lo más alto de los numerosos muros reconstruidos: A medida que aumentaba la experiencia de los escultores, los nuevos colosos fueron aumentando paulatinamente de tamaño. Los que ya se habían colocado sobre los *ahus* eran de considerables proporciones, pero muchos de los que quedaron por el camino eran mayores todavía; y algunos de los que se alzaban al pie del volcán en espera de que diesen el último toque a su dorso, todavía eran de mayores dimensiones. Pero había uno que los sobrepasaba a todos, un gigante cuya altura equivalía a siete pisos de una casa y que estaba sin terminar en la propia cantera, con la espalda pegada a la dura roca.

¿Cómo habría terminado aquella evolución local? ¿Dónde se habría fijado finalmente el límite de lo posible? Nadie lo sabe. Porque antes de que se alcanzase tal límite, se

produjo la catástrofe que derribó a los gigantes andarines y detuvo su progresión. Y todo porque la bruja no tuvo la parte de langosta que le correspondía. Así se creía aún en la isla de Pascua. Pero la lucha se desencadenó probablemente a causa de una carne más fuerte que la de la langosta, pues la marcha de los colosos de piedra terminó al comenzar el tercer periodo, durante el cual aparecieron en escena los caníbales.

La población actual de la isla está formada por los descendientes directos de la victoriosa tribu de guerreros de la tercera época. La llegada de sus antepasados polinesios desde las islas sembradas de palmeras situadas al Oeste se caracterizó por la guerra y la desolación. No tardaríamos en oír narraciones de las batallas que entonces se desencadenaron, de las estatuas que cayeron, de aquellos tiempos en que las azuelas hundían su filo en hombres de carne y hueso y no en hombres de piedra. Todo ello nos lo contarían los actuales habitantes de la isla de Pascua, pues sus propios antepasados estuvieron entonces presentes y a ellos correspondió la intervención principal. La tercera época aún no ha terminado, a pesar de que la paz y la tolerancia reinan hoy sobre la isla.

Capítulo 5

El secreto de los "orejás-largas"

En el campamento de *Anakena*, la vida seguía su curso acostumbrado. El sol hacía brillar la deslumbradora pintura blanca de nuestro barco, fondeado más allá de los escollos próximos a la costa. Parecía haberse convertido en una parte integrante de la isla de Pascua, en uno de sus rasgos característicos, tanto como las cercanas islas que servían de cobijo a los pájaros. Ningún barco había permanecido en la isla tanto tiempo, a excepción de los que las olas habían arrojado contra los escollos y quedaron para siempre en el fondo del mar, con su arboladura a muchas brazas de la superficie y del alcance de los vientos alisios.

Cuando el viento marino empezaba a bramar sacudiendo la lona de las tiendas, el camarero iba a toda prisa al barco para procurarse más provisiones, pues era muy posible que el capitán hiciese sonar la sirena y nos dijese por medio del transmisor portátil que tenía que elevar anclas. En tales ocasiones, la embarcación desaparecía tras un saliente de la costa para buscar abrigo en los acantilados del otro lado, al pie del *Rano Raraku*, es decir, donde hablamos anclado por primera vez al llegar a aquellas aguas. Durante un par de días, la bahía que se extendía frente al campamento permanecía triste y desierta. Nos parecía algo así como un cuadro familiar en el que de pronto echásemos de menos algo esencial e importante.

Pero una mañana, al salir arrastrándonos de nuestras tiendas, después de despertarnos, como de costumbre, los golpes que daba el camarero en una sartén, vimos el barco anclado frente a nosotros, en su sitio de siempre, cabeceando bajo el sol matinal.

El campamento, aquel soleado conjunto de tiendas, se había convertido en un hogar para nosotros, en un seguro fondeadero entre las cambiantes escenas de actividad de la isla. Cuando velamos al niveo barco tras los negros escollos, más allá de las tiendas verdes que se destacaban sobre la arena y la hierba amarilla que ocupaban el primer plano, y sobre nosotros una bóveda azul que se prolongaba hasta perderse de vista, nos sentíamos como en casa. Terminado el trabajo del día, los rompientes nos invitaban a bañarnos, y permanecíamos en el agua hasta que el camarero golpeaba de nuevo la sartén para que acudiésemos a saborear la opipara

cena que nos había preparado. Al anochecer nos tendíamos en grupos sobre el césped y charlábamos bajo la luz de las estrellas o al radiante claro de luna. Algunos se sentaban cerca de las lámparas en la tienda-comedor, para leer, escribir o escuchar el gramófono, mientras otros montaban a caballo para desaparecer al galope por la meseta. Los marineros se habían convertido en buenos jinetes; el segundo oficial estaba al frente del establo, y cuando nuestros hombres se disponían a dirigirse a *Hanga Roa*, la vieja plaza del templo que se extendía ante las tiendas parecía la pista de un circo al verse repleta de caballos que piafaban y se encabritaban. El pinche se fracturó un brazo por querer ganar tiempo atajando a través del pedregal y el doctor tuvo que entablillárselo. Pero ¿qué sacrificios no haría un hombre por llegar cuanto antes a una aldea lejana en la que le espera una buena *huía*? Pronto conocimos a casi todos los vecinos de la aldea. Sin embargo, apenas velamos al médico, aquel hombre de ojos negros y ardientes, que casi nunca asistía a las *huías*. En cuanto a su amigo el maestro de escuela, no le hablamos visto jamás. Ninguno de los dos asistía a la misa con sus convecinos cuando éstos se reunían en la pequeña iglesia del Padre Sebastián. Por tanto, nunca se hallaban presentes en las comidas dominicales que seguían a la función religiosa y que se celebraban en la residencia de las monjas o en casa del gobernador, quien nos hacía los honores en compañía de su esposa. La ausencia de aquellos dos hombres nos sorprendía, porque, dejando aparte las creencias religiosas, el visitante se perdía una peculiar impresión de la isla de Pascua - para los ojos y los oídos-si no estaba presente cuando el Padre Sebastián abría de par en par las puertas de la iglesia, en cuyo interior resonaba luego su voz al pronunciar su sencillo sermón dominical, seguido de los cantos polinesios, dotados de una armonía bella y extraña. La atmósfera que entonces creaban los indígenas resultaba contagiosa. Aquélla era su gran reunión, el mayor acontecimiento de la semana, e incluso los más perezosos, los que se pasaban los días dormitando ante la puerta de su casa, todos, en fin, los que podían andar o arrastrarse, vestían sus mejores galas y se encaminaban con paso tardo y mesurado a la plazuela de la iglesia tan pronto como José, el sacristán, empezaba a tirar de la cuerda de la campana. Al fin, un día, inesperadamente, los hados dispusieron que el maestro de escuela entrase en escena. El gobernador nos había pedido varias veces que llevásemos a

los alumnos del colegio a dar un paseo en nuestro barco alrededor de la isla. Con ello les proporcionaríamos un día inolvidable. Podían desembarcar luego en *Anakena*, comer frente al campamento y seguir costeano la isla por la tarde, con el fin de estar de vuelta en el pueblo al anochecer. A decir verdad, esta idea no me entusiasmaba, pero las monjas unieron sus ruegos a los del gobernador, y cuando el Padre Sebastián me dijo que ninguno de aquellos niños había visto nunca su isla desde el mar, como no fuese desde la bahía del pueblo, les prometí pedir al capitán que fuese con el barco a *Hanga Roa*. La cubierta principal de nuestra embarcación era muy apropiada para que viajasen los niños, pues tenía altas bordas curvadas hacia dentro que ninguna criatura podría escalar. Por otra parte, según afirmaban, todos, los niños indígenas sabían nadar como Verdaderos peces, pues empezaban a zambullirse en la bahía mucho antes de ir a la escuela.

Anclamos frente a la aldea de *Hanga Roa* a primeras horas de la mañana de un día radiante, para embarcar a ciento quince escolares indígenas, los que representaban una octava parte de la población de la isla. Para cuidar de ellos los acompañaba el maestro de escuela, el médico del pueblo, un practicante, el ayudante del gobernador, tres monjas y siete indígenas adultos. El gobernador y el Padre Sebastián quisieron venir con nosotros en aquel viaje.

En cubierta resonaban alegres gritos y vítores. Los niños no cesaban de cantar y se les vela muy excitados. Reñían por situarse a proa del barco y ver cómo el tajamar hendía las olas. Pero cuando se izó el ancla en medio de un ruido estrepitoso y la sirena dio su adiós al caserío, casi todos se calmaron y, con una expresión en la que había cierta tristeza, se quedaron mirando la costa, donde estaban sus casas, como si fuesen a emprender un viaje alrededor del mundo y no en torno a la isla de Pascua. Sin embargo, aquella solitaria isla era todo su mundo.

Cuando el barco empezó a cabecear a causa de las largas y suaves olas de fondo, todos los niños, sin una sola excepción, se marearon. Un indígena vino a decirnos que nos diésemos prisa, porque querían regresar pronto a casa. Después se alejó con paso vacilante y se tendió sobre una escotilla, ya repleta de niños, que se habían echado a dormir. Pronto estuvieron todos esparcidos por cubierta como inmóviles montones de ropa para la colada, y si alguno se dirigía a la borda, no era precisamente para contemplar las bellezas del litoral.

El único de nuestros viajeros que se hallaba en excelente estado de ánimo era el maestro de escuela. Desde el instante en que pisó las tablas de la cubierta demostró una actividad que no decayó en ningún momento. Era un hombre macizo y rechoncho que descollaba majestuosamente entre la multitud de niños. Nos dijo que no se había mareado nunca, a pesar de haber realizado innumerables viajes por mar con buen y mal tiempo. Con su cabellera tan negra como ala de cuervo y sus ojos centellantes como carbúnculos, recordaba en cierto modo a su activo amigo el médico, y desde el primer momento dio pruebas de idéntico celo político. Afirmó que los indígenas eran ciudadanos chilenos, pero que no poseerían sus plenos derechos como tales hasta que pudiesen trasladarse a Valparaíso en el barco de guerra, para establecerse en el continente, al lado de sus compatriotas. Su objetivo principal era conseguir que los indígenas se dirigieran a la madre patria. Más, aunque sus negros ojos parecían dos brasas cuando se entregaba a discursos políticos, su semblante se suavizaba y adquiría una expresión amable cuando cogía el lápiz para dibujar en su diario el quebrado contorno de la costa o cuando acariciaba la cabeza de un niño. Caminaba asentando firmemente los pies y balanceando su rechoncha silueta, y así iba a consolar a sus mareados alumnos, hablándoles en su propio idioma polinésico. Tan pronto se sentaba junto a uno de ellos para darle píldoras contra el mareo, como se dirigía a la borda llevando a rastras a un desaliñado mozalbete que movía los brazos para dar a entender a todos que debían apartarse de su camino.

Cuando doblamos el cabo, el mar se nos mostró tan tranquilo que los niños de más edad se reanimaron. Y en vez de seguir nuestro consejo y quedarse en el centro de la embarcación, todos querían acercarse a la proa, donde había más movimiento. El maestro tuvo que intervenir y obligarles a regresar, cuando estaban demudados y daban boqueadas de angustia, para tenderlos de nuevo sobre la escotilla. Los niños no se reanimaron hasta que penetramos en la bahía de *Anakena*. Entonces se despabilaron de pronto y resonaron cantos y vítores en polinesio mientras los marineros baldeaban la cubierta, que, de tan poco limpia, parecía el saliente de un acantilado bajo un nido de gaviotas.

Cuando el barco estuvo fondeado nuevamente en su sitio acostumbrado, a la altura del campamento de *Anakena*, todos los niños fueron transportados a tierra y se les

enseñó el poblado de tiendas erigido sobre la antigua residencia de *Hotu Matua*. Entonces, sus acompañantes los condujeron a la terraza de un templo, donde acamparon sobre la hierba, a los pies del muro. Desde el pueblo habían llegado unos cuantos jinetes indígenas para prestarnos ayuda, y vimos cómo asaban seis corderos al estilo del país, o sea poniéndolos entre piedras ardientes colocadas en el suelo.

El día declinaba. Junto a las hogueras sólo quedaban huesos que el sol había resecado. La bahía estaba llena de niños que se bañaban y la atmósfera vibraba, agitada por sus cantos y sus gritos. Las monjas reunieron un grupo de escolares en la playa, los cuales entonaron con entusiasmo el antiguo himno de *Hotu Matua*, que había desembarcado en aquella bahía de *Anakena*.

Entonces el maestro consultó su reloj, batió palmas y dijo a los niños y a sus acompañantes que se preparasen para reemprender la marcha. Había que embarcar de nuevo. En el mar reinaba la calma, el agua se movía en suave oleaje, y la lancha motora estaba amarrada, como siempre, a la gran almadia fondeada a cierta distancia de la orilla. Los niños habían utilizado la almadia para arrojar al agua desde ella. Los maquinistas se fueron con el primer grupo en la lancha para prepararlo todo a bordo, y cuando ésta regresó, el maestro reunió en la playa a los escolares que debían ir al barco en el segundo viaje. Los niños designados fueron llevados a fuerza de remos en la pequeña balsa de desembarque hasta la gran almadia fondeada, y algunos de ellos se dieron un último chapuzón como despedida y siguieron, por unos instantes, nadando junto a la balsa. Cuando la lancha se alejó por segunda vez, algunos muchachos bullangueros se echaron al agua por su cuenta y fueron nadando hasta la almadia anclada, a la que treparon y donde permanecieron en espera del siguiente viaje. Entonces el maestro decidió trasladarse allí para vigilar mejor las operaciones, y cuando la lancha motora volvió a partir vi que él iba a bordo. Las demás personas mayores que se hallaban al cuidado de los niños se quedaron en tierra para formar los grupos que debían ir en los viajes siguientes.

Y de pronto ocurrió el accidente, como un rayo que surcase un cielo despejado. Cuando la lancha doblaba apaciblemente la punta de la bahía para dirigirse al barco, los niños empezaron a agitarse. Todos se precipitaron a la proa para ver cómo ésta

cortaba el agua. Todos querían abrirse camino a la vez hacia mi hijo Thor, que estaba sentado en la misma proa, con el cabo de amarre en la mano. El maestro de escuela hizo esfuerzos indecibles por mantener el orden entre sus alumnos; pero éstos no le hacían caso: ni siquiera escuchaban las palabras en polinesio que les dirigía. El carpintero, que gobernaba la embarcación, dio marcha atrás, y Thor y él se pusieron a gritar a pleno pulmón. Fue entonces cuando se produjo la catástrofe a causa de una ola que avanzaba tranquila y lentamente. La lancha, que desplazaba dos toneladas y sólo iba cargada con la mitad de su capacidad, hundió profundamente su parte delantera en la perezosa ola y se llenó de agua al instante. Lo único que quedó visible de ella fue su popa y una masa de cabezas infantiles que se debatían en el agua.

Los del barco botaron inmediatamente una lancha salvavidas, y el médico de la expedición y yo saltamos a la balsa de desembarco medio varada en la playa. Todos los demás corrieron hacia el extremo de la punta de la caleta, que se hallaba sólo a unos ochenta metros del lugar del desastre. Volví la cabeza mientras mi compañero y yo remábamos con frenesí y vi que algunos niños nadaban hacia el cabo en miniatura y que la mayor parte de ellos subían y bajaban con el oleaje cerca de la popa de la lancha salvavidas. No tardamos en llegar allí. Nos fuimos derechamente al carpintero, el cual nadaba junto a un niño indígena sosteniendo entre ambos a dos criaturas inermes. Cuando subimos a éstas a bordo de la balsa, vi que una de ellas era la hija del alcalde, linda mocita de trece años que tenía una tez tan blanca como la de un europeo y un cabello de un rojo áureo. Me eché de cabeza al agua mientras el médico se quedaba en la balsa para gobernarla y recoger náufragos. Entonces llegaron los que se habían arrojado al mar desde la punta de la caleta, el primero de los cuales había sido el capitán. Recogimos a los niños uno tras otro y los subimos a la balsa. Casi todos demostraban una completa apatía; se dejaban llevar arriba y abajo por el oleaje sin hacer nada por ponerse a salvo. Cuando la balsa estuvo atestada, el capitán y el carpintero se acercaron nadando y sosteniendo entre los dos al maestro de escuela, cuya voluminosa humanidad flotaba perfectamente. Hicieron falta varios hombres para subirlo a medias a la balsa, y ésta estuvo a punto de volcar cuando tres azorados indígenas que también se habían echado al agua intentaron trepar a ella. Yo nadé hacia ellos y tuve que

gritar como un loco antes de conseguir que renunciasen a su intento, con lo cual la balsa volvió a estabilizarse. Entonces, dos de ellos se abalanzaron sobre mí y se aferraron a mi cuerpo hundiéndome sin que yo pudiera evitarlo. Tuve que bucear hacia el fondo para librarme de ellos. Entre tanto habían llegado todos los marineros de nuestra tripulación que se hallaban en tierra, así como el practicante y media docena de indígenas. Con ayuda de estos nadadores, que empujaban la balsa, ésta empezó a dirigirse hacia la punta de la caleta, mientras el médico remaba como un loco, cubierto materialmente de niños.

El capitán y yo seguimos nadando entre multitud de objetos flotantes, para ver si nos habíamos olvidado de recoger a algún niño. Tres indígenas se unieron a nosotros en la búsqueda. El agua estaba transparente. Me zambullí y pude divisar una cantidad considerable de zapatos y ropas esparcidos por el fondo arenoso, unos siete metros más abajo.

Con gran alarma distinguí algo que parecía una muñeca tendida en el fondo. Levanté las piernas con enérgico impulso y nadé hacia abajo hasta donde pude, mientras me parecía que la muñeca aumentaba de tamaño. Yo no soy muy buen nadador y además estaba rendido. Cuando me hallarla a unos seis metros de profundidad ya no pude seguir resistiendo y tuve que patallar como un loco para emerger, por desesperante que fuese abandonar, cuando casi la tenía al alcance de mi mano, aquello que ya había visto con toda claridad. Así que asomé la cabeza fuera del agua vi a José, el sacristán, a mi lado. Sabía que era el mejor buceador de la isla: una vez le hablamos llamado para que nos mostrase los restos de dos barcos que habían naufragado frente a la aldea. Lo llamé, jadeante, mientras señalaba hacia abajo, y al punto desapareció de mi vista. Poco después reapareció, movió la cabeza, hizo una profunda aspiración y se zambulló de nuevo. Cuando reapareció llevaba en sus brazos, tendidos hacia delante, el cuerpo de un niño. Pusimos a éste sobre un bidón que hacía las veces de flotador y lo empujamos hacia la costa. Entonces vimos que el bote salvavidas del barco había llegado ya al lugar del desastre y lo recorría en todas direcciones, mientras los maquinistas se zambullían desde él. Pero ya no quedaba nada en el fondo: solamente algunas prendas de vestir. A bordo del barco había ya cuarenta y ocho niños, y, repasando las listas, comprobamos que no faltaba ninguno, pues el que no estaba en la

embarcación se encontraba en tierra.

Cuando llegamos a la punta vimos que todos los niños de la balsa estaban ya sobre las rocas, donde nuestro médico hacía la respiración artificial a algunos, con ayuda del practicante y varios voluntarios. El médico del pueblo, que esperaba en la costa para recibir a los que llegaban en la balsa, tuvo que saltar a bordo para conducirla a la playa, pues fue imposible subir al voluminoso maestro de escuela a la costa de desiguales rocas de lava donde se había desembarcado a todos los escolares. Durante las espantosas horas que siguieron, mientras cerraba la noche sobre la isla, el médico de la aldea practicó incesantemente la respiración artificial a su amigo el maestro, tendido en la playa, con la ayuda de los más fuertes y corpulentos de nuestros hombres, mientras los demás se preocupaban de los niños que habían quedado en la punta de la bahía, entre los que una docena o poco menos necesitaban atenciones especiales. Todos corrían de un lado a otro, alumbrándose con lámparas de parafina y transportando mantas y ropas. En el campamento, Yvonne abrió todas las tiendas y servía comida caliente a jóvenes y viejos. Y cuando empezaron a llegar los jinetes de la aldea en continua procesión, las tinieblas se poblaron de figuras que corrían en todas direcciones.

Fue una noche de horror que jamás se apartará de mi memoria. Una atmósfera de espanto se cernía sobre el valle de *Anakena*, subrayada por un arco iris gris, descolorido, que cruzaba sombríamente el negro cielo nocturno allí donde la luna quedaba oculta por el acantilado. Los niños fueron reviviendo uno tras otro y los llevamos al interior de las tiendas, donde los acostamos y arropamos. Pero transcurrían las horas, y dos de ellos no se movían. Uno era la niña pelirroja. El alcalde permanecía inmóvil, sentado a su lado, diciendo con voz tranquila: -Ya no es de este mundo. La pobrecilla siempre ha sido muy buena. Ahora está con la Virgen María.

Yo no había sentido nunca el dolor tan a lo vivo. Tampoco había visto jamás que la gente se tomase las cosas con tanta calma. Aquellos que habían perdido a sus hijos estrecharon silenciosamente nuestras manos para darnos a entender que comprendían que nosotros, los dueños de la lancha, no teníamos ninguna culpa de lo que había ocurrido. Aquellos cuyos hijos se habían salvado se arrojaban sobre nosotros sin poder contener el llanto. Durante varias horas, todas las tiendas y el

espacio que se extendía ante sus umbrales estuvieron repletos de escolares acompañados de sus padres y vecinos. Pero cuando empezó a dejarse sentir el fresco nocturno, comenzaron a hacer sus hatillos y a montar en grupos de dos y tres en las sillas de madera de sus caballos. Dos de los niños estaban afectados de disentería y se quedaron en las tiendas con sus más próximos allegados. La soledad se abatió sobre el valle de *Anakena* cuando los jinetes se alejaron en la oscuridad con más de cien criaturas sobre el arzón de sus sillas de montar.

Los últimos en subir desde la playa fueron ocho hombres que transportaban al maestro de escuela sobre una camilla. El cielo estaba densamente negro y en él se vela aún la línea grisácea del descolorido arco iris que semejaba un lúgubre marco sobre las ocho linternas que se balanceaban en la oscuridad. El médico del pueblo me miró con sus ojos tranquilos y tan negros como el azabache. Luego dijo: -La isla ha perdido a una excelente persona, señor. Murió en acto de servicio y sus últimas palabras fueron: "*¡Kau, kau, poki!*"⁹. Cuando volví a ver a aquel hombre, estaba en la pequeña iglesia del Padre Sebastián, de pie, inmóvil y con la cabeza descubierta, junto al féretro de su amigo. Los dos niños habían sido enterrados el día anterior después de una sencilla y conmovedora ceremonia en la que hubo hojas de palma y suaves cánticos, y el pueblo entero acompañó a la fúnebre comitiva entonando melodiosos cantos alusivos a los dos que habían subido al cielo. Aquel día el sermón del Padre Sebastián se distinguió por su laconismo y sus tonos enternecedores. Lo terminó con estas palabras: -Anhelamos que tú, que tanto amaste a tus alumnos, puedas encontrarlos de nuevo.

Cuando vimos al que había sido maestro de escuela desaparecer en la fosa, olmos que el médico del pueblo murmuraba con voz ronca: -Nadad, hijos, nadad...

Los indígenas se olvidaron de aquel desastre con increíble rapidez. Los parientes de los muertos empezaron al punto a degollar ovejas y animales vacunos para el gran banquete funerario que seguía a la muerte de los seres queridos. Incluso vinieron a caballo para ofrecernos cuartos traseros de buey y grandes cantidades de carne de oveja. Pero lo que más nos sorprendió fue lo que observamos en el interior de las tiendas cuando lo hubimos aseado y ordenado todo. Durante dos siglos, los indígenas de la isla de Pascua se habían distinguido por su rapacidad;

⁹ ¡Nadad, hijos, nadad!

escamoteaban en un abrir y cerrar de ojos cuanto tenían al alcance de la mano. En aquella tétrica noche sin luna, todo el mundo campaba por sus respetos; los indígenas entraban en las tiendas libremente, y cuanto poseíamos estaba a su merced. Por eso nos temimos que nos habrían quitado hasta la camisa. Pero estábamos en un completo error. No faltaba absolutamente nada: ni un sombrero, ni un peine, ni el cordón de un zapato. Y todas las ropas secas y mantas que proporcionamos a los niños y con las que se fueron al pueblo a caballo volvieron al campamento lavadas y planchadas y dispuestas en pilas cuidadosamente. No faltaba ni un pañuelo.

No obstante, uno de los miembros de nuestra expedición dejó su reloj en el interior de un sombrero y éste en la orilla cuando se echó al agua para ir en socorro de los niños. El reloj fue robado por un indígena que se hallaba en tierra, mientras su propietario estaba en el agua rescatando niños. Fue una acción ruin, aunque de poca monta. De aquí que me sorprendieran grandemente las palabras que pronunció el Padre Sebastián en el cementerio. Eran las primeras que le oía después del desastre.

-Lo de los niños fue terrible - dije yo, y no pude añadir nada más.

-Aún fue peor lo del reloj robado- repuso el Padre Sebastián sin pestañear.

-Francamente, no lo entiendo- confesé, muy sorprendido ante aquella respuesta que juzgué monstruosa.

El Padre Sebastián apoyó una mano en mi hombro y dijo con voz tranquila: -Morir es una cosa que todos tenemos que hacer. Pero robar no tenemos que hacerlo.

Nunca olvidaré estas palabras ni el esfuerzo que tuve que hacer para comprender todo su sentido, hasta que de pronto me dije que en la isla de Pascua había una recia personalidad, tal vez la más vigorosa que yo he conocido. Sus enseñanzas eran para él algo tan real e importante como la propia vida y no solamente frases edificantes reservadas para el sermón del domingo. Para aquel hombre, las creencias y las enseñanzas eran una misma cosa.

No dijo nada más, y regresamos en silencio a la aldea.

Pocos días después volví a encontrarme con el Padre Sebastián. Yo había suspendido todos los trabajos a raíz de aquel triste suceso; pero esta medida no era del agrado de los indígenas. El sol se había levantado, se había puesto y se había

vuelto a levantar otra vez; el ayer había pasado y sólo importaba el presente. Lo que ellos querían era trabajar para obtener más raciones, seguir cobrando su paga y poder comprar más cosas. El alcalde, sentado a la puerta de su casa, tallaba un hombre-pájaro en un gran trozo de madera, haciendo saltar gran cantidad de gruesas virutas, y nos sonrió, nos saludó con la mano y nos señaló su obra cuando pasábamos ante él en el jeep. Nos detuvimos frente a la casita encalada del Padre Sebastián, que se alzaba en el fondo de un florido jardín contiguo a la iglesia. Salté del jeep y entré por la pequeña puerta del jardín. Al pasar ante la ventana vi al Padre Sebastián, el cual me dijo por señas que entrase en su despachito, donde le encontré sentado ante una mesa abarrotada de papeles y cartas. En la pared que tenía a sus espaldas había un estante con libros escritos en numerosísimos idiomas. Los libros constituían un marco erudito y coloreado para aquel viejo sabio corpulento y barbudo sentado ante su mesita y embutido en su hábito inmaculado, cuya caperuza le cala sobre la espalda. Lo único que yo echaba de menos allí era una larga y airosa pluma de ganso levantándose de un tintero sobre la mesa. El Padre Sebastián usaba pluma estilográfica. Más, para compensar este anacronismo, una antigua azuela de piedra hacía las veces de pisapapeles.

Aquel anciano sacerdote era un ser excepcional en el siglo XX. Aunque se hallaba como el pez en el agua entre nosotros, podría haber sido perfectamente un sabio monje de una miniatura medieval, el busto de un filósofo romano, el retrato de un erudito pintado sobre un antiguo vaso griego o reproducido en una tablilla de arcilla sumeria. El Padre Sebastián podría haber vivido en cien épocas distintas, siendo siempre el mismo a través de millares de años, sin que se empañasen lo más mínimo la alegría de vivir y la juvenil energía que brillaba en sus ojos azules, en los que se agazapaba siempre una sonrisa. Aquel día rebosaba dinamismo y se vela que quería decirme algo importante. Deseaba pedirme que efectuara excavaciones en un lugar especialísimo de la isla que tenía más relieve que ningún otro en la tradición local.

Oí por vigésima vez la leyenda del foso de *Iko*: el horno de tierra de los *""orejas-largas"*. Toda persona que ha desembarcado en la isla de Pascua ha escuchado esta leyenda, y todos los escritores que han hablado en sus obras del misterio de la isla han aludido a ella. Los indígenas me habían indicado ya las antiguas señales del

foso que se velan en el terreno, y todos ellos se apresuraron a contarme su historia. El Padre Sebastián había recogido esta tradición en su libro, y entonces la oí de sus labios, junto con la petición de que destinase a una brigada a excavar el célebre foso.

-Yo creo en esa leyenda - añadió-. Sé que para la ciencia ese foso es natural, pero los científicos también se equivocan. Conozco muy bien a mis indígenas. Conservan de la tradición de ese lugar una impresión demasiado viva para que sea una fantasía simplemente.

La leyenda del foso de defensa de los *“orejas-largas”* se remonta al tiempo más lejano a que alcanzan los recuerdos de los actuales habitantes. Se inicia allí donde termina la procesión de las estatuas; comienza en las azules neblinas de la antigüedad y describe la catástrofe que puso fin para siempre a la edad de oro de la isla de Pascua.

La isla estaba habitada entonces por dos pueblos distintos que convivían pacíficamente en ella. Los individuos de uno de estos dos pueblos tenían un aspecto muy especial. Tanto varones como mujeres se perforaban los lóbulos de las orejas e introducían grandes pesos en los boquetes. De este modo se alargaban artificialmente las orejas hasta los hombros, y por eso se les llamaba *hanau eepe* (*“orejas-largas”*), mientras los otros recibían el nombre de *hanau viomoko* (*“orejas-cortas”*).

Los *“orejas-largas”* eran un pueblo enérgico para el que no existía la inacción, y los *“orejas-cortas”* tuvieron que afanarse ayudándoles a construir muros y estatuas, lo cual produjo envidias y descontentos. Uno de los últimos proyectos que concibieron los *“orejas-largas”* consistió en limpiar toda la isla de Pascua de piedras inútiles, con el fin de poder cultivar sus tierras. Esta obra se inició en la altiplanicie de *Poike*, situada en la parte más oriental de la isla, y los *“orejas-largas”* tuvieron que transportar todos los pedruscos hasta el borde del acantilado para arrojarlos desde allí al mar. A esto se debe que actualmente no exista una sola piedra en la herbosa península de *Poike*, mientras el resto de la isla está cubierto de rojos y negros pedregales y de bloques de lava.

Los *“orejas-cortas”* iban perdiendo la paciencia: estaban ya hartos de transportar piedras de una parte a otra para dar gusto a los *“orejas-largas”*. De aquí que

decidieran desencadenar la guerra. Los "*orejas-largas*" huyeron de todos los puntos de la isla y se hicieron fuertes en su extremo más oriental, o sea en la península de *Poike*, recién despojada de piedras. Bajo el mando de *Iko*, su jefe, excavaron una trinchera que tenía tres kilómetros de longitud y mediante la cual la península de *Poike* quedó separada del resto de la isla. Entonces llenaron hasta los bordes esta trinchera de una ingente cantidad de ramas y troncos de árbol. Así hicieron de ella una especie de gigantesca y larguísima pira preparada para arder si los "*orejas-cortas*" reunidos en el llano intentaban escalar la pendiente que conducía a la altiplanicie. *Poike* se convirtió en una colosal fortaleza protegida por altivas murallas naturales de una altura de doscientos metros que calan sobre el mar, y los "*orejas-largas*" se sintieron seguros en ella. Mas quiso la suerte que un "*oreja-larga*" tuviese por mujer una "*oreja-corta*"; ésta se llamaba *Moko Pingei* y vivía en *Poike* con su marido. *Moko* se condujo como una traidora, pues se puso de acuerdo con los "*orejas-cortas*" del llano, conviniendo con ellos una señal. Cuando los hombres de su raza la viesen sentada tranzando un enorme cesto, se acercarían sigilosamente, formando una larga hilera, al lugar donde ella estaba entregada a su labor.

Una noche, los espías de los "*orejas-cortas*" vieron a *Moko Pingei* sentada en una de las extremidades del foso de *Iko* trenzando un cesto, y entonces se deslizaron con gran sigilo y uno a uno hasta aquel lugar y penetraron en *Poike* por el borde mismo del acantilado. Luego siguieron avanzando con el mayor silencio hasta que rodearon por completo la península, llegando al otro extremo del foso. Los "*orejas-largas*", sin sospechar lo que el enemigo tramaba, se alinearon para hacerles frente y prendieron fuego a la gigantesca pira. En aquel preciso instante, los otros "*orejas-cortas*" surgieron súbitamente de sus escondrijos y se trabó un sangriento combate en el que todos los "*orejas-largas*" perecieron abrasados en su propia pira.

Únicamente tres de ellos consiguieron escapar saltando a través de las llamas y huyendo en dirección a *Anakena*. Uno de estos "*orejas-largas*" se llamaba *Ororoína* y otro *Vai*. El nombre del tercero no ha llegado a nosotros. Los tres infelices se ocultaron en una caverna que aún hoy muestran los indígenas. Allí los descubrieron, y dos murieron apuñalados con aguzadas estacas, pero a *Ororoína*, que era el otro, se le perdonó la vida por ser el único superviviente de los "*orejas-largas*". Cuando los "*orejas-cortas*" lo sacaron a rastras de la cueva, él no cesaba de gritar: "*Orro,*

orro, orro... palabras de su propia lengua que los "*orejas-cortas*" no comprendieron.

Ororoina fue transportado a la mansión de uno de sus antiguos enemigos, que respondía al nombre de *Pipi Horeko* y vivía al pie de un monte llamado *Toatoa*. Allí se casó con una "*oreja-corta*" de la familia *Haoa*, de la que tuvo numerosa descendencia, entre la que figuraron *Inaki-Luki* y *Pea*. Éstos, a su vez, engendraron una numerosa prole, los últimos de cuyos descendientes viven aún entre los "*orejas-cortas*" que hoy pueblan la isla.

Ésta era, en su forma más completa, la tradición del foso construido por los "*orejas-largas*", y el Padre Sebastián pretendía que yo efectuase excavaciones en la legendaria zanja. Yo sabía que las dos expediciones que nos habían precedido conocieron esta tradición con algunas variantes y fueron a examinar los restos del foso. La señora Routledge tuvo serias dudas, pero se inclinó a creer que el pretendido foso no era más que una depresión natural del terreno que los "*orejas-largas*" podrían haber utilizado para la defensa. Métraux¹⁰ aún fue más lejos: llegó a la conclusión de que el foso era enteramente de origen natural y de que fue ésa formación geológica la que inspiró la leyenda a los indígenas; esta última habría nacido del deseo de los aborígenes de explicarse un accidente geográfico, y toda la historia acerca de la existencia de los "*orejas-largas*" y los "*orejas-cortas*" no sería más que una invención de aquellos nativos urdida en una época relativamente reciente.

También visitó la isla un geólogo profesional, que echó un vistazo al foso de los "*orejas-largas*", dejando bien sentado que dicha zanja era una formación natural que databa de épocas anteriores a la aparición del hombre en la tierra, producida por un río de lava procedente del centro de la isla de Pascua, río que chocó con otro más antiguo y ya petrificado procedente de *Poike*. Allí donde ambas corrientes se encontraron se había formado una especie de foso.

Los indígenas escucharon desconcertados y sin acabar de entenderlos estos veredictos de los especialistas, y se mantuvieron en sus trece: aquello era el foso defensivo de *Iko*, el horno de tierra de los "*orejas-largas*". Y el Padre Sebastián daba crédito a esta versión.

¹⁰ A. Métraux: *Ethnology of Easter Island*, Honolulu, 1940, páginas 72-74

-Tiene una importancia especialísima para mí que usted realice esas excavaciones - me dijo, y casi se puso a saltar de contento cuando yo accedí a su petición.

Cari se encargó de dirigir los trabajos en el foso de los "*orejas-largas*". Al día siguiente salimos dando tumbos en el jeep con cinco indígenas y tomamos un sendero desbrozado por la llanura pedregosa que se extendía a los pies de *Poike*. Sobre nosotros velamos las suaves laderas de la península, semejantes a verdes tapices y sin una sola piedra, pero en torno nuestro se extendía el pedregal como una capa de negro carbón. Una vez en *Poike* hubiéramos podido ir en el jeep adonde se nos antojase. Pero nos detuvimos al pie de la pendiente donde comenzaba la alfombra de hierba. A lo largo de la falda del monte y en dirección norte-sur vimos una débil depresión que hacía pensar en un foso relleno. En algunos sitios era bastante profunda y clara; en otros desaparecía a trechos, para volver a mostrarse claramente un poco más allá y continuar hasta el borde de los precipicios que flanqueaban la península por ambos lados. Aquí y allá velamos otros que parecían baluartes de tierra levantados junto a la orilla superior de la zanja. Frenamos el coche y saltamos a tierra. Ante nosotros teníamos a *Ko te Ava o Iko* (el foso de *Iko*) o *Ko te Umu o te hanau eepe* (el horno de tierra de los "*orejas-largas*").

Cari deseaba explorar el terreno en algunos puntos antes de empezar los trabajos de excavación propiamente dichos. Seguimos a lo largo de la depresión y apostamos a los cinco indígenas a intervalos regulares en el foso, ordenándoles que cada uno de ellos practicara, un agujero rectangular y vertical en forma de pozo. Nunca había visto a los indígenas empuñar el pico y la pala con mayor entusiasmo, y como no había peligro de que dañasen nada allí, fuimos a dar un breve paseo por la península. Cuando volvimos y rodeamos la cresta para ver el primer pozo, advertimos que el viejo encargado de abrirlo había desaparecido con sus herramientas sin dejar rastro. Pero antes de que tuviésemos tiempo de preguntarnos dónde se habría metido vimos que una lluvia de tierra brotaba del oscuro agujero. Y cuando nos acercamos a él descubrimos al viejo a más de dos metros de profundidad, cavando con ardor mientras el sudor corría a raudales por su cuerpo.

Y en la pared de tierra de color amarillo mostaza vimos una ancha faja roja y negra

que rodeaba al excavador como un cinturón de colores. ¡Carbón vegetal y cenizas en gruesas capas! Sobre aquella tierra había llameado tiempo atrás un fuego. Cari estaba seguro de que el calor había sido muy intenso, o bien que la hoguera permaneció durante largo tiempo en actividad, pues, de lo contrario, las cenizas nunca hubieran cobrado aquel color tan rojo. Antes de que pudiese decir nada más, yo estaba ya corriendo por la ladera para examinar el siguiente pozo.

Cari me siguió y, un poco más allá, ambos vimos a José, el sacristán, con su rostro sonriente entre paredes de tierra. Había encontrado los mismos indicios de incendio en su pozo y nos mostró en su mano ramas y astillas carbonizadas. En torno nuestro no se vela ni un solo arbusto. Corrimos hacia el siguiente pozo, y luego hacia el otro. En todos ellos velamos lo mismo: la faja carmesí de cenizas rodeada de restos carbonizados, que daba la vuelta a las paredes del pozo.

Fuimos en busca del Padre Sebastián, y éste corrió de pozo en pozo, con su hábito blanco agitado por el viento, para ver las rojas cenizas. El rostro del sacerdote estaba radiante cuando regresamos dando saltos en el jeep, después de rodear las taciturnas estatuas del *Rano Raraku*, para dirigimos a *Anakena*, donde nos esperaba una cena opípara. El Padre Sebastián estaba muy alborozado por el gran éxito de las excavaciones, pero también se las prometía muy felices con la buena comida y la excelente cerveza danesa que nos aguardaba, pues hablamos decidido reparar nuestras fuerzas en el campamento con el fin de prepararnos convenientemente para la emocionante aventura del siguiente día, en que empezaríamos a excavar de firme en *Poike*.

Por la mañana pusimos una brigada de obreros a excavar una sección transversal de la depresión, y en los días que siguieron, Cari dirigió los trabajos que revelaron todo el secreto del foso. La parte superior de la depresión era, efectivamente, obra de la Naturaleza y seguía los bordes de un antiguo río de lava. Pero a mayor profundidad se encontraban ya indicios de la intervención del hombre. Aquellos industriosos indígenas habían ahondado en la roca para construir un gran foso defensivo de fondo rectangular y de una profundidad de cuatro metros, una anchura de doce y unos tres kilómetros de longitud siguiendo la falda de la colina. Fue una construcción gigantesca. Entre las cenizas se encontraron piedras de honda y losas labradas. La arena y el cascajo procedentes del fondo del foso se utilizaron para

construir un terraplén a lo largo de su borde superior, y el depósito de tierra del baluarte formado allí reveló que la habían subido del foso en grandes cestos.

Por consiguiente, podíamos afirmar que el foso de *Iko* era una soberbia obra de defensa construida por el hombre y que en el fondo de la zanja y en toda la extensión de ella se habían amontonado grandes cantidades de leña que sirvieron para encender una enorme pira. Miramos a los indígenas. Ahora nos tocaba a nosotros asombrarnos. Ellos ya sabían todo esto; generación tras generación habían aprendido que aquella calmada depresión era cuanto quedaba de la obra de defensa de *Iko* y el escenario de la matanza final de los "*orejas-largas*".

Una de las cosas más fáciles de fechar para el arqueólogo moderno es el carbón procedente de un antiguo fuego. Se puede fijar su edad, dentro de ciertos límites, midiendo su radioactividad, que disminuye de año en año en una proporción conocida. La gran pira cuyos restos teníamos ante nosotros ardió en el horno de tierra de los "*orejas-largas*" unos trescientos años antes de nuestros días, pero el conjunto de aquellas complicadas fortificaciones que tenían como parte principal el foso fue construido por el hombre mucho antes de que sucediese la hecatombe final, pues la zanja ya estaba llena de arena hasta la mitad cuando se formó la pira defensiva, a la que se prendió fuego para impedir el paso a los "*orejas-cortas*". Más abajo había otros restos de incendio, y los primeros constructores del foso habían arrojado la tierra extraída sobre un fogón formado al aire libre, que databa aproximadamente del año 400 de nuestra era. Ésta era la fecha más antigua que hasta entonces se había establecido en toda la Polinesia.

La historia de los "*orejas-largas*" había cobrado mayor vitalidad, tanto en el pueblo como en el campamento de *Anakena*. Los curiosos perfiles de las estatuas gigantes parecían más significativos: todas ellas mostraban unas curiosas y largas orejas colgantes que pendían a ambos lados de su cara como las de un sabueso.

Un atardecer yo vagaba solo entre las estatuas de largas orejas, al pie del *Rano Raraku*. Múltiples pensamientos bullían en mi cabeza, y se medita mejor a la luz de las estrellas y en la soledad. Puede decirse que no se conoce bien un sitio hasta que se ha dormido en él. Yo he dormido en los sitios más raros: sobre el pétreo altar de Stonehenge, en un ventisquero situado en la cumbre del monte más alto de

Noruega, en estancias de adobes de los desiertos poblados troglodíticos de Nuevo Méjico, junto al lugar en que naciera el primer Inca, en la isla del Sol, situada en el lago Titicaca, y, a la sazón, quería dormir en la vieja cantera del *Rano Raraku*. No porque fuese supersticioso y creyese que los espíritus de los "orejas-largas" vendrían a susurrarme sus secretos al oído, sino porque quería empaparme bien de la atmósfera peculiar de aquel sitio. Trepé por los enormes corpachones de piedra tendidos sobre las cornisas hasta llegar al mismo centro de aquel enjambre de figuras, a un lugar en que un gigante había abandonado el alvéolo donde naciera. El lecho que fue su gigantesca cuna estaba vacío y parecía un palco teatral protegido por un saliente.

Estando allí, mi vista podía abarcar un espléndido panorama y no me mojaría en caso de que lloviese. Por el momento hacía un tiempo magnífico. El sol se disponía a ocultarse tras la silueta de la empinada pared volcánica del *Rano Kao*, al otro lado de la isla, y unos bancos de nubes rojas, violetas y lilas se habían extendido como una pantalla ante el lecho del dios solar que se retiraba. Sin embargo, el sol consiguió hacer pasar algunos rayos plateados hasta la línea lejana de las relucientes olas coronadas de espuma que, lenta y silenciosamente, avanzaban hacia la costa, en un asalto eterno contra el extremo más distante de la isla. De día no las había visto, tan lejos estaban; pero los rayos del sol poniente convertían en fulgente plata las crestas espumosas y el polvillo argentado se cernía en el aire a los pies del volcán. Era aquél un espectáculo digno de los dioses. Y yo, solitario e insignificante ser humano, me encontraba precisamente entre una multitud de dioses gigantescos, asomado al palco abierto en la montaña para contemplar aquel grandioso espectáculo de la Naturaleza.

Arranqué unos manojos de hierbas reseca y con ellas barrí la parte inferior del lecho abandonado del gigante para limpiarla de arena y estiércol de oveja. Luego, bajo los últimos y mortecinos rayos del sol, me improvisé un buen lecho de hierba. Abajo, en el llano, dos muchachas cantaban tiernas canciones de amor polinesias. Las jóvenes iban a caballo, sin rumbo fijo ni ocupación alguna, como no fuese esparcir sus risas y sus cánticos de los Mares del Sur en el aire crepuscular, mientras sus monturas avanzaban sin dirección determinada, describiendo un círculo que terminaba en el punto de origen. Pero cuando el solitario de la cumbre

se tendió en su lecho y el sol empezó a tirar de las tinieblas para cubrir con ellas las alturas como con un telón negro, las dos *vahines* callaron súbitamente y, como si temiesen ser víctimas de algún hechizo, ambas pusieron sus caballos al galope para dirigirse hacia una solitaria cabaña de pastor que se divisaba a un lado de la caleta. El pastor también descendía hacia su refugio. Yo le veía detenerse a cada momento para prender fuego a la hierba mientras avanzaba á través del llano. La estación seca había comenzado hacia tiempo; las lluvias eran extremadamente raras y la hierba estaba amarilla y reseca; por tanto, había que quemarla para que volviera a brotar fresca y lozana y sirviera de pasto a las ovejas. Mientras hubo luz vi tan sólo el humo que se desprendía de la hierba quemada y quedaba suspendido sobre el llano como una niebla gris. Luego llegó la noche y el humo desapareció como tragado por las tinieblas, pero no así el fuego. Cuanto más oscurecía, más intenso era el brillo de las llamas, y aquel inofensivo incendio de hierba que se extendía en todas direcciones semejaba un millar de rojas piras en la noche negra como boca de lobo.

Por la empinada ladera subía una brisa fresca, y yo me abrigué con el saco de dormir hasta el cuello mientras permanecía echado con el oído atento al silencio nocturno y empapándome de la atmósfera que reinaba en la cantera de los "*orejas-largas*" y que entonces se me mostraba bajo una luz nueva para mí. Otra vez me pareció que me hallaba en un teatro, tendido en un palco de techo saliente. Asistía a la función de gala de los "*orejas-largas*". Las siluetas de los macizos gigantes que me rodeaban parecían una negra decoración que encuadraba aquel escenario provisto de un telón de fondo cuajado de estrellas. La obra se representaba en el oscurísimo llano inferior, donde las llamas brotaban y saltaban aquí y allá, pareciendo miles de invisibles "*orejas-cortas*" que se acercasen sigilosamente, desplegados en un amplio frente y antorcha en mano, para asolar la cantera. El tiempo había dejado nuevamente de existir. Pero la noche y las estrellas estaban allí como siempre, lo mismo que el hombre que jugaba con las llamas. Empezaba a dormirme con esta impresión grabada al fuego en mi mente, cuando, de pronto, me desperté de nuevo. Oía claramente que algo se arrastraba suave y cautelosamente sobre la hierba reseca. ¿Quién podía avanzar a tientas y con tanto cuidado en la desierta cantera? ¿Indígenas que buscaban en la oscuridad lo que, yo había dejado

junto a mí? Noté algunos golpecitos al lado mismo de mi cabeza y, dando una rápida media vuelta, encendí al propio tiempo mi lámpara de mano. No vi a nadie. La luz se hizo vivísima y luego disminuyó, convirtiéndose en un resplandor mortecino y rojizo. ¡Demonio de pilas! ¡Estaban húmedas! Lo único que podía ver detrás de mi cabeza al débil resplandor que despedía la lámpara era una estatua gigantesca que descendía de la cornisa situada sobre mí: estaba extendida como un enorme arco sobre el reborde que yo ocupaba y tenía el cuello roto. Unas cejas monstruosas y unas narices colosales surgían de la hierba a mi mismo nivel, proyectando extrañas sombras en la roca. Se había nublado y empezaba a lloviznar; pero yo no me mojaba. Apagué la luz y traté de dormir, mas al instante empezaron de nuevo a oírse golpecitos a mi alrededor, y cuando, después de sacudir la lámpara, conseguí que ésta despidiese un débil resplandor, distinguí una cucaracha parda tan grande como mi dedo pulgar. Palpando a mi alrededor, me apoderé de un tosco pico de piedra, uno de los muchos que yacían esparcidos por toda la cantera. Pero antes de que pudiese asestar el primer golpe al bicharraco, vi otro que estaba inmóvil junto a él, y luego otro, y otro más. Era la primera vez que veía cucaracha de semejante tamaño en la isla de Pascua. Paseé el débil rayo de mi lámpara en todas direcciones y descubrí que por todas partes había insectos iguales. Estaban reunidos en grupos sobre la pared rocosa y en el techo que me cubría, e incluso vi a un par de ellos sobre mi saco de dormir, apuntándome con sus móviles antenas. Tenían un aspecto repugnante y me miraban con sus grandes ojos redondos y opacos. Y aún fue peor cuando apagué la luz, porque entonces empezaron a corretear en todas direcciones. Uno de ellos, como un duende atrevido, llegó incluso a pellizcarme una oreja. Fuera de mi refugio llovía a cántaros. Empuñé el pico de piedra y maté las cucarachas mayores que tenía más cerca. Luego barrí las que se paseaban sobre el saco en que estaba embutido. Entonces la lámpara se apagó del todo, y cuando conseguí que volviese a dar un poco de luz vi que había tantas cucarachas como antes. Algunos corpulentos ejemplares celebraban un festín de caníbales con las que yo había matado. De pronto advertí que dos espantosos ojos me miraban de hito en hito y que debajo de ellos una boca desdentada me sonreía con una mueca diabólica. Aquello fue una verdadera pesadilla. La horrible cara resultó ser un relieve que representaba a un terrorífico *Make-make*, espíritu que en

tiempos remotos había sido esculpido en el muro situado junto a mi cabeza. De día no había visto aquel rostro, pero el débil y oblicuo resplandor de mi lámpara daba relieve a las líneas, de modo que aquellas grotescas facciones se destacaban de la pared. Maté unas cuantas cucarachas más con el pico de piedra, pero terminé por rendirme ante su número abrumador, pues de lo contrario hubiese tenido que pasarme toda la noche entregado a aquella matanza. Cuando en mis mocedades fui explorador aprendí esta frase llena de sabiduría: "Todos los seres son bellos si se contemplan atentamente y en todos sus detalles". Recordándola, contemplé fijamente los estúpidos, redondos y achocolatados ojos de uno de aquellos achaparrados seres de seis patas, me cubrí bien la cabeza con la caperuza de mi saco de dormir y traté de conciliar el sueño. Pero el lecho de roca era duro y tuve tiempo de seguir reflexionando. Pensé en lo sumamente dura que era aquella roca; pero no para tenderse sobre ella, sino para labrarla. Empuñé de nuevo el pico de piedra y golpeé la pared rocosa apelando a todas mis fuerzas. Ya lo había intentado antes y sabía perfectamente que el pico rebotaría en la pared sin dejar en ella más señal que un pequeño lunar polvoriento. Un día subimos allí con el capitán del barco y éste probó suerte con martillo y cincel en la cantera de las estatuas, necesitando media hora para hacer saltar una esquirla de piedra del tamaño de un puño. Al propio tiempo calculamos que más de veinte mil metros cúbicos de sólida roca se habían extraído de las cornisas que teníamos ante nuestros ojos, y los arqueólogos opinaban que este cálculo se podía doblar sin temor a equivocarme. Aquello era incomprensible. Me percaté de nuevo de la magnitud fabulosa de la empresa que habían realizado los *"orejas-largas"* en aquella montaña, y una idea que acariciaba desde hacía mucho tiempo volvió a solicitar mi atención. ¿Por qué no hacer una prueba? Los picos de piedra estaban aún donde los escultores los dejaron y en el pueblo vivían descendientes del último de los *"orejas-largas"*. Nada se oponía a que se reanudase el trabajo en nuestro tiempo en la vieja cantera. En la llanura, la procesión de antorchas de los caníbales se había apagado. Pero en el reborde montañoso, entre los gigantes, un enjambre de pequeños caníbales devoraban a sus congéneres abatidos por el pico de piedra de los *"orejas-largas"*. Y mientras las cucarachas venían hacia mi arrastrándose y escalaban mi cuerpo, me hundí en un sueño que me llevó más allá del tiempo y del espacio, como un Gulliver entre

atareados caníbales y un enano entre gigantes soñadores. Entre tanto, el gran cielo estrellado extendía su manto sobre la montaña entera.

A la mañana siguiente, el sol derramaba el oro a raudales sobre la llanura amarillenta y únicamente la masa de élitros y patas rotas desparramada a mi alrededor demostraba que la invasión de cucarachas no había sido un sueño. Ensilé mi caballo y partí al galope por el antiguo sendero cubierto de hierba que conducía a la ensenada junto a la cual se asentaba la aldea.

El Padre Sebastián me dirigió una picara sonrisa cuando le dije dónde había pasado la noche y lo que pensaba hacer. Se mostró inmediatamente partidario del plan, a condición de que eligiésemos un rincón apartado de la cantera para no echar a perder el efecto que producía el *Rano Raraku* visto desde la llanura. Mas yo no quería que fuesen unos indígenas cualesquiera quienes me ayudasen a esculpir la estatua. Sabía que el Padre Sebastián era la principal autoridad en linajes de la isla y que había publicado una genealogía de sus pobladores. Por eso le dije que buscaba para este trabajo indígenas que descendiesen en línea directa del último de los "*orejas-largas*".

-Actualmente sólo existe una familia que descienda directamente de *Ororoína* - repuso el Padre Sebastián-. Esa familia escogió el apellido Adán cuando el siglo pasado se introdujo el cristianismo en la isla. Pero debía haber dicho Atán, que es como lo pronuncian los indígenas. Usted ya conoce al mayor de los hermanos: es Pedro Atán, el alcalde.

-¿El alcalde? Yo me sorprendí sobremanera y no pude evitar una sonrisa.

-Si, ya sabemos que es algo chocarrero, pero no tiene pelo de tonto y su carácter es excelente - me aseguró el Padre Sebastián. -Pero no se parece en nada a los demás indígenas - observé -Sus labios delgados, su nariz estrecha y afilada, su tez clara.

-Pues es de pura sangre - contestó el Padre Sebastián-, cosa de la que actualmente no podrán blasonar más de ochenta o noventa nativos. Y por si esto fuese poco, es un auténtico "*oreja-larga*", ya que descende directamente de *Ororoína* por línea paterna.

En un abrir y cerrar de ojos me hallaba de nuevo a caballo y me interné en la mala carretera del pueblo, que me condujo a la cerca del jardín en medio del cual se alzaba la pequeña casita encalada del alcalde casi oculta entre árboles y plantas.

Nuestro hombre estaba en aquel momento trabajando en una linda colección de piezas de ajedrez en forma de estatuas¹¹ y que, por tanto, no se parecían a las que estamos acostumbrados a ver.

-Lo hago para usted, señor - me dijo, mostrándome con orgullo sus pequeñas obras maestras.

-Es usted un artista, don Pedro - le contesté.

-Sí, el mejor de la isla - manifestó él como quien no da importancia a la cosa.

-¿Es cierto que usted es, además, un "oreja-larga"? -Sí, señor - contestó el alcalde con la mayor gravedad, poniéndose en pie de un salto para plantarse en posición firme, como un soldado requerido por su capitán. - Soy un "oreja-larga", un auténtico "oreja-larga", y me enorgullezco de ello - dijo golpeándose el pecho con ademán teatral.

-¿Quién hizo las grandes estatuas? -Los "orejas-largas", señor - respondió con énfasis.

-He oído decir a otros indígenas que fueron los "orejas-cortas". -Eso es totalmente falso, señor. Intentan atribuirse la obra de mis antepasados. Los "orejas-largas" lo hicieron todo. ¿No ha visto usted que las estatuas tienen orejas-largas? Supongo que no creerá que "orejas-cortas" hicieran estatuas de "orejas-largas". Esas figuras las erigieron los "orejas-largas" en memoria de sus propios jefes.

Era tal su excitación, que respiraba agitadamente y sus delgados labios temblaban - Yo también creo que fueron los "orejas-largas" los que esculpieron las estatuas - dije-, y, además, quisiera hacer una, siendo únicamente "orejas-largas" quienes se encargaran de este trabajo. ¿Cree usted que esto es posible? El alcalde permaneció inmóvil durante unos momentos, mientras sus labios temblaban; luego, de pronto, se irguió.

-Lo haremos, señor, lo haremos. ¿Tiene que ser muy alta la estatua? -No mucho: de cinco a seis metros.

-En este caso tendremos que trabajar seis hombres. Nosotros únicamente somos cuatro hermanos, pero hay en la isla otros "orejas-largas" por la línea materna. ¿Le parece bien que los otros dos sean de éstos? -Perfectamente.

Fui a ver al gobernador y conseguí que se relevase a Pedro Atán temporalmente de

¹¹ hombres- pájaros y otros temas familiares a la imaginería local

sus funciones de alcalde. Y él y sus hermanos y parientes obtuvieron el permiso necesario para ir a esculpir una estatua al *Rano Raraku*.

La víspera de la iniciación de los trabajos me pidieron que tuviese comida preparada para los "*orejas-largas*". La costumbre establecía que quien mandaba hacer una estatua tenía que alimentar a sus escultores. Transcurrió la jornada y nadie se presentó en el campamento en busca de la comida. Nuestra gente empezó a acostarse. Primero lo hicieron Yvonne y Anita, en la tienda contigua al gigante caldo, y después todos los demás. No tardaron en apagarse las luces en las tiendas que utilizábamos para dormir. Solamente Gonzalo, Cari y yo nos quedamos a escribir en la tienda- comedor.

De pronto oímos un curioso y debilísimo canturreo, que fue cobrando gradualmente intensidad. Procedía del mismo campamento, y pronto le acompañaron rítmicos y sordos golpes sobre la hierba. Lo que escuchábamos nos parecía completamente extraño y prehistórico. Gonzalo se levantó, estupefacto; Cari abrió los ojos de par en par y yo agucé el oído, extasiado. Nunca había escuchado nada parecido durante mis viajes por la Polinesia. Abrimos el cierre de cremallera de la tienda y salimos a la oscuridad exterior. El fotógrafo apareció también en pijama, y las luces se fueron encendiendo una tras otra en las tiendas.

A la débil luz que se filtraba por el mosquitero de, la tienda- comedor vimos un grupo de figuras acurrucadas en el centro del espacio abierto que quedaba entre las tiendas. Aquellos seres golpeaban el suelo con mazas de guerra curiosamente labradas, canaletes de danza y picos de piedra. Todos cubrían su cabeza con una corona de hojas semejantes a plumas, y dos figuritas que estaban sentadas en la periferia del grupo llevaban el rostro cubierto por grandes máscaras de papel que representaban hombres- pájaros de enormes ojos y gruesos y largos picos. Las pequeñas figuras se inclinaban y hacían gestos de asentimiento, mientras las demás se balanceaban cantando y dando con los pies en el suelo para marcar el compás. Pero la melodía que escuchábamos era más fascinadora que todo cuanto estábamos viendo. Era una salutación que surgía directamente de un mundo desaparecido. La grotesca voz chillona de uno de los componentes del coro masculino producía un efecto indescriptiblemente extraño. Era lo único que le faltaba a aquel coro para dar la impresión de algo verdaderamente sobrenatural. Cuando mis ojos se

acostumbraron a la penumbra vi que aquella voz salía de la garganta de una mujer viejísima y extraordinariamente flaca y desmedrada.

Todos los del grupo guardaban la mayor compostura, y el canto prosiguió hasta que uno de los nuestros salió de su tienda con una lámpara en la mano. Entonces el coro enmudeció repentinamente y murmuró un "No" unánime, ocultando el rostro entre las manos. Cuando la luz desapareció, el canto comenzó de nuevo. Lo inició uno de los hombres; los otros entraron a continuación, y fue la anciana la última en hacerlo. Me parecía estar muy lejos de las islas de Oceanía: había oído cantos parecidos hallándome entre los indios "pueblo", de Nuevo Méjico, y todos los arqueólogos experimentaron, según me dijeron, idéntica impresión.

Cuando el canto cesó fui en busca de un plato de salchichas que el camarero había dejado en la tienda-cocina, y los nativos se levantaron, se apoderaron de él y se perdieron en las tinieblas. Entonces pudimos ver que los dos hombres-pájaros enmascarados eran niños de corta edad.

El alcalde regresó con el plato vacío en la mano. Estaba muy serio y llevaba una guirnalda de helechos en torno a la cabeza. Yo empecé a bromear, riendo y felicitándole por la sorprendente representación que él y sus compañeros nos habían ofrecido, pero ni un solo músculo de su rostro se alteró.

-Es una costumbre antiquísima - dijo con gravedad.

-Esta canción la entonaban los escultores en honor de su dios supremo Atua, para pedirle buena suerte en la obra que habían emprendido.

Habla algo especial en el alcalde aquella noche, y también en el canto y su presentación, que me confundía y turbaba. Aquello no había sido un espectáculo presentado con el único fin de entretenernos, sino que se desprendía de él el perfume de una ceremonia. No recordaba haber presenciado nada semejante en la Polinesia desde que había vivido con el viejo ermitaño Tei Tetua en el valle Ouia de Fatuhiva, casi veinte años atrás. En todas las islas de la Polinesia, los indígenas han desechado sus hábitos antiguos, haciendo una excepción en el momento de presentarse con sus faldellines de paja ante los turistas. Cuando tocan y cantan para el visitante, le ofrecen generalmente una *huía* de importación, y si refieren antiguas leyendas, se trata casi siempre de narraciones tomadas de libros de autores blancos. Mas aquella modesta ceremonia nocturna tenía algo que no estaba

destinado precisamente a nosotros; si la pudimos presenciar fue porque hablamos sido nosotros quienes les pedimos que esculpiesen la estatua. Deliberadamente, intenté bromear con el alcalde y los suyos, pero mis chistes calan en el vacío. Cogiéndome suavemente del brazo, don Pedro me dijo que el acto había revestido cierta seriedad, puesto que habían entonado un viejo cántico religioso. -Nuestros antepasados no iban más allá - prosiguió-, y creían que Dios se llamaba Atua. Nuestros conocimientos son superiores a los suyos, pero debemos ser indulgentes con su ignorancia, porque a ellos nadie les enseñó lo que a nosotros nos han enseñado.

Acto seguido, todos, jóvenes y viejos, cruzaron la plaza del templo con los atavíos e instrumentos que empleaban en sus danzas y desaparecieron en las tinieblas, dirigiéndose a una de las cavernas de *Hotu Matua* en la que pasarían la noche.

A la mañana siguiente fuimos a la cantera del *Rano Raraku*, donde vimos al alcalde y cinco de sus "*orejas-largas*", que llevaban ya en el volcán muchas horas recogiendo antiguos picos de piedra abandonados. Había centenares de estas herramientas sobre las rocosas cornisas, en el suelo y enterradas en él, semejantes a gigantescos colmillos de aguzada punta. En la concavidad donde yo había pasado la noche se alzaba una ancha y lisa pared lateral que no se Vela desde abajo. Era como una amplia herida abierta en la cara del acantilado, en un punto donde habían penetrado los antiguos escultores, y precisamente en aquella antigua pared labrada, allí donde viejas estrías se mostraban como enormes señales de garras sobre la roca, era donde había que proseguir los trabajos. Nuestros amigos los "*orejas-largas*" supieron desde el primer momento lo que tenían que hacer. Esparcieron una provisión de picos de piedra frente a la pared montañosa que tenían que atacar, y cada uno de ellos se puso a su lado una calabaza llena de agua. El alcalde, llevando todavía en la cabeza la guirnalda de helechos que lucía la noche anterior, corría de una parte a otra, a fin de asegurarse de que todo estaba a punto. A continuación efectuó una serie de mediciones sobre la pared rocosa, ya extendiendo los brazos, ya usando el palmo como unidad de medida. Era evidente que conocía las proporciones de las figuras habiendo tallado tantas en madera. Con un pico de piedra hizo varias marcas en diversos puntos de la pared. Pero cuando todos creíamos que iba a empezar el trabajo, nos pidió cortés- mente que le

disculpásemos y desapareció con todos sus hombres tras una roca.

Era evidente que se nos preparaba una nueva ceremonia, y todos quedamos a la expectativa con el mayor interés. Pero no hubo tal ceremonia: reaparecieron con paso lento y resuelta expresión, y los seis se alinearon frente a la pared, empuñando sendos picos de piedra. Entonces supusimos que el rito se había celebrado al otro lado de la roca. Asían los picos como si empuñasen dagas, y, a una seña del alcalde, empezaron a entonar la canción de los canteros que ya habían cantado la noche anterior, mientras movían los brazos y golpeaban la superficie rocosa al compás de la melodía. Aquel espectáculo y aquella canción eran algo verdaderamente fantástico. Yo echaba de menos la cascada voz de la anciana, pero los golpes de la piedra contra la piedra la sustituían sin desventaja. Era aquello tan contagioso y absorbente que todos nosotros parecíamos como hipnotizados. Los cantores se fueron animando; les vimos sonreír alegremente mientras golpeaban la roca y cantaban sin interrupción. Un viejo indígena muy alto que se hallaba en un extremo de la hilera se sentía tan inspirado, que bailaba contoneándose al mismo tiempo que hendía la piedra y unía su voz a la del coro. Los golpes se sucedían. "¡Clic-clinc, clic-clinc...!" La roca era dura y resonaba el golpeteo de la piedra contra la piedra; pero el pequeño pico era más duro y la roca tendría que ceder... "¡Clic-clinc, clic-clinc...!" Los golpes de los picos debían oírse en la llanura desde muy lejos. Después de muchos siglos, el repiqueteo de la piedra volvía a resonar en el *Rano Raraku*.

La canción cesó, pero los golpes continuaron, firmes e insistentes. Seis "orejass-largas" habían recogido las herramientas y el trabajo que sus antepasados se vieron obligados a abandonar. Aquellos primeros golpes no dejaban huella perceptible, sólo una pequeña mancha gris y polvorienta, pero los picos seguían actuando con persistencia, y algo se lograba. A intervalos regulares, los canteros cogían las calabazas y regaban la pared roqueña que atacaban con sus picos.

Así transcurrió el primer día. Desde cualquier sitio donde nos halláramos olamos el golpeteo de las herramientas en el acantilado, entre los gigantes inmóviles. Cuando me retiré a mi tienda para acostarme aún me parecía ver las sudorosas y morenas espaldas y los aguzados picos de piedra que hendían la roca, y los golpes todavía resonaban en mis oídos a pesar de que desde hacía largo rato reinaba el silencio en

la cantera. El alcalde y sus amigos dormían ya, extenuados, en la caverna de *Hotu Matua*. La vieja se había presentado antes en el campamento en busca de una gran fuente de carne y un saco de pan con mantequilla y azúcar; los *“orejas-largas”* dormían, pues, con el estómago lleno.

Al día siguiente y al otro, el trabajo continuó en la cantera. Los indígenas seguían atacando la roca y el sudor corría por sus cuerpos a raudales. Al tercer día distinguían se ya claramente los contornos del gigante sobre la pared de roca. En ella, los *“orejas-largas”* picaban y cortaban depresiones paralelas de arriba abajo, para hender luego transversalmente el saliente que había quedado entre ambos canales, haciéndolo pedazos. Profundizaban incansablemente en la piedra, mojándola de vez en cuando.

Y a cada momento cambiaban de pico, cuyas puntas se embotaban muy pronto. Algunos investigadores anteriores creyeron que cuando estos útiles de piedra se gastaban, los obreros se limitaban a tirarlos, explicándose así el número sorprendente de picos que se velan diseminados por la cantera. Pero esta suposición resultó ser falsa. Cuando se desgastaba un pico, el alcalde se apoderaba de él y, utilizándolo a manera de mazo, golpeaba otro de los que estaban en el suelo: las esquirlas en forma de aguzadas laminillas saltaban por el aire, y así obtenía una nueva y perfecta punta con la misma facilidad con que un escribiente saca punta a un lápiz. Esto nos hizo comprender que la mayoría de los picos enteros dispersos por la cantera se habían utilizado simultáneamente y que cada escultor dispuso de una serie de ellos y los fue empleando sucesivamente en su trabajo. Sólo unos cuantos escultores se requerían para esculpir una estatua; si era de tamaño medio, o sea de unos cinco metros, bastaba con seis. Esto explicaba que hubiese sido posible hacer tantas figuras al mismo tiempo. Un par de centenares de canteros eran suficientes para trabajar en un número considerable de estatuas. Además, muchas de estas obras se interrumpieron por causas puramente técnicas antes de que se produjese el paro general. En algunos casos, los escultores se encontraron con una grieta en la roca; en otros, una piedra negra y dura como el pedernal hizo frente a las herramientas de los escultores y la estatua no pudo terminarse, quedando con una gran verruga en la nariz o en el mentón.

Hablamos descubierto ya los secretos de la técnica de aquellos escultores; pero lo

que más nos interesaba era saber cuánto se tardarla en esculpir una figura. Según los cálculos de la señora Routledge, únicamente se empleaban quince días. Métraux creía también que el trabajo de la "blanda piedra" progresaba más rápidamente de lo que se suponía, aunque acaso quince días eran un espacio de tiempo demasiado breve. Ambos habían incurrido en el mismo error que hablamos sufrido nosotros y muchos otros, o sea el de deducir la dureza de la roca de la parte exterior de las estatuas. Todos hablamos sentido demasiado respeto hacia ellas para hacer lo que habían hecho los españoles cuando creyeron que aquellas figuras eran de arcilla. Golpearon a un coloso fuertemente con un pico hasta hacer saltar chispas de la piedra. Las figuras son interiormente duras como huesos, y lo mismo puede decirse de la roca en los puntos que no han sufrido la acción de la lluvia.

Después del tercer día empezó a decrecer el ritmo de trabajo de los "*orejas-largas*". Se acercaron a mí y, mostrándome sus manos callosas y sus dedos encorvados, me dijeron que ellos eran buenos tallistas de madera y podían trabajar sin descanso todo un día con azuela y cincel, pero que no se consideraban diestros *moai*, o sea escultores de estatuas, y, por consiguiente, no podían mantener la actividad inicial semana tras semana, como habían hecho sus antepasados. Nos sentamos tranquilamente en la hierba y empezamos a hacer cálculos. El alcalde llegó a la conclusión de que se requerían doce meses para terminar una estatua de tamaño mediano, empleando dos equipos de canteros que se relevaban continuamente durante todo el día. El indígena de elevada estatura calculó que se precisarían quince meses. Bill, por su parte, examinó la roca y llegó a la misma conclusión que el alcalde: se necesitarla un año para terminar una figura, y entonces se presentó el problema de su traslado.

Los escultores se divertían esculpiendo los dedos y las facciones de la estatua sin terminar y puliéndola con trozos de piedra pómez que los antiguos escultores habían dejado en la cantera y a los que a fuerza de frotarlos habían dado forma plana.

Aquella noche me eché a Anita al hombro y, acompañado de Yvonne, me encaminé a la caverna de los "*orejas-largas*", situada al otro lado del valle de *Anakena*. Nos vieron desde lejos y, cuando llegamos, los encontramos sentados y ocupados en sus respectivas tareas, sonriendo y balanceándose rítmicamente al compás de una lenta

canción dedicada a *Hotu Matua*. Se trataba de una antigua melodía famosa en la isla de Pascua y que resultaba tan contagiosa como una tonadilla de moda. Era agradable oírsele cantar a los bailarines de *huía* del pueblo, pero aún sonaba mejor allí, en la propia caverna de *Hotu Matua*. Incluso Anita, que sólo tenía tres años, había aprendido la canción con toda su letra en polinesio. Se puso a cantarla y bailarla con dos pequeños polinesios que salieron de la cueva, en tanto que Yvonne y yo entrábamos en ella gateando y nos sentábamos sobre el colchón de paja, mientras los "*orejas-largas*" se apresuraban a dejarnos sitio, encantados de tener visitas en su cueva.

El alcalde estaba radiante. Con las manos cruzadas sobre el vientre, nos dio las gracias por la excelente comida que les preparaba diariamente nuestro cocinero, y especialmente por los cigarrillos con que los obsequiábamos, que era lo mejor de todo. Él y otros dos indígenas estaban esculpiendo con pequeñas azuelas sus figuras de madera tradicionales. Uno de ellos colocaba unos ojos hechos con blancas vértebras de tiburón y negra obsidiana en la grotesca cabeza de un fantasma barbudo. La vieja que cuidaba de aquellos hombres, estaba sentada en un rincón tejiendo un sombrero; los demás ocupantes de la caverna permanecían inactivos: tendidos en el suelo, mordisqueaban briznas de paja y contemplaban el cielo del anochecer. Una negra marmita borbotaba en un hogar improvisado en el exterior.

-¿Cuándo descansa usted? - pregunté al alcalde.

-A los "*orejas-largas*" nos gusta trabajar. No sabemos estarnos mano sobre mano. Yo, señor, duermo muy pocas horas.

-Buenas noches.

Estas palabras procedían de un hombre cuya presencia no habíamos notado, pues estaba tendido sobre un jergón de helechos en un oscuro entrante de la pared de la cueva.

-¿No le parece a usted que estamos muy cómodos aquí? - añadió.

Tuve que admitir que así era. Pero lo que más me sorprendió fue que ellos lo observaran.

Fuera empezaba a oscurecer. Por la boca de la caverna velamos una inclinada luna en cuarto creciente que se destacaba en el cielo. La vieja sacó una lata que tenía una abolladura en el fondo. La abolladura estaba llena de grasa de oveja, de la que

sobresalía un pabilo de construcción casera. Y este remedo del antiguo candil de piedra emitió una luz sorprendentemente viva cuando fue encendido. El enjuto anciano nos explicó que antaño nadie encendía luces por la noche, a fin de no llamar la atención del enemigo.

-Es más - añadió el alcalde -: los guerreros tuvieron que acostumbrarse a ver en la oscuridad. Hoy nos hemos acostumbrado de tal modo a las lámparas de parafina, que somos como ciegos cuando estamos a oscuras.

Una observación condujo a otra.

-Y en aquellos días nadie dormía así - dijo el viejo, y se tendió de espaldas con la boca abierta y los brazos extendidos, poniéndose a roncar como una motocicleta-. Dormían así: dio media vuelta quedando de bruces y se hizo un ovillo, de modo que descansaba con las rodillas pegadas al pecho y la frente apoyada sobre sus dos puños cerrados, teniendo la cabeza vuelta hacia mí. Su diestra asía una piedra aguzada.

-Así podían levantarse de un salto y arrojarse sobre el enemigo para darle muerte en el mismo instante en que se despertaban - susurró el viejo.

Y para ilustrar sus palabras, saltó de pronto cayendo sobre mí como una flecha mientras profería un aullido canibalesco que arrancó a Yvonne un grito de espanto. La cueva parecía que iba a hundirse, tan ruidosas y unánimes eran las carcajadas. Los niños entraron corriendo para ver qué ocurría, pero pronto volvieron a sus bailes alrededor de la hoguera, mientras los "*orejas-largas*" seguían transmitiéndonos los relatos de sus abuelos.

-Tampoco comían mucho - prosiguió el viejo-. Y nunca cosas calientes. No querían engordar, a fin de estar siempre dispuestos para la lucha. Me refiero a la época que nosotros llamamos *Hurimoai*, o sea la del derribo de las estatuas.

-Entonces fue cuando los guerreros abatieron las grandes figuras - terció el hombre tendido en la repisa.

-¿Y por qué lo hicieron si ya habían quemado a todos los "*orejas-largas*"? - pregunté.

-Los "*orejas-cortas*" obraron así para fastidiarse mutuamente replicó el alcalde-. Quedaron dueños absolutos de la isla y sus familias se repartieron la tierra. Los que poseían grandes estatuas en la parcela que les había correspondido, se

energullecían de ello, y cuando se iban a la guerra, los miembros de otras familias vecinas las derribaban sólo para mortificarlos. Nosotros, los "*orejas-largas*", no somos tan belicosos. Mi lema, señor "*Kon-Tiki*", es: "tómelo con calma".

Puso su mano sobre mi hombro en un ademán tranquilizador, como para demostrarme que era un ser pacífico.

-¿Cómo puede estar tan seguro de que es un "oreja- larga"? -le pregunté cautelosamente.

El alcalde levantó la mano y empezó a contar con los dedos mientras decía: -Mi padre, José Abraham Atán, era hijo de Tupu- tahi, un "*oreja- larga*" por ser su progenitor Haré Kai Hiva, el cual era hijo de Aongatu, y éste de Uhi, cuyo padre era Motuha, hijo de Pea y nieto de Inaki, el cual era, a su vez, hijo de *Ororoína*, el único "*oreja-larga*" que quedó con vida después de la guerra del foso de *Iko*.

-Son diez generaciones - comenté.

-Entonces me he olvidado de una, porque yo hago el número once - dijo el alcalde. Y se puso a contar de nuevo con los dedos.

-Yo también pertenezco a la undécima generación - dijo el hombre tendido en la repisa. Pero yo soy el hermano menor. En cambio, Pedro es el primogénito y el que más sabe. Por eso le consideramos el cabeza de familia.

El alcalde se señaló la frente y manifestó con una sonrisa tímida: -Pero no es tonto. Por eso soy el jefe de los "*orejas-largas*" y el alcalde de toda la isla. Verdaderamente, no soy viejo, pero me gusta considerarme como un anciano.

-¿Por qué? -Porque los viejos son sabios, es decir, los que saben las cosas. Traté de averiguar aunque sólo fuera algo de lo que había ocurrido antes de que los "*orejas-cortas*" exterminasen a los "*orejas- largas*" y se iniciase la época del derribo de las estatuas. Pero no saqué nada en claro. El árbol genealógico de aquellas gentes empezaba en *Ororoína* y nadie sabía lo que había existido antes. Los "*orejas-largas*" llegaron con *Hotu Matua* cuando éste descubrió la isla. Esto era lo único que ellos sabían. Se apresuraron a añadir que los "*orejas-cortas*" hacían también suya esta pretensión, del mismo modo que reivindicaba el honor de haber sido los constructores de las estatuas. Pero nadie se acordaba ya de si *Hotu Matua* procedía del Este o del Oeste. El hombre tendido en la repisa apuntó que había llegado de Austria, pero al no verse apoyado por sus compañeros, abandonó su teoría,

declarando que la había oído de labios de un marinero. Preferían hablar de la "época del derribo de las estatuas", periodo de cuya existencia no tenían la menor duda. Cuando el alcalde se refería a la solapada hembra del cesto que había traicionado a los de su raza, se ponía tan furioso que le saltaban las lágrimas y tenía que tragar saliva. Aquel relato se perpetuaba pasando de padres a hijos durante otras once generaciones, incluso acompañado del estribillo "tómelo con calma".

-Algunos de nuestros antepasados- dijo el alcalde, fueron muy apuestos y hermosos. Había dos clases de gente en la isla: unos eran morenos y otros tenían la tez muy clara, como la de ustedes, los continentales. Además, tenían el cabello rubio. Eran blancos, pero no por eso dejaban de ser verdaderos hijos de la isla de Pascua. Sobre este punto no hay duda. En nuestra familia ha habido muchas personas de tipo rubio. Se les dio el nombre de *ohotea*, que quiere decir de cabellos claros. Mi propia madre y mi tía tenían los cabellos mucho más rojos que la señora "*Kon-Tiki*".

-Si, mucho más rojos - asintió su hermano desde la repisa. -Abundaren en todas las generaciones de nuestra familia. Mis hermanos y yo no somos así. Pero mi hija, la que se ahogó, tenía la tez blanca como la leche y los cabellos de un rojo vivo, lo mismo que Juan, mi hijo mayor. Con él empieza la duodécima generación a partir de *Ororoína*.

Esto era totalmente exacto: ambos tenían el cabello tan rojo como los tocados de las estatuas de delgados labios y largas orejas que adornaron los *ahus* de la isla durante el segundo periodo cultural. Su raza pereció, abrasada en *Poike* y las estatuas fueron derribadas; pero la existencia de los cabellos rojos puede seguirse desde el gran *pukao* de piedra, pasando por los indígenas que conocieron y describieron los primeros misioneros y descubridores, hasta los últimos descendientes de *Ororoína*, representados por los parientes más próximos del alcalde.

Casi teníamos la impresión de ser también nosotros "*orejas-largas*" de cabellos claros cuando salimos a rastras de la cueva de *Hotu Matua* para volver a nuestro hogar, el oscuro campamento que se hallaba al otro lado de la llanura. Se había hecho ya demasiado tarde para Anita.

Pocos días después estuve contemplando con el alcalde la hilera de estatuas caldas

en la plazoleta del templo que se extendía frente al campamento. Bill acababa de comunicarme que en *Vinapu* sus excavadores indígenas habían utilizado un curioso método para levantar un pesado bloque y volver a colocarlo en el lugar que antes ocupaba en el muro. Esto planteaba de nuevo el misterio secular del transporte y manejo de las gigantescas estatuas. Los obreros de *Vinapu* habían procedido con la mayor sencillez, sin dar ninguna importancia a su trabajo. ¿Habrían empleado algún ardid heredado de sus antepasados? ¡Vaya usted a saber! Recordé haber preguntado en cierta ocasión al alcalde cómo se transportaban las estatuas desde la cantera. La respuesta fue idéntica a todas las que ya había recibido: las estatuas se fueron por su propio pie.

Entonces me arriesgué a interrogar de nuevo: -Usted que es un "*oreja-larga*", señor alcalde, ¿podría decirme cómo fueron levantados estos gigantes? -Si, señor; claro que puedo decírselo. Eso no tiene nada de particular.

-¿Nada de particular y es uno de los mayores misterios de la isla de Pascua? -Pues yo lo sé; yo puedo levantarle un *moai*, si quiere.

-¿Dónde lo aprendió? El alcalde adoptó una expresión solemne y se plantó ante mí muy erguido.

-Oiga, señor: cuando yo era muy niño tenía que permanecer sentado en el suelo, muy tieso y quietecito, mientras mi abuelo y su viejo cuñado Porotu se hallaban, también sentados, frente a mí. Ellos me enseñaron muchas cosas, como se enseñan hoy en la escuela. Por eso poseo tantos conocimientos. Tenía que repetir una y otra vez lo que me enseñaban hasta sabérmelo de memoria, sin olvidar una sola sílaba. También me enseñaron las canciones.

Las palabras del alcalde parecían tan sinceras que yo no sabía qué pensar. Desde luego, en la cantera había demostrado que no era un simple fabulista, pero, al propio tiempo, tenía demasiada imaginación y era muy dado a exageraciones.

-Si usted sabe cómo se levantaron las estatuas, ¿por qué no se lo dijo a los que vinieron a averiguarlo antes que nosotros? - me aventuré a preguntar.

-Nadie me lo preguntó a mí - replicó, muy altivo, el alcalde. Y de su actitud se desprendía claramente que creía innecesario dar más explicaciones.

Pero yo no le creí. Con la mayor sangre fría le ofrecí cien dólares pagaderos el día en que la mayor estatua de *Anakena* se alzase de nuevo en su sitio, sobre la pared

del templo. Sabía que no había ni una sola estatua en pie sobre su *ahu* en toda la isla de Pascua, y tenía la seguridad de que nunca vería ninguna de ellas levantada, a excepción de las figuras ciegas a las que se había incorporado temporalmente en sus agujeros al pie del *Rano Raraku*.

-Trato hecho, señor - se apresuró a contestar el alcalde, tendiéndome la mano. Pienso ir a Chile en el próximo barco de guerra, y para entonces me vendrán muy bien los dólares.

Yo me reí y le deseé suerte. De todos modos, no dejé de pensar que el alcalde era un tipo bastante raro. No tardó en venir a verme el pelirrojo de su hijo a caballo, trayéndome una nota garrapateada en un pedazo de papel. Su padre quería que yo fuese a hablar con el gobernador y obtuviera el permiso necesario para que él y once más pudiesen ir a la cueva de *Hotu Matua* para levantar la mayor de las estatuas de *Anakena*. Monté a caballo y fui a ver al gobernador. Tanto él como el Padre Sebastián se rieron del alcalde y dijeron lo que yo había ya pensado: aquello no era más que una bravata. Pero don Pedro, el digno alcalde de *Hanga Roa*, que se hallaba también en casa del gobernador, permanecía de pie ante nosotros con el sombrero en la mano y los labios trémulos, y yo mantuve mi palabra.

El gobernador otorgó el permiso con su firma y rúbrica. El Padre Sebastián, se divertía de lo lindo y manifestó que, de todos modos, el espectáculo sería interesante.

Ya en el campamento, recibimos la visita del alcalde, de dos de sus hermanos y de un grupo escogido de parientes suyos que eran "*orejas-largas*" por línea materna. El camarero distribuyó las raciones que les hablamos asignado y ellos volvieron a instalarse en la cueva de *Hotu Matua*. Eran doce hombres en total.

Poco antes de la puesta del sol volvió a presentarse el alcalde, excavó un redondo y profundo agujero en el suelo, entre nuestras tiendas, y desapareció acto seguido.

Cuando la oscuridad fue absoluta y el campamento quedó sumido en profundo silencio, empezó a oírse una extraña y misteriosa música, como ya había ocurrido otra vez. Pero ahora se percibían, además, unos sordos y extraños golpes que iban cobrando intensidad y a los que se unía un apagado canturreo, cada vez más fuerte y agudo, dirigido por la cascada voz de la vieja que recordábamos de la ceremonia anterior. Encendiéndose luces en todas las tiendas, las cuales, iluminadas

interiormente, adquirirían un color verde espectral, pareciendo grandes farolillos de papel. Pero todos salimos a las tinieblas exteriores sin coger nuestras lámparas, recordando de la vez anterior que el canto debía entonarse en la oscuridad.

El espectáculo fue esta vez muy distinto. Todos los hombres se habían adornado con hojas y ramas. Algunos se balanceaban, bailando y golpeando el suelo con los pies, sumidos en una especie de éxtasis, mientras la vieja, sentada en el suelo y con los ojos cerrados, llevaba la voz cantante y dirigía el coro con su extraña vocecilla. El hermano menor del alcalde tenía ambas piernas metidas en el hoyo recién excavado, en el cual, según pudimos ver más tarde, había un recipiente tapado con una piedra plana. Golpeaba rítmicamente la piedra con los pies desnudos, produciendo un sordo tamborileo que contribuía a aumentar la atmósfera de aquelarre de aquella extraña ceremonia. Apenas distinguíamos aquel grupo espectral a la débil luz verde que se filtraba por las paredes de las tiendas; pero, de improviso, surgió del oscuro fondo una esbelta figura que hizo que todos nuestros muchachos abriesen los ojos de par en par.

Era una joven de piernas desnudas y largas y ondulante cabellera, envuelta en un leve y holgado vestido. Entró en el círculo verde cual ninfa de los bosques y bailó con paso alado ante el tamborileo, sin balancear las caderas ni hacer movimientos de *huía*. Era un espectáculo tan bello que apenas nos atrevíamos a respirar. Muy sería, algo tímida, esbelta, juncal y graciosa, la danzarina daba la impresión de que apenas rozaba la hierba con sus desnudos pies.

¿De dónde había salido? ¿Quién era? Cuando los marineros pudieron comprender que pisaban la tierra y que aquello no era un sueño, empezaron a hacerse preguntas en voz baja, y también las dirigieron a las viejas Mariana y *Eroria*. Hacía tiempo que creían conocer a todas las bellezas de la isla. ¿No sería que los "*orejas-largas*" habían tenido encerrada a aquella ninfa en una cueva blanqueadora? Nos dijeron que era sobrina del alcalde y que a causa de su extremada juventud no había asistido aún a las *huías* que organizaban sus paisanos.

Los cantos y la danza proseguían, con un efecto realmente fascinador. Olmos y presenciábamos el espectáculo entero tres veces consecutivas. Únicamente comprendíamos el estribillo, que se refería a un *moai* que había que levantar por orden de "*Kon-Tiki*" sobre un *ahu* de *Anakena*. La melodía era muy diferente del

canto de los picapedreros, pero igualmente contagiosa y rítmica. Cuando el tamborilero salió del hoyo y los bailarines cubiertos de susurrantes hojas se dispusieron a marcharse, volvimos a darles comida para que se la llevaran a su caverna. Uno de nuestros hombres les pidió que bailasen y cantasen una *huía*, pero ellos se negaron unánimemente. El alcalde sólo consintió que cantaran la canción de los picapedreros como número fuera de programa, diciendo que únicamente la música sería adecuada a las circunstancias, pues nos daría buena suerte en nuestra obra. Las demás canciones eran para otros días, cuando cantarlas no suponía un desacato para la memoria de los antepasados ni un riesgo de malograr la buena suerte que ahora anhelaban. En fin, que hubimos de escuchar de nuevo la canción de los picapedreros. Y luego, con un rumoreo vegetal, llevándose a la ninfa selvática cruzaron la plaza del templo y se hundieron en las tinieblas.

El sol empezaba a iluminar la tela de la tienda cuando me despertó el rumor producido por varias personas que se movían y hablaban en el exterior. Eran los doce "*orejas-largas*", que habían venido desde su caverna para contemplar la estatua del campamento y estudiar el problema que se les planteaba. La mayor figura de *Anakena* era aquel gigante que yacía de bruces al lado mismo de nuestra tienda. Era un verdadero coloso. Sus hombros medían tres metros de ancho y pesarla de veinticinco a treinta toneladas. Esto significaba que correspondían más de dos toneladas a cada uno de los doce hombres. Se comprendía, pues, que estuviesen todos en círculo alrededor del gigante, rascándose la cabeza. Sin embargo, parecían tener gran confianza en el alcalde, quien iba de una parte a otra examinando al coloso y dando muestras de una perfecta calma.

Olsen, el primer maquinista, también se rascó la cabeza, hizo con ella un gesto de denegación y soltó una carcajada.

-Verdaderamente, si el alcalde logra levantar a ese mocetón, habrá que reconocer que es un hombre extraordinario.

-No lo conseguirá.

-¡Nunca! En primer lugar, el gigante yacía tendido al pie del muro con la cabeza más baja que la base, pues el terreno formaba pendiente, y, por si esto fuese poco, su parte inferior estaba a cuatro metros de la gran losa que en otros tiempos le sirviera de zócalo. El alcalde nos señaló unos pedruscos de aspecto siniestro que,

según dijo, fueron introducidos a modo de cuña bajo el zócalo por los "orejascortas" cuando éstos decidieron volcar la estatua.

A continuación empezó a organizar el trabajo con la calma y la seguridad del que no ha hecho otra cosa en su vida. Sus únicas herramientas consistían en tres palos redondeados que más tarde redujo a dos, gran cantidad de piedras y algunos bloques de tamaño considerable que sus hombres acarrearon desde un lugar próximo. Pese a que la isla está hoy desprovista de árboles con la sola excepción de algunos grupos de eucaliptos plantados recientemente, siempre ha habido árboles en torno al lago formado en el cráter del *Rano kao*. En este lugar los primeros exploradores encontraron espesuras de toro miro e hibisco. Aquellos tres palos de madera podían, pues, haberse obtenido perfectamente en la isla.

La estatua tenía la cara profundamente hundida en el terreno, pero los indígenas introdujeron debajo de ella la punta de las pértigas, y mientras tres o cuatro hombres se colgaban con todo su peso en el extremo contrario de cada una de las improvisadas palancas, el alcalde se tendió cuan largo era en el suelo y empezó a introducir piedras menudas bajo la enorme cara. Alguna vez nos pareció que el coloso se movía imperceptiblemente cuando los once hombres se colgaban, reuniendo todo su peso, de los extremos de las pértigas; mas, fuera de esto; nada sucedía salvo que el alcalde seguía echado en el suelo, ocupado en introducir piedras bajo la estatua. A medida que pasaban las horas, las piedras que encajaba y luego extraía iban siendo cada vez mayores. Y cuando llegó la noche, la cabeza del gigante ya se hallaba a cosa de un metro sobre el nivel del suelo y debajo de ella se velan gran cantidad de pedruscos.

Fue al día siguiente cuando se descartó una de las palancas por considerarla inútil, y, al extremo de las otras dos, se reunieron sendos grupos de cinco hombres. El alcalde hizo que su hermano menor se ocupara de la introducción de piedras bajo la figura. En cuanto a él, se irguió sobre el muro del *ahu* con ambos brazos extendidos como un director de orquesta y, haciendo molinetes, empezó a marcar el ritmo del trabajo y a dar órdenes concisas y a grandes voces a su gente: *-¡Etahi, erua, etoru!* ¡Uno, dos, tres! ¡Uno, dos, tres! ¡Sostened! ¡Más piedras debajo! ¡Otra vez! ¡Uno, dos, tres! ¡Uno, dos, tres! Entonces introdujeron las dos pértigas bajo el lado derecho del gigante, y éste se ladeó imperceptiblemente. Pero lo imperceptible se

fue convirtiendo en milímetros; los milímetros, en centímetros, y éstos, en palmos. Luego trasladaron las dos palancas al lado izquierdo del gigante, donde se repitió el trabajo efectuado en el derecho, con lo que la estatua empezó a levantarse también lentamente por este lado, mientras se iban introduciendo bajo él centenares de piedras, que se disponían con el mayor cuidado. Después pasaron de nuevo al lado derecho, luego otra vez al izquierdo, y así sucesivamente. De este modo, la estatua se fue alzando lentamente pero de un modo continuo y seguro, aunque seguía en posición horizontal, sobre un creciente montón de piedras.

Al noveno día, la enorme figura tenía el estómago apoyado sobre una torre construida cuidadosamente, cuyo lado más alto se elevaba a tres metros y medio sobre el declive. Producía un efecto pavoroso ver a aquel gigante de casi treinta toneladas apoyado sobre el montón de pedruscos bastante más arriba de nuestras cabezas. Los diez hombres ya no alcanzaban al extremo de las palancas; se limitaban a colgarse de cuerdas atadas en sus extremidades. A pesar de ello, el gigante distaba aún mucho de hallarse en posición vertical. Todavía no hablamos podido verle la cara, pues la figura descansaba de bruces sobre la maciza torre de piedras, y ésta ocultaba toda su parte anterior.

Aquel juego nos parecía sumamente peligroso. Prohibimos a Anita que siguiese llevando piedrecillas al alcalde con su cochecito de muñecas. A la sazón, únicamente los nervudos y corpulentos indígenas se acercaban con paso vacilante a la estatua, transportando enormes pedruscos en sus brazos y hundiendo sus pies desnudos en el suelo, como verdaderos hombres de Neanderthal. El alcalde procedía ahora con gran cuidado, comprobando la posición de cada piedra, algunas de las cuales, debido al enorme peso del coloso, se partían bajo la presión como terrones de azúcar. Una sola piedra mal colocada podía acarrear una catástrofe. Pero todo se había previsto cuidadosamente, hasta el más insignificante movimiento estaba calculado con precisión y lógica. Todos teníamos el corazón en un puño mientras velamos como aquellos hombres trepaban con los pies desnudos por la torre de piedras para colocar nuevos bloques en la debida posición. Todos y cada uno de aquellos hombres estaban alerta y la tensión del alcalde no se relajaba ni por un segundo. En él recala toda la responsabilidad de la operación y sólo pronunciaba las palabras más indispensables. No le conocíamos bajo aquel aspecto; siempre nos

había parecido un bufón, su sujeto jactancioso y pesado que no gozaba de mucha popularidad en nuestro campamento a causa de sus fanfarronadas y de los precios exorbitantes que ponía a sus figuras de madera, aunque todos reconociésemos que como tallista no tenía rival en la isla de Pascua. Pero entonces se mostraba tranquilo y alerta, dando pruebas de ser un organizador nato y un genio para las cosas prácticas. Empezamos a mirarle de una manera distinta.

Al décimo día, la estatua alcanzó su punto culminante. Los "*orejas-largas*" empezaron a moverla imperceptiblemente a tirones, con los pies por delante, en dirección al *ahu* sobre el cual debía erguirse.

Al undécimo día empezaron a levantar al gigante para ponerlo en posición vertical, por medio de piedras colocadas cada vez a mayor altura, pero únicamente bajo la cara y el pecho.

Al día decimoséptimo apareció de pronto una vieja rugosa entre los "*orejas-largas*". En compañía del alcalde, aquella especie de bruja dispuso un semicírculo de piedras del tamaño de huevos a cierta distancia de la base de la estatua, en la gran losa sobre la cual el gigante empezaba ya a asentar su pie. Se trataba de una ceremonia mágica preventiva. La estatua se alzaba entonces en un ángulo peligrosamente agudo y existía el peligro de que resbalase hacia delante a causa de su propio peso, para rodar después por la pared del *ahu* en dirección a la playa. Y, aparte este descomunal resbalón, podía caer a derecha o izquierda, hacia delante o hacia atrás, cuando se apartase de pronto de la torre para apoyarse sobre su propia base. Para evitarlo, el alcalde puso una cuerda a modo de corona en la cabeza del gigante y la aseguró a sendas estacas clavadas en el suelo en los cuatro lados.

Así amaneció el decimoctavo día. Mientras unos hombres tiraban de la cuerda en dirección a la playa y algunos sujetaban otro cabo ceñido en torno a un poste plantado en el centro del campamento, se iniciaron los últimos y cautelosos empujones por medio de una de las palancas. De pronto, la figura empezó a moverse visiblemente y se oyeron las órdenes dadas a grandes voces: -¡Aguantad, aguantad! El gigante se alzó con todo su volumen y empezó a buscar la posición vertical, mientras la torre, perdido el apoyo de la estatua, estuvo un momento en pie y en seguida comenzó a desmoronarse. Entonces vimos que enormes pedruscos caían y rodaban entre una nube de polvo. Pero el coloso se limitó a balancearse,

quedando finalmente en posición vertical. Allí estaba, imponente y enorme, mirando por encima del campamento, como si no le importasen lo más mínimo los cambios ocurridos desde la última vez que se alzó sobre aquella misma base y miró más allá de aquella misma plaza del templo.

Era tan voluminoso, que su presencia modificaba todo el paisaje. Aquella ancha espalda era un punto de referencia que podía distinguirse desde una gran distancia mar adentro. Los que dormíamos en las tiendas al pie del muro y a la sombra de la corpulenta figura dejamos de sentirnos como en nuestra casa en la antigua residencia de *Hotu Matua*. Desde cualquier punto en que nos situáramos velamos la enorme cabeza cerca de nosotros, cerniéndose sobre las tiendas, como un ser fabuloso de las montañas noruegas. Cuando paseábamos por el campamento durante la noche, aquel ogro descomunal parecía abalanzarse sobre nosotros surgiendo del cielo estrellado, como dispuesto a aplastar las tiendas, que brillaban como verdes luciérnagas en la oscuridad.

Por primera vez después de cientos de años, uno de los gigantes de la isla de Pascua se erguía en su puesto en lo alto de un *ahu*. Vinieron en el jeep para verlo el gobernador, su familia, el sacerdote y las monjas. En torno a las tiendas resonaban los cascos de los caballos: todos cuantos podían abandonar el pueblo acudían en peregrinación a *Anakena* para contemplar la obra del alcalde. Los "*orejas-largas*", estallando de orgullo, acabaron de derribar el montón de piedras, mientras el alcalde recibía complacido los plácemes de todos. Él sabía que podía resolver uno de los más antiguos enigmas de la isla de Pascua. ¿Acaso había alguien que esperase menos de él, de don Pedro Atán, varón sesudo y docto, alcalde de la isla y jefe de los "*orejas-largas*"?. Bastarla con que le remunerasen adecuadamente para que pusiera todas las estatuas sobre sus respectivos *ahus*, con lo que todo en la isla volverla a estar como en los buenos días de antaño. Ahora compartía con sus amigos lo que ganaba, pero si le permitían ir a Chile cuando llegara el próximo barco de guerra, haría que el Presidente en persona arrojase mazos de billetes sobre la mesa para que él pusiera todas las estatuas en pie. Había levantado aquel gigante en dieciocho días con once hombres y dos palancas. ¿Qué no podría hacerse con más hombres y más tiempo? Me llevé al alcalde a un lugar retirado y, con aire solemne, lo retuve ante mí, mientras le ponía las manos sobre los hombros. Él se

quedó muy quieto, como un alumno dócil, mirándome con interés y expectación.

-Mi querido señor alcalde- le dije, ahora quizá se hallará usted en disposición de decirme cómo se las arreglaron sus antepasados para llevar las estatuas de una parte a otra de la isla.

-Ya se lo he dicho: fueron por su propio pie - respondió don Pedro con indiferencia.

-Eso es absurdo- dije decepcionado y sin poder ocultar mi irritación.

-¡Calma, señor, calma! Yo así lo creo, y debemos respetar a nuestros antepasados, que fueron los que lo afirmaron así. Sin embargo, y sabiendo que mi abuelo, que fue quien me lo contó, no lo vio con sus propios ojos, ¿qué nos impide pensar que emplearon un *miro manga erual*? -¿Y eso qué es? El alcalde dibujó en el suelo una figura en forma de Y provista de trazos transversales y me explicó que era un trineo para piedras hecho con un tronco de árbol ahorquillado.

-Desde luego lo utilizaron para arrastrar los enormes sillares de los muros - añadió en el tono del que hace una concesión-. Y con la dura corteza del árbol *hau-hau* trenzaron cuerdas tan gruesas como las guindalezas de su barco. Puedo hacerle una de muestra. También puedo construir un *miro manga erua*.

A pocos metros del campamento, uno de nuestros arqueólogos acababa de desenterrar una estatua que hasta entonces había estado completamente sepultada en la arena, por lo que no le correspondió ninguno de los números que el Padre Sebastián iba distribuyendo por la isla. Aquella estatua no tenía ojos, lo que indicaba que había sido abandonada antes de alcanzar su punto de destino. Yo la señalé con el dedo.

- ¿Sería usted capaz de arrastrar a ese *moai* por el llano con sus hombres? -No; sería necesario que nos ayudase más genta del pueblo, y no querrán hacerlo. Nos faltarla gente, aun contando con todos los obreros que ustedes emplean para excavar.

La estatua no era de grandes dimensiones, sino de tamaño algo menos que mediano. Entonces se me ocurrió una idea. Gracias al alcalde, obtuve dos robustos bueyes en el pueblo. Los "*orejas- largas*" los degollaron y los asaron entre piedras calientes, en un gran horno abierto en la tierra. Luego enviamos a los indígenas de *Hanga Roa* invitaciones para el gran festín, y el llano que se extendía ante las tiendas no tardó en hallarse rebosante de una animada multitud. Los "*orejas-*

largas" apartaron cuidadosamente la arena que cubría el horno, y entonces apareció una humeante capa de jugosas hojas de plátano. Cuando se quitó esta incomible alfombra vegetal aparecieron las humeantes y doradas costillas de los bueyes, y el olor de los jugosos bistecs, de aquella carne que era la más sabrosa del mundo, se esparció entre la entusiasmada muchedumbre. Los hombres y las mujeres se reunieron en grupos sobre la hierba con las manos llenas de grandes y humeantes trozos de carne, mientras los "*orejas-largas*" distribuían montones de batatas recién cocidas, mazorcas de maíz y calabazas, todo ello asado con los bueyes en el mismo horno subterráneo y herméticamente cerrado. En torno a los bulliciosos comensales, los caballos negros y alazanes pacían en apretados grupos, sin que nadie se hubiese preocupado de quitarles la silla. Surgieron guitarras como por ensalmo, y pronto resonaron risas y cantos sobre la plaza del templo, mientras algunos empezaban a bailar la *huía*.

Entre tanto, los "*orejas-largas*" hicieron sus preparativos para el traslado de la estatua ciega, y ciento ochenta jubilosos indígenas, saciados y contentos, se apostaron junto a una larga cuerda que se había atado al cuello de la estatua. El alcalde estaba de muy buen talante. Lucía una flamante camisa blanca y una corbata a rayas.

-¡Uno, dos, tres! ¡Uno, dos, tres! ¡Plam! La cuerda se rompió y resonaron locas risas mientras los hombres y las *vahines* calan tumultuosamente por el suelo. El alcalde rió con cierto embarazo y ordenó que se pusiera otra cuerda en doble y bien atada a la figura. Y entonces el gigante empezó a moverse; primero avanzó en breves sacudidas, y luego de manera incontenible. El coloso se deslizó por el llano con tal rapidez, que Lázaro, el ayudante del alcalde, saltó sobre la cara de piedra y allí permaneció agitando los brazos y lanzando vítores como un gladiador llevado en una procesión triunfal, mientras las largas hileras de sudorosos indígenas tiraban pacientemente y gritando a voz en cuello con el mayor entusiasmo. La estatua avanzaba con tal rapidez, que aquellos hombres parecían arrastrar simplemente una caja de jabón vacía.

Detuvimos la procesión apenas hubo penetrado en el llano. Se había demostrado que ciento ochenta indígenas con el estómago lleno podían arrastrar una estatua de doce toneladas por la llanura, y si hubiésemos tenido rodillos de madera y más

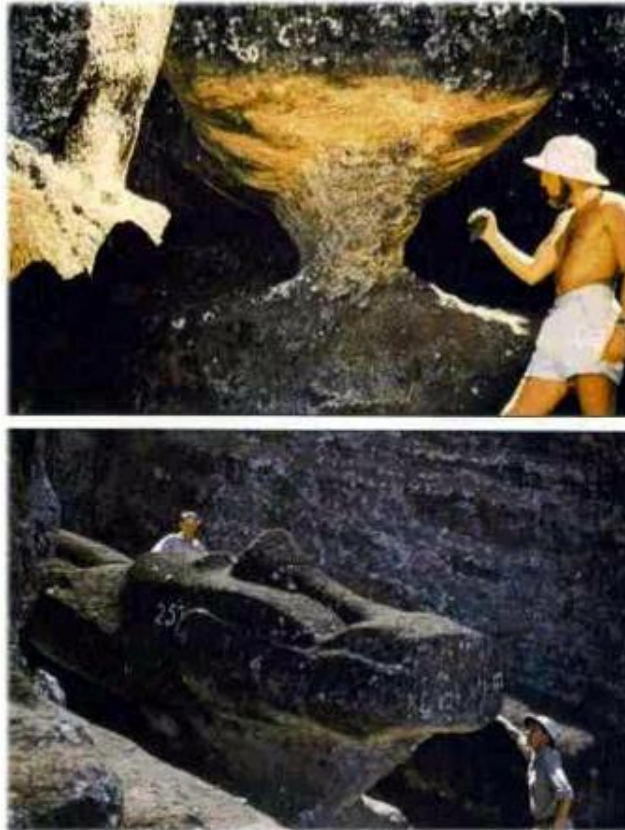
mano de obra, habríamos podido trasladar una figura mucho mayor.

Últimamente hablamos visto cómo, sin más medios que el agua y los picos de piedra, podían arrancarse estatuas a la dura roca, disponiendo del tiempo suficiente; ahora acabábamos de ver cómo, con cuerdas y rodillos de madera, los gigantes podían trasladarse de un sitio a otro, a condición de disponer de la mano de obra necesaria; y hablamos visto, en fin, cómo podían levantarse los colosos por el aire, como si fuesen solamente globos hinchados, para ser colocados sobre los muros de los templos, empleando la técnica adecuada. Únicamente quedaba un misterio por aclarar: ¿cómo se colocaba el enorme tocado sobre la cabeza de las estatuas? La respuesta a esta pregunta surgía por sí sola. La torre pétreo que sirvió para poner de pie al gigante era un camino ideal para llegar a su cabeza, y el tocado rojo podía levantarse por sus paredes mediante el mismo y primitivo sistema. Cuando la estatua y su tocado ocupasen su sitio sobre el muro, podían retirarse ya todas las piedras, mientras el gigante permanecía allí, esperando en silencio el futuro. El misterio únicamente surgiría a la muerte de los escultores. Entonces todos se preguntarían cómo habían podido hacer aquellos hombres que no conocían el hierro y no podían valerse de grúas ni de ninguna clase de maquinaria. La solución era muy sencilla. Un pueblo industrial y inteligente se había presentado en aquella minúscula isla donde reinaba una paz octaviana. Lo único que se precisaba para levantar aquellas torres de Babel era una paz absoluta, mucho tiempo y los antiguos y tradicionales conocimientos técnicos. Los descubridores de la isla de Pascua formaron durante cientos de años una nación cuyos únicos vecinos fueron los peces y las ballenas; era, pues, la más solitaria comunidad del mundo. Nuestras excavaciones demostraban que las puntas de lanza, el arma local, no se fabricaron en la isla de Pascua hasta el comienzo de la tercera época.

No muy lejos de las tiendas se veía, tendido en el suelo, un gigantesco cilindro de piedra roja. Lo habían hecho rodar hasta allí desde la cantera situada en el otro lado de la isla, es decir, por un espacio de once kilómetros. Y el alcalde pretendía hacerle recorrer los pocos centenares de metros que lo separaban del campamento, para colocarlo sobre la cabeza del gigante que acababa de levantar. Pero en el mismo momento en que los "*orejás- largas*" alzaban al gigante, un nuevo misterio de la isla de Pascua empezó a surgir para ocupar el puesto de los que ya hablamos

desentrañado. Este misterio se interpuso en nuestros planes, y el tocado rojo se quedó en el sitio al que fuera trasladado antiguamente y desde el cual debía emprender su última etapa a través de los terrenos reales.

Teníamos algo nuevo en que pensar.



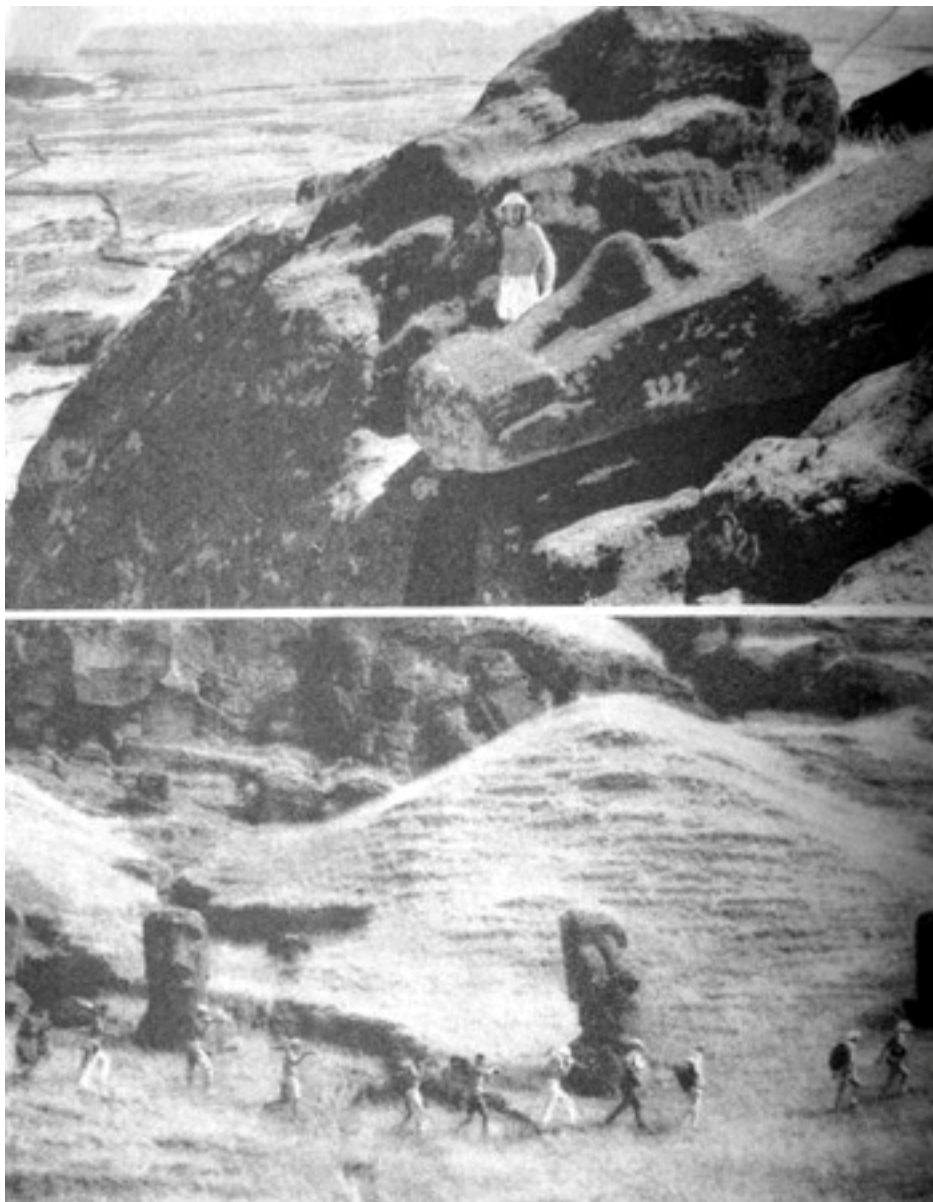
Un gigante sobre su quilla. Las estatuas sin terminar que había en la cantera demostraron que la espalda era la última parte que permanecía unida a la roca. Los picos de piedra que los escultores empleaban seguían allí donde los artistas los habían dejado.



Nadie había realizado jamás excavaciones en la isla de Pascua, la de los mil misterios. ¿Qué secretos se ocultan bajo su superficie? ¿Quiénes serían los misteriosos navegantes que arribaron a la isla más solitaria del mundo? ¿De qué sucesos fue ésta testigo, y cuándo, por qué y cómo ocurrieron? A los pies del Rano Raraku, volcán extinto, los gigantes de piedra se yerguen silenciosos como guardando sus antiguos secretos.

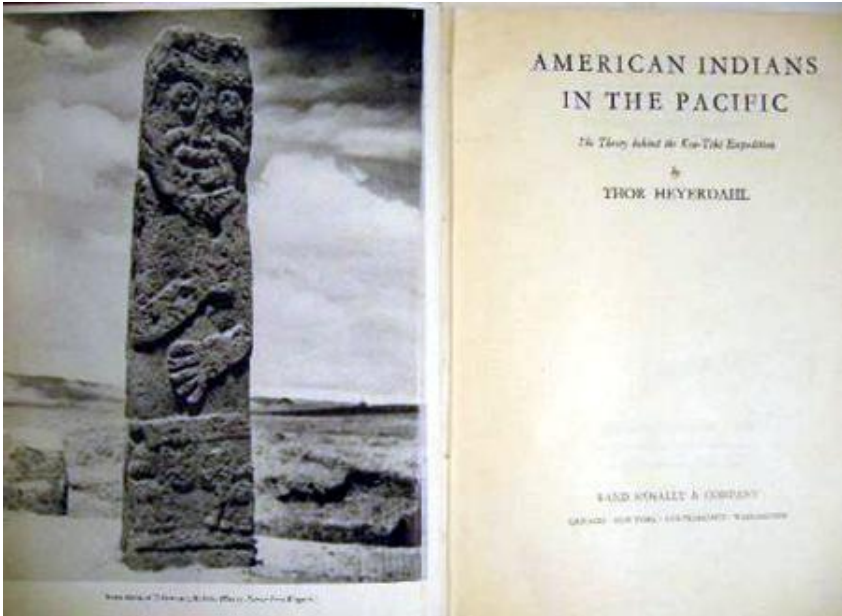


Estatua preparada para que se la bajase de la cantera. Incluso en los puntos más altos del volcán había figuras enteras acuñadas con piedras sueltas, esperando su descenso por las empinadas pendientes.



Parecíamos los enanitos de Blanca Nieves cuando íbamos a trabajar al pie de la cantera.





Capítulo 6

Superstición contra superstición

La lámpara suspendida de un cordel proyectaba largas sombras sobre las delgadas paredes de lona de la tienda. Yo bajé la mecha hasta casi apagar la luz y me dispuse a acostarme. Todo el campamento estaba sumido en la oscuridad y el silencio; únicamente el rumor del oleaje que rompía en la playa resonaba en la noche. Yvonne, después de meterse en su saco de dormir, ya se había echado en su cama de campaña, situada junto al lado opuesto de la tienda, y Anita ya llevaba un buen rato durmiendo tras una pared de lona de escasa altura que separaba su dormitorio del resto de la tienda. Entonces oí que rascaban la áspera tela del abrigo por la parte exterior y que una voz apagada susurraba en un español macarrónico: - ¿Puedo entrar, señor "*Kon-Tiki*"? Volví a ponerme los pantalones y abrí cautelosamente el cierre de cremallera de la tienda, y asomé la nariz y un ojo. En las tinieblas vi confusamente una figura que llevaba un bulto debajo del brazo. Detrás de ella se alzaba la maciza silueta de nuestro gigante, aún yacente, recortándose sobre el cielo estrellado. Esto sucedía cuando los "*orejas-largas*" llevaban siete días intentando levantarlo.

-¿Me permite entrar?-murmuró de nuevo aquella voz con acento suplicante.

Abrí poco a poco la puerta de la tienda y, aunque a regañadientes, franqué el paso al intruso. Éste se deslizó al interior, y allí quedó inclinado, mirando a su alrededor con una expresión de arrobamiento y una sonrisa de gratitud y admiración. Entonces le reconocí. Era el individuo más joven del equipo formado por el alcalde, un falso "*oreja-larga*", según decían. Aquel joven de veinte años, extraordinariamente bien parecido, se llamaba Esteban Pakarati. La tienda era tan baja que el apuesto mozo no podía permanecer erguido, y yo le invité a sentarse en el borde de mi cama.

Se sentó y así estuvo unos momentos mientras sonreía visiblemente cohibido e intentando inútilmente decir algo. Terminó por arrojarme un paquete redondo envuelto en un arrugado papel de embalaje.

-Es para usted - me dijo.

Desenvolví el paquete y apareció una gallina, una gallina de piedra. Estaba

esculpida con notable realismo, era de tamaño natural y no me recordó nada de lo que hasta entonces había visto en la isla de Pascua. Antes de que yo pudiese hablar, él se apresuró a explicarme: -En el pueblo todos dicen que el señor "*Kon-Tiki*" ha venido a traernos buena suerte. ¡Nos ha dado usted tantas cosas! Todos fumamos sus cigarrillos y le estamos agradecidos.

- ¿De dónde ha sacado usted esa piedra? -Es un moa, una gallina. Es un regalo que le envía mi mujer para demostrarle su agradecimiento. Porque ha de saber que los cigarrillos que usted me da todos los días se los queda ella.

Yvonne salió a medias de su saco de dormir y extrajo un corte de tela de una maleta. Pero Esteban se negó en redondo a aceptarlo. No, aquello no era un trueque, sino un regalo para el señor "*Kon-Tiki*".

-Y esto es un regalo para su esposa - dije yo.

Él siguió resistiéndose, pero acabó por ceder. Volvió a darme las gracias por la comida, los cigarrillos y todo cuanto él y los demás "*orejas-largas*" recibían diariamente, y, saliendo de la tienda, desapareció en la oscuridad camino del pueblo, donde pasarla la noche. Pero antes de irse me rogó que escondiese la gallina para que nadie la viera.

Volví a contemplar la figura del ave, perfectamente modelada. Era una obra soberbia. La piedra olía un poco a humo. Por primera vez veía una verdadera producción artística de los nativos y no una más de las consabidas figuras de madera, siempre iguales, o una copia de las grandes estatuas. Escondí la gallina de piedra debajo de la cama y apagué la luz de un sople.

A la noche siguiente, cuando reinaba de nuevo el silencio, volví a escuchar el mismo susurro. ¿Qué quería esta vez? Me traía otra figura de piedra. Era la imagen de un hombre agazapado que tenía un largo pico de ave y un huevo en una de sus manos. La figura estaba esculpida en alto relieve sobre una piedra plana y era una variante de las esculturas labradas sobre la roca en las ruinas de *Orongo*, el pueblo de los hombres-pájaros. Se trataba de una obra de trazos elegantes hasta lo exquisito. La mujer de Esteban me la enviaba para corresponder al regalo de la tela.

Su padre había esculpido aquella figura, y Esteban nos recomendó que no la enseñáramos a nadie. Despedimos al joven con un nuevo regalo para su mujer. Al guardar la piedra labrada advertí que despedía un olor acre y penetrante a humo,

que estaba bastante húmeda y que parecía como si la hubiesen frotado con arena. Todo esto resultaba bastante raro. ¿A qué se deberla? Durante un buen rato me devané los sesos tratando de descifrar el misterio que encerraban aquellas piedras que tenían un olor tan especial y estaban esculpidas con tan asombrosa perfección. Al fin no pude reprimir mi curiosidad y, al atardecer del día siguiente, mandé llamar al alcalde. Cuando estuvo en mi tienda cerré bien el abrigo, corriendo todas las lonas, y le dije: -Voy a preguntarle una cosa; pero usted tiene que prometerme que no dirá una palabra a nadie.

El alcalde, rebosante de curiosidad, se apresuró a prometerme que sería mudo como una tumba.

-¿Qué piensa usted de esto? - le pregunté sacando las dos esculturas de su escondrijo.

El alcalde retrocedió como si se hubiese quemado. Tenía los ojos desorbitados como si acabara de ver un espíritu maligno o el cañón de una pistola, y estaba intensamente pálido.

-¿De dónde las ha sacado usted? ¿Cómo han llegado a sus manos? - tartamudeó.

-No puedo decírselo. Dígame: ¿qué opina de estas estatuas? El alcalde, apoyado en la lona de la tienda, no le quitaba ojo.

-No hay nadie en toda la isla, excepto yo, que sea capaz de hacer figuras como éstas - dijo con la expresión del que de pronto se ha enfrentado con su propia alma desencarnada.

Miraba fijamente las figuras. De súbito debió de pasar una idea por su mente. Me pareció ver que observaba aquellas piedras con más atención y que, al fin, sacaba ciertas conclusiones del examen. Volviéndose tranquilamente hacia mí, me dijo: - Envuelva esas dos figuras y lléveselas a bordo para que nadie de la isla las vea. Si le ofrecen otras, acéptelas, pero escóndalas también en el barco, aunque le parezcan obras recientes.

-Pero ¿quiere decirme usted qué figuras son éstas? -Son algo muy serio: piedras de familia.

El teatral comportamiento del alcalde no me ilustró mucho, pero comprendí que involuntariamente había puesto la mano sobre material inflamable. El suegro de Esteban estaba metido en algún asunto raro.

Esteban era un muchacho de alma cándida y sentimientos cordiales, que sabía agradecer los favores y era en extremo servicial. Cuando, a las pocas noches, volvió a presentarse sigilosamente, decidí descubrir el misterio. Le hice tomar asiento en el borde de mi cama y ambos nos enfrascamos en una larga conversación. Pero él estaba demasiado impaciente para prestarme la debida atención. Llevaba tres estatuillas en un talego y, cuando las puso sobre el saco de dormir, yo me quedé sin habla.

Una de las esculturas representaba tres curiosas cabezas clásicas con bigote y largas barbas. Las cabezas estaban esculpidas en círculo alrededor de la piedra, de modo que la barba de cada una se enlazaba con el cabello de la siguiente. La segunda pieza era una maza con ojos y boca, y la tercera representaba un hombre de pie, con una enorme rata colgándole de los dientes. No sólo tenía ante mí unos temas y un estilo artístico ajeno a la isla de Pascua, sino que yo nunca había visto nada semejante en ninguna parte del globo. No creí ni por un momento que aquello fuese obra del suegro de Esteban. Había algo siniestro y pagano en aquellas piedras, y esto se reflejaba en la manera de mirarlas y manejarlas el joven.

-¿Por qué lleva ese hombre una rata en la boca? - fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

Esteban se mostró aún más agitado. Acercándose a mí, me dijo en un susurro que se trataba de una costumbre funeraria de sus antepasados. Cuando un hombre perdía a su esposa, a un hijo o a cualquier otro ser querido, tenía que apoderarse de una Kioe, rata comestible que vivía en la isla antes que llegasen las de otras especies que importaban los barcos. Luego tenía que correr a lo largo de la costa de toda la isla sin descansar ni un momento, con la rata en la boca y matando a todo aquel que se interpusiera en su camino.

-Así era como los guerreros demostraban públicamente su dolor - me explicó Esteban con una admiración mal disimulada.

-¿Quién esculpió al hombre de la rata? -El abuelo de mi mujer.

-¿Y fue el padre de ella quien hizo las otras esculturas? -No estoy seguro; unas las hizo su padre y otras su abuelo. Ella vio como su padre esculpía algunas.

-¿Está su padre trabajando para mí? -No; mi suegro murió. Estas piedras son sagradas. Es un asunto muy serio.

La cosa se ponía cada vez más interesante. De nuevo me explicó que él y su esposa habían oído decir en el pueblo que yo había llegado a la isla enviado por altísimos poderes. A mi todo aquello me parecía un rompecabezas.

-¿Dónde han guardado usted y su esposa estas piedras desde la muerte de su suegro? ¿En su casa? Él se movió un poco en su asiento y después dijo: -No; en una cueva, en una cueva familiar.

Yo no despegué los labios. Entonces surgieron las confidencias. Al parecer, aquella cueva estaba atestada de figuras parecidas. Pero nadie podría encontrarla, nadie en absoluto. Solamente su mujer sabía dónde estaba la entrada. Ella era la única persona que podía penetrar en la caverna. En cuanto a él, ni siquiera la había visto. Pero sabía poco más o menos dónde se hallaba, porque había acompañado a su mujer y se había quedado fuera esperándola cuando ella fue en busca de las piedras. Su esposa le había dicho que la cueva estaba llena de figuras.

Esteban y yo compartíamos ya un secreto. En su siguiente visita nocturna la conversación resultó más fácil. En voz baja, Esteban me propuso un plan: él procuraría persuadir a su mujer de que me acompañase a la cueva, y entonces yo podría escoger las piedras que más me agradasen, pues había tantas que resultaba imposible traérmelas todas. Sin embargo, según me dijo, había un inconveniente: el de que su mujer, tratándose de estas cosas, era muy terca, más dura que una roca. Ni siquiera a él le había permitido entrar en la caverna. Si ella daba su asentimiento, iríamos al pueblo a medianoche, pues la cueva estaba, poco más o menos, en el centro del poblado y no lejos de su casa.

Luego me explicó que su mujer había frotado las piedras con arena y agua antes de enviármelas, por temor a que algún indígena las viese y descubriera que sacaba antiguas reliquias de una caverna familiar. El olor que parecía procedente de la caverna se debía en realidad a que su mujer secaba las figuras sobre el fogón después de lavarlas. Si tal era mi deseo, él ordenarla a su mujer que no las lavase. Ésta le había dicho que me preguntara si me interesaba algo especial de la cueva. Pero ¿cómo iba a saber yo lo que prefería si ni siquiera Esteban podía decirme lo que con tenía la caverna? En fin, lo cierto era que tesoros artísticos y etnográficos de incalculable valor habían empezado a surgir de uno de los escondrijos de la isla de Pascua.

Para el alcalde resultaba muy sencillo averiguar si alguno de sus hombres desaparecía por la noche de la caverna de *Hotu-Matua*, y además, según pude enterarme, sabía sacar el máximo partido de sus ojos en la oscuridad que rodeaba a la tienda. El caso es que un día me llevó aparte para decirme, con una expresión que demostraba que estaba enterado de todo, que el suegro de Esteban había sido un buen amigo suyo hasta el día de su muerte, acaecida hacia ya muchos años. "Fue el último hombre de la isla que esculpió piedras importantes", añadió el alcalde, llamando así a las figuras que las familias guardaban en vez de destinarlas a la venta.

-¿Y qué utilidad tenían para ellos? - le pregunté.

-Las sacaban y las exhibían durante las fiestas. También las llevaban consigo cuando iban a los bailes.

No pude sacarle nada más sobre este asunto.

Más adelante tuve una nueva entrevista con Esteban y aquella misma noche volvió con varias piedras de la caverna. Pero, de pronto, sus visitas nocturnas cesaron. Al fin, un anochecer conseguí que viniese a mi tienda, y cuando entró vi que estaba abatido y disgustado. Su esposa había descubierto que los dos espíritus que guardaban la caverna se habían enojado ante su saqueo, y en vista de ello no quería en modo alguno acompañarme a la cueva. En resumidas cuentas, Esteban no podía ofrecerme más regalos.

Manifestó que hubiera hecho cualquier cosa por mí, pero que no había medio de persuadir a su mujer, la cual, según me repitió, tenía la cabeza más dura que una roca. "Precisamente por eso - añadió - la eligió su padre como depositarla del secreto de la cueva familiar".

Durante el tiempo en que Esteban visitaba de noche mi tienda para regalarme figuras, otras muchas cosas ocurrieron en la isla. Los arqueólogos realizaban continuamente nuevos y sorprendentes descubrimientos, y los indígenas daban muestras crecientes de superstición. En la cumbre del *Rano kao*, Ed había descubierto los muros de un templo desconocido, que empezó a excavar con ayuda de una brigada indígena. Un día, durante una de mis visitas a aquel lugar, dos de los obreros me abordaron para plantear el tema sin rodeos.

Confiéosenos qué es usted descendiente de una de las familias que abandonaron la

isla de Pascua hace muchas generaciones.

Así habló uno de ellos.

-Estamos enterados; por tanto, puede usted decirnos la verdad- añadió su compañero.

Yo no pude contener la risa y repuse que era un noruego auténtico y que procedía del otro lado del planeta. Pero aquellos dos hombres no querían dar su brazo a torcer: creían haber descubierto mi verdadera identidad y opinaban que era inútil que siguiese fingiendo. Habían oído contar la leyenda de un hombre que dejó la isla en tiempos remotos para no volver nunca más. Por otra parte, si yo no había estado jamás en la isla, ¿cómo se explicaba que me hubiese dirigido derechamente a *Anakena* para establecer mi campamento en el mismísimo lugar donde *Hotu Matua* había sentado sus reales cuando desembarcó? Comprendí que no conseguirla sacarles de su error y que lo mejor, y también lo único que podía hacer, era tomar la cosa a risa.

Aquel mismo día, Arne, con la ayuda de varios indígenas, inició la tarea de volcar un enorme bloque cuadrado de piedra próximo al sendero que conducía al *Rano Raraku*. El aspecto de aquel peñasco le resultaba bastante sospechoso. Todos los nativos conocían aquella roca, y casi todos se habían sentado sobre ella en alguna ocasión. Pero hasta entonces a nadie se le había ocurrido darle vuelta, y, al hacerlo ahora, ante el asombro general, apareció una extrañísima cabeza de gruesos labios, nariz aplastada y gruesas bolsas bajo los ojos. Aquella enorme cara de forma cuadrada no tenía el menor parentesco con el estilo artístico dominante en la isla de Pascua. De nuevo había surgido algo inesperado, algo desconcertante para los indígenas. ¿Quién había dicho al señor Arne que debía levantar aquella piedra? Esto acabó de convencer a los nativos de que el señor "*Kon-Tiki*" se hallaba en contacto con poderes sobrenaturales. Así se lo comunicaron a Arne.

Por si esto fuese poco, he aquí lo que sucedió una noche en que Yvonne y yo nos hallábamos en la caverna de *Hotu Matua*, en compañía del alcalde y sus "*orejas-largas*". Estaban todos tendidos en la caverna, regalándose con gruesas rebanadas de pan cubiertas de mantequilla y mermelada, mientras fuera hervía la cafetera a fuego lento.

-En casa sólo comemos batatas y pescado-dijo el alcalde acariciándose el estómago

con satisfacción.

La lata utilizada como candil tenía su pabilo encendido y la conversación giraba sobre tiempos lejanos. Entonces se habló de un rey llamado Tuu-ko-ihu que descubrió dos espectros dormidos al pie de los acantilados rojos, en la cantera de donde se extraían los *pukaos*. Los espectros pertenecían a sendos "*orejas-largas*", pues le colgaban hasta el cuello. Llevaban barba, tenían la nariz larga y ganchuda y estaban tan flacos que se les marcaban las costillas. Cuando regresó a su casa, el rey se apresuró a esculpir en madera las imágenes de los espectros, antes de olvidarse de su apariencia. Éste fue el origen del *moai-kava-kava*, la fantástica figura que aparece una y otra vez en la imaginería de la isla de Pascua. Cuando aquellos hombres hubieron terminado de comer, sacaron sus trozos de madera y se pusieron a trabajar en sus *moai-kava-kava*, mientras los viejos se dedicaban a narrar consejas.

Luego se contaron historias de aparecidos capaces de poner los pelos de punta al más pintado. Entre tanto, las sombras oscilantes danzaban a nuestro alrededor sobre las desiguales paredes de la caverna. Nos hablaron de unos fantasmas antropófagos que sallan de noche y devoraban los intestinos de sus víctimas, y luego de un espectro femenino que se aparecía en el mar y que tenía un brazo larguísimo con el cual se apoderaba de los paseantes solitarios de la costa. Había otros fantasmas que se dedicaban a acosar a sus víctimas hasta precipitarlas de cabeza al mar. Lázaro, el ayudante del alcalde, nos contó que su abuela fue despeñada por un espíritu maligno, y luego nos dijeron que había también espectros bondadosos que ayudaban a las personas. La mayor parte de ellos solían comportarse amistosamente con una familia determinada, siendo hostiles con todas las restantes.

Las historias de aparecidos se sucedían sin interrupción, y de pronto todos recordaron algo que había ocurrido aquel mismo día. -Usted también estaba presente - me dijo un indígena-, y no mostró la menor sorpresa.

Entonces me explicaron lo sucedido. Todos ellos sabían que sus antepasados contaban con una ayuda sobrenatural para trasladar las estatuas a través de la isla; pero cuando llegaba el momento de levantarlas tenían que hacer grandes esfuerzos, empleando palancas y piedras, a pesar de que los poderes sobrenaturales tampoco

los desamparaban por completo, puesto que corría a su cargo parte de la tarea. Pero aquel día todos se dieron cuenta de algo que nunca les había sucedido. Un *aku-aku* invisible se hallaba presente y les ayudó en la tarea de levantar la estatua. Gracias a su canto, la suerte les acompañó y pudieron triunfar en su empeño.

Con ayuda de una figurilla y dos palitos nos hicieron ver cómo se las habían arreglado para levantar uno de los lados de la estatua. "Cuando estábamos entregados a esta tarea - nos dijeron-, la cabeza del gigante se levantó de pronto varios centímetros por sí misma, sin que nadie la hubiese tocado".

- Fue algo rarísimo, verdaderamente raro - nos aseguró el hombre tendido en la repisa.

Durante aquellos días, mi hijo Thor tuvo el puesto de ayudante de Ed en la cumbre del *Rano kao*. Había que trazar un plano de las ruinas que allí se encontraban. Ed y Bill se hospedaban en la casa que el gobernador poseía al pie del volcán, y la esposa de éste, que siempre se había mostrado con nosotros en extremo hospitalaria, invitó también a Thor a alojarse en su casa, pues el campamento quedaba demasiado lejos. Pero Thor sentía la pasión propia de los jóvenes por las aventuras, y decidió irse a vivir al pueblo en ruinas de los hombres-pájaros, que se alzaba en lo alto del acantilado. Algunas de las antiguas casas de piedra se hallaban aún en condiciones de habitabilidad; aunque el piso era duro y la techumbre muy baja, ofrecían un buen abrigo contra las inclemencias del tiempo y una vista que no tenía rival en todo el mundo. A los pies de Thor se extendía el pueblo de *Hanga Roa* y la mayor parte de la isla. El Pacífico se extendía a lo lejos hasta unirse con la bóveda celeste. Las viviendas semitroglodíticas de los hombres-pájaros formaban apretados grupos, apoyándose contra las crestas curiosamente esculpidas que coronaban el borde más alto del volcán, agudo como el filo de una navaja. A unos cuatro, pasos del umbral, el acantilado descendía verticalmente hasta llegar al mar, formando una muralla de trescientos metros de altura, frente a las islas de los pájaros. A pocos pasos en dirección opuesta, otro vertiginoso precipicio caía a plomo al interior del enorme cráter del *Rano kao*, cráter que semejaba un cuenco descomunal con su kilómetro y medio de diámetro. El lejano fondo estaba cubierto de una moteada alfombra verde, peligrosa ciénaga sembrada de pequeñas lagunas y charcas.

Cuando Thor subió al borde del cráter con su saco de dormir y su paquete de provisiones, los indígenas, dando muestras de terror, le suplicaron que, por lo menos, descendiese a pernoctar en el llano. Luego fueron a ver a Ed y le rogaron que ordenase al muchacho que se fuera de allí. E incluso mandaron un mensaje a *Anakena* en el que me decían que mi hijo no debía dormir solo en las ruinas de *Orongo*, pues podía llevárselo un *aku-aku*. Pero todo fue inútil; de nada sirvieron las advertencias: Thor había encontrado el castillo de sus sueños y estaba resuelto a pasar la noche solo en *Orongo*.

Al anoecer, cuando Thor se quedó en la cumbre y los demás bajaron a las tierras llanas, el capataz indígena de Ed no pudo ocultar su inquietud y terminó por enviar a tres voluntarios para que hiciesen compañía a Thor durante la noche. Cuando se puso el sol y los vientos alisios gemían en los oscuros abismos circundantes, Thor recibió su primer susto. Tres sombras avanzaban entre las ruinas. Resultaron ser tres muchachas indígenas a las que habían enviado a pasar allí la noche. Estaban aterrorizadas, sobre todo una de ellas, que parecía a punto de volverse loca. Estaba segura de que el eco que resonaba en las negras profundidades del cráter era un *aku-aku*. Vio otro bajo la forma de una titilante estrella reflejada en la negra charca, en el fondo de la gigantesca concavidad. Vela *aku-akus* por todas partes. Cuando se hizo de día, las tres muchachas se sintieron más felices al ver que ya se podían marchar y se fueron corriendo al pueblo.

Las noches siguientes, Thor las pasó solo en la cumbre del volcán. Cuando sus compañeros subían del valle, lo encontraban sentado en el suelo, contemplando encantado la salida del sol. A los ojos de los indígenas se convirtió en un héroe, y todos los días caía sobre él un verdadero diluvio de melones, piñas y aves asadas; por consiguiente, no había por qué disuadir al muchacho de su idea. Los indígenas ya se habían tranquilizado: "*Kon-Tiki-iti-iti*" estaba perfectamente seguro en *Orongo*, aun hallándose completamente solo, pues contaba con la protección de poderes sobrenaturales. Thor durmió en la cumbre del volcán durante cuatro meses. El *aku-aku* había decidido dejarlo en paz. Pero ello no puso fin a la superstición, sino todo lo contrario.

La siguiente campanada la dio Lázaro, y se produjo precisamente cuando yo estaba empezando a desentrañar los secretos de la cueva familiar de Esteban,

aprovechándome de las revelaciones del joven. Lázaro era el brazo derecho del alcalde, quien, coincidiendo con la opinión de Esteban, le consideraba uno de los hombres más importantes de la isla. Lázaro figuraba entre los tres representantes que elegían los indígenas, y, según los informes del alcalde, poseía cuantiosas riquezas. La sangre de los "*orejas- largas*" corría por las venas de este hombre mezclada con la de los "*orejas-cortas*", y a ella había que añadir cierta aportación forastera debida a algún visitante europeo. En el aspecto físico era un tipo soberbio, aunque Darwin hubiera utilizado sus facciones para apoyar su teoría de la evolución. Yo creo que si algún día se encuentra su cráneo en unas excavaciones, en el mundo civilizado cundirá la sospecha de que la isla de Pascua es la cuna de la Humanidad. Pero, a pesar de su frente baja y hundida, asentada sobre robustos arcos superciliares; de su rostro prognato y de mentón casi inexistente; de sus gruesos labios y la perfecta hilera de dientes que quedaba oculta por ellos; de su nariz gruesa y aplastada y de sus ojos vigilantes propios de un simio, a pesar de esta apariencia repelente, Lázaro no era un estúpido gorila. Por el contrario, no tenía pelo de tonto, sino que poseía una aguda perspicacia y, por añadidura, estaba dotado de un vivo sentido del humor. Sin embargo, ello no le impedía ser supersticioso.

Un día, Ed nos informó de que había descubierto unas pinturas rupestres sobre una gran losa, en el techo de una casa en ruinas de *Orongo*. Casi al mismo tiempo, Arne halló una estatua distinta de todas las conocidas, enterrada al pie del *Rano Raraku*. Al atardecer, cuando los "*orejas-largas*" habían terminado la jornada de trabajo y se dirigían perezosamente a la caverna de *Hotu Matua*, Lázaro, adoptando el aire de un conspirador, me llevó aparte para decirme: -Lo único que usted necesita ahora es un *rongo-rongo*. - Y escudriñó astutamente mi rostro para ver el efecto que me producían sus palabras.

Comprendí inmediatamente que algo tramaba y procuré quitarle importancia a la cosa.

-Actualmente no queda ni uno solo en la isla - repuse.

-Se equivoca, señor; hay varios -dijo Lázaro cautelosamente.

- Pero están podridos y se deshacen cuando se les toca.

-No lo crea. Lo sé porque mi primo ha tocado dos de ellos.

Yo no daba crédito a sus palabras, y él, advirtiéndolo, me rogó que le acompañase. Le seguí y llegamos a la parte posterior de la pared del templo, donde la estatua había quedado abandonada momentáneamente, descansando sobre su torre de piedra. Una vez allí, me dijo en voz baja que él tenía dos primos gemelos: Daniel y Alberto Ika. Alberto nació una hora después que Daniel. Sin embargo, fue el elegido para guardar el secreto de la entrada de la cueva familiar, la cual estaba repleta de objetos curiosos, entre los que figuraban incluso algunos *rongo-rongos*. Dos años antes, Alberto había visitado, la cueva y salió de ella con dos *rongo-rongos* que se llevó a su casa. Eran de madera y uno de ellos tenía la forma de un pez plano dotado de una buena cola. Ambos estaban recubiertos de gran número de extrañas y diminutas figuritas. Tenían un color negruzco y conservaban una notable dureza a pesar de su antigüedad. Lázaro y otros muchos indígenas los habían visto. Pero Alberto infringió el tabú al llevarse las tablillas de la caverna, y, por la noche, mientras dormía, llegó un *aku-aku*, que lo empezó a pinchar y a pellizcar hasta que lo despertó. Entonces él miró por la ventana y vio millares de hombrecillos que se disponían a penetrar en su habitación. Esto le produjo tal espanto, que volvió a todo correr a la caverna y dejó las dos tablillas en su sitio. Aquella cueva con *rongo-rongos* estaba cerca del valle de *Hanga-o-Teo*; Lázaro haría todo lo posible para lograr que su primo, revistiéndose de valor, fuese a la caverna y trajese de nuevo las tablillas.

Tras una serie de prudentes indagaciones, Lázaro me informó de que su familia poseía más de una cueva. Él mismo había entrado en otra caverna situada cerca del valle de *Hanga-o-Teo*. En esta última no había *rongo-rongos*, pero sí muchas otras cosas. Traté de conseguir que Lázaro me acompañase a aquella cueva, pero ello puso fin a sus deseos de ayudarme. Mirándome con expresión severa y doctoral, me dijo que si hiciéramos tal cosa, ni él ni yo saldríamos con vida. Aquella caverna estaba habitada por el *aku-aku* de la familia y, además, por los esqueletos de dos antepasados suyos. Si una persona no autorizada para ello trataba de penetrar en la cueva, el *aku-aku* le castigarla terriblemente. La entrada a la caverna constituía uno de los secretos más sagrados. Traté de reirme del *aku-aku* y de hacer comprender a Lázaro, persona inteligente, la sinrazón de todo aquello; pero fue como machacar en hierro frío: no conseguí sacarle de su ofuscamiento.

Lo único que logré tras mis insistentes e inútiles razonamientos fue que me prometiese traerme algo de aquella cueva. Me preguntó qué prefería. ¿Un hombre-pájaro, con huevo o sin él? La caverna con tenía toda clase de objetos.

Lo único que no había en ella era *rongo-rongos*. Le propuse que me trajese varias cosas para que yo escogiera la que más me gustase. Él no aceptó. Me dijo que sólo podía arriesgarse a sacar uno de los objetos raros que llenaban la cueva. En este punto, la conversación fue interrumpida por un hombre que vino a traerme un recado, ocasión que Lázaro aprovechó para despedirse y desaparecer.

Al día siguiente estaba yo mirando cómo los "*orejas-largas*" transportaban piedras a la torre que estaban construyendo bajo la estatua, cuando el alcalde y Lázaro se acercaron a mí y se pusieron a charlar conmigo.

-El *aku-aku* está ayudando; no lo dude - me dijo el alcalde en voz baja-. Los doce hombres que somos no hubiéramos podido realizar esta tarea sin ayuda de los poderes sobrenaturales.

Y me contaron que habían asado una gallina en un fogón abierto en el suelo cerca de la caverna, con objeto de que la estatua se levantase con mayor rapidez.

Yo, entonces, provoqué una catarata de protestas por parte del alcalde y de Lázaro al esgrimir argumentos contra ambos para desvanecer definitivamente sus supersticiones. Me miraban como a un estúpido ignorante mientras yo afirmaba que no existían *aku- akus*. ¡Claro que existían! En la Antigüedad, la isla estaba llena de ellos. A la sazón ya no había tantos, pero me podían citar muchos sitios de la isla habitados aún por *aku-akus*. Unos eran del sexo masculino y otros del femenino; algunos bondadosos y otros perversos. Los nativos que tuvieron ocasión de hablar con tales espíritus aseguraban que tenían una vocecilla aguda y aflautada. En fin, que podían presentarse pruebas abrumadoras de su existencia.

No me dejaron pronunciar ni una palabra de réplica. Más fácil que disuadirles habría sido convencerles de que no había peces en el mar o gallinas en el pueblo. Yo empezaba a darme cuenta de que la atmósfera de la isla estaba saturada de una especie de superstición delirante que se alzaba como una muralla infranqueable ante unas cuevas que contenían objetos hasta entonces desconocidos para el resto del mundo.

Subí al jeep y me fui a ver al Padre Sebastián. Nadie en el mundo conocía mejor

que él la isla y sus habitantes. Además, yo estaba seguro de que mis confidencias serían respetadas y no saldrían de nosotros dos. En su libro sobre la isla había leído el siguiente pasaje: "Existían también cuevas secretas que eran propiedad de determinadas familias, y solamente las principales personas de una familia conocían la entrada de su respectiva cueva secreta. Éstas servían para esconder objetos de valor, como las tabletas inscritas *rongo-rongo* o estatuillas. El secreto del lugar preciso de la entrada ha bajado a la tumba con los últimos sobrevivientes de la era antigua".

Dije al Padre Sebastián que tenía mis razones para creer que las cuevas secretas familiares se utilizaban aún en la isla. Él dio un respingo de asombro y se acarició la barba.

-Eso no es posible.

Yo le hablé, sin mencionar nombres, de las piedras misteriosas que habían llegado a mi poder. Él mostró en seguida una viva curiosidad y quiso saber dónde se hallaba aquella caverna. Sólo pude decir lo poco que sabía, y añadí que no me era posible acercarme a la cueva a causa de las historias de duendes, que impedían a los indígenas indicarme su situación. Mientras yo hablaba, el Padre Sebastián se paseaba de un lado a otro de la pieza enfundado en su hábito blanco. Deteniéndose de pronto, se llevó las manos a la cabeza con un gesto de desesperación.

-En eso de las supersticiones no tienen remedio - exclamó-. El otro día vino a verme la vieja Mariana para decirme con toda seriedad que usted no era un ser humano. La superstición es algo tan arraigado en ellos, que no creo que podamos curarles de este mal por lo menos en toda una generación. Sienten un profundísimo respeto por sus antepasados, lo cual, naturalmente, es comprensible. Son buenos cristianos, pero no hay medio de conseguir que dejen de ser supersticiosos.

Y con gesto resignado me explicó que aún no había podido quitarle de la cabeza a Erarla, su ejemplar ama de llaves, la idea de que ella descendía de una ballena que había encallado en la bahía de Hotuiti. *Eraria* se limitaba a replicar que él, a pesar de ser sacerdote, no podía estar enterado de ello, pues aquello se lo había contado su padre, quien, a su vez, lo sabía por el suyo, y éste, igualmente, por el autor de sus días, quien tenía que saberlo forzosamente, ya que era la ballena misma de que le hablaba.

Convinimos en que yo me hallaba ante un hueso muy duro de roer, pues no sería fácil conseguir que los indígenas me llevaran a un lugar que ellos creían vedado por demonios y malos espíritus. El Padre Sebastián me propuso que llevase conmigo un poco de agua bendita: los indígenas sentían un gran respeto por ella, y tal vez harían acopia de valor si rociábamos con este líquido la entrada de la caverna. No obstante, llegamos a la conclusión de que lo mejor era que el Padre Sebastián no diese la cara abiertamente, pues él estaba seguro de que sería la última persona a quien los indígenas irían con secretos de aquella naturaleza. Sin embargo, debíamos mantenernos en contacto costase lo que costase; yo debía ir a verle aunque fuese a medianoche en caso de que consiguiera penetrar en una de aquellas cavernas secretas.

Las supersticiones de los moradores de la isla de Pascua fueron para mí incomprensibles, o poco menos, hasta que empecé a compararlas con ciertos hechos que ocurren en nuestra propia civilización. He oído hablar de casas de veinte pisos que no tienen piso trece, y de aviones en que los números de los asientos saltan del doce al catorce. Esto parece significar que hay personas civilizadas que creen que un espíritu maligno acecha al número trece, un espíritu que no tiene nombre, pero que acarrea la desgracia. Para completar el paralelo, sólo faltaría que le diéramos la denominación de *aku-aku*. Sé de otras personas que consideran pernicioso el derramamiento de sal o la rotura de un espejo, o que admiten que un gato negro que se atravesase en su camino puede afectar a su futuro. Esas personas creen en los *aku- akus*, aunque no les llamen así. Por tanto, ¿qué tiene de particular que los habitantes de la isla más solitaria del mundo consideren que sus antepasados poseen un poder mágico y vagan en forma de espectros entre sus gigantescas imágenes, esas esculturas que los hombres de nuestra propia raza juzgan abiertamente como un misterio? ¿No es más excusable imaginar a un *aku-aku* entre las calaveras y los esqueletos de las tenebrosas cavernas de la isla de Pascua que bajo la forma de un inofensivo gato negro que atraviesa apaciblemente la carretera en un soleado día estival? En los habitantes de la isla de Pascua, la superstición estaba arraigada desde hacia muchas generaciones. Yo no había reparado en ello ni nadie lo había tenido en cuenta antes que yo. Esto constituyó un descuido imperdonable que hasta aquel momento había impedido penetrar en la

verdadera mentalidad de los indígenas. Era inútil tratar de extinguir las llamas de la superstición apelando al razonamiento; todas mis explicaciones calan como el agua sobre el dorso de un ganso. Tampoco puede apagarse un gran incendio forestal con agua: hay que iniciar un contrafuego. El fuego es el peor enemigo del fuego siempre que se le mantenga bajo control. Los indígenas habían heredado la creencia en los malos espíritus que poblaban la isla, y había en ella ciertos lugares a los que algunos nativos nunca se atreverían a ir, y menos de noche. El alcalde y Lázaro me dijeron confidencialmente y con gesto sombrío que una verdadera amenaza gravitaba sobre la isla.

Yo me devané los sesos tratando de resolver el problema,- y al fin me dije que la superstición podría llegar a ser el enemigo mortal de la superstición, siempre que se la encendiera como un contrafuego. Los que creían que yo estaba en contacto con sus antepasados no tendrían más remedio que aceptar un mensaje de ellos, aunque éste dispusiera la abolición de todas las antiguas y tremendas maldiciones y tabús. Toda la noche estuve pensando en ello, revolviéndome en mi saco de dormir. A Yvonne le pareció un plan descabellado, pero no por ello dejó de mostrarse de acuerdo conmigo en que lo debía intentar.

Al día siguiente, el alcalde, Lázaro y yo celebramos una larga conferencia entre las rocas, a espaldas de nuestro campamento. Es asombrosa la cantidad de descubrimientos que hice desde que comencé mis chismorreos con ellos. Empecé por decirles - y era la pura verdad - que conocía muy bien el secreto del tabú y que yo era el primero que había navegado con una canoa por las aguas prohibidas de Vai Po, penetrando en una caverna subterránea maldita de Fatuhiva. También en esta isla, y sin sufrir malas consecuencias, había visitado la cripta secreta de un muro pae-pae tabú. El alcalde y Lázaro, sentados ante mí, me escuchaban con los ojos muy abiertos. Ignoraban que existieran otras islas, además de la suya, que poseyesen tabús. Yo sabía bastante acerca de este sistema prohibitivo como para impresionarlos profundamente, en especial contándoles las historias que me habían referido los indígenas de Fatuhiva, y en las que se exponían casos de hombres que por haber infringido el tabú de sus antepasados eran víctimas de los más extraños infortunios.

El alcalde estaba pálido y tembloroso. Riendo avergonzado, confesó que siempre

que oía historias de este género temblaba de frío aunque se hallase bajo un sol abrasador, porque a ellos les habían sucedido en su propia isla exactamente las mismas cosas acerca de los tabús. Y entonces fui yo quien tuvo que escuchar en silencio varios ejemplos de las perniciosas consecuencias que tenía el quebrantamiento de los tabús: una familia entera que contrajo la lepra, un hombre a quien un tiburón le arrancó un brazo, una terrible inundación en la que murieron ahogados todos los moradores de una choza de paja y muchos que acabaron por enloquecer porque los *aku-akus* les hacían cosquillas y les hurgaban el cuerpo noche tras noche. Y todo ello por haber quebrantado los tabús de las cavernas familiares.

- ¿Qué le sucedió a usted en Fatuhiva por no hacer caso de los tabús? - me preguntó Lázaro con anhelante curiosidad.

- Nada - repuse.

Lázaro mostró cierta contrariedad.

-Porque usted tiene mana-dijo.

El mana es una especie de cualidad mágica, una fuente de poder sobrenatural.

-El señor "*Kon-Tiki*" no sólo tiene mana- dijo el alcalde a Lázaro con expresión astuta-, sino que posee un *aku-aku* que le trae buena suerte.

Yo cogí la ocasión por los pelos.

-Por eso puedo entrar en una cueva tabú sin que me suceda nada - afirmé.

-A usted nada le ocurriría, pero si a nosotros si le dijéramos dónde está la cueva - replicó Lázaro, señalándose a sí mismo a la vez que se reía por lo bajo con una mueca.

- Nada os puede suceder estando yo con vosotros. Mi *aku-aku* tiene poder para eso - intenté argüir.

Pero Lázaro no me creyó. Me dijo que su *aku-aku* familiar se vengarla de él, cosa que no podría impedir mi *aku-aku*, a pesar de que éste me protegía a mí. También me advirtió que, aunque viviese cien años, yo no podría dar con la entrada de la cueva y que no la vería aunque la tuviese tan cerca como yo estaba de él en aquel momento.

-Lázaro pertenece a una familia de rancio abolengo -dijo el alcalde en un tono de alabanza-. Gente rica que posee numerosas cuevas.

Lázaro escupió lleno de orgullo.

-Pero yo también tengo mana - manifestó el alcalde, y prosiguió jactándose de su poder sobrenatural-. Fue mi *aku-aku* quien me ayudó a levantar la estatua. Tengo tres *aku-akus* dentro de un pequeño *ahu* en la bahía de La Pérouse. Uno de ellos es una figura de pájaro.

A la sazón sabíamos ya que los tres hombres que estábamos sentados entre las rocas éramos personajes de suma importancia. Mis dos interlocutores empezaron a discutir y fanfarronear, pretendiendo ambos ser la persona que más sabía acerca de las cosas que daban buena o mala suerte, y entonces tuve ocasión de comprender que aquel día había pasado, sin darme cuenta, por un momento difícil. El alcalde me dijo que me había observado aquella mañana cuando yo ataba un viento de la tienda, y quedó convencido de lo que ya sospechaba, es decir, de que yo conocía los secretos de la fortuna, pues hice el nudo hacia la derecha y no hacia la izquierda.

Aprovechándome de esta concesión, lancé el último ataque. Dije que sabía que sus cuevas familiares habían sido declaradas tabú por sus antepasados con el exclusivo fin de proteger su valioso contenido. Lo único que traía mala suerte era vender las figuras de las cuevas a turistas y marineros que no podían comprender su significado y que acaso las tirarían al cabo de cierto tiempo. Pero ceder aquellos objetos a hombres de ciencia, que los guardaban en los museos daba buena suerte. Un museo se parecía en cierto modo a una iglesia, pues era un lugar de paz y recogimiento, y allí las figuras estarían expuestas en vitrinas, o sea bien resguardadas, de modo que nadie podría tirarlas ni romperlas. Los malos espíritus abandonarían las cuevas al propio tiempo que las figuras, y así ya no habría nada que temer en la isla.

Me pareció observar que este razonamiento producía un efecto especial en Lázaro, y no anduve muy equivocado. Aquella noche, alguien volvió a llamarme en voz baja y oí que rascaban la lona de la tienda. Esta vez no era Esteban, sino el propio Lázaro, quien me tendió un saco que con tenía una antigua cabeza de piedra, de forma plana, facciones peculiarísimas y largos y delgados bigotes. Se vela que no la habían lavado ni frotado con arena porque en sus orificios había telarañas. Me enteré de muchas cosas de la caverna que acababa de visitar Lázaro. Estaba llena

de figuras. Él había visto un cuenco de piedra con tres cabezas, extrañas reproducciones de animales y de seres humanos, y modelos de naves. Aquella cueva estaba cerca de *Hanga-o-Teo*, y Lázaro la había recibido en herencia de su bisabuelo, conjuntamente con sus tres hermanas. Por penetrar en ella no le había ocurrido ninguna contrariedad y estaba dispuesto a pedir a sus dos hermanas mayores permiso para sacar más cosas de la cueva. No necesitaba hablar con su hermana menor; ésta tenía sólo veinte años y no comprendía aquellas cosas.

Lázaro se sentía héroe después de haber entrado en la caverna. Su familia poseía cuatro. La cueva con *rongo-rongos* en que había penetrado Alberto estaba, al parecer, Cerca de la que él acababa de visitar, pero únicamente Alberto conocía el acceso a aquella. Había, además, otra en los acantilados de *Vinapu*; Lázaro conocía su situación e iría a ella otra noche. La cuarta caverna se hallaba en la pared rocosa del *Rano Raraku*, o sea el monte de las estatuas. Tres familias distintas compartían aquella importante cueva. Estaba llena de esqueletos, por lo que él jamás se atrevería a poner los pies en ella. Además, desconocía su entrada. Le pregunté si, al ser tres las familias que conocían el acceso a aquella caverna, se robaban alguna vez unas a otras. Y él me contestó que de ningún modo, porque cada familia poseía un sector determinado de la caverna, y en cada sector velaba el *aku-aku* respectivo. Después de aceptar algunas telas para sus dos hermanas mayores, Lázaro se esfumó en la noche.

Al día siguiente, el alcalde se erguía tan tranquilo y compuesto como siempre en su sitio de costumbre sobre el muro del *ahu*, dando órdenes a sus "*orejas-largas*", mientras éstos pendían, balanceándose, del extremo de sus largas pértigas. No había dado muestra alguna de que él poseyese también una caverna. Allí estaba, tan flemático como siempre, dirigiendo el trabajo y marcando con los brazos el compás que los obreros debían seguir en sus movimientos. De lo único que se había jactado era de contar con un servicial *aku-aku* de su propiedad exclusiva y con otros tres entes menos importantes del mundo de los espíritus, que vivían en un *ahu* de la bahía de La Pérouse.

Yo le contemplaba mientras organizaba el trabajo como un experimentado ingeniero, frío e impasible. Me parecía un poco raro que la familia de Lázaro poseyese cuatro cavernas y el jefe de los "*orejas-largas*" no tuviese ninguna. Se

requería una medicina más fuerte para desatar la lengua del alcalde.

Muy avanzado el día se me presentó la ocasión de tener una nueva charla a solas con los hombres. Ignoraba por completo si el alcalde disponía de alguna cueva, pero estaba seguro de que sabría muchas cosas acerca de las que había en la isla. En el curso de la conversación le pregunté si eran muchas las familias que poseían cavernas secretas. Él me respondió que bastantes, pero añadió que casi nadie sabía nada de las cuevas ajenas. La mayor parte de ellas se podían dar por perdidas, porque, generalmente, sólo un miembro de la familia cargaba con la gran responsabilidad de conocer la entrada. A veces se daba el caso de que esta persona fallecía antes de haber iniciado en el secreto a su sucesor, y como el sistema de ocultación era tan ingenioso, ya no era posible dar con la entrada. Gran número de cavernas familiares se habían perdido por este motivo, y tanto el alcalde como Lázaro afirmaban que ello acarrearía mala suerte.

-Eso es precisamente lo que hay que combatir - les dije-. Por eso conviene poner las figuras y objetos sagrados en la seguridad que ofrece un museo, donde no se pueden robar ni perder, ya que están vigiladas constantemente por los guardianes. El alcalde reflexionó brevemente. No parecía muy convencido. Los creadores de tales objetos habían dispuesto que se ocultaran en cuevas secretas y no en casas.

-Ello se debió a que las chozas de paja de aquella época no ofrecían ninguna seguridad - objeté-. Las cuevas eran los lugares más seguros de que disponían entonces. Pero, en realidad, tal seguridad no existe, puesto que si se olvida dónde está la entrada de una caverna, su contenido se pierde para siempre. En cambio, no hay peligro de que nadie olvide por dónde se entra a un museo.

El alcalde no acababa de aceptar mis razones. Las órdenes de sus antepasados tenían para él más fuerza que el mana que me atribula. Él tenía también mana y *aku-aku* y no había recibido aviso alguno de que sus antepasados hubieran cambiado de parecer acerca de los tabús.

Aquello era un atasco. Lázaro parecía también menos confiado. En vista de ello resolví poner en práctica un plan extravagante. Tal vez sería posible presentar al supersticioso alcalde alguna prueba impresionante y convincente de que sus predecesores habían terminado por abolir su temible tabú.

Al pie del llano, en las cercanías del campamento, había un antiguo *ahu* con

estatuas caldas. El muro primitivo había sufrido grandes cambios en el periodo de reconstrucción de la segunda época. La obra quedó inacabada y, más tarde, manos destructoras le causaron daños considerables. Frente a la fachada, esparcidas en gran número por el suelo, se velan bloques e informes pedruscos. Bill fue un domingo allí para examinar el maltrecho muro y, al limpiar de arena una losa, vio en ella algo que le pareció el hocico de una ballena esculpida en relieve. La losa estaba cubierta por un enorme sillar que ocultaba el resto de la figura. Bill me habló de ello antes de volver a *Vinapu* en su caballo. Subí con el fotógrafo al montón de piedras y busqué entre ellas hasta encontrar la losa de que Bill me había hablado. Conseguimos levantar un poco el sillar y vimos una figura de un metro de longitud que representaba claramente una ballena. La losa rodó entonces hasta la arena que había más abajo, donde quedó con el informe dorso al aire, con lo que no se distinguía de las demás esparcidas a su alrededor.

Aquello me hizo concebir una idea. Nadie había reparado en nuestro trabajo. Pedí al alcalde y a Lázaro que viniesen al campamento a medianoche, cuando reinase la oscuridad y la calma. Allí celebraríamos una sesión de magia para que sus antepasados hiciesen brotar de la tierra una obra de arte esculpida por sus propias manos, como señal de que ya no les importaba que descubriéramos sus antiguos secretos. Esto significaría el fin del tabú.

Aquella noche, el alcalde y Lázaro, henchidos de la más viva curiosidad, llegaron con gran sigilo al campamento. Poco antes, después de realizar su última visita nocturna, Esteban había abandonado mi tienda. Yvonne estaba asustada pensando en lo que podía ocurrir y permanecía despierta en la oscuridad, escuchando. Todos los demás estaban durmiendo. Expliqué a los dos hombres que teníamos que ponemos en fila india, apoyando cada uno las manos sobre los hombros del que le precediese. Colocados así, avanzaríamos paso a paso describiendo un amplio círculo, en cuyo interior hallaríamos a la mañana siguiente alguna obra que sus antepasados habrían dejado allí como señal de que yo tenía razón al decir que los *aku-akus* ya no castigarían a nadie por quebrantar viejos tabús.

Salimos del campamento en la forma indicada. Yo iba delante, con los brazos cruzados. Me seguía el alcalde con las manos sobre mis hombros, y detrás de éste marchaba Lázaro. Yo no vela dónde pisaba; me costaba tanto contener la risa, que

tropezaba continuamente. En cambio, los dos que llevaba a remolque mostraban tal solemnidad y se hallaban tan absortos en la ceremonia, que me hubieran seguido sin rechistar a cualquier parte. Cuando el círculo se cerró y volvimos a hallarnos frente a mi tienda, cambiamos profundas reverencias sin pronunciar palabra y nos separamos, yéndose cada cual tranquilamente a su vivienda.

El alcalde volvió al rayar el alba y me dijo que durante la noche había visto brillar dos luces misteriosas ante la caverna de *Hotu Matua*. Era indudable que aquellas luces no procedían de un jeep; así, pues, no cabía duda de que significaban buenos presagios. Después de organizar el programa del día para mis compañeros, fui en busca del alcalde y de Lázaro, a quienes rogué que trajesen al hombre más honrado que conocieran para que nos ayudara a explorar el interior del círculo que hablamos descrito la noche anterior. El alcalde eligió en el acto a su hermano menor, Atán Atán, un hombrecillo con bigote, de ojos grandes e inocentes, quien me dijo con la mayor ingenuidad que la elección había sido acertadísima, pues él era una persona seria y tenía un corazón de oro, y, si no le creía, podía preguntárselo a cualquiera del pueblo. Llevamos a Atán al montón de piedras y empezó la búsqueda. Yo les pedí que levantasen todas las piedras diseminadas sobre la arena, para que pudieran comprobar si alguna de ellas era una obra de arte de sus antepasados. Para dar mayor dramatismo a la escena, dispuse que comenzáramos la busca por el punto del círculo más alejado de la ballena. Así no darían con ella inmediatamente. Atán fue el primero que encontró algo: un curioso objeto de piedra roja. Luego yo descubrí una antigua piedra de afilar y una linda azuela de obsidiana. Poco después oímos un grito de Atán, que había vuelto una gran losa para limpiar de arena su cara inferior. El alcalde, Lázaro y yo corrimos a su lado. Sobre la losa se veía un bello relieve que representaba a una ballena. Pero era una ballena totalmente distinta a la que conocía yo, lo cual significaba evidentemente que había dos ballenas. Todos los "*orejas-largas*" llegaron corriendo desde la estatua para ver el hallazgo y, procedentes del campamento, acudieron presurosos el cocinero, el camarero y el fotógrafo. Al alcalde se le saltan los ojos de las órbitas y jadeaba como el que llega al término de una veloz carrera. Tanto él como Atán estaban boquiabiertos y murmuraban alabanzas al poder de mi *aku-aku*. El alcalde temblaba como un azogado. Todos los indígenas me miraban como si yo fuese un animal

extraño. Y yo me decía que aún les reservaba una sorpresa mayor.

-¿Habéis visto alguna vez una escultura como ésta? - les pregunté. No, nadie había visto ninguna. Sin embargo, todos sabían que era una antigua representación de un mamama niuhi (un delfín).

-Pues yo puedo hacer que aparezca otra parecida en el interior del círculo - dije.

El alcalde ordenó a sus hombres que siguiesen recogiendo piedras para la estatua, y nosotros cuatro proseguimos la búsqueda. Levantamos piedra tras piedra, acercándonos cada vez más a la que a mi me interesaba. Entonces el camarero nos llamó para comer. Yo ordené a mis acompañantes que me esperasen a que volviese. Quería ser el descubridor de la ballena.

Cuando estábamos almorzando en la tienda-comedor, oímos gritos y disputas a lo lejos, y poco después apareció el alcalde corriendo y presa de profunda agitación. Burlando su vigilancia, dos muchachos habían penetrado en el círculo para buscar por su cuenta y descubrieron la figura del animal marino anunciado por mí. Se la llevaban a la caverna de *Hotu Matua* con la intención de vendérmela. El alcalde no podía ocultar su preocupación, y yo, perplejo, me frotaba la nariz. ¿Qué diablos podía hacer? Aquellos dos individuos me habían despojado del honor de realizar el hallazgo, y ahora ya no podría hacer surgir la ballena que, según mi solemne afirmación, tenía que descubrir yo mismo.

Lázaro hizo regresar de la cueva a los dos muchachos, y ambos lo hicieron a regañadientes, tirando de la ballena esculpida, para dejarla donde la habían encontrado. Entonces yo advertí, estupefacto, que no la colocaban en el lugar que le correspondía. Me aproximé acompañado del alcalde, y entonces me quedé de una pieza e incapaz de pronunciar palabra. Mi ballena estaba aún en su sitio y boca abajo: nadie la había tocado. Aquellos dos rapaces que estaban ante nosotros sin poder disimular su temor ni acallar su conciencia habían encontrado una tercera figura, ésta de tamaño reducido. En vista de ello, tranquilicé a todos los presentes diciéndoles que no había ocurrido nada y que proseguiríamos la busca cuando yo hubiese terminado de comer.

-Entonces -les dije- yo encontraré una ballena mayor y más hermosa.

Cuando continuamos la búsqueda y llegamos a la zona inexplorada del círculo, observé que el alcalde y Lázaro evitaban con el mayor cuidado la losa de la ballena,

a pesar de que ya habían removido todas las restantes. Al fin, el círculo se cerró en torno a ella. -No queda ninguna más- dijo el alcalde, un tanto asombrado.

-No habéis levantado ésa- repuse, indicando con gesto interrogador la losa de la ballena.

-Claro que la hemos levantado. ¿No ve usted que muestra la cara menos descolorida?- dijo Lázaro.

Yo comprendí al punto que a aquellos dos hijos de la Naturaleza les bastaba echar una mirada a una piedra para saber si mostraba su cara quemada por el sol o la que había estado oculta. Aquella losa tenía en la parte expuesta su color más apagado, lo que les hacía creer que ellos mismos le habían dado vuelta.

-Poco importa que ya la hayáis levantado -dije-, dadle vuelta de nuevo. Acordaos de lo que sucedió cuando el señor Arne levantó la enorme piedra del *Rano Raraku* que todos vosotros conocíais tan bien.

Lázaro me ayudó a asir firmemente la losa, y entre ambos le dimos vuelta.

-¡Mirad!- fue todo lo que Lázaro pudo decir.

Contemplaba embobado la piedra, sonriendo e inmóvil como un pasmarote, mientras Atán prorrumpía en ruidosos vítores. El alcalde parecía electrizado. Sólo consiguió tartamudear: -¡Extra... extraordinario! ¡Qué *aku-aku* tan poderoso! Los "*orejas-largas*" que rodeaban la gigantesca escultura y los hombres de nuestro campamento acudieron a todo correr para contemplar la tercera ballena. Incluso los dos jóvenes pillastres que habían descubierto una por su cuenta se hallaban profundamente impresionados. El fotógrafo y yo, iniciadores de la farsa, apenas podíamos mantener la compostura, pues aquello era un verdadero colmo de extrañas coincidencias.

Eroria se limitó a mover la cabeza y decirme con toda calma que yo tenía buena suerte, verdadera buena suerte. Contemplaba arrobada las tres ballenas, y yo pensé para mis adentros que para ella aquello debía de representar una espléndida galería de retratos familiares, porque, como se recordará, su padre le había dicho que descendía de la ballena. Pero la vieja Mariana tenía algo más que decirme. Ella vivía en la choza de piedra de Leonardo, el pastor, al otro lado del valle, y Domingo, el hermano mayor de Leonardo, había pasado la noche con ellos. Cuando el viejo se despertó por la mañana, les dijo que había soñado que el señor "*Kon-Tiki*" había

pescado cinco atunes.

-Entonces aún nos faltan dos - se apresuró a decir el alcalde.

Y antes de que yo comprendiese lo que sucedía, todo el mundo estaba volviendo piedras. Algunos, en su entusiasmo, traspasaron las fronteras del círculo. Estaban absolutamente decididos a conseguir que resultase cierto el sueño de Domingo encontrando las dos ballenas que faltaban. A última hora de la tarde aparecieron dos confusos relieves de peces, que fueron aceptados inmediatamente como ballenas, y los indígenas, con aire triunfal, alinearon las cinco figuras sobre la arena. El alcalde cogió una piedra y trazó con ella una línea curva en la arena, frente a las figuras. Luego abrió un pequeño hoyo en el centro de la cueva y dijo: -Ya está hecho.

Después se situó con Lázaro junto a la línea y ambos entonaron un fragmento de la vieja canción de *Hotu Matua*, moviendo rítmicamente las caderas como los danzantes de *huía*. Después de cantar otro pasaje, guardaron silencio, y así, con breves interrupciones, siguieron cantando hasta que cayó la noche y todos se fueron a sus casas.

A la mañana siguiente, muy temprano, Lázaro se presentó en el campamento con un saco al hombro y consiguió entrarlo en mi tienda sin que nadie lo viese. Cuando lo dejó en el suelo, oí ruido de piedras. Desde entonces Lázaro se convirtió en un asiduo visitante nocturno de mi tienda. Trabajaba con los demás durante el día y se iba a dormir con ellos a la caverna al oscurecer; pero a medianoche se deslizaba entre sus compañeros dormidos, montaba a caballo y desaparecía por las lomas en dirección oeste. Y a la mañana siguiente yo tenía otro saco sobre el piso de mi tienda.

El alcalde estuvo sobre ascuas durante tres días, y, al fin, ya no pudo contenerse más. Ambos nos internamos en el pedregal para sostener una larga conversación.

Comenzó diciéndome que un amigo suyo tenía una gran estatua roja oculta en su jardín. La figura no estaba catalogada, y su amigo le había prometido entregármela. Así me la podría llevar a bordo para que me diera buena suerte. Yo le expliqué que no se permitía el transporte de monumentos de esta índole: estaban protegidos por la ley. El alcalde no pudo ocultar su confusión y su desencanto al ver que yo no aceptaba su ofrecimiento. Se veía a la legua que ardía en deseos de ganarse mi

simpatía. Terminó por decirme con toda calma que hablarla con sus hombres. Varios de ellos poseían cuevas familiares. Tratarla de persuadirlos. Pero yo habría de tener cuidado en no dejarme engañar si alguien me traía extrañas piedras que parecían recién frotadas, aunque sus dueños mintiesen diciendo que se las habían encontrado o las habían hecho ellos mismos.

-Sepa usted que temen hablar abiertamente de estas cosas -añadió-. Además, tienen la costumbre de lavar las piedras de las cavernas para que se conserven limpias.

Yo le dije, muy serio, que no debían hacer semejante cosa, pues echaban a perder las piedras.

Entonces el alcalde cometió su primera indiscreción. Dijo que su padre le había recomendado que lavase las piedras.

-Pues debe limitarse a quitarles el polvo soplándolas -repliqué-. De lo contrario, desgastará la superficie de la piedra.

La idea pareció excelente al alcalde. Me dijo que yo sabía muchas cosas y que difundirla mi consejo entre sus paisanos. Pero le causaban gran preocupación los filamentos vegetales y los huevos de insectos que penetraban en los poros de la lava. En las cuevas abandonadas había numerosas figuras agrietadas y echadas a perder por este motivo. Y, sin darse cuenta de su indiscreción, añadió que él lavaba sus figuras todos los meses.

Yo recibí esta información sin inmutarme, y como resultado de ello la lengua del alcalde empezó a desatarse de verdad. Me confió que empleaba quince noches en la ceremonia de los lavados, pues, en su calidad de hermano mayor, era responsable de cuatro cavernas. Su mujer tenía que ir a pescar mientras él se ocupaba en la conservación de las piedras, y, además, no podía ayudarle porque pertenecía a otra familia. El alcalde tenía que entrar en la cueva solo y no hacer el menor ruido mientras se hallaba en su interior. Debía darse prisa, cogiendo unas cuantas piedras al azar y saliendo al punto apresuradamente para lavarlas. Me dijo también que en una de las cuevas tenía dinero en monedas de hierro. Pero las cavernas eran húmedas y por este motivo no había en ellas figuras de madera. En cambio, había heredado otras dos cuevas del tipo ana miro, que eran muy diferentes y estaban repletas de tallas. Sin embargo, aún no había podido descubrir los ocultos accesos a

aquellas dos, cavernas. Había estado tres veces en el lugar donde debían hallarse y asado una gallina en un horno abierto en la tierra para que el olor le ayudase a encontrarlas, pero hasta entonces tal requisito no había dado resultado. No obstante, estaba dispuesto a repetirlo.

Para terminar, me dijo que su *aku-aku* le había aconsejado últimamente que cogiera objetos de las demás cavernas para dárselos al señor "*Kon-Tiki*", a pesar de que su padre le ordenó que jamás, absolutamente jamás, sacase nada de las cuevas familiares. Y añadió que si yo le daba unos pantalones, una camisa, un pedacito de tela y unos cuantos dólares, él los ocultarla en su caverna para echar mano de ellos cuando algún pariente los necesitara de verdad. Así, ambos podríamos esperar tranquilamente el curso de los acontecimientos.

El alcalde obtuvo lo que deseaba, pero durante algún tiempo nada ocurrió. Entre tanto, la tarea de levantar la estatua se había prolongado por más de dos semanas y faltaba poco para que el gigante estuviese en posición vertical. Los "*orejas-largas*" trabajaban entonces con verdadero afán, pues el gobernador había recibido un telegrama en el que se le notificaba que el barco de guerra Pinto se dirigía a la isla de Pascua. El mes de febrero estaba muy avanzado y la visita que la civilización efectuaba todos los años a la isla era inminente.

El alcalde ardía en deseos de ver a la estatua en pie, para que el capitán del barco de guerra viera por sus propios ojos al coloso erguido. Dicho capitán se convertirla, como ocurría siempre, en la suprema autoridad de la isla tan pronto como desembarcara, y el alcalde deseaba que redactase un informe favorable para el Presidente de Chile.

Al decimosexto día, el alcalde pidió cuerdas para levantar la estatua y sostenerla en el momento en que empezase a adquirir la posición vertical; pero todos los rollos de cuerda importados por nosotros estaban ya en servicio en diferentes puntos de la isla. De aquí que aquella noche fuéramos en el jeep a visitar al gobernador para preguntarle si tenía alguna cuerda disponible". Cuando nos vio, nos dijo que acababa de recibir un radiograma anunciándole la llegada del Pinto para el día siguiente, después de un crucero de diez jornadas. El alcalde se puso muy serio. Ya no podría terminar de poner en pie la estatua, pues cuando llegase el Pinto todos se dedicarían a cargar lana y descargar harina, azúcar y otros artículos de primera

necesidad que debían durar todo el año. El gobernador se mostró muy apenado, pero dijo que tanto los "*orejas-largas*" como mis peones indígenas tenían que suspender el trabajo y presentarse ante él al día siguiente. Alicaídos, atravesamos el pueblo para dirigirnos a casa del Padre Sebastián, con el fin de informarle de los últimos progresos de nuestra obra. Le dije al oído que todos mis esfuerzos para procurarme el acceso a una cueva familiar habían fracasado por el momento. Lo único que había logrado era tener a bordo una notable colección de esculturas.

Cuando nos dirigíamos a la casa del sacerdote, el alcalde me propuso de pronto que ambos nos uniéramos para concentrarnos en nuestros respectivos *aku-akus*, a fin de conseguir que nos ayudasen a demorar la llegada del Pinto, pues necesitaba un día más para terminar el trabajo. Don Pedro Atán estaba sentado en la caja de las herramientas, silencioso y en actitud respetuosa, entre el fotógrafo y yo, rudamente zarandeado y sujetándose con rostro ceñudo para no dar de cabeza en el techo. Al volver de nuestra visita al Padre Sebastián atravesamos de nuevo la aldea y nos dispusimos a virar hacia la izquierda de la encrucijada donde empezaba el camino que el jeep debía tomar para ir a *Anakena*. Entonces vimos al gobernador de pie ante nosotros, bañado por la luz de los faros y señalando un voluminoso rollo de cuerda que había a un lado del camino. Nos comunicó que acababa de recibir otro radio. El Pinto no llegarla hasta dos días después.

Yo me recliné en el asiento, riéndome interiormente. El fotógrafo, que empuñaba el volante, apenas podía contener la risa. Era la coincidencia más singular que hablamos presenciado. Sólo al alcalde le pareció aquello la cosa más natural del mundo.

-Lo hemos conseguido - me susurró al oído.

Yo no supe qué decir. Me limité a mover la cabeza, estupefacto, mientras seguíamos dando tumbos a través de las tinieblas que cubrían la isla de Pascua.

Lo que nadie sabía aún era que los "*orejas-largas*" necesitaban dos días más de trabajo en vez de uno, lo cual echaba a rodar los planes del alcalde. Pero él lo ignoraba en aquel momento, y, entre tanto, se regodeaba ante la fuerza combinada de nuestros *aku-akus*. Este excelente estado de espíritu se transformó, transcurrido algún tiempo, en una leve sospecha de que, al fin y al cabo, debía de haber sido mi *aku-aku* el que había conseguido aquel éxito. Así lo deduje cuando don Pedro,

inesperadamente, empezó a hablarme en voz baja de las cosas extraordinarias que guardaba en sus cavernas. Él nunca había sacado de ellas ninguna de aquellas maravillas que constituían su herencia, pero, a la sazón, su *aku-aku* le tentaba cada vez más a hacerlo.

El día siguiente fue el decimoséptimo de los trabajos en la estatua. Todos esperábamos que aquel día quedarla en pie. De pronto hizo su aparición una vieja arrugada, que dispuso algunas piedrecillas en mágico semicírculo sobre la enorme losa que servirla de pedestal a la figura. Se acercó a mi y me ofreció un gran anzuelo de piedra negra, perfectamente torneado y tan pulido que brillaba como el ébano. Me dijo que lo había encontrado aquel mismo día como señal de buena suerte. Yo no había visto nunca a aquella anciana de cabellos grises. Era una criatura endeble, encorvada y menuda que a pesar de sus amigas mostraba restos de una belleza aristocrática en su rostro, iluminado por unos ojos astutos y centelleantes. El alcalde me susurró que era hermana de su padre, la única que aún vivía. Se llamaba Victoria, pero prefería su nombre indígena, *Tahutahu*, que significaba "brujería". Había bailado durante toda la noche frente a la caverna para traerles buena suerte e impedir que el gigante cayera cuando se separase de pronto de la columna de piedra.

El coloso no se cayó, pero tampoco se le pudo levantar por completo. Al término del decimoséptimo, día aún estaba inclinado. Al día siguiente se le hubiera colocado a buen seguro en posición vertical si los "*orejas-largas*" hubiesen dispuesto del tiempo necesario. Pero ese día tuvieron que acudir todos al pueblo para asistir al gran acontecimiento del año: la visita del barco de guerra. Con gran disgusto del alcalde, el gigante quedó condenado a permanecer en su poco digna posición, inclinado como un borracho, apoyándose con las narices en el montón de piedras. Así recibiría la visita del capitán del buque.

Cuando llegó la noche, solamente quedaron en el campamento nuestros guardianes. Los demás fuimos a bordo, porque al amanecer teníamos que hacer a la mar para dar escolta al barco de guerra hasta *Hanga Roa*. Los indígenas debieron de pensar que las rutas vírgenes de los mares que rodeaban su isla, donde el horizonte siempre estaba suspendido como un delicado hilo de araña entre dos matices de azul, se convertían repentinamente en un centro, de actividad marítima. Al día

siguiente, una mosca y un mosquito aparecerían de pronto en el horizonte, como colgados del tenue hilo de araña, y más tarde dos barcos fondearían de costado frente a la aldea.

Habla una tercera embarcación que durante aquellos días tuvo más ocupados que de costumbre a los nativos. No estaba acorazada con planchas de acero, sino entretejida con áureas espadañas. Los propios indígenas la habían botado en *Anakena*. La teníamos entonces sobre la cubierta de nuestro barco, brillando al sol como un pedazo de oro. Se construyó para realizar un experimento, pero cuando la botaron y empezó a mecerse en el mar, se introdujo navegando en la telaraña de secretos que rodeaba a las cuevas familiares.

Todo empezó cuando Ed se introdujo a rastras bajo las losas de piedra de las estrechas ruinas que coronaban los acantilados de *Orongo*, donde descubrió nuevas pinturas murales, que se sumaron a las ya conocidas. Los hallazgos más curiosos consistían en un ojo lagrimeante, motivo típico de los indios americanos, y varias pinturas de la techumbre que representaban embarcaciones de espadaña en forma de media luna y provistas, de mástiles. En el costado de uno de aquellos barcos se velan varias ligaduras y, sobre él, una vela cuadrada de gran tamaño.

Sabido es que en la Antigüedad los habitantes de la isla de Pascua construyeron curiosos botes de espadaña de una y dos plazas idénticos a los que construían los incas y que los predecesores de éstos utilizaron frente a las costas del Perú desde tiempo inmemorial. Pero nadie supo hasta entonces que los antiguos moradores de la isla de Pascua hubiesen construido botes de espadaña suficientemente grandes para llevar vela. En cuanto a mi, tenía razones particulares para sentirme interesado: había navegado por el lago Titicaca en botes similares, tripulados por indios de la meseta de Tiahuanaco. Sabía que se trataba de espléndidas embarcaciones, de una increíble capacidad de carga y gran velocidad. Durante la época de la conquista española se utilizaban también grandes embarcaciones de este tipo y material en el mar abierto frente a las costas del Perú, y los antiguos dibujos sobre vasijas¹² de la época preincaica muestran que durante el periodo más antiguo de la civilización peruana se construyeron verdaderos barcos de espadañas del mismo modo que los antiguos egipcios construyeron naves de papiros. Las

¹² Véase lámina LXXXI y las figuras de las páginas 588-589 de la obra de Thor Heyerdahl *American Indians in the Pacific*, Oslo, Estocolmo, Londres, 1952

balsas de madera especial y las naves de espadaña eran utilizadas como medio de transporte. No se podían hundir y, por esta causa, los antiguos peruanos sentían especial predilección por ellas para realizar el comercio marítimo. Yo sabía también que estos botes podían flotar durante muchos meses sin empaparse de agua y que un bote de espadaña del lago Titicaca que unos peruanos amigos míos bajaron al Pacífico demostró las más perfectas cualidades marineras y avanzó a doble velocidad que una balsa.

Y de pronto aparecían barcos de este material en una vieja pintara descubierta por Ed en el techo de una casa en ruinas, la número 19, en el borde del cráter del mayor volcán de la isla de Pascua. No sólo descubrimos una representación de esta clase de embarcaciones, sino que también encontramos las espadañas que sirvieron para construirlas. En el abismo que se abría a nuestros pies, a un lado del poblado en ruinas de los hombres-pájaros, el océano media sus fuerzas con las rocas, arrojando espuma salada, mientras allá abajo, en la parte opuesta del pueblo, se extendían las aguas del silencioso lago del cráter, medio oculto por espadañas gigantescas de una clase especial. Éstas eran las espadañas que habían empleado los antiguos isleños.

Cualquier indígena podía hablar al visitante de cierta minúscula embarcación llamada pora, que utilizaba cada uno de los participantes en la carrera en que se disputaba el primer huevo del año puesto en la isla de los pájaros.

Yo sabía también que aquella variedad de espadaña que crecía en la profundidad del cráter constituía una verdadera curiosidad botánica. Se trataba de una especie de espadaña específicamente americana, la misma que crecía en las orillas del lago Titicaca, y su presencia en un cráter de la isla de Pascua resultaba en extremo sorprendente. Con estas mismas plantas, los indios peruanos construían sus extrañas embarcaciones en las orillas del lago Titicaca y las cultivaban en las ciénagas artificialmente irrigadas esparcidas, a lo largo de las desiertas costas del Perú, para poder construir sus botes tradicionales en parajes donde resultaba difícil procurarse madera de balsa. ¿Cómo llegó esta espadaña americana, esta planta de agua dulce, hasta la isla de Pascua? El Padre Sebastián y los indígenas tenían una respuesta especial para esta pregunta. Según la tradición, la espadaña no era en su origen una planta silvestre, como otras muchas de la isla, sino que fue plantada

cuidadosamente a orillas del lago por sus antepasados. La leyenda concedía este honor a uno de los primeros pobladores de la isla, llamado *Uru*, el cual descendió al cráter provisto de algunos rizomas y plantó la primera espadaña. Cuando ésta se desarrolló cogió otros rizomas y los plantó primero en la laguna del cráter del *Rano Raraku* y luego en el *Rano Oroí*. Aquellas altas espadañas eran una de las plantas más útiles de la isla: no sólo las empleaban para construir naves, sino también para edificar casas y hacer esteras, cestos y sombreros. Incluso hoy día los indígenas bajan regularmente a la laguna del cráter en busca de ellas. Y en una brillante charca situada en el centro de la ciénaga que teníamos: a nuestros pies divisamos, con ayuda de nuestros prismáticos, una gran balsa de espadaña construida por unos niños para bañarse desde ella.

Sentí deseos de hacer una *pora*. Este tipo de embarcación sólo se conocía por un antiguo dibujo primitivo y ningún hombre actual podía decir exactamente cuál era su aspecto y cómo se la utilizaba en el mar abierto.

-Los hermanos Pakarati podrán ayudarle -me dijo el Padre Sebastián, muy interesado por la idea que sometía a su consideración-. Son cuatro viejos muy divertidos, pero verdaderas autoridades en lo que concierne a cuestiones náuticas y pesqueras. "Sí", afirmaron al unísono Pedro, Santiago, Domingo y Timoteo; ellos podrían construirme una *pora*. Pero yo debía proporcionarles buenos cuchillos y concederles el tiempo suficiente para dejar que las espadañas se secasen. Los cuatro viejos recibieron sus cuchillos y se fueron al lago del *Rano Raraku*. El viejo Timoteo me explicó que había dos clases de embarcaciones de este material: una era individual y la utilizaban los que iban a los islotes cercanos en busca de huevos; la otra tenía cabida para dos tripulantes y se destinaba a la pesca de altura. Les pedí que me hiciesen una de cada clase. Las espadañas, que sobrepasaban en mucho la altura de un hombre, se cortaron de raíz y se pusieron a secar en el fondo de la cantera de las estatuas del interior del cráter; entonces los cuatro viejos montaron a caballo y se dieron una vuelta por la isla para buscar arbustos de *matute* y *hau-hán*, de cuya corteza obtendrían las cuerdas especiales con que atarían las espadañas a la manera tradicional.

Me pareció que transcurriría una eternidad antes de que los viejos tuviesen a punto las espadañas, pues, apenas dejaron ellos el cráter en que habían puesto a secar las

que habían cortado, se presentaron otros indígenas a caballo y se llevaron grandes brazadas. Las espadañas eran muy utilizadas para hacer esteras y colchonetas, y resultaba mucho más sencillo apoderarse de las que ya estaban cortadas que cortar otras de las que crecían junto al lago. Así es que los cuatro viejos tuvieron que empezar de nuevo la tarea, empuñando sus cuchillos.

Un día, mientras las espadañas verdes se secaban en el cráter del *Rano Raraku*, cargué con una tienda y descendí al fondo del otro volcán, en el borde de cuyo cráter se hallaba el poblado en ruinas de los hombres-pájaros. Thor aún no se había trasladado para ayudar a Ed, y me acompañó cuando descendí por las empinadas paredes del volcán hacia el interior del cráter. Era aquél el espectáculo más desolado y grandioso que hablamos contemplado en la isla. Después de bajar por el único sendero existente en las paredes de la gran concavidad no encontramos ya ni un palmo de terreno llano, a no ser el vasto y rezumante cenagal que se extendía como un verde campo de espinacas en el fondo de aquel gigantesco caldero, cuyas paredes se erguían altivamente hacia el cielo. El fotógrafo también nos acompañaba. Saltaba por los riscos y quebradas con la agilidad de una cabra montés, pero no le era tan fácil avanzar por el aguazal que ocupaba el fondo del cráter. La pendiente en que nos hallábamos era muy acusada, y si poníamos el pie en la ciénaga nos hundíamos en el agua, o la superficie se mecía bajo nuestros pies, como si estuviéramos en equilibrio sobre una tensa lámina de caucho.

Al pie de la ladera tuvimos que construir una pequeña plataforma de ramaje cubierta de espadaña que sirviera de base horizontal a nuestra tienda, pues de lo contrario no nos habríamos podido tender sin rodar hasta la ciénaga. Cuando no se levantaba un precipicio vertical sobre nuestras cabezas, se alzaba un pedregal interminable, tan empinado que el menor intento por escalarlo podía provocar un alud de rocas. En los pocos sitios donde las laderas no eran tan empinadas y podíamos cruzarlas, los árboles y arbustos nos habían tomado la delantera formando una densa espesura. Los habitantes de la isla de Pascua habían obtenido su madera de las profundidades de aquel cráter desde tiempo inmemorial. Por una vez, con abundancia de leña a nuestro alcance, gozamos del lujo de tener una buena fogata de campamento, chispa amistosa encendida de nuevo en aquel volcán extinto. Cuando finalmente nos retiramos a nuestra tienda para pasar la noche,

entonamos un canto de alabanza en honor de *Uro*, el navegante desconocido gracias al cual disponíamos de tan maravilloso colchón de espadaña.

Hasta entonces nadie había hecho perforaciones para reconocer aquella gigantesca ciénaga, y nosotros teníamos la intención de pasar varios días con sus noches en el volcán con dicho fin. De dar crédito a la leyenda, allí fue donde se plantaron por primera vez las espadañas que sirvieron para construir barcos, y que, como bien sabíamos, procedían de América del Sur. Los primeros españoles que llegaron a la isla desde el Perú reconocieron en aquella valiosa planta de agua dulce la totora de los incas, y los botánicos modernos han demostrado que tenían razón. Era nuestra intención efectuar perforaciones en el lodazal, tan profundas como permitiese nuestro taladro de ocho metros, a fin de obtener muestras de turba. Sabíamos que, procediendo de una ciénaga como aquélla, las más diversas clases de polen se conservarían intactas por tiempo indefinido, y a nuestro regreso a Europa, el profesor Olof Selling, de Estocolmo, analizarla las muestras y determinarla la vida vegetal de la isla de Pascua a través de las edades.

En el mejor de los casos, el polen conservado en la turba nos diría si la isla de Pascua había estado cubierta alguna vez por bosques y también la fecha en que fue introducida la espadaña sudamericana en el lago del cráter. Saltaba a la vista que esto había sucedido hacía mucho tiempo, pues aquel gran lago, que tenía más de ciento veinte hectáreas de superficie, estaba tan densamente recubierto de totora verde, que parecía una enorme plantación de caña de azúcar, en la que sólo se destacaba alguna que otra mancha pardusca y fangosa formada por una maraña de plantas muertas. Parecía que el menor intento de cruzar aquella superficie representara un gran peligro, pero esto no era más que una cuestión de práctica. Los indígenas, que habían atravesado la ciénaga durante generaciones, conocían los sitios seguros y los senderos que conducían a algunas de las charcas abiertas al aire libre. Cuando los aldeanos sufrían las consecuencias de la sequía tenían que escalar aquel volcán altivo y bajar luego hasta las profundidades del cráter para sacar agua del pantano. Los indígenas creían que la ciénaga no tenía fondo, y el Padre Sebastián nos había dicho que alguien dejó caer una sonda de ciento cincuenta metros en una de las charcas sin alcanzar el terreno firme.

El sol tardó en llegar a las profundidades del volcán y nosotros nos despertamos.

Mientras soplábamos el fuego humeante para preparar el café de la mañana, Tepano, el capataz indígena de Ed, que debía guiarnos por el lodazal, se descolgó trabajosamente por la ladera. Teníamos intención de dirigirnos a determinadas zonas que yo había elegido para realizar mis sondeos de prueba. Nuestro guía nos obligó a realizar un paseo harto singular: tan pronto como pusimos nuestra planta en la movediza ciénaga, tuvimos que penetrar, quieras que no, en una espesa jungla de espadañas gigantes, tan juntas y apretujadas como las cerdas de un cepillo y tan altas como las paredes de una habitación corriente. Aquellas lozanas y verdes plantas surgían de una enorme acumulación de fibras muertas, cuyas duras maderas se enredaban en nuestras piernas y parecían tirar de nosotros para hacernos caer en una interminable telaraña de materia en putrefacción. De ello sólo podíamos librarnos poniéndonos gruesos haces de tallos bajo el vientre mientras avanzábamos a gatas o a rastras.

Cuando conseguimos atravesar aquella espesa barricada que flanqueaba la orilla del lago, vimos extenderse ante nosotros toda la ciénaga del cráter semejante a una falda escocesa formada con todos los matices posibles de los colores castaño, amarillo, verde, azul y negro. En algunos puntos teníamos que vadear aguas de escasa profundidad, chapoteando en la turba flotante que aquéllas recubrían y que oscilaba, subiendo y bajando; en otros puntos nos hundíamos a cada paso hasta las rodillas en el musgo y el cieno, y entonces, ante el gorgoteo y el burbujeo que percibíamos a nuestro alrededor parecía que íbamos a vernos arrastrados a insondables profundidades si no nos apresurábamos a dar un paso más. Aquí y allá se abrían estrechas grietas en la turba flotante, mostrando unas aguas parduscas, y aquella masa se agitaba violentamente cuando saltábamos para cruzarlas.

Surgían también a nuestro paso numerosos grupos de tetaras gigantes formando pequeñas espesuras, y al salir trabajosamente de una de ellas, Tepano, Thor y yo nos hundimos en las aguas de una zona despejada pero completamente cubierta de un barro verde. Tepano nos aseguró que no corríamos ningún peligro siempre que supiéramos nadar. No tardamos en parecer tres ondinas por estar cubiertos de lodo de pies a cabeza. El sol cala a plomo en aquel caldero infernal donde no soplaban ni una brizna de aire y hasta las oscuras charcas abiertas llegaron a atraernos; al fin decidimos chapuzarnos en ellas para limpiarnos. El agua estaba tibia en la

superficie, pero más abajo estaba como el hielo. Tepano nos rogó con insistencia que mantuviésemos la cabeza en el exterior, pues una vez un indígena se zambulló allí y no pudo volver a la superficie: se extravió bajo la capa de turba flotante.

No dimos con lugares adecuados para realizar sondeos. Si intentábamos clavar el trépano, éste atravesaba la turba y se hundía en aguas libres. Frecuentemente, aquella tenía un espesor de tres o cuatro metros y era un enmarañado amasijo de espadañas muertas. Sondeamos las charcas y registramos las más diversas profundidades, pero nunca conseguimos alcanzar el fondo del lago del cráter, pues, invariablemente, se interponía en el camino de la sonda alguna masa de turba. Tepano nos reveló que aquellas lagunas no estaban siempre en el mismo sitio, sino que cada año se hallaban en una parte distinta: todo estaba en movimiento en las profundidades de aquel caldero diabólico.

Antes del anochecer, Tepano nos dejó para trasponer el borde del cráter y regresar al poblado, y lo mismo hizo el fotógrafo. Thor y yo nos quedaríamos en el fondo de la imponente concavidad durante unos días para ver si teníamos más éxito en los sondeos. Conocíamos ya los secretos de la ciénaga; cada vez que íbamos a pisar en ella podíamos deducir, del color y las substancias, lo que nos sucedería.

Al día siguiente, cuando cruzábamos la ciénaga para dirigirnos a la pared opuesta, del cráter, advertimos de pronto que había un muro de piedra de unos cuatro metros de altura al borde mismo del lodazal. Estaba cubierto de maleza y de puñados dispersos de hierba verde, y cuando trepamos por él nos hallamos sobre una antigua plataforma construida por la mano del hombre. Desde este lugar vimos cuatro o cinco muros semejantes que subían formando terrazas escalonadas por las paredes del cráter, y cuando empezamos a recorrerlas, no sin grandes dificultades, descubrimos unas aberturas bajas y rectangulares que daban acceso a mansiones subterráneas de piedra de un tipo que hasta entonces únicamente hablamos visto en el poblado en ruinas de los hombres-pájaros que se asentaba en los acantilados de *Orongo*. O sea que hablamos descubierto un conjunto de ruinas desconocido incluso por los aborígenes o que, al menos, éstos no habían mencionado ante ningún hombre blanco. Algunas de las piedras de las paredes estaban cubiertas de desgastados relieves en los que se velan figuras de seres humanos, pájaros, entes fabulosos y caras grotescas de ojos alucinantes. Los más notables representaban

una pareja de hombres- pájaros y un cuadrúpedo de cabeza humana. Aquellas terrazas se habían utilizado en otros tiempos para la agricultura, por lo que recogimos, al pie de la pared inferior y al mismo borde de la ciénaga, numerosas muestras de tierra y turba para investigar su contenido en polen.

Al cuarto día de nuestra permanencia en el cráter, cuando mi hijo y yo, sentados en el suelo, tapábamos nuestros tubos de ensayo con parafina fundida, el capitán de nuestro barco bajó corriendo por las paredes del volcán para comunicarnos que Arne acababa de hacer un nuevo descubrimiento en el *Rano Raraku*: había desenterrado el cuerpo de una estatua gigantesca de la que hasta entonces sólo se había visto la cabeza sobre el suelo. Y en el pecho de la figura había aparecido la imagen de un gran barco de totora con tres mástiles y varias velas. De la cubierta de la embarcación partía una larga cuerda que llegaba hasta una tortuga esculpida sobre el vientre del gigante.

Recogimos nuestras cosas y dejamos a nuestra espalda las profundidades del mundo volcánico del *Rano kao*. Mientras Thor subía al poblado en ruinas donde trabajaba Ed, yo me fui al *Rano Raraku* en el jeep acompañado del capitán. Arne me mostró su reciente descubrimiento, rodeado por todos sus excavadores indígenas, que, henchidos de orgullo, contemplaban con veneración la antigua nave que había pescado una tortuga sobre la panza del *moai*. Todos estaban convencidos de que tenían ante sí el mismísimo barco de *Hotu Matua*, pues éste desembarcó en la isla en compañía de algunos centenares de hombres llegados a bordo de dos naves de tal capacidad, que Oroí, el peor enemigo de *Hotu Matua*, pudo hacer la travesía como polizón. Ya no quedaban *honu*, o sea tortugas, en la isla, pero cuando *Hotu Matua* arribó a ella, uno de sus hombres resultó herido al tratar de apoderarse de un corpulento ejemplar en la playa de *Anakena*.

Se sacaron a relucir una vez más los relatos de las grandes hazañas de sus antepasados, y los indígenas me obsequiaron con fragmentos de las conocidísimas leyendas de *Hotu Matua*, recogidas por el Padre Roussel y Paymaster Thomson a fines del siglo pasado. Todos podíamos ver que aquella nave era de un tipo sumamente extraño y muy diferente de las embarcaciones europeas, aunque costase comprender que los antiguos escultores de la isla de Pascua construyesen naves de varios palos. Sin embargo, había que tener en cuenta que también se

habría dudado de que aquellos hombres pudieran ser los autores de unas estatuas cuya altura equivalía a la de una casa de cuatro pisos, de no ser porque aún se conservaban tales esculturas gracias a la duración de la piedra utilizada para labrarlas. Evidentemente, aquellos infatigables genios de la ingeniería no fueron solamente expertos canteros y constructores, sino que aún se destacaron más como marinos, puesto que consiguieron encontrar la ruta de aquel minúsculo puerto, el más solitario del mundo, donde durante siglos pudieron dedicarse en paz a la tarea de esculpir sus estatuas. Si poseían la totora y la utilizaban para construir pequeñas balsas, ¿qué inconveniente había para admitir que, atando manojos más gruesos y en mayor número, pudiesen haber aumentado las dimensiones de sus naves cuando sus necesidades lo requerían? Los primeros europeos que arribaron a la isla de Pascua no vieron que nadie se ocupara en construir barcos, pero tampoco vieron hombres dedicados a esculpir estatuas. Las únicas embarcaciones que allí conocieron los europeos fueron minúsculas y estrechas canoas que apenas podían contener de dos a cuatro hombres en un mar tranquilo y balsas de espadañas de menores dimensiones. Pero el hombre blanco llegó a la isla durante el tercer periodo, es decir, el que podríamos llamar bárbaro, y entonces las guerras y disensiones internas habían aniquilado ya todo lo que restaba de la antigua cultura y las sangrientas pugnas impedían toda colaboración entre los diversos grupos de familias.

En tan caóticas condiciones, cuando el pueblo dividido se pasaba la mayor parte de su vida en el interior de sus refugios subterráneos o cerca de ellos, no podía esperarse que aquella gente se reuniera para construir barcos.

Esto explica que los relatos históricos hayan registrado la existencia de sólo dos míseros e insignificantes tipos de embarcaciones en la isla de Pascua: una pequeña canoa polinesia de balancín llamada *vaka ama* y una reducida balsa sudamericana de totora denominada *pora*, ambas demasiado pequeñas para que el hombre pudiese llegar con ellas hasta la isla más solitaria del mundo. Pero, la tradición indígena conservaba vividas descripciones de grandes naves utilizadas para largas travesías por sus antepasados en la remota edad de oro. Durante el siglo pasado, al Padre Roussel le contaron que hubo en la isla navíos capaces de transportar cuatrocientos pasajeros y que tenían una altiva proa semejante al cuello de un cisne

y una popa igualmente elevada y dividida en dos partes separadas. Entre las embarcaciones de totora que decoran las antiguas vasijas peruanas abundan las de este tipo. Pero la tradición de la isla de Pascua nos había también de otras clases de naves antiguas. El Padre Sebastián sabía que existió una gran nave cuya forma se acercaba a la de una balsa o barcaza. Ésta recibía el nombre de *vaka poepoe* y también se utilizaba para emprender largos viajes llevando mucha gente a bordo.

Desde que Ed y Arne, cada uno por su lado, habían descubierto sendas imágenes de naves de espadaña, permanecíamos ojo avizor ante la posible aparición de nuevas figuras naviformes. Descubrimos varias esculpidas en las estatuas y en la misma cantera: en ellas se distinguían claramente los haces de totora, y Bill halló una con mástil y vela cuadrada. En el lado inferior de un coloso caldo de diez metros de longitud, Cari descubrió un barco de totora cuyo mástil subía hacia el pecho atravesando el redondo ombligo de la figura; y en *Orongo*, Ed encontró, pintada en una techumbre, otra nave, y ésta llevaba una pequeña vela redonda en el segundo de sus tres mástiles.

Y aún tuvimos la suerte de obtener más pruebas tangibles de la existencia de aquellos grandes navíos. En muchas partes de la isla hablamos visto amplias carreteras pavimentadas que desaparecían en el mar. Andando el tiempo, estas misteriosas obras motivaron la aparición de gran número de hipótesis y teorías fantásticas, y fueron uno de los soportes principales de quienes creen que la isla de Pascua es la única parte visible de un continente sumergido. Los partidarios de esta tesis manifestaban que, sin duda alguna, aquellas carreteras pavimentadas continuaban por el fondo marino y, si fuera posible seguirlas, se llegaría a las ruinas de Mu, el continente hundido.

Nosotros las podíamos seguir: recuérdese que en nuestra expedición figuraba un buceador. Fuimos, pues, en su compañía hasta el más próximo de aquellos caminos que desaparecían en las profundidades.

Era digno de ver el buceador; parecía un marciano con su traje de goma verde, sus lentes submarinos y sus botellas de aire comprimido cuando iba carretera abajo en dirección al legendario Mu, produciendo una especie de palmoteo con sus pies de pato sobre las bruñidas losas de la calzada. En una de sus manos se mecía un estuche herméticamente cerrado, de color fuego y parecido a una linterna, que con

tenía una máquina fotográfica. Nos hizo un gracioso ademán de adiós cuando dejó el pavimento seco y penetró en el mar, dispuesto a llegar a Mu. Poco después sólo velamos las botellas de su escafandra autónoma sujetas a la espalda y sus aletas que avanzaban chapoteando. Luego el buceador desapareció completamente, y sólo las burbujas que a intervalos regulares reventaban en la superficie nos indicaban el camino que seguía. Era evidente que el hombre-pepe no se desviaba por ningún atajo para llegar a Mu. No tardamos en ver sus burbujas dirigiéndose hacia la izquierda y luego volver hacia la derecha y, poco después, zigzagueando y describiendo anillos y espirales. Al fin vimos asomar en la superficie la cabeza de nuestro hombre, quien emergía para orientarse con respecto a la carretera terrestre. Otra vez se enfrascó en su búsqueda submarina, avanzando mar adentro y yendo de derecha a izquierda y, finalmente, renunció a su propósito y empezó a nadar hacia tierra para rendir su informe. -No hay postes indicadores allá abajo, ¿verdad? -¿Ninguna sirena pudo informarte? Las preguntas llovían sobre el pobre buceador. Éste no había visto el menor indicio de carretera. La calzada no iba más allá del rompiente. Después sólo se encontraban cornisas y rocas, corales agrupados en abanico y profundas grietas, y al fin, repentinamente, el roqueño fondo marino cala hacia las brumosas profundidades azules, en un lugar donde el explorador pudo ver algunos peces de gran tamaño.

Ello no nos sorprendió excesivamente. Los oceanógrafos dejaron bien sentado hace ya mucho tiempo, basándose en las muestras de sedimentos recogidos en el lecho del Pacífico, que en la Polinesia las masas terrestres no han sufrido movimientos ascendentes ni descendentes desde que el hombre existe. De nuevo tuve que recurrir a los indígenas. Ninguno de ellos recordaba para qué se habían utilizado las amplias carreteras pavimentadas que conducían al mar, pero éstas tenían un nombre: apapa, palabra que significaba "descargar". Esto confirmó nuestras sospechas: se trataba de muelles de descarga o varaderos por los que eran arrastrados los grandes navíos procedentes del mar. Una de tales apapas descendía hasta una cala de escaso fondo situada al pie de la gran plataforma de un templo, en la costa meridional. Aquella caleta estaba tan atestada de grandes rocas, que los antiguos navegantes tuvieron que derribar muchas para formar un amplio pasillo que permitiera a las naves llegar hasta el varadero.

En lugares poco profundos de este canal había tres gigantescos tocados rojos abandonados. Dos de estas piedras colosales estaban tan juntas que hacían pensar que las había transportado la misma nave, a menos que aquellas piedras hubiesen sido colocadas en la proa y la popa, respectivamente, de dos naves que avanzaran en fila. Éste fue el primer indicio que tuvimos de que los antiguos escultores debieron de enviar algunas de sus pesadas obras por vía marítima a lo largo de la costa. Estábamos ya seguros de que poseían naves capaces de transportar una carga de veinte toneladas, o, en el caso de no llevar mercancías, casi doscientos hombres. Más adelante obtuvimos pruebas de que incluso estatuas se habían transportado por mar para desembarcarlas en lugares donde únicamente una balsa de espadaña o de troncos, ancha de manga y de muy poco calado, podía haberse acercado a tierra con tan pesada carga.

Mientras, uniendo aquellos retazos sueltos, empezábamos a obtener una imagen más clara de las notables realizaciones marítimas de los isleños prehistóricos, los cuatro viejos seguían ocupándose en preparar la totora en el cráter del *Rano Raraku*. Una vez ésta estuvo seca, cada uno de ellos construyó con rapidez una *pora* para su propio uso, empleando ataduras especiales que les permitieron darle una forma curvada y puntiaguda idéntica a la de un enorme colmillo. Resultó verdaderamente extraño el cuadro que ofrecieron cuando, transportando cada cual su embarcación, se encaminaron al agua. Y lo más notable era que las *poras* que constituían su carga reproducían con exactitud las embarcaciones individuales que representaron un rasgo peculiar de las costas peruanas durante siglos.

Además, y por lo que sabíamos, unas y otras estaban construidas con la misma planta sudamericana de agua dulce.

Cuando los cuatro viejos se dispusieron a empezar la construcción del bote de dos plazas y de mayores dimensiones, Timoteo se encargó de dirigir el trabajo, dando grandes muestras de aplomo, mientras sus tres hermanos parecían incapaces de hacer nada que no fuese obedecer sus órdenes. Yo pregunté la razón de ello y me contestaron que Timoteo, por ser el de más edad, era el único que sabía cómo tenía que hacerse la embarcación. Esta respuesta me sorprendió un tanto y hubo de pasar algún tiempo para que empezara a comprenderla.

Cuando presenciamos la botadura, que se efectuó en *Anakena*, de la embarcación

de dos plazas y cuya forma era semejante a la de una canoa, esta navecilla nos recordó vivamente y en todos sus detalles a los botes de totora del lago Titicaca. La única diferencia consistía en que la proa y la popa terminaban en una larga punta que se proyectaba hacia arriba formando un ángulo, como sucedía en las más antiguas embarcaciones de espadaña de la costa del Perú. Los dos hermanos de más edad saltaron a bordo de la barca provistos de sendos canaletes, y el bote se puso a bailar sobre las olas espumantes con graciosa soltura, rumbo al mar abierto. Aquella curiosa y flexible embarcación serpenteaba entre las olas y se encumbraba sobre ellas como un bote neumático, y a bordo navegaban los dos ancianos con toda seguridad y sin recibir salpicaduras. Los otros dos viejos se zambulleron en los rompientes con sus *poras* individuales, para enfrentarse alegremente con el mar. Tendiéndose de bruces sobre el extremo más grueso del recio manojito de totora en forma de colmillo, se impulsaban nadando con brazos y piernas. El bote de dos plazas, que ya se había alejado bastante, demostró tales cualidades marineras que, al regreso de su viaje de pruebas, los cuatro hermanos saltaron a bordo de él y volvieron a alejarse por el mar embravecido, manejando con brío sus canaletes.

El Padre Sebastián y el alcalde estaban conmigo en la playa y se sentían, como yo, fascinados y poseídos de gran excitación. Detrás de nosotros se vislumbraba la espalda de la gigantesca escultura que, gracias al esfuerzo de los "*orejas-largas*", empezaba a alzarse sobre nuestras tiendas, pero el alcalde sólo tenía ojos para la áurea barquilla tripulada por los cuatro viejos, que remaban como un solo hombre, ya bastante lejos de la costa. Don Pedro Atán contemplaba la escena arrobado, con lágrimas en los ojos.

-Nuestros abuelos nos hablaban de barcas como ésta, Exactamente iguales, pero es la primera vez que tenemos una de ellas ante nuestra vista, y ello me produce la impresión de que nuestros antepasados están muy cerca de nosotros - dijo el alcalde-. Siento una gran emoción aquí - añadió, golpeándose el pecho con mano temblorosa.

Cuando regresó el bote de dos plazas de Timoteo llevando a bordo a cuatro hombres que remaban con gran energía, uno de nuestros más corpulentos marineros se encaramó en la popa, sin que la embarcación diese la menor señal de que podía hundirse. Si aquel botecito de totora construido de prisa y corriendo

resistía el peso de cinco hombres adultos, ¿qué podía impedir a los antiguos ingenieros de la isla que cortasen en los tres cráteres existentes la espadaña necesaria para construir barcos de gran tamaño? El Padre Sebastián no podía ocultar su profunda emoción. Los viejos de la isla ya le habían descrito aquellas extrañas embarcaciones, pero sólo entonces comprendió el significado de sus palabras. Recordó también que una vez vio, pintada en una cueva de *Poike*, la imagen de una de aquellas navecillas.

-Eso es sólo una barca de pesca- dijo el alcalde señalando con orgullo el bote de color de oro. Ya puede usted imaginarse las naves que tendrían los antiguos reyes para efectuar sus largos viajes.

Le pregunté si las naves de que hablaba eran de tamaño suficiente para utilizar velas, y, con gran sorpresa mía, me respondió que, en efecto, llevaban velas de totora. Don Pedro Atán consiguió asombrarme una vez más, sobre todo cuando vi que dibujaba tranquilamente en la arena de la playa una vela hecha de hojas de espadaña dispuestas en sentido paralelo. Aseguró que era muy fácil confeccionar semejantes velas: bastaba atar las largas hojas una junto a otra como había hecho recientemente Domingo al confeccionar una estera destinada a mi uso personal.

Habla visto por mis propios ojos las velas que utilizan aún hoy día las barcas de totora del lago Titicaca, y advertí que sólo se diferenciaban de la que dibujó el alcalde en que en ésta la totora se coloca en sentido vertical y en aquéllas en sentido horizontal. -¿Cómo sabe usted que esas embarcaciones llevaban velas de totora?- pregunté a don Pedro, lleno de curiosidad.

-Sepa usted que don Pedro Atán está enterado de muchas cosas- replicó el interpelado con una sonrisa de orgullo y suficiencia. Esto sucedía durante el tiempo en que Esteban me obsequiaba con las piedras almacenadas en la caverna de su esposa, y precisamente la noche anterior Lázaro me había traído su primera cabeza. Se hallaba entonces tan excitado que, sin poder contenerse, me dijo que, entre otras cosas, había visto en la cueva pequeños modelos de barcos y que algunos de ellos le recordaban los que había construido Timoteo. Cuando oí estas palabras decidí aprovechar la oportunidad y, al día siguiente, llevándome a Esteban aparte, le formulé una arriesgada petición. Acababa de preguntarme en nombre de su mujer si quería algo especial de la caverna. De momento no supe qué pedirle,

puesto que ignoraba lo que con tenía la cueva. Pero ahora que sabía que la de Lázaro con tenía miniaturas navales, me aventuré a encomendar a Esteban que pidiese a su esposa me obsequiara con los barcos que había en su caverna. Esteban me miró de hito en hito con los ojos muy abiertos, pero, terminado el trabajo del día, se alejó al galope en dirección al pueblo. Regresó a hora muy avanzada de la noche, trayéndome cinco extraordinarias esculturas en un saco. La primera que sacó estaba envuelta en hojas secas de banano y era un lindo modelito de una embarcación de totora en forma de media luna. Esteban me notificó que, según decía su mujer, quedaba un barco todavía más bonito en la caverna, una nave alta, bellamente aparejada y aguzada por ambos extremos. Además, tenía un mascarón en la proa y otro en la popa.

Yo le escuchaba con el alma en un hilo, pues aquélla era precisamente la noche en que yo esperaba a Lázaro y al alcalde para describir con ellos el círculo mágico en torno a la ballena oculta. Cuando Esteban desapareció, como tragado por la oscuridad, yo no sabía que su mujer, temerosa de los *aku-aku*, le prohibiera que me trajese nada más durante muchas noches.

En cuanto a Lázaro, no pudo traerme ningún barco aquella misma noche, pues - cuando, una vez celebrada la ceremonia nocturna, regresó en compañía del alcalde a la caverna de *Hotu Matua*, donde dormían sus amigos, el alcalde permaneció de guardia con los ojos muy abiertos, viendo luces misteriosas y otros presagios ante la entrada de la cueva. Pero a la noche siguiente, cuando ya se habían encontrado todas las ballenas, Lázaro consideró que había llegado su oportunidad de escabullirse y empezó a pasar por encima de sus dormidos compañeros. Uno de ellos se despertó y al punto encogió las piernas, pues en la isla de Pascua se atribuye mala suerte al hecho de que alguien pase sobre el cuerpo de otro. Preguntó a Lázaro dónde iba, y éste respondió que tenía una necesidad ineludible. Pero ya estaba ensillada su montura y escondida tras una roca, y se alejó al galope en dirección a la caverna de *Hanga-o-Teo*.

Cuando el día despuntaba, Lázaro introdujo un saco en mi tienda por debajo de la lona, y poco después entró él a rastras.

Inclinándose sobre el saco, extrajo de él orgullosamente un modelo en piedra de una *pora* individual en forma de colmillo y provista de amarras. Luego vi un

monstruo que parecía un caimán y un cuenco de piedra roja y líneas elegantes con tres cabezas humanas que sobresalían del borde.

Me dijo que había tres embarcaciones más en la misma caverna, pero que ninguna de ellas se parecía tanto a las que había hecho Timoteo como la que acababa de entregarme.

Lázaro recibió una buena recompensa por sus obsequios y le pedí que me trajese los otros barcos en su próxima visita, la cual me hizo tres noches después, provisto de las obras que le había pedido. Una de ellas era el modelo de un barco corriente, de ancha cubierta y proa y popa muy altas. Tanto la cubierta como los costados estaban contruidos con gruesos haces de totora atados unos a otros. La segunda embarcación era una vaha poepoe, ancha y plana como una almadía o un pontón, que ostentaba un mástil y una vela - de piedra, como el resto de la figura - y dos cúpulas de utilidad inexplicable colocadas una junto a otra en la cubierta, en la parte de proa. El tercer barco no tenía forma de nave, sino de plato ovalado; pero se advertía en su superficie un relieve que parecía indicar que era de totora, y tenía en el centro un orificio para un mástil. En la proa y en la popa se velan sendas y curiosísimas cabezas que miraban hacia el citado orificio. Una de ellas tenía los carrillos hinchados y los labios fruncidos; parecía un querubín que soplase para hinchar la vela. El cabello de las dos cabezas se confundía con las espadañas por la parte exterior de la nave.

La escultura era antigua, y tanto el tema como el estilo, completamente ajenos a la isla de Pascua. Estrechado a preguntas acerca de las piedras que me había traído, Lázaro se limitó a extender ambas manos en un gesto que equivalía a decir que la única explicación que podía darme era que las piedras eran así. Pero había otras muchas cosas singulares en la caverna, y como había podido comprobar que no sucedía ningún desastre, se mostró dispuesto a llevarme consigo un día, después de la visita del barco de guerra. La única condición que puso fue que nadie del poblado se enterase de ello, por lo menos mientras yo permaneciese en la isla.

Hasta entonces el alcalde no me había traído más figuras de madera, aquellas tallas que se repetían una y otra vez. La víspera de la llegada del barco, al anochecer, le llamé a mi tienda. Era mi última oportunidad. Don Pedro se irla en el barco de guerra, y en la isla no había nadie, ni siquiera su propia esposa, que conociese la

entrada de sus cuevas secretas. Cuando el alcalde entró en la tienda, yo le tenía reservada una sorpresa más que agradable, en parte porque merecía una recompensa extraordinaria por todo cuanto gracias a él habíamos aprendido y en parte porque yo tenía la esperanza egoísta de que me correspondiese con otra sorpresa igualmente agradable. Bajé la lona del exterior de mi tienda, reduje el pabilo de la lámpara hasta quedarnos casi a oscuras y, tras inclinarme hacia él, empecé a hablarle al oído. Me pareció ver que se le ponían los pelos de punta: era evidente que se daba cuenta de que algo sobrenatural iba a suceder.

Le dije que mi *aku-aku* me había notificado que el señor alcalde necesitaba muchas cosas para emprender su primer viaje desde la isla de Pascua y que yo me disponía a seguir el consejo ofreciéndole todo cuanto, según mi *aku-aku*, le hacía falta. Mientras le hablaba así, saqué la mejor de mis maletas, regalándosela y llenándola acto seguido y por el orden que se indica con una manta de viaje, sábanas, toallas, un jersey de considerable espesor, dos pantalones caqui nuevitos, camisas, corbatas variadas, calcetines, pañuelos, zapatos y toda clase de artículos de tocador, desde peine y jabón hasta cepillo para los dientes y maquinilla de afeitar. Le di también una mochila que con tenía utensilios de cocina y de camping, para que pudiese arreglárselas si se hospedaba en alguna parte sin derecho a comida. Luego le obsequié con varios "cartones" de sus cigarrillos predilectos y con una cartera atiborrada de pesos chilenos, para que pudiera hacer frente a la situación si se le presentaban momentos difíciles en el vasto y desconocido mundo que él iba a visitar. Le di también uno de los mejores vestidos de Yvonne para que se lo entregara como regalo de despedida a su esposa, y algunas prendas de niño.

Para terminar, saqué un pequeño caimán disecado -medirla unos treinta centímetros de longitud-, de procedencia americana, que un indígena de Panamá había conseguido venderme por una módica suma. Tanto Esteban como Lázaro me habían traído un reptil similar de piedra de sus respectivas cavernas familiares, y este animal, al que llamaban *moko*, estaba también representado en una conocidísima talla de madera de la isla. El *moko* es conocido en toda la Polinesia como un ser legendario y feroz, aunque los únicos seres vivientes de aquellas islas que tienen semejanza con él son unos diminutos e inocentes lagartos. Esto ha hecho creer a muchas personas que el legendario *moko* de la isla de Pascua no fue

más que el recuerdo de los caimanes vistos por los antiguos navegantes en las costas tropicales de América del Sur.

Mientras entregaba el animalillo embalsamado al alcalde, le dije: -Póngalo usted en su caverna para que permanezca como *aku-aku* guardián durante su viaje al continente.

El alcalde estaba tan excitado mientras yo le iba entregando los regalos uno por uno, que daba la impresión de que se le iban a salir los ojos de las órbitas y hasta los dientes de la boca. Perdiendo por completo la cabeza, me dijo en voz baja que tenía una figura de piedra exactamente igual que aquel bicho en su cueva y que me la iba a traer. Y ya no pudo decir más, tal era su emoción: se limitó a estrechar una de mis manos con las dos suyas, limitándose a repetir que mi *aku-aku* era "muy bueno, muy bueno, muy bueno"¹³.

Era noche cerrada cuando, en el colmo de la agitación, salió de la tienda arrastrándose. Se sentía feliz y alborozado y fue en busca de su fiel amigo Lázaro, para que le ayudara a transportar los pesados obsequios hasta los caballos. Partieron al galope para alcanzar a sus amigos que se dirigían al pueblo.

Y así fue como el misterio de las cavernas continuó siendo un confuso problema falto de solución, y el corpulento gigante quedó inclinado junto a las tiendas en una postura humillante, con la nariz apoyada en un cúmulo de piedras, cuando el valle de *Anakena* volvió a quedar vacío de seres humanos. Después de trabajar diecisiete días en la estatua y cuando les faltaba sólo uno para coronar su obra, los "*orejas-largas*" tuvieron que volver a sus lares a fin de prepararse para las tareas y festejos del día siguiente. Entonces nosotros abandonamos temporalmente las tiendas para embarcarnos en nuestro pesquero, anclado en la bahía. Estaba flamante, recién pintado y listo para hacerse a la mar y salir al encuentro del Pinto.

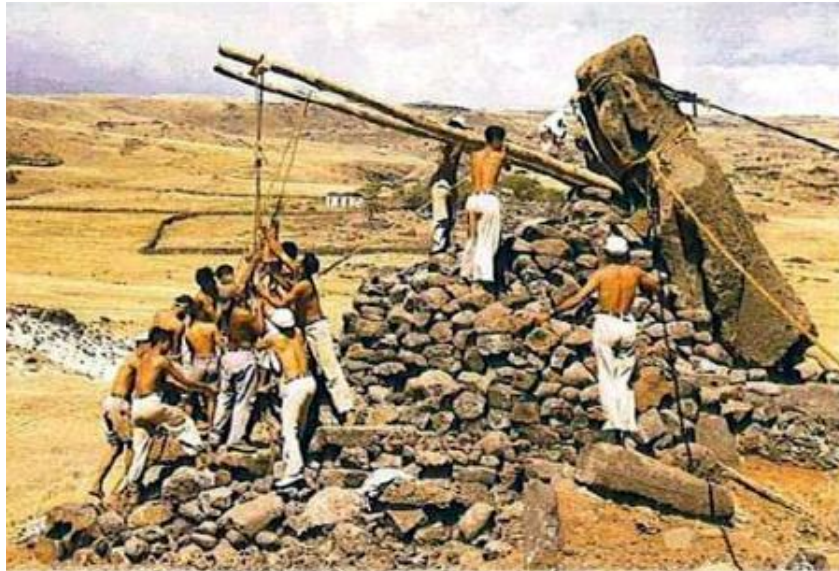
¹³ En español en el original. - N. del T.



En el Pacífico la pesca es muy abundante. Por eso los buenos pescadores no conocen el hambre.



Bill con la estatua decapitada de piedra roja y en forma de columna que encontró en Vinapu. Ed con una cabeza de piedra desenterrada en el antiguo observatorio solar de Orongo.



La estatua se fue levantando gracias a las piedras amontonadas bajo su parte delantera.



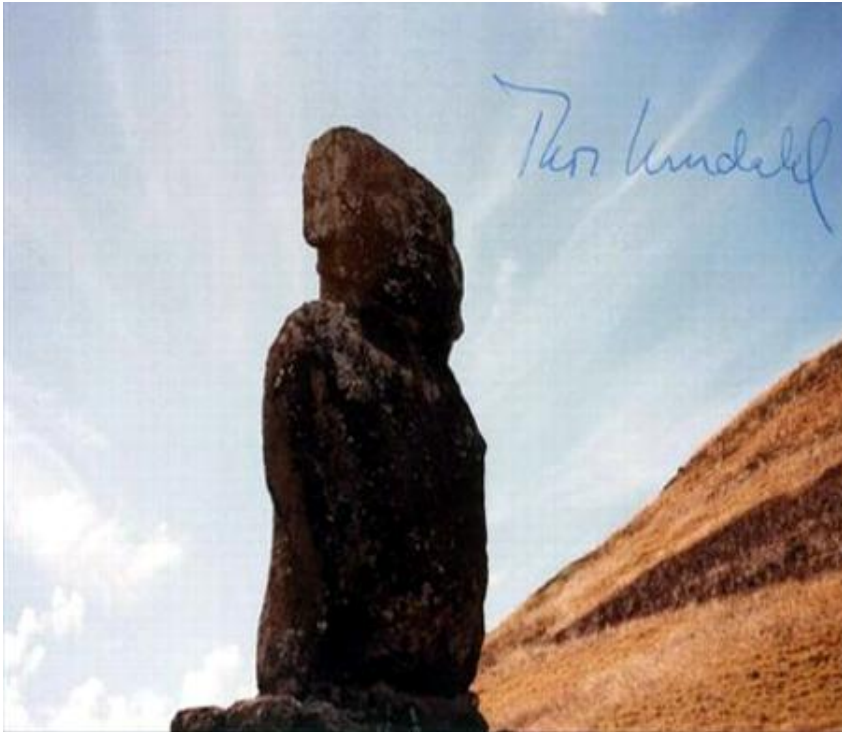
De este modo llegó a colocarse en posición vertical en el sitio que antiguamente ocupaba en lo alto del muro.



Doce hombres la levantaron en dieciocho días con ayuda de palancas y piedras.



El último día hubo que atar al gigante con cuerdas para evitar que cayera de la alta pared al terminar de ponerlo vertical.





Exploración subterránea. Tanto en la Isla de Pascua como en Rapaiti descubrimos antiguos refugios y cámaras sepulcrales que penetraban a gran profundidad en la roca como larguísimos túneles o huecos de grandes estatuas.

Capítulo 7

Ante los mudos guardianes de las cavernas

El enorme buque de guerra chileno apareció sobre el horizonte cuando el sol estaba todavía muy cerca del mar y bañaba los acantilados con el oro de la mañana, llenándolos de sombras fantasmagóricas. Ancho, plano y gris, con su torre erizada de modernísimos aparatos, el barco parecía aumentar de tamaño a medida que se aproximaba como una salutación del mundo exterior. Fue lo primero que vino a recordarnos que había otras tierras más allá del horizonte. El viento había cegado el foso de *Iko*, el hombre había cambiado sus antiguas armas por otras nuevas.

Fuimos a dar la bienvenida al Pinto a la altura de la isla de los pájaros. Las diversas cubiertas del gran navío que se dirigía hacia nosotros estaban abarrotadas de gente que se acodaba en las barandillas. Cuando nos acercamos a su costado, el capitán Hartmark hizo sonar la sirena y nosotros saludamos a los visitantes izando la bandera. El barco de guerra contestó disparando un cañonazo y enarbolando la bandera noruega en su palo mayor. Aquello resultaba más amistoso y cordial de cuanto hubiéramos podido esperar. Describimos un semicírculo muy estrecho, avanzando a toda máquina, y nuestro pequeño pesquero groenlandés se colocó junto a aquel pacífico gigante gris, dándole escolta hasta su fondeadero, situado frente a la aldea de *Hanga Roa*. Toda la población se había echado a la calle y se encontraba reunida en el muelle. El Pinto disparó veintiún cañonazos. Luego partió una lancha desde la costa, a bordo de la cual iba el gobernador para dar la bienvenida en nombre de todo el protectorado al capitán del buque.

Veinte minutos después de haber subido el gobernador a bordo, yo me trasladé al buque, como hablamos convenido, en nuestra lancha y acompañado de nuestro capitán y del médico de la expedición. Nos dispensaron un cordialísimo recibimiento. Un corneta lanzó un toque de saludo cuando llegamos al costado del navío, y entonces su capitán y el gobernador de la isla se situaron al extremo de la pasadera para darnos la bienvenida. Ya en el camarote del capitán, nos presentaron a un almirante médico chileno, al agregado naval norteamericano y a la esposa de éste. Dicho agregado llegaba con el cometido de estudiar la posibilidad de construir un gran aeropuerto en la isla de Pascua, como etapa de una ruta aérea que se

pretendía abrir entre América del Sur y Australia. Durante el cóctel que nos ofrecieron pronuncié un pequeño discurso de gracias por las exquisitas muestras de hospitalidad que habíamos recibido del gobernador y de los habitantes de la isla. El capitán contestó en términos cordialísimos, deseándonos que en lo sucesivo tuviéramos tan buena suerte como hasta entonces. Nos ofreció ayudarnos en cuanto fuera preciso y nos entregó dos sacas repletas de correspondencia, de las que se apoderaron al instante nuestro capitán y el médico. Una vez terminadas las formalidades de rigor, establecimos los cimientos de unas agradables relaciones sociales. Poco después volvió a abrirse la puerta y entró el alcalde luciendo una camisa recién planchada y una corbata flamante. Le seguían Lázaro y media docena de representantes del elemento indígena. El alcalde se abalanzó hacia el capitán, que les esperaba con grave continente, luciendo un uniforme lleno de brillantes galones, y, estrechándole la mano, declaró que no había otro capitán como aquél, pues demostró saber cómo había que hacer las cosas, ya que era el primero en disparar cañonazos de salutación a su llegada a la isla. Luego se puso más derecho que una escoba, cuadrándose militarmente, y, teniendo a todos sus hombres formados a su espalda, entonó el himno nacional chileno con gran energía delante mismo del capitán. Apenas hubieron terminado de cantar el himno, todos perdieron su rigidez y su formalidad y, como una troupe de bailarinas, moviendo los hombros y doblando las rodillas, atacaron los primeros compases de su canto real, en el que se refería el desembarco de *Hotu Matua* en *Anakena*. Cuando el alcalde no había terminado aún de cantar el último compás, advirtió mi presencia y, erizándose como un gato a punto de saltar, me señaló con el dedo a la vez que exclamaba: -¡Mi amigo el señor "*Kon-Tiki*"! Como si esto fuese una señal, él y sus amigos se metieron las manos hasta lo más profundo de sus bolsillos y empezaron a sacar paquetes de cigarrillos americanos de diferentes marcas que luego pusieron ante las narices del capitán. Querían que éste viera las buenas cosas que el señor "*Kon-Tiki*" había importado a la isla, dándole a entender que aquél era un ejemplo digno de imitarse.

El capitán les escuchaba pacientemente, dando muestras de gran estoicismo, y cuando volvieron a pasar la bandeja del cóctel, se invitó a los recién llegados a beber. Los ojos del alcalde brillaban de placer. ¡Qué generoso era aquel capitán!

Podía perdonársele que los cigarrillos que traía a la isla no fuesen tan buenos como los del señor *“Kon-Tiki”*. Yo veía con inquietud como el alcalde se echaba al colete cóctel tras cóctel. Me dirigió una mirada de soslayo en la que se leía el orgullo y la satisfacción y dijo, haciendo un gesto tranquilizador con la cabeza, que no tenía por qué alarmarme, pues estaba acostumbrado a probar buenos caldos. Seguidamente, él y sus compañeros salieron con gran algazara del camarote del capitán, con objeto de recorrer el barco.

Al poco tiempo volví a ver al alcalde rodeado de una multitud de admiradores en el bar de los oficiales. El barco llevaba a bordo en aquella ocasión algunos pasajeros distinguidos, entre los que figuraban dos catedráticos, los profesores Wilhelm y Peña, y un grupo de estudiantes chilenos de arqueología que deseaban ver nuestras excavaciones. Yo conocía ya a los dos simpáticos profesores, y ambos me abrazaron calurosamente, al estilo hispanoamericano. Tanto ellos como los estudiantes escucharon con gran interés el relato de nuestro descubrimiento de las diferentes épocas de la isla de Pascua, y de las estatuas de tipo forastero que hablamos desenterrado.

Mientras me hallaba en el bar no me atreví a pronunciar una sola palabra acerca de las curiosas esculturas procedentes de las cuevas secretas: una sola alusión imprudente a ellas podía malograr la oportunidad que se me presentaba de resolver el enigma de las cavernas familiares. La posibilidad de penetrar en una de ellas seguía aún pendiente de un hilo, y si llegaba a oídos de los indígenas algún rumor que indicara que yo había revelado sus secretos, aquéllos se asustarían y sellarían sus labios y sus cuevas con siete sellos que nada ni nadie podría romper.

Pero cuando me levanté para irme, recibí una sorpresa mayúscula. Del otro extremo del mostrador del bar llegó hasta mi la voz del presuntuoso alcalde, voz en la que entonces se percibía un matiz nuevo y especial, y cuando vi cómo dejaba su copa vacía, comprendí que a sus ojos el mostrador aparecía algo desenfocado. Fue entonces cuando oí decir a don Pedro con voz clara y firme: -Amigos míos, soy un hombre rico. Tengo una cueva.

Yo me quedé como clavado en el suelo y me dispuse a escuchar la continuación. Pero la cosa no siguió adelante. Los que lo acompañaban siguieron hablando y bebiendo y el alcalde no volvió a decir esta boca es mía. Aquélla no debía ser la

primera vez que se había ido de la lengua al beber unas copas de más. Tal vez no le oyeron sus amigos o acaso tomaron sus palabras como la charla sin ton ni son de un borracho, eso en el caso de que alguno de sus oyentes comprendiese lo que significaba poseer una cueva. Parecía que el alcalde se había serenado, asustado al oír sus propias palabras, porque cuando nosotros regresábamos a nuestro barco le vimos dirigirse a la costa en otra lancha.

Aquel año, la cantidad de tallas en Madera ofrecidas a la tripulación y pasajeros del Pinto fue escasa y de poco valor, pues las mejores las habían recibido los miembros de nuestra expedición, hacia ya bastante tiempo, a trueques de objetos diversos. Por eso el profesor Peña se fue derecho a la casita del alcalde, donde encontró un amplio surtido de tallas terminadas y a medio terminar de calidad excelente. Pero don Pedro se negó a vendérselas, arguyendo que las había hecho todas para el señor "*Kon-Tiki*" y que, por añadidura, tenía de mi barco más pedidos de los que podía servir.

Peña no tuvo más remedio que conformarse. Luego don Pedro le habló de la buena suerte que acompañaba en todo momento a "*Kon-Tiki*", precisando que cuando sus hombres volvían una piedra o hincaban la pala en el suelo, siempre salía a luz algo inusitado. Peña escuchó pacientemente estas manifestaciones, y el locuaz alcalde, hallándose aún bajo la influencia de las bebidas trasegadas el día anterior, siguió contándole maravillas, le enteró de que no tenían fin las cosas que la gente de "*Kon-Tiki*" había sacado de las entrañas de la tierra. Al fin, el profesor Peña empezó a inquietarse. Las manifestaciones del alcalde daban la impresión de que la hierba de la isla de Pascua crecía sobre una masa compacta de tesoros artísticos. Don Pedro había pasado por alto el detalle de que lo único de verdadero valor que hablamos encontrado bajo tierra consistía simplemente en ruinas y figuras gigantescas que permanecían donde habían sido descubiertas. Peña quedó convencido, sin duda, de que nuestro barco estaba abarrotado de tesoros desenterrados por nosotros y de piezas de museo, y debió de pensar que era lógico que los hubiéramos descubierto, puesto que hablamos sido los primeros en realizar excavaciones en la isla.

Al anochecer, el profesor Peña volvió a desembarcar. Esta vez llevaba un cablegrama en la mano. Uno vez que pudo leerlo vino a comunicarme, consternado,

que el parte procedía del ministro de Educación de Chile y que autorizaba a Peña a confiscar los hallazgos arqueológicos efectuados por nuestra expedición para que se los llevase en el Pinto.

El gobernador recibió un gran disgusto, el capitán del barco de guerra se mostró también muy consternado. Sin embargo, ninguno de los dos tenían poder para intervenir. En cuanto al Padre Sebastián, se quedó estupefacto. Si las órdenes procedían directamente del ministro, ninguna autoridad de la isla podía impedir a Peña que las cumpliera. En tal caso, nuestra expedición tendría que entregar hasta la última esquirla de hueso y muestra de carbón vegetal que los arqueólogos habían arrancado a la tierra tras ímprobos y largos esfuerzos durante los meses últimos.

Nuestros amigos chilenos no podían ocultar su consternación. Nos prometieron hacer todo cuanto estuviese a su alcance por resolver satisfactoriamente el conflicto, y acordamos celebrar una conferencia con el profesor Peña en el despachito del Padre Sebastián. Era deseo de todos que el asunto se arreglase satisfactoriamente y que el material de la expedición no se confiscara. A todo esto, lo noticia se había propagado a los nativos, los cuales se presentaron ante mí temblando de cólera, para asegurarme que nadie me quitaría lo que yo les había comprado, puesto que ellos podían hacer lo que se les antojase con sus propios bienes. Esteban y Lázaro estaban aterrados al pensar lo que podía ocurrir con las figuras de sus cavernas; pero Lázaro dijo que estaba seguro de que, si yo pedía ayuda a mi *aku-aku*, nadie tocaría ni un solo objeto de los que se hallaban a bordo de mi embarcación. El alcalde, profundamente afligido, reconoció que él había sido el culpable de todo y dijo que iría inmediatamente a ver a Peña para explicarle que las únicas cosas de valor que yo me había llevado a bordo eran objetos propiedad de los nativos, a quien se los había comprado, y que no había obtenido botín alguno en mis excavaciones.

-Podemos vender o regalar nuestras cosas a quien se nos antoje - - afirmó-. Y acto seguido se fue a casa de Peña.

Entre tanto se decidió que el capitán del Pinto y sus acompañantes recorriesen la isla en el jeep, para inspeccionar las excavaciones. La conferencia que hablamos proyectado tendría que celebrarse días después, cosa posible puesto que el Pinto permanecería con nosotros más de una semana. Gonzalo llevarla a Peña y a los

estudiantes por toda la isla. Irían a caballo y, más tarde, bajo la dirección profesional de Bill, comenzarían a excavar por su cuenta en una antigua casa de paja situada en el llano de *Tepeu*.

Al día siguiente, el mar estaba embravecido y las olas rompían con fragor contra la costa. Los pasajeros del Pinto no pudieron desembarcar, y los que ya lo habían hecho tuvieron que quedarse en tierra y recurrir a los buenos oficios del Padre Sebastián, al que consideraban como un personaje legendario, aureolado por el prestigio de ser algo así como el rey sin corona de la isla. El sacerdote, sin embargo, terminó tan harto de preguntas y fotografías, que dejó su casa y vino a pedirme que nos fuésemos al barco de la expedición, donde podríamos charlar tranquilamente sentados, sin que nos molestase el tropel de visitantes. Al Padre Sebastián no le preocupaba la marejada, pero a condición de que nos condujese alguien que conociera; los rompientes y los escollos. En el muelle, donde se estrellaban continuamente las enormes olas coronadas de espuma, el alcalde se presentó a nosotros con rostro compungido para preguntarnos humildemente si podía acompañarnos, pues tenía necesidad de hablar conmigo.

-No faltaba más, don Pedro. Venga con nosotros - dijo el padre Sebastián amablemente.

Y, acto seguido, subió a bordo de la lancha, que cabeceaba con violencia, recogiendo el largo hábito y apoyándose en la mano que le ofrecía el capitán.

Cuando llegamos a la nave, la tripulación ya había terminado de comer, pero el camarero nos sirvió un smorgasbord¹⁴ frío al Padre Sebastián, al alcalde, al capitán y a mí. El sacerdote era un amante de la buena mesa y para él no había nada mejor que un smorgasbord acompañado de cerveza. Yo gozo también de un excelente apetito y considero que una buena comida es uno de los mayores placeres que la vida nos puede ofrecer. Mis dos invitados no se hacían tampoco los remolones: comían con entusiasmo, descansaban un poco y atacaban de nuevo el manjar. Así gozaron de las cosas sabrosas hasta que sus rostros enrojecieron. Entre tanto, el barco se mecía lentamente en el oleaje con rítmico cabeceo.

Teníamos cerveza embotellada a bordo, y el Padre Sebastián, cuando aparecieron las botellas, nos indicó con un gesto animoso que podíamos obsequiar con una al

¹⁴ Comida sueca compuesta de entremeses variados N. del T.

alcalde. Por otra parte, ambos sabíamos que don Pedro podía beber el vino que quisiera en el Pinto.

El alcalde estaba animadísimo y seguía engullendo y llenándose el vaso de cerveza. Pero el Padre Sebastián empezaba a mascar con parsimonia. Al fin sonrió algo cohibido y nos pidió que le disculpásemos, porque el cabeceo de la embarcación era más fuerte de lo que había supuesto. El capitán le acompañó a cubierta para que le diese el aire. Don Pedro, en cambio, seguía tan campante y se sirvió una segunda ración de todas las opíparas viandas que llenaban la mesa.

En cuanto estuvimos solos, se inclinó hacia mi y empezó a hablarme de los *aku-akus* con la boca llena. Me aseguró que yo no tenía que temer que me quitasen nada: el poder combinado de nuestros *aku-akus* era tal que había retrasado todo un día la llegada del potente barco de guerra. Yo le seguí la corriente y susurré a su oído que mi *aku-aku* acababa de revelarme lo que el señor alcalde tenía oculto en su caverna, además del que habían mencionado. Midiendo cuidadosamente mis palabras, le describí algunas de las piedras labradas iguales que contenían las cavernas de Esteban y Lázaro, suponiendo que estos rasgos comunes se extenderían también a las que se hallasen en la cueva del alcalde.

Don Pedro se irguió en su silla y se olvidó de seguir comiendo. ¿De modo que mi *aku-aku* había visto todo aquello en su cueva secreta? Vióse forzado a reconocer que no me había equivocado, y siguió mascando atropelladamente mientras me asediaba con su chaparrón de preguntas encaminadas a indagar qué más había averiguado yo. Repuse que no había pedido a mi *aku-aku* que me hiciera más revelaciones, por estar seguro que el alcalde me acompañarla de buen grado a su cueva antes de marcharse en el Pinto. Esto le tranquilizó y no dijo más, limitándose a seguir comiendo mientras el camarero iba sirviéndole nuevas raciones con regularidad. Con el plato lleno hasta los bordes, el alcalde se dedicó a saborear de nuevo los desusados placeres que le proporcionaba el smorgasbord. Levantando la botella de cerveza, me dirigió una triste mirada: estaba vacía, lo mismo que las demás.

Yo me disponía a salir para ver cómo estaba el Padre Sebastián, cuando descubrí una botella de cerveza recién destapada que el camarero había dejado sobre un bidón de petróleo contiguo a la puerta. Al trasponer la brazola tomé la botella, me

incliné hacia atrás para depositarla ante el voraz alcalde, tiré el casco vacío al mar y salí del comedor.

Mientras, acodado en la borda, charlaba con el Padre Sebastián, que se había repuesto algo al permanecer al aire libre, olmos de pronto un espantoso alarido lanzado por don Pedro. Me planté en la puerta del comedor al instante y vi que el alcalde estaba atónito, clavado en su silla, señalando la botella de cerveza con mano convulsa y mirándola con ojos que le sallan de las órbitas.

-¿Quién la ha puesto ahí? ¿Quién la ha puesto ahí? - vociferaba como un loco.

Mi primer pensamiento fue que la cerveza podía estar en malas condiciones, pues algunas botellas habían fermentado. Quizá creyera el alcalde que lo queríamos envenenar. Cogí la botella y la olfateé.

-¿Quién ha puesto esa botella ahí? Todas estaban vacías cuando usted se fue - insistió en un arrebatado de histerismo y como si se viera rodeado de fantasmas.

Comprendí de pronto: no me había visto efectuar el cambio de botellas.

-¿No ha entrado nadie después de haber salido yo? - le pregunté cautelosamente.

-¡Nadie! Entonces, habrá sido mi *aku-aku*.

El alcalde no lo dudó ni un momento. Nunca había visto un *aku-aku* semejante. Me miró sin poder ocultar su envidia. ¡Casi nada! Yo era el amo de un servidor invisible que iba a buscar cerveza siempre que a mí me venía en gana. Se fue calmando poco a poco y siguió comiendo. Entre tanto se mantenía ojo avizor por si sucedían nuevos prodigios. Finalmente, envolvió la mantequilla sobrante en su servilleta de papel y se la guardó en el bolsillo. Ya había comido bastante y salió a reunirse con nosotros en cubierta. El capitán había elevado anclas y acercaba con el mayor cuidado el barco a tierra, donde un minúsculo promontorio nos ofrecía abrigo.

El episodio de la botella de cerveza produjo más profunda impresión en el alcalde que el de las ballenas de piedra y que todo cuanto le hubiese sucedido hasta entonces. Cuando regresamos al atardecer y estando en la playa, me llevó aparte y me dijo confidencialmente que su *aku-aku* no hacía más que suplicarle que fuese a su cueva y sacara algo para mí. Él estaba dispuesto a hacerlo, pero antes tenía que arrancar el consentimiento a su abuela. Yo no sabía que tuviera abuela, y le pregunté dónde vivía. -Allá arriba, sobre *Hanga Piko*, cerca de la carretera y bajo un bloque de cemento- me contestó.

Yo di un respingo y durante una fracción de segundo tuve la visión de una anciana debatiéndose desesperadamente bajo un enorme peso. Pero luego comprendí que estaba muerta y enterrada en aquel lugar. El alcalde siguió diciéndome en voz baja que no podía pedírselo de día ni a la luz de la luna; tenía que hacerlo una noche tan negra como boca de lobo. Pero iría a dirigirle la petición al instante, y si ella accedía, se trasladarla a la caverna, tal como le indicaba su *aku-aku*.

Al día siguiente levamos anclas y regresamos al campamento de *Anakena*, mientras el Pinto empezaba la descarga. Gonzalo se fue para efectuar su jira de inspección, acompañado del profesor Peña y de los estudiantes. Los arqueólogos de la expedición, que se habían quedado sin mano de obra, estaban en sus puestos y mostraron a los visitantes las excavaciones, fueron unos días de gran actividad, a nosotros se nos invitó a cenar a bordo del Pinto, y el capitán del buque de guerra y sus oficiales recibieron una invitación del gobernador para cenar en su casa y otra nuestra para cenar en el campamento de *Anakena*. Cuando Peña y los estudiantes llegaron al campamento a caballo, se organizó otra animada fiesta y se quedaron a pasar la noche con nosotros. Uno de los estudiantes era un arqueólogo boliviano. Su entusiasmo no tuvo límites cuando vio la estatua-columna roja de *Vinapu* y el gigante arrodillado del *Rano Raraku*. Él había realizado excavaciones en Tiahuanaco y reconoció inmediatamente ambos tipos de escultura como originarios de su patria. Peña estaba de un humor excelente y muy animado por todo cuanto había visto; pero me dijo en tono confidencial que, por desgracia, tenía que cumplir una "penosa misión". Me había estado buscando inútilmente para hablarme de convocar una reunión con motivo de un desagradabilísimo cable que había recibido. Yo le dije que, anticipándonos a sus deseos, la conferencia había sido ya concertada, y quedamos tan buenos amigos como antes.

Un par de días después recibí una misiva del alcalde, en la que me pedía que le enviase el jeep al poblado para poderme traer un pesado saco que contenía "importantes objetos". Fue en él nuestro capitán, quien tenía que trasladarse allí para recoger a tres monjas que debían partir en el Pinto y que deseaban ver, antes de irse, la estatua que, gracias al alcalde, estaba ya casi levantada. Cuando regresó el jeep traqueteando, vimos a don Pedro y a Lázaro sentados con semblante impasible sobre un enorme saco colocado en la parte trasera del vehículo, en el cual

llegaban las monjas y un cura del barco de guerra. Mientras nuestros visitantes se dedicaban a curiosear, Lázaro y el alcalde penetraron en mi tienda transportando el saco entre los dos. Al fin, don Pedro había cedido. Había visitado la caverna "acompañado" de su abuela y estaba tan nervioso que incluso parecía irritado. Lázaro, en cambio, daba muestras de experimentar un profundo alivio. A mí me pareció que respiraba más libremente al saber que ya no era el único que había sacado piedras de una cueva familiar. Ambos se sintieron sobrecogidos cuando tuvieron el saco infernal en el jeep y el capitán les dijo que iba en busca de las monjas. Sin embargo, todo había salido a pedir de boca: la buena suerte les había acompañado.

En el saco había un gran envoltorio que contenía cinco piedras. Éstas procedían de la segunda cueva de Lázaro, la cual se hallaba en *Vinapu*. Era la primera vez que me traía objetos de esta caverna. Las trece piedras restantes procedían de la cueva del alcalde. Eran las esculturas más bellas que había visto hasta entonces en la isla. Una de las figuras era una cabeza de perro con la boca abierta en actitud agresiva; enseñaba los colmillos y tenía los ojos medio cerrados. Su aspecto era tan feroz que más parecía un lobo o un zorro que un can doméstico. Era una obra escultórica de estilo perfectamente clásico; yo no me cansaba de contemplarla. Había otros perros o animales de apariencia canina. El hocico, el cuerpo y la cola de uno de ellos eran tan largos, que más bien parecía un cocodrilo, pero se mantenía separado del suelo, descansando sobre cuatro cortas patas. Había además un *moko* reptante de ancha cabeza y enormes mandíbulas que ostentaba una dentada cresta a lo largo de su espinazo. Era una exacta reproducción de un caimán. Luego vi pájaros, hombres-pájaros y una curiosísima cabeza de piedra. Lázaro me trajo también algunas extrañas figuras, entre las cuales había una piedra plana con dos serpientes entrelazadas en relieve.

A los ojos de los indígenas, yo debía saberlo todo de antemano, y, por consiguiente, tenía que procurar, poniendo en ello gran cuidado, no mostrarme como uno de esos forasteros ignorantes que hacen preguntas estúpidas. Pero estaba tan absorto ante lo que veía que, irreflexivamente, les pregunté para qué servían aquellas piedras. Mas ellos se hallaban también tan profundamente abstraídos, que mi inhábil pregunta no despertó sus sospechas. -Infunden poder en las cosas que representan

- susurró el alcalde con vehemencia.

Sacó entonces una escultura muy realista que representaba una langosta, y, para ser más exacto, una langosta roquera del Pacífico" con las patas recogidas bajo el cuerpo, como es propio de los ejemplares vivos, y las antenas pegadas al lomo.

-Esto infunde poder en las langostas, con el resultado de que su número se multiplica en toda la costa.

Luego señaló las dos serpientes y me explicó que las figuras dobles tenían una influencia doble también, Yo sabía que las serpientes eran completamente desconocidas en todas estas islas, y, tendiéndoles una trampa, les pregunté si aquella imagen infundía un poder doble en la anguila. Pero el ardid no me dio resultado, pues ellos se limitaron a responder que las figuras no eran de anguilas, ya que éstas no tenían un cuello esbelto junto a una ancha cabeza, como aquéllas; las figuras eran de animales terrestres parecidos a los llamados culebras¹⁵ en Chile. Junto al camino que conducía al valle de *Hanga-o-Teo*, esculpido en la roca viva, había un gigantesco ejemplar de esta especie.

Me acordé de pronto de que el Padre Sebastián me había dicho una vez algo semejante, rogándome que fuese a ver aquel relieve con los arqueólogos. *Eroria* sabía dónde estaba, pero hasta entonces yo no había tenido tiempo de ir a verlo.

Súbitamente, Lázaro me confesó, alborozado, que aquélla era la primera vez que alguien hablaba de estas cosas abiertamente en presencia de otras personas. En una ocasión anterior había tenido que confesar ante el alcalde que había ido varias veces a su caverna en busca de figuras para mí, y entonces don Pedro le dijo que él también iba a hacerlo. Decidieron cambiar confidencias, y entonces pudieron comprobar que gran parte de los bienes que poseían en sus respectivas cavernas eran idénticos.

Yo sabía que en la Polinesia se atribulan en otros tiempos poderes mágicos a los cabellos humanos, y este conocimiento me permitió impresionar al alcalde y a Lázaro, quienes pretendían estar enterados de todo lo referente a estas cuestiones. Entonces supe que en un recipiente de piedra que había en la caverna del alcalde, éste guardaba mechones de cabello de sus parientes difuntos, sin excluir a la pelirroja de su hija. Luego hizo una espantosa mueca y, temblando como un

¹⁵ En español en el original. - N. del T.

azogado, me dijo en tono confidencial que en su cueva había también una cabeza, una cabeza de verdad. A montones estaban los cráneos en todos los escondrijos de la isla; pero, por su acento, colegí que no se trataba de una simple calavera humana. Le pregunté si se refería a una cabeza de piedra, y él se apresuró a responder negativamente, añadiendo que se trataba de una cabeza de verdad, de una cabeza humana. Sin dejar de temblar, se tiró de sus propios cabellos mientras volvía a hacer una horrible mueca. ¿Sería posible que hubiese en su caverna una cabeza momificada como las que se ven en otras islas polinésicas? Lázaro confesó que no había visto cabellos ni cabezas en ninguna de las dos cuevas pertenecientes a su familia que había visitado; en éstas sólo se guardaban los cráneos y demás huesos de sus antepasados.

El alcalde me dijo que habría por lo menos quince cavernas familiares todavía en uso en la isla, pero eran muchas más las definitivamente olvidadas. Por lo que él había logrado averiguar, todas pertenecían a descendientes directos de "*orejas-largas*" en sus venas. No creía que los "*orejas-cortas*" de pura sangre tuviesen cavernas. La más importante de las suyas procedía directamente de *Ororoína*, el único "*oreja-larga*" que se libró de la matanza realizada en el foso de *Iko*. Don Pedro recibió esta caverna en herencia a la muerte de su padre, el cual la heredó del suyo, y así había ocurrido en una línea ininterrumpida que se remontaba hasta la época de la guerra civil, durante la cual *Ororoína* y los demás "*orejas-largas*" tuvieron que ocultar todos sus tesoros en cavernas secretas para no verse despojados de ellos por los "*orejas-cortas*". Desde los cinco años de edad se había esforzado por aprender antiguas tradiciones que le contaban los ancianos de su familia, pero su padre no tenía confianza en él y no le consideró digno de ver nada hasta que cumplió los quince años. Entonces le permitió que le acompañase hasta un lugar próximo a la caverna, donde tuvo que esperar mientras el padre entraba en ella en busca de algunos objetos, que permitió contemplar a su hijo. Así se había procedido durante once generaciones. Y antes de...

El alcalde hizo una pausa y añadió: -Ésta es la primera vez que se lo cuento a alguien. Antes de permitirme franquear la entrada de la caverna, mi padre me cortó un mechón de cabellos.

Se tiró del pelo que cubría la parte superior de su cabeza y Lázaro siguió sus

movimientos con tanta atención que comprendí que aquello era tan nuevo para él como para mí. Don Pedro pasó luego a describirme como su padre enrolló el mechón en un trozo de hoja de plátano y lo ató con un cordel, en el que hizo once nudos. Luego entró en la caverna con este paquetito y lo depositó en un recipiente de piedra, tapado con otro cuenco semejante. Los cabellos de los demás miembros de la familia se hallaban en otro recipiente contiguo, pero en el primero sólo había once paquetitos de cabellos, casi todos rojos. En el primero de éstos únicamente se vela un nudo y pertenecía al propio *Ororoína*, el segundo tenía dos nudos y era del hijo de *Ororoína*, y así sucesivamente hasta llegar a uno que tenía diez nudos y procedía del padre del alcalde. El último, con once nudos, era el de don Pedro.

Cuando el cabello del alcalde quedó depositado en el cuenco, se le reveló el secreto de la entrada a la caverna y se celebró una ceremonia en honor del *aku-aku* o genio tutelar de la cueva, a quien se anunció que otra persona había quedado autorizada debidamente para entrar allí. Y entonces se le permitió penetrar por primera vez en la caverna de *Ororoína*. Durante toda una generación, él fue el único que poseyó el antiguo secreto, pero acababa de surgir un problema casi insoluble y que presentaba muy feas perspectivas. Juan, su hijo pelirrojo, era un muchacho moderno que no comprendía las viejas costumbres. A pesar de que ya no era un niño y estaba casado, no se podía confiar en él para asuntos tan importantes y secretos. Si Juan averiguaba la situación de la entrada de la caverna, se dejarla tentar por el afán de lucro y venderla los tesoros de la cueva a los tripulantes del primer yate que recalase en la isla. El alcalde añadió tristemente que, en vista de ello, tal vez se vería obligado a dejar la caverna a su hermano menor Atán Atán, que era un hombre bueno y honrado a carta cabal y escuchaba con gran respeto las enseñanzas de sus mayores.

Como esperábamos a unos invitados del barco de guerra que debían cenar con nosotros, me vi obligado a interrumpir la conversación. Don Pedro Atán puso fin a sus manifestaciones subrayando que él, Lázaro y yo estábamos ya tan unidos como si fuésemos hermanos, y que lo mismo sucedía con nuestros *aku-akus*, los cuales se hallaban a nuestro lado en aquellos momentos.

-El mío está ahí - dijo alegremente, señalando un punto situado a la altura de su rodilla izquierda.

Salimos los tres juntos de la tienda, y es de presumir que nuestros respectivos *aku-akus* hicieron lo mismo deslizándose entre nuestras piernas, a menos que aquellos duendecillos invisibles hubieran preferido atravesar las paredes de lona. Al parecer, los *aku-akus* disponían de medios especiales de locomoción, pues el alcalde me dijo que el suyo podía realizar el viaje de ida y vuelta a Chile en dos minutos.

Una vez fuera de la tienda, don Pedro dio algunos consejos prácticos a Lázaro acerca de cómo debía proceder para conseguir que levantaran la estatua en un solo día cuando él se hubiese marchado en el Pinto y Lázaro tuviera que dirigir los trabajos. Esto coincidió con la llegada de nuestros invitados en varios jeeps - los del gobernador y el nuestro-, y cuando se hizo de noche les acompañé en su viaje de regreso y me quedé en el poblado, donde debía reunirme con el profesor Peña en casa del Padre Sebastián, que estaba en cama con fiebre, lo que no impidió que su despachito quedara abarrotado cuando todos los asistentes hubieron tomado asiento.

Presidió el capitán del barco de guerra, que era en aquellos momentos la más alta autoridad de la isla. Éste compartía el parecer del gobernador y su actitud era totalmente favorable a nosotros, y más después de haber visto la labor realizada por nuestros arqueólogos. Nos anunció que deseaba cablegrafiar al mando supremo de la Armada chilena pidiendo que nos concediesen el oportuno permiso para llevamos una estatua entera de la isla. Sabía que ya lo hablamos solicitado antes y que la respuesta había sido una negativa, pues aquellas esculturas se consideraban monumentos nacionales; pero él había visto que sacamos a la luz estatuas hasta entonces desconocidas, por lo que quedarían más colosos de piedra en la isla de Pascua cuando nos marcháramos que al llegar a ella. Junto al capitán y su ayudante estaban el gobernador, el profesor Peña y un estudiante, el profesor Wilhelm, Gonzalo, como oficial de enlace de la expedición, Ed y quien esto escribe.

Peña inició el debate manifestando el agradecimiento y la admiración que sentía por la labor que hablamos realizado en la isla, y luego, con un ademán que demostraba que lo lamentaba profundamente, mostró el cablegrama que le investía de autoridad para confiscar todo nuestro material arqueológico.

El profesor Wilhelm, antropólogo de reputación internacional, se alzó inmediatamente para defender nuestro caso. Explicó a los reunidos que los

arqueólogos de la expedición se verían en la imposibilidad de terminar sus investigaciones si no podían llevarse el material científico que habían logrado reunir, para estudiarlo en sus laboratorios. ¿Por qué no se nos advirtió a tiempo? Yo había estado en Chile con objeto de resolver todos los inconvenientes antes de que la expedición se trasladase a la isla de Pascua para efectuar excavaciones.

Peña tuvo que admitir la veracidad de esta afirmación, pero añadió que todo se debía a un deplorable error burocrático. El ministerio de Relaciones Exteriores había concedido el permiso solicitado sin tener en cuenta que la decisión competía al ministerio de Educación.

Yo intervine para decir que también me había entrevistado personalmente con el ministro de Educación y que éste se mostró en extremo amable, diciéndome que me pusiera en contacto con él si surgían problemas que requiriesen su ayuda.

Entonces Wilhelm se apresuró a poner de relieve que todo el mundo deseaba prestarnos su ayuda y que sólo se trataba de hallar una fórmula legal para ello. Y esto era factible; él lo sabía muy bien porque había formado parte de la comisión que redactó el texto de la ley en cuestión.

Entonces, el estudiante que acompañaba a Peña se levantó como impulsado por un resorte y pidió la palabra. Seguidamente declaró que la ausencia de antigüedades procedentes de la isla de Pascua en los museos chilenos hacían necesaria la confiscación.

-Ningún país posee tan poco material de la isla de Pascua como nosotros, que somos los dueños de ella - manifestó mientras Peña hacía un gesto de asentimiento. A ello repuse yo, apoyado por Ed y Gonzalo, que nuestras excavaciones habían sacado a la luz monumentos y ruinas que ellos habían visto con sus propios ojos. Por lo que se refería a estos hallazgos, nos habíamos limitado a desenterrarlos y reconstruirlos en parte. Todo lo demás que habíamos extraído de la tierra consistía casi exclusivamente en huesos, carbón vegetal y fragmentos de antiguas herramientas de piedra que no merecían ocupar un puesto en un museo y que, sin embargo, a nosotros nos eran indispensables para seguir estudiando la antigua historia de la isla mediante los más modernos métodos de investigación arqueológica. Todos nuestros hallazgos quedarían registrados en la Memoria científica que redactaríamos, y si alguno no figuraba en ella, sería porque no tenía

valor alguno. Proponía, pues, que se nos permitiese llevarnos todo el producto de nuestras excavaciones. Luego, cuando hubiéramos terminado nuestra labor investigadora y publicado la relación del material obtenido, podrían escoger los representantes de Chile lo que les pareciera. Peña y el estudiante aceptaron inmediatamente la proposición, pues deseaban llegar a establecer un acuerdo en parecidos términos, y aún les gustó más que hubiese sido yo quien lo propusiera.

Añadí que, si bien no hablamos desenterrado objetos susceptibles de ser transportados y que constituyeran piezas de museo, los indígenas me habían entregado muchas figuras curiosas que, según ellos aseguraban, eran de su exclusiva propiedad.

-Lo que le han entregado los indígenas no nos interesa -dijo Peña- , a menos que (se inclinó hacia mí, sonriendo astutamente), a menos que le hayan obsequiado con un *rongo-rongo*.

-No, no tengo ningún *rongo-rongo* - repuse-, pero sí otras muchas cosas.

-Ya le he dicho que eso no me interesa - contestó Peña-. Yo no he venido aquí a hacer de vista de aduanas. Usted ha comprado a los indígenas lo que todos los podemos comprar; lo que nos importa es lo que haya podido extraer de la tierra, pues ésta ha sido la primera vez que se han efectuado excavaciones en la isla de Pascua.

En consecuencia, se redactó inmediatamente un contrato según el cual sólo se me desposeía de la propiedad permanente del material arqueológico que hablamos desenterrado. Invité a Peña a inspeccionar todos los objetos reunidos por la expedición, tanto los descubiertos por nosotros como los que hablamos adquirido o nos habían regalado, y con esto concluyó la reunión. Mientras los demás se quedaban para poner en limpio el contrato, yo salí a la oscuridad del exterior, donde me esperaban el capitán y el primer maquinista instalados en el jeep. Cuando ocupé mi asiento di un respingo al distinguir junto a mí una extraña y negra sombra que estaba en pie e inmóvil en las tinieblas. Era Lázaro. Le dije en voz baja que todo había ido a pedir de boca, pero él se apresuró a interrumpirme.

-Lo sé. Estaba junto a la ventana y lo he oído todo. ¡Si ese fulano hubiese dicho que quería quitarle algo, hubiera ido en busca del alcalde y habríamos vuelto los dos al frente de doscientos hombres! Di las gracias a la Providencia en nombre de Peña y

mío- por haber llegado a un arreglo amistoso, y me esforcé por convencer a Lázaro de que no hiciera jamás una cosa semejante. Cuando avanzábamos por la carretera vimos al alcalde, que se erguía, visiblemente nervioso, ante la puerta de su jardín.

-Calma, calma- dijo en tono tranquilizador, pensando seguramente que estábamos tan agitados como él-. ¿Cómo ha ido?-preguntó a continuación, sin poder reprimir su curiosidad.

Se enderezó combando el pecho cuando supo que no me quitarían ni siquiera un solo moai-kava-kava.

-¡Nada! - exclamó triunfalmente y dándose una serie de rápidos golpes en el pecho-. ¡Que no hay quien pueda con nuestros *aku-akus* unidos! Pidió amablemente al capitán y al maquinista que tuviesen la bondad de esperar un momento en el jeep, porque quería decirnos unas palabras a Lázaro y a mí en su casa. Al llegar al saloncito vi una mesa redonda, tres sillas y un aparador que estaba en un rincón. Encendió la lámpara de parafina, sacó una botella de vino que acababa de comprar y llenó tres vasos. Ante todo tuvimos que mojarnos los dedos en vino y pasárnoslos luego por el cabello para atraer la buena suerte. Después brindamos con lo que quedaba en las copas y, con el cabello oliendo a vino, regresamos al jeep. El alcalde había trazado un plan. No había luna y la noche era oscura. Lázaro se quedarla acompañando a los dos ocupantes del jeep, y, entre tanto, don Pedro me llevarla a ver a su abuela, pues quería preguntarle si yo podía ir con él a su caverna.

Nos dirigimos en el jeep al cruce de carreteras contiguo a la casa del gobernador, y luego recorrimos cierta distancia por el camino que conducía al pequeño muelle. Al fin nos detuvimos y apagamos las luces, quedando únicamente iluminados por el débil resplandor de las estrellas que parpadeaban sobre nosotros. Por las tinieblas cruzaron algunos indígenas a caballo; yo apenas podía distinguirlos, aunque las herraduras resonaban muy cerca y el jeep era descubierto. Cuando hubieron pasado, don Pedro dijo que él y yo nos íbamos a lo alto de la colina para observar las estrellas, y tanto el capitán como el maquinista fingieron tragarse el embuste. Yo seguí al alcalde a corta distancia, y después de avanzar un trecho por la derecha del camino distinguí en la oscuridad algo que parecía los restos de un muro de piedra. Una vez allí, don Pedro se detuvo y me dijo en un susurro que cuando estuviéramos al otro lado de las piedras sólo por señas podría comunicarse

conmigo.

Continuó avanzando con sigilo y en silencio, y yo le seguí cautelosamente, pisándole los talones. Así recorrimos unos cincuenta metros y llegamos ante algo que parecía una losa blancuzca de piedra y de forma irregular; podría haber sido muy bien una porción de cemento extendida en el suelo: estaba tan oscuro que me era imposible verlo claramente. De pronto, el alcalde se detuvo. Después de señalar al suelo, hizo una profunda reverencia y extendió hacia delante ambos brazos con las palmas de las manos vueltas hacia el suelo. Comprendí que esperaba que yo hiciese lo mismo, y entonces me puse a su lado e imité sus movimientos lo mejor que supe. Luego, andando de puntillas para no hacer ruido, describió un círculo, hasta cerrarlo, en torno a la mancha clara del suelo. Yo le seguía a corta distancia y entreví que se había marcado un sendero regular en torno a la losa.

Una vez terminada la vuelta, ambos volvimos a inclinarnos profundamente con los brazos extendidos. Esta operación se repitió tres veces y luego el alcalde se irguió en silencio bajo el cielo cubierto de estrellas a la vez que cruzaba los brazos. Yo hice exactamente lo mismo. En el fondo se velan todas las luces del poderoso barco de guerra anclado frente a la costa.

Me sentía muy impresionado por la escena. No me parecía estar en la isla de Pascua; de pronto me había asaltado la impresión de que asistía a una ceremonia pagana en un lugar remoto e inexplorado, cien años atrás. Sin embargo, sabía que aquella figura negra e inmóvil que se alzaba junto a mí era el pacífico alcalde de la isla, el hombre que en la vida diaria lucía un bigotillo perfectamente recortado y que en aquellos instantes precisamente llevaba puesta una de mis corbatas. Él no se movía, no decía nada; parecía concentrado en la meditación y tener el pensamiento muy lejos de allí. Me dije que no acabaríamos nunca si mi *aku-aku* no se decidía a intervenir para arrancar un razonable asentimiento de la obstinada abuela. Abrí la boca y empecé a murmurar unas palabras. ¡Nunca lo hubiese hecho! -¡Ya está! ¡Se escapó!- exclamó el alcalde, y partió a todo correr.

Yo le seguí tan de prisa como pude, para no perderle de vista. A media colina, cuando ya hablamos traspuesto el montón de piedras, se detuvo jadeante.

-Ha dicho que sí - observé.

- Ha dicho que no - repuso él.

Y me repitió lo que me había dicho tantas veces: que su *aku-aku* estaba siempre de acuerdo en que yo entrase en la cueva. Sacó del bolsillo una caja de cerillas, vació todo su contenido en una de sus manos y añadió: -"Tienes que vaciar así tu cueva para el señor. " *Kon-Tiki*"", dice mi *aku-aku*, pero luego interviene mi abuela y dice que no, que no y que no.

Resultaba que él se lo había pedido tres veces aquella noche, y ella contestó negativamente las tres. Pero luego la abuela había dicho que, puesto que él tenía que ir al continente en el Pinto, a su regreso podía regalar una de las cuevas con todo su contenido al señor "*Kon-Tiki*".

Permanecimos allí un rato, discutiendo acerca de lo que realmente había dicho la abuela, y, por último, él accedió a pedírselo una vez más, pero a solas y no aquella misma noche, aunque no faltaban muchos días para que zarpase el Pinto.

Dos días después salté del jeep ante el jardín del alcalde, pues durante este tiempo no había sabido nada de él. Encontré a don Pedro y a Lázaro sentados ante una botella de vino en el saloncito de la mesa redonda. El alcalde se apresuró a explicarme que aquel día había sido muy afortunado para Lázaro, ya que había podido afirmar que me mostrarla una de sus cavernas cuarenta y ocho horas antes de que nuestra expedición abandonase la isla. Mas para el alcalde había sido un día aciago. Su abuela seguía diciendo que no; y, por si esto era poco, sus hermanos estaban convencidos de que morirla si me llevaba a la caverna, muerte que no debía ocurrir por su condición de cabeza de familia. Además, los indígenas se habían declarado en huelga y se negaban a descargar el Pinto a menos que les subieran el jornal, por lo que se le acababa de comunicar al alcalde que si no conseguía poner fin a la huelga, no se le permitirla marcharse en el Pinto cuando éste regresara al continente.

La huelga continuó y se extendió a los terrenos de pastos de la Armada, donde nadie cuidaba ya de los molinos de viento utilizados para elevar agua salobre de los pozos prehistóricos para decenas de millares de ovejas. La partida del Pinto tuvo que aplazarse. Entre tanto, la dotación y los pasajeros del buque chileno hacían todo cuanto podían por ayudarnos. El profesor Wilhelm salvó las valiosas muestras sanguíneas de la expedición al sustituir un liquido conservador especial que se había echado a perder debido a que el calor estropeó los tapones de goma de los tubos de

ensayo de nuestro médico.

Los técnicos de radar del Pinto repararon nuestro aparato-, que se había averiado de pronto, después de prestarnos excelentes servicios. Y tanto el maquinista como el camarero pudieron resolver muchos de los problemas que surgían en sus departamentos respectivos gracias a los suministros de sus serviciales colegas del gran buque de guerra. Llenos de alborozo, nos comunicaron que todo irla como una seda durante otros seis meses. A pesar del retraso, la lancha del Pinto circulaba continuamente, descargando harina y azúcar y cargando grandes balas de lana. Finalmente, se fijó la fecha de la marcha.

La víspera del día en que el Pinto debía hacerse a la mar salimos otra vez de *Anakena* en nuestra embarcación y anclamos al costado del navío de guerra. Peña vino con nosotros, con el fin de inspeccionar tranquilamente y sin prisas las cajas de los arqueólogos, que estaban sobre la cubierta. Tan pronto como subió a bordo, le conduje a mi camarote para -hacerle entrega de un sobre que con tenía un detallado informe destinado al ministro de Educación, en el que dábamos cuenta de los resultados obtenidos por la expedición hasta el momento de la llegada del Pinto. Peña recibió una copia del informe en un sobre abierto y le invité a que la leyese. En este informe yo describía, además, con todo detalle, los diversos tipos de curiosas esculturas en piedra que había recibido, y que, según manifestaban los indígenas, eran bienes que habían heredado y que tenían escondidos en secretas cuevas familiares. Peña me preguntó si yo había estado en alguna de tales cavernas. Contesté negativamente, añadiendo que esperaba visitar una de ellas después de la partida del Pinto. Esto pareció no interesarle, pero me dio las gracias por el informe, y luego me pidió que le mostrase las cajas que contenían los objetos descubiertos por los arqueólogos.

Nos dirigimos a la parte de proa de la cubierta, donde el primer oficial había reunido todas las cajas de los arqueólogos. Después de abrir dos de ellas, pudiendo verse que sólo contenían bolsas de plástico llenas de carbón vegetal y de fragmentos de huesos quemados y triturados, Peña no quiso ver más. Aunque de muy mala gana, consintió en acompañarme a visitar los estantes de mi pequeño almacén particular para ver las cajas de cartón en que guardaba los objetos que me habían traído los indígenas. El Pinto tenía que zarpar al día siguiente y, por tanto, consideraba que ya

no había peligro de que a nadie se le fuese la lengua en el poblado. Saqué una escultura que representaba una cabeza grotesca cuyas mandíbulas estaban abiertas con expresión terrorífica. Peña dio un brinco y, lleno de excitación, me arrebató la piedra de las manos. Nunca había visto nada semejante procedente de la isla de Pascua. ¿Hablamos encontrado otras esculturas como aquella en el curso de nuestras excavaciones? Respondí negativamente y le manifesté que fueron siempre los indígenas quienes me proporcionaron tales figuras.

En el acto se desvaneció todo el interés de Peña, quien depositó nuevamente la feroz cabeza en la caja de cartón. Luego contempló con visible admiración un gran *moai*- kava-kava, en cuya talla reconoció la mano del alcalde. Lamentó que se hubiese declarado la huelga que sufríamos y que impediría a un tallista tan diestro realizar el viaje al continente. Estaba seguro de que don Pedro le habría proporcionado informaciones más interesantes que cualquier otro de los habitantes de la isla.

Después se negó en redondo a seguir inspeccionando este material, que, según dijo, ya no era de su incumbencia. Entre tanto hablamos echado el ancla al costado del barco de guerra, y el capitán y todos nuestros amigos del Pinto vinieron en la lancha a despedirse. Mientras yo estaba a un lado hablando con Peña, el ayudante de éste y otros dos estudiantes se aproximaron a nosotros. Yo alcé la mano y ellos se quedaron mirándome con expectación. Entonces les dije en tono enfático y teatral que debían escucharme y no olvidar mis palabras. Y les comuniqué que algunos indígenas de la isla de Pascua eran poseedores de importantes secretos.

-Los hermanos Pakarati - se apresuró a decir uno de ellos.

-Es posible - repuse-. Pero también el alcalde y otros muchos. Seguidamente les expliqué que tales secretos se referían a unas costumbres supersticiosas susceptibles de una pronta desaparición. Y añadí que abrigaba la certeza de que los habitantes de la isla conocían la entrada de algunas cavernas secretas donde se guardaban pequeñas esculturas, si bien no se me había permitido aún el acceso a ninguna de ellas.

Uno de los estudiantes me interrumpió para decir que no debía prestar mucha atención a las afirmaciones jactanciosas de los indígenas ni a sus absurdas leyendas. Otro manifestó con una sonrisa de entendido que los indígenas eran

maestros en el arte de hacer imitaciones.

Yo les rogué de nuevo que tuvieran presentes mis palabras. Había en la isla cavernas secretas que contenían esculturas, y yo haría cuanto estuviese en mi mano por entrar en alguna antes de irme, pero si no lo conseguía, el deber de ellos era procurar que se enviase un etnólogo a la isla tan pronto como fuese posible para continuar mi interrumpido trabajo. Algunos asintieron, otros sonrieron y Peña me dio unas palmaditas en el hombro sonriendo con indulgencia. Había ofrecido dar cien mil pesos a los indígenas, cantidad equivalente a doscientos dólares, si le conseguían un *rongo-rongo*, y la oferta no dio resultado alguno. Pero uno de los estudiantes afirmó que si el Pinto hubiese estado en la isla cinco días más, él hubiera obtenido un *rongo-rongo* de una cueva secreta. Nuestro barco se llenó muy pronto de visitantes del Pinto y del poblado, y cesaron nuestros comentarios sobre la cuestión que nos ocupaba. Yo había puesto las cartas sobre la mesa. Que cada cual creyese lo que le pareciera.

El Pinto zarpó al día siguiente. En él se iba nuestro buceador, que había descendido a enormes profundidades en sus horas libres, lo que, al fin, motivó que se le reventaran los tímpanos. Era triste presenciar la marcha de uno de los nuestros, a pesar de que su puesto fue ocupado por un magnífico joven estudiante que había llegado a la isla con sus compatriotas chilenos en el Pinto. Se llamaba Eduardo Sánchez, había estudiado arqueología en Chile y se unió a la expedición como ayudante en tierra y marinero a bordo. Gonzalo y él eran viejos amigos. En verdad no podíamos haber encontrado mejores elementos para nuestra expedición.

Navegamos en conserva, con el enorme y gris navío de guerra, a su popa y un poco a babor, mientras avanzó costearo la isla. Hablamos hecho muchas amistades entre la muchedumbre que se apretujaba sobre cubierta en su anchurosa popa o trepaba por su elevada obra muerta, sin cesar de hacer gestos de adiós. A la puesta del sol nos despedimos del Pinto con la sirena y las banderas, y nuestro pequeño barco pesquero groenlandés viró en redondo frente a los oscuros acantilados de la costa, mientras el buque de guerra se alejaba en dirección a las moradas nubes crepusculares que se extendían por oriente, siniestras como el humo de una bomba que ha hecho explosión. Y, entre tanto, en el horizonte opuesto, hacia el lejano occidente, ardía aún la última y violenta llamarada solar. Así fue como nos

quedamos solos en medio de la noche, frente a la extraña islita, cuyos habitantes vivos debían de estar ya acostándose en la aldea situada en el lado opuesto al que velamos. En éste solamente alguno que otro *aku-aku* debía de montar la guardia junto a misteriosas piedras, en los tenebrosos acantilados del monte. De la lejanía nos llegó un débil resplandor: procedía de nuestro campamento de *Anakena*.

Al esfumarse las últimas luces del Pinto pareció que el navío de guerra desaparecía también de la realidad. Para los indígenas de la isla de Pascua, el mundo exterior sólo existe cuando éste viene a visitar sus aguas. Muchos isleños se sienten cautivados por lo que han oído contar sobre las verdes palmeras de Tahiti o las grandes casas de Chile, pero la vida más allá del horizonte, del mismo modo que la vida más allá de la muerte, les parece algo remoto e irreal, algo existente en un lugar invisible y mucho más lejano que el punto donde se cierra la bóveda azul del cielo. Para sus moradores indígenas, la isla de Pascua es verdaderamente el ombligo del mundo. Se sienten ligados por un cordón umbilical a la solitaria roca en que viven y que está perdida en el océano, a esa manchita cartográfica que consideran como verdadero centro del mundo. Y no sin razón, pues advierten que incluso países tan grandes como Chile, los Estados Unidos, Noruega y Tahiti están situados hacia el Este y hacia el Oeste, en tanto su isla está situada exactamente en la intersección del Este y el Oeste, el Norte y el Sur, es decir, en el centro del mundo.

Tras la partida del Pinto, la vida en la isla de Pascua volvió rápidamente a su cauce habitual. El *kokongo* no había empezado aún a propagarse con su acostumbrada virulencia. El *kokongo* constituía la pesadilla de los indígenas. Era la epidemia anual de gripe que seguía invariablemente al contacto con seres del mundo civilizado. Venía y se iba con una regularidad cronométrica. Después de la visita del buque, asolaba el poblado durante un par de meses; penetraba en el pecho, la cabeza y los estómagos de sus moradores; todos enfermaban y siempre se pagaba un tributo de vidas antes de que el *kokongo* se fuese y les dejara en paz hasta el siguiente año. Pero esta vez, y por el momento, la epidemia se mostraba desusadamente benigna. Los indígenas encontraron inmediatamente una explicación a esta anomalía: el barco de la expedición les había traído buena suerte. A esto se debía - así lo aseguraban - que nadie hubiese enfermado cuando llegamos a la isla.

El gobernador y el Padre Sebastián nos devolvieron a nuestros peones indígenas, y los arqueólogos pudieron continuar los trabajos allí donde se habían interrumpido. Ed regresó a las alturas del *Orongo*, donde había realizado algunos nuevos descubrimientos antes del arribo del Pinto. Al excavar en un *ahu* de pequeñas dimensiones y construcción muy tosca, contiguo al poblado en ruinas de los hombres-pájaros, descubrió que lo habían levantado sobre los restos de una construcción más antigua edificada con magníficos sillares cortados al estilo clásico de los incas. Abrió una larga zanja en el humus y la tierra, y vio que se habían alineado una serie de piedras para unir la obra arquitectónica de aspecto clásico que acababa de descubrir a la cabeza sonriente que había desenterrado con anterioridad. En torno suyo, grabados sobre todas las piedras, grandes ojos circulares le miraban. Eran típicos símbolos solares; y como en el centro del conjunto descubriera además un curioso sistema de orificios abiertos en la roca, Ed concibió ciertas sospechas. Sabiendo que el solsticio de verano del hemisferio meridional corresponde al 21 de diciembre, antes de la salida del sol, Ed y el capitán ya se hallaban en la cumbre del *Orongo* y habían introducido una varilla en uno de los orificios. Cuando el sol se alzó sobre el borde del cráter, en el lado opuesto del gigantesco caldero, la nítida sombra de la varilla señaló el orificio que Ed supuso de antemano. De este modo descubrió el primer observatorio solar de tipo ceremonial conocido en la Polinesia. El gobernador prometió trasladarse allí personalmente en el solsticio de invierno, para repetir la prueba a la salida del sol, puesto que en tal fecha nuestra expedición ya se habría marchado. Ed le indicó el orificio que suponía había de señalar la sombra de la varilla, y cuando llegó el día de la observación y el gobernador se trasladó al cráter, la sombra de la varilla cumplió exactamente las predicciones de nuestro compañero.

Durante el solsticio de verano, Bill se instaló con sus instrumentos de medición en el gran *ahu* de tipo clásico que había puesto al descubierto en *Vinapu*. Y vio que los rayos del sol incidían exactamente en ángulo recto sobre el poderoso muro de estilo incaico. Tanto los incas como sus predecesores en el Perú rindieron culto al sol. De aquí que estas observaciones nos evocaran nuevamente las antiguas culturas de Sudamérica. Pero Bill todavía descubrió algo más. El llano en que se desenterró la estatua en forma de columna roja era una enorme y hundida plaza de un templo.

Esta plaza media ciento cincuenta metros de largo por ciento veinte de ancho, y en la Antigüedad estuvo rodeada de un terraplén que aún podía verse claramente. Bajo este terraplén se encontró carbón vegetal procedente de una hoguera encendida por el hombre, no originada por un incendio casual. Después de ser analizado en el laboratorio, donde se le sometió a la prueba del carbono radioactivo, se estableció que el carbón procedía aproximadamente del año 800. La estatua similar, también en forma de columna roja, existente en Tiahuanaco, yacía igualmente en una plaza rectangular y hundida muy parecida a la de la isla de Pascua. Y frente al gran muro de piedra, Bill encontró los restos de un antiguo crematorio donde habían sido incineradas y enterradas gran número de personas, algunas de ellas con sus óseos útiles de pesca. Hasta entonces, la práctica de la cremación no había figurado en absoluto en los anales arqueológicos de la isla. Cari recorría el territorio isleño levantando mapas y examinando antiguas construcciones de piedra. En el *ahu Pito te Kura*, donde yacía la mayor estatua de la costa, descubrió una pequeña bóveda de enterramiento en el muro de esmerada construcción, y entre fragmentos de huesos humanos halló dos de los bellísimos discos auriculares que utilizaban los "orejas-largas". El material empleado en ellos era la parte más gruesa de una concha de gran tamaño.

Arne trabajaba simultáneamente con varias brigadas de obreros.

Realizó interesantes descubrimientos tanto en el interior como en el exterior del cráter del *Rano Raraku* y abrió una zanja con objeto de atravesar una de las redondeadas eminencias que se alzaban al pie del volcán. Estas jorobas eran de un tamaño tan considerable, que los indígenas habían dado un nombre a cada una, y la ciencia las había considerado hasta entonces como formaciones naturales. Nosotros descubrimos que todas ellas eran de origen artificial. Se habían formado con cascajo de la cantera, de donde se bajó en grandes cestos para ir amontonándolos en el llano, y nuestra buena suerte nos ofreció allí el típico medio seguro de datar científicamente la construcción de las estatuas. A medida que la zanja penetraba en la loma íbamos encontrando picos de piedra rotos y carbón vegetal procedente de antiguas hogueras. De nuevo pudimos fechar el carbón vegetal midiendo su radioactividad, y ésta nos mostró que aquel montón de desechos estuvo recibiendo el cascajo de la cantera donde trabajaban los escultores hasta los alrededores de

1470, o sea doscientos años antes de que se encendiese la espantosa hoguera defensiva de los "*orejas-largas*" en el foso de *Poike*.

Mientras nosotros continuábamos nuestros trabajos en diversos puntos de la isla, y tras la partida del Pinto, el jefe de los "*orejas-largas*" permanecía sentado tranquilamente a la puerta de su casa, puliendo la ganchuda nariz de una de sus tallas. Gracias a su divisa "hay que tomar las cosas con calma", no parecía muy preocupado por el súbito hundimiento de sus sueños de viajero. El gobernador me autorizó a prometerle, a guisa de consuelo, que nos acompañarla a Tahiti, Hivaoa y Panamá cuando nos fuésemos de la isla, y ello fue suficiente para que el alcalde se considerase el hombre más dichoso del mundo. A su juicio, aquello era una señal indudable de buena suerte.

Haciendo nuevo acopio de valor, volvió a visitar a su abuela, esta vez calladito y a solas. Pero la vieja seguía tan terca como siempre. Aquella noche estuvo despertándose a cada momento y acabó por no poder pegar ojo. Su *aku-aku* no le dejaba en paz; no cesaba de decirle y repetirle: "Ve a la cueva, ve a la cueva". Al fin, ya no pudo seguir resistiéndose: se levantó y se fue a la cueva. Por el camino no vio a nadie y, por tanto, no tuvo que ocultarse ni una sola vez. Ello se consideraba como señal de buena suerte para los que iban a visitar sus cavernas. Ya en el interior de la suya, don Pedro se apoderó de una cabeza de animal que tenía largos dientes. Entonces su *aku-aku* le dijo con voz susurrante: "Llévate más cosas, llévate más cosas", y él sacó gran cantidad de esculturas de la cueva. Después de contarme todo esto, el alcalde me dijo que tenía escondidas las figuras en las afueras del pueblo, y yo decidí que fuéramos a buscarlas en el jeep tan pronto como oscureciera.

Esta vez me encontré con los más extraños animales que se puedan- concebir. Uno de ellos, del que vi numerosas reproducciones, tenía un cuello largo y erguido y un hocico con tres dientes arriba y tres abajo; fuera de éstos, sus mandíbulas no tenían ninguno. Pero el mejor ejemplar era un barco de totora cuya forma recordaba al arca de Noé. Era ancho y redondo y tenía tres mástiles de gruesas velas acanaladas clavados en orificios redondos sobre una cubierta prominente. Parecía la obra maestra de un pastelero, hecha con lava sólida en vez de pasta.

- ¿Ve usted por qué sabía yo que las velas eran también de totoral? - dijo el alcalde

con orgullo, señalando los canales verticales del velamen, semejantes a los de un cañizo.

Aquel día advertí que el alcalde empezaba a carraspear: el *kokongo* llamaba a su puerta. El dueño de aquel barquito que parecía un adorno de pastelería declaró satisfecho que el *kokongo* nunca había sido tan benigno como aquel año. Pero añadió que mientras tuviese tos no podía visitar la caverna, pues daba mala suerte entrar en ellas sin encontrarse bien. Algunos viejos lo hicieron en otros tiempos, pero con el exclusivo propósito de ocultarse en su interior para morir.

Cuando los "*orejas-largas*" regresaron a *Anakena*, fue Lázaro quien se encaramó al muro del *ahu* y dirigió los trabajos con seguridad y energía durante el decimoctavo día de labor, jornada crítica en que el gigante se balanceó para separarse del pesado montón de piedras, el cual se derrumbó inmediatamente con estruendo y en medio de una enorme polvareda.

Poco después se desencadenó una tempestad y el capitán tuvo que buscar abrigo para nuestro barco, rodeando la isla y yendo a situarse frente al poblado, donde la embarcación quedó fondeada por un par de días. Cuando la tormenta amainó y el barco regresó a su antiguo fondeadero frente a la playa, me comunicaron, por medio de la radio portátil de campaña, que el capitán había recibido a bordo la visita de un indígena de la aldea, el cual insistía en mostrarme algo que llevaba consigo.

Me dirigí al barco en la lancha y me encontré con que el indígena en cuestión era mi joven amigo Esteban. Se vela claramente que el muchacho se traía algo entre manos. Su sonrisa denotaba una dicha infantil que no mostraba desde que su mujer había dejado de pronto de enviarme objetos de la caverna. Me preguntó cortésmente, pero con vehemencia, si había algún sitio completamente oscuro en el barco, pues iba a hacerme participe de un gran secreto. Le llevé a mi camarote y bajé las persianas. La oscuridad que se produjo le pareció satisfactoria. Acto seguido desapareció para regresar tirando de dos enormes bultos. Cerrando cuidadosamente la puerta del camarote, me rogó que me retirase a un rincón y me limitara a observar lo que iba a suceder.

Reinaba tal oscuridad en el camarote que sólo veía a Esteban como una confusa sombra cuando se inclinó sobre algo que había sacado de los envoltorios. Mi primer

pensamiento fue que iba a aparecer algún objeto fosforescente, lo cual explicarla que el camarote tuviese que estar a oscuras. Pero no: lo que sacó de los fardos era tan negro como las mismas tinieblas que nos rodeaban. Luego, confusamente, advertí que se ponía algo. Ello me hizo pensar que iba a ejecutar alguna ceremonia cubierto con una máscara de baile u otro disfraz cualquiera. Hubiera jurado que veía dos orejas desmesuradas colgándole a ambos lados del rostro, pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada claramente. Después sacó dos grandes objetos oscuros de los envoltorios y dejó uno en el suelo y el otro en la silla contigua a mi litera. Luego se agachó y pude ver que ponía una mano a cada lado del objeto que estaba en el suelo, como si se dispusiera a enfrascarse en una importante conversación con un amigo íntimo.

Entonces empezó a murmurar sin interrupción y con acento diferente frases en polinesio. Su voz era suave y melodiosa, aunque grave y pavorosamente apasionada. Yo experimenté una extraña sensación. Transcurridos algunos segundos comprendí de pronto que aquello no era una simple demostración hecha en honor mío, sino una ceremonia pagana que el apuesto joven seguía ejecutando con tanta atención como gravedad. Noté que cada vez estaba más absorto y conmovido, y, cuando terminó su conversación con el objeto del suelo, rodeó con sus manos el que estaba sobre la silla. Entonces su emoción llegó a tal extremo, que el tono de su voz cambió completamente, y no tardó en ponerse a lloriquear. Era imposible entender lo que decía, pero me pareció oírle pronunciar mi nombre varias veces. Cuando la ceremonia estaba llegando a su fin, el muchacho tenía que hacer grandes esfuerzos para contener los sollozos, y terminó llorando como si acabase de perder a su mejor amigo.

Yo me sentía profundamente desazonado y cohibido. Apenas podía reprimir mi deseo de dirigirle la palabra para consolarle y averiguar qué le sucedía. Si no lo hice fue porque me pareció más prudente no intervenir por el momento. Finalmente, Esteban se dominó y empezó a quitarse lo que se había puesto. Entonces me pidió que dejara entrar la luz en el camarote. Cuando levanté las persianas, vi que estaba en pie ante mí, sonriendo gravemente y con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Le ofrecí un pañuelo y él se secó los ojos y nariz. A pesar de todo, parecía tan contento como si hubiese salido de una pesadilla.

Lo que se había puesto era un grueso jersey de lana oscura y un gorro de explorador polar provisto de largas orejeras, prendas procedentes, a buen seguro, de algún ballenero que había recalado en la isla. En el suelo vi un gran perro de piedra roja. Estaba sentado y tan desgastado a causa de los fregotes, que parecía una figura de chocolate medio fundida. Sobre la silla yacía una criatura diabólica que parecía el propio Satanás. Tenía forma de bestia, estaba jorobada y ostentaba una barba de chivo bajo su boca contraída en una mueca llena de perversidad. Era de una piedra gris más dura que la utilizada para esculpir el perro y estaba perfectamente conservada, por lo que ofrecía un fuerte contraste con el restregado can.

Esteban me indicó con reverencia, casi con afecto, la figura de la silla y manifestó que, según su esposa, tenía más poder que la del perro. Estas esculturas eran dos de los cuatro *aku-akus* que guardaban la caverna de su mujer. Los otros dos seguían en la cueva, y consistían en grandes cabezas que soportaban extrañas figuras. Los dos guardianes que tenía ante mí eran los que montaron en cólera cuando la mujer de Esteban sacó tantos objetos de la parte de la cueva que estaba bajo su custodia. Desde entonces, la infeliz sufría constantes dolores de estómago, y había llegado a la conclusión de que lo mejor que se podía hacer era enviarme los dos enojados guardianes. Tenía la esperanza de que se calmasen al recuperar su dominio sobre las piedras que les pertenecían. Esteban me trajo también cinco figuras de piedra de tipo corriente que pertenecían al mismo grupo. Una de ellas era un monstruo de dos cabezas de aspecto mucho más terrorífico que el inocente can que seguía sentado tranquilamente sobre la alfombra, a los pies de la litera. En la caverna había otras esculturas pertenecientes a los dos irritados guardianes; entre ellas figuraba la gran embarcación provista de mascarones de proa y popa, de la que ya me había hablado. Ya podía considerar como mías todas estas obras. Le pregunté si podría visitar la caverna personalmente para hacerme cargo de aquellos objetos que habrían de pertenecerme. Esteban sugirió que hiciéramos un esfuerzo combinado para persuadir a su esposa. Yo le prometí ir al pueblo una noche para visitarles, y añadí que me acompañarla el médico y que procuraríamos hallar un remedio para la misteriosa dolencia que había contraído su mujer. Entonces Esteban se volvió hacia sus amigos (el perro y Satanás) y, con gran énfasis, anunció que los

dos guardianes pasaban legalmente a mi poder. Había obrado así siguiendo las indicaciones de su esposa. Así procedió también el padre de ella cuando le hizo entrega de la caverna, y su abuelo había hecho lo mismo al transferirla a su padre.

A partir de entonces, mía era toda la responsabilidad, y si algún día yo entregaba los guardianes a un tercero, debía repetir este requisito cuatro veces al año. No bastaba quitarles el polvo y la suciedad; habría de quitar también, con el mayor cuidado, las telarañas blancas, parecidas a algodón, que se formasen en las grietas, y todos los años debía fumigarlos para matar los insectos que depositaban sus huevos en las porosidades de la piedra.

Cuando los dos guardianes y sus súbditos de piedra fueron convenientemente guardados, el joven Esteban pareció verse libre del peso de una grave responsabilidad. Me dio a entender que él era Un buen cristiano, pero que sus antepasados lo único que sabían hacer era conversar con los dioses, y legaron terribles obligaciones a los que debían encargarse de ellos, viéndose obligados a soportar sus caprichos.

Pregunté a Esteban si las dos figuras que me había regalado eran diablos, y él se vio obligado a admitir que en español así se les llamaría, pero añadió que sus antepasados les daban el nombre de *aku-akus*. El resultado de ello fue que, a partir de entonces, yo tuve dos *aku-akus* a bordo. Me gustaba saberlo. Esteban me dijo claramente que, si dependiera de él, me entregaría también los dos que habían quedado en la cueva, así como todos los que hubiese en la isla. Lo mejor sería que todos los *aku-akus*, desde el primero hasta el último, se trajeran a bordo para que nosotros nos los lleváramos de la isla, y no los volviéramos a traer jamás. Así terminarían para siempre las preocupaciones que les causaban estas cosas. Pues era el caso que todos los habitantes que entonces había en la isla eran buenos cristianos y hubieran deseado no tener nada que ver con semejantes asuntos, pero no había modo de rehuirlos sin exponer a graves riesgos sus vidas y su salud.

Esteban había ido a la escuela y sabía escribir. Con bella caligrafía anotó para mí lo que había dicho en la oscuridad, y me explicó que si entregaba los dos guardianes a otra persona debía transmitir también el conjuro al nuevo dueño. Lo que Esteban había escrito en un trozo de papel era lo siguiente:

Koau Ko Kon-Tiki he Atua Hiva.

Hua viri mai te i Ka uru atua na Ki te.

Kaiga Einu Ehoraie Ehiti Ka pura Eurauraga te Mahinaee. Ka ea Korua Kakai Kahaka hoa ite umu moa ite umu kokoma ote atua hiva.

Ko Kon-Tiki mo hatu O Ko ia To Koro Va Ka Tere Ko haho Kogao Vari one ana Kena O Te Atua hiva Ko Kon-Tiki.

Esteban no pudo traducir esto exactamente, pero, en esencia, decía que yo, un señor procedente del mundo exterior, había arribado a la isla con los míos, y, una vez en ella, había obligado a los cuatro *aku-akus* cuyos nombres eran Einu Ehoraie, Ehiti Ka pura, Eurauraga y Mahinaee, a comerse las tripas de un gallo asado en un horno de tierra frente a la entrada de la caverna O Koia, mientras mi barco permanecía fondeado frente a la playa de *Anakena*.

Comprendí que este asunto de las tripas había sido algo que Esteban y su mujer ya habían arreglado por mi, ante la entrada de la caverna.

Transcurridos dos días y aprovechando la primera oportunidad que se nos presentó, el médico y yo fuimos al poblado y entramos en la casita de Esteban sin que nadie nos viese. Una mesita sobré la que había un jarro con flores, dos taburetes y dos bancos constituían todo el mobiliario de la choza. Además, conjeturamos la existencia de una cama oculta por una cortina que pendía cerca de una de las paredes. Todo estaba pintado de blanco y de azul pálido, e inmaculadamente limpio. Cuando salió de detrás de la cortina la mujer de Esteban, advertí que era una beldad, una joven pálida, de miembros bien torneados, larga y negra cabellera, ojos de mirada grave e inteligente y porte apacible y recatado. La enferma tenía el continente de una reina cuando, después de levantarse, vino hacia nosotros para saludarnos, deslizándose con sus pies desnudos. Sabía muy poco español y Esteban acudía en su ayuda cuando a nosotros nos costaba entenderla. Se disculparon por la falta de sillas, pero a nosotros nos gustó sentarnos en los bancos. Contemplé a aquella joven de expresión serena que se había sentado y estaba muy erguida, con las manos en el regazo. No correspondía a la idea que yo me había forjado de la enérgica esposa de Esteban; yo esperaba encontrarme ante una mujer hombruna. Respondió con voz clara y sosegada a todas las preguntas que le hizo el médico.

Resultó que tenía un desarreglo intestinal, cuya curación sería cosa de unos días si se trasladaba al pequeño hospital del poblado para someterse a tratamiento.

Fue el propio Esteban quien abordó la cuestión de la caverna. Su mujer siguió respondiendo a mis preguntas con inalterable tranquilidad y confianza y con voz suave y musical. Su padre le había dicho que si un extraño penetraba en la caverna familiar, uno de los parientes próximos de la muchacha moriría. Y como ella no quería morir, ni que le sucediese nada malo a su esposo, no podía llevarme a su caverna. Sobre este punto su decisión era irrevocable. Esteban, compungido, añadió que la primera vez que intentó convencerla, ella estuvo llorando durante dos días con sus noches, y yo, al ver cuán a pecho se tomaba estas cosas, decidí no seguir insistiendo.

Entonces le pregunté si querría hacer una fotografía de la caverna, para lo cual le enseñaríamos el manejo de la máquina fotográfica, y ella también se negó. Si hacía tal cosa, cualquier extraño podría ver la caverna aunque fuese en fotografía, lo cual no debía ser, porque era precisamente la cueva lo que era tabú.

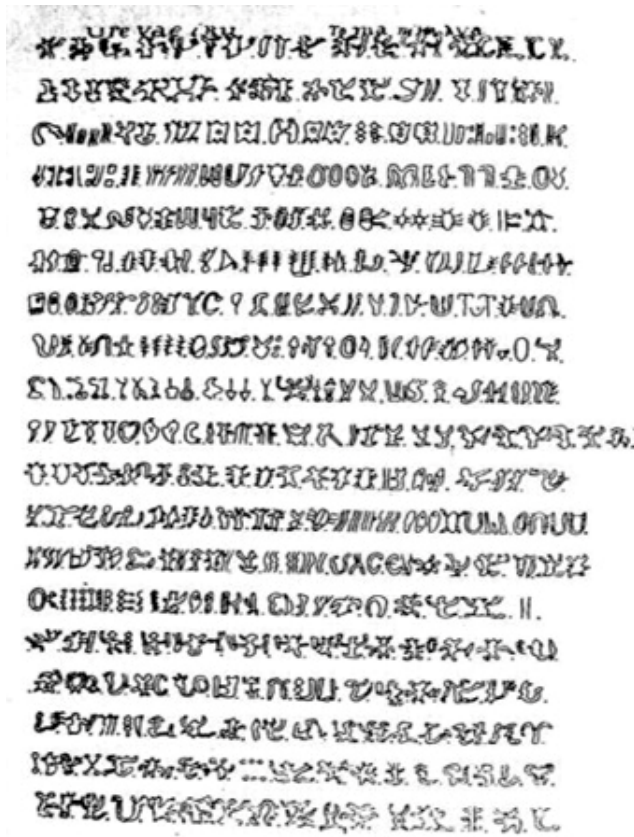
Fue un verdadero desengaño. Sin muchas esperanzas de éxito, le pregunté si estaría dispuesta a traer a su casa los objetos que quedaban en la caverna para que nosotros los fotografiásemos. Con gran asombro mío, consintió sin vacilar ni un momento. Aún me sorprendió más oír que Esteban le proponía poner todas las piedras en una cueva ordinaria que había en el jardín, la cual, aunque tenía una entrada secreta, no era tabú. Luego, yo podría fotografiar todos los objetos allí reunidos. Su esposa dio en el acto su consentimiento, pero con la condición de que los dos guardianes que estaban aún en la caverna familiar no salieran de ella.

Los esposos se mostraron muy abatidos al ver que yo denegaba con la cabeza mientras les decía que la única cueva que me interesaba era la auténtica caverna familiar. Convinimos por último que ellos trasladarían a su casa el contenido de la caverna y me avisarían cuando lo tuviesen todo allí.

Al despedirme de ella le pregunté si era su padre quien había esculpido aquellas piedras. Me contestó negativamente. Sólo unas cuantas eran obra suya. Fue su abuelo, que recibió el nombre de Raimundo Uki cuando el cristianismo se introdujo en la isla, quien las había esculpido casi todas antes de su muerte, ocurrida cuando contaba ciento ocho años. Aún creía estar viéndolo entregado a la tarea de adiestrar

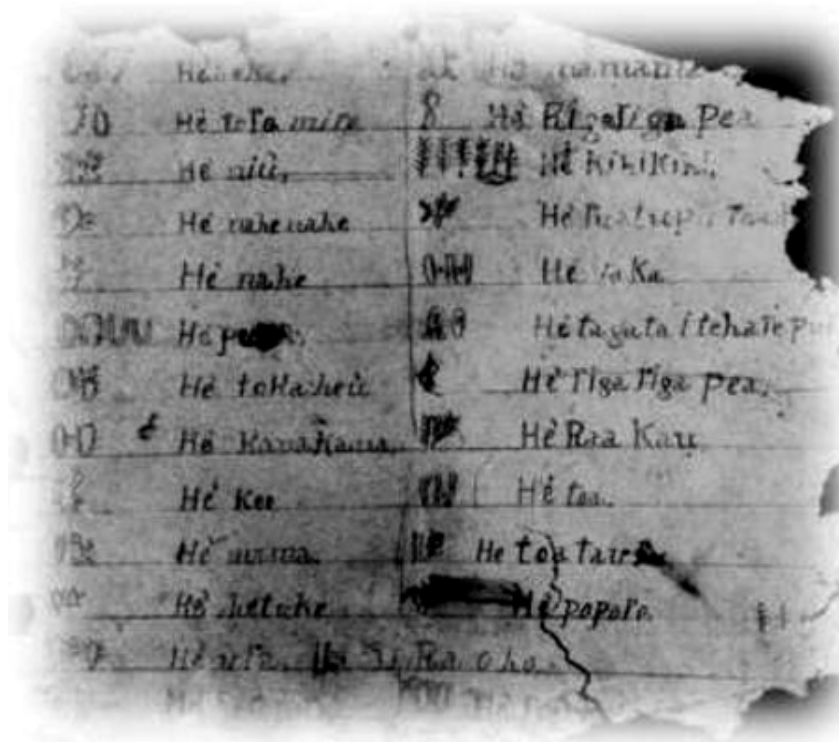
a su padre en el arte de esculpir cuando ella no era más que una niña. Le habían dicho que su bisabuela había ayudado a su abuelo con sus consejos al principio. No pudo decirme cuándo se utilizó por primera vez la caverna, pero sabía que algunos de los objetos guardados en ella eran muy antiguos, aunque la mayoría se depositaron allí en vida de su abuelo.

Todo ello nos permitió saber que por lo menos una de las extrañas cuevas de la isla de Pascua era una institución que había funcionado ininterrumpidamente, formando parte de la vida local, es decir, que no era sólo una cámara sellada donde se guardaban tesoros procedentes del tiempo de las guerras civiles. La caverna de la esposa de Esteban podía ser la última de la isla que había recibido nuevos objetos y era la primera que entregaba parte de su contenido al mundo exterior. Pero cuando la joven pareja salió a despedirnos y nos hundimos en las tinieblas que rodeaban su, choza, comprendí que yo no vería nunca su caverna.



He mauga	He Kai ga
He Vaha.	
He Viza.	He tita te Kai ga
He Vae.	He vere ite Kai ga.
He mata.	Kaiga Puku.
He tagi	Mee tuhu he Kai ga.
Hebe tuu.	heuta niki
He taá.	Ho Pito ote Kai ga.
Hema hna.	He mauga.
E tua hetuu	He mata ote Kai ga.
Te	He maugapu.
He Koi	Heia, hevai.

He taha
Kuku te toia
He Moa.
He Moa te ga.
Hemoa riki riki.
He ika.
He ta taha. Ika mon
He Kioe
He takate.
He Peka Peka.
Ma Kele
He vaveke
He vi hehe.



Izquierda. El único gigante que se yergue en su sitio. Derecha. Antaño se alzaron

centenares de estatuas sobre los altos muros. Todas fueron derribadas durante las guerras civiles que distinguieron al tercer periodo, Lázaro y el autor ante el gigante recién erigido, el único que hoy ocupa su puesto. El alcalde era un «oreja larga» del más rancio abolengo y el personaje más extraordinario de la isla.



Lázaro Hotus mostrando fotografía de 1955 (Del Documental "Hay Mana", 2009 de Raúl Domenech)



De izquierda a derecha vemos a Atán-Atán, el alcalde, Hey, Juan, Lázaro y Enrique.



Arrastrando a un gigante. El alcalde dispuso que invitados a la cena tirasen de una figura recién desenterrada.



Capítulo 8

En las cavernas secretas de la Isla de Pascua

Un día, al atardecer, Lázaro y yo íbamos a caballo por la antigua y herbosa carretera que unía la cantera del *Rano Raraku* con el campamento de *Anakena*. A nuestras espaldas, el volcán brillaba como una ascua roja bajo los rayos del sol poniente, y ante nosotros se extendía la llanura pedregosa en que las sombras empezaban a alargarse. La paz del atardecer cubría el mar y velaba el cielo; todo cuanto alcanzaba la vista respiraba quietud. Dos deformes caricaturas de jinetes nos seguían imitando hasta el menor de nuestros movimientos: eran nuestras mismas y estiradas sombras. De nuevo tuve la sensación de que Lázaro y yo cabalgábamos sobre la superficie de la luna.

De pronto, detuve mi montura y volví la cabeza. Entonces vi que las dos grotescas sombras se habían convertido de improviso en tres. Un jinete desconocido venía pisándonos los talones. Pálido y enteco, se erguía sobre la silla de su caballo mirándonos con un talante tan grave, que se me antojó la muerte en persona. Como si fuera en verdad una sombra nuestra, se detuvo cuando nosotros nos paramos. No dijo nada y, tan pronto como nos pusimos en marcha de nuevo, aquella tercera sombra nos siguió. Había algo misterioso en aquel hombre y en su modo de conducirse.

En voz baja e inclinándose sobre las cabezas oscilantes de nuestras monturas, Lázaro me dijo que el hombre que nos seguía era el hermano del sacristán. Hacia un par de días había dicho a Lázaro que si le conseguía un empleo a mi lado estaba dispuesto a trabajar de balde. Este detalle hacía aún más misterioso a aquel hombre. Yo no experimentaba deseo alguno de tener al taciturno jinete entre los obreros cuya labor dependía más directamente de mi. Sentía su mirada clavada en mi nuca. No nos adelantaba cuando acortábamos el paso, y si poníamos nuestras monturas al trote, él hacía lo mismo. Por el rabillo del ojo yo vela la flaca silueta como de araña que formaba su sombra y la de su caballo y que nos siguió kilómetro tras kilómetro hasta que llegamos al campamento, donde las sombras de los hombres y las tiendas se fundieron en una sola cuando el sol se puso más allá de las montañas y la noche cayó sobre nosotros.

Lázaro no creía que el solitario jinete hubiese oído nuestra conversación. Yo había dicho que tarde o temprano sería posible descubrir las cuevas y túneles secretos de la isla recorriendo su superficie con un detector de cavidades, fuera del tipo que fuese. Estas palabras impresionaron a Lázaro profundamente. Mientras seguíamos nuestro camino cabalgando, me indicó varias zonas en las que un aparato de tal especie resultarla muy eficaz, pues se suponía que existían en ellas cavernas secretas cuyas entradas no se conocían. Consternado, afirmó que el primero que emplease semejante aparato en la isla podría enriquecerse dedicándose sencillamente a pasearse con él entre las casas del poblado. Después me habló de una caverna secreta, de trescientos metros de longitud, perteneciente a uno de los últimos monarcas, que llegaba hasta el mar, partiendo de un lugar desconocido próximo a las casas del norte de la aldea. La descubrió un hombre que sacó de ella varias puntas de lanza de gran tamaño, pero los *aku-akus* estuvieron mordeándole y pinchándole noche tras noche, hasta que el desgraciado murió.

Apenas salí de la tienda a la mañana siguiente, me tropecé de nuevo con el sujeto pálido y flaco de la víspera. Estaba tendido sobre la hierba frente a mi tienda de campaña, más allá del cercado de cuerdas, y permanecía inmóvil, mirándome. Los policías Nicolás y Casimiro habían suspendido sus funciones de guardianes hacía tiempo, pues nadie tocaba ya nada de nuestras tiendas. Durante todo el día tuve la impresión de que aquel individuo escuálido me seguía como un perro fiel, manteniéndose siempre a distancia, inactivo y silencioso.

Cuando se hizo de noche y en el campamento todos nos fuimos a la cama, le vi en la oscuridad sentado en el muro del templo situado junto a mi tienda.

Aquella noche cayó un chaparrón más que regular sobre la isla. Los indígenas se mostraban muy contentos, pues las cisternas del poblado estaban completamente secas y la gente había iniciado una laboriosa búsqueda de agua en las cuevas y en la gran ciénaga del cráter. En aquellos momentos llovía a cántaros, lo cual, por ocurrir en plena estación seca, se consideraba como señal de buena suerte. Sin embargo, para los que ocupábamos las tiendas, aquello no era más que un gran diluvio. Cuando cesó de llover, un arroyo de aguas achocolatadas y espumosas descendió con fragor por el camino del jeep desde las tierras altas y convirtió nuestro campamento en un lago.

Me despertó Anita, que gritaba con excitación en polinesio: "¡Mira, mamá, mira!", mientras señalaba embelesada su bacínica, que había empezado a moverse y navegaba entre los lechos de campaña. Yo no compartí el entusiasmo de la niña cuando vi que las maletas y todos nuestros enseres flotaban aquí y allá o se iban a pique. Fuera oíamos los gorgoteos de un torrente desatado y una sonora mezcla de risas y juramentos que sallan de todas las tiendas. El techo de la que hacía las veces de cocina se hundió, los primus parecían bañeras llenas de agua y los víveres se nos iban, arrastrados por la corriente. El cocinero y el camarero, de pie en medio de unas gachas de harina y azúcar, golpeaban el suelo con una barra de hierro para abrir un desagüe en la arena; el operador cinematográfico amontonaba películas y material sobre su cama, y los marineros achicaban el agua de sus tiendas con cacerolas y cubos, como si se hallasen a bordo de un barco en trance de hundirse.

Nos apresuramos a desviar la riada formando un dique y abriendo una zanja a través del sendero. En medio de nuestra aflicción mientras estábamos sumidos en una especie de caos, los "*orejas-largas*" llegaron llenos de júbilo, procedentes de su caverna seca, para felicitar me. ¡Aquello sí que era buena suerte! A partir de entonces y durante mucho tiempo, en la isla habría agua en abundancia para hombres y bestias. El capitán nos comunicó alegremente desde el barco que había recogido varios metros cúbicos de agua de lluvia: los depósitos de agua dulce habían quedado llenos a rebosar en una sola noche. El viento amainó después de aquel aguacero que había puesto fin al tiempo inestable de los últimos días.

Entre tanto, en la caverna de los "*orejas-largas*", solo en un rincón, un infeliz se debatía entre espantosos espasmos.

De regreso de una visita nocturna a su cueva familiar, adonde fue en busca de objetos por vez primera, le sorprendió el aguacero. Yo no me enteré de ello hasta muy entrada la noche siguiente, cuando el médico y yo acabábamos de regresar de entrevistarnos con Esteban y su mujer. Era ya más de medianoche. Antes de entrar en mi tienda me detuve un momento a contemplar la silueta del gigante recién erigido, que se destacaba sobre el firmamento austral cuajado de estrellas. Entonces surgió Lázaro de las tinieblas. Por la grave expresión de su semblante colegí que algo malo ocurría. Me dijo que el hermano del sacristán, el enjuto jinete que nos había seguido, estaba muriéndose en la caverna de *Hotu Matua*. ¿Podía ir el

médico en seguida? Encontramos al doctor metiéndose en su saco de dormir, y los tres partimos apresuradamente a través del llano en dirección a la caverna. Por el camino, Lázaro me dijo que el enfermo le había dicho confidencialmente que poseía una caverna. Había estado en ella la noche anterior, y se llevó algunas cosas en un saco que había escondido entre unas rocas en el monte que dominaba el valle de *Anakena*. Pero de madrugada, cuando ya había regresado a la caverna de *Hotu Matua*, se sintió de pronto enfermo, y había ido empeorando durante el día. Ahora yacía hecho un ovillo en el suelo y sufriendo arcadas, víctima de un espantoso dolor de estómago. Había revelado a Lázaro el lugar donde el saco se hallaba oculto, para pedirle que me lo entregase en caso de que él muriera.

Por todos los rincones de la caverna había hombres tendidos que trataban de dormir, y en el fondo de ella yacía aquel individuo escuálido, demudado y de mejillas hundidas, que parecía más muerto que vivo mientras se retorció entre crueles dolores, gimiendo y jadeando. Los ocupantes de la caverna formaron un corro en torno al doctor y le observaron con los ojos muy abiertos, mientras reconocía minuciosamente aquel cuerpo enflaquecido y después administraba al enfermo unas píldoras. A medida que avanzaba la noche, el paciente se fue calmando, y, al fin, sus dolores cesaron y se vio claramente que estaba fuera de peligro. Cuando dejamos la caverna, el enjuto enfermo se había repuesto hasta tal punto que, poco después, pudo salir a rastras y desapareció en la noche. Se fue derecho al lugar del monte donde había dejado el saco, lo cogió y continuó la marcha hasta llegar a la caverna, donde se apresuró a devolver los objetos, dejándolos en los lugares que ocupaban anteriormente.

Ya con las manos vacías y experimentando una sensación de alivio regresó a la aldea, donde contó a sus amigos que se había librado de la muerte por un pelo. El médico me dijo que aquel hombre sólo había sufrido un fuerte cólico.

El pálido hermano del sacristán había surgido y se había esfumado con la rapidez de una estrella fugaz en el cielo nocturno, pero tanto la lluvia torrencial como la curación del moribundo causaron profunda impresión a los indígenas reunidos en la caverna. Cuando regresé a mi tienda al amanecer, encontré sobre mi cama una enorme cabeza de felino. Tenía los colmillos al aire y, por su tamaño, habría podido ser de león o de puma. Cuando encendí una cerilla y miré en torno mío a su luz

vacilante vi que Yvonne estaba completamente despierta. Mi esposa me dijo en voz baja que un indígena se había acercado a la tienda y depositado aquella figura en el interior, junto a la puerta. Le pareció reconocer al hermano menor del alcalde.

Yvonne no se había equivocado. Al día siguiente, un hombrecillo con bigote y de enormes ojos de antílope se presentó en mi tienda. Era Atán, aquel joven que tenía un corazón de oro y nos había ayudado a levantar la primera ballena al alcalde, a Lázaro y a mí. Lázaro, que ya se consideraba enteramente emancipado, venía intentando desde hacía mucho tiempo infundir valor en el ánimo del pequeño Atán. Éste reveló a Lázaro que él también poseía una caverna, e incluso añadió que pensaba pedir permiso a su hermano mayor, el alcalde, para entregar al señor "*Kon-Tiki*" algo de lo que con tenía aquella.

Después de atisbar los alrededores de la tienda para asegurarse de que nadie nos escuchaba, Atán contestó sin reservas a mis preguntas, diciéndome cuanto sabía. Era un "*oreja-larga*" de pura sangre. Tenía tres hermanos: el mayor era el cabeza de familia, el alcalde don Pedro Atán; le seguían Juan Atán, Esteban Atán y, por último, él, Atán Atán, que poseía el nombre adicional de *Haré Kai Hiva*, tomado de uno de sus antepasados. Cada uno de los cuatro hermanos había recibido en herencia una caverna de su padre, que fue un hombre acaudalado. Atán, por ser el más joven, tenía la cueva más pequeña, una caverna que sólo con tenía sesenta esculturas. Además, en su calidad de benjamín de la familia, no podía inmiscuirse en los asuntos relacionados con las cuevas de sus hermanos. En cambio, éstos podían decidir lo que mejor les pareciese respecto a la suya. Había heredado esta caverna de su padre, al cual se la había legado María *Mata Poepoe*, quien la recibió de *Atamo Uhu*, y éste, a su vez, de *Haré Kai Hiva*, autor de las esculturas. Reconocí el nombre de *Haré Kai Hiva* por haberlo visto en el árbol genealógico del alcalde: era un descendiente en línea directa del único "*oreja-larga*" superviviente de la matanza del foso, o sea de *Ororoína*.

A una de mis preguntas, Atán repuso, algo vacilante, que la gran cabeza que me había traído era de león marino, animal que a veces se vela por aquellas costas. Yo le dije que los leones marinos no tienen orejas, y Atán asintió, pero añadió que acaso existían otras especies de leones de mar en tiempos de *Haré Kai Hiva*.

Atán se mostró profundamente consternado ante la idea de que algún día alguien

podiese descubrir su caverna con ayuda de un aparato; Lázaro le había hablado de esto. Dijo que, si sus hermanos se lo permitían, se desharía de la caverna y de su contenido, pues él era un buen cristiano y le parecía muy bien que tan abrumadora responsabilidad recayese en un museo convenientemente guardado.

Atán Atán era un alma sencilla y cándida en la que se podía influir fácilmente. Le bastaba lo que había visto y oído, y juzgué que estaba de más esforzarse por persuadirle. Tres días después me invitó a ir de noche a su casita, situada en las afueras del pueblo. Una vez allí, me dijo confidencialmente que tanto su vieja tía *Tahu-tahu* como sus dos hermanos Pedro y Juan le habían dado carta blanca para que me entregase la caverna. Sólo faltaba el consentimiento de su hermano Esteban, y yo tenía que ayudarlo a persuadirle. Dejándome solo, sentado junto a una vela encendida, Atán se fue a la choza inmediata en busca de su hermano.

Cuando regresó con él me di cuenta al punto de que no había visto nunca a aquel hombre. Era el único de los cuatro hermanos que no había trabajado para mí. Atán me reveló ingenuamente que su hermano fue el jefe del grupo que había construido una embarcación para irse a Tahiti tan pronto como nuestro barco zarpara y no pudiera descubrirlos. El recién llegado no ocultó su disgusto ante estas palabras, pero admitió que eran ciertas. Nunca se había hecho a la mar, pero los viejos de la isla le habían enseñado a conocer las estrellas y a guiarse por ellas a través del océano.

De modo que aquél era el segundo isleño que se dirigirla n Tahiti encabezando un grupo de fugitivos. Era más apuesto que la generalidad de los indígenas y aparentaba unos treinta años. Tenía unos labios delgados y finos, su mirada reflejaba honradez y su porte era airoso y distinguido.

Como ocurría con sus hermanos, su aspecto no recordaba en nada al de un indígena; en cualquier calle de la Europa Septentrional hubiera pasado completamente inadvertido. Mas era un auténtico "*oreja-larga*", un descendiente directo de *Ororoina*.

Esteban Atán, llamado también el "capitán del pueblo", era un hombre de espíritu inquisitivo. Me hizo preguntas acerca del viaje de la *Kon-Tiki* y del mundo que existía más allá del horizonte. La noche estaba ya muy avanzada cuando el pequeño Atán consiguió desviar la conversación hacia los linajes de la isla y sus cavernas,

pero todo fue como una seda. Poco después ya sabía yo que el "capitán del pueblo" tenía un centenar de esculturas en la cueva de su propiedad. Había visto también en ella una vasija de *ipu maengo*, pero un día aquel diminuto recipiente de color café se hizo pedazos. Su máspreciado tesoro era un "libro" escrito enteramente con caracteres *rongo-rongo*. Él era el único habitante de la isla que lo había visto. Me dijo también que su vieja tía *Tahu-tahu* ostentaba la jefatura de todas las cavernas de la familia. Se trataba de una mujer con algo de bruja y que, por añadidura, tenía tratos con el diablo. Poseía una cueva de enorme importancia, que un primo de ellos recibirla en herencia cuando la anciana muriera.

La vieja *Tahu-tahu* abrigaba hacía mi una amistosa disposición de ánimo, porque le había regalado cigarrillos y ropa de luto cuando estuvo en *Anakena* para ejecutar la danza de la "buena suerte" ante los hombres reunidos en la caverna de *Hotu Matua*. Transcurridos algunos días, los hechos empezaron a sucederse con rapidez. Primero llegaron a mi rumores de que el pequeño Atán tenía la sangre envenenada y estaba en el hospital del pueblo. Se me cayó el alma a los pies. Podía darse por seguro que el interesado creía que se trataba de un castigo por haber sacado de su caverna la cabeza de felino. Poco después, Lázaro me comunicó que el médico del pueblo había abierto un dedo a Atán, quien tenía buena suerte, porque ya se encontraba en perfecto estado. Y posteriormente recibí un recado de oculto sentido en el que Atán me dejaba entrever que me esperaba en su casa. Para llamar la atención lo menos posible, me dirigí en el jeep a la iglesia después del anochecer, como si fuese a visitar al Padre Sebastián. Éste no pudo ocultar su emoción al enterarse de lo que me traía entre manos. Se había pasado la vida deseando visitar una de aquellas cuevas secretas sobre cuya existencia había oído tantos rumores y que a veces consideró como cosa perdida. Comprendió que él, en su calidad de sacerdote, no podía acompañarme, pero me arrancó la promesa de que irla a verle cuando hubiese conseguido penetrar en una de aquellas cuevas. Me dijo que podía entrar en su casa y despertarle a cualquier hora de la noche si casualmente pasaba por allí.

Para recorrer la última parte de mi camino, o sea para ir desde la casa del Padre Sebastián hasta la de Atán, tuve que tomar un sendero pedregoso y avanzar a tientas junto a un muro de piedra, en medio de la mayor oscuridad. Conseguí dar

con la entrada del jardín. La franqueé y llamé con los nudillos en la puertecilla de madera de la choza. Atán, que llevaba el brazo en cabestrillo, abrió la puerta cautelosamente y sólo lo bastante para que yo me pudiera deslizar al interior. Luego la cerró con el mayor sigilo y tomamos asiento frente a frente a ambos lados de una mesita sobre la que había una vela encendida. Atán levantó un trapo que había sobre la mesa y dejó al descubierto una calavera que hacía una mueca horrible: La cabeza era de lava, y sus rasgos, de un realismo atroz; mostraba toda la dentadura, las mandíbulas y cuatro profundos agujeros en el lugar de los ojos y las fosas nasales. En la parte superior del cráneo tenía dos extrañas cavidades en forma de recipiente y del tamaño de un dedal.

-Es para usted- exclamó Atán indicando la calavera.

-Es la "llave" de la caverna. Desde ahora la calavera le pertenece.

Yo estaba tan sorprendido que no supe qué hacer, pero la agitación del pequeño Atán era por lo menos tan grande como la mía, y, antes de que yo pudiese pronunciar alguna palabra desafortunada, me señaló las dos, pequeñas cavidades del cráneo y me reveló que habían estado llenas de huesos en polvo procedentes de un *aku-aku*, el cual hubiera dado muerte al que osara tocar aquella "llave" si su vieja tío *Tahu-tahu* no se hubiera personado en la caverna para quitarle aquellos fatídicos huesos pulverizados. Tras esta operación, ya podía yo estar tranquilo. Durante toda nuestra conversación, Atán habló de la calavera de piedra como de una "llave" y me dijo que tenía que guardarla debajo de mi cama hasta que él y yo fuésemos juntos a la caverna, lo cual haríamos dos días después. Entonces yo tendría que llevar la "llave" conmigo. Nunca olvidaré el semblante de Atán iluminado por la luz vacilante de la bujía junto a la calavera de piedra gris. Me estremecí interiormente al verme a mi y a mi sombra apoderándonos de aquella horrible "llave" pétrea que podía considerar ya mía. Tanto la luz de la vela como nuestras voces eran tan débiles, que apenas llegaban a las paredes; en cambio, fuera resonaban fuertemente los cascos de los caballos al pasar jinetes solitarios que subían o bajaban por el callejón. Era sorprendente la actividad que reinaba de noche en el poblado.

Atán me rogó que le permitiese ir al campamento para hacer una comida especial,

un curanto¹⁶, a fin de que nos diera buena suerte, el día que él designase para realizar nuestra visita nocturna a su cueva. Cuando le pedí que me permitiese llevar a un amigo, se mostró muy reacio; pero luego accedió pensando que la caverna ya era mía, y que, puesto que yo tenía intención de vaciarla de todos modos, la presencia de un tercero no podía resultar muy perjudicial. Cuando le dije que el amigo sería tal vez Ed experimentó un gran alivio, pues su hermano Juan había trabajado para éste en *Orongo* y decía que era muy buena persona. Pero como el tres era un número que daba mala suerte, Atán manifestó su deseo de llevar con nosotros a su hermano Esteban, el "capitán del pueblo". Por último conseguí que el fotógrafo fuese también aceptado, pero entonces Atán me advirtió que llevarla a otro de los suyos para que el número fuese seis; pues el dos, el cuatro y el seis eran números buenos. Al llegar a este punto me pidió humildemente que no llevase a nadie más, pues podíamos correr el riesgo de enojar involuntariamente al *aku-aku* de la cueva.

Cuando llegó el gran día, nuestro capitán se fue al pueblo para buscar a Atán Atán, y regresó acompañado no sólo de éste, sino de su hermano el "capitán del pueblo" y de un joven amigo de ambos llamado Enrique Teao que había trabajado siempre con la brigada de "*orejas-largas*" formada por el alcalde. En el campamento se había cenado ya cuando llegaron ellos. Estuvimos, pues, solos en la tienda-comedor, donde el camarero nos sirvió un sencillito smorgasbord. El "capitán del pueblo" me rogó mansamente que le hiciera un regalito para darle buena suerte a su hermano Atán en aquel día, y otro a su tía *Tahu-tahu* por haber accedido a que él cediese la caverna. Además, la vieja había ido a la cueva a primeras horas de la mañana y asado una gallina para el *aku-aku* cerca de la entrada.

Cuando nos sentamos a la mesa, los indígenas se persignaron y murmuraron una corta oración. Después Atán me miró con expresión inocente y me explicó que aquello era otra cosa aparte¹⁷. Luego se inclinó sobre la mesa hacía todos nosotros y dijo en un susurro que, antes de empezar a comer, debíamos repetir en voz alta esta frase en polinesio: -Soy un "*oreja-larga*" de Noruega. Lo que como procede del horno de tierra de los "*orejas-largas*" noruegos.

Cuando todos hubimos pronunciado estas palabras por riguroso turno, la

¹⁶ Guiso típico chileno a base de mariscos, carnes y legumbres. N. del T.

¹⁷ En español en el original. - N. del T.

conversación que siguió se sostuvo en voz baja. Hasta un rato después no comprendí que la comida se celebraba en honor de los *aku-akus*, que acababan de enterarse de nuestras relaciones mutuas. Supe que Atán había renunciado a su primera idea de que los primitivos pobladores de la isla procedían de Austria, y que tanto él como los demás "*orejas-largas*" estaban ya seguros de que, por lo menos su propia tribu, había llegado de Noruega. En nuestra tripulación figuraban corpulento marinero de cabellos rojos como la llama, al que se citaba constantemente en apoyo de esta idea. De aquí que se aprovechase el curanto ceremonial para poner en conocimiento de los *aku-akus* aquellas relaciones un tanto complicadas.

Como Ed entrara en la tienda para darme un recado, pregunté si podría participar en el banquete de la buena suerte, ya que tenía que visitar la cueva con nosotros. Entonces Ed tuvo que repetir en polinesio, con un nasal acento americano, que él también era un "*oreja-larga*" de Noruega, y que todo lo que iba a comer procedía del horno de tierra de los "*orejas-largas*" noruegos. Acto seguido, continuó el banquete en medio de la mayor seriedad y manteniéndose todas las conversaciones en roncós murmullos. La charla giró acerca de cuevas y espíritus, temas tan extraños para nosotros como el smorgasbord para nuestros invitados. Atán se atracaba de mantequilla que cogía con un cuchillo para queso, y cubría sus rebanadas de pan de rodajas de limón en vez de ponerlas en el té. Pero todo les parecía igualmente sabroso y gozaban de lo lindo con el banquete. Cuando los tres indígenas estuvieron ahítos, se fueron a descansar a una tienda vacía, pues aún faltaba mucho para la hora en que debíamos comenzar nuestra misión secreta.

Un par de horas después de haber anochecido, Atán vino a decirme que ya nos podíamos marchar. Su expresión era grave y solemne; saltaba a la vista que consideraba el inminente traspaso de la caverna como un acto muy serio. Por mi parte, tenía la sensación de que iba a emprender un largo y extraño viaje cuando entré en la tienda para despedirme de Yvonne y recoger la siniestra calavera, que estaba en una bolsa debajo del lecho. No tenía la menor idea de cómo había que utilizar aquella llave mágica, y nadie podía decírmelo. A excepción de los iniciados dueños de cuevas familiares secretas, yo era el único que había tenido en las manos una piedra de esta índole. Yvonne me preparó una bolsa de la S. A. S. con regalos

para la vieja *Tahu-tahu*, y después salí sigilosamente a la oscuridad de la noche, para comunicar a Ed y al fotógrafo que íbamos a ponernos en marcha.

Teníamos que ir en el jeep hasta más allá de la solitaria hacienda ovejera de *Vaitea*, que se hallaba en las tierras altas del centro de la isla; luego, a partir de un punto situado entre *Vaitea* y el poblado, terminaríamos a pie nuestro camino hasta la caverna. Para disimular, cargamos en la parte trasera del jeep varios fardos de ropa sucia, tras lo cual el capitán se puso al volante y nos condujo hasta *Vaitea*. Una vez allí, entregó la ropa a *Analola*, la mujer indígena que hacía de ama de llaves del administrador y que, en unión de algunas amigas suyas, se nos había ofrecido como lavandera, ya que ella y sus compañeras tenían acceso a la única fuente de la isla, cuya agua procedía de un lago cubierto de vegetación situado en el cráter del volcán *Rano Aroi* y que llegaba hasta ella por una instalación de tuberías.

Desde este momento el fotógrafo se encargó del volante y reanudó la marcha con el jeep ocupado por los tres indígenas, Ed y yo. Cuando salimos del campamento, las estrellas brillaban esplendorosas, pero entonces empezó a llover. Atán, que estaba sentado con aire solemne sobre la caja de las herramientas, Entre el fotógrafo y yo, parecía inquieto y empezó a decirme al oído algo acerca de la necesidad de que tuviésemos buena suerte. Oí que el "capitán del pueblo" murmuraba a Ed con voz profundamente sombría que, al parecer, el viento iba a cambiar. Como aquella noche los indígenas estaban muy alterados, no podía juzgar a ciencia cierta si estaban preocupados por algo en particular o si era tan sólo que se sentían abrumados por la gravedad de la ocasión. Temía que ocurriese algo que les hiciera desistir a última hora. El hermano del sacristán no se apartaba de mi mente.

En el asiento trasero, Ed y los indígenas que lo ocupaban habían dejado de hablar. El fotógrafo no tenía más remedio que callar, pues no sabía español ni polinesio y para conversar con los nativos había de recurrir a la mímica. Como detuviera súbitamente el jeep y se apeara de un salto para examinar las cuatro ruedas, los dos hermanos Atún se sobresaltaron y preguntaron qué ocurría. Yo me esforcé por calmarles diciéndoles que todo iba bien. Saltaba a la vista que tenían los nervios de punta y en todo velan señales y presagios desfavorables. Yo también me sentí dominado por la inquietud, temiendo que el jeep hubiese sufrido una avería, pues el fotógrafo, ignorando nuestra conversación, empezó a gesticular vivamente,

mientras me explicaba, muy preocupado, que, al parecer, en el motor sólo funcionaban tres cilindros. Pero el vehículo siguió dando tumbos por el camino carretero lleno de baches, y las estrellas volvieron a brillar sobre nosotros entre las nubes que cruzaban el cielo velozmente. No obstante, los dos hermanos seguían con el alma en vilo y su excitación era evidente. Cuando llegamos al lugar donde debíamos detenernos, Atún modificó de pronto el programa. Dijo que debíamos continuar en el jeep hasta *Hanga Roa* y esperar en su casa a que todos los vecinos del pueblo se hubieran dormido.

Ya en las inmediaciones del poblado, volvió a cambiar de idea: su *aku-aku* le había dicho que debíamos ir a casa de su hermano y no a la suya. Atravesamos todo el pueblo con los faros encendidos, doblamos después hacia la costa frente a la iglesia y recorrimos un corto trecho hacia el Norte, avanzando junto a una cerca de piedra. Allí nos dijeron los indígenas que apagáramos los faros y nos detuviéramos, y, mientras Enrique Teao se quedaba junto al jeep para vigilarlo, los demás trepamos por la cerca y cruzamos un campo pedregoso bajo una fina llovizna. El terreno estaba sembrado de pequeños y ligeros fragmentos de lava volcánica que dificultaba el paso y Atán dijo al fotógrafo, que era el hombre de más edad del grupo, que se apoyara en su hombro para no dar un tropezón o dislocarse un tobillo. En voz muy baja manifestó una y otra vez a Ed que era muy conveniente que sus amigos atravesaran sus tierras, porque él tenía buen corazón y, por tanto, su *aku-aku* se preocuparía de que nada malo ocurriese a los que pisaban su hacienda. Añadió ingenuamente que él siempre se había portado bien con todos, dando de comer al hambriento y ayudando a quien lo necesitaba; de modo que su *aku-aku* debía de estar muy satisfecho de él.

En el centro del pedregal había una casita de paredes encaladas. El "capitán del pueblo" llamó discretamente con los nudillos, primero a la ventana y después a la puerta, y le costó conseguir que su esposa despertara. Finalmente la puerta se abrió y apareció una *vahine* verdaderamente encantadora, una mujer de unos treinta años, de grave expresión y belleza casi salvaje. Su cuerpo escultural estaba cubierto a medias por una larga cabellera tan negra como el azabache. El "capitán del pueblo", pese a todo su orgullo de casta, había hallado una magnífica esposa polinésica entre los ""*orejas-cortas*".

Se acercaron dos bancos a una mesita situada en el dentro de la pieza, y sobre ella la hermosa joven, deslizándose a nuestro alrededor como una sombra, depositó un cabo de vela. El "capitán del pueblo" desapareció en la estancia contigua y volvió a salir poco después con una vieja bolsa de papel de las que se emplean como envase para el cemento, de la cual extrajo cuidadosamente un cuaderno sin tapas que puso ante nosotros, bajo la luz de la vela. El cuaderno, cuyas hojas eran de un tono amarillento y desvaído, había sido en tiempos lejanos una libreta escolar para los niños de las escuelas chilenas; pero se le había utilizado para una finalidad muy distinta. En todas sus páginas se veían paganos jeroglíficos *rongo-rongo*; figuritas pulcramente dibujadas que representaban hombres-pájaros, demonios y otros curiosos símbolos que conocíamos perfectamente por haberlos visto en la misteriosa escritura ideográfica de la isla de Pascua. Cuando lo hojeamos vimos que algunas mostraban únicamente líneas ilegibles de jeroglíficos y en otras la escritura estaba dispuesta como en un diccionario, pues se veían signos y al lado de ellos su definición. En este caso los símbolos *rongo-rongo* formaban pulcramente una columna en el lado izquierdo de la página, y junto a cada signo figuraba la explicación de su significado en el dialecto polinésico que se hablaba en la isla de Pascua, el cual estaba escrito en caracteres latinos con trazos llenos de ingenuidad. Nos sentamos en torno a la vela para contemplar el borroso manuscrito *rongo-rongo* y nos quedamos mudos de admiración. Era evidente que no se trataba de una patraña urdida por el "capitán del pueblo" con el fin de embaularnos; y estaba igualmente claro que si la persona que había trazado aquellos misteriosos signos había conocido en verdad el secreto de la escritura *rongo-rongo*, aquel simple cuaderno sin cubiertas tendría un valor inapreciable, pues ofrecerla posibilidades ni siquiera entrevistas en sueños para la interpretación de la antigua escritura ideográfica de la isla de Pascua.

Observé que en una de las páginas estaba escrito el número 1936, y pregunté al "capitán del pueblo" dónde había obtenido aquel valioso cuadercito. Me respondió que su padre se lo había dado un año antes de morir. Su padre no sabía escribir en *rongo-rongo* ni en caracteres modernos. No obstante, según comunicó a su hijo, aquel cuaderno estaba escrito por él, que había copiado cuidadosamente otro más antiguo escrito por su padre y que ya estaba destrozado. El abuelo del "capitán del

pueblo" era un hombre instruido que sabía grabar *rongo-rongos* en tablillas de madera y también cantar los textos que inscribía. En aquella época vivían en la isla algunos hombres que aprendieron la escritura moderna durante su destierro en el Perú en calidad de esclavos. Uno de ellos ayudó al viejo grabador de *rongo-rongos* a registrar el sentido sagrado de los antiguos signos para evitar su pérdida total, que con razón se temía, ya que casi todos aquellos que los conocían murieron al ser apresados como esclavos.

La sorpresa de Atán y su cuñada al ver el cuaderno fue tan grande como la nuestra, y el dueño del tesoro nos manifestó con orgullo que hasta entonces no se lo había enseñado a nadie. Lo tenía siempre guardado en la bolsa de papel, y ésta en su cueva, y lo sacaba muy raras veces, sólo cuando quería recordar a su padre. Había resuelto copiarlo antes de que también este libro se echara a perder; pero la tarea de reproducir todas las figurillas dibujadas en las cuarenta y una páginas del cuaderno le parecía abrumadora. Le propuse que dejase el libro al fotógrafo, quien le sacaría una fotocopia en facsímil. Después de muchas vacilaciones, y aunque a regañadientes, consintió en ello¹⁸. Como para las costumbres de allí era ya bastante tarde, pregunté si no sería lo mejor que nos fuésemos. El "capitán del pueblo" contestó que no debíamos marcharnos hasta que fueran las once, cosa que él sabría por el mugido de una vaca que se oía todas las noches a esa hora. Yo no conseguí oír a la vaca en cuestión, pero poco después nos levantamos para salir, y la vahine de negra cabellera nos acompañó hasta la puerta con la bujía. Atán volvió a ayudar solícitamente al fotógrafo a atravesar el pedregal, y pronto estuvimos de nuevo en el jeep, donde nuestro guardián, Enrique, se había quedado profundamente dormido sobre el volante. Le zarandeamos hasta despertarlo y seguimos con el jeep por el camino carretero que nos llevaba hacia el Norte, en dirección al asilo de los leprosos. No tardamos en dirigirnos hacia el interior por una especie de camino de herradura. Estaba tan oscuro y la carretera era tan hipotética, que Atán tenía que estar continuamente haciendo gestos de policía de tránsito, extendiendo la mano para señalar la dirección que debíamos seguir por aquel pésimo terreno. El único recuerdo de su envenenamiento de sangre era una venda blanca en su índice, muy

¹⁸ Gracias a ello, el insustituible contenido del cuaderno se salvó para la posteridad, porque una noche oscura, cuando el barco de la expedición ya había zarpado, el "capitán del pueblo" se hizo subrepticamente a la mar en su pequeña embarcación. Nunca más se supo de él. Quizás el libro sigue aún oculto en su caverna, cuyo acceso nadie conoce. Quizás acompañó a su dueño en su camino por el anchuroso océano

adecuada para indicar el camino de noche.

Después de avanzar de este modo durante media hora, dejamos a nuestra espalda y a la derecha Puna Pau, con la cantera de los tocados de piedra, y entonces Atán nos dijo por señas que detuviéramos el jeep y nos apeáramos. Los seis bajamos trabajosamente a tierra, muy satisfechos al poder estirar las piernas después del viaje en el traqueteante jeep. El poblado, que había quedado muy lejos, estaba oscuro y silencioso. La llovizna había cesado y las estrellas iniciaban una nueva conquista del cielo. El "capitán del pueblo" miró hacia arriba y murmuró que teníamos buena suerte, porque la lluvia había cesado. Tanto a Ed como a mi esta observación nos sorprendió enormemente, pues, hallándonos en la estación seca, los habitantes de la isla de Pascua, en cualquier lugar y fuese cual fuere su ocupación, siempre consideraban bienvenido un chubasco. El pequeño Atán añadió con vehemencia que estaba seguro de que todo iría bien, pues su tía *Tahu-tahu* tenía un gran mana. No sólo le había dicho lo que debía hacer, sino que había preparado en persona el homo en tierra ante la caverna.

Antes de emprender la marcha tuvimos que trasponer una elevada cerca de piedras sueltas. Atán cargó con toda la impedimenta fotográfica y ayudó al fotógrafo a franquear el obstáculo. Yo tenía el alma en un hilo ante la posibilidad de que alguien cayese y arrastrase consigo algún trozo de la parte superior de la cerca, pues esto se considerarla sin duda como un mal presagio. Al otro lado del muro había un estrecho sendero. Abrí la marcha, porque así me lo pidieron, iluminando el camino con mi lámpara de mano, pero pronto tuve que detenerme porque las condenadas pilas dejaron de funcionar. Los dos hermanos dieron muestras de profunda inquietud y me preguntaron, nerviosos, qué había sucedido. Yo me esforcé por tranquilizarles, y, después de manipular en la lámpara, conseguí que emitiese un macilento resplandor, con la cual reemprendí la marcha. Pero como los dos hermanos seguían dando visibles muestras de intranquilidad, el fotógrafo me entregó con disimulo su lámpara, gracias a lo cual pudimos seguir avanzando con la misma luz que antes.

El sendero serpenteaba por un campo de maíz, interrumpido por extensiones de tierra pedregosa. Por este camino llegamos a un lugar que, según me dijo Atán más tarde, se llamaba *Matamea*, nombre que también daban los isleños al planeta

Marte. Yo me esforzaba por encontrar puntos de referencia, pero la oscuridad era tan completa más allá de la zona que iluminaba la lámpara ante las puntas de mis pies, que no pude ver sino las siluetas de tres lomas redondeadas que se alzaban una frente a nosotros y las otras dos a la derecha, recortándose sobre el cielo estrellado.

Extraña comitiva, en verdad, la que formábamos los seis hombres silenciosos que avanzábamos a través de la noche, absurda mezcla de tiempos antiguos y modernos. Yo abría la marcha llevando el precioso cuaderno *rongo-rongo* del "capitán del pueblo" en la bolsa de la S. A. S., que pendía de mi hombro, y la macabra calavera en una valija oficial del Ministerio Real de Asuntos Exteriores de Noruega. Detrás de mi avanzaba en fila india el resto del grupo, con el material fotográfico y cajas de cartón vacías. Habíamos salido a un campo cubierto de altas hierbas secas y amarillentas. Atán dijo en voz baja que debíamos detenernos, y luego me pidió que apagara la luz.

Su hermano se alejó unos cincuenta metros a la izquierda de la fila y se detuvo entre las altas hierbas, dándonos la espalda. Entonces le oímos hablar en polinesio, levantando ligeramente la voz pero expresándose aún en tono algo quedo. Aquellas palabras que resonaron de pronto en el campo se esparcieron por la noche con extraña claridad. Esteban hablaba melodiosamente y conteniendo su voz, pues, aunque lo hiciese en voz alta, jamás forzaba sus cuerdas vocales. No había entre la hierba ningún ser viviente a quien pudiese dirigir la palabra. Velamos su solitaria silueta claramente recortada sobre el cielo estrellado. Atán, muy impresionado, murmuró que su hermano estaba hablando con los *aku- akus* que habitaban en aquellos parajes para asegurarse de que todo iba bien. Cuando el "capitán del pueblo" volvió a nuestro lado, nos dijo que habláramos sólo en susurros cuando dejáramos el sendero. Ni siquiera podíamos sonreír; teníamos que estar muy serios. Me pidieron nuevamente que abriese la marcha, esta vez a través de las altas hierbas próximas al lugar donde Esteban había recitado su monólogo.

La hierba seca era escasa y estaba muy esparcida. Nos detuvimos en un punto donde Esteban se agachó y empezó a escarbar en la arena con las manos. No tardó en aparecer una verde y brillante hoja de plátano, y entonces comprendí que allí era donde había estado aquella mañana la vieja *Tahu-tahu* para preparar el homo en

tierra polinésico llamado *umu*. Después de quitar diversas capas de hojas de plátano, cada una de las cuales aparecía más quemada, humeante y jugosa que la anterior, quedó al descubierto la blanca carne de una gallina y tres batatas asadas, al mismo tiempo que un fuerte y extraño aroma acariciaba nuestro olfato. Era tan apetitoso aquel olorcillo que se difundía en la noche como una indescriptible fragancia, y a todos se nos hizo la boca agua.

Atán, muy nervioso, permanecía en cuclillas, contemplando el horno de tierra cuyo interior iba quedando visible, y cuando advirtió que su contenido estaba en el debido orden, pareció experimentar un profundo alivio. El horno en tierra de *Tahu-tahu* había sido un éxito: teníamos buena suerte.

Cuando permanecíamos en cuclillas alrededor del horno, aspirando con fruición el extraño olor, me invitaron en voz baja a que arrancase la rabadilla de la gallina y me la comiese en presencia de todos mientras pronunciaba en voz alta esta mágica fórmula de la isla de Pascua: *-Hekai ite umu pare haonga takapu Hanau eepe kai* noruego.

Más adelante supe que incluso los propios indígenas tenían ciertas dificultades para traducir algunas de las antiguas palabras de esta frase, cuyo significado era que nosotros teníamos que comer lo que había en aquel horno de tierra, ceremonial de los "orejas- largas" noruegos, para conseguir mana que nos permitiese penetrar en la caverna.

Los dos hermanos estaban excitadísimos, y a mi me fue sumamente difícil repetir sin tropiezos una frase tan complicada y que sólo entendía a medias, y, por si esto fuese poco, mis conocimientos zoológicos en lo referente a la anatomía de una gallina retorcida y espetada se vieron sometidos a dura prueba antes de que consiguiera encontrar el extremo del ave donde se hallaba la rabadilla. Observé entonces que la cabeza y las patas estaban intactas, aunque fuera de su lugar, y el pico, arrancado de raíz. Recordé haberle oído contar al alcalde que se podía matar a un enemigo realizando una operación mágica con el pico de un ave de corral.

Arranqué la rabadilla, la introduje en mi boca y empecé a masticar. A decir verdad, me pareció bastante sabroso. Luego me dijeron que me sirviese un trocito de una de las tres batatas. Su sabor era excelente. Pero se me había quedado un hueso redondo de la gallina en la boca y no sabía si debía tragármelo o escupirlo. Entre

tanto, me decía que no debía cometer ninguna incorrección. Me quedé, pues, chupando el hueso hasta que Enrique me indicó que podía escupirlo, a lo que Atán objetó que debía depositarlo sobre una hoja de plátano.

Después me dijeron que debía dar un trozo de la gallina y un poco de batata a cada uno de mis compañeros. Así lo hice, y cada vez que les servía, tanto yo como el que recibía debíamos repetir la complicada fórmula. Me estremecí cuando el fotógrafo, que fue el primero a quien obsequié, se lanzó a repetir la frase sin haber ¡entendido una sola palabra de ella!; pero lo hizo mascullando algo tan confuso, que nadie se dio cuenta de que se equivocaba. En cuanto a Ed, evitó el compromiso limitándose a comerse su parte cuando yo hube pronunciado la difícil frase por él.

Después de salir airoso de esta ardua prueba, yo empecé a sentirme preocupado de veras, pues la parte que me había correspondido de la succulenta gallina había sido simplemente la rabadilla. Me encantó oírle decir a Atán, muy bajito, que los *aku- akus* ya estaban satisfechos. Después de habernos visto comer en su honor, ya podíamos hacer lo que quisiéramos con la gallina, y lo mejor era que sólo dejáramos de ella los huesos, pues esto nos daría buena suerte. Nunca he probado un plato que oliese mejor, y jamás he visto una gallina y unas batatas cocinadas de manera tan magistral como las preparadas por la vieja *Tahu- tahu* entre las hojas de plátano que con tenía el horno de tierra. Sólo por este detalle, la vieja bruja y bailarina podía considerarse como una verdadera hechicera, ya que, sin ayuda de especias ni de libros de cocina, era capaz de superar al más experto chef de *cuisine*. Además, ningún restaurante podía extender sobre sus comensales aquel cielo estrellado, ni rodearlos con una tapicería natural como la que formaba la hierba ondeante, mientras el viento de los anchurosos prados y el rescoldo de la lumbre comunicaba a nuestro manjar un auténtico aroma de especias.

Sin embargo, los invitados de honor no éramos nosotros, que permanecíamos en cuclillas y formando círculo mientras saboreábamos los huesos de la gallina. La ceremonia se dedicaba a otros invitados que por estar desprovistos de estómago no podían gozar de nuestro espléndido apetito y se limitaban a regocijarse ante lo sabroso de la comida. Casi me daban pena los *aku-akus* que permanecían sentados en la hierba alrededor de nosotros, suponiendo que poseyesen por lo menos el sentido del olfato. Atán nos dijo con voz apagada que de vez en cuando debíamos

tirar los huesos por encima del hombro, a la vez que exclamábamos: "¡Come, *aku-aku* de mi familia!" Hablábamos en voz alta a los *aku-akus*, pero entre nosotros lo hacíamos sólo en susurros. Al parecer, nuestros invitados de honor desprovistos de estómago eran algo duros de oído; la vista debía de ser su sentido más aguzado.

Cuando estábamos más entusiasmados dando buena cuenta de la gallina, una antipática moscarda verde apareció zumbando y se posó sobre el cuerpo del ave. Yo me disponía a ahuyentarla, pero tuve una momentánea vacilación, lo cual fue una suerte, pues Atán clavó la vista en la mosca y murmuró con vehemencia: -Es el *aku-aku*, que está cantando, lo que es señal de muy buena suerte.

Durante la comida se fue alegrando cada vez más. Cuando sólo quedaba un trozo de una gran batata, me dijo que lo partiese y esparciera los fragmentos a nuestro alrededor, sobre las hojas de plátano y el horno vacío.

Hecho esto, Atán susurró que todo estaba a punto. Seguidamente se levantó y me dijo que cogiera la "llave", pues íbamos a abrir la puerta de la caverna. Nunca había experimentado, en espera de algo que iba a ver, la excitación que sentí en aquellos momentos. Dimos sólo unos quince o veinte pasos en dirección al Oeste antes de que Atán se detuviera. Entonces nos agachamos los dos. Yo permanecía en cuclillas, con el horrendo cráneo sobre una rodilla.

-Pregunte usted a su *aku-aku* dónde está la entrada- me dijo de pronto Atán con voz susurrante y acento casi retador.

Yo me puse nervioso. Nos hallábamos en el centro de un llano tan liso como el suelo de un salón; no se vislumbraba ninguna eminencia, a excepción de las tres distantes siluetas que se recortaban sobre un fondo estrellado. ¿Cómo era posible que hubiera allí una caverna sin que siquiera existiese una roca del tamaño de la garita de un perro? -No - repliqué-. No puedo pedir eso. No está bien preguntar por dónde se entra en las propiedades de otras personas.

Por fortuna, Atán se mostró de acuerdo con esta opinión, y señaló un punto del suelo muy próximo a mis pies. Vi entonces una pequeña piedra plana medio cubierta de arena y de tallos secos de hierba, exactamente igual que miles y miles de ellas esparcidas por los alrededores. Me pidió en voz muy baja que me inclinase hacía la piedra sosteniendo ante mí la calavera y diciendo al mismo tiempo en voz alta: "¡Abre la puerta de la caverna!" Yo me sentía en ridículo, pero hice lo que me

ordenaba.

Inclinándome hacía el suelo con la calavera en las manos, repetí la fórmula mágica que había pronunciado Atán: "*Mataki ite ana kahaata mai!*" Entonces me quitó la calavera de las manos y me ordenó que "entrarse". Yo aparté la arena y la broza hasta que apareció la totalidad de la piedra, con lo que pudo verse que tenía el tamaño de una bandeja de té. La palpé y advertí que estaba suelta. Al levantarla, aparecieron en el suelo las fauces de un negro conducto, demasiado estrecho para que una persona pudiese penetrar en él. Una por una, levanté otras cuatro losas que aparecieron debajo de la primera, poniendo el mayor cuidado en que no cayese arena ni hierba por la abertura. Al fin quedó al descubierto un orificio lo bastante ancho para permitir el paso de un hombre. -¡Ahora entre!-me ordenó Atán.

Me senté en el suelo e introduje las piernas en el boquete. Como era imposible ver el interior del negro pasadizo, mientras empezaba a penetrar en él apoyándome en los codos, extendí las piernas tratando de alcanzar el fondo con los pies. No lo conseguí, y, a una seña de Atán. Levanté los brazos y me dejé caer en lo desconocido. Durante la calda tuve la curiosa sensación de haber hecho aquello en otro momento, y en una fracción de segundo me acordé de una noche, durante la guerra, en que estuve sentado de manera similar, con las piernas colgando, en un negro vacío. Aquella vez fue un sargento quien me ordenó que saltara. Pero entonces yo llevaba un paracaídas en la espalda y sabía que iba a tomar tierra entre amigos, en un campo de instrucción de Inglaterra. En cambio, ahora sólo el pequeño Atán, que me miraba con sus grandes y extraños ojos, sabía dónde iba a caer, y no parecía muy seguro acerca de la acogida que pudieran reservarme los *aku-akus* instalados en las entrañas de la tierra.

Me dejé caer en las tiendas, pero mi calda cesó muy pronto y tomé tierra con una suavidad sumamente agradable. No vela nada en absoluto; por tanto, no tenía la menor idea del terreno que pisaba. Sólo podía distinguir algo que había sobre mi cabeza: un pequeño y redondo orificio abierto en el techo, en el que lucían con vivo fulgor algunas estrellas. Apareció en el boquete una cabeza negra como una sombra, y, a continuación, un brazo que me tendió mi lámpara eléctrica. Después de cogerla, la encendí y pude ver a mis pies dos blanquísimos cráneos. Uno de ellos mostraba una mancha de moho sobre la frente, y sobre los dos había sendas y

amenazadoras puntas de lanzas de obsidiana negra. Me hallaba en pie sobre una estera de totora amarilla entrelazada con retorcidas fibras de corteza. Tal era su espesura y suavidad, que me parecía estar sobre un colchón. El reducto en que me hallaba era de escasas dimensiones; ante mí se alzaban macizas paredes de piedra, que se prolongaban hacía mi derecha y mis espaldas, pero, bajo un repliegue de lava, la cueva proseguía hacía la izquierda, donde pude ver una masa confusa de caras y figuras grotescas cuyas miradas se dirigían a mí, masa que se extendía en todo el espacio que podía alcanzar el débil haz luminoso de mi lámpara. Me pareció que aquellas figuras estaban colocadas junto a las paredes y sobre esteras parecidas a la que yo pisaba.

Sólo, pude dirigir una rápida mirada a mi alrededor antes de que Atán me pasara la "piedra-llave"; luego se retiró e introdujo sus piernas y su torso por el agujero. Observé que el techo de la caverna, en la porción que rodeaba al orificio, era artificial y estaba construido con enormes losas, pero más allá era como el de un túnel natural y de él pendían redondeados pliegues de lava solidificada.

Me aparté a un lado para dejar espacio libre al pequeño Atán. Lo primero que éste hizo cuando cayó como una bala en la estera fue inclinarse gravemente ante los dos cráneos; después repitió la reverencia dedicándola a una calavera de piedra que estaba en el túnel y que era en todo semejante a la que yo tenía entre mis manos. Me indicó entonces, siempre hablando en voz baja, que debía dejar la "piedra-llave" al lado de aquel otro "guardián" y decir luego, muy bajito, que yo era un "*oreja-larga*" de Noruega y que había ido allí con mi hermano. Después me hizo comprobar que su tía había quitado el alimento mágico, consistente en huesos triturados, de las cavidades que presentaba la segunda calavera. Echó un rápido vistazo por la cueva y murmuró que ya no había ningún peligro, pues su tía lo había preparado todo a la perfección, y como él había cumplido escrupulosamente sus órdenes, sus *aku-akus* se mostraban muy complacidos.

Proyecté la luz de mi lámpara sobre los rincones de la cueva donde se alineaban caras diabólicas y extrañas y retorcidas figuras de piedra que parecían estar esperando que se les pasara revista.

-Está usted en su casa - me aseguró Atán-. Puede usted pasearse por ella a su antojo.

Añadió que la cueva se llamaba Kaakau y me explicó lo mejor que supo que Kaakau era un nombre bastante especial que se aplicaba a la luna. Luego Atán y yo nos apartamos para que pudiera bajar el fotógrafo y Ed, quienes se estaban descolgando en aquel momento desde el orificio. Avanzamos por un estrecho pasadizo entre dos amplios rebordes contruidos con piedras sueltas y cubiertas de esteras de totora amarilla. Durante todo el camino estuvimos viendo a derecha e izquierda las más extrañas esculturas apretujándose sobre las esteras. El túnel no era muy largo; pocos metros más allá terminó de pronto ante una pared de forma irregular. Sin embargo, la "caverna lunar" de Atán era la más fabulosa cámara subterránea de tesoros que yo había visto. Con tenía curiosidades que habrían dado lugar a que un comerciante de obras de arte se mesara los cabellos en un arranque de entusiasmo. Aquella cueva estaba abarrotada de objetos de un arte primitivo desconocido. Ningún museo del mundo poseía figuras de esta índole. Cada objeto que veíamos constituía una novedad etnográfica que nos daba la más extraña impresión sobre el extravagante y oculto mundo imaginario de los indígenas de la isla de Pascua.

Toda aquella pléyade de esculturas subterráneas era totalmente distinta de cuanto habíamos visto hasta entonces. El único motivo tradicional de la isla de Pascua que reconocí fue un típico hombre-pájaro de largo pico que estaba de pie y con las manos a la espalda. Pero antes yo sólo había visto estas figuras en madera; nadie había oído hablar aún de una Estatuilla tangata manu de piedra. Vi también pequeños modelos en piedra de los canaletes peculiares de la isla de Pascua. En verdad, todo estaba representado allí, desde seres humanos y mamíferos hasta pájaros, peces, reptiles y animales invertebrados. Ni siquiera faltaban los más fantásticos seres híbridos. Aquí y allá veíanse grupos de figuras labradas en una misma piedra; uno de ellos lo formaban dos hombres-pájaros que sostenían un extraño animal de apariencia felina. Había también muchas figuras deformes y monstruosas aún más de una cabeza, así como algunas esculturas cuyo significado no comprendimos en absoluto.

El pasillo central que corría entre las esteras de totora tenía una gruesa alfombra de hierba seca. Atán manifestó que su tía *Tahu-tahu* se había cuidado de mantener la caverna en buen estado mientras él era niño, y añadió que todavía iba a dormir en

ella cuando se sentía deprimida y echaba de menos a sus difuntos. Había estado allí aquella misma mañana para lavar las piedras. Advertí que dos de ellas estaban todavía húmedas.

A medida que pasaba el tiempo, Atán se iba sintiendo más tranquilo, y, al cabo de media hora, me dijo de pronto con una voz completamente normal: -Todo ha ido bien; ya podemos hablar y hacer lo que nos plazca; estás en tu casa, hermano mío. Era evidente que Atán estaba seguro de haber cumplido a la perfección la parte final de las instrucciones de su tía. La cueva, con todos sus placeres, peligros y obligaciones, había sido transferida legalmente, y, desde aquel momento, toda la responsabilidad recaía sobre mí. En cuanto a Atán, ya se hallaba al margen de la zona peligrosa. Había alcanzado su máxima emoción cuando descubrimos el horno en tierra y pudo verse que la comida preparada por *Tahu-tahu* cumplía con los tradicionales requisitos. En aquel momento acababa de disiparse su última preocupación: ya se había librado de todo aquel pavoroso asunto. Si su alivio se debía únicamente a que ya se sentía exento de responsabilidades, o si creía, además, que los *aku-akus* habían abandonado su morada habitual para trasladarse a lugares más tranquilos, era algo que yo no podía saber con certeza. Pero, a pesar de ciertas muestras de respeto que daba aún ante las figuras, Atán me producía la sensación del hombre que se siente completamente libre. Se limitó a pedirnos cortésmente que dejásemos los dos cráneos humanos donde los hablamos encontrado, por pertenecer a dos miembros de su familia. Con esta sola excepción, podíamos llevarnos tantas piedras como pudiésemos transportar en las cajas de cartón de que íbamos provistos.

Habíamos penetrado en el subsuelo a medianoche y salimos a la superficie a las dos de la madrugada, ayudándonos mutuamente a trepar por el orificio. Después de nuestro encierro en la mal ventilada caverna, nos produjo un verdadero alivio respirar el fresco aire nocturno. Esteban había hecho el viaje con una jugosa sandía, que nos repartimos. Luego colocamos nuevamente las losas sobre el boquete, pero no echamos sobre ellas arena ni hierbajos, pues al día siguiente tenían que ir a la caverna diversos miembros de la expedición para recoger las demás figuras. Cuando volvíamos en silencio a través de la oscuridad, avanzando casi a tientas, asustamos de pronto a una invisible manada de caballos, que huyó entre un sordo

estruendo de cascos. No vimos luces ni señal alguna de vida. Atán siguió adelante sin preocuparse de ayudar al fotógrafo, quien tuvo que componérselas como pudo. Por lo visto, ya no había *aku-akus* que nos esperasen emboscados en el camino.

Ed preguntó a Atán qué pensaba hacer con su cueva cuando estuviese vacía de esculturas.

-Tendré que conservarla - contestó Atán-. Podría necesitarla en caso de guerra.

Aquella noche no todos dormimos en nuestras tiendas cuanto necesitábamos. La lámpara de parafina iluminó las páginas del diario hasta que por oriente el cielo se tiñó de rojo. Yo sólo tuve tiempo de descabezar un sueñecito antes de que el camarero empezara a golpear la sartén, lo que señalaba el comienzo de otro día atareado. Lázaro ya estaba en el campamento, fisgoneándolo todo mientras yo me lavaba detrás de mi tienda.

El alcalde me había dicho en cierta ocasión que cuando varias personas entraban juntas en una cueva secreta, los *aku-akus* se trasladaban a otro sitio. Sin los *aku-akus*, las entradas secretas de las cuevas perdían su misterio, de modo que cualquier extraño podía descubrirlas sin dificultad. Pronto comencé a advertir el valor práctico que tenía aquella superstición, pues el proverbio que dice "lo que sólo sabe uno no lo sabe nadie, pero lo que saben dos lo saben todos", es aplicable a la isla de Pascua más que a ningún otro país del mundo. Tan pronto como Enrique se enteró de que iba a entrar en la cueva de Atán, se jactó de ello ante Lázaro, e incluso la gente del pueblo empezó a murmurar.

Unos días antes, cuando iba a salir el sol, Lázaro se presentó en mi tienda con algunas esculturas. Parecía nervioso e inquieto. Sin pronunciar palabra extrajo de su saco una ave de gran tamaño que tenía todo el aspecto de un pingüino. Era de tamaño natural y la semejanza tan sorprendente, que mi asombro no tuvo límites, pues yo sabía que, exceptuando las heladas regiones de la Antártida, el pingüino sólo vivía en las islas Galápagos. Lázaro introdujo de nuevo la mano en el saco y esta vez extrajo de él la cabeza de una ave fantástica, cuyo pico estaba erizado de agudos dientes. Por último, sacó la cabeza de un animal de presa, al que se le había roto el hocico durante el viaje.

Después de sentarse y permanecer durante largo rato observándome en silencio y con aire retador, me dijo que aquella noche se había librado de la muerte por un

pelo. Para ir en busca de las esculturas había descendido dos veces en zigzag por el precipicio que conducía a su caverna; al subir la segunda vez, un pequeño saliente de roca se le rompió al cogerse a él con la mano. A sus pies tenía una pared Cortada a pico de treinta metros de altura, y empezó a oscilar mientras movía desesperadamente los brazos en el vacío, a punto de caer a la sima. Por pura casualidad pudo aferrarse a otro saliente con la mano izquierda. Entonces recuperó el equilibrio y siguió trepando cuidadosamente para escalar los quince metros de acantilado que le separaban del borde del precipicio. Cuando llegó arriba sano y salvo, se sentó y así estuvo un buen rato, preguntándose una y otra vez: "¿Por qué habré tenido esta mala suerte?" "¿Habré hecho mal en sacar figuras de la caverna?" Lázaro se había repetido otras muchas veces esta pregunta mientras regresaba a *Anakena*, y entonces me la hizo a mi en un tono de suspicacia.

-Considero que es una verdadera locura trepar por un precipicio de noche y solo - repliqué-. A buen seguro que usted comprenderá que eso es sumamente peligroso. Lázaro me miró con escepticismo y sin reaccionar aparentemente. Por lo visto, estaba acostumbrado a realizar semejantes escaladas de noche y sin compañía.

Además, no sólo tuvo usted mala suerte - añadí - sino que, por el contrario, la tuvo más que buena al conseguir cogerse a otro saliente de la roca.

Esto dejó a Lázaro pensativo, y su semblante empezó a animarse. En verdad, no se había caído y podía considerarse extraordinariamente afortunado al hallarse allí sin el menor rasguño. Pero - me preguntó - ¿por qué había pasado por aquella prueba tan pavorosa y que le había producido una zozobra tan grande? No era fácil responder a esta pregunta. Guardé silencio y me puse a mirar las esculturas, que estaban sobre la cama. Las figuras que me traía Lázaro no estaban nunca lavadas ni fregadas, pero, como ya he dicho, la cabeza de felino que figuraba en su remesa de aquella noche mostraba una tremenda herida en su oscuro hocico. Se la indiqué y Lázaro miró con semblante preocupado el reciente desperfecto.

-¿Le parece bien el modo que tiene usted de tratar a sus piedras? - le pregunté, procurando desviar la conversación-. ¿Le gustaría que le llevaran dando tumbos dentro de un saco y al lado del alcalde, sin hierba protectora entre ambos para amortiguar los golpes? El remordimiento se había apoderado de Lázaro, que parecía ver en los desperfectos del felino motivos suficientes para sus sufrimientos

nocturnos. Sin embargo, acordamos que no fuese a buscar más figuras. Ya que la situación de su cueva era tan peligrosa, no debía arriesgarse efectuando semejantes visitas solo y de noche. Y cuando Lázaro se escabulló sigilosamente bajo la luz de la aurora que teñía el cielo de rojo, estaba completamente convencido de que, bien mirado, su aventura nocturna no había sido sino una prueba más de buena suerte. Por la noche, cuando nuestro grupo se disponía a dirigirse a la cueva de Atán, Lázaro se presentó en el campamento y empezó a fisgonear por las tiendas. Aprovechando un momento en que me vio solo, me dijo que ya sabía lo que nos proponíamos, y que él también había decidido llevarme a su caverna cuando hubiese visitado la de Atán.

A la mañana siguiente, Lázaro, incapaz de reprimirse, no hacía más que remolonear cerca de mi tienda con la esperanza de poder cambiar unas palabras conmigo, cosa que hizo mientras yo me estaba lavando en una jofaina. No se mostró muy inquisitivo; le bastó saber que no nos había ocurrido ningún desastre durante la noche. Luego se esfumó.

Por aquellos días, Lázaro trabajaba para Arne con varios "*orejas- largas*" en el *Rano Raraku*, de donde regresaba a caballo para comer y dormir en la caverna de *Hotu Matua*. Todos nuestros excavadores sus le la de indígenas recibían sus raciones diarias, y aquellos que pernoctaban en el valle de *Anakena* obtenían, además, las sobras de la cocina del campamento. Pero aquel día Lázaro no pareció quedar satisfecho de la ración que se le había dado. A la calda de la tarde volvió a aparecer en el campamento y me preguntó si podía entregarle un pollo, añadiendo que el pollo debía estar vivo. Los indígenas me regalaban con frecuencia aves de corral, y aquellas que no cacareaban ni cantaban al amanecer, eran indultadas y se paseaban libremente entre las tiendas; en cambio, las demás iban sucumbiendo de un modo misterioso. El camarero, que era muy madrugador, aseguró haber visto al fotógrafo deslizándose entre las tiendas, descalzo, en pijama y con un pequeño rifle en las manos. Lo cierto era que se pasaba el día maldiciendo a los indígenas que llenaban el campamento de gallos escandalosos y gallinas que no hacían más que cacarear.

Sospeché que Lázaro tramaba algo, y dije al camarero que entregase un pollo. El camarero se acercó sigilosamente a bandada de volátiles y se arrojó de cabeza

entre la multitud aves que cacareaban desesperadamente y trataban de huir volando. Así consiguió sujetar por la pata a una que corría. Lázaro volvió hacia mi encantado, con una gallina debajo del brazo.

- Esto es señal de muy buena suerte - musitó lleno de contento-. ¡El camarero ha cogido una gallina blanca! Antes de desaparecer con su gallina, Lázaro quiso saber si al día siguiente podríamos salir en la lancha motora costeando, pues estaba dispuesto a mostrarme su caverna. Al anoecer, el capitán se trasladó en coche al poblado para buscar a Bill, pues Lázaro había consentido en que éste y el fotógrafo nos acompañase. El mar estaba excepcionalmente tranquilo en la bahía a la mañana siguiente cuando nos reunimos a bordo del barco. Lázaro me siguió cuando bajé a la bodega, pues quería que le diese algo para dejarlo en la caverna, con el fin de que ésta no quedase vacía cuando nos hubiésemos llevado las figuras. Pidió dos rollos de tela por estrenar y, además, algunas fruslerías. Se mostró muy exigente con el color de aquélla, pero el otro insignificante objeto que le ofrecí lo aceptó sin rechistar. Se trataba de unas tijeras. Conjeturé que los rollos de tela eran para sus dos hermanas mayores y que el *aku-aku* tendría que contentarse con las tijeras.

Cuando Bill, el fotógrafo, Lázaro y yo bajamos por la escalerilla a la lancha, nos siguieron el primer maquinista y el mecánico, cuya única misión era desembarcarnos en el lugar que Lázaro les indicase. Pusimos proa al Oeste siguiendo los acantilados de la costa septentrional, congratulándonos de que el mar estuviese tan tranquilo, lo que nos permitirla desembarcar sin dificultad alguna. Mas, a medida que nos íbamos alejando de *Anakena*, vimos con gran sorpresa que la lancha empezaba un acusado cabeceo. Sólo Lázaro no pareció darle importancia a la cosa; dijo, sencillamente, que los *aku-akus* solían agitar el mar cuando alguien se dirigía a una caverna. Permanecía sentado, con los ojos muy abiertos y fuertemente asido a su asiento. La costa era un caos de bloques de lava batidos por las olas y esparcidos en completa confusión al pie de imponentes farallones. Poco después, Lázaro señaló una extensión de costa de unos cincuenta metros situada entre dos enormes montones de rocas que se hundían en el mar. Nos refirió que un día su abuela bajó a aquel sitio para pescar, y, una vez allí, sorprendió a otra anciana en el acto de lavar y secar esculturas de piedra. Su abuela pasó de largo, fingiendo no haber visto nada. Cuando volvió a pasar por allí poco después, la otra vieja estaba

también pescando y no se veía rastro alguno de las esculturas. De ello dedujo Lázaro que debía de existir una cueva secreta en aquel lugar.

Poco después pasamos frente al solitario molino de viento del valle de *Hanga-o-Teo*, que había sido antaño un importante centro de población pero que ahora se halla desierto y desolado. Un poco más allá, Lázaro nos indicó otra extensión de la salvaje costa, de unos cien metros de longitud. En aquella zona estaba situada la caverna secreta adonde, según me había contado Lázaro en cierta ocasión, su primo Alberto Ika había ido a buscar las tablillas *rongo-rongo* que los *aku-akus* le obligaron a devolver a la cueva. Apenas nos hubo señalado este lugar, Lázaro se asustó. Había visto gente. Nosotros no veíamos a nadie, pero él tenía ojos de águila durante el día y de búho durante la noche, y aseguraba que había allí cuatro personas sentadas sobre una roca. ¿Qué harían en aquel lugar? No dejó de mirarlas hasta que doblamos la siguiente punta. El mar estaba cada vez más encrespado, y todos comprendimos que sería inútil pretender desembarcar en semejantes condiciones. Al llegar al pie del altivo acantilado donde se hallaba la caverna de nuestro guía, nos acercamos a tierra describiendo varios círculos mientras Lázaro se esforzaba por hacernos ver una minúscula cornisa del imponente muro, situada a gran altura sobre nosotros. Allí estaba, según dijo, la entrada de su cueva. Luego nos explicó que la caverna era de las llamadas abiertas. Siguió señalándola y dándonos explicaciones hasta que todos creímos ver dónde se hallaba. Pero cuando quisimos ponernos de acuerdo, no hubo modo de conseguirlo: cada cual señalaba un punto diferente. Por último, hubimos de desistir.

La salada espuma salpicó nuestros rostros cuando el primer maquinista viró en redondo y puso proa a *Anakena*. En aquel mar agitado, la lancha empezó a cabecear de manera alarmante. Las olas eran cada vez más altas; el viento, aunque no más fuerte, era distinto. No se podía navegar en línea recta; el timonel tenía que desviar el rumbo continuamente, en su pugna con las olas impetuosas que se abalanzaban sobre nosotros coronadas de espuma. Lázaro guardaba silencio y se asía fuertemente. Nosotros nos limitábamos a observar los diestros movimientos del timonel y las olas que nos embestían mientras el agua salada nos empapaba el cabello y el rostro y las ropas se nos pegaban, al cuerpo como papel mojado.

Poco antes de llegar a la altura del molino de *Hanga-o-Teo*, todos vimos cuatro

puntitos en el borde mismo del acantilado. Tres de ellos montaron a caballo y empezaron, a seguirnos, mientras el cuarto partía a galope en dirección; opuesta, o sea hacía el poblado.

-Es el hermano de Alberto - exclamó Lázaro, sorprendido-. Los otros tres deben de ser sus hijos.

Perdimos de vista a los jinetes y, antes de que tuviéramos tiempo de preguntarnos cuál sería su paradero, el barco de la expedición surgió ante nosotros, entre la húmeda neblina. Cabeceaba también con violencia en el mar agitado, cuyas rugientes olas nos siguieron hasta el interior de la bahía de *Anakena*, donde rompían con fragor al llegar a la playa.

Lázaro saltó a tierra como alma que lleva el diablo, y todos le seguimos en silencio, calados hasta los huesos. Bill, que estaba tan serio como Lázaro, pugnaba por secar sus lentes, saturados de agua salada, con un pañuelo empapado. Me confesó que se había mareado tan horriblemente que temió morir, y que no se había atrevido a demostrarlo por temor a que Lázaro lo interpretase como un mal presagio y no nos permitiese entrar en su caverna.

Después del almuerzo, partimos de nuevo hacía la caverna. Esta vez ensillamos cuatro caballos y seguimos lo que restaba de un camino prehistórico que serpenteaba por la costa norte entre el pedregal de la meseta. Tras haber pasado frente al crujiente molino de *Hanga-o-Teo*, llegamos a un trozo de la carretera cuyo antiquísimo pavimento, todavía intacto, recordaba el de las carreteras incaicas del Perú. Poco después Lázaro desmontó y nos condujo hasta un paredón de roca en el que había grabada la silueta de una enorme y retorcida serpiente que presentaba unas cavidades en forma de copa en su erguido lomo. Ya nos había hablado de esto anteriormente, y también el padre Sebastián nos había dicho algo sobre la cuestión. Bill estaba estupefacto: en la fauna de aquellas islas no figuraba especie alguna de serpiente. ¿Dónde, pues, habían encontrado los antiguos escultores el reptil que les sirvió de modelo? Poco después pasamos junto a una estatua solitaria que había quedado abandonada durante su transporte a un *ahu* próximo al cabo más septentrional de la isla. Pensé horrorizado en el problema que representaría el acarreo de aquella mole: del *Rano Raraku* a allí había más de once kilómetros a vuelo de pájaro, distancia que se prolongaba considerablemente a causa de lo

quebrado del terreno, el cual resultaba a veces difícil hasta para las cabalgaduras. allí dejamos la ruta prehistórica y cruzamos un salvaje desgalgadero, en uno de cuyos bordes el terreno cala como cortado a pico sobre el océano. El anchuroso mar parecía aún moteado de pañuelitos blancos. Cuando bajábamos al fondo de un pequeño barranco por una empinada pendiente, la tira de cuero de uno de mis estribos se rompió, pero yo oculté el percance. Lázaro no se enteró y yo seguí cabalgando con un solo estribo por un terreno cada vez más fragoso.

En esto advertí que, a medida que nos aproximábamos a nuestro punto de destino, Lázaro se iba poniendo cada vez más nervioso. Azuzaba a su caballo con una pequeña fusta y me rogaba que fuese más de prisa con objeto de llegar antes que los demás. Con ello aumentamos en doscientos metros la ventaja que ya les llevábamos en nuestra marcha por el pedregal. Así llegamos al pie de dos grandes bloques de lava, donde Lázaro desmontó de un salto, atando luego su montura y diciéndome que hiciese lo mismo. Luego se quitó la camisa y los pantalones con rapidez vertiginosa, quedando en paños menores. Acto seguido, echó a correr por la pendiente hacia el borde del precipicio, con un rollo de cuerda en la mano, y, mientras corría, me ordenó que me desviase rápidamente, cogiese la gallina y le siguiera. Yo no tenía la menor idea de dónde estaba el volátil, y cuando se lo pregunté, él me respondió lacónicamente y en un tono irritado y distraído mientras bajaba la cuesta dando saltos. Vi una mugrienta bolsa colgada en la silla de su caballo, me apoderé de ella y le seguí a todo correr, vistiendo únicamente mis calzoncillos. Nuestros dos compañeros se acercaban a caballo, serpenteando por el pedregal: tan sólo estaban ya a un centenar de metros de nosotros.

Alcancé a Lázaro al borde mismo del precipicio, y él, sin volverse, me ordenó, apresuradamente y en voz baja, que me comiese la rabadilla y le guardase un trocito para cuando regresara. Luego desapareció por el borde del precipicio. Yo, que no había entendido bien, le pregunté si debía comerme la rabadilla del ave en aquel momento o esperar a que él regresara, pero no recibí respuesta.

En la bolsa encontré la gallina desplumada, asada y envuelta en hojas de plátano. Me esforcé por descubrir la cabeza y la cola de aquel contorcido cuerpo entre las hojas de plátano, y, cuando acababa de arrancar la rabadilla, Lázaro reapareció en el borde del precipicio. Me llevé la rabadilla a la boca y empecé a masticarla

mientras arrancaba un trozo de pechuga y se lo ofrecía a él. Lázaro lo engulló con la voracidad de una fiera, mientras miraba a un lado y a otro. Resultó sumamente extraña aquella ceremonia realizada en calzoncillos al borde mismo de la sima. Nuestros dos compañeros acababan de llegar junto a las rocas y estaban desmontando. Lázaro me pidió que arrancase más trozos de la gallina y los dejara sobre las rocas. Cuando lo hube hecho, pareció experimentar un repentino alivio y dijo que ya podíamos comer libremente y obsequiar con pedazos de gallina a nuestros dos compañeros.

Lázaro seguía demostrando tener mucha prisa. Pasó el lazo que había en uno de los extremos de su cuerda en torno a una piedra redonda sujeta precariamente a las pocas por una porción seca de tierra, y luego tiró la otra extremidad por el borde del acantilado. A continuación desapareció de nuevo por el precipicio, sin cogerse a la cuerda ni haber probado siquiera si le podría sostener. Yo le miré y le pregunté cautelosamente si tenía la seguridad de que la cuerda estaba bien sujeta. Lázaro respondió a mi mirada con otra sumamente extraña y repuso que él jamás había utilizado una cuerda. Además, ¿qué tenía que temer ya? Él sabía muy bien que nada podía sucederme.

No siempre resulta agradable que le tomen a uno por un ser sobrenatural. Yo estaba seguro de que aquella cuerda me habría podido ir de perlas, pero no me atreví a tocarla, pensando en la fragilidad de su sujeción. Sin embargo, no tuve más remedio que descolgarme por el borde de la misma sin más indumentaria que mis calzoncillos, en lo que seguía el ejemplo de Lázaro, y sujetando con mis dientes las tijeras envueltas en un papel, pues había recibido instrucciones expresas de llevarlas conmigo en mi descenso por el acantilado. Yo no tengo nada de escalador; por tanto, no me gustaba ni pizca lo que estaba haciendo. Me dejé caer hasta que las puntas de los pies se apoyaron sobre una cornisa horriblemente estrecha, pero me fue poco menos que imposible hallar un asidero para las manos. Debajo de nosotros, el acantilado cala verticalmente: tenía una profundidad de unos cincuenta metros hasta llegar al punto donde las aguas verdes y espumosas rugían y se arremolinaban entre los agudos bloques de lava. El océano se extendía, vacío y azul, hasta donde alcanzaba la vista; pero, junto a las rocas que teníamos a nuestros pies, un glauco monstruo marino parecía debatirse y contorcerse, lanzando

espumarajos de rabia y lamiendo con sus lenguas líquidas y entre sus agudos colmillos de lava la pared rocosa, esperando con voracidad al infeliz que, por haberse desprendido, cayera desde las alturas del murallón roqueño. ¡Horrible destino el de quien terminara en el vientre de aquel monstruo! Teníamos que mantenernos pegados a la pared rocosa, pues cualquier movimiento impremeditado podría hacernos perder el equilibrio. Lázaro, derecho como un poste y con pies ligeros, avanzaba por la cornisa como un equilibrista y me indicaba el camino. Perdí, de pronto, mi interés por su caverna y maldije a todos los *aku-akus*, sin exceptuar al mío, que me habían llevado a aquella terrible situación. Mi único deseo era trepar hacia el borde del acantilado antes de que fuese demasiado tarde. Pero no podía emprender una retirada tan ignominiosa. Comprendiéndolo así, seguí lentamente a Lázaro por la cornisa indicada, manteniendo pegados a la pared rocosa, para no caerme hacia atrás, una mejilla, mi cuerpo y los dos brazos extendidos.

Nunca volveré a descolgarme por un acantilado volcánico en paños menores. La amplia malla de mis calzoncillos se enganchaba en los agudos salientes de lava y yo me quedaba prendido a la pared. Entonces empezaba a debatirme y a dar tirones hasta que conseguía soltarme.

Por muy perverso que fuera el *aku-aku* que Lázaro deseara tener en su cueva como guardián, no sería peor que el espíritu invisible que se había apostado en aquella estrecha cornisa para sujetar a los ignorantes intrusos por sus calzoncillos en el momento más inoportuno, cuando éstos deseaban deslizarse como sombras. Bien es verdad que, mientras yo avanzaba por la cornisa, tambaleándome y pugnando constantemente por desengancharme, Lázaro caminaba graciosamente de puntillas sin hacerse un solo rasguño.

Descendimos en zigzag hasta encontrar de nuevo la cuerda en un sitio donde la pared era tan vertical, que aquélla pendía sin tocarla hasta llegar a otra cornisa que había más abajo. Comprendí que no podía prescindir de ella y clavé dedos y uñas en todos los puntos donde la pared de lava me ofrecía un asidero, a fin de que la cuerda soportase lo menos posible el peso de mi cuerpo. De este modo llegué a la pequeña cornisa inferior, donde ya se encontraba Lázaro. Éste se quedó pegado al muro y tan tieso como un centinela, sin demostrar que tuviese intención de seguir adelante. Como lugar para estacionarse, éste no podía ser más incómodo: la cornisa

tenía unos treinta centímetros de ancho, por lo que apenas cabíamos en ella, aun estando el uno al lado del otro y con la espalda pegada a la pared rocosa.

Allí no había ninguna cueva. Lázaro permanecía inmóvil, adosado al acantilado y limitándose a mirarme fijamente, con expresión extraña e inescrutable. De pronto, separó un brazo de la pared y me dijo con un tono apremiante: -¡Deme la mano! Aquello era lo peor que podía haberme pedido en aquel momento en que yo, de pie en la cornisa, con las tijeras en la boca y los calzoncillos destrozados, me aferraba como podía a los salientes rocosos. Me pegué con tal fuerza a la pared del precipicio, que notaba cómo las asperezas de la lava me cortaban la espalda cual si fuesen una formación madrepórica, y le tendí la mano derecha. Él la estrechó fuertemente.

-Prométame que no dirá una palabra a nadie de la isla acerca de lo que vamos a hacer - me dijo-. Puede usted contárselo a los suyos, pero a condición de que todos se cosan la boca mientras estén aquí.

Sin soltarme la mano, añadió que si su nombre aparecía mezclado en aquel asunto, sus hermanas se enfurecerían. Cuando me fuese de la isla, podría hablar libremente, pues entonces, si llegaban rumores a la aldea por medio del Pinto, él se limitaría a decir que las figuras de que hablaban eran simples copias, y algunos meses después, nadie se acordaría del asunto.

Cuando le hube prometido lo que me pedía, él soltó mi mano y me ordenó que me inclinase sobre el precipicio y mirase hacia abajo. Yo me separé cautelosamente de la pared rocosa tanto como me permitió mi atrevimiento y contemplé horrorizado los agudos bloques de lava entre la arremolinada espuma. Había otra pequeña cornisa, semejante a la que nos sustentaba, a menos de dos metros debajo de nosotros. Después de ella, el precipicio cala derechamente y sin interrupción hasta el fondo.

-Y ahora dígame: ¿dónde está la entrada? -preguntó Lázaro con un tonillo de orgullo.

-No puedo decírselo - tuve que confesar. Lo único que deseaba era irme de allí cuanto antes.

-Pues está ahí, a sus pies - me dijo, señalando la estrecha cornisa rocosa que corría bajo nuestras plantas, y me sostuvo mientras yo me asomaba cautelosamente. Pero

tampoco entonces pude ver nada.

-No podrá alcanzar la abertura a menos que haga exactamente lo que yo le indique-me dijo Lázaro.

Y acto seguido, sobre la estrechísima cornisa, empezó a darme un cursillo teórico que me hizo recordar al que recibí, hacía ya mucho tiempo, de mi primer maestro de baile. Lázaro me ordenó que empezara con el pie izquierdo y continuase con una complicada serie de pasos breves y medias vueltas a la que debía dar fin poniéndome de rodillas y luego tendiéndome de bruces sobre la cornisa situada más abajo. Lázaro: me pidió que no me moviera mientras él hacía una demostración de los difíciles pasos de baile que se requerían para alcanzar con seguridad la caverna. Vi cómo colocaba las manos y los pies, cómo se contorcía al llegar al saliente inferior, donde se puso de rodillas y luego se tendió cuan largo era. A continuación, sólo vi sus piernas que pataleaban, y, finalmente, desapareció por completo.

Me quedé solo. El aire me pareció más henchido que nunca del fragor del oleaje al estrellarse contra el acantilado. Unos centenares de metros hacia el Oeste distinguí a nuestro fotógrafo. Estaba en una curva que describía la costa, al borde mismo de la meseta, bajo los rayos del sol crepuscular, impresionando una película. El océano seguía cubierto de blancas crestas; por allí hablamos pasado aquella mañana, sin ver la cueva infernal.

En esto apareció una mano sobre la cornisa inferior, y sostenía una diabólica cabeza de piedra. Luego aparecieron la cabeza y el cuerpo de Lázaro, quien repitió lentamente y en orden inverso los mismos pasos y medias vueltas, cuidadosamente estudiados, que había ejecutado antes, con lo que pudo llegar de nuevo a mi lado. - La "llave" - murmuró Lázaro, tendiéndome la cabeza de piedra.

De nuevo tuve que apoyarme fuertemente contra la pared, pues Lázaro acababa de pedirme que le diese las tijeras. Tuve que sacármelas de la boca y ofrecérselas, mientras él me obligaba a coger la "llave" con- la otra mano. Aquella "llave" tenía facciones humanas, ojos grandes y saltones, mentón barbudo y una expresión hipnótica; pero de la parte posterior de la cabeza surgía un cuello larguísimo, horizontal como el de los animales. Lázaro me ordenó que dejase la "llave", en un pequeño saliente contiguo a mi cabeza, y entonces me tocó a mí ejecutar la espantosa danza que había de conducirme a la caverna.

Habla allí tan poco espacio para maniobrar, que pronto comprendí que me era indispensable seguir las instrucciones de Lázaro al pie de la letra. Cuando, después de dar media vuelta, empecé a deslizarme gateando sobre la cornisa inferior, vi por primera vez la entrada de la caverna, que estaba oculta bajo un saliente del muro rocoso. La abertura era tan exigua, que yo nunca hubiera creído que pudiese pasar por ella una persona. Los primitivos descubridores de la caverna debieron de habitar en sus proximidades, por lo que pudieron explorar sus alrededores palmo a palmo. Lázaro me había dicho que aquélla era la cueva llamada del Motu Tavake, nombre que significa "Acantilado del pájaro tropical". La localidad donde se hallaba la caverna se llamaba Omohi y estaba situada al pie de Vaimatea, en el llano de Hang-o- Teo. La cueva había pertenecido a Hatui, abuelo de la madre de Lázaro.

Yo permanecía a gatas sobre la estrecha cornisa, viendo la angosta entrada de la caverna que se abría sobre una cornisa más estrecha aún, situada al mismo nivel pero un poco más lejos. Para alcanzarla, tenía que echarme de bruces y asirme al borde de la otra cornisa. Me tendí, pues, sobre la roca y alcancé con los brazos y la cabeza la otra cornisa. Luego introduje medio cuerpo en el orificio, teniendo las rodillas y el resto de las piernas en la primera cornisa. Mi estómago formaba un puente sin apoyo alguno sobre el abismo y el rompiente. El orificio por el que trataba de penetrar era tan angosto, que los calzoncillos se me bajaban al engancharse en sus bordes. Las aristas de la roca me herían en la espalda y en los muslos, pues apenas había allí arena: todo era un áspero conglomerado de lava solidificada.

De momento, apenas pude distinguir nada: sólo un pasadizo horriblemente estrecho y un débil resplandor en el fondo. Permanecí tendido largo rato, perneando desesperadamente sobre el abismo, y cuando al fin conseguí introducir los pies en la cueva, me encontré en un punto donde el túnel era un poco más ancho, pero sin que su bajísimo techo ganara altura. Empecé a distinguir algunos contornos a mi alrededor, y luego, junto a mi oreja, vi una escultura que representaba dos tortugas apareándose. En el lado opuesto apareció una estatuilla del mismo tipo que los gigantes del *Rano Raraku*. Seguí avanzando a rastras y noté que la cueva iba siendo más espaciosa. Pronto pude sentarme y contemplar una caverna tenuemente iluminada por la luz procedente de un orificio que aún no podía ver. Apiñadas junto

a las paredes se alzaban extrañas esculturas, que también vi amontonadas en varias hileras sobre la roca seca y desnuda. En aquella cueva no había esterillas ni hierbas.

Algunos metros más allá, y cerrando el camino, se erguía una figura muy visible, que era, sin confusión posible, del sexo masculino. Tenía las piernas abiertas y las rodillas dobladas; sus brazos se alzaban amenazadoramente y la rodeaban otras muchas figuras. Tras ella había un pequeño peldaño que conducía a un nivel inferior, donde se velan dos esqueletos humanos tendidos. Un minúsculo orificio abierto en la pared de la derecha dejaba entrar un poco de luz, que cala sobre los huesos medio destruidos, haciendo posible distinguir débilmente los contornos de aquella macabra cámara del tesoro. Oí respirar a alguien tan claramente como si lo tuviese a mi lado: era Lázaro, que estaba aún fuera, tratando de introducirse por la angosta abertura. La acústica de aquel lugar era increíble: oía el roce de la piel desnuda de Lázaro con la áspera lava. Éste entró sin efectuar ceremonia alguna y se agazapó a mi lado. Sus grandes ojos y sus dientes destacaban blancos y brillantes en la oscuridad. Lázaro volvía a ser dueño de sí mismo; era el mismo que yo estaba acostumbrado a ver durante sus visitas nocturnas a mi tienda. Me señaló la enorme escultura de piernas abiertas y brazos levantados en actitud amenazadora que dominaba a todas las demás; hacía pensar en un guardia urbano dirigiendo el tránsito de las figuras misteriosas que se apiñaban como un enjambre en torno suyo y por ambos lados de la caverna, llegando hasta la misma abertura de acceso.

-Ésa es la escultura más importante - me explicó Lázaro-. Es el jefe de la cueva, un viejo rey.

Con esta sola excepción, era increíble lo poco que sabía Lázaro acerca de las demás figuras; a mis preguntas solamente contestaba encogiéndose de hombros y diciendo "no sé". Las otras dos únicas cosas acerca de las cuales parecía estar seguro eran dos discos planos de piedra que ostentaban símbolos simétricos: manifestó que representaban el sol y la luna. No teníamos la obligación de hablar en voz baja, pero la atmósfera y la acústica de la caverna eran tales, que instintivamente nos expresábamos en susurros.

Lázaro se arrastró por la cueva en mi compañía durante un rato, y luego

desapareció para ir en busca de Bill. En cuanto al fotógrafo, era demasiado arriesgado hacerle bajar por la muralla rocosa. Poco después oí la voz de Bill que mascullaba un juramento ante la angosta abertura. Bill se había criado en el corazón de las Montañas Rocosas y no tenía miedo a los precipicios, pero en los montes de Wyoming no había aquellas condenadas ratoneras. Sin embargo, consiguió deslizarse hasta el interior, y permaneció sentado unos momentos, silencioso y mirando sin ver en torno suyo. De pronto, prorrumpió en exclamaciones: acababa de ver las numerosas figuras que le rodeaban. Lázaro entró en pos de él, provisto de una lámpara eléctrica, gracias a la cual pudimos ver mejor las figuras una a una. La mayoría de las piedras de la caverna de Atán estaban arañadas y desgastadas a causa de los continuos lavoteos; en cambio, las figuras de la cueva de Lázaro no mostraban señal alguna de haber sufrido lavados ni frotaciones. En la caverna de Atán, con sus esteras sobre las repisas y el suelo cubierto de paja, me parecía estar en el salón secreto de un mago; en la de Lázaro tenía la impresión de hallarme en un viejo desván.

Preguntamos a éste si lavaba las piedras, a lo que él contestó negativamente, añadiendo que no había necesidad de ello, porque allí no había moho: la caverna era muy seca a causa de las corrientes de aire.

Situándonos junto al pequeño orificio, advertimos que entraba por él un airecillo fresco y seco. Las paredes, duras como el hierro, no mostraban el menor indicio de humedad ni de moho, y en el mismo caso estaban los huesos medio pulverizados de los esqueletos. En la cueva de Atán había una fina capa de musgo y moho en la pared, al pie de la entrada.

Perdimos toda noción del tiempo en el interior de la caverna. Escogimos algunas de las esculturas más interesantes, y Lázaro y Bill salieron de la cueva a rastras para recogerlas, mientras yo me quedaba en el interior a fin de transportar las esculturas hasta la angosta entrada y hacerlas pasar por ella con todo cuidado, para que no sufrieran desperfectos al rozar con las paredes del túnel. Pero esto era mucho más fácil de decir que de hacer, pues, al avanzar a rastras, era imposible no dar algún golpe a las figuras, a menos que hubiera llevado en la mano libre la lámpara eléctrica para alumbrar el camino, cosa imposible, ya que entonces me habría hecho falta una tercera mano con la que ayudarme a ir a gatas. Fue en esta ocasión

cuando aprecié en lo que valía la extraordinaria destreza de Lázaro, que había bajado hasta allí de noche y yendo solo y había regresado sin causar más roturas que la del hocico de un animal de piedra. Cuando finalmente llegué a la salida precedido de varias esculturas que había hecho avanzar centímetro a centímetro, oí unos gritos angustiados de Bill, pero el rumor del oleaje ahogó sus palabras y no las entendí. Mis propias esculturas me cerraban el paso, de modo que no podía salir hasta que Lázaro las retirase desde fuera. Atisbando entre las figuras me pareció distinguir su brazo, y, de pronto, comprendí lo que había sucedido: era ya de noche; las tinieblas habían caldo sobre nosotros.

Lázaro fue cogiendo las piedras una a una y pasándolas a Bill, que estaba más arriba. Cuando el orificio quedó libre, salí arrastrándome y advertí que todo había cambiado por completo.

Apenas era posible distinguir la silueta del acantilado a la luz mortecina del cuarto creciente. Tenía la carne de gallina y temblaba de pies a cabeza, cuando, finalmente, conseguí incorporarme, sano y salvo, al borde del abismo. Luego traté de consolarme atribuyendo mi estado al fresco de la noche. Verdaderamente, en la caverna hacía frío y yo estaba aterido después de trepar por el acantilado tan ligero de ropa y azotado por el airecillo nocturno.

Mientras Bill y yo subíamos, Lázaro volvió a bajar. Esta vez llevaba consigo los dos rollos de tela para dejarlos en la caverna.

Ya en la cima del acantilado, nos vestimos y tomamos café caliente de un termo que llevábamos con nosotros, mientras el fotógrafo admiraba el botín obtenido en la aventura nocturna. Advertí que Lázaro empezaba a toser, y Bill me dijo confidencialmente que él tampoco se sentía muy bien. Ambos sabíamos que el *kokongo* importado por el Pinto había empezado a propagarse durante los últimos días.

Seguía pareciendo más benigno que de costumbre, pero ya había empezado a dar señales de mayor virulencia. Yo temía de veras que Bill o el indígena cayesen enfermos, pues, en tal caso, en vez de ir sobreponiéndose poco a poco a su temor atávico a los *aku-akus* y tabús aumentarían las preocupaciones supersticiosas de Lázaro. Bill llevaba una chaqueta de montaña; de aquí que ofreciera la mía a Lázaro y me echase a la espalda el saco que con tenía nuestro inapreciable botín. Antes de

regresar al punto donde hablamos dejado los caballos, Lázaro se cercioró de que no hablamos echado junto al precipicio papeles ni ninguna otra cosa que pudiera constituir una pista y luego nuestra pequeña caravana emprendió la vuelta hacia el campamento bajo el débil resplandor lunar. El saco pesaba lo suyo y la marcha era extraordinariamente difícil, por lo que yo no podía atender a otra cosa que a procurar mantenerme sobre el lomo de mi montura con un solo estribo. Pero cuando alcanzamos la prehistórica carretera, me adelanté hasta colocarme junto a Lázaro, para decirle que ya habría visto que en la caverna no había *aku-akus* que nos quisieran mal.

-Ello se debe a que primero bajé yo solo y pronuncié las palabras adecuadas - contestó Lázaro, impasible.

Nunca supe cuáles fueron estas palabras ni por qué nos tuvimos que desvestir para bajar a aquella caverna barrida por las corrientes. Quizás el *aku-aku* que habitaba en ella era un anticuado superviviente de una época en que los visitantes no llevaban más ropas que un simple taparrabos. No me atreví a preguntárselo, porque Lázaro creía que yo sabía tanto o más que él sobre las cosas de los *aku-akus*.

Seguimos cabalgando en silencio. Los cascos de nuestros caballos resonaban en la oscuridad cuando pasábamos sobre los trechos pavimentados de la secular carretera. Poco después oímos los apagados crujidos del solitario molino de viento de *Hanga-o-Teo*. Las nubes cruzaban raudas, por el cielo, velando la luna en cuarto creciente que parecía observar con curiosidad mi saco, deseosa de descubrir su contenido. Era aquélla una noche llena de misterio. Soplaban un viento muy fresco. Espoleamos a los caballos sin detenernos en el abrevadero del molino.

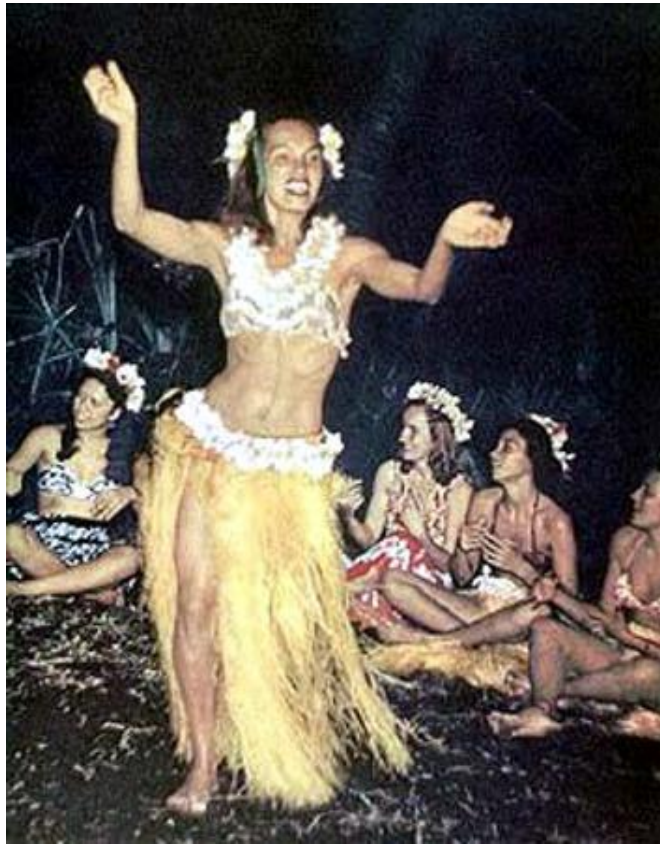
Y es que Lázaro no hacía más que toser.



Una cueva familiar secreta. Atán-Atán entre los objetos de su patrimonio familiar, en una caverna subterránea.



Enrique poseía su cámara particular para guardar tesoros a gran profundidad bajo la superficie del suelo.



Bailando la huía en Tahiti. Antes y después de trabajar en Rapaiti, la expedición tuvo que pasar por Tahiti en busca de provisiones y equipos. Ninguno de los que se hallaban a bordo lo lamentó. En el fondo aparece Yvonne con un pareo rojo y cantando con las danzarinas de hula.

Capítulo 9

Entre dioses y demonios, en el mundo subterráneo de la Isla de Pascua

Un peligroso espectro vagaba por la isla de Pascua en compañía de los *aku-akus*, coincidiendo con los momentos en que se nos revelaba la entrada de las cavernas secretas. Este espectro había hecho su aparición varias semanas antes y se paseaba a sus anchas entre las casas del poblado, sin que ninguna pudiera librarse de su visita. Se fue mostrando cada vez más atrevido, y no tardó en aparecer también entre nuestra gente, en el campamento de *Anakena*. Después de introducirse subrepticamente por la boca y la nariz de los hombres, se esparcía por todo el cuerpo. Había llegado a la isla de polizón en el Pinto, desde el que saltó furtivamente a tierra. Su nombre era *kokongo*.

El alcalde sólo había estado dos veces en su cueva en busca de piedras cuando el *kokongo* llamó a la puerta de su casa. Estuvo levantado algunos días, a pesar de que se encontraba muy mal; pero, al fin, hubo de meterse en cama. Cuando fui a verle, me dijo, con una sonrisa animosa, que el *kokongo* era otros años mucho peor y que pronto se pondría bien. Una semana después fui a visitarle de nuevo y me enteré de que lo habían trasladado al hospital de la aldea. Me hice anunciar al nuevo médico del poblado, que había llegado en el Pinto para relevar al anterior, y me hicieron pasar a la pequeña sala repleta de víctimas del *kokongo* que ya tosían sin cesar. No conseguí ver al alcalde entre los enfermos, y ya empezaba a sentir cierta inquietud, cuando un anciano flaco y macilento se incorporó sobre el codo en un rincón de la sala y me llamó con voz ronca: -Aquí estoy, señor "*Kon-Tiki*".

Me quedé horrorizado al reconocerle.

-Una pulmonía -me dijo el médico en voz baja-. Ha estado a las puertas de la muerte, pero creo que conseguiremos salvarlo.

El alcalde permanecía tendido en su lecho, pálido, con las mejillas hundidas y sonriendo forzosamente y de una manera extraña con sus delgados labios. Llamándome junto a su cabecera con un débil ademán, musitó a mi oído: -Pronto estaré bien, y entonces haremos grandes cosas juntos. Ayer murió mi nieta del *kokongo*. Ella me guiará desde el cielo, ya lo verá. Estoy seguro de que esto no es ningún castigo. Espere a que me ponga bien, señor, y haremos grandes cosas.

Abandoné el hospital muy apenado. Fue para mi muy deprimente ver en semejante estado al risueño alcalde. Sus palabras fueron tan sibilinas, que no acababa de comprender su oculto significado. Quizá fue la fiebre lo que prestó aquella extraña expresión a su mirada y le hizo hablar de un modo tan enigmático. Desde luego, era una buena cosa que aquel hombre tan supersticioso no considerase su enfermedad como un castigo infligido por su *aku-aku*, pero esto resultaba extrañísimo.

Fueron transcurriendo los días. La epidemia de *kokongo* únicamente se llevó a la nieta del alcalde, y éste pronto estuvo bastante bien para volver a casa.

Cuando fui a ella para visitarle, me sonrió nuevamente de aquel modo extraño. A pesar de que ya no tenía fiebre, me repitió todo cuanto me había dicho en el hospital. Durante las primeras semanas se sintió demasiado débil para venir al campamento o a la cueva de *Anakena*, donde estaban sus amigos. Se quedaba en casa con su mujer, y nosotros le enviábamos regularmente mantequilla y otros artículos nutritivos para ayudarle a recuperar algo de peso.

El hermano menor de don Pedro, o sea, el pequeño Atán, salió aún mejor librado. Ni siquiera tuvo el más leve síntoma de *kokongo*, y llegó a convencerse, en un lento proceso, de que su *aku-aku* no le castigaría. Estaba ya libre de los deberes y amenazas que agobiaban a los poseedores de cavernas. En vez de recibir un castigo, obtuvo una recompensa lo bastante cuantiosa para que su familia no hubiera de pasar apuros en lo sucesivo. En relación con sus paisanos, se había convertido en un hombre de posición desahogada, aunque tanto las telas como el dinero estaban ocultos en la enorme caja de caudales subterránea que le había ofrecido la naturaleza. A pesar de que el alcalde había estado entre la vida y la muerte, Atán no consideraba su enfermedad como un castigo por lo que había hecho aquél en su caverna. Ello no era posible porque no tenía la menor idea de que su hermano hubiese sacado figuras de su cueva. Precisamente no cesaba de aconsejarme que procurase sonsacarle algo acerca de su caverna tan pronto como estuviese restablecido, pues él estaba seguro de que era la más importante de todas.

Lázaro estuvo a punto de contraer la enfermedad. Al día siguiente al de la visita a su cueva, a primera hora de la mañana, ya estaba frente a mi tienda, tosiendo y muy afónico, para interesarse por mi salud.

-Estoy perfectamente - le aseguré. Y vi como su cara se iluminaba. Me alegré de que no me preguntase por Bill, porque éste no se encontraba nada bien. Lázaro estuvo dos o tres días tosiendo, carraspeando y tomando medicamentos, pero luego volvió a sentirse tan bien como antes, sin ni siquiera haber tenido que acostarse. Hubo igualmente regalos para él y para sus hermanas.

Mientras el médico del poblado combatía el *kokongo* en *Hanga Roa*, el doctor de la expedición había de multiplicarse para atender a nuestros trabajadores, que eran casi un centenar. Estábamos bien provistos de antibióticos y otros medicamentos que gozaban de creciente popularidad entre nuestros peones indígenas, los cuales también se pirraban por las pastillas para combatir la jaqueca, tanto, que se las comían como bombones cuando no los velamos. Así sorteamos una oleada de *kokongo* tras otra, y pronto empezamos a sentirnos de nuevo tranquilos. Pero como los problemas raras veces se presentan solos, no tardó en ocurrir algo que produjo gran agitación en la aldea.

La víspera de caer enfermo, y cuando estaba en su casa, sentado en una habitación llena de esculturas procedentes de su caverna que esperaban su transporte al campamento, el alcalde recibió dos sustos mayúsculos. El mayor se lo dio el capitán, que después de ir a buscarle, llenó el jeep de monjas de hábitos inmaculados, mientras don Pedro permanecía sentado junto a él con un saco lleno de figuras. Pero antes de la llegada del capitán, Gonzalo, representante del Gobierno chileno, se había presentado inesperadamente en su casa, y pudo ver una langosta esculpida antes de que el alcalde tuviese tiempo de esconderla.

-Esto es antiguo - dijo Gonzalo, apresurándose a recoger la escultura del suelo.

-No, señor, es moderno - mintió el alcalde.

-Pues a mí me parece antiguo - insistió Gonzalo con suspicacia. -Sepa usted que es obra mía - manifestó don Pedro.

Y Gonzalo tuvo que renunciar a seguir discutiendo.

Cuando el alcalde llegó al campamento en el jeep, me refirió inmediatamente su escena con Gonzalo, y me repitió que bajo ningún pretexto debía decir a nadie que él había sacado figuras de su caverna familiar.

-Don Gonzalo Figueroa debe saber algo - dijo el alcalde con desconfianza-. Se mostró muy suspicaz, y no se quedó muy convencido cuando le aseguré que la langosta era obra mía.

Más tarde se presentó el propio Gonzalo en mi tienda, para darme su versión del episodio. Estaba convencido de que había descubierto toda la verdad acerca de las cuevas.

-El alcalde le está engañando -me dijo-. He visto en su casa una langosta que es una verdadera maravilla, y él mismo me ha confesado que es obra suya. De modo que si se la trae diciendo que es de la cueva, no debe creerle.

Gonzalo se quedó de una pieza cuando supo que el alcalde no sólo me había traído la langosta, sino que, además, me había contado con todo detalle su visita.

Don Pedro sabía que sospechaban de él y trataba de disimular manifestando continuamente que hacía curiosas esculturas de piedra. Cuando el *kokongo* empezó a arreciar y él tuvo que guardar cama, recibió una tarde la visita de Gonzalo y Ed, los cuales se encontraron con Riroroko, cuñado del alcalde, en la puerta del jardín. Apenas le habían saludado, Riroroko, sin que viniese a cuento, empezó a deshacerse en elogios sobre la habilidad que tenía su cuñado para hacer figuras de piedra. Dijo que disponía de herramientas especiales con las que esculpía langostas, otros animales y barcos, y que después lavaba y frotaba las esculturas con hojas de plátano para darles una apariencia de cosa antigua.

Ni Ed ni Gonzalo habían preguntado nada acerca de las piedras del alcalde. Por eso les sorprendió aquella confesión espontánea y se apresuraron a referírmela. Entonces, el alcalde seguía en cama con alta fiebre y no podía esculpir o ir a buscar nuevas figuras. Pero Gonzalo circulaba entre los indígenas aguzando el oído y tratando de hacer nuevas averiguaciones, pues pasaba aquellos días en el pueblo, ya que trabajaba con Bill en *Vinapu*.

Aproximadamente en aquellas fechas, la joven y linda esposa de Esteban, la resuelta mujer que me había enviado las primeras esculturas, se repuso totalmente. Curada ya de su grave desarreglo intestinal, iba todas las noches a la cueva con su marido en busca de grotescas figuras, que luego guardaban en una habitación, bajo llave. Yo no les volví a pedir que me llevaran a su cueva familiar, que había sido la

primera de que me habían hablado. En cambio, ella me dio importantes informes acerca de algunas de las figuras procedentes de la caverna.

Yo había dicho a Gonzalo que esperaba una remesa de esculturas de la cueva de aquella joven, y una noche, cuando él pasaba por el poblado prosiguiendo su labor investigadora, vio un montón de groseros bloques de lava a espaldas de la casa del vecino de Esteban. Sus dormidas sospechas se despertaron. Gonzalo creyó que Esteban había dejado allí aquellas piedras para hacer con ellas esculturas, y decidió ponerse en acción.

Aquel mismo día había ocurrido un sensible accidente en el poblado. Una mujer estaba sentada ante su casa fundiendo manteca de cerdo en un caldero, mientras su hijito correteaba cerca de ella. De pronto, el pequeñuelo tropezó y cayó de cabeza en el caldero. La madre lo llevó apresuradamente al hospital, y el pobrecillo estaba entonces envuelto de pies a cabeza en vendas y algodones.

Al día siguiente Enrique se personó en el campamento y vino a verme con semblante taciturno. Enrique fue el que más tarde nos acompañó a la cueva de Atán. Pocos días antes también él me había traído un saquito que con tenía algunas esculturas procedentes de su caverna. Yo sabía que Enrique era tío del niño que había caldo en el caldero; por eso, al ver su rostro sombrío, deduje que me atribula la culpa del desgraciado suceso, ya que había sido yo quien le había persuadido de que fuese a su cueva. Las cosas iban complicándose cada vez más. Todos los indígenas estaban unidos entre sí por un grado u otro de parentesco, de modo que cualquier calamidad que sufriera el poblado podía interpretarse como un castigo por el quebrantamiento de algún tabú, fuera quien fuese el que lo hubiese roto.

Enrique me rogó que le acompañase y me llevó detrás de la estatua recién lavada.

-Acaba de ocurrir algo terrible -empezó a decirme en voz baja-. En el pueblo todo está revuelto. Esteban y su mujer se pasan el día encerrados en su casa y llorando. El señor Gonzalo dice que se dedican a esculpir figuras de piedra para engañar al señor "Kon- Tiki".

-Eso es absurdo -dije-. No tienen por qué disgustarse. Vuelva al pueblo y diga a Esteban y a su mujer que todo va bien y que yo no estoy enfadado.

-No, no va todo bien - dijo Enrique en un tono de desesperación-. Pronto cundirá la indignación en todo el pueblo. Si las piedras son nuevas, todos se enfadarán con

Esteban y su mujer por querer engañar al señor "*Kon-Tiki*". Y si las piedras son antiguas, aún se enojarán más con ellos por haber tenido la osadía de sacar objetos de una caverna familiar. De modo que no tienen escape.

Enrique no mencionó al niño que había sido víctima del desgraciado accidente. Al parecer, consideraba que aquella desdicha no iba contra él, sino únicamente contra su hermano. Y éste no me había traído ni una sola escultura, aunque más tarde supe que él también poseía una caverna.

Aquella noche tuve que quedarme en la tienda sellando nuevas muestras de polen, pero a la siguiente el capitán me llevó en el jeep al poblado, donde nos fuimos derechos a casa de Esteban. Le encontramos sentado en un banco, y a su mujer tendida en el lecho. Los dos tenían los ojos enrojecidos de tanto llorar. Les saludamos amistosamente, pero Esteban no nos pudo responder, porque el llanto le embargó de nuevo. Luego consiguió decir que llevaban dos días con sus noches sin dormir ni comer, únicamente llorando. Todo se debía a que el señor Gonzalo había dicho que Esteban esculpía figuras falsas para engañar al señor "*Kon-Tiki*". Vio un montón de piedras de lava junto a la casa del vecino y creyó que era material empleado por Esteban para hacer sus esculturas. Pero no había visto que su vecino hacía obras de ampliación en la parte trasera de su casa y que aquellas piedras se utilizaban para construir un muro.

Traté de consolarlos lo mejor que supe. Les hablamos llevado algunos regalitos y, al marcharnos, ambos nos prometieron que comerían un poco, se acostarían y tratarían de no pensar más en ello.

Unas cuantas casas más abajo estaba la del alcalde. Ante ella nos detuvimos y llamamos a la puerta. Lo encontramos en la cama y en un estado deplorable. Había recibido la visita de su poderosa tía *Tahu-tahu*, la cual había entrado en la casa hecha una furia, para decirle que, siendo él un buen chico y el señor "*Kon-Tiki*" también, estaba muy mal que vendiese imitaciones, como se rumoreaba por el pueblo. Él no se atrevió a decir que las piedras que le había dado eran antiguas de verdad, ya que aún no había obtenido su consentimiento para sacar nada de la cueva de *Ororoína*. Se limitó, pues, a decir a su tía que estaba muy enfermo, y que ya se lo explicaría todo cuando se pusiera bien.

-A algunas personas el enfado les dura muy poco -dijo don Pedro-. Pero los viejos como ella toman las cosas tan a pecho que, a veces, están hasta tres días sin poder hablar.

Él le había ofrecido un rollo de tela y un cartón de cigarrillos como muestra de mis amistosos sentimientos hacía ellos, pero la anciana había arrojado los regalos al suelo, diciendo que no quería nada que se hubiese obtenido con engaño. Sólo cuando don Pedro le aclaró que aquello no le pertenecía a él, sino que se lo ofrecía yo directamente a ella, la venerable señora se dignó recoger del suelo la tela y los cigarrillos y salir con ellos debajo del brazo.

Nos esforzamos por tranquilizar al excitado alcalde, pero fue en vano. Su vieja tía pertenecía a la generación anterior y poseía todos los derechos y toda la sabiduría propios de aquellas gentes. Además, *Tahu-tahu* era una mujer peligrosa. Llevada de su cólera, podía matar a un hombre del modo más sencillo: para ello le bastaba enterrar la cabeza de un pollo.

Los rumores sobre Esteban y el alcalde causaron una tremenda conmoción en la aldea. Vinieron a vernos muchos indígenas para asegurarnos que no existían en la isla cuevas secretas: así, pues, no debíamos dar crédito a aquellas patrañas. Y si las habla, sus accesos se ignoraban desde hacía mucho tiempo. Si alguien me regalaba esculturas, sería porque él mismo las habría hecho, pues no había nada semejante a ellas en la isla de Pascua. Algunos de los que negaban la existencia de las cavernas hablaban con tal sinceridad, que era evidente que estaban convencidos de lo que decían; pero había otros que producían la impresión contraria, debido a su excitación y a los esfuerzos que hacían por convencernos. Parecían estar dominados por el pánico. Especialmente algunos ancianos perdieron por completo la cabeza en su afán de apartar de nuestras mentes hasta la última sospecha de que hubiese en la isla algo más que ovejas y estatuas.

Durante varios días no oímos más que noticias contradictorias, mientras que los que estábamos en mayor contacto con los nativos intentábamos, con toda cautela, penetrar hasta el fondo de la cuestión.

Ed bajó un día de *Orongo* para hacernos una visita. Dijo que volvía a creer que, en efecto, había cavernas familiares secretas en la isla. Pero debíamos precavernos contra las imitaciones. Había conseguido sonsacar a sus trabajadores indígenas que,

de vez en cuando, se extraían de las cavernas todos los objetos que contenían para que se secasen. Al parecer, algunos de ellos se envolvían en totora.

Bill también estaba hecho un mar de confusiones ante los rumores que circulaban por el poblado. Con él fin de obtener informaciones más dignas de crédito, dejó la casa del gobernador y se fue a vivir con una familia indígena. Un domingo me tiró de la manga cuando volvíamos de la iglesia y me susurró al oído: -Siento no poder contárselo todo, pero quiero decirle una cosa: hay cuevas secretas en la isla, y éstas contienen, efectivamente, objetos como los que usted posee.

Luego vino a verme Gonzalo. Éste se había mostrado muy afligido durante varios días a causa del revuelo que sus palabras habían producido en la aldea. Entonces creía sinceramente haber descubierto que las esculturas de las cavernas eran un fraude, pero acababa de ocurrirle algo muy extraño que le había hecho cambiar de opinión. Se había ganado la confianza de un muchacho indígena que era utilizado por una anciana para descender a una cueva secreta de *Hanga Hemu*, de donde aquella mujer quería sacar esculturas para el señor "*Kon-Tiki*". El muchacho había visto la figura de una gallina colocada, como piedra-llave, en la antesala de la caverna, junto a dos cráneos.

Pero el túnel que conducía a la caverna propiamente dicha estaba cegado por rocas desprendidas del techo, y no pudo pasar a la cámara donde la vieja le había dicho que encontrarla algunas figuras envueltas en esteras de totora.

Gonzalo sintió tal excitación al oír estas revelaciones, que, tras prolongado esfuerzo, consiguió arrancarle al joven la promesa de que le mostrarla aquel lugar. Gonzalo vio que la caverna se ajustaba en todo a las descripciones del muchacho: allí estaban los dos cráneos y una abertura artificial en una pared, donde se abría el túnel cegado. Y aún descubrió algo más: alguien había estado allí después de la visita del joven y cavado desesperadamente en el piso y en el techo, junto al lugar donde se había producido el desprendimiento de rocas. Gonzalo consiguió penetrar unos tres metros por una grieta situada algo más arriba, y cuando llegó al fondo vio que habían abierto un boquete que descendía verticalmente hacía el túnel de abajo. Introduciendo el brazo por el orificio, pudo coger un puñado de tierra suelta, entre la que había fragmentos podridos de totora. Alguien, pues, estuvo allí antes que él y se llevó los antiguos envoltorios de ese material.

Pregunté a Gonzalo si sabía quién era la vieja en cuestión.

-Si - repuso-: la madre de *Analola*.

Esto me proporcionaba un valioso indicio. Fueron la madre y la hermana de *Analola* quienes defendieron con ahincó las cuatro grandes y redondas cabezas de piedra que una joven pareja había descubierto en un campo, fuera del cercado del pueblo, y luego pretendió vendérmelas. Entonces la vieja colmó de improperios a los dos jóvenes, acusándolos de querer robar una cosa que pertenecía a su familia, y no pudo ocultar su satisfacción cuando yo me limité a dejar las cuatro grotescas cabezas como estaban, es decir, con la cara enterrada en el suelo. ¿Querría demostrarme su gratitud regalándome algunas piedras de su caverna? Di las gracias a Gonzalo por la importante noticia y salí del poblado en el jeep, conducido por el capitán. Yo sonreía para mis adentros.

¿De modo que la madre de *Analola* poseía una Caverna? ¡Magnifico! tenía motivos más que especiales para tomar buena nota de ello.

El sol de la tarde ya se había hundido en el mar y empezaba a oscurecer. Teníamos que detenemos en la hacienda ovejera de *Vaitea*, situada en las tierras altas, a fin de recoger agua para el campamento. *Analola*, el ama de llaves, siempre salía a charlar un rato con nosotros cuando íbamos a buscar agua. Era la mujer más influyente de la isla. Tan hermosa como inteligente, lucía una cabellera negra que le caía en cascada sobre los hombros y unos ojos pardos siempre risueños. Quizá tenía la nariz demasiado ancha y los labios demasiado carnosos para ganar un concurso de belleza en el mundo de los hombres blancos; pero allí, en el Pacífico, era la reina sin corona de la isla de Pascua. Por su capacidad y honradez, todos la respetaban.

Cuando nos detuvimos ante la fuente, junto a los muros de *Vaitea*, salió *Analola* con dos muchachas y una luz, para ayudarnos a hacer la aguada. Por regla general, era el capitán el que se encargaba de aquello, y los últimos días, *Analola* había comentado varias veces con él el engaño de que el alcalde había hecho víctima al señor "*Kon-Tiki*".

-Esas cuevas secretas no existen -dijo *Analola*-. Ningún habitante de la isla tiene figuras de piedra de esa clase. Yo he nacido y me he criado aquí, capitán. Diga usted al señor "*Kon-Tiki*" que no de crédito a esas patrañas.

Pensando que *Analola* era una mujer honrada que jamás prestaba oído a habladurías, el capitán empezó a tener sus dudas.

-Verá usted, cuando *Analola* lo dice...-musitó el buen hombre con expresión preocupada-. Me parece que ese alcalde es un perfecto bribón.

Analola era lo que los indígenas llamaban "una hija de nuestro siglo". En ella quedaba muy poco de sus antepasados. No sólo era una mujer civilizada por su modo de vestir y sus modales: únicamente una vez había visto yo brillar la chispa de la superstición en sus ojos pardos.

-¿Es cierto que ha hablado con una estatua de piedra? - me preguntó días después que el alcalde, Lázaro y yo descubrimos todas las ballenas esparcidas junto al *ahu* de *Anakena*-. Mi madre dice que todas las noches va una estatua de piedra a su tienda para decirle hacía dónde debe dirigir sus rebuscas al día siguiente.

-No diga bobadas- repuse. ¿Cómo quiere usted que entre una estatua en mi tienda?

-¿Por qué no? Si es pequeña, bien podría entrar- replicó *Analola*.

La joven estaba de pie a mi lado, sintiendo escalofríos por el fresco airecillo del anochecer y sosteniendo una luz para que nosotros pudiésemos introducir la manguera en el orificio del depósito de agua.

-¿Cómo está su madre, *Analola*?- le pregunté cautelosamente.

-Es curioso que me pregunte usted eso. Hoy precisamente ha subido a *Vaitea* para verme. Ahora está en mi cama, descansando.

Cogí suavemente a *Analola* por el brazo y le rogué en voz baja que me acompañase. La llevé detrás del jeep mientras mis compañeros llenaban el depósito. De pronto, se me había ocurrido una idea. Sabía que los polinesios poseían una viva imaginación y eran gentes muy dadas a hacer oscuras y alegóricas alusiones a las cosas sagradas, a las que no convenía referirse abiertamente. Gonzalo me había informado también de que la madre de *Analola* había sacado una gallina de piedra de la caverna, y conjeturé que en ella debía de haber, además, la escultura de un peno, pues se trataba de motivos escultóricos que se repetían invariablemente en las cuevas del alcalde, de Lázaro y de Atán.

Ambos nos detuvimos bajo un oscuro eucalipto.

Analola -le susurré, mientras ella me miraba con una dulce expresión en su semblante-. Vaya a ver a su madre y llévele este mensaje de mi parte: "La gallina está bien, pero el perro es mejor".

Analola se quedó estupefacta. Estuvo mirándome de hito a hito durante largo rato y con la boca entreabierta; luego fue escaleras arriba y desapareció silenciosamente en el Interior de la casa. El depósito de agua ya estaba lleno.

Hicimos un gesto de adiós a las otras indígenas y subimos al jeep para regresar a *Anakena*.

A la noche siguiente, el capitán fue como siempre a hacer la aguada y, cuando regresó al campamento, me trajo un informe detallado. *Analola* se había apresurado a contarle lo sucedido la noche anterior, y el capitán me lo repitió al pie de la letra. Según ella, yo había empezado hablándole suavemente en la oscuridad de la noche, y entonces su corazón le dijo que, a buen seguro, el señor "*Kon-Tiki*" quería hacerle el amor. Pero después, cuando yo le dije muy bajito que la gallina estaba bien pero que el perro era mejor, ella pensó: "A buen seguro que el señor "*Kon-Tiki*" ha bebido más de la cuenta". Sin embargo, cumplió la orden, yendo a ver a su madre y comunicándole el mensaje. Y confesó que cuando se lo hubo dicho, la vieja se puso tan rara como ella no la había visto jamás: se incorporó en la cama como impulsada por un resorte y dijo: -Para eso he venido: para ir a la cueva contigo y con Daniel Ika. *Analola* se quedó perpleja. Nunca le había sucedido nada semejante. Su madre era mamá-tía¹⁹ de Daniel Ika por línea paterna. *Analola* quedó tan impresionada por las palabras de su madre, que no consiguió conciliar el sueño en toda la noche. Al día siguiente su madre le pidió dos pollos, un cuarto de cordero y cuatro velas. Y como *Analola* le preguntara si iba a invitar a alguien, su madre no contestó.

A la noche siguiente, el capitán se presentó con más noticias: Daniel Ika había llegado a *Vaitea* la noche antes y había dormido en una pieza de la casa. *Analola* atisbo por el ojo de la cerradura y vio que estaba en compañía de su madre. Ambos estaban planeando la visita a la cueva, y Daniel consiguió persuadir a su tía de que no llevase a *Analola*. Añadió que la presencia de ésta les acarrearla mala suerte, pues era una hija del siglo y revelarles sus secretos al primero que consiguiera conquistarse sus favores.

¹⁹ En español en el original. - N. del T.

Su madre y Daniel decidieron efectuar una visita a la cueva al cabo de dos noches, y se pusieron de acuerdo acerca del sitio donde abrirían un *umu* para asar las aves. *Analola* les oyó decir que la cueva en cuestión estaba en Vaitara-kai-ua, lugar situado al oeste del valle de *Anakena*.

-¡Qué casualidad! - comentó el primer maquinista cuando el capitán contó de nuevo la historia durante la comida -El segundo y yo hemos ido con frecuencia al anochecer, dando un paseo, a ese sitio que tiene un nombre tan raro. Es un lugar delicioso, donde hay algunos arbolillos en los que se posan con frecuencia los gallos silvestres. Cada vez que lo hemos visitado hemos visto al viejo Timoteo, el que hizo el bote de espadaña. Dice que pasa allí las noches porque le gusta mucho la carne de pollo.

El marinero que estaba de guardia a bordo aquella noche nos comunicó que los últimos días, por la mañana, había visto una débil columna de humo en aquella dirección.

Llegó, por fin, la noche en que la madre de *Analola* y Daniel Ika fueron a la caverna. A la mañana siguiente ambos regresaron con la cara muy larga. Supimos por *Analola* que habían asado los pollos en cierto lugar de la altiplanicie, pero que no pudieron bajar a la caverna porque alguien había ido a pasar la noche en Vai-tara-kai-ua. Lo mismo sucedió a la noche siguiente. Esta vez vieron que el misterioso personaje era el viejo Timoteo y conjeturaron que tenía otra cueva de su propiedad en las inmediaciones y que estaba vigilando su entrada para evitar que los hombres de "*Kon-Tiki*" la descubriesen. La madre de *Analola* había resuelto realizar un tercer intento, diciéndose que si en éste la mala suerte seguía acompañándoles, ello sería indicio de que no debían entrar en la caverna. En tal caso, ella y Daniel desistirían de su intento y regresarían al poblado.

Supimos por *Analola* la fecha de su próxima visita a la caverna de Vai-tara-kai-ua, y resolví engatusar de algún modo al viejo Timoteo a fin de que estuviera lejos de allí aquella noche. Cuando faltaba poco para la indicada noche, el mar se puso en calma y tan liso como un espejo. Algunos de nuestros hombres salieron la noche anterior para pescar langostas roqueras en compañía de muchachas indígenas a la luz de la luna. Uno de los bocados más sabrosos que podían obtenerse en la isla de Pascua era, efectivamente, aquellas enormes langostas desprovistas de pinzas. Nuestros

buceadores las arponeaban a menudo en cavernas submarinas, pero el método más sencillo para capturarlas consistía en andar de noche por la playa con el agua hasta el pecho y alumbrándose con antorchas. Las muchachas indígenas demostraban gran habilidad en esta clase de capturas. Pisaban los enormes crustáceos, los mantenían pegados al fondo con sus pies y luego se zambullían para cogerlos y echarlos a un saco.

Aquella noche el cocinero tenía veintiuna langostas rojas de gran tamaño en su caldero, y nosotros nos disponíamos a celebrar un banquete en la tienda-comedor. Lázaro acaba de traerme un enorme saco lleno de piñas americanas recién cogidas, que eran de las más sabrosas que hablamos probado.

Yo había tenido ocupado todo el día al viejo Timoteo. Primero estuvo a bordo para reparar su propia barca de totora, que había recibido bastantes trompicones cuando estaba sobre cubierta, antes de que la quitásemos del paso guardándola en la bodega. Después de esto ya no necesitaba los servicios del viejo, pero quería mantenerlo alejado del valle que aquella noche visitarla la madre de *Analola*. Así, pues, cuando anocheció y Timoteo manifestó su deseo de desembarcar para volver a Vai-tara-kai-ua, le serví una opípara cena y le pedí astutamente que aquella noche hiciese guardia en el barco.

-Vamos a celebrar una fiesta en el campamento - le expliqué-. Todos desembarcaremos para comer langosta. El mar está muy tranquilo y nada puede suceder.

Aquella perspectiva no pareció hacerle ni pizca de gracia a Timoteo. Pensé que el viejo incluso podía ser capaz de apoderarse de una *pora* de espadaña e irse nadando a la playa. Por eso lo llevé frente al barómetro y le ofrecí una silla para que se sentara a vigilarlo.

"Si el barómetro baja hasta esta señal -le dije indicándole la cifra más baja de la escala para curarme en salud-, usted debe tocar la sirena inmediatamente.

Timoteo cumplió estas instrucciones al pie de la letra, sentándose con la nariz pegada al vidrio del barómetro y los ojos clavados en la aguja. En esta postura se puso a cenar.

Yo estaba seguro de que no se moverla para nada. Cuando el turno de noche y los maquinistas volviesen a bordo, le prepararían un rincón para dormir.

Mientras Timoteo cumplía su deber mirando fijamente el barómetro, nosotros nos dimos un banquete de langostas en la tienda-comedor, y, al mismo tiempo, en el monte, en un lugar de las alturas de *Vai-tara-kai-ua*, Daniel y la madre de *Analola* se deslizaban valle abajo en dirección a la caverna. Mientras terminaba de mondar la última pata de langosta, yo me decía que en aquellos momentos ya debían de haber sacado la gallina asada del horno de tierra y se disponían a penetrar en la caverna, provistos de bujías para alumbrarse en la oscuridad del subsuelo.

Así transcurrió la noche.

A primera hora de la mañana siguiente, Timoteo desembarcó con los maquinistas. Inmediatamente dijo que iba en busca de su caballo para ir a reunirse con su mujer sin pérdida de tiempo.

-¿Dónde está su mujer?- le pregunté.

-En el pueblo - contestó volviéndose lentamente y mirándome mientras me dirigía una sonrisa en la que había un algo enigmático.

Luego añadió: -Pero anoche debió de dormir en *Vai-tara-kai-ua*. ¡Digo yo! Estas palabras me sorprendieron.

-¿Cómo se llama su esposa?-le pregunté.

-Victoria Atán. Pero le gusta que la llamen *Tahu-tahu*. Y la verdad es que es un poco *Tahu-tahu* (Brujería).

Dicho lo cual, Timoteo montó a caballo, cogió las riendas y se alejó de nosotros.

El capitán fue en el jeep a *Vaitea* a buscar más agua aquella misma mañana. La noticia que trajo fue que Daniel y la madre de *Analola* se habían vuelto a la aldea. Habían abandonado toda esperanza de penetrar sin ser vistos en la cueva de *Vai-tara-kai-ua*. Corresponde a Timoteo, *Tahu-tahu* y la vieja madre de *Analola* decidir si deben comunicar el secreto a sus propios "hijos del siglo". Y deben decidirse pronto, pues si algo sucediera a estas personas de avanzada edad, dos cavernas con todo su contenido insustituible desaparecerían para siempre en las entrañas de la isla de Pascua.

Daniel tenía un hermano gemelo y un hermanastro. El gemelo era Alberto. Éste fue quien exhibió dos tablillas *rongo-rongo* en el poblado para devolverlas de nuevo a la cueva porque por la noche los *aku-akus* no le dejaban dormir. El hermanastro se llamaba Enrique Ika, era de estirpe real y tenía derecho al noble título de *Arikipaka*.

El Padre Sebastián y el gobernador me lo señalaron como un caso único, porque era absolutamente incapaz de mentir, virtud rarísima en la isla de Pascua. En el campamento le conocíamos por el apodo de "*príncipe*", a causa de su altivo y regio porte y de su noble ascendencia. No sabía leer, pero su honradez a toda prueba hizo de él uno de los más respetados pastores de la Armada. Vivía en una casita de piedra junto al camino del *Rano Raraku*.

Un día se presentó a caballo en el campamento para proponernos una transacción. Hablamos traído en el barco varias vigas de pino enormes, con las que apuntalábamos las más altas estatuas cuando cavábamos en su base. Enrique quería construirse una nueva casa en la isla, y, como no había árboles, nos ofrecía un buey gordo y lucido, por cada tres vigas que le diésemos.

-Tendrá usted todas las vigas que desee si a cambio de ellas nos trae piedras de caverna- le dije.

Lancé aquel disparo al azar, llevado de una súbita inspiración. Ignoraba por completo si el "*príncipe*" poseía alguna caverna, e incluso si sabía de qué piedras le hablaba.

Mi proposición le cogió desprevenido y, por unos momentos, trató desesperadamente de dar otro sesgo a la conversación. Pero yo mantenía mi oferta, y cuando él vio que no tenía otra escapatoria posible, dijo con aplomo: -Le aseguro a usted que no sé dónde está la entrada. Ojalá lo supiese, señor "*Kon-Tiki*".

-¿Ya ha probado asando una gallina en un *umu taha pu*?- le espeté. ¿Y haciendo un *tahu* frente a la caverna? Se quedó profundamente desconcertado. Su expresión cambió por completo.

-Hablaré con mis hermanos - dijo al fin-. Yo solo no puedo decidir me pertenece únicamente una parte de la cueva.

Supe entonces que de la entrada de una de sus cavernas familiares se había perdido la pista. Pero él y su hermano Daniel eran una especie de comanditarios de otra caverna cuya entrada solamente conocía Alberto. El "*príncipe*" sabía que las piedras que había allí estaban envueltas en totora y que la caverna también con tenía *rongo-rongos* y algunos antiguos canaletes. Pero las figuras más bellas eran un velero de piedra al que él denominaba vaho oho y una estatua de piedra negra pulida tan grande que alcanzaba hasta la cintura de un hombre.

El "*príncipe*" buscó aquella caverna muchas veces, en vista de que Alberto se negaba a enseñar la entrada a sus dos hermanos. No le importaba indicarles la situación de la caverna cuando se hallaban en el pueblo, pero no se atrevía a repetirles las explicaciones sobre el terreno por temor a que el *aku-aku*, le viese.

Pasaron algunos días antes de que el "*príncipe*" reapareciera. Una mañana se presentó a caballo trayéndonos varias sandías enormes. Mientras las descolgaba, me dijo en voz baja, por encima de su montura, que podría proporcionarme algunas figuras antiguas. Su mujer llevaba varios días lloriqueando y quejándose de tener un marido tan torpe, que era incapaz de encontrar la entrada de su caverna familiar. Viendo que con ello no adelantaba nada, y que su marido volvía siempre a casa con las manos vacías, ella empezó a atosigar a su anciano tío, pidiéndole que les ayudase a conseguir las vigas que necesitaban para su nueva casa. La mujer sabía, por habérselo oído decir a su abuela, que su tío conocía la entrada de una caverna en la que ella tenía parte, puesto que su padre había fallecido. El tío, que en aquel entonces vivía con ellos en la casita de piedra, harto ya de oírla gimotear, terminó por prometerle que le mostrarla el acceso a la caverna.

El tío en cuestión era el viejo Santiago Pakarati, el que había ayudado a su hermano Timoteo a construir las embarcaciones de totora. Los cuatro matusalénicos hermanos estaban entonces a mi servicio como pescadores. Yo tenía que atender a la completa manutención de la brigada que trabajaba en el *Rano Raraku*, y me ajusté a lo que señalaban las tradiciones del tiempo de los tallistas en piedra escogiendo un equipo especial que no tenía otro deber que turnarse día y noche para capturar peces y langostas con destino a todos los hombres que trabajaban en la cantera. Gracias a esto pudimos alargar la duración de las raciones diarias de carne, arroz y azúcar que todos los días sallan del barco en cantidades alarmantes. Además, teníamos que reservarnos ya toda la harina para nuestro uso exclusivo. Solamente los cuatro viejos hermanos Pakarati venían regularmente al campamento para recibir sus raciones de pan duro, que mojaban en café y luego se comían como si fuese un pastel. Trabajamos amistad sobre todo con el viejo Santiago, que venía diariamente al campamento para recoger las raciones de pan y tabaco suyas y de sus hermanos.

En una ocasión intentamos simplificar el sistema de racionamiento, haciendo la distribución de víveres semanalmente y no todos los días. Pero este arreglo no era aplicable a la isla de Pascua, pues todos los miembros de la brigada indígena se pasaron la noche comiendo y fumando, y al día siguiente se presentaron al trabajo con caras de color de bilis después de haberse zampado las raciones de toda la semana. Además, la gran juerga que se corrieron aquella noche no impidió que Santiago me dijera al día siguiente que tenía que darles más cigarrillos, pues, de lo contrario, habrían de pasarse una semana entera sin fumar. A todos les pareció de perlas que introdujésemos de nuevo el racionamiento diario, pues aquellas gentes no comprendían el ahorro. Su lema era: "Vivamos hoy, que mañana será otro día". Esto, traducido al idioma de la isla, equivale a la expresión *haka-le*, lo cual quiere decir algo así como "no importa". Así se expresa un indígena cuando pierde un cuchillo o rompe un plato, e incluso cuando ve arder su casa. Un día Arne estaba fumando echado en su cama, en casa del viejo Santiago. Se le cayó el cigarrillo y empezó a hurgar febrilmente entre la paja en busca de la colilla, pues ya empezaba a levantarse una alarmante nube de humo.

-*Haka-le* - dijo el viejo Santiago, dando alegres chupadas a su cigarrillo-. ¡Encienda otro! En aquella atmósfera de sonrisas y *haka-les* indolentes, los *aku- akus* quedaban fuera de lugar. Por tanto, es natural que los indígenas hicieran todo lo posible por esquivarlos, si bien no hacían nada para librarse definitivamente de ellos. Los *aku-akus* los espiaban desde los acantilados y eran como una mancha que empañaba la felicidad de la población. El viejo Santiago, por ejemplo, era de un carácter alegre y despreocupado. Estaba siempre satisfecho y dispuesto a reír y bromear. Pero puso muy mala cara y casi se enfadó cuando Arne manifestó su deseo de acampar solo junto al lago del cráter del *Rano Raraku*. Por nada del mundo hubiera penetrado Santiago en el cráter de las estatuas solo y de noche. Estaba convencido de que los *aku-akus* se ocultaban detrás de las estatuas y le llamarían con silbidos desde las totoras del lago. Por eso me sorprendió sobremanera que el viejo "tío Santiago" se ofreciese a llevarnos a una cueva.

Estaba muy avanzada la noche cuando el jeep se detuvo ante la casita de piedra que se alzaba junto a la carretera del *Rano Raraku*. Entre todos los arqueólogos, yo habla, escogido a Arne, porque era el que conocía mejor a Santiago. Nos

acompañaron, además, el capitán, el segundo de a bordo y Sánchez, el estudiante chileno, con la esperanza de que les permitiesen también entrar en la caverna. El "Príncipes" salió inmediatamente de la casita en compañía de su mujer y de un joven que nos presentó como el hijo de Santiago.

-¿Y Santiago? ¿Dónde está? -Está enfermo y no puede acompañarnos, pero ha explicado a su hijo la situación de la caverna.

Yo ya conocía esta vieja historia. Constituía un decepcionante cambio de programa que nunca conducía a buen fin. Entré en la casita para ver qué le pasaba a Santiago. Lo encontré sentado en cuclillas en un rincón y me recibió con una triste mirada. Además, cuando me vio entrar, soltó una tosecita seca y forzada. No daba la menor señal de tener fiebre. Nada indicaba que el viejo estuviese enfermo. En cambio, se veía a la legua que estaba profundamente arrepentido de la promesa que había hecho.

-Santiago, está usted más fresco que una lechuga, Es usted un viejo pillín. No me diga que teme a los *aku-akus* estando conmigo. Santiago se apresuró a tomar el cigarrillo que le ofrecía y empezó a hacer tales muecas de dolor y a lanzar tales gemidos, que las arrugas de sus mejillas se le subieron hasta las orejas como los fuelles de un acordeón.

-Me duele mucho la espalda, señor.

-Entonces debe dejar de fumar.

-No; no es un dolor de esta clase.

Yo seguí azuzando al viejo durante largo rato y, al fin, conseguí que, aunque resistiéndose a medias y con una extraña expresión en el rostro, saliera de la casa y subiese al jeep. Con él éramos nueve los que ocupábamos el pequeño vehículo. Santiago estaba a mi lado, muy apretado contra mi cuerpo, y, grave y silencioso, iba indicándonos el camino. Desde el *Rano Raraku* empezamos a seguir la costa meridional por unos caminos de carros apenas visibles que bordeaban el acantilado. Teníamos que cogernos fuertemente, porque, si bien era casi imposible ver el camino, se notaba por el traqueteo.

-No es una de esas cuevas donde se esconden cosas, señor - dijo de pronto el viejo, con la esperanza de que yo perdiese todo mi interés por verla.

-¿Quiere eso decir que en ella no hay nada? -Hay algunas cosillas. No la he visto desde que tenía diecisiete años. Una vieja, antes de morir, me indicó donde estaba. Antes de llegar a Vaihu, el anciano nos indicó que parásemos el jeep y desde allí seguimos el camino a pie. Todo estaba bañado por una viva claridad lunar cuando llegamos al borde del acantilado. Vi de nuevo las olas festoneadas de espuma que proyectaban en la noche fulgores plateados, mientras el mar embestía la barricada de lava que teníamos bajo nuestros pies. Santiago llevaba consigo una escala de cuerda de construcción casera, consistente en dos delgadas sogas cruzadas por algunos palitos muy espaciados que hacían las veces de escalones. En el borde mismo del acantilado, la mujer del "*príncipe*" le entregó una bolsa y el viejo sacó de ella la consabida gallina asada envuelta en hojas de plátano. Me pidió que me comiese la rabadilla, "ya que era a mí a quien mostraba la caverna". En la bolsa había también las acostumbradas batatas cocidas, pero lo único que se tocó fue la rabadilla, siendo yo exclusivamente el que comí algo. El resto de la deliciosa ave se dejó sobre una roca.

Entonces y de improviso, el viejo prorrumpió en un monótono canto, que entonó a media voz, de cara al mar y en pie al borde del acantilado. El canto cesó de repente como si lo hubiesen partido por la mitad. Entonces Santiago se volvió con serena expresión hacia mí y me dijo que debía prometer dejar algo de lo que había en la caverna. No importaba lo que fuese, con tal de que dejase algo. Así lo ordenaba "la ley", según manifestó. Me dijo también que la cueva era de su propiedad y que en su interior descansaban algunos parientes lejanos suyos. Por esta razón mencionó su canto el nombre del propietario legal de la caverna: debía oírlo el *aku-aku*.

Santiago aseguró el primer peldaño de la escala de cuerda en un bloque de lava que sobresalía al borde mismo del farallón, y, acto seguido, dejó caer la continuación de la escala en el precipicio.

Yo me tendí en el suelo para asomar la cabeza por el acantilado y proyecté el rayo de luz de mi lámpara hacia abajo. Nos hallábamos sobre un saliente, pues la escala de cuerda oscilaba a impulsos del viento debajo de nosotros. Santiago ordenó que se desnudase solamente su hijo, quien debía quitárselo todo excepto los calzoncillos. Era el primero que tenía que bajar. Resultaba sumamente difícil cogerse a las cuerdas de la escala, que estaban muy tirantes sobre el borde del

precipicio. Además, los pocos peldaños que tenía estaban muy separados. El oleaje retumbaba contra la costa a menos de diez metros bajo nuestros pies, pero una calda desde sólo dos metros hubiera bastado para que un hombre se matara al dar su cuerpo contra las agudas aristas de las rocas de lava entre las que remolineaba el agua espumosa.

Después de haber descendido unos cuatro metros por la escala, el hijo de Santiago desapareció. No había nadie en la escala de cuerda. Paseamos el rayo de la lámpara por todas partes y no lo vimos. Era evidente que había dejado la escala y penetrado por algún orificio invisible. Cuando el "*príncipe*" descendió a su vez a los pocos momentos, desapareció de la escala igualmente en el mismo sitio. Y ya se disponía a bajar el tercero, cuando vimos con estupefacción que el "*príncipe*" trepaba por la escala con celeridad vertiginosa.

-¿Ha visto algo? - le pregunté.

-Si, un largo túnel que conduce a una caverna.

-¿Y qué hay en ella? -Pues no lo sé. No me he atrevido a entrar, porque no estoy acostumbrado a estas cosas.

-Por eso, por la falta de costumbre, tiene miedo de los demonios - aclaró el viejo Santiago.

El "*príncipe*" se vio obligado a reconocer la exactitud de esta afirmación. Su mujer lo contemplaba inquieta. Saltaba a la vista que se alegraba de que estuviera ya de regreso.

Cuando me tocó el turno de bajar por la escalerilla, lo hice tan asustado como el indígena que me había precedido. Pero mi temor se debía a causas muy diferentes. Pensaba en el saliente de lava del que la escala pendía, en mis dedos cansados que se esforzaban por hallar un asidero allí donde las cuerdas y los palos se adherían a la roca. Sólo alcanzaba el siguiente peldaño cuando tenía una rodilla tan doblada que me tocaba el mentón, y aun entonces sólo podía tocar el escalón con la punta del pie. No tardé en bajar hasta el punto en que la escalerilla pendía en el aire, y entonces distinguí inmediatamente el estrecho orificio abierto en la pared del acantilado, por el cual habían desaparecido los que me precedieron.

Aferrándome con ambas manos a las cuerdas de la escalera, tuve que pasar entre ellos boca arriba para poder introducir las piernas por el angosto orificio. De esta

manera las encajé hasta los muslos; después, balanceando el cuerpo en el aire y asido fuertemente a la escala, me debatí para seguir penetrando por la abertura. Me era imposible hacer palanca. La escala de cuerda se apartaba del acantilado al menor impulso. Por tanto, tuve que deslizarme hacía el interior de la hendidura a fuerza de talones, lo que hice hasta que sólo quedó fuera de ella la parte superior del cuerpo. Tenía la espalda hecha cisco cuando, al fin, conseguí penetrar lo suficiente para retirar una mano de la cuerda oscilante y buscar un asidero en la pared de roca. La cuerda se balanceó como si quisiera arrastrarme de nuevo fuera del orificio. Por último, solté también la otra mano y quedé tendido boca arriba, con medio cuerpo dentro y el otro medio fuera del acantilado. Sin embargo, aquello había sido un juego de niños para el "*príncipe*". Sólo cuando estuve dentro de la muralla rocosa, asomando únicamente la cabeza, me sentí seguro. Penetré a rastras unos cuatro metros por un estrecho túnel hasta llegar a un punto donde el pasadizo se ensanchaba formando una caverna de menos de un metro de altura y entonces lancé un suspiro de alivio. Había sido allí donde el "*príncipe*" empezara a sentir un malestar que, convertido al fin en pánico, lo había impulsado a emprender la retirada.

El hijo de Santiago había encendido una vela. Al incorporarme, vi que nos hallábamos rodeados de esqueletos. Era allí donde dormían el sueño eterno los antepasados de Santiago. Sus restos fueron envueltos en esteras de totora, que con el tiempo habían cobrado un color pardusco, pudriéndose hasta tal punto, que se deshacían tan sólo al tocarlas. Algunos de los huesos que éstas contenían mostraban un extraño color azul verdoso. Junto a dos esqueletos tendidos uno junto a otro y que yo casi tocaba con las rodillas vi algunos pequeños envoltorios de totora descompuesta. Palpé cautelosamente uno de ellos. El material mostraba una fragilidad extrema, pues se deshacía al menor contacto, pero en el interior había algo duro.

En aquel momento se produjo un accidente que hubiera podido ser fatal. Arne se hallaba muy atareado haciendo acrobacias en la entrada de la caverna. Cuando se debatía desesperadamente por librarse de la escala de cuerda para introducir el cuerpo por la angosta hendidura, se rompió una costilla. Se la fracturó con tanta

limpieza, que luego aseguró que la había oído partirse. El dolor que experimentó fue tan intenso, que poco faltó para que la escala se le escapara de las manos.

Conseguimos introducir a Arne en la caverna, y lo que vio, casi le hizo olvidar su dolor. Dando muestras de gran resistencia y entereza de ánimo, empezó a arrastrarse por aquel túnel bajo y en el que todo era incomodidad. Uno no se explicaba cómo se las arreglarían los antiguos pobladores de la isla para bajar a los muertos por el acantilado y meterlos por la angosta entrada de la cueva. El Padre Sebastián me había dicho que algunos indígenas se retiraban al interior de aquellos abrigos para morir en ellos. Cuando, en el siglo pasado, se introdujo el cristianismo en la isla, haciendo obligatoria la inhumación de los cadáveres en el cementerio de *Hanga Roa*, algunos viejos trataron de irse a hurtadillas a sus cuevas secretas, a fin de que sus restos mortales quedasen ocultos en ellas para siempre. El último que consiguió enterrarse vivo de esta manera fue el Viejo Teave, abuelo de algunos indígenas que aún vivían.

Pero los esqueletos que nos rodeaban estaban amortajados con esteras de totora, lo que hacía suponer que sus parientes los habían bajado ya muertos por el acantilado con ayuda de cuerdas, estando unos arriba y otros abajo, junto al orificio, para recibir a los difuntos.

El capitán, el segundo de a bordo, y Sánchez penetraron también en la caverna. Los únicos que se quedaron al borde del acantilado fueron Santiago, el alicaído "*príncipe*" y la esposa de éste. Hicimos como pudimos fotografías y dibujos en la bajísima caverna y luego nos dedicamos a examinar lo que con tenía. Su suelo de piedra estaba cubierto de esqueletos, y los únicos objetos funerarios que los acompañaban eran los pequeños envoltorios de totora. Algunos de estos envoltorios estaban ya completamente deshechos, lo que nos permitía ver su contenido.

El de mayor tamaño con tenía una figura femenina esculpida en piedra. Desde otro nos atisbaba una cara doble, con cuatro ojos y dos narices, la cual se desvanecía en la curva de la piedra, juntándose ambas caras después, bajo la forma de puntas de lanza, en el lado opuesto. En el fondo de la caverna yacía un esqueleto solitario al lado de un envoltorio, cuyo material se había conservado tan bien, que grandes fragmentos de él no se deshicieron cuando lo cogimos. El paquete con tenía la estatuilla de una langosta semejante a aquella que originó el escándalo acerca de

las piedras del alcalde. Quizás el muerto que allí yacía junto a su piedra mágica favorita había sido pescador, pues sólo así se explicaba que hubiera tenido especial interés en aumentar el poder y la fertilidad de la langosta.

Solamente había diez esculturas en la caverna, todas envueltas en totora. Dos de ellas eran casi idénticas y representaban un hombre erguido con pico de pájaro. Dejamos una de ellas en su sitio para mantener la promesa hecha al viejo Santiago. Para salir a rastras al fresco aire nocturno, tuvimos que tendernos de espaldas y avanzar de cabeza impulsándonos con los pies. Luego, para alcanzar la escala de cuerda, tuvimos que asomarnos por el orificio sacando el cuerpo hasta la cintura y con los brazos extendidos sobre la cabeza. A continuación hubimos de balancearnos hacia atrás para salir de la abertura y trepar por la oscilante escalerilla. Aquel número de trapezistas resultaba muy desagradable a la palidez de la luna y teniendo las olas espumantes bajo nuestros pies. Pero el adjetivo desagradable no basta para describir el calvario que tuvo que pasar el pobre Arne. Sin embargo, todo terminó felizmente, y los tres esperaban con ansiedad en lo alto del acantilado creyeron que Arne sólo estaba algo rígido a consecuencia de la penosa subida.

Entonces izamos con ayuda de cuerdas las figuras que habíamos dejado en el orificio cuidadosamente empaquetadas. Cuando hubimos subido la última carga y Santiago quedó convencido de que habíamos dejado una estatuilla en la caverna, vi la gallina asada que seguía sobre una roca. El perfume que emanaba de ella tenía para mi una atracción irresistible. No estaba dispuesto a dejársela al *aku-aku*. Y éste no se vengó de mi cuando me apoderé de su parte y la compartí con mis compañeros fraternalmente. Pero los indígenas no quisieron ni siquiera probarla y se mantuvieron a un lado con un gesto de preocupación hasta que el último hueso mondo y lirondo fue arrojado al mar. Entonces la mujer del "*príncipe*" cobró ánimo y empezó a mofarse de su marido por el miedo que había pasado al penetrar en la caverna. A medida que nos alejábamos del acantilado, iba mostrándose más osada, y cuando todos nos apiñamos en el jeep y éste emprendió el camino de regreso dando tumbos a la luz de la luna, me compadecí del altivo indígena que ocupaba el asiento posterior. Su mujer no hacía más que gritarle, reírse de él e importunarle. Por fin, el "*príncipe*", sin poder contenerse, se rió también de su propia cobardía. Moviendo la cabeza, afirmó que jamás volverla a cometer una estupidez tan grande.

Ya vela las cosas con más claridad. Nunca se dejarla asustar de nuevo por fantasmas ni demonios. Regresarla en derechura a su casa, sin pérdida de tiempo, y construirla un nuevo hogar para su familia.

* * *

Había otra persona en la isla que estaba más acostumbrada a conversar con los espíritus que el "*príncipe*". Era ésta el hermano menor del alcalde, el pequeño Atán, quien, sin proponérselo, me metió en la misma boca del lobo. Después de traspasarme su caverna, recibiendo utilísimos objetos a cambio, ya no dudó ni un momento que daba buena suerte desprenderse por completo de las propiedades subterráneas. Atán contaba con muchos amigos en el poblado y ni un solo enemigo: todos le querían. Y, con el mayor sigilo, comenzó a averiguar qué convecinos suyos poseían cavernas. Un día, al atardecer, el fotógrafo atravesaba la isla a caballo, seguido por el capitán, los tres maquinistas, el cocinero y el pinche. A la vista de todo el mundo, se dirigían a la costa norte para hacer fotografías a la puesta de sol. El alcalde, el pequeño Atán y Lázaro estaban con nosotros entre las tiendas y despidieron con gestos amistosos al grupo cuando éste se alejó. Los que nos quedamos en el campamento teníamos que asistir a una fiesta que daba el gobernador aquella misma noche, y, aprovechando nuestro viaje a la aldea, nos llevamos en el jeep a Atán y al alcalde. Lázaro se quedó en el campamento diciéndonos adiós con la mano, y, apenas hubo perdido de vista el jeep, saltó sobre un caballo y partió a galope para reunirse con el fotógrafo y su grupo, que se habían citado con él secretamente en determinado lugar. Los demás indígenas de la isla ignoraban por completo lo que se tramaba. Todos los jinetes llevaban bolsas y cajas de cartón vacías en sus mochilas, pues iban a buscar las esculturas que quedaban en la cueva de Lázaro, para transportarlas al campamento sin ser vistos, durante la noche.

Aquella noche yo había de meterme en una nueva aventura de la mano del pequeño Atán. Éste sospechaba desde hacía mucho tiempo que su cuñado Andrés Haoa tenía una caverna, y últimamente sus sospechas se habían confirmado.

-¿Se acuerda usted de Andrés Haoa, señor "*Kon-Tiki*"? Fue él quien le mostró unos fragmentos de *ipu maengo*. Tiene ocultos en la cueva todos aquellos pedazos y los jarros enteros que mostró al Padre Sebastián.

Fue una verdadera lástima que se tratase precisamente de Andrés Haoa, pues estaba muy molesto conmigo desde que le acusé de haber intentado engañarme, por lo que no le di toda la recompensa prometida, cuando esparció trocitos de cerámica en nuestras excavaciones de *Ahu Tepu*. El pequeño Atán comprendía perfectamente el resentimiento de Andrés, pero me propuso que le hiciera un regalo, con lo que era seguro que todo se arreglaría. Le di algunos dólares y dos paquetes de cigarrillos para Haoa, y acordamos que yo iría a casa de Atán cuando saliera de la fiesta del gobernador. Entre tanto, Atán me prepararía una entrevista con Andrés.

Salí de la casa del gobernador poco antes de la medianoche. Le había informado de que tomaba parte en expediciones secretas al mundo subterráneo de la isla, pero añadiendo que había prometido guardar silencio y no podría dar explicaciones completas sobre el particular hasta que todo hubiese terminado. El gobernador me agradeció esta información, que le produjo cierto alivio, pues habían llegado a él ciertos extraños rumores que circulaban por el poblado, si bien no era raro oír las cosas más absurdas en *Hanga Roa*, pero nadie tomaba en serio los chismes de los indígenas.

A la medianoche entré en la casita de Atán. Me abrió la puerta Atán en persona y lo primero que vi a la luz vacilante de una vela fue a mi antiguo "enemigo" Andrés Haoa, el hombre de la cerámica, mirándome de hito en hito con ojos inyectados en sangre y mostrando una cara que ostentaba una barba de ocho días. Saltando del banco en que estaba sentado, me abrazó y me llamó hermano, asegurándome que me prestaría toda la ayuda que pudiese. En la minúscula estancia resonaron frases grandilocuentes. El bueno de Atán arqueó el pecho y se puso a fanfarronear, entonando las alabanzas de su propio *mana*. Dijo que él era quien había salvado nuestra amistad, reuniéndonos nuevamente bajo su techo, y añadió que su poderoso mana lo había heredado de su madre, la cual lo había escogido a él como depositario de toda la fuerza de su alma. Si, él había sido elegido de su corazón, pese a que era el más joven de los hermanos.

Me hizo saber que Andrés Haoa casi enloqueció de alegría al ver mis amistosos regalos. Andrés admitió que, efectivamente, había llorado de júbilo al recibir los obsequios y enterarse de mis deseos de reconciliación. Se había visto en un verdadero aprieto aquel día en que, por pura amistad, me dio un fragmento de auténtico *maengo*, pues yo le pedí en seguida que me indicase el sitio de donde lo había sacado. Pero no podía mostrarme en modo alguno su cueva familiar, que era de donde procedían los fragmentos, y por eso se vio obligado a distraer nuestra atención llevándonosla a otro sitio.

El relato de Andrés tenía ciertos visos de verosimilitud. Añadió que como Atán le había contado tantas cosas, estaba dispuesto a entregarme la "llave" de su cueva para que yo pudiese ver la cerámica con mis propios ojos. Sin embargo, tenía un hermano menor que era más terco que una muía, y ante todo tendríamos que atraerlo a nuestra causa. Además, resultaba que este hermano era el jefe de la caverna. Había recibido la "llave" de su padre, pese a que no era el primogénito. "Vivía" con el *aku-aku* y se disgustó mucho cuando Andrés fue aquella misma noche a su casa para rogarle que diese la "llave" al señor "*Kon-Tiki*".

-Vayamos juntos a ver a tu hermano - propuso el pequeño Atán-. Estoy seguro que conseguiremos persuadirle con nuestros mana unidos.

Yo llevaba aún el traje tropical blanco que me había puesto para asistir a la fiesta, pero pude mudarme, quedando con una camisa oscura y unos pantalones cortos que llevaba conmigo. Luego los tres salimos sigilosamente a la oscuridad y nos escabullimos del poblado, dirigiéndonos hacia el Norte. Anduvimos un buen rato bajo el claro de luna, y cuanto más andábamos y charlábamos, aunque en susurros, más vehementes se hacían las afirmaciones de amistad fraternal. Atán tenía una confianza ilimitada en el poder combinado de nuestros mana, y manifestó que él era un "*oreja- larga*" noruego más auténtico que yo. Ambos procuraron meterme en la cabeza que si el hermano menor de Andrés, Juan Haoa, quería tenderme una trampa dándome directamente la llave de la caverna, yo tenía que decir "¡no!" y cruzarme de brazos. Y si entonces pasaba la llave a su hermano Andrés, yo debía aceptarla cuando éste me la ofreciera al propio tiempo que le daba las gracias.

Ya en las afueras del poblado, penetramos en una región desolada para detenemos finalmente ante un alto muro de piedra. Al otro lado de este muro se alzaban

grandes y brillantes hojas de plátano que se recortaban rígidas e inmóviles bajo la luz de la luna, y medio oculta entre ellas había una casita de piedra encalada. Carecía de ventanas y el lugar tenía un aspecto siniestro y desolado. No había indicación alguna de que alguien viviese allí. Apoyada en el muro de piedra se vela una escalera de mano semipodrida y con algunos peldaños rotos. En el lado opuesto había otra similar.

El pequeño Atán hizo de tripas corazón, pues era él quien tenía que pasar primero para anunciar nuestra llegada. La escalera dejó escapar un siniestro crujido cuando Atán llegó a la parte alta del muro, pero un momento después se hallaba ante la puerta, llamando con los nudillos lenta y cautelosamente. Vimos brillar una luz cuando alguien entreabrió aquella puerta para que entrara Atán.

Éste estuvo en el interior de la casa unos cinco minutos. Salió de ella solo, y, cuando se unió con nosotros, vimos que estaba acongojado y abatido. El hermano menor de Andrés se había conducido con terquedad y una obstinación inexorable. Tendríamos que entrar los tres juntos para procurar influir en él con el poder combinado de nuestros respectivos *aku-akus*. Transpusimos el muro y nos dirigimos a la casita. Yo entré primero, y mis dos amigos me siguieron, pisándome los talones. El único mobiliario de la habitación consistía en una mesita pintada de blanco y tres bancos bajos. Ante nosotros vimos dos sujetos de aspecto patibulario que nos miraban ceñudos y con expresión hostil. Parecían dispuestos a todo menos a bromear. Uno de ellos frisaba en los treinta años; el otro debía de pasar de los cuarenta.

Les di las buenas noches y ellos me devolvieron el saludo sin moverse y sin que ni siquiera se alterase un músculo de su rostro. El más joven permanecía de pie, muy erguido, con la cabeza levantada altivamente y mostrando una expresión estoica que le daba cierta semejanza con un indio de película del Oeste. Sus ojos eran negros y penetrantes y sus mejillas y su mentón estaban cubiertos de una negra y áspera barba, idéntica a la de aquel hermano suyo que me acompañaba. Era raro ver una barba en la isla, a pesar de que el alcalde, Atán y algunos otros lucían bigotes. Aquel individuo permanecía con las piernas separadas y los brazos debajo de su abierta camisa, lo que daba lugar a que quedara desnuda parte de su pecho. Me dirigió una penetrante mirada con sus ojos entornados y dijo, hablando muy

despacio y con tanto énfasis como si se hallase en trance: -Cuidado con mi *aku-aku*. Ésta es la casa del *aku-aku*.

Comprendí que no debía perder la serenidad. La cosa no tenía remedio, porque ya estaba metido en el asunto, y hasta el cuello, como me hizo comprender la expresión de aquellos individuos.

-Lo sé -dije-. Lo estoy viendo.

Él hizo un gesto de irritación como si mis palabras le molestasen, y dio algunos pasos hacía mi con aire retador. No se detuvo hasta que lo tuve muy cerca y mirándome de hito en hito. Entonces dijo en un bisbiseo y conteniendo a duras penas la ira que le hacía temblar: -¡Muéstrame el poder de tu *aku-aku*! Era evidente que Atán le había hecho grandes elogios de mi y de mi *aku-aku*; por eso los cuatro hombres esperaban presenciar un milagro. Sus rostros expresaban gran tensión y ansiedad, y a estos sentimientos se mezclaba el aire de reto, despectivo en la cara barbuda que estaba tan cerca de la mía. Aquel hombre daba la impresión de estar beodo, pero no era así. Se hallaba en un estado de auto- hipnotismo, casi en trance: él era su propio *aku-aku*.

Yo me aproximé a él unos centímetros, hasta que nuestros pechos casi se tocaron, y entonces hice una profunda inspiración para no ser menos que mi oponente.

-Si tu *aku-aku* es tan poderoso como el mío - le dije, con el mismo tono de mal disimulado desprecio empleado por él-, ¿por qué no le haces salir ahora mismo por esa puerta para que recorra la isla? Envíalo a la cumbre de *Orongo*; al fondo del cráter del *Rano kao*; al llano de *Vinapu* a que mire las estatuas del *Rano Raraku*; a *Anakena*; a *Hanga Roa*; en fin, por toda la isla. Y luego pregúntale si no han reaparecido antiguos muros y edificios, y si estatuas desconocidas no han surgido de la tierra. Cuando tu *aku-aku* te haya respondido a todo esto, yo te preguntaré a mi vez: ¿Necesitas más pruebas del poder de mi *aku-aku*? El interpelado no vaciló ni un instante: se apresuró a aceptar. Luego me ordenó que tomase asiento junto a él en uno de los bancos.

El pequeño Atán recobró sus bríos. Él y Andrés empezaron en seguida a pedir al hermano de éste que me entregase la "llave", y el otro sujeto patibulario no tardó en unirse a ellos, indicándole cortésmente que aquella figura debería estar en mi poder. Pero el protagonista del drama, sentado a mi lado, no movía un solo músculo

ni prestaba oído a tales argumentos. Tenía los brazos cruzados como si ocupara un trono de oro invisible, y estaba muy erguido, con la boca fuertemente cerrada y los labios proyectados hacía fuera, exactamente igual que las grandes estatuas. Por pura autosugestión, se hinchaba de orgullo ante sus propios ojos y los de sus amigos, como un hechicero que se rindiera culto a si mismo o un rey-sacerdote que hubiera salido de las nieblas de la antigüedad y que entonces se presentaba ante nosotros vistiendo pantalones y camisa.

Los otros tres permanecían de pie ante él, suplicándole que me diese la llave, pero él no les hacía caso. Ellos insistían en sus ruegos extendiendo las manos y los brazos con un gesto de humilde imploración. Uno de sus amigos incluso llegó a postrarse de hinojos.

El individuo que estaba sentado junto a mi saboreó durante largo rato la humillación a que se sometían sus paisanos. Parecía buscar el calor de los rayos de un sol artificial, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro. De vez en cuando se volvía hacía mi, muy tieso, para dejar bien sentado el inmenso poder espiritual que gozaba, o sea su mana. Su potencia sobrenatural procedía de muchas fuentes, pues corría por sus venas la sangre mezclada de dos tribus importantísimas. Además, aquella era la mansión del *aku-aku*, y los *aku-akus* le protegían por todas partes. Detrás de su casa estaba el más poderoso de la isla, pues él vivía delante de la choza de la vieja *Tahu-tahu*, que era tía de su mujer. Ni él ni la anciana tenían otros vecinos vivientes. Un poco hacía la derecha había una choza abandonada, que perteneció a una mujer -ya fallecida; en aquel momento sólo la habitaba un *aku-aku*. Es decir, que él tenía un *aku-aku* detrás, uno a cada lado y otro en su propia casa.

Un brillo inquietante apareció en los ojos del barbudo: cuanto más se pavoneaba, más peligrosa y fanática era su actitud. Por eso me apresuré a interrumpirle. Entonces fui yo quien empezó a proferir frases jactanciosas; fue como si le hubiese arrebatado su bomba y la utilizase para inflar mi propia reputación, mientras mi vecino se iba deshinchando gradualmente a medida que me escuchaba.

Le dije que había recibido en herencia un poderoso mana de *Terieroo*, mi padre adoptivo, que todo lo podía y fue el último gran jefe de Tahiti, y que éste antes de morir me confirió el nombre real de *Terai Mateata* ("Cielo Azul"); y que cuando

nuestra balsa arribó a *Raroia* diez años más tarde, aún obtuve más mana, pues se celebró un festín en recuerdo de *Tikaroa*, el primer rey de la isla, y me adoptaron con el nombre de *Varoa Tikaroa* ("Espíritu de *Tikaroa*").

No hacía falta más. A medida que yo hablaba, mi adversario perdía terreno a ojos vistas y, al fin, cedió. Se puso en pie lentamente y todos nosotros le imitamos. Señaló entonces a su corpulento y solemne amigo y le dijo: -¡*Tumu*, da testimonio! Yo había leído algo acerca de la palabra *tumu*, que no era un nombre, sino un título. Los primeros exploradores la mencionaron como una expresión mística del primitivo sistema social de la isla de Pascua. Era una palabra cuyo significado ya no entendían los indígenas de nuestra época, puesto que no sabían explicarla. Pero entonces tenía ante mi un *tumu* de carne y hueso. Sus atribuciones no habían quedado enterradas en el pasado, ya que allí estaba aquel *tumu* en pleno ejercicio de sus funciones. Atán me dijo después que Juan Nahoe era el *tumu* de la familia Haoa y árbitro y juez en los asuntos particulares de los hermanos.

El fanático barbudo se irguió frente a mi y el *tumu* se puso en silencio a su lado.

-En este momento te transfiero la "llave" de una de mis dos cuevas - dijo con voz sepulcral, como si pronunciase una sentencia de muerte.

Los demás estaban mudos como una tumba y ni siquiera la llama de la vela se movía. Entonces comprendí que me encontraba ante un verdadero dilema. ¿Era aquél el momento en que yo debía cruzarme de brazos y decir no? Ciertamente él me ofrecía la "llave", pero sólo de palabra: no me la tendía y yo no la vi por parte alguna. Vacilé un momento y luego contesté secamente: "Gracias", sin mover ni un dedo. Él permaneció inmóvil durante un largo rato, atisbándome con sus ojos negros como el azabache. Luego se volvió bruscamente y salió por la puerta, tan altivo y orgulloso, que casi iba inclinado hacia atrás.

Los otros tres parecieron experimentar un alivio indecible. El pequeño Atán se enjugó el sudor de la frente, aunque la única fuente de calor que había en la estancia era el cabo de vela, cuya llama oscilaba a consecuencia de la ráfaga de viento producida por la partida de Juan Haoa. Tranquilizados ya y gesticulando con vehemencia, los tres que se habían quedado en la casa ofrecían un vivo contraste con el que acababa de salir.

Transcurrieron unos minutos y el desagradable sujeto volvió a aparecer con un paquetito de forma plana debajo del brazo y un pesado cesto en la mano, ambos de totora entrelazada. Entregó el paquetito a su hermano, el cual lo depositó en la mesa, y luego volvió a apostarse ante mí, inmóvil y con el cesto en la mano. Me asaeteó con la llama de sus ojos, pero no me entregó el cesto. Yo también permanecía inmóvil, con una invariable expresión mezcla de retador desdén y profunda indiferencia.

Juan se volvió de pronto a su hermano mayor y le entregó el cesto. Andrés me lo ofreció y yo lo acepté, dándole las gracias a Juan por haber entregado la llave al primogénito y no a mi directamente. El belicoso sujeto no parecía haberse apaciguado lo más mínimo. Permaneció todavía un instante sin hablar. Luego señaló el envoltorio de la mesa y me preguntó: -¿Qué hay dentro de ese paquete? ¡Dilo para demostrarme el poder de tu *aku-aku*!

De nuevo me rodearon los cuatro para mirarme, tensos y expectantes. Yo me devanaba los sesos tratando de hallar una respuesta acertada. Esto era un verdadero examen de pesadilla. Si no contestaba bien a la pregunta podía ocurrir lo peor. El paquete tenía las dimensiones de una cartera de mano y era demasiado plano para contener una figura de piedra o un objeto de madera. Su envoltura era de totora bellamente trenzada; cuando Andrés lo dejó sobre la mesa me pareció tan liviano y flexible como un gran sobre. Comprendí que lo que yo tenía en la mano debía de ser la "llave" de la caverna, y di por supuesto que el paquete de la mesa también provenía de la cueva, pues el trenzado del cesto y de aquél eran exactamente iguales.

Pensé en las hermosas obras de plumas con que a menudo nos habían obsequiado los indígenas. Eran copias de los antiguos tocados y las largas tiras, ambas de plumas, que se utilizaban en las danzas. Los primeros visitantes de la isla de Pascua vieron a los notables del país luciendo ondeantes coronas de plumas y cubiertos con capas del mismo material, como los reyes del antiguo Méjico y de América del Sur. ¿Sería posible que hubiera algo parecido, aunque más moderno, en la caverna de Andrés? Suponer que se trataba de una labor de plumas no sería, desde luego, una mala conjetura. Pero ¿se trataría de un tocado o de otra cosa? Todos esperaban,

disimulando a duras penas su excitación. Yo no podía eludir la prueba, y tuve que decidirme.

-Mi *aku-aku* dice con pluma²⁰ - aventuré cautelosamente, procurando no concretar.

-¡No!-rugió el fanático, saltando como un tigre-.

¡¡No!!-repitió con frenes-. ¡Pregunta de nuevo a tu *aku-aku*!

Se erguía con aire de triunfo; luego se agazapó como un felino a punto de saltar; gozaba de la situación y en su semblante había una mueca de cólera. El pequeño Atán se secaba el sudor que corría a raudales por su frente y daba muestras de desesperación. Me dirigía miradas suplicantes, como queriendo darme a entender que yo debía procurar por todos los medios hacer entrar en razón a mi *aku-aku*. El *tumu* y Andrés parecían haber empezado a concebir sospechas y su aspecto era amenazador. También ellos se habían acercado a mí. Aquella situación no me gustaba. Los individuos que me rodeaban eran, sin excepción, unos fanáticos, y yo, sin que nadie me hubiera invitado a hacerlo, me había inmiscuido en los asuntos más inflamables de su vida íntima. Si algo me ocurriese, no podría recibir ayuda, porque nadie conocía mi paradero. En aquella remota cabaña, ni los gritos más estentóreos se oirían desde el pueblo. Mis amigos creerían que me había despeñado por un precipicio o extraviado en una caverna secreta. En ninguna parte del mundo había tantos escondrijos en que un hombre pudiese desaparecer para siempre sin dejar el menor rastro.

Yo no tenía la menor idea de lo que con tenía el envoltorio. Lo único que podía hacer era aventurar suposiciones. ¿No sería tapa, o tela de corteza? -Es una prenda de vestir-dije al buen tuntún.

-¡No! ¡Pregunta otra vez a tu *aku-aku* y pregúntale bien! Todos se acercaron con expresión amenazadora. La mitad de mi cerebro se dedicó a calcular las posibilidades que tenía de abrirme paso a golpes, mientras la otra mitad seguía flexionando acerca del posible contenido del paquete.

-Una tela - dije como última esperanza, apelando a la técnica del "animal, vegetal o mineral" de los programas radiofónicos.

²⁰ En español en el original. N. del T.

Recibí por toda respuesta un ronco gruñido, y entonces me pidieron que abriese el paquete mientras todos me rodeaban, ceñudos y sombríos como nubes de tormenta.

Desaté un cordel de fibra vegetal y saqué a la luz un libro sin tapas lleno de signos *rongo-rongo*. Se parecía algo al valiosísimo cuaderno que me había mostrado el "capitán del pueblo". Los ideogramas jeroglíficos estaban trazados con tinta, ya borrosa por obra del tiempo.

De pronto, como un relámpago que cruzara mi cerebro, me acordé de que en español la palabra "pluma" tiene un significado ambiguo. Tiré violentamente el libro sobre la mesa; con tal ímpetu lo arrojé, que casi apagué la vela. Luego me incorporé indignado.

-¡Mi *aku-aku* tenía razón!-vociferé-. ¡Ha dicho "con pluma", y, como todos podéis ver, esto está escrito con pluma! La expresión de los cuatro cambió inmediatamente. Se incorporaron a su vez y se miraron estupefactos, considerando que eran ellos los que habían sufrido una equivocación. El individuo de aspecto salvaje, barba rala y ojos centelleantes había cambiado de actitud completamente. No se les había ocurrido dar a mis palabras aquella interpretación. Fue el pequeño Atán quien rompió el hielo. Se había quedado boquiabierto; apenas pudo tartamudear: -¡Pe... pero qué *aku-aku* tan poderoso tiene usted! Estas palabras provocaron un chispazo de envidia en mi barbudo adversario.

-¡Mirad el *aku-aku* del libro! - exclamó-. ¡Miradlo! Fue volviendo las grandes hojas de aquel fantástico libro lleno de imágenes y, al fin, llegó a una en la que se detuvo. La página de la izquierda estaba, cubierta de una misteriosa escritura ideográfica sin ninguna explicación. En la de la derecha había veinte ideogramas repetidos y traducidos al dialecto indígena en toscos caracteres latinos. Al pie de la página se vela una línea aparte, escrita en una tinta parda muy borrosa.

-Éste es el *aku-aku* - gruñó Juan señalando aquella línea.

Yo leí: *Kokava aro, kokáva tua, te igoa o te akuaku, erua*.

-"Cuando esté gastado por delante y gastado por detrás, haz uno nuevo"; éste es el nombre del *aku-aku* del libro - dijo orgullosamente su dueño haciendo una traducción aproximada de la antigua frase.

Me sorprendió la astucia que encerraba el consejo. El primitivo autor del libro escribió en él una recomendación sumamente práctica, ya que tendía a conseguir que sus herederos, antes de que el libro se deteriorase y su texto desapareciera, sacaran una cuidadosa copia. Y convirtió este consejo en un *aku-aku* para que nadie se atreviese a desobedecerlo.

-Éste es el *aku-aku* - repitió Juan con orgullo, poniendo el dedo sobre la frase para que todos pudiésemos leerla y admirarla.

-Es un libro muy poderoso-dije, comprendiendo que había elegido el adjetivo adecuado, pues hubiera podido decir "interesante", "bonito" o "bien hecho". Al parecer, el dueño del libro no sabía leer y, por tanto, no podía enterarse de su contenido; pero no importaba: lo consideraba como magia pura.

A partir de aquel momento reinó entre nosotros una atmósfera de amistad. Los cuatro indígenas me llamaban hermano y me miraban con admiración. Sin embargo, yo aún no estaba del todo tranquilo.

-Ahora somos hermanos-dijo Juan poniendo ambas manos sobre mis hombros-. Vamos, pues, a bebemos mutuamente nuestra sangre.

El pequeño Atán le miraba con una mezcla de temor y admiración. Yo procuré revestirme de valor *corporal* y anímico, esforzándome por no dejar entrever mis sentimientos. Después de la tortura mental que había experimentado aquella noche, no podía asustarme la posibilidad de que me hicieran algún rasguño con un cuchillo. Pero la idea de tener que beber sangre de aquel repugnante sujeto me era insoportable. Recordé que el alcalde y Atán nos dijeron en cierta ocasión a Ed y a mí que a veces mezclaban el polvo de sus antepasados con agua y se lo bebían para adquirir poder. Por lo visto, íbamos a celebrar una ceremonia semejante.

El ceñudo Juan, más tieso que un palo, pasó a una reducida habitación trasera. Yo esperaba verle regresar con un cuchillo, pero lo que llevaba consigo cuando volvió con el mismo aspecto sombrío con que se había marchado era una botella y cinco vasos. Descorchó aquella y echó en éstos sólo unas gotas para sus paisanos, y para mí, tanto líquido como el vaso pudo contener.

Entonces cada uno de nosotros tuvo que repetir varias veces la palabra mágica *takapu*. Atán me había dicho anteriormente que esta expresión proporcionaba mana que permitía al *aku-aku* ver claramente. Los investigadores anteriores habían

traducido dicha palabra por "horno de tierra ceremonial", pero esta interpretación no es exacta. El vocablo no tiene nada que ver con los hornos de tierra si no va precedido de *umu*, que es precisamente lo que significa "horno de tierras-".

Cuando estábamos ya hartos de repetir la palabra mágica, olfateé el pringoso vaso sin que los demás se diesen cuenta. Estaba lleno de vino tinto que Juan se había procurado en el barco de guerra chileno. Antes de beber, Juan, que dirigía la ceremonia, dijo en un tono melodramático: -Ahora nos beberemos nuestra sangre mezclada.

Vaciamos nuestros vasos y él sirvió de nuevo, vertiendo como antes un dedo de liquido para si y los demás indígenas y llenando mi vaso hasta los bordes.

-Ya que tú eres nuestro hermano mayor, bebe hasta saciarte - dijo el barbudo con semblante risueño. Y yo me alegré de que no fuese él quien tuviera que beber hasta saciarse.

Todo eran ya muestras de amistad y sólo se hablaba de *aku-akus* y sentimientos fraternales. Yo había pasado a ser el jefe de ellos, por estar en mi poder la "llave". Llave que no era sólo de la cueva, sino también de la buena suerte para los cinco. Por lo que pude colegir, el *tumu* se hizo responsable de la segunda caverna, pero incluso ésta sería mía si yo decidía hacer un nuevo viaje a la isla y quedarme con ellos para siempre.

Pronto estuvo vacía la botella. Casi todo su contenido me lo había bebido yo.

-Mirad mi barba - dijo señalando su barba rala y negra el facineroso, que se había convertido en mi hermano menor-. En ella reside toda mi fuerza - agregó con acento triunfal.

Lamenté que no hubiesen visto el aspecto que yo tenía después de ciento un días de navegación en una balsa. Pero todos reconocían ya mi poder, a pesar de que estaba perfectamente afeitado. Nunca como en aquella ocasión me hicieron tanto bien ni necesité con tanta urgencia unas copas. Me sentía de un humor excelente cuando consulté mi reloj. Eran las tres de la madrugada. Tenía que recorrer un largo trecho para llegar al campamento y, por tanto, había que pensar en volver a casa. Les agradecí calurosamente su hospitalidad y me despedí de ellos. Mientras recogía ansiosamente el valioso libro *rongo-rongo* y el cesto que con tenía la "llave" de la caverna, mis hermanos de sangre manifestaron su deseo de ir a verme al

campamento al día siguiente, para que comiéramos juntos poniendo yo las provisiones. Contesté que serían bien recibidos, y salí al fresco airecillo nocturno en compañía del *tumu*, Andrés y Atán.

Al día siguiente, mis nuevos hermanos vinieron a visitarme y me llevaron a la cumbre de una colina. Una vez allí, el fanático trepó sobre un montículo y empezó a pronunciar un discurso en voz baja, dirigiéndose a un auditorio invisible situado al parecer en el mar y que se extendía a su derecha y a su izquierda. Tenía el libro *rongo-rongo*, guardado en una caja de totora, bajo su brazo izquierdo mientras con el derecho gesticulaba acompañando sus palabras dirigidas a las alturas. Hablaba en polinesio y en voz tan baja que era casi inaudible y, sin embargo, parecía uno de esos oradores populares que peroran en los rincones de Hyde Park encaramados en un cajón. Señalaba al cielo y a nosotros, tan excitado como si quisiera retener la atención de una gran muchedumbre extendida por el mar y el llano.

Estaba erguido, con la camisa abierta y la chaqueta desabrochada y agitada por el viento, un pie posado en la más remota antigüedad y el otro junto a nosotros. Encarnaba a un pueblo en transición. Terminado el discurso, descendió, muy emocionado, a la zanja donde estábamos nosotros y me ofreció una bella talla en madera que representaba un pez espada. Luego sacó de la caja el libro *rongo-rongo* y pasó con decisión sus páginas hasta llegar a aquella en que estaba el *aku-aku*. Entonces, y señalando la línea que ya conocemos, pronunció otro discurso en voz queda dirigiéndose al invisible auditorio que suponía a su alrededor. Luego me pidió que cogiese el libro y leyera en voz alta el *aku-aku*.

Mientras los tres hombres, de pie a mi lado, me escuchaban con reverencia, en aquel lugar desde donde se dominaba gran parte de la extraña isla que se extendía a nuestros pies, leí nuevamente: *-Kokava aro, kokava tua, te igoa o te akuaku, eirua.*

Ellos parecían muy impresionados cuando la ceremonia tocó a su fin. Habían puesto como testigos a sus antepasados de que el libro se me había transferido legalmente. Bajamos de la colina a las verdes tiendas, donde el camarero nos había preparado una comida fría.

El banquete recordó el que hablamos celebrado antes de penetrar en la caverna del pequeño Atán. Pero esta ceremonia aún resultó más grotesca, y las voces

aguardentosas de los participantes fueron todavía más ásperas mientras susurraban cumplidos acerca del "poder" y la "fuerza" de los platos. Y aquel día, cada uno de nosotros estuvo acompañado de su *vahine*. Yvonne se quedó sobrecogida cuando también yo empecé a hablar con aquella voz ronca y desagradable y a conducirme de una manera tan extravagante como mis invitados. Luego me dijo que estaba segura de que me había vuelto loco.

Cuando el banquete tocaba a su fin, mi siniestro hermano se levantó y señaló la banderita noruega que estaba sobre la mesa. De pronto, acariciándose la negra barba, me dijo: -De ahí te viene la fuerza, hermano mío. De ahí te viene la fuerza. La quiero para mí.

Y se apoderó de la bandera.

Yo no tuve inconveniente en dársela, y también le regalé un modelito de la *Kon-Tiki* en una caja de celofán, pues él lo quería a toda costa. Llevando triunfalmente los dos regalos debajo del brazo, Juan salió de la tienda-comedor al frente de sus amigos, montó con ellos a caballo y todos desaparecieron en dirección a la aldea.

Conseguí dormir unas cuantas horas antes de medianoche. Le tocaba el turno a otra nueva caverna. Enrique Teao, que había estado con nosotros en la cueva de Atán, se había ido de la lengua. Esta vez me acompañaron Yvonne, Cari, el fotógrafo y mi hijo Thor, además de Atán. La entrada de esta caverna estaba hábilmente oculta, pero el acceso a ella era muy fácil, pues se podía penetrar por un desprendimiento rocoso existente al pie de una escarpadura de la costa occidental. Tuve que comerme de nuevo la rabadilla de una gallina y arrastrarme por una estrecha hendidura para penetrar en las entrañas de la tierra. En una antesala subterránea nos dieron la bienvenida dos cráneos humanos que estaban sobre un suelo recientemente- barrido. Más al interior había una especie de pajar que recordaba los belenes navideños. Tenía el suelo cubierto de paja; amarillentas esteras de totora estaban dispuestas en forma de herradura a lo largo de las paredes y sobre ellas se velan fantásticas figuras de piedra. Aquella cámara interna daba una sensación de acogedora intimidad. Enrique se mostraba ingenuo y amable, como un niño que enseña, orgulloso, su casa de muñecas, y yo experimentaba una agradable sensación de alivio, pues aún recordaba la visita que había hecho la noche anterior a los fanáticos hermanos. La suave claridad lunar lo bañaba todo cuando

regresamos a la superficie de la tierra; el viento, ligero y tibio, dejaba que la luna juguetease con su propio reflejo plateado sobre el manso oleaje entre las sombras del mar.

Al día siguiente teníamos preparada una gran fiesta en la que participarían todos los habitantes del poblado. Se asarían bueyes abiertos en canal y habría danzas en el llano de *Anakena*. Nuestro médico y el de *Hanga Roa* estaban sentados en la tienda-comedor, sacando gotas de sangre de los lóbulos de las orejas de algunos invitados que, según el Padre Sebastián, eran de pura raza. Cuando le llegó el turno al alcalde y a su familia, éstos ofrecieron su sangre con tanto orgullo como si lo que el médico les sacaba de la oreja fuesen diamantes. Estaban absolutamente: convencidos de que una gota de sangre procedente de la oreja de un auténtico "oreja - larga" podría venderse por precios fabulosos en cualquier museo del mundo. Cuando vieron con cuánto cuidado se mezclaban las gotitas con productos químicos y se llevaban a la cámara frigorífica del barco en recipientes especiales, su expresión demostró que ya no abrigaban la menor duda de que les estábamos timando descaradamente. Pero ¿qué no harían ellos por conservar nuestra amistad? Mientras nuestro campamento rebosaba de vida y alegría, el alcalde en persona, tocado con un sombrero de paja, se dedicó a buscar ordenadamente a los elegidos. Por todas partes resonaban canciones y risas, rasgueos de guitarra y relinchos de caballo. Volví yo del hoyo abierto en el suelo donde se asaban los bueyes, con un succulento bistec en la mano, cuando un macilento anciano cubierto con un viejo capote militar detuvo su montura frente a mí. Era un viejo harapiento y desdentado cuyas chupadas mejillas estaban cubiertas de un pelo gris y ralo. Me saludó amistosamente y yo le invité a desmontar y a coger cuanto se le antojara del horno de tierra. Pero él se limitó a inclinarse hacia mí murmurando: -Sólo he venido a decirle que será usted doblemente afortunado. El brujo²¹ me ha dicho que la suerte le acompañará el domingo a medianoche, si va a su casa. Después de eso, la fortuna ya no le abandonará.

El viejo se negó a contestar a mis preguntas. Tiró de las riendas, se perdió entre la muchedumbre y ya no le volví a ver. Era la primera vez que oía hablar del brujo; me había figurado que únicamente la vieja *Tahu-tahu* tenía algo que ver con el taha

²¹ En español en el original. N. del T.

y practicaba la hechicería. Pero conjeturé al punto que debía de tratarse de mi nuevo y extraño hermano, pues sólo él, entre todos los habitantes de la isla, podía merecer aquel apelativo. Su comportamiento ante mi había sido exactamente el propio de un hechicero. Vivía en la casa del *aku-aku* frente a la solitaria choza de la vieja *Tahu-tahu* y se consideraba rodeado de espíritus y demonios. Sin duda alguna, el brujo era mi flamante hermano menor Juan Haoa.

Cuando llegó el domingo, fuimos como de costumbre a la pequeña iglesia. Como siempre, los pajarillos revoloteaban bajo la techumbre lanzando alegres gorjeos. El Padre. Sebastián salió del presbiterio revestido con su casulla de vivos colores, como tantas otras veces, y yo experimenté la acostumbrada sensación de que asistía a una ópera. Pero entonces ya no nos rodeaba una masa de cabezas indígenas que nosotros no podíamos distinguir y que formaban un conjunto extraño. A la sazón, conocíamos ya casi todas aquellas caras. En todos los bancos velamos amigos nuestros. allí estaban los dos "policías" Nicolás y Casimiro; allí también el viejo Pacomio acompañado de Lázaro y del joven Esteban; así como el "capitán del pueblo" con el "*príncipe*", y los cuatro viejos hermanos Pakarati. Y Atán, Enrique, Alberto y Daniel. Y, al lado de ellos, el trió formado por el *tumu*, Andrés y Juan el brujo, que se habían sentado juntos en el centro de la congregación de fieles. Aquel domingo, a medianoche, les vería de nuevo si cumplía las indicaciones del viejo jinete.

No podía apartar los ojos del extraño terceto. Les vela allí sentados, con expresión sincera y profundo recogimiento, bebiéndose las palabras que pronunciaba el sacerdote y cantando los himnos en polinesio con tanto fervor como todos los demás. El brillo diabólico de sus ojos había desaparecido, su semblante era bondadoso y sus negras barbas ya no les daban un aspecto de bandidos, sino más bien de santos haciendo penitencia. Si yo me hubiese acercado a ellos para preguntarles por qué asistían a la misa que oficiaba el Padre Sebastián, a pesar de tener tratos con los *aku-akus* y otros demonios subterráneos, a buen seguro que se habrían mostrado sorprendidos y hubieran contestado, como contestó el pequeño Atán: -Somos buenos cristianos. Todo eso es otra cosa aparte²².

²² En español en el original. N. del T.

Aquel día se celebraba un bautizo en la iglesia. Me habían elegido para apadrinar a la criatura y me había sentado en el primer banco, en la parte reservada a las mujeres. Detrás de mi estaban *Analola* y su madre, entre la abigarrada multitud de *vahines*. A mi lado tenía al alcalde, el cual estaba radiante y vestido de veinticinco alfileres y al que acompañaban su mujer, su hijo pelirrojo y su vieja tía *Tahu-tahu*, que vestía de luto. Aquél era un día señalado para don Pedro, pues ya podían llamarle abuelo. Su nuera le había dado un robusto nieto en compensación de la niña que le había arrebatado el *kokongo*. El alcalde no cabía en sí de gozo. Había decidido poner al niño mi nombre. Cuando el Padre Sebastián le preguntó cómo querían llamarle, don Pedro contestó: -Thor Heyerdahl *Kon-Tiki* el Salvador de Niños Atán²³.

El Padre se mesó la barba con un gesto de contrariedad y le suplicó que escogiese un nombre más corto. Mientras sostenía al niño sobre la pila bautismal, el abuelo me dio un codazo y me dijo, sin poder ocultar su satisfacción: -Mire qué cabello tiene.

La cabecita del tierno infante estaba cubierta de una espesa cabellera pelirroja.

El niño fue bautizado con el nombre de Salvador Atán. Era el último retoño de la raza de los "*orejas-largas*". Con él se iniciaba la decimotercera generación a partir de *Ororoina*, el único que escapó con vida de la matanza del foso de *Iko*.

* * *

Cuando llegó la noche y toda la aldea quedó sumida en la oscuridad y el silencio, alguien apagó de un soplo una vela en casa del alcalde y dos sombras se escabulleron por la puerta sin ser vistas. El jeep y los caballos que habían utilizado los miembros de la expedición aquel domingo habían regresado a *Anakena* hacía ya un buen rato. Tanto en el poblado como en el campamento, la gente estaba durmiendo desde hacía varias horas, pues era casi medianoche.

Pero el jeep había vuelto a la aldea y esperaba con los faros apagados ante la puerta del jardín de don Pedro. El pelirrojo padre del niño recién bautizado y su tío, el pequeño Atán, estaban sentados en el jeep y dejaron sitio a las dos sombras que

²³ Así en el original. N. del T.

salieron de la casa. Silenciosamente y con las luces apagadas, el jeep avanzó por la calle del poblado hasta llegar a la iglesia, donde torció hacia el mar para continuar luego por la costa en dirección al lazareto.

Yo empezaba a sentir inquietud pensando en lo que iba a suceder. Ed esperarla en el jeep con el pelirrojo, mientras Atán y yo iríamos a pie, a través de las tinieblas, a la casa del *aku-aku*. Ed y yo hablamos permanecido ocultos y con el mayor secreto en casa del alcalde desde el comienzo de la noche.

Cuando estábamos a unos centenares de metros de la casa, Atán y yo nos apeamos del jeep.

Al llegar al muro en que estaba apoyada la desvencijada escalera, vimos la lúgubre mansión entre las grandes y brillantes hojas de plátano. Entonces. Atán se detuvo.

-Vaya primero usted solo - susurró-. Es usted nuestro hermano principal. Golpee la puerta y diga: "¡Juan el brujo, levántate, que te traigo buena suerte!" Me encaramé por la crujiente escalera y luego avancé hacia la casa, que estaba más silenciosa que una tumba. Levanté la mano y, con los nudillos, llamé cautelosamente tres veces a la vieja puerta.

-¡Juan el brujo, levántate, que te traigo buena suerte!- dije con toda seriedad.

No recibí respuesta. En el interior no se oía nada. Sólo el viento que soplaba en torno a la fantasmal mansión hacía murmurar débilmente las grandes y relucientes hojas de plátano, que se alzaban como dedos extendidos hacia la luna llena. Percibí a lo lejos el débil murmullo del mar.

-Pruebe otra vez - musitó el pequeño Atán desde el otro lado del muro.

Llamé de nuevo con los nudillos y repetí maquinalmente la frase. Sólo me contestó el susurro del viento.

Yo empezaba a ponerme nervioso. Quizá se trataba de una nueva celada. Quizás estaban sometiéndome a una nueva prueba. Atán vio que yo vacilaba y me invitó en voz baja a que repitiese el intento. Tal vez los habitantes de la casa estaban durmiendo para que el sueño les trajera buena suerte. Yo me dije que era imposible que los tres se hubieran dormido como troncos precisamente en aquellos momentos en que debían de estar esperándonos, y empezó a apoderarse de mí el temor de perder la batalla. ¿Y si estuviesen de pie detrás de la puerta, esperando que mi *aku-aku* los viese? No dejó de llamarme la atención el incesante murmullo que se

producía a mi izquierda, en un lugar donde las grandes hojas mecidas por el viento cubrían la luna, dejando el suelo en la más completa oscuridad. ¿Y si se hubiesen escondido allí, entre los arbustos, para ver si mi *aku-aku* acudía en mi ayuda? Una o dos veces me pareció oír un apagado rumor dentro de la casa, pero nadie venía a abrirme la puerta. Después de llamar en conjunto seis veces, desistí y di media vuelta para marcharme. Entonces oí perfectamente que alguien se movía cautelosamente detrás de la puerta. La golpeé con los nudillos por última vez, mientras decía: -¡Juan el brujo, levántate, que te traigo buena suerte! La puerta se abrió lentamente. Salió por ella una joven, que proyectó sobre mí la luz de un candil de sebo de fabricación doméstica. Miré por encima de su hombro y vi que no había nadie dentro; lo único que había allí era los bancos de madera vacíos en torno a la mesita sobre la cual había recibido el libro *rongo-rongo* y la "llave" de la caverna. Los tres hombres se habían marchado. Así me lo dijo la joven, y añadió que seguramente habrían ido a la caverna.

¿De modo que se habían marchado? Seguramente ahora esperarían que mi *aku-aku* les siguiera la pista, con lo que todos podríamos reunirnos en la caverna.

Atán resolvió en el acto ir al poblado en busca de Andrés. Uniendo la acción, a la palabra, partió velozmente a campo traviesa, hacía el Sur. La indígena apagó el candil, pues el hermoso claro de luna lo hacía innecesario, y se sentó en un banco de madera que había junto a la pared, rogándome que hiciera yo lo mismo a su lado. Yo recordaba aquella cara. Era la mujer de Juan Paoa y la hermana menor del alcalde. No pude menos de admirar su bello perfil a la luz de la luna. Aquella joven no tenía absolutamente nada de polinesia. Me recordaba extraordinariamente a las bellezas árabes o semitas. Tenía un perfil clásico, de nariz afilada y ligeramente aguileña y labios delgados. Sorprendía que fuese una isleña de pura raza; mas aquella mujer que estaba sentada a mi lado era una auténtica "*oreja-larga*" bordo teníamos una muestra de su sangre.

Era inteligente y no me fue difícil trabar conversación con ella. Estuvimos solos largo rato. Pasó la una, dieron las dos, y Atán no había vuelto. Conseguí sonsacarle muchas cosas durante aquella charla en que ambos permanecimos sentados en el banco, al claro de luna. Me explicó que los tres hombres habían convenido en que yo debía de tener una especie de *aku-aku* de plumas, ya que de plumas hablamos

hablado la noche antes. Con el fin de infundirle poder, fueron a visitar a la vieja *Tahu-tahu*, y ésta mató una gallina e hizo una corona de plumas para que yo me la pusiera. La había visto sobre la mesa hacía unas horas, cuando se fue a acostar, pero ya no estaba allí. Por eso suponía que ellos me estarían esperando en la cueva con la corona de plumas. No sabía dónde estaba aquélla; lo único que pudo decirme sobre este punto fue que su marido se dirigía al Norte las noches que iba a visitar la caverna. Ella estaba muy enterada de todo lo concerniente a estas cuevas familiares, incluso de las costumbres relacionadas con ellas, pero no había visitado ninguna.

La confidencial información acerca de la corona de plumas podía serme muy útil en el caso de que aquellos tres sujetos me volvieran a poner a prueba. De ser así, les dejarla pasmados con mi sabiduría.

Transcurrió otra hora, y entonces, a las tres de la madrugada, el pequeño Atán apareció corriendo por el lado del pueblo. Después de mucho buscar, había conseguido encontrar a Andrés, que estaba con Juan en casa de la hermana de éstos. Les acompañaba el *tumu*, el cual, al parecer, les había pedido que comunicasen a su hermana su intención de entregarme la caverna, ya que tenía en ella una parte igual a la de sus hermanos. El resultado de ello fue que la mujer se puso furiosa con sus hermanos por no haberla consultado antes de entregarme la "llave". Ellos trataron de apaciguarla diciéndole que yo les haría magníficos regalos, pero ella no deponía su cólera y les amenazó con armar un escándalo si me entregaban la caverna. Atán intentó convencerla, pero ella ni siquiera quiso escucharle. Los tres hombres estaban sumidos en la desesperación. El *tumu*, que no era el menos desolado, se había quedado en el pueblo con la esperanza de hallar una solución satisfactoria para los tres hermanos. Me suplicaban que les disculpase por su retraso, pero no tenían más remedio que esperar.

Aguardamos hasta las cuatro; a esa hora decidí ir a tranquilizar a los que estaban en el jeep. Entonces resolvimos abandonar el intento, y cuando el jeep se dirigía ya a la aldea, oímos los cascos de un caballo que nos seguía al galope. Era Juan el brujo, que corría a nuestro alcance bajo el claro de luna, a riesgo de romperse la cabeza. Venía del Norte y no del poblado, y nos dijo que debíamos dar media vuelta y seguirle. Parecía presa de gran excitación y cansancio. El jeep viró y seguimos a

Juan, que cabalgaba delante de nosotros íbamos bordeando la costa sin utilizar los faros, pues el claro de luna nos bastaba para ver el camino. De este modo nos fuimos aproximando al lazareto. Yo me dije que pronto estaríamos tan cerca que nos oirían desde el hospital de leprosos. Nuestro guía nos dijo por señas que nos detuviésemos y nos apeáramos. Nos hallábamos junto a enormes bloques de lava, en un llano ondulado y cubierto de pedruscos. Cuando salí del jeep casi a rastras, soñoliento, helado y entumecido, dos figuras surgieron de un escondrijo entre las rocas y se abalanzaron sobre mí de un salto. Antes de que yo pudiese hacer el menor movimiento, extendieron los brazos y me colocaron una corona de ondeantes plumas sobre la cabeza. Juan el brujo saltó de su caballo, lo ató a una piedra y se apresuró a ponerse una larga tira de plumas de modo que le cruzaba el pecho como una bandolera. Me explicó que obraban así para que se viera que yo era el hermano principal y que él me seguía inmediatamente en rango. Me rogó que fuera en pos de él y emprendimos la marcha por el pedregal tan rápidamente como nos era posible. Ed, el *tumu*, Andrés y Atán nos seguían pisándonos los talones. El pelirrojo se quedó guardando el jeep.

La ondeante corona de plumas de *Tahu-tahu* era una perfecta réplica de un *hau teke-teke*, famoso tocado que usaban los primitivos moradores de la isla de Pascua y de los que se ven varias muestras en algunos museos. Yo me sentía como un completo majadero cuando cruzaba a zancadas el pedregal con aquel tocado de plumas. Me parecía haber vuelto a la infancia para jugar a los pieles rojas bajo el claro de Juna en los pedregosos eriales de la isla de Pascua. La cosa no pareció menos grotesca cuando poco después me puse en cuclillas para comerme las rabadillas de dos gallinas. Transcurridos unos momentos, levantamos algunas piedras entre los restos de un viejo y deshecho río de lava y yo me introduje a rastras en un angosto pasaje precediendo a los demás y llevando aún la corona de plumas en la cabeza. Después de descender un buen trecho, penetramos en una caverna espaciosa, pero de techo ondulante y muy bajo. El piso estaba cubierto, como en otras cuevas, de paja reseca. A la derecha de la entrada había un pequeño altar revestido de una estera de totora y sobre él se veía una majestuosa cabeza de piedra de gran tamaño entre dos calaveras. Una de ellas era de verdad y la otra era de piedra. Ésta tenía una curiosa boca en forma de trompa que se doblaba hacia

arriba, para terminar en un pequeño recipiente o candil de aceite que la calavera parecía contemplar con sus enormes cuencas vacías. Frente a aquel macabro terceto había otra blanca calavera y una delgada mano de almirez, de piedra, rematada por una cabeza en su parte superior.

En el centro de la caverna se alzaba una pequeña plataforma de piedra cubierta de paja, sobre la que había una estera de totora. Juan al brujo me dijo que me sentara allí y mirase en determinada dirección como solía hacer su abuelo. A lo largo de las paredes había otra repisa llena de curiosísimas figuras, algunas tomadas de la realidad y otras inspiradas en un mundo de ensueño. Por último vi dos envoltorios de totora amarillenta, uno a cada lado de la plataforma en que me habían entronizado.

Lo primero que hizo Juan el brujo fue echar mano del modelo a escala reducida de la balsa y de la banderita noruega.

-Ésta es tu sangre - me dijo en voz baja y ronca, asiendo fuertemente la bandera-. ¡Y allí tienes nuevo poder, allí tienes *ipu maengol* Yo estaba tan excitado, que contuve el aliento al deshacer los paquetes de totora amarillenta y ver lo que contenían. En cada uno de ellos había un jarro de arcilla parda y sin vidriar. Debían de ser dos de los misteriosos recipientes que Andrés había mostrado con aire de reto al Padre Sebastián cuando se enfadó conmigo.

-Hay muchos más y de diferentes clases en la otra cueva intervino el *tumu*-. En esa caverna hay mucho *maengo* y será tuya cuando vuelvas para quedarte con nosotros.

Uno de los dos recipientes pardos tenía incisiones que formaban una sencilla banda ornamental. Juan manifestó que esta vasija era obra de su abuelo y que los cortes de la banda indicaban los hombres que se habían marchado a la guerra. Aquellos jarros se habían puesto allí para que los difuntos pudiesen beber siempre que les apeteciera.

Cuando, de regreso en el campamento, sacamos los recipientes del envoltorio, tan sólo Gonzalo pudo indicar el tipo a que pertenecían. Había visto algunos como aquéllos en Chile, donde los indios los habían fabricado desde tiempo inmemorial y donde, probablemente, seguían fabricándose en regiones apartadas. Con ello se nos planteó un nuevo problema. Aquellos recipientes no eran obra del hombre moderno:

no se habían hecho con torno de alfarero, sino arrollando el barro en forma de espiral, según el estilo de los indios americanos.

¿Cómo habría llegado aquel tipo de vasija a la isla de Pascua, tanto si ello había ocurrido en tiempos antiguos como en fecha reciente? ¿Qué tenían aquellos recipientes para ser dignos de figurar entre las obras de las cavernas familiares? ¿Por qué no se servía el agua a los espíritus en un vaso, una botella o incluso en una cafetera? Entre aquellos nativos la cerámica era desconocida, y, sin embargo, Juan debía de poseer más piezas como aquéllas, pues ninguna de las dos se ajustaba a la descripción que nos había hecho el Padre Sebastián de las tres que le había enseñado.

Sólo en otra ocasión había oído hablar yo de una caverna de la isla de Pascua en la que se guardaban antiguos recipientes de arcilla. Esta cueva pertenecía a un primo de Enrique que se había ido a Chile en el Pinto.

Apuntaba el día y los gallos cantaban cuando traspuse, procurando no llamar la atención, la puerta del jardín del alcalde. No vi absolutamente a nadie y mi cama seguía tal como yo la había dejado. Manos invisibles habían puesto a mi alcance fruta y un pollo asado, pero lo que yo anhelaba era echarme a descansar entre las frescas y blancas sábanas que yo mismo había regalado al dueño de la vivienda cuando éste forjaba planes para su viaje en el Pinto.

-Buenos días, don Pedro - le dije cuando mi sonriente amigo entró de puntillas con un tazón lleno de agua horas más tarde-. Muchas gracias por su generosa hospitalidad de esta noche. Pero dígame: ¿cuándo me llevará usted a su caverna? - Calma, señor, calma. Creo que anoche tuvo buena suerte, ¿verdad? -Si, tuve buena suerte. Pero pronto me iré de la isla. ¿Cuándo podré ver la caverna de *Ororoína*? - Calma, señor, calma, que yo ya le he dado la "llave". ¿No la tiene usted bajo su cama? En efecto, así era. Y no pude evitar una interna sonrisa al recordarla, pues lo que tenía debajo de la cama era una cabeza de "*oreja-larga*" de un tipo muy distinto de lo que yo había esperado. Pero últimamente todo lo del alcalde resultaba inesperado. Desde que había salido del hospital se mostraba extravagante hasta el punto que me costaba reconocer en él al don Pedro, que yo había tratado. Estaba muy delgado, tenía mal color, lo cual no tenía nada de extraordinario tras su grave enfermedad; pero no se podía decir lo mismo del nuevo resplandor de aquellos ojos

astutos que brillaban sobre sus chupadas mejillas. Excitado hasta la exaltación y rebosante de optimismo, forjaba planes fantásticos. Había dejado de temer a su abuela. Decía que íbamos a vaciar la caverna y que ambos nos haríamos multimillonarios. Compraría un vaporcito y organizaría regularmente viajes turísticos desde Chile. Su hermano, el "capitán del pueblo", sabía guiarse por las estrellas, y el pelirrojo de su hijo, que había aprendido a conducir el jeep, se encargaría de las máquinas. Todos los habitantes de la isla se enriquecerían considerablemente, pues los turistas que él trajera solicitarían más hombres-pájaros y *moai* kava-kavas que la población entera pudiera producir.

Yo traté de echar agua al colosal optimismo del alcalde, pero fue inútil. Me dijo que si quería tener buena suerte, yo no debía hablar así. A pesar de sus fanfarronadas y promesas, don Pedro no me entregó ni una sola piedra después de haber salido del hospital. Tampoco volvió a trabajar conmigo. De repente empezó a decir que no tenía tiempo para nada: era el alcalde y, por tanto, un hombre sumamente ocupado.

Pero un día, cuando menos lo esperaba, vino precipitadamente a mi encuentro ante la puerta de su jardín.

-¡Buena suerte!-me anunció.

Luego empezó a decirme, muy excitado y en voz baja, que aquél era un día verdaderamente afortunado. Y seguidamente añadió sin disimulo, a pesar de hallarse presente el capitán, que *Tahu-tahu* había accedido a darme la "llave" de la caverna de *Ororoína*, con una condición: la de que, al partir de la isla, me llevase al primogénito de *Tahu-tahu*, así como a él y a su hijo. Yo le prometí hablar de ello con el gobernador, y el alcalde empezó a dar brincos de gozo. Seguidamente y con la mayor vehemencia nos invitó a entrar en su casa en el acto. Ante la mesa redonda a la que nos habíamos sentado otras veces vimos a mi sujeto de aspecto algo brutal, nariz ancha y aplanada y cabello crespo. Su aspecto, no era particularmente amistoso, pese a que se esforzó en sonreír. Sobre la mesa había dos vasos vacíos y una botella descorchada de menta chilena. Aquel individuo, que tenía los ojos inyectados en sangre, parecía haberse apoderado de la parte del león en lo concerniente al contenido de la botella. Pero no estaba ebrio y se levantó para tendernos una de sus manazas con gesto campechano.

Don Pedro nos aseguró con voz meliflua que era un buen muchacho, tanto más cuanto que era su primo, el hijo de *Tahu-tahu*. Pero su familia paterna procedía de las islas Tuamotu.

-Nos ha prestado gran ayuda - me aseguró el alcalde.

-Ha sido él quien ha persuadido a *Tahu-tahu*.

Don Pedro levantó trabajosamente un saco que sostuvo ante su primo y susurró con aire de misterio que la piedra-llave era una cabeza provista de tres pequeños orificios, los cuales se habían llenado con una mortífera mezcla preparada con huesos de sus antepasados. El individuo de ojos sanguinolentos asintió con cara torva. Pero ellos ya habían quitado con el mayor cuidado todo el polvo de huesos, y la cabeza había dejado de ser peligrosa.

En este detalle coincidían la caverna del alcalde y la del pequeño Atán.

Pero cuando don Pedro extrajo la piedra-llave del saco, no fue una horrenda calavera lo que apareció, sino una cabeza de cerdo de piedra, sonriente, con un hocico, mejillas mofletudas que tenían una expresión de amabilidad y largas y colgantes orejas. Parecía la reproducción del más alegre de los tres cerditos del cuento, el que baila ante el lobo y se construye una casita de paja. Pero, a diferencia del cerdito de la conseja, aquel cerdo troglodita tenía unos colmillos encorvados más temibles que los de un lobo, y tres cavidades para contener huesos humanos en polvo en la parte superior de la cabeza.

El alcalde y su primo nos asestaron una sombría mirada. Yo traté de permanecer tan grave como ellos, pero don Pedro debió de advertir un brillo reprimido en mi mirada, porque, de pronto, se puso a sonreír y dio un afectuoso beso al hocico del cerdo. El capitán y yo hacíamos tremendos esfuerzos por contener la risa. Me apresuré a dar las gracias al alcalde por la cabeza de cerdo, tratando de conservar la compostura. Luego, el capitán cogió una caja de cartón llena de estatuillas, y todos nos dirigimos a la puerta. El alcalde me pidió que guardase la cabeza de cerdo debajo de la cama y que tuviese paciencia durante algunos días, pues él habría de pasar varias noches seguidas asando pollos en el *umu* para que todo fuese bien cuando penetrásemos en la caverna.

Los días se convirtieron en semanas. El alcalde no parecía terminar nunca de asar pollos. Y la cabeza de cerdo no estaba segura en su escondite, pues Anita dirigía a

ella una incursión tras otra, arrastrándose constantemente por debajo de la cama para jugar con el "cerdito de papá". Ya hablamos llevado a bordo las figuras procedentes de las otras cavernas; no nos gustaba tenerlas en el campamento, pues no era raro que se ocultasen escorpiones en las hendiduras de la piedra.

* * *

-Si, desde luego, anoche tuve buena suerte- repetí, saliendo del lecho para tomar la taza de manos del alcalde.

-Y la piedra-llave está en mi tienda. Pero tengo que llevarla a bordo. Nos vamos.

Cuando el alcalde oyó esto, debió de pensar que ya había asado bastantes pollos, porque finalmente fijó una fecha para visitar la cueva de noche. Permitirla a Bill y al fotógrafo que nos acompañasen, pero a nadie más.

La tarde del día fijado tuvimos bastantes visitantes indígenas en el campamento. El primer grupo que llegó lo hizo con las consabidas tallas en madera destinadas a la venta, y se realizaron animadas transacciones ante las viviendas de lona. Entre los jinetes se hallaba un tonto, individuo taciturno que se presentó en mi tienda con seis figuras de piedra roldas por la intemperie envueltas en un trapo. Sobre una de ellas crecía musgo.

-¿Quién las ha hecho?- le pregunté.

-Yo- repuso el tonto con un gesto apático.

-No puede ser. Una de ellas tiene musgo.

El muchacho no respondió y se quedó boquiabierto. Por un momento temí que rompiese a llorar. Entonces me dijo que su padre le daría unos azotes si se enteraba. Resultó que el chico conocía la entrada de la caverna de su abuelo.

Le di un montón de regalos para él y para su padre, y el pobre muchacho se volvió a su casa henchido de satisfacción. Probablemente aquella cueva estaba abandonada por completo. Nunca más volvimos a oír hablar de ella.

Los tallistas permanecieron en el campamento hasta que anocheció, y entonces regresaron en grupo al poblado. Acababan de marcharse cuando un solitario jinete bajó del monte. Dejó trabado su caballo y vino a mi tienda. Era Juan el brujo. Tenía un aspecto de grave preocupación. Después de abrazarme y llamarme hermano, me

hizo una seria advertencia. Si alguien me ofrecía más piedras, yo no debía aceptarlas, pues me podían traer mala suerte. Debía conformarme con las que tenía y no querer reunir más. A partir de aquel momento, no debía admitir ni una sola piedra. Su *aku-aku* sabía todo cuanto había sucedido en el poblado. Si yo aceptaba una sola piedra, él lo sabría. Por nuestra fraternidad, yo debía prometerle hacer lo que me ordenaba, Si no lo hacía, tendría que lamentarlo, pues no vería nunca su segunda cueva ni el *ipu maengo* que con tenía.

Seguidamente me entregó una maravillosa escultura que representaba un barco de totora con mascarón y dos velas. Procedía de la segunda caverna y me la daba para que yo no olvidase su advertencia. Me parecieron tan sinceras sus palabras casi suplicantes, que comprendí que había descubierto algo que no podía revelar.

Así que hubo cumplido su especial misión, Juan el brujo se alejó sigilosamente en las tinieblas hacia su caballo y desapareció con él en la noche.

Poco después vino una joven pareja a caballo por el camino que utilizaba el jeep para ir al poblado. Eran dos de los más humildes y decentes indígenas de la isla. El hombre se llamaba Moisés Segundo Tuki y era uno de mis mejores trabajadores. Su esposa, Rosa Paoa, era una mujer tan sosegada, y sencilla cama su marido. Yo nunca había hablado de cuevas con ellos; por eso me sorprendió mucho verles descargar en silencio un pesado saco de una de las cabalgaduras, hecho lo cual me preguntaron si podían mostrarme su contenido en privado. Cuando hubieron vaciado el saco, diecisiete fantásticas estatuillas de piedra quedaron alineadas sobre mi cama, y entre ellas había algunas de las más curiosas que había visto hasta entonces. Vi una figura de mujer con un enorme pescado colgado a la espalda por medio de una cuerda, figura que me recordó extraordinariamente un motivo típico en terracota que adorna algunas tumbas antiguas del desierto peruano.

Rosa respondió a todas mis preguntas sin ambages y con la mayor franqueza. Su padre, un "*oreja-corta*" de la tribu Ngaruti llamado Simón, le había dado las esculturas para que viniese a ofrecérmelas como objetos de cambio. Las había heredado de su bisabuelo, cuyo nombre ella ignoraba. Las estatuas procedían de una cueva cerrada que se abría en el acantilado, cerca de *Orongo*, cueva cuyo nombre era Mata te Faina, o sea el "Ojo de la Imagen de Paja". Otra familia había

ocultado sus esculturas en la misma caverna; pero nadie había ido a lavarlas desde la muerte de Marta Haoa.

Yo sentí grandes deseos de quedarme con aquellas curiosísimas figuras. Pero la advertencia del brujo Juan aún estaba reciente en mi espíritu, obligándome a mantenerme alerta. ¿Y si el brujo estuviese escondido en la oscuridad, espiándome? Algo misterioso se ocultaba tras su inesperada visita. Pero yo no quería perder aquellas piedras. Por eso dije a los indígenas que mi *aku-aku* me había advertido que no debía aceptar nada en aquel momento; pero quizás él cambiara de idea. Por tanto, debían guardar cuidadosamente el saco y volver a visitarme el día de nuestra partida de la isla.

Moisés y Rosa no pudieron disimular su estupefacción ni su disgusto. Ambos se quedaron inmóviles, con una expresión de doloroso estupor en el rostro. Pero cuando les di algunos regalos como señal de amistad, agradecidos, los pusieron en el saco con las piedras y regresaron en silencio al lugar donde habían dejado sus monturas.

Yo me rasqué la cabeza, preguntándome qué significarla todo aquello. Luego apagué la lámpara de un soplo y traté de descabezar un sueñecito antes de tener que ir a reunirme con el alcalde a medianoche. Apenas había cerrado los ojos cuando el fotógrafo vino a buscarme para decirme que el jeep esperaba. Teníamos que recoger a Bill en un lugar previamente convenido de *Hanga Roa*. El segundo de a bordo nos acompañarla al poblado para cumplir una misión secreta distinta a la nuestra. Un viejo indígena me había dicho confidencialmente que estaba enterado de que se guardaba una cabeza humana pelirroja en una cueva. Él no se atrevía a tocar aquellos cabellos, pero estaba dispuesto a indicar el lugar a cualquiera que no temiese zambullirse y nadar de noche. Sanne, nuestro segundo, era un hombre que no tenía miedo a nada. En cierta ocasión también el alcalde se había referido a una cabeza pelirroja que tendría en su caverna. ¿Habría cabezas momificadas en alguna de estas cuevas? Partimos entre sacudidas bajo el cielo estrellado y muertos de sueño. Los blancos rebaños de ovejas se apartaban en silencio, como nubes de polvo, ante nuestros faros. Pronto obtendríamos la respuesta a nuestra pregunta.

Bastante después de la medianoche, nuestro pequeño grupo - éramos seis personas - llegó sigilosamente ante la casa de *Tahu-tahu*. Además del alcalde, su hijo - el

pelirrojo- y su primo, Íbamos en el jeep Bill, el fotógrafo y yo. Cuando aún estábamos en el pedregal, poco antes de llegar a la casita de la vieja, percibí el ya familiar olorcillo de pollo asado en un horno de tierra, y no tardamos en estar los seis agazapados en torno al sabroso volátil. Como siempre, yo abrí el banquete comiéndome la rabadilla. La ceremonia del *umu takapu* empezaba a serme harto familiar, pero nunca me resultó tan alegre como aquella noche. Los indígenas no estaban nerviosos y el alcalde mostraba un aplomo casi teatral mientras permanecía sentado con toda comodidad y tiraba huesos de pollo a los *aku-akus* con la misma indiferencia que si éstos fuesen perros sentados a nuestro alrededor en espera de las sobras del festín. Cuando don Pedro estuvo satisfecho, se apartó a un lado para encender un cigarrillo; luego volvió junto a nosotros y nos propuso amablemente que fuésemos a la cueva.

Esta vez la caverna no se hallaba a unos cuantos pasos, sino extraordinariamente lejos del lugar donde celebramos la ceremonia. Escalamos muros, atravesamos pedregales dando tropezones y seguimos sinuosos senderos. Anduvimos de este modo unos diez minutos, y ya estaba muy lejos el sitio donde nos habíamos comido el pollo, cuando, finalmente, el alcalde se detuvo junto a un montón de piedras formado por la Naturaleza. Al examinarlo con atención, no me fue difícil ver que la piedra del centro se había apartado recientemente.

Don Pedro me pidió que sacase la piedra-llave que llevaba en un saco. Añadió que yo tenía que procurar descubrir la entrada con su ayuda. Cuando la encontrase, debía decir a gritos tres veces en la boca de la caverna que yo era un "*oreja-larga*" de Noruega y qué deseaba que la puerta se abriese.

Me dirigí al montón de piedras sosteniendo ante mí la cabeza de cerdo como si fuese un detector de minas, y apunté con su hocico la piedra sospechosa, repitiendo la invocación mágica que me había indicado el alcalde. Momentos después ya había quitado un número suficiente de piedras para poder penetrar una vez más en las entrañas de la isla de Pascua siguiendo un estrecho túnel.

Bajé de espaldas y muy despacio y así llegué al fondo. Me disponía a levantarme cautelosamente, pues no vela nada en absoluto en el interior de la oscura caverna, cuando sentí un fuerte golpe en el cuello. No había tropezado con el techo, sino con algo que se movía. Debía de haber alguien en la caverna. En un abrir y cerrar de

ojos me aparté a un lado y me volví rápidamente, a la vez que oprimía el botón de mi lámpara de mano. No me había equivocado; como suponía, vi algo que se movía confusamente. ¿Qué podía ser aquello? El haz luminoso de mi lámpara cayó sobre una enorme ave de presa de alas extendidas y pico ganchudo que llevaba una calavera sobre el lomo. Era una figura de piedra que pendía del techo sujeta al extremo de una cuerda. Aún se balanceaba lentamente a consecuencia del golpe que yo le había dado. El ave estaba demasiado limpia y nueva para llevar colgada allí once generaciones, es decir, desde la época de *Ororoína*, y el pedazo de cordel de fibra del que pendía era flamante.

Pasé la lámpara en torno mío. La caverna era de reducidas dimensiones. Sobre el piso de tierra había tres esterillas de totora que servían de base a hileras paralelas de piedras redondas y planas. Sobre cada una de las piedras se veía, grabada con notable aumento, una de las figuras que constituían la escritura *rongo-rongo*. En las esteras, y como si fueran sus guardianes, había sendas cabecitas de barba de chivo. Vi en seguida que de aquella caverna no podían haber salido las diversas esculturas que me había traído el alcalde. Los únicos objetos notables que con tenía la cueva eran un barco de vela y un gran cuenco de piedra que había en un rincón. Ambos estaban muy bien esculpidos, pero parecían tan nuevos como el pájaro que colgaba del techo.

Miré lo que con tenía el recipiente. En él había once mechones de cabello humano de diversos matices de los colores que iban del rojo al negro. La mayor parte de los mechones eran rojos y estaban atados separadamente con delgadas tiras de corteza que ostentaban complicados nudos. Pero no estaban secos y deslucidos como los cabellos de las antiguas momias, sino que eran suaves y brillantes, por lo que hacía pensar que se habían cortado recientemente de personas vivas.

La sospecha que abrigaba en mi interior desde el momento en que viera el ave colgada del techo acababa de hallar su confirmación definitiva. Las esculturas que con tenía aquella caverna no eran antiguas, sino que se habían esculpido recientemente, y la cueva entera no era más que una burda simulación. Hablamos caldo en la trampa. Mi primer pensamiento fue salir inmediatamente. Comprendí que era esto lo que Juan el brujo había intentado evitar con su advertencia.

Las piernas de Bill habían aparecido por el túnel que desembocaba en una de las paredes de la cueva. Era demasiado tarde para detenerle, y detrás de él bajaba el fotógrafo. Hubiera sido contraproducente armar un escándalo, pues si los tres indígenas que se habían quedado fuera se daban cuenta de que hablamos descubierto el ardid, lo más probable era que se asustaran, y entonces podía ocurrírseles obstruir el angosto túnel con piedras, poniéndonos en un grave aprieto.

-Nos han engañado - dije a. Bill tan pronto como sacó la cabeza del túnel-. Salgamos de aquí lo antes posible. Ni esto es una caverna familiar ni esas piedras son antiguas.

Bill me miró estupefacto, sin comprender. Se fue a rastras hacia las piedras *rongo-rongo* para verlas más de cerca.

-Nada de lo que hay aquí tiene aspecto de ser antiguo- murmuró. -Mira ese pajarraco, y el barco, y el recipiente con cabellos - le dije.

Bill paseó el rayo de la lámpara a su alrededor y asintió. En aquel momento vi los ojos inyectados en sangre del primo del alcalde tras de mí. Aquel individuo me observaba atentamente, pero era incapaz de haber comprendido nuestra conversación, sostenida en susurros y en inglés. Entonces mi lámpara iluminó también la cara del alcalde. El sudor perlaba su frente, tal era su excitación. Su hijo miraba a su alrededor con ojos muy abiertos. El túnel estaba ya libre de obstáculos.

- Aquí el aire está muy cargado- dije al alcalde, frotándome la frente.

El asintió con gesto cordial, mientras se secaba el sudor.

-Vamos arriba y hablaremos- le dije, dirigiéndome al túnel.

- De acuerdo- convino don Pedro, siguiéndome.

Me estremecí, aliviado, cuando me hallé de nuevo bajo el cielo y vi salir a los demás del negro orificio.

-Vámonos - dije secamente, recogiendo, la condenada cabeza de cerdo, que se había quedado sobre el montón de piedras y que parecía mirarme con una sonrisa burlona.

-Si, vámonos - repitió el alcalde, haciendo un gesto con el que quiso dar a entender que no era conveniente que nos quedáramos allí.

La pequeña comitiva se fue por donde había venido en medio del mayor silencio. Nadie despegaba los labios. Yo iba delante, somnoliento, cansado y echando

maldiciones para mis adentros, y el alcalde me seguía pisándome los talones. Detrás iban Bill y el resto del grupo. El primo del alcalde no tardó en desaparecer en la oscuridad, y poco después se esfumó el pelirrojo.

Guando llegamos a las primeras casas de *Hanga Roa*, el fotógrafo y yo dimos las buenas noches a Bill. Eran las dos y tenía que volver a la casa indígena donde se hospedaba. Al separarnos me dijo en voz baja que si yo podía persuadir al alcalde de que nos condujese a su verdadera cueva aquella misma noche, no le daríamos tiempo para preparar un nuevo fraude.

Ya en la aldea, pedí al fotógrafo que esperase en el jeep y me dirigí a casa del alcalde, seguido por éste, que iba pisándome los talones como un perrillo faldero.

Entré y, sin pronunciar palabra, me senté ante la mesa redonda. Don Pedro se apresuró a tomar asiento junto a mí y se puso a mirar con expresión inocente las paredes de la estancia. Su cara adoptó después un aire de indiferencia. Yo tamborileaba con los dedos en la mesa. Él cambió ligeramente de posición en la silla. Yo me esforzaba por conseguir que me mirase a los ojos. Lo hizo y sostuvo mi mirada durante un par de segundos, con sus ojazos inocentes. Luego desvió de nuevo la vista hacía las paredes.

Aquello hubiera podido durar toda la noche, ya que él, resistiéndose a reconocer su derrota, se aferraba a la esperanza de que la partida aún no se había perdido. Yo no había pronunciado una sola palabra todavía.

-Ha habido mala suerte, Pedro Atán - empecé a decir, y observé que mi voz temblaba-. Mala suerte para usted, para mí y para su futuro viaje.

El alcalde empezó a respirar anhelosamente. Después contuvo el aliento y, de pronto, se echó a llorar, ocultando la cabeza entre sus brazos. Permaneció un rato de este modo, sollozando violentamente; luego se levantó de un salto y salió corriendo por la puerta. Le oí penetrar cómo una exhalación en el cuarto contiguo, donde se arrojó sobre la cama para seguir sollozando. Por último, se calmó y regresó a la habitación donde yo estaba. -Todo ha sido culpa de mi primo, del sinvergüenza de mi primo. Yo creía, lo mismo que usted, que íbamos a una cueva llena de figuras antiguas.

-Pero si era usted quien nos guiaba, y hacía su cueva, según ha dicho - objeté.

Él meditó un momento. Luego prorrumpió nuevamente en sollozos.

-Fue idea de mi primo. Yo no debí haberle escuchado- dijo.

Y salió corriendo otra vez para volver a echarse de bruces sobre su cama. Allí estuvo largo rato. Luego irrumpió de nuevo en el comedor.

-Señor, pídamelo que quiera, todo lo que quiera. Pero no me pregunte dónde está la entrada de mi caverna. Eso no se lo puedo decir. Lo que haré, si así lo desea, es traerle todas las piedras que contiene.

-No nos muestre su caverna si no quiere, pero tenga en cuenta que si no lo hace, nadie le creerá, por muchas figuras que me traiga. Es usted un escultor demasiado hábil.

Señalé con un gesto de indignación la condenada cabeza de cerdo, que estaba en un saco sobre la mesa. Era un trabajo admirable. A pesar de lo cansado y deprimido que me sentía, no pude dejar de sonreír interiormente al pensar en aquel marrullero que me había hecho bailar como un idiota, sosteniendo la cabeza de cerdo, frente al montón de piedras.

-Si no nos lleva esta misma noche a la verdadera cueva, tendrá tiempo de hacer otras figuras para engañarnos nuevamente - dije. Y con estas palabras me levanté, dando la entrevista por terminada. -Puedo llevarle a otra cueva secreta esta misma noche, si quiere - dijo el alcalde, presa de profunda desesperación.

-¿La de *Ororoína*? -No, pero está repleta de cosas antiguas.

Cogí el saco que con tenía la cabeza de cerdo -único recuerdo que me quedaba de aquella aventura nocturna- y me dirigí a la puerta sin demostrar el menor interés por el ofrecimiento.

-Si esta noche cambia usted de parecer, vaya a buscar a Bill; está en casa de Rapu. Yo me vuelvo a *Anakena*.

El alcalde se quedó de pie a la puerta de su casa, sumido en la desesperación y maldiciendo a su primo, mientras yo me alejaba, fatigado y deprimido, para ir a reunirme con el paciente fotógrafo, que esperaba en el jeep.

Apenas hablamos desaparecido en la carretera, el desdichado alcalde se fue corriendo a casa de Rapu. Despertó a Bill y le propuso llevarlo a una verdadera caverna familiar en aquel mismo instante. Bill se cala de sueño y estaba más que harto del alcalde. Cuando supo que el fotógrafo y yo nos habíamos marchado, no quiso ni oír hablar de nuevas visitas a cavernas.

Así es que don Pedro tuvo que volverse a casa con las manos vacías, cuando ya faltaba poco para que amaneciera.

Aproximadamente a la misma hora, Sanne, el segundo de a bordo, nadaba hacia tierra no muy lejos del lazareto. El viejo indígena no le permitió utilizar un bote, de modo que tuvo que ir a nado, bajo la luz de las estrellas, hasta la desnuda islita volcánica que debía visitar. Una vez en ella, siguiendo la descripción que el indígena le había hecho, descubrió la entrada de dos cavernas sepulcrales. En una de ellas encontró una cabeza humana de cabello completamente rojo. De un lado de ella se había desprendido un espeso mechón de un cabello castaño rojizo de extraordinaria finura, y él lo metió en una bolsa y se lo llevó consigo cuando regresó a nado a las rocas de la orilla. Aquel cabello estaba deslustrado, seco y quebradizo.

Así habría estado también el cabello que con tenía el recipiente del alcalde si éste no hubiese ido de una parte a otra, después de salir del hospital, cortando mechones de las cabezas de sus parientes pelirrojos y morenos. ¡Aquel maldito *kokongol* Era evidente que, a consecuencia de su grave enfermedad, el alcalde experimentó un profundo cambio, renaciendo en él la fe en su difunta abuela y en los *aku-akus*, mientras a mi me rebajaba al nivel de una persona cualquiera que había tratado de engañarle. El resultado de ello fue que él decidió engañarme a su vez, para que yo dejase de importunarle pidiéndole que me llevase a su caverna. Con el fin de no irritar innecesariamente a unos *aku-akus* desconocidos, hizo la comedia del *umu* muy lejos de todas las cuevas y bajo las mismas paredes de la casa de *Tahu-tahu*, donde consideraba que podía contar con simpatía y protección.

A la tarde siguiente se presentó en el campamento Juan, el hijo pelirrojo del alcalde. Juan era un muchacho excepcionalmente apuesto y bien parecido. Como sucedía con todos los "*orejas- largas*" de la familia Atán, su aspecto no tenía nada de polinesio. Podría haber pasado perfectamente por irlandés; nadie hubiera dicho que su tierra natal era una isla de los Mares del Sur.

Con acento sombrío, Juan me dijo que temía que su padre muriese. Se negaba a ver a su esposa y rechazaba la comida y la bebida. Se pasaba el día echado en la cama, llorando y gimiendo y hablando de mala suerte. La noche anterior, Juan coligió por la expresión de mi cara que algo no había ido bien respecto a la caverna.

Como era la primera vez que él visitaba una cueva de esta clase, nada pudo parecerle mal.

Cuando le conté lo sucedido, ni músculo de su cara se movió, pero las lágrimas corrieron a raudales por sus mejillas. Entonces me dijo que su padre fue corriendo a ver al señor Bill apenas nos hubimos marchado, con la intención de mostrarle otra caverna, y que el señor Bill no quiso acompañarle sin orden expresa del señor "*Kon-Tiki*". Si yo escribía una nota para el señor Bill, él se comprometía a sonsacar a su padre si lugar donde se hallaba la otra caverna, y de este modo el señor Bill y él devolverían la buena suerte a la isla.

Escribí la nota para Bill y el muchacho partió al galope hacía el poblado.

Cuando mi compañero recibió mi nota, salió de casa de Rapu, e inmediatamente dos individuos se dedicaron a seguirle como su propia sombra. También Lázaro estaba sometido a vigilancia por los indígenas, lo que me impidió visitar su segunda cueva, situada en *Vinapu*. Pero, a medianoche, Bill consiguió zafarse de sus guardianes y se encontró con Juan en un lugar convenido de antemano. El muchacho llevaba un tosco mapa dibujado por su padre en un pedazo de papel.

Según el mapa, primero debían ir al *Ahu Tepeu*, que estaba bastante lejos, en una región pedregosa y junto a la costa, al norte del lazareto. Juan se había procurado dos caballos ensillados y una larga cuerda adujada, y ambos partieron en la oscuridad. Cuando llegaron al gran *ahu*, ya avanzada la noche, tuvieron que consultar de nuevo el mapa. Éste indicaba que debían alcanzar una alta cerca destinada a la contención del ganado, y que allí habrían de dejar las monturas. A mano derecha había unas enormes excrecencias volcánicas y, exactamente debajo de ellas, al borde de los acantilados costeros, una sólida piedra redonda a la que debían atar la cuerda. Entonces tendrían que descender hasta alcanzar casi el final de la larga cuerda, y allí encontrarían la caverna. Hallaron la cerca, las excrecencias volcánicas y el peñasco redondo al borde del acantilado y, después de asegurar la cuerda, Juan se descolgó por ella en la oscuridad. Esta vez no comieron pollo; tampoco hicieron un *umu ta-kapu* ni ninguna clase de ceremonia. Juan permaneció abajo largo rato. Al fin, subió, rendido de cansancio y diciendo que allí no había ninguna caverna. Encontraron otro peñasco parecido y probaron con él con idéntico resultado. Fueron pasando la cuerda de piedra en piedra por toda la costa, y,

finalmente, el muchacho llegó tan exhausto, que Bill tuvo que ayudarlo a subir por el borde del farallón, pues ya no podía con su alma. Pero esta vez había descubierto el sitio.

Bill se descolgó entonces por la cuerda que pendía en la oscuridad. Después de bajar verticalmente unos metros, llegó a una comisa en la que pudo asentar el pie, pero, a partir de allí, la cuerda pendía libremente en el aire. Siguió bajando. Oía el rumor de los rompientes a gran distancia bajo sus pies, pero no veía nada. Al fin, cuando permanecía colgado entre el cielo y la tierra, vio de pronto una hendidura horizontal en la roca, a la altura de su cabeza. Le pareció distinguir algo en su interior, pero estaba fuera de su alcance y, además, la hendidura era tan estrecha que no había intentado introducir la cabeza por ella. Con ayuda de una lámpara, Juan y él consiguieron ver, finalmente, que la angosta cueva estaba abarrotada de figuras medio enterradas bajo una espesa capa de polvo. Juan logró encajar las piernas en la grieta hasta la cintura y coger con los pies una cabeza de nariz aguileña y barba ondulada, cuyo estilo recordaba el de las esculturas eclesiásticas medievales. Ambos estaban tan fatigados, que a duras penas pudieron trepar hasta el borde de acantilado por los veinte metros de cuerda y cargados con la figura.

Después ya no tuvieron ánimo para efectuar un nuevo descenso.

A la mañana siguiente, Bill me envió una carta, en la que me comunicaba que creía que esta vez habíamos dado en el blanco. Por lo que había visto, tenía razones más que suficientes para creer que aquello era auténtico.

Examinamos atentamente la notable cabeza que habían extraído de la caverna. Era algo completamente distinto de las flamantes esculturas que nos habían enseñado la noche anterior. Aquello era antiguo de verdad.

Escogí a nuestros dos mejores escaladores, que eran el cocinero y el segundo maquinista, y bajo una lluvia torrencial, con Juan y Bill al frente de la comitiva, salimos a caballo y a plena luz del día en dirección a la caverna de *Ahu Tepeu*. Como ya hemos dicho, la lluvia en la estación seca se consideraba anuncio de buena suerte; así, pues, a pesar de ir temblando de frío sobre su caballo, Juan sonreía satisfecho. Llegamos por fin a la cerca de piedra, donde desmontamos de nuestras empapadas cabalgaduras. Cuando estuvimos en nuestro punto de destino, cesó de

llover. Nos desnudamos para escurrir nuestras ropas, y yo me puse a correr de un lado a otro por el borde del acantilado para entrar en calor.

De pronto, la brisa trajo a mi olfato un perfume familiar. Lo hubiera reconocido entre mil diferentes. Era un *umu takan*, con pollo asado y batatas. Se lo dije a Bill, pero éste, que era un fumador empedernido, no notó nada. Yo no veía humo ni gente, pero no cabía duda de que alguien había estado allí para realizar una misteriosa ceremonia. No era lógico que los habitantes de la aldea hubiesen ido a aquellos inhóspitos acantilados para preparar una comida ordinaria a base de pollo. Juan aseguró la cuerda y la tiró por el borde del precipicio. Yo me quedé aterrado al ver por donde había descendido Bill la noche anterior, y el propio Bill palideció y guardó silencio al ver aquel sitio de día. El acantilado cala como cortado a pico sobre el mar desde unos cien metros de altura, y la caverna se encontraba casi a veinte del borde del mismo.

Bill no sentía el menor deseo de efectuar el descenso nuevamente y yo me alegré de tener con nosotros a los dos expertos escaladores. La verdad era que ya empezaba a estar harto de aquellas cabriolas. Dejé, pues, de buena gana que otros disfrutasen de ellas; yo ya no tenía que defender la reputación de mi *aku-aku*. Los escaladores llevaban consigo un saco y un palo con una red en la punta, que utilizarían para arrastrar los objetos de la cueva. Poco después, el saco empezó a bajar vacío y subir lleno en viajes regulares.

Del saco iban saliendo las más sorprendentes figuras de hombres, animales y demonios. De pronto oí una violenta exclamación de Bill. El arqueólogo tenía en sus manos un jarró de piedra de tamaño considerable. Era una vasija alta y esbelta provista de un asa. Cuando soplamos sobre ella para quitar el fino polvillo que la cubría, vimos la cara de un demonio casi borrada y dos pájaros en vuelo, según el estilo de la isla de Pascua.

-Esto es exactamente lo que yo esperaba encontrar - exclamó Bill-. No propiamente cerámica, sino algo parecido, pero en piedra. Su prototipo fue la cerámica, y esta vasija conserva el recuerdo de aquel arte.

Bill era un hombre sosegado que no solía prodigar los superlativos- Pero entonces ardía de excitación. Aquella cueva pudo haber sido un escondrijo ideal para las

posibles esculturas del *Ahu Tepeu* cuando la guerra civil y la devastación alcanzaron a aquella imponente estructura y las grandes estatuas del *ahu* fueron derribadas.

El saco subió de nuevo. Esta vez con tenía otra vasija de piedra con un asa, mucho más pequeña que la anterior. Aparecieron también una figura fálica con tres cabezas humanas incisas, y un guerrero cubierto por un largo manto de plumas y sentado sobre el caparazón de una tortuga. Pero la figura más notable era la de una ballena que parecía sonreír con sus mandíbulas llenas de dientes. Su cola terminaba en una calavera y sobre el lomo llevaba un modelo de las casas de paja naviformes características de la isla de Pascua, que tenía una puerta cuadrada en un lado y un fogón o *umu* pentagonal a sus espaldas. De su vientre sallan seis bolas redondas del tamaño de naranjas, y por su costado corrían unas líneas paralelas que hacían pensar en una especie de nave fabulosa atada con manojos de totora. Un breve tramo de escalera o camino bajaba de la casa por el costado de la ballena hasta lo que en un buque habría sido la línea de flotación.

Juan era incapaz de explicar lo que representaban los extraños objetos que subían por el acantilado; lo único que sabía era que aquella caverna se la había enseñado a su padre una tía de avanzada edad.

El cocinero y el segundo maquinista subieron con la última carga. Manifestaron que todo lo habían sacado de una pequeña cámara abierta en el interior de la hendidura. Las obras de mayor tamaño se hallaban en el fondo, medio ocultas por las más pequeñas. Todas estaban cubiertas de una gruesa capa de fino polvillo y algunas tenían telarañas. En aquella caverna no había esteras ni restos humanos; con tenía únicamente veintiséis estatuillas.

Cuando regresábamos de la caverna siguiendo el acantilado, el pelirrojo se me acercó en su caballo y me miró con expresión interrogante.

-Excelente - dije-. Y habrá una buena recompensa. Pero di a tu padre de mi parte que ésta no es la cueva de *Ororoína*.

Descargamos todas las piedras en casa de Rapu, donde Bill estaba hospedado, y cuando pasamos frente a la iglesia del pueblo yo entré en ella para ver al Padre Sebastián. El buen sacerdote juntó las manos y empezó a pasear de un lado a otro, dando muestras de gran entusiasmo cuando supo que el alcalde esta vez nos había enseñado al fin una caverna auténtica. Lo sucedido la noche antes le afligió

profundamente. El Padre Sebastián había tenido que guardar cama algún tiempo, víctima de un serio ataque de *kokongo*, pero desde su lecho de enfermo había seguido atentamente los extraños acontecimientos que a la sazón se estaban desarrollando. Cuando yo iba a verle a las horas más intempestivas de la noche, él se sentaba en la cama envuelto en su camisón, escuchaba con los ojos muy abiertos lo que yo le refería y siempre tenía algo interesante que decirme para completar mis informaciones. Aquel día me comunicó que había oído decir a algunos viejos que precisamente en aquellos acantilados de la costa, al norte del *Ahu Tepeu*, había varias cuevas que contenían "algo".

Los sucesos de los últimos días pronto se difundieron por el poblado, y entonces empezaron a ocurrir las cosas más extrañas. Apenas el infeliz alcalde salía de su casa, la gente empezaba a llamarle reoreo, o sea embustero, en sus propias barbas. Todos trataban de sacar el mayor partido posible de la situación.

Algunos de los que se distinguían en sus ataques al alcalde, se iban después a sus casas para dedicarse en secreto a hacer figuras de piedra. Puesto que los motivos secretos que decoraban las piedras de las cavernas habían sido revelados por otros, ya no velan razón alguna para seguir repitiendo hasta el infinito los temas de sus tallas de madera. Y cuando empezaron a esculpir la piedra, ya no copiaron las grandes estatuas ni hicieron ingenuos pedruscos con nariz y ojos. Un estilo propio y completamente maduro apareció de pronto en pleno florecimiento bajo las manos de algunos indígenas que iniciaron sus trabajos simultáneamente. Estaba claro que comenzaba una nueva industria basada en una antigua forma artística que hasta entonces había sido tabú para los no privilegiados.

Anteriormente nadie había intentado vender piedras de caverna. Todas las operaciones se habían realizado bajo la forma de un cambio de regalos. Pero las nuevas figuras se ofrecían en venta a la vez que las antiguas tallas de madera. Algunos frotaban las obras de arriba abajo con tierra, otros las fustigaban con hojas podridas de plátano para darles la apariencia de haber estado envueltas en aquella materia vegetal en descomposición. Se presentaron algunos indígenas en el campamento para probar suerte con el nuevo procedimiento. Pensaban que quizás el *aku-aku* del señor "*Kon-Tiki*" no lo sabía todo, porque, de saberlo, ¿cómo podía haber permitido que el alcalde le hubiera llevado con engaños a su caverna

falsificada? En la isla de Pascua todo puede esperarse. En los últimos días de nuestra estancia en ella, unos indígenas me ofrecieron nuevas esculturas asegurando que eran viejas, mientras que otros hicieron lo contrario. Hacían como el tonto que me ofreció figuras viejas diciendo que las había hecho él mismo. Nos sallan con las explicaciones más raras si les señalábamos el musgo y las viejas superficies rotas, o encontrábamos signos de erosión que ellos no habían advertido. Decían que sus estilos y motivos procedían de fotografías y grabados que figuraban en antiguos libros sobre la isla de Pascua, a pesar de que hasta nuestra llegada a la isla ningún explorador ni investigador había visto esculturas del tipo de las que escondían en las cavernas. Y cuando yo les preguntaba si las habían visto en el libro de Lavachery, ellos calan en la trampa y respondían que, en efecto, ése era el libro. Yo no entendía lo que estaba pasando, pero pronto empecé a ver claro. El respeto a los tabús se empezaba a desmoronar. Después de las cosas que habían sucedido, algunos habitantes del poblado no sentían ya tanto temor a los *aku-akus*. El *aku-aku* del señor "Kon- Tiki" no lo sabía todo, pero lo mismo ocurría con los que guardaban las cavernas. La superstición se enfrentó con la superstición, y en muchas casas del poblado se extinguió como un incendio forestal atacado por un contrafuego. Pero, pese a que el respeto a los *aku-akus* iba en disminución, aún quedaba algo que turbaba la mente indígena: el temor a las críticas del vecino si se sabía que alguien había quebrantado un tabú para sacar piedras de su caverna familiar.

Únicamente el alcalde guardaba silencio y permanecía encerrado en su casa.

Cuando empezábamos a levantar el campamento, recibí otra visita de su hijo, quien vino a decirme que su padre ya estaba cansado de que le tachasen de embustero. Aseguraba que no me había mentado ni una sola vez desde que desembarcamos, exceptuando la ocasión de nuestra visita a la malhadada caverna, y deseaba demostrar a mis amigos y a mí que todo cuanto nos había dicho acerca de la cueva de *Ororoína* era cierto. El Padre Sebastián y el gobernador podrían acompañarnos para convencerse de la veracidad de sus palabras. Estaba dispuesto a llevarnos a todos a la cueva. Pues había de saber que don Pedro Atán no era un chisgarabís cualquiera al que se pudiese tildar impunemente de reoreo y deslenguado.

La noche señalada para la visita a la caverna de *Ororoína* fui en el jeep al poblado con Bill, Ed, Cari y Arne, para recoger al gobernador y al Padre Sebastián. Pero el alcalde había cambiado de parecer a última hora y echó mano apresuradamente de cuarenta esculturas, con las que organizó una exposición en el suelo de su propia casa. Después de esto, advirtió al Padre Sebastián que, sintiéndolo mucho, no podía llevarnos a la cueva de *Ororoína*, porque el lugar estaba atestado de figuras. Había tal cantidad de ellas, que no podría entregármelas todas, y si nos conducía a la entrada de la caverna, el secreto dejarla de existir y él no tendría sitio donde guardar la cuantiosa colección.

El Padre Sebastián y el gobernador nos acompañaron a casa del alcalde. Éste nos recibió a la puerta con los brazos abiertos, sonriente y profiriendo exclamaciones, y nos introdujo inmediatamente en el salón. Se había apartado la mesa redonda y el suelo estaba cubierto de esculturas. Se vela que no pocas eran antiguas de verdad, pero la mayoría estaban recién labradas. Reparé al instante en algunas de éstas que ya nos habían sido ofrecidas por otros indígenas. Había también unas cuantas que representaban claramente intentos de reproducir figuras de su propia cueva del acantilado. ¿Qué se proponía el alcalde? Sin duda que se trataba de un segundo y absolutamente vano intento de engañarnos.

-¿Qué juego se trae usted entre manos? - le pregunté-. ¿Por qué no mantiene su promesa de llevarnos a la cueva de *Ororoína*, si es cierto que es de su propiedad? - Es cierto, señor; se lo aseguro. Pero cuando estuve en ella anoche, vi que había una cantidad tan exorbitante de figuras que, la verdad, no puede entregárselas todas.

-Eso ya debía de saberlo usted antes. ¿No dijo que lavaba todas las piedras de cuando en cuando? -Sí, pero hay otras que descubrí anoche en lo más profundo de la caverna. No las había visto nunca. Estaban completamente cubiertas de polvo.

- Creo recordar que una vez usted me dijo que tenía una especie de libro mayor en el que anotaba todas y cada una de las esculturas que poseía.

-Cada escultura, no, señor mío: cada cueva.

-¿De modo que sólo anota en ese libro el número de cuevas que posee? -Así es, señor. No es más que una libretita muy pequeña- dijo el alcalde con voz amable, levantando el índice y el pulgar para indicar su tamaño, que era, poco más o menos, el de un sello de correos, y no de los grandes.

Ante esto, desistí.

Me sentía profundamente apenado cuando bajé los peldaños de la casa seguido del resto del grupo. El alcalde sé quedó en el umbral con un gesto de desolación y teniendo a sus espaldas, en el suelo, la colección de las figuras. Ésta fue la última vez que vi a don Pedro Atán, alcalde de la isla de Pascua y la más extraña personalidad de aquellas tierras; era el último portaestandarte de los "*orejas-largas*", el hombre cuya cabeza estaba tan repleta de, secretos, que ni él mismo sabía dónde empezaba la fantasía y dónde terminaba la realidad. Si aquel reducido territorio estuvo habitado antaño por varios millares de hombres como él, no debe sorprendernos que gigantescas estatuas que parecían casi irreales saliesen de la cantera y caminasen por la isla para fijarse en los lugares designados. Tampoco era extraño que se hubiesen inventado *aku-akus* e invisibles cuevas del tesoro semejantes a cámaras acorazadas, donde se guardaba un excedente de imaginación bajo la forma de extrañas esculturas, lo bastante pequeñas para que las manos pecadoras de los hombres pudiesen arrebatárlas.

* * *

Cuando las órdenes proferidas en el puente motivaron el matraqueo de la cadena del ancla que subía desde las profundidades, y las indicaciones recibidas por el mecanismo de señales en la sala de máquinas hicieron poner en movimiento ruedas y pistones, que zumbaron y latieron en las entrañas del barco, había muy pocos corazones contentos a bordo y en tierra. Nos hablamos adaptado a la vida de la pequeña comunidad, convirtiéndonos en una parte de ella. Nuestras verdes tiendas se sentían completamente a sus anchas en los terrenos reales de *Anakena*. El gigante recién erigido volverla a quedarse solo y a sentirse traicionado, con la vista perdida sobre la soledad del luminoso valle, donde ya nadie habitaba. Se quedó tan solo cuando desmontamos la última tienda, que nos pareció que iba a pedirnos que lo derribásemos nuevamente, para seguir como había estado durante siglos de bruces en la arena.

Pero el gigante de *Anakena* era de piedra, y, en cambio, el que dejábamos en *Hanga Roa* era de carne y hueso. El Padre Sebastián, con la cabeza descubierta y

vistiendo su hábito blanco, dominaba con su estatura la multitud de amigos indígenas que se apiñaban en el muelle. Nos hablamos figurado que aquel hombre pertenecía a la expedición como uno cualquiera de nosotros. Mas él tenía sus pies firmemente asentados en el suelo de la isla de Pascua. No se alzaba solitario como el gigante de *Anakena*, sino como la figura central de la población viviente de la isla, como su fuerza unificadora y su inspiración. En otros tiempos, el rey *Hotu Matua* se alzó del mismo modo entre los antepasados de aquellos nativos, cuando puso por primera vez el pie en la remota isla.

Nos hablamos despedido personalmente de todos los indígenas. Y después, los miembros de la expedición, uno por uno, dijimos adiós al Padre Sebastián, quien había adquirido una especial significación para todos nosotros. Cuando Yvonne y Anita lo hubieron hecho, me tocó el turno a mí. Me acerqué al sacerdote y le estreché la mano. Nuestro adiós fue muy lacónico. Es más fácil hallar palabras de despedida en una estación de ferrocarril que decir adiós para siempre a un amigo a orillas de la isla más solitaria del mundo.

El Padre Sebastián se volvió de pronto para irse y los indígenas le abrieron paso, mientras él, solo y calzando sus enormes botas negras, subía a la cumbre de la colina, donde le esperaba su nuevo jeep rojo. A partir de entonces, mientras resistieran sus neumáticos, el anciano sacerdote podría ahorrar las suelas de sus zapatos en sus visitas caritativas a los enfermos y dolientes, sin excluir el lazareto situado en la pedregosa meseta del Norte.

El gobernador y su familia se acomodaron en la lancha para acompañarnos hasta el barco. Yo me disponía a saltar a la lancha detrás de ellos, cuando el viejo Pacomio me cogió afectuosamente del brazo y me llevó aparte. Pacomio había sido el primero que intentó mostrarme una cueva secreta. Para ello me había llevado a la isla de los pájaros, pero no conseguimos encontrar la caverna. El viejo se convirtió después en el brazo derecho de Arne y en el capataz de los trabajadores que excavaban en el *Rano Raraku*. Cierta vez que Arne desenterró una estatuilla a los pies de uno de los gigantes, Pacomio le ofreció confidencialmente mostrarle una caverna llena de figuras similares. Pero cuando se suscitó el escándalo en torno a las cuevas, Pacomio se asustó y retiró su ofrecimiento. Después, él fue el primero que vino corriendo a mi tienda para asegurarme febrilmente que tales cuevas ya no

existían. En tiempos de sus padres las hubo, pero a la sazón se ignoraban los accesos. Así, pues, si alguien tenía ahora esculturas de piedra, no podían ser más que imitaciones de las auténticas, las cuales se habían perdido para siempre.

Mientras los demás indígenas guardaban silencio un poco apartados, Pacomio se plantó ante mí con la cabeza descubierta, haciendo girar desgarbadamente su sombrero de paja entre las manos.

-¿Volverá usted a nuestra isla, señor? - me preguntó con timidez, mirándome con sus grandes ojos castaños.

-Eso depende de las piedras que me llevo. Si todas esas figuras no son más que falsificaciones y patrañas como usted afirma, me traerán mala suerte. Y, en ese caso, ¿para qué he de volver? Pacomio bajó los ojos mientras jugueteaba con una guirnalda de blancas plumas que rodeaba su sombrero. Luego, con toda calma, levantó su mirada hacia mí y me dijo en voz baja: -No todas las piedras que tiene usted son falsas. Le traerán buena suerte, señor.

El viejo me miraba con sus grandes ojos tímidos y cordiales. Nos estrechamos las manos por última vez y salté a la lancha.

Los indígenas se esparcieron por la costa, a pie y a caballo, para decirnos adiós hasta el último momento. Me pareció que las cascadas de los caballos hacían sonar a hueco la tierra, pues la isla de Pascua es un mundo de dos pisos. Pero, en realidad, lo único que oía era el oleaje rompiendo contra los altivos farallones.

Capítulo 10

Morongu uta: una ciudad en ruinas entre las nubes

Sobre una cumbre situada a oriente del sol y a occidente de la luna, al otro lado de siete ondulantes colinas, se alza el áureo castillo de un cuento de hadas escandinavo. Hoy nadie cree en cuentos de hadas, pero nosotros creíamos cuando coronamos la última colina y pudimos contemplar *Morongu Uta*.

Rodeándonos por todas partes, se divisaba el mar, el mar infinito que habíamos atravesado en nuestra cáscara de nuez, partiendo del otro lado del globo. A nuestros pies se extendían profundos valles verdes que encerraban una bahía de aguas tan lisas como un espejo. Desde aquella altura velamos, casi verticalmente debajo de nosotros, la boca de la chimenea del barquichuelo que nos había llevado allí desde la isla de Pascua. En la cumbre contigua, delante mismo de nosotros, se alzaba el castillo de leyenda, sumido en un sueño de siglos, como la Bella Durmiente. Cual si estuviese encantado, con sus torreones y murallas cubiertos de hierba y maleza, permanecía como el rey y sus guerreros lo dejaron en aquellos días en que el mundo creía aún en cuentos de hadas.

Yo experimentaba una viva emoción mientras trepábamos por la última loma para aproximarnos al pie del castillo, que se erguía ante nosotros majestuoso y enorme, re-cortándose sobre un fondo imponente formado por nubes errantes y picachos y agujas violáceas. Aunque se alzaba libremente bajo el cielo azul, como si quisiera alcanzarlo, había algo terrenal, casi subterráneo, en aquella antigua construcción que parecía surgir de las entrañas de la tierra en un intento infructuoso de abrirse paso entre la hierba y la vegetación.

Un gran pájaro azul se lanzó por el precipicio con un graznido agudo. Al notar que nos aproximábamos, tres cabras blancas se levantaron entre la hierba que cubría uno de los muros, saltaron a un foso y desaparecieron. Considerando que la isla de Pascua es la más solitaria del mundo, quizá no resulte ningún disparate decir que aquella en que nos hallábamos es uno de sus vecinos más próximos, a pesar de que la distancia que las separa es igual a la que media entre, España y el extremo oriental del Canadá. Rodeados de aquellas verdes colinas, nos sentíamos más alejados que nunca de las enloquecedoras multitudes. Aquél debía de ser el rincón

más retirado del Pacífico. ¿Quién ha oído hablar de *Rapaiti*? La islita casi fue partida en dos por el inmenso océano que la rodea. Demasiado abrupto para habitar en él, el espinazo rocoso en que nos hallábamos descendía por ambos lados hacia dos abrigadas ensenadas que reflejaban alternativamente el castillo de ensueño, siguiendo las mudanzas del viento. Y si mirábamos a nuestro alrededor, velamos nada menos que doce formaciones que parecían castillos, todas ellas igualmente curiosas, alzándose sobre las cumbres verdes que nos rodeaban, y todas sin el menor signo de vida. Allá abajo, a orillas de la ensenada sobre cuyas aguas se reflejaba el barco, velamos columnas de humo que se levantaban de una pequeña aldea de chozas de bambú con techumbre de paja, entre las que había algunas casitas encaladas. Allí vivía toda la población de la isla, integrada por doscientos setenta y ocho indígenas polinesios.

¿Quién habría edificado aquel altivo castillo de ensueño, y las réplicas que se alzaban sobre las otras cumbres? ¿Cuál habría sido la verdadera finalidad de aquellas construcciones? Ninguno de los que entonces moraban la isla podía decírnoslo. Cuando el capitán Vancouver descubrió aquella remota motita de tierra en 1791, le pareció ver gente que se movía en una de aquellas construcciones; también se le antojó ver un fortín y empalizadas en la ladera de la misma montaña, y presumió que se trataba de una fortificación hecha por el hombre. Sin embargo, no desembarcó para examinarla. Cuando Ellis, el famoso misionero de los Mares del Sur, llegó a la isla algunos años después, manifestó que Vancouver se había equivocado: los extraños contornos que se velan en lo alto de las montañas y que parecían fortificaciones no eran más que formaciones naturales. Después de Ellis, tocó en la isla el famoso explorador Moerenhout. Éste elogió los extraños escenarios montañosos de *Rapaiti*, con sus picos que parecían torres, castillos y poblados indios fortificados; pero tampoco subió a examinar aquellas extraordinarias formaciones.

Hace un cuarto de siglo, Caillot escribió un opúsculo sobre esta isla solitaria²⁴. Escaló en compañía de otros las cumbres de las montañas y vio algunas obras de mampostería que asomaban entre la espesura. Aquellos hombres juzgaron que se trataba de los muros de extrañas fortificaciones caldas en el olvido, aunque hubo

²⁴ Eugene Caillot: Histoire de l'île Oparo ou Rapa. Paris, 1932

quien opinó que eran los restos de antiguas terrazas para cultivos. Únicamente un etnólogo desembarcó allí para estudiar a los indígenas. Se llamaba Stokes. Su manuscrito, que nunca ha sido publicado, se conserva en el Museo Bishop.

Ningún arqueólogo había puesto aún el pie en la isla. Mientras mirábamos a lo lejos, por encima de los montes y los valles, sabíamos que nos hallábamos en un país virgen. Habríamos podido empezar por donde se nos antojase, puesto que ningún arqueólogo había efectuado allí excavaciones antes que nosotros. Ignorábamos lo que podíamos encontrar.

Una antigua leyenda, antaño muy difundida entre los indígenas de *Rapaiti* y que se recogió hace casi un siglo, explicaba cómo se había poblado la isla. Según esta leyenda, los primeros habitantes fueron mujeres procedentes de la isla de Pascua y que habían cruzado el océano en sus primitivas embarcaciones. Muchas de ellas iban a ser madres. Ellas y los hijos que dieron a luz iniciaron la población de *Rapaiti*. Desde lo alto del castillo de leyenda encaramado en las montañas, nuestra vista abarcaba muchas millas de mar en todas direcciones. En la lejanía, hacía el Sur, el cielo estaba negro y ceñudo. En aquella zona, las corrientes oceánicas frías que avanzaban hacia el Este soslayaban los hielos a la deriva del Antártico. Era aquella una -región peligrosa donde abundaban las tormentas y los espesos bancos de niebla y que estaba totalmente vacía de islas y de vida humana. Pero, hacía el Norte, el firmamento aparecía luminoso y azul, moteado de nubecillas semejantes a plumas e impelidas por los vientos alisios que se dirigían hacia el Oeste en compañía de la omnipresente y apacible corriente de Humboldt, la que lamia a su paso innumerables islas, entre las que figuraba el solitario puesto avanzado de *Rapaiti*. Era muy natural que las embarcaciones primitivas procedentes de la isla de Pascua hubiesen llegado a la deriva hasta allí. Por esta razón seguimos nosotros la misma ruta para visitar *Rapaiti*.

Día tras día surcamos el majestuoso océano en dirección Oeste, entablado una verdadera carrera con la corriente y las nubes arrastradas por el viento. Día tras día permanecimos de pie en el puente, o en la cubierta, junto a la borda, contemplando aquel azul ilimitado. Era curioso que la mayoría de nosotros nos trasladáramos a cada momento a la popa para mirar la estela espumosa que cruzaba la azul inmensidad como un verde sendero, indicando el camino de la invisible isla de

Pascua. Esto parecía indicar que casi todos la echábamos de menos. Algunos soñaban tal vez en las vahíes; otros, en los misterios por resolver y los senderos vírgenes que hablamos dejado atrás. Pero también es cierto que no faltaban los que se acodaban en la proa en espera de avistar las románticas islas sembradas de palmeras a las que nos dirigíamos.

Entre nosotros, y situado siempre más a popa que los demás, estaba Rapu, el amigo indígena de Bill y antiguo capataz de su brigada de excavadores de *Vinapu*. Bill había adiestrado a aquel hombre, que era muy inteligente, y me preguntó si le podría traer consigo para que le ayudase a hacer los levantamientos de planos. Rapu se embarcó en aquel viaje al mundo exterior con la sonrisa de un héroe de película. Pero su corazón se había quedado en el "Ombligo del Mundo", y cuando éste se hundió en el mar por la parte de popa, su corazón se hundió con él. Y al desvanecerse su mundo y quedar únicamente mar y cielo en torno a la nave, nadie hubiera podido reconocer ya al atrevido Rapu.

Aquel hombre tenía debilidad por la técnica, y lo empleamos, a modo de prueba, como ayudante en la sala de máquinas. Pero las ruidosas entrañas del barco no eran el lugar más indicado para Rapu. Éste aseguró a los maquinistas que la cala del barco estaba llena de demonios, y el maquinista jefe, que era un hombre muy indulgente, le permitió hacer las guardias sentado en una silla en lo alto de la escalerilla de la sala de máquinas. Pero la brisa marina adormecía a Rapu tan pronto como éste se sentaba, y los maquinistas nos dijeron que sería mejor que hiciera las guardias en el puente. Rapu aprendió en seguida a gobernar el barco por medio de la brújula, y el segundo oficial pudo pasar a la caseta de derrota para ocuparse de su propia labor. Entonces la estela que dejábamos a popa empezó a adoptar la forma de una curva, y algunos de los que se hallaban en cubierta pensaron, llenos de esperanza, que el capitán y yo habíamos entrado en razón, resolviendo regresar a la isla de Pascua. Pero Rapu no tenía la menor culpa de lo ocurrido. Acurrucándose en el puente, se había quedado dormido, dejando que el barco siguiera su propio curso. ¿Para qué gobernarlo, si el eterno horizonte se veía siempre desierto mirase uno en la dirección que mirase? Rapu no era demasiado supersticioso. Como decían los indígenas de la isla de Pascua, era "un hijo del siglo". Pero, por lo que pudiera ser, se tapaba la cabeza con la manta para dormir,

siguiendo la costumbre de los naturales de la isla de Pascua. Arne les había preguntado por qué lo hacían, y ellos respondieron que para no ver los seres repugnantes y terribles que se paseaban por todas partes de noche. Muy pocos compatriotas de Rapu habrían obrado con más lógica que él si les hubiesen enviado a la inmensa extensión azul a bordo de un barco cuyo cargamento consistía en un millar de estatuillas de caverna, piedras-llave, cráneos y huesos. El Holandés Errante se quedaba corto a nuestro lado. Cruzábamos los mares en una embarcación cargada de *aku-akus*.

Pitcairn surgió del mar ante nuestra proa. Estábamos frente a la isla de los amotinados de la *Bounty*. Tras ella, el cielo estaba incendiado por un sol bajo y rojizo, como si los desesperados fugitivos aún estuviesen quemando su nave. Rapu pareció reanimarse y se dirigió como los demás a la proa. ¡Se puso a contar las palmeras! Una, dos... No, él nunca había visto tantas en la isla de Pascua. En los cerros triscaban cabras monteses, y había plátanos, naranjos y toda suerte de frutas tropicales, nunca vistas por él. Aquello debía de ser el Paraíso. Y Rapu decidió ir a vivir allí con su esposa tan pronto como regresara a la isla de Pascua y pudiese construir una embarcación. Distinguimos unas techumbres rojas entre la lujuriente vegetación tropical que crecía en lo alto de los imponentes acantilados. Un enorme bote con seis pares de remos que brillaban al elevarse acompasadamente surgió de una pequeña ensenada escondida tras una punta de tierra. Los descendientes de los amotinados de la *Bounty* nos dieron la bienvenida. Los isleños treparon a bordo. Eran individuos robustos que iban con las piernas desnudas y tenían un aspecto pintoresco; algunos parecían tipos arrancados de una película histórica producida en Hollywood. Un gigante de cabellos grises trepó a la borda para dejarse caer en cubierta a la cabeza de sus compañeros: era Parkins Christian, tataranieta de Fletcher Christian, que capitaneó el histórico motín y puso al capitán Bligh en un bote que abandonó a la deriva. El bote, impelido por el viento hacía el Oeste, casi alcanzó las costas de Asia, mientras Christian conducía la *Bounty*, dando bordadas contra el viento, hasta encallarla en las costas de aquella desolada isla. Ésta se hallaba completamente desierta cuando los amotinados quemaron su nave en la ensenada para quedarse a vivir allí con sus preciosas *vahines* de Tahiti. Sin embargo, encontraron plataformas abandonadas pertenecientes a antiguos templos,

en las que había cráneos humanos y algunas estatuillas que recordaban vagamente a los colosos de la isla de Pascua. ¿Quién había estado allí antes que ellos? Nadie lo sabe. Y hasta el día en que nosotros llegamos a la isla de Pitcairn, ningún arqueólogo había pasado en ella más de unas cuantas horas.

Parkins Christian nos invitó a mi y a mi familia a hospedarnos en su propia casa, mientras mis compañeros se repartían por las demás viviendas. En fin, aquella reducida y hospitalaria comunidad británica nos tributó un magnífico recibimiento. Hablaban aquellas gentes un inglés muy parecido al que usaban sus antepasados cuando desembarcaron en la isla en 1790, con una mezcla de frases Tahitianas y cierto acento local.

Durante varios días disfrutamos de una existencia libre y despreocupada en la isla de los amotinados. Mientras los arqueólogos vagaban por ella, excavando y husmeando, los marineros visitaron la cueva de Christian y la tumba de Adama, y él buceador se sumergió para echar vistazo a lo poco que quedaba de la Bounty.

Los moradores de la isla nos ayudaron a localizar el lastre del antiguo velero que se hallaba en una grieta del fondo marino abierta en el interior de la ensenada de la Bounty. Todo lo que quedaba del barco era un montón de mohosas barras de hierro.

Los isleños descubrían constantemente azuelas de piedra en el suelo. Y al pie de un espantoso precipicio de la costa norte había relieves en la roca. Pero, en general, Pitcairn era pobre en restos arqueológicos. Los descendientes de los amotinados, como buenos cristianos, arrasaron las plataformas de los templos, hicieron pedazos las estatuillas y las tiraron a la mar para limpiar la isla de ídolos. En la abrupta pared de un acantilado, Arne y Gonzalo, con ayuda de los habitantes, descubrieron una cantera que penetraba en la roca como una cueva. A juzgar por las apariencias, las estatuillas rojizas eran esculpidas allí. Entre las esquirlas de roca que alfombraban el piso de la caverna aún se velan azuelas de piedra desgastadas que continuaban en el sitio en que las habían arrojado.

Los forasteros apenas visitan esta isla. El único sitio en que se puede desembarcar es estrecho y peligroso, y el oleaje asalta impetuosamente sus acantilados. Pero los barcos que cubren la ruta de Nueva Zelanda a Panamá pasan muy cerca, y cada vez que esto ocurre, siendo el buque de pasajeros, los isleños salen a su encuentro

remando para vender tallas de madera que son figuras de peces voladores o tortugas, o modelitos del orgulloso barco de sus antepasados. Este comercio ha resultado tan lucrativo, que Pitcairn se ha quedado sin árboles mira, cuya madera es la materia prima de esas tallas que tan vital importancia tienen para la economía del país.

Para corresponder a su hospitalidad, invitamos a subir a bordo a todos los hombres y buena parte de las mujeres de la isla, y nos dirigimos con ellos, a la deshabitada isla de Henderson, en cuyas costas nuestros sesenta pasajeros de Pitcairn abatieron veinticinco toneladas de madera de miru en un solo día. La playa, festoneada de palmeras, parecía el escenario de una batalla de piratas mientras la abigarrada muchedumbre de isleños de todas las edades se lanzaban al agua cargados con enormes troncos y retorcidas ramas, para llevarlos hasta los botes que cabeceaban ante el arrecife. Cargados hasta las bordas, estos botes se conducían luego, a fuerza de remos, hasta el barco, y seguidamente regresaban vacíos en busca de otra carga. A cualquiera que no estuviese familiarizado con el oleaje y la resaca que cubrían y descubrían alternativamente el arrecife madrepórico que circundaba la isla tropical, los desastres le habrían parecido inevitables a cada momento. Pero los hombres y las mujeres situados en el arrecife se aferraban al bote cada vez que las espumantes olas se arrojaban sobre ellos haciéndoles perder pie; mientras el gigante que sostenía la caña del timón vociferaba órdenes a los doce remeros, que ejecutaban los movimientos necesarios para que la embarcación se mantuviera a flote y pudiera hacer frente a los asaltos del mar.

Al día siguiente, mientras descargábamos el barco frente a los acantilados de Piteaim, Parkins Christian nos aseguró sonriendo que su gente había almacenado la madera de miru necesaria para tallar modelos de la Bounty y peces voladores durante cuatro años. Desde Pitcairn hicimos rumbo a Mangareva. Fondeamos en una especie de laguna de aguas cristalinas muy bella y rodeada de abruptas montañas, sobre un salvaje y multicolor jardín de coral ornado de ostras perlíferas y poblado por miriadas de extraños peces. La única estatua que vimos en aquel paraíso de los Mares del Sur cubierto de palmeras estaba pintada en la iglesia y aparecía partida en dos pedazos bajo los pies de un triunfante misionero. El administrador francés se hallaba ausente, pero su competente esposa convocó a los

indígenas para que nos diesen la bienvenida con una gran fiesta que incluía una danza en honor del legendario rey Tupa. Con la cara oculta bajo una grotesca máscara hecha con un trozo de tronco hueco de palmera, el "rey Tupa" se presentó danzando a la cabeza de sus guerreros. Según la leyenda, aquel monarca había llegado a la isla desde Oriente con una numerosa flotilla de grandes balsas de vela. Tras permanecer algunos meses en Mangareva, regresó a su poderoso reino situado hacia el este, para no volver nunca a la isla. Tanto en tiempo como en lugar, estos hechos concuerdan de un modo sorprendente con la leyenda inca acerca de su gran caudillo Tupac. Éste hizo construir una enorme flotilla de balsas de vela, en la que se embarcó para visitar ciertas islas habitadas y lejanas cuya existencia conocía por sus propios atrevidos navegantes y mercaderes. Según los historiadores incas, Tupac invirtió casi un año en esta travesía por el Pacífico, regresando al Perú con prisioneros y botín, después de visitar dos islas habitadas. Yo sabía ya, gracias a los experimentos que hablamos realizado con posterioridad a la expedición de la *Kon-Tiki*, que semejante travesía en balsa era del todo factible, pues hablamos conseguido descubrir de nuevo el olvidado arte de navegación de los incas, que dirigían sus balsas utilizando guaras u orzas de deriva, que les permitían ceñirlas al viento con la misma soltura que un velero. Es muy posible que el inca Tupac fuese el Tupa cuyo recuerdo se conserva aún en Mangareva.

La tierra siguiente que avistamos fue *Rapaiti*. Se extendía entre los bancos de nubes hacia el Sudoeste como un país de ensueño que flotase en el mar. Desde una considerable distancia pudimos ver, a través de nuestros gemelos, que había algo curioso en las cumbres más altas, que parecían pirámides de Méjico cubiertas de vegetación o fortificaciones incaicas escalonadas como las que se alzan en las salvajes montañas del Perú. Desde luego, allí había algo digno de investigarse.

Todos nos reunimos en cubierta con el corazón en un puño mientras el capitán, dando pruebas de una destreza increíble, se abría camino a través de un verdadero dédalo de hendiduras y canales abiertos en el arrecife madreporico formado por organismos vivientes que se multiplicaban de continuo, el cual nos cerraba el paso a una amplia ensenada que se abría en el mismo corazón de *Rapaiti*. Sus maniobras condujeron al barco al interior de una mansa laguna formada por un cráter volcánico sumergido y rodeado de agudos picachos y altivos farallones. Anita

contemplaba con admiración al capitán mientras éste, a breves intervalos, movía la manija del mecanismo de señales que comunicaba con la sala de máquinas, haciéndola girar entre "alto", "despacio avante" y "atrás", mientras el barco se deslizaba imperceptiblemente entre las formaciones coralíferas. De pronto, la niña se alzó sobre las puntas de los pies, empuñó resueltamente la manija y tiró de ella hasta ponerla en "todo avante". "Todo avante", contestó la sala de máquinas, y nos hubiéramos precipitado contra el arrecife, como un rompehielos, si el capitán no se hubiese apresurado a hacer girar el mecanismo de señales en dirección opuesta.

Cuando fondeamos, ya libres de todo riesgo, en las tranquilas aguas que se extendían ante el pintoresco y diminuto poblado, lanzamos un suspiro de alivio. Apenas nos divisaron, los habitantes de la aldea acudieron remando en pequeñas canoas para observarnos con curiosidad.

-k Por fin hablamos conseguido trepar hasta la más alta cresta de la cadena montañosa, después de escalar vertiginosos barrancos y repechos.

- Esto es *Morong Uta* - murmuró el indígena que nos había indicado el camino.

-¿Quién lo construyó? Él se encogió de hombros.

-Tal vez un rey. ¡Quién sabe! Entonces empezamos a recorrer aquellas ruinas y a escudriñar lo que ocultaba la densa vegetación. Aquí y allá asomaban paredes cuidadosamente construidas. Oí gritar a Ed, quien examinaba una elevada terraza en un lugar donde un trozo de ella se había hundido, dejando un margen de tierra lleno de conchas y espinas de pescado. Entre aquellos restos aparecieron las esbeltas y graciosas líneas de un mortero en forma de campana; era de basalto tan duro como el pedernal y estaba magistralmente torneado y pulido. Yo no había visto en toda Polinesia una obra en piedra más admirable.

Bill se asomó también por la cresta.

-Esto es enorme - dijo contemplando estupefacto la gigantesca estructura que se extendía ante nosotros-. ¡Debemos excavar aquí! Celebramos un consejo de guerra a bordo. Empezaban a escasear en nuestra despensa algunas vituallas. Las brigadas indígenas y nuestros trogloditas amigos de la isla de Pascua nos habían dejado sin artículos de cambio y se habían comido la mayor parte de las provisiones destinadas a mantenernos durante los meses futuros. Lo único que podíamos hacer era llevar

anclas, poner rumbo a Tahiti y abastecemos nuevamente en aquella isla. Luego regresaríamos a *Rapaiti* para atacar el castillo de la montaña.

Navegamos con muy mal tiempo hasta que la silueta familiar de Tahiti apareció ante nosotros alzándose en el mar. Mi antiguo padre adoptivo, el jefe Terieroo, ya no era de este mundo. Su casa enclavada entre los cimbreantes tallos de las palmeras estaba vacía. Pero en Tahiti abundaban los viejos amigos, y ninguno de nosotros tuvo tiempo de aburrirse ni de día ni de noche hasta que zarpamos para regresar a la isla que nos esperaba cerca del límite de la zona de nieblas, "a oriente del sol y a occidente de la luna".

Mientras nos deslizábamos de nuevo cautelosamente entre los peligrosos arrecifes de *Rapaiti*, dos de los nuestros no se hallaban ya a bordo. Al regreso de Tahiti tocamos en Raivaevae y desembarcamos allí a Arne y Gonzalo para que explorasen las ruinas cubiertas de vegetación de algunos templos tabú en los que hablamos descubierto varias estatuillas de piedra. A pesar de ello, no sobraban plazas a bordo, pues en Tahiti hablamos embarcado pasajeros. Uno de ellos era mi viejo amigo Henri Jacquier, conservador del museo de Papeete y presidente de la Société des Études Océaniennes, quien se unió a la expedición invitado por mí. También llevábamos en el barco a una familia indígena que las autoridades de Tahiti me habían rogado que devolviese a *Rapaiti*, de donde procedía. Jacquier subió a bordo únicamente con una maleta, mas para cargar el equipaje de nuestros pasajeros indígenas tuvimos que utilizar la grúa. Éstos viajaban con innumerables canastas, cajas, paquetes, sacos, sillas, mesas, cómodas y armarios. Llevaban, además, dos camas de matrimonio, gran cantidad de tablas y vigas, rollos de plancha ondulada, animales vivos y enormes racimos de plátanos. Con toda esta impedimenta, apenas podíamos movernos a bordo. Constituyó una operación complicadísima desembarcar todo este equipaje cuando llegamos a *Rapaiti* una semana después, fondeando en sus tranquilas aguas. Como no hablamos cobrado nada por el transporte, éste le pareció tan barato al dueño de todos aquellos cachivaches, que tal vez por eso ni siquiera se molestó en darnos las gracias, yéndose alegremente a tierra con su familia en una canoa, mientras nosotros desembarcábamos sus cosas. Por desgracia, no era la última vez que veríamos a aquel hombre.

En compensación, conocimos a una notabilísima pareja en la isla. Ella se llamaba Lea y era una *vahine* de gran temple y carácter risueño, de ascendencia medio Tahitiana, medio corsa. Llegó a *Rapaiti* en calidad de maestra de escuela, para enseñar las primeras letras a niños y adultos. Él se llamaba Money y mostraba siempre una sonrisa que le iba de oreja a oreja. Era Tahitiano de nacimiento, pero sus ojillos oblicuos revelaban que tenía unas gotas de sangre china. Había sido conductor de autobús en Tahiti y se había trasladado con su mujer a *Rapaiti*. Como esta isla no tenía carreteras, él se pasaba el tiempo holgazaneando y sin hacer nada.

Lea hablaba y escribía francés, lo que dio lugar a que se convirtiera en la mano derecha del anciano jefe. Cuando surgía un conflicto, el viejo consultaba a Lea, quien zanjaba el asunto con gran energía. Aquella mujer era el alma de la pequeña comunidad. Sólidamente plantada sobre sus pies, con los brazos en jarras y luciendo dos erizadas trenzas, se presentó a nosotros cuando desembarcamos, para ofrecernos sus servicios. Money se mantenía modestamente detrás de ella, bien comido y satisfecho, deshaciéndose en sonrisas.

Pregunté a Lea si podría proporcionarme veinte hombres robustos para excavar en las montañas.

-¿Cuándo los quiere usted?-me preguntó.

-Mañana a las siete de la mañana - respondí, convencido de que, en el mejor de los casos, una docena de individuos se presentarían remoloneando en el curso de toda una semana.

Cuando a la mañana siguiente salí a cubierta para desentumecer los miembros y ver salir el sol distinguí a Lea de pie en la playa con veinte hombres alineados a sus espaldas. Me tomé un vaso de zumo de frutas engullí una rebanada de pan y bajé a toda prisa a la lancha para dirigirme a la orilla. Convinimos que recibirían el salario que era corriente en Tahiti y que las horas de trabajo serían también las mismas, y cuando el sol llegó al cenit, ya estábamos en lo alto del monte con Money y veinte ganapanes dedicados a la tarea de abrir zanjas y formar peldaños en la pina ladera, para que pudiésemos llegar a *Morongo Uta* no sólo sin jugamos la vida todos los días, sino sin que corriese peligro alguno nuestra integridad personal.

Money abría la marcha entre bromas y risitas y contagiando a toda la brigada con su buen humor. Los hombres cantaban, gritaban y cumplían su obligación con la mejor voluntad; aquello era algo nuevo para ellos, ya que no estaban acostumbrados a trabajar. ¿Para quién habrían podido hacerlo en aquella isla? No precisamente para sus familias, pues eran las mujeres las que cultivaban el taro en los campos y lo recolectaban y amasaban hasta convertirlo en una pasta fermentada que les duraba una semana entera. Y una vez cada siete días, cuando estaban ya cansados de comer la pasta de popoi, se iban a pescar a la laguna, y entonces, una vez asegurado el menú de pescado crudo y popoi, ya podían las parejas tumbarse a la sombra para dormitar y hacerse el amor durante toda la semana. Una vez al año recalaba en la isla una goleta indígena de Tahiti. Entonces algunos nativos se pasaban unos pocos días en los bosques recogiendo granos de café silvestre que encontraban por el suelo, para cambiarlos por artículos de escaso valor en la goleta.

En nuestra alegre brigada de trabajadores había un hombre que, además de ser el último en todo, tardaba cuanto podía e incitaba a sus compañeros a trabajar despacio. Como Money protestara, el remolón preguntó, sorprendido, por qué se metía en aquello si no era quien los pagaba para trabajar. Este zángano era el indígena que hablamos traído de Tahiti con toda su familia y equipaje y sin cobrarle nada.

En la aguda cresta que dividía las dos vertientes había una depresión que parecía una silla de montar. La maleza había trepado hasta ella por el lado opuesto a aquel en que trabajábamos y conseguido mantenerse allí. En aquel sitio desbrozamos un trozo de terreno en el que apenas había espacio para plantar una tienda de dos personas. Sus ocupantes podían sentarse ante ella y escupir pepitas de naranja por las vertientes que calan hacía los valles a un lado y otro de la isla. Bill, al que le había confiado la tarea de dirigir las excavaciones de *Morongo Uta*, establecerla su base allí.

A la mañana siguiente, cuando nos dispusimos a subir a las montañas, no vimos ni a uno solo de nuestros alegres trabajadores. En la playa estaba Money con un gesto de preocupación y esforzándose por poner freno a las comisuras de sus labios,

impidiendo que se doblasen hacía arriba para dibujar su acostumbrada sonrisa. De pronto surgió Lea como un huracán de una gran choza de bambúes del poblado.

-¡Ah, si tuviese una ametralladora! - gritaba, enfurecida, dando vueltas como una leona enjaulada y apuntando a la choza de bambú con un brazo extendido y el índice de la otra mano doblado bajo el ojo, ni más ni menos que si estuviera manejando la mortífera arma. -Están celebrando un consejo de guerra ahí dentro - explicó Lea-. Ese tipo que usted trajo de Tahiti dice que es una desatención para los demás emplear solamente veinte hombres en el trabajo. Quieren decidir ellos mismos cuántos tienen que trabajar. Tendrá que aceptar a todos los que se presenten. Dicen que no están dispuestos a soportar dictaduras. Y si usted no les permite que ellos resuelvan quiénes deben trabajar, le prohibirán volver al monte y le expulsarán de la isla. Son nada menos que cincuenta los que quieren trabajar.

Lea estaba furiosa. Añadió que los indígenas nos invitaban solemnemente a una reunión que se celebrarla en la choza del consejo al anochecer. Entre tanto, debíamos volver al barco.

A las seis se puso el sol y cayeron sobre nosotros profundas tinieblas, intensificadas por los imponentes acantilados que se alzaban a espaldas del pueblo y rodeaban el antiguo lago del cráter donde estaba fondeada nuestra embarcación, prisionera del arrecife. El capitán nos desembarcó a Jacquier y a mí y ambos nos dirigimos al poblado sumido en sombras iluminándonos con nuestras linternas. Tres indígenas surgieron de la noche y, sin pronunciar una palabra de salutación, empezaron a seguirnos deslizándose con sus pies descalzos sin pronunciar el menor ruido.

En el poblado no había un alma. La única señal de vida que percibimos fue la de alguno que otro montón de tizones entrevistados por las puertas de las ovaladas chozas de bambú. En esta oscuridad, el brillo de la lámpara de parafina nos atrajo hacía la choza del consejo, donde penetramos inclinando el cuerpo para no tropezar con el techo de paja. Ya en el interior, pisamos sobre blandas esterillas de hojas de pandáneo entretejidas. En el suelo, bordeando tres de las paredes de la choza, había treinta indígenas en cuclillas, ceñudos como guerreros antes del combate. En el centro de la pieza, sentada en el suelo, se vela una rolliza mujerona con un mapa extendido sobre sus piernas desnudas.

Saludamos a la asamblea con un alegre *la-o-rana* cuando levantamos la cabeza después de franquear el umbral, y por toda respuesta recibimos un murmullo de los indígenas allí congregados. Lea y el pastor indígena permanecían de pie junto a la cuarta pared. Lea tenía los brazos cruzados. Su semblante era sombrío y amenazador como una nube de tormenta, pero nos dirigió una rápida sonrisa de bienvenida al vernos entrar. Money no estaba presente. Lea nos señaló cuatro sillas vacías destinadas a ella, al pastor, a Jacquier y a mí.

Lea pidió a Jacquier que tomase la palabra en primer lugar, como representante oficial del Ministerio Francés de Colonias. Jacquier se levantó y empezó a leer un discurso en francés, muy despacio y con mucha serenidad. Alguno que otro indígena parecía entenderlo, pues asentía y daba muestras de satisfacción; pero era evidente que los demás no comprendían ni una palabra, pues sólo estaban atentos a nosotros y no nos quitaban la vista de encima.

Jacquier les dijo que él era presidente de la *Société des Études Océaniques*, y al oír estas palabras la corpulenta matrona que ocupaba el centro de la estancia asintió, visiblemente impresionada, indicando el mapa. Jacquier siguió diciendo que le enviaba el gobernador de la Oceanía francesa con el único y exclusivo objeto de ayudarnos en nuestro cometido. Había dejado a su familia y el museo y la farmacia de Tahiti por este motivo. Después habló de mí. Dijo, señalándome, que yo no era un vulgar turista, sino el hombre que había ido hasta Raroia con sus compañeros en un *pae-pae*. Y luego había desembarcado aquí con algunos hombres sabios sin más objeto que estudiar las antiguas construcciones de la isla. Hombres de los más diversos países habían llegado para trabajar en paz con los habitantes de *Rapaiti*: hombres de Noruega, de Norteamérica, de Chile, de la isla de Pascua y de Francia. El propósito que nos animaba era investigar la vida de sus antepasados. Acabábamos de visitar Rapanui, es decir, la isla de Pascua. Ojalá tuviésemos tan buena acogida en *Rapaiti*, la Pequeña Rapa, como la habíamos tenido en Rapanui, la Gran Rapa.

Lea tradujo este discurso al dialecto Tahitiano, añadiendo muchas cosas de su propia cosecha. Hablaba con voz suave, casi con dulzura, pero con énfasis y una nota de advertencia en su voz. Sus oyentes permanecían inmóviles y en cuclillas, bebiéndose sus palabras, y nos pareció que todos ellos se esforzaban sinceramente

por sopesar sus razones. Yo observaba con interés los sujetos que permanecían con expresión alerta sobre las esteras de pandáneo colocadas junto a las bajas paredes de bambú. Experimentaba la sensación de revivir acontecimientos que debieron de ser cosa corriente en los Mares del Sur en la época del capitán Cook y de los primeros exploradores. En *Rapaiti* habían pasado las generaciones como si sólo fuesen meses o años. Los ojos brillantes de los hombres colocados en círculo ante las paredes reflejaban de un modo tan vivo el espíritu alerta y ágil del libre hijo de la Naturaleza, que por un momento me olvidé de que llevaban camisa y pantalones harapientos, y me pareció verlos sentados allí con el simple taparrabos de sus antepasados. Únicamente velamos hileras de ojos atentos e inteligentes sin el menor rastro de la degeneración propia de los seres a medio civilizar, sino con un brillo primitivo que hasta entonces yo sólo había visto en algunas tribus solitarias de la selva.

Cuando Lea hubo terminado de hablar, se levantó el anciano jefe y habló a sus hombres en voz muy baja. No le pudimos oír, pero de su expresión colegimos que su opinión nos era favorable. Después otro indígena se levantó de un salto y estuvo perorando durante un buen rato en el dialecto de *Rapaiti*. Hablaba con elocuencia y énfasis. Al parecer, era el orador de la localidad.

Finalmente me levanté yo y les dije, utilizando los servicios de Lea como intérprete, que sus antepasados tuvieron sobrados motivos para disponerse a resistir y defender sus encumbradas fortalezas ante la proximidad de naves extrañas. Pero los tiempos habían cambiado. Nosotros hablamos ido allí para subir a las montañas en compañía de ellos y limpiar aquellas construcciones de brozas y tierra, para que volviesen a tener el esplendor de los tiempos de sus antepasados. Yo estaba dispuesto a acceder a sus demandas, dando trabajo a cuantos lo desearan, pero sólo con la condición de poder despedir a los que no trabajasen bien y, por tanto, no se ganaran el jornal que recibían.

Todos se levantaron como un solo hombre y se abalanzaron sobre nosotros. Entonces tuvimos que estrecharles la mano por riguroso turno.

Al día siguiente Lea se presentó al frente de cincuenta y seis hombres, mientras Money permanecía a un lado con una sonrisa de satisfacción. Aquel grupo estaba formado por la totalidad de la población masculina de la isla, con la sola excepción

de dos viejos que ya no se sentían con fuerzas para escalar el monte. Money y yo condujimos a aquel ejército a las montañas, y Bill casi se cayó en el valle opuesto cuando, sentado ante su tienda en la depresión que parecía una silla de montar, vio aparecer a sus pies por un recodo del camino la interminable procesión de hombres que gritaban y vociferaban blandiendo hachas y machetes.

Cuando empezó el gran ataque a los muros de *Morongo Uta*, el trabajo se convirtió en un verdadero juego de niños. Los hibiscos, pandáneos y gigantescos helechos eran incapaces de resistir el asalto; los corpulentos troncos de árboles se derrumbaban estruendosamente desde lo alto de los muros para caer en el abismo con enorme estrépito, seguidos por una masa de hojas, helechos y hierbas.

Al caer la noche, el ejército sitiador se retiró sin una sola baja. Los hombres prorrumpían en vítores y exclamaciones y bailaban como niños mientras bajaban por la vertiente. Sólo se habían permitido un breve descanso, el de la siesta del mediodía, antes de la cual habían abierto los envoltorios de grandes hojas verdes que llevaban consigo, apareciendo la pasta grisácea llamada popoi que los indígenas se comían con dos dedos. Money bajó por la ladera y regresó enormemente hinchado, pues su camisa estaba llena de grandes naranjas silvestres que distribuyó entre sus compañeros.

Nosotros volvimos al poblado o al barco y el segundo oficial se quedó en la tienda con Bill. Todas las noches nos mantendríamos en contacto con ellos por medio de la radio portátil. Pero mucho antes de la hora fijada para la comunicación vimos señales luminosas procedentes de la oscura montaña donde se hallaba la fortaleza. El segundo nos enviaba un SOS con ayuda de su lámpara eléctrica, comunicándonos que el campamento era atacado por un millón de ratas.

-El segundo siempre exagera - dijo el capitán, para tranquilizarnos-. Si dice que son un millón, yo les apuesto lo que quieran a que no pasarán de mil.

A la mañana siguiente nuestro ejército desfiló de nuevo camino del monte, armado de picos, palas, cribas y toda clase de útiles para la excavación. Las dos ratas que habían visitado el campamento se habían dado un verdadero atracón de popoi y regresaron después a su naranjal.

Durante unos días el trabajo fue a pedir de boca. Pero una mañana, del modo más inesperado, no se presentó ni uno solo de nuestros cincuenta y seis indígenas. Con

los gemelos de campaña vimos la silueta de Bill y Larsen en la cumbre del monte, mientras Lea agitaba los brazos mirándonos desde la playa. Más complicaciones a la vista. Me trasladé a tierra en la lancha motora.

-Se han declarado en huelga - fue lo primero que me dijo Lea cuando desembarqué.

-¿Por qué?-pregunté estupefacto.

-Ese individuo que usted trajo de Tahiti les ha dicho que todos los que trabajan deben declararse a veces en huelga.

Aturdido ante estas noticias, me fui corriendo al poblado, donde algunos de los indígenas más robustos se paseaban con las manos en los bolsillos y gesto feroz e insolente. Los demás se habían retirado a sus chozas. Lo único que pude ver de ellos eran algunos ojos que me atisbaban por las rendijas de las puertas.

-¿Por qué os habéis declarado en huelga?-pregunté sin ambages a uno de aquellos matones.

-Yo no lo sé - contestó el interpelado mirando a su alrededor en busca de ayuda, que no encontró, porque todos se hacían los desentendidos.

Dirigí la misma pregunta a otros y no conseguí sacar nada en claro: se limitaban a mirarme enojados y con torva expresión.

-Hay uno que lo sabe- me gritó una voluminosa mujer desde la puerta de una choza; pero no está aquí.

Yo, les rogué que fuesen en su busca, y varios indígenas salieron a escape. Poco después regresaron con un individuo que parecía venir contra su voluntad. Era un tipo de aspecto brutal que llevaba un viejo capote militar Verde sin botones. Iba descalzo como todos y de su labio inferior pendía uno de los cigarrillos que nosotros regalábamos. Era nuestro amigo, el pasajero que había viajado gratis.

-¿Por qué os habéis declarado en huelga?-pregunté de nuevo, mientras él se erguía ante mí con arrogancia. Toda la población, tanto hombres como mujeres, salió de sus chozas, para rodearnos con semblante sombrío.

-Queremos un aumento de sueldo para poder comprar más comida - contestó el del capote, con el cigarrillo pegado en la comisura de los labios y las manos en los bolsillos.

-Pero ¿no recibís el salario que pedisteis, y que es el mismo que se paga en Tahiti? Queremos más, porque nosotros nos hemos de costear la manutención y el alojamiento.

Vi detrás de él las bolsas de hojas verdes que contenían el popoi colgando de los árboles entre las chozas de bambú. Yo sabía algo de los jornales que se pagaban en la Oceanía francesa y vela que lo que me pedía aquel sujeto no era razonable. Si yo cedía entonces a sus pretensiones, al cabo de dos días tendría que enfrentarme con una segunda huelga y con nuevas exigencias.

Le dije, pues, lisa y llanamente que estaba decidido a ajustarme al trato que hablamos hecho la noche en que acepté sus demandas. Y ellos, por toda contestación, manifestaron que continuaban la huelga.

Junto a mí se erguía una acalorada *vahine* de imponentes dimensiones y con una musculatura capaz de asustar al más pintado. En las proximidades pude ver otras matronas de parecida corpulencia. De pronto, tuve una idea. Volviéndome a las mujeres, les dije: -¿Permitiréis que los hombres se echen a dormir en vuestras casas cuando (cosa que no volverá a ocurrir en toda vuestra vida) hay un trabajo remunerado en *Rapaiti*, y un barco lleno de comida, ropas y otros artículos está anclado en la laguna? Mis palabras dieron en el blanco. La hercúlea matrona que estaba a mi lado descubrió a su marido entre la multitud y éste se escabulló inmediatamente al ver que su media costilla lo señalaba con el dedo amenazadoramente. Un clamor fragoso se alzó entre las *vahines*. De pronto, Lea, abriéndose paso, avanzó hasta colocarse frente al grupo de boquiabiertos varones como una Juana de Arco, se puso en jarras y me interpeló resueltamente: -¿Para qué necesita usted a los hombres? ¿No nos tiene a nosotras? Aquello produjo un verdadero terremoto. Yo contemplé a aquellas robustas jóvenes que me miraban con expectación y acepté inmediatamente la oferta. Al fin y al cabo, eran ellas quienes estaban acostumbradas a hacer todo el trabajo en la isla. Sin darme apenas tiempo para reponerme de mi asombro, Lea empezó a correr de cabaña en cabaña, señalando a *Morongo Uta* y dando órdenes a gritos. Las mujeres aparecieron en tropel. Muchas *vahines* pasaban los niños que llevaban en brazos a sus hijas o abuelas. Las que testaban lavando en el arroyo tiraron las ropas a medio enjabonar y vinieron corriendo; y los campos de taro fueron abandonados, en espera de que

los hombres, acuciados por el hambre, se decidieran a cultivarlos. Y entonces Lea, con aire marcial, empezó a subir por el monte a la cabeza de su regimiento de *vahines*. Napoleón se hubiera sentido orgulloso de su sangre corsa si la hubiese visto avanzar a grandes zancadas al frente de su ejército y entonando la Marsellesa, la cual resultaba más confusa cuanto más cerca estaban las cantantes de la retaguardia, pues se iban mezclando gradualmente con canciones locales, canciones que en las últimas filas acabaron por convertirse en la típica *huía*, entonada por mujeres que avanzaban bailando y moviendo tentadoramente las caderas. Money y yo éramos los únicos representantes del sexo fuerte en la comitiva, y mi compañero, que al principio se limitaba a sonreír, entonces se desternillaba de risa. Bill y el segundo de a bordo, que seguían en lo alto de la cresta, salieron de la tienda a rastras al oír aquella algarabía, y de nuevo creí que se iban a caer al valle del otro lado al ver la comitiva que se aproximaba.

-¡Aquí están los excavadores! -les grité-. ¡Sacad las palas! Cuando Bill se hubo repuesto de su asombro, cogió un pico y lo tendió a una de las jóvenes más lindas. Ésta se sintió tan complacida por aquella distinción, que le echó los brazos al cuello y le dio un sonoro beso. Bill consiguió salvar sus gafas y el sombrero y se dejó caer aturdido sobre un cajón, limpiándose la mejilla y mirándome con una expresión de profundo azoramiento. -Durante toda mi carrera de arqueólogo - dijo - he echado de menos estas cosas. Nunca hubiera dicho que la arqueología tuviese tantas sorpresas. ¿Con qué llegarás en tu próxima visita? Lea y su brigada femenina hicieron honor a su sexo. Ni en los Estados Unidos ni en Noruega hablamos visto trabajar a nadie con tal furia. Masas de hierba y tierra eran arrojadas por la ladera tan aprisa, que Bill parecía un loco al pretender seguir aquella actividad para asegurarse de que todo se hacía de acuerdo con sus órdenes. Las *vahines* eran inteligentes y aprendían con rapidez. Bajo la dirección de Lea, constituían un equipo de limpieza de primera clase. Eran tan cuidadosas cuando trabajaban con la paleta en labores de detalle, como enérgicas cuando sólo se trataba de arrancar ralees y quitar tierra con pico y pala. Poco a , poco, las torres y muros de *Morongo Uta* empezaron a brillar con un rojo oxidado y un gris de acero bajo la luz del sol. Cuando las *vahines* terminaron la jornada y Bill pudo retirarse a su tienda, mi

compañero se hallaba completamente extenuado. En los días que siguieron, aquel ritmo frenético no decayó ni un instante.

Los hombres continuaron tumbados a la bartola en el pueblo y comiendo popoi. Pero cuando llegó el día de pago y las *vahines* se reservaron el dinero y los artículos para sí y los chiquillos, los hombres tiraron sus bolsas de popoi y se acercaron al de Tahiti, que había querido pasarse de listo, con caras enfurruñadas, pues ninguno de ellos había previsto que su acción tuviese tal resultado.

Durante todo este tiempo, el jefe y el pastor indígena se mantuvieron a nuestro lado con la mayor fidelidad, aunque sin poder hacer nada, en unión del sonriente Money. Pero entonces vinieron a mí con los huelguistas para pedir la paz. Todos estaban dispuestos a continuar trabajando por el jornal acordado, o sea el de Tahiti. Pusimos a los hombres y a las mujeres a trabajar en dos alas distintas de la enorme construcción. Esto dio lugar a una pugna entre ambos sexos, y, al surgir la competencia, la velocidad y la eficiencia se convirtieron en cuestiones de amor propio.

Nunca ha sido excavada una ruina con semejante energía.

Vistos desde el barco fondeado en la ensenada, los obreros parecían una plaga de langostas que se hubiese abatido sobre la cumbre y descendiera por la ladera devorando todo cuanto encontraba a su paso. La vegetación que cubría *Morongó Uta* fue retrocediendo y desapareciendo gradualmente, y cada día que pasaba, la extensión visible de roca pardo-rojiza era mayor. Surgieron terrazas y muros y pronto la escalonada cumbre quedó desnuda y brillando como un templo de chocolate ante el cielo azul.

En las otras cumbres que nos rodeaban, las pirámides se alzaban aún como musgosos palacios de tragos montañeses. Pero *Morongó Uta* no era un palacio. Tampoco era un castillo. Cualquiera que subiese a las montañas podía ver ya que no se trataba de una sola edificación, sino de las ruinas abandonadas de todo un poblado. Se habían equivocado quienes lo consideraron una obra de fortificación. Tampoco eran terrazas de cultivo. La verdad era que allí, en las más altas cumbres de *Rapaiti*, la población entera de la isla tuvo en otros tiempos su morada permanente.

Habla muchos terrenos llanos en el fondo de los valles a disposición de los primeros que arribaron a aquellas tierras. Pero no se asentaron en ellos, sino que treparon a los más fragosos riscos y se establecieron en las cumbres más altas. Fue allí donde enraizaron para construir sus nidos de águilas. Atacaron la dura roca con herramientas de piedra y convirtieron la cumbre del monte en un torreón inexpugnable. Alrededor de éste y a sus pies, todo el farallón se excavó, formándose grandes terrazas sobre las cuales se alinearon las casas del poblado. Los antiguos fogones permanecían infectos, llenos de carbón vegetal y cenizas. Eran curiosos hornos de piedra de un tipo hasta entonces desconocido en toda la Polinesia, a excepción de la isla de Pascua. Bill recogió en bolsas, con el mayor cuidado, los preciosos fragmentos de carbón. Gracias a ellos y por medio del análisis del carbono radioactivo sería posible determinar la fecha de aquella extraña acrópolis.

Se veían diseminadas por aquel lugar grandes cantidades de azuelas de piedra de diferentes tipos, enteras y rotas. También abundaban las indispensables manos de almirez de piedra utilizadas antiguamente por las mujeres para triturar el taro y convertirlo en popoi. Algunas de aquéllas estaban tan bien elaboradas y mostraban tal armonía en sus esbeltas líneas y graciosas superficies curvas perfectamente pulimentadas, que nuestros ingenieros se negaron a creer que las hubiesen podido fabricar sin ayuda de un torno moderno. La paleta de Bill desenterró incluso los carbonizados restos de una antigua red de pesca.

En otros tiempos, aquello debió de ser un poblado perfectamente defendido. Un enorme foso provisto de un baluarte en la parte más elevada del poblado cerraba el acceso al mismo a cualquier atacante que viniese por la cresta meridional. Cientos de miles de duras piedras basálticas se subieron trabajosamente del fondo del valle para sostener las terrazas sobre las cuales se alzaban las chozas y evitar que aquéllas se hundiesen en el abismo a consecuencia de las lluvias torrenciales que caen sobre *Rapaiti*. Los bloques estaban sin desbastar y unidos entre sí magistralmente sin ayuda de ninguna clase de argamasa. Aquí y allá, un canal de desagüe atravesaba el muro, o largas piedras salían de él para formar una especie de escalera entre terraza y terraza. Había más de ochenta terrazas en *Morong Uta*, y el conjunto del poblado alcanzaba una altura de cincuenta metros y un diámetro

de cuatrocientos. Era, pues, la mayor construcción descubierta hasta entonces en toda la Polinesia. Según los cálculos de Bill, *Morongó Uta* debió de tener, él solo, más habitantes de los que poblaban toda la isla cuando nosotros llegamos a ella.

Fuera de escombros y utensilios, todo cuanto quedaba de las viviendas eran cisternas, fogones cuadrados de piedra y hoyos que servían para almacenar taro. El tipo de vivienda local fue la choza ovalada construida con ramas flexibles hundidas en el suelo, encorvadas, atadas por la parte superior y recubiertas, como una niara, de paja y hierba seca. Esto también recordaba de manera harto sospechosa a la isla de Pascua. Aquellos montañeses no dispusieron en su nido de águilas de espacio para los enormes templos que dominan la antigua arquitectura de las demás islas. La población de *Morongó Uta* resolvió este problema de una manera desconocida hasta hoy en todo el Pacífico: abrieron pequeños nidos abovedados en la roca, en el fondo de las terrazas, y construyeron allí los templos en miniatura, sobre cuyos pisos llanos se alzaban hileras y cuadrados de pequeños prismas de piedra, semejantes a piezas de ajedrez. Las ceremonias que no podían celebrarse frente a aquellos templos de bolsillo se llevaban a cabo, probablemente, en la más elevada plataforma de la pirámide, bajo la dilatada bóveda celeste, en compañía del sol y de la luna.

Mientras Bill y sus ayudantes dirigían las excavaciones de *Morongó Uta*, Ed y Cari, con la tripulación, exploraban el resto de la isla. Todas las demás cumbres de aspecto peculiar eran ruinas de poblados fortificados del mismo tipo que *Morongó Uta*. Los indígenas los llamaban pare. A lo largo de la altiva y estrecha cresta que unía los elevados picos se habían levantado antiguas chozas cada vez que el espacio lo permitía. En los profundos valles rodeados de montañas había muros de antiguas terrazas de cultivo, que a veces continuaban por la ladera del monte como los peldaños de una escalera. Por todas partes se velan restos de sistemas de irrigación artificial, cuyos conductos nacían en los arroyos y llevaban el agua a terrazas laterales que de otro modo habrían carecido de riego.

Aunque la extraña comunidad de la antigua *Rapaiti* moraba en los más altos picachos, los habitantes de los poblados bajaban todos los días por senderos abiertos en las empinadas laderas para cultivar el taro en los valles, pescar y coger mariscos en las ensenadas. Pocos aguiluchos han anidado a más altura que los hijos

de aquellos montañeses del Pacífico. ¿A qué se debía el temor de aquellas gentes que determinó su fuga hacia las cumbres? Los que habitaban en una cima ¿podían haber subido al monte por miedo a los que vivían en las demás? Esto no parece probable. Los poblados estaban unidos entre sí por alineaciones de viviendas que corrían por las crestas montañosas, formando un sistema continuo de defensa que dominaba el vasto océano. ¿Huyeron tal vez a las alturas por temor a que la isla estuviera hundiéndose en el mar? Tampoco esta hipótesis parece aceptable. Desde las cumbres podíamos ver que el litoral era el mismo de los tiempos de aquellos hombres, pues los puntos cercanos a la costa donde las aguas del mar eran muy someras se habían limpiado de piedras para preparar lugares en los que se pudiera desembarcar fácilmente o disponer almadrabas y viveros que aún podían utilizarse. La solución de este enigma estaba clara. Los habitantes de *Rapaiti* temían a un poderoso enemigo exterior, un enemigo al que conocían y cuyas canoas de guerra podían surgir sobre el horizonte sin previo aviso.

Quizá los primeros habitantes de *Rapaiti* fueron empujados hacia aquel lugar apartado de todas las rutas desde otra isla de la que ya se había apoderado el enemigo. ¿Y si ésta fuese la de Pascua? ¿No podía tener un fondo de verdad la leyenda de los orígenes de *Rapaiti*, como lo tenía la del foso de *Ikol*? Las batallas caníbales de la tercera época de la isla de Pascua eran motivo más que suficiente para que una población atemorizada tomase las rutas del mar, aunque se tratase de mujeres con sus hijos y encinta. En época tan reciente como el siglo pasado, una balsa de madera tripulada por siete indígenas arribó felizmente a *Rapaiti* después de dejarse llevar a la deriva desde Mangareva, isla que nosotros hablamos visitado después de salir de la de Pascua.

No había estatuas en *Rapaiti*, es cierto, pero tampoco había lugar para ellas en las cumbres. Y si los fundadores de la cultura local fueron mujeres y niños de la, isla de Pascua, es natural que pensaran en procurarse hogares, comida y seguridad antes que en erigir soberbios monumentos y realizar campañas de guerra. También era lógico que construyesen curvadas chozas de paja y fogones rectilíneos de piedra, siguiendo las costumbres de la isla de Pascua, y no casas rectilíneas y fogones redondos de tierra, como los que usaban los moradores de todas las islas vecinas. Les interesó más crear buenas defensas para sus hogares que enzarzarse en

expediciones guerreras contra los hogares ajenos. Y si procedían de la isla de Pascua, sorprende menos el que acometiesen con denuedo la empresa de dar nueva forma a las cumbres montañosas con sus menudas herramientas de piedra. En *Rapaiti* - detalle curioso - aun hoy día son las mujeres quienes atienden a las necesidades de la comunidad. Los hombres son cuidados y mimados casi como si fueran niños grandes.

Hasta nuestro arribo a la isla se había asegurado que en *Rapaiti* no existían piedras labradas ni figuras humanas esculpidas en la roca. Pero nosotros encontramos ambas cosas en las montañas. Los indígenas nos condujeron a una escarpadura que se cernía a gran altura sobre el valle, al este de *Morongó Uta*. Una vez allí, nos mostraron una notable cámara abierta en la roca en la cual, según la leyenda, se depositaban los cadáveres de los antiguos reyes antes de que sus restos emprendiesen su último viaje. Era aquél un magnífico ejemplo del arte de la albañilería en piedra. En la pared del acantilado habían excavado un depósito que tenía la forma de un gran sarcófago dispuesto de modo que uno de sus costados se abría al exterior. Esta abertura se había cerrado cuidadosamente por medio de cuatro sillares cuadrados unidos con tal perfección que parecía como si aquellas piedras fuesen organismos vivos que en el transcurso del tiempo hubiesen ido creciendo juntos. Junto a él, también en el acantilado, se vela una figura humana del tamaño de un niño esculpida en alto relieve. Se erguía con los brazos en alto, siniestra y amenazadora, recordándome al "rey" que vi en la cámara funeraria de Lázaro, en la isla de Pascua.

Según la tradición, los reyes de *Rapaiti* se transportaban, a su muerte, a esta cámara funeraria, a plena luz del día y en medio de gran pompa y esplendor. El rey reposaba en ella con la cabeza dirigida hacia oriente hasta que, una noche oscura, iban a buscarlo dos de sus siervos, y se lo llevaban, a hurtadillas y a través del monte, al valle de Anarua, que estaba al otro lado de la isla y en el cual había una cueva secreta donde, por generaciones, se ocultó cuidadosamente a los antiguos monarcas de *Rapaiti*.

En nuestras exploraciones dimos con algunas cavernas funerarias. La de mayores dimensiones se hallaba en el valle de Anapori, detrás de una cascada que cala por la muralla rocosa desde una altura de diez metros. En la caverna penetraba un

arroyuelo que tuvimos que vadear hundiéndonos hasta las rodillas en una masa arcillosa. Así llegamos a un terreno seco que se extendía en el interior de la roca, donde encontramos un largo subterráneo y, junto a él, varios montones de piedras que revelaban la existencia de sendas sepulturas. La orilla opuesta del lago sólo podía alcanzarse después de recorrer a nado setenta metros de aguas heladas. En aquel lugar y en medio de las más profundas tinieblas hallamos también restos de esqueletos humanos.

En el precipicio que cala como cortado a pico desde *Morongó Uta* descubrimos otra caverna funeraria de fecha más reciente. Se había excavado en aquella roca poco consistente y su acceso estaba cerrado por medio de una losa. Tres cadáveres ocupaban la caverna. Hablamos quitado la losa, pero nos apresuramos a colocarla de nuevo en su sitio al acercarse a nosotros un indígena que nos dijo amablemente que aquella tumba con tenía los restos de sus parientes más queridos.

En las proximidades había varias cámaras cerradas del mismo tipo y con muestras de haberse utilizado recientemente. En vista de que no las tocamos, el indígena nos comunicó que su abuelo yacía también en una cueva secreta abierta en el mismo acantilado, cerca de allí y tras una losa semejante. En aquella caverna excavada por el hombre yacían otros muchos cadáveres que se fueron depositando allí en el curso de varias generaciones. En la actualidad, los habitantes de *Rapaiti* mantienen lo mejor que saben aquella antigua práctica; aunque sepultan a sus muertos en tierra bendita situada en las proximidades del poblado, los emparedan en nichos laterales abiertos en las paredes de tierra al fondo de la fosa.

Las cumbres de *Rapaiti* labradas por el hombre se alzan solitarias en medio del océano como complicados monumentos marinos erigidos en recuerdo de los navegantes anónimos de siglos ya olvidados navegantes que habían recorrido muchos centenares de millas cuando arribaron a aquellas solitarias tierras. Pero, a pesar de los cientos de millas recorridos, seguía dominándoles el temor de que otros atrevidos nautas siguiesen sil estela. Aunque el océano es inmenso, hasta el más diminuto cascarón de nuez puede cruzarlo si cuenta con el tiempo suficiente, así como incluso la más pequeña azuela de piedra conseguirá vencer la roca si hay unas manos perseverantes que la manejen durante el tiempo necesario. Y el tiempo era un artículo del que aquellas antiguas gentes poseían inagotables reservas. Si es

Verdad que el tiempo es oro, ellos tenían en sus soleadas terrazas montañosas una fortuna mayor que la que puede poseer cualquier magnate moderno. Si es verdad que el tiempo es oro, sus riquezas eran tan cuantiosas como el número de piedras que había en los muros de *Morongo Uta*. Y al contemplar a la luz de estos filosóficos pensamientos las ruinas del poblado, que brillaban en el aire suspendidas entre el mar y el cielo, yo me decía que aquél era ciertamente el áureo castillo de la leyenda situado "a oriente del sol y a occidente de la luna".

Mas ningún habitante de la isla pudo indicarnos en qué punto del valle de Anarua se ocultaba la Cueva de los Reyes. Porque los siervos de aquellos soberanos, los que conocieron el camino que a ella conducían, dormían también en el corazón de la roca. Y los moradores de *Rapaiti* no poseían medio alguno de hallar la entrada de las cuevas secretas.

Pues allí nadie tenía un *aku-aku*. Nadie sabía comerse la rabadilla de un pollo.



Capítulo 11

Mi *aku-aku* dice...

La parte superior del valle de Tipi olla a cerdo salvaje. Sin embargo, no se percibía en ella la menor señal de vida humana ni animal. Era imposible oír nada. Con fragor sibilante y arrojando espuma, una cascada cala desde lo alto de la abrupta roca que me dominaba, y después de oscilar en él aire en un recorrido de veinte metros vertía sus aguas en el remanso donde yo nadaba. Me cercaban por tres lados paredes verticales de roca tan altas como la cascada y revestidas de un espeso tapiz de musgo verde y tierno que la incesante rociada mantenía fresco y húmedo. Entre el verde musgo resplandecían pequeños helechos y hojas siempre verdes que goteaban y oscilaban al recibir y derramar las gotas de agua cristalina. Las perlas líquidas saltaban, reflejando todos los colores del arco iris, de hoja en hoja, para terminar cayendo en el profundo remanso, donde danzaban unos momentos en el néctar antes de desaparecer por la orilla e ir a parar a las fauces del verde dios silvestre que las esperaba en el valle.

Aquel día hacía un calor abrasador en el valle. Yo gozaba de la pura alegría de vivir, sumergido en las frescas aguas del monte para combatir el calor. Me zambullí, bebí y por último dejé que mi cuerpo flotara, relajando todos mis músculos, asido a una piedra que rodeaba con los brazos. Desde allí disfrutaba de una magnífica vista sobre el techo de la selva. Para llegar donde me hallaba, había tenido que arrastrarme, vadear y saltar de piedra en piedra, remontando el arroyuelo por el centro, a través de una verdadera maraña de árboles vivos y muertos, revestidos de una espesa capa de musgo, helechos y enredaderas, que lo cruzaban en todas las direcciones posibles.

En aquella selva virgen no se había blandido ningún hacha desde la época en que el hierro fue introducido en el archipiélago de las Marquesas. En los días de nuestra visita, la población sólo vivía bajo las palmeras que se alineaban junto a la orilla del mar en los valles más anchurosos. Sucedió esto no sólo en Nukuhiva, donde nos hallábamos, sino en todas las demás islas del grupo. Se calcula que en él vivían unos cien mil polinesios cuando llegaron los primeros europeos. Hoy este número se ha reducido a dos o tres mil. En otros tiempos, la isla estuvo habitada en su

totalidad: al remontar el riachuelo vi muchas paredes cubiertas de verdor que asomaban entre la espesura. Pero en aquel momento podía considerarme dueño y señor de todo el valle de Taipi que Melville hizo famoso, pues la aldehuela próxima a la ensenada en que estaba fondeado nuestro barco quedaba oculta por una lejana curva del vallé. Precisamente en aquel lugar, después de aquella curva y en el interior del valle, se erguían inmóviles las siluetas rojas y rechonchas de once figuras en un claro abierto por nosotros en la selva. A nuestra llegada, ocho de ellas estaban cubiertas por la espesura, pero permanecían en posición vertical. En cambio, las tres restantes sólo cuando nosotros las levantamos vieron la era a los hombres cristianos. Habían permanecido tendidas de bruces y con la cara oculta en el suelo desde los días en que los isleños subían al templo para orar y hacer sacrificios ante aquellas figuras que representaban antepasados divinizados. Después de poner en pie una de aquellas esculturas con ayuda de sogas y aparejos que le pasamos por los sobacos, vimos con sorpresa que era un monstruo bicéfalo: hasta entonces no se había encontrado en el Pacífico ninguna estatua de esta clase. Mientras Ed levantaba un plano de las ruinas, Bill inició las excavaciones con la esperanza de poder fechar las antiguas figuras de piedra. Era increíble que aquélla fuese la primera vez que se emprendían excavaciones arqueológicas en una isla del archipiélago de las Marquesas, a pesar de su riqueza en restos de la cultura antigua. Solamente un arqueólogo había realizado estudios allí, pero sin hacer excavaciones. Bill tuvo suerte. Bajo la maciza plataforma de piedra sobre la que se alzaba la estatua encontró gran cantidad de carbón susceptible de fecharse, lo que nos permitirla comparar las edades de aquellas figuras con las de la isla de Pascua. Por si esto fuese poco, recibimos la salutación de un viejo "*oreja-larga*". Quizá lo enterraron allí con todos los honores, aunque también cabía en lo posible que los caníbales de las Marquesas lo hubiesen sacrificado para devorarlo. Únicamente quedaron de él sus grandes discos auriculares y un puñado de huesos resecos ocultos en una cavidad abierta en la plataforma de mampostería. El análisis del carbono radioactivo reveló que las estatuas más antiguas del archipiélago de las Marquesas se levantaron alrededor del año 1300 de la Era Cristiana, o sea unos novecientos después de que el hombre se estableciera en la isla de Pascua. Esto

desmiente la teoría mantenida por algunos de que las pequeñas figuras de piedra de las Marquesas pueden ser los antecesores de la isla de Pascua.

Mientras nosotros trabajábamos en la selva de Nuku-hiva, Arne y Gonzalo se quedaron con una brigada de obreros entre las palmeras de Hivaoa, una isla del mismo archipiélago situada mucho más al Sur. Como acababan de dar cima a sus trabajos de Raivaevae, la expedición había reconocido ya todas las islas de la extensión oriental del Pacífico que poseían estatuas de piedra. En Raivaevae, nuestros compañeros realizaron excavaciones en dos templos antiguos, donde hallaron numerosas estatuillas que hasta entonces nadie había visto. Después de esto desembarcaron en Hivaoa, donde efectuarían excavaciones para obtener una fecha y sacarían un molde de la mayor estatua del archipiélago de las Marquesas. Esta figura media únicamente dos metros y medio de pies a cabeza, de modo que era un enano comparada con los colosos de la isla de Pascua. Arne y Gonzalo gastarían en Hivaoa las últimas bolsas de escayola dental que nos quedaban, pues la mayor parte de las tres toneladas con que embarcamos las empleamos en la isla de Pascua para sacar un molde de un gigante de diez metros de altura, cuya reproducción se alzaría en el museo "*Kon-Tiki*", de Oslo, sobre una gruta atestada de piedras de caverna.

Mientras yo permanecía tendido en las frescas aguas del remanso, reviviendo las incidencias de nuestro viaje, comprendí, de pronto y plenamente, hasta qué punto el solitario puesto avanzado de la isla de Pascua descollaba entre todas las islas polinésicas como un centro cultural de suprema importancia. Las once pequeñas y grotescas figuras que se alzaban en el valle, a mis pies, y el grupo de otras semejantes observadas por Arne en el valle de Puamau, en Hivaoa - esto era todo cuanto nos ofrecieron las Marquesas-, parecían algo secundario e insignificante al contrastarlas con la multitud de altivos colosos que se erigieron en la isla de Pascua durante sus dos primeros periodos; algo así como migajas caldas de la mesa de un rico. Lo mismo ocurría con las escasas figuras de Pitcairn y Raivaevae. La isla de Pascua, con su cultura arraigada profundamente, descollaba sobre las demás islas como una piedra angular en la prehistoria del este del Pacífico. Ninguna otra isla podía arrebatarse su arrogante título de "Ombligo del Mundo".

Un erudito moderno atribuye el mérito de cuanto ha sucedido en la isla de Pascua a su clima. Considera que este clima, relativamente fresco, no fue un buen estimulante para las tendencias eróticas e indolentes que prevalecen en las demás islas, y que la falta de árboles y madera para producir tallas llevó a sus residentes a servirse de la dura roca. En lo que se refiere a la vida amorosa de la isla de Pascua, pudimos escuchar una versión algo distinta de labios de algunos de nuestros marineros. Y si las bajas temperaturas y la falta de arbolado bastasen para impeler al hombre a levantar monumentos de piedra, no dejaría de ser sorprendente que en Islandia no hubiera enormes estatuas esculpidas por los vikingos que allí se establecieron. Pero ninguna de las antiguas civilizaciones de Europa ni de Norteamérica dejó monolitos de forma humana como huella de su paso; ni siquiera los esquimales. Y, sin embargo, se los encuentra en una faja ininterrumpida que va desde Méjico al Perú, atravesando las selvas tropicales de América Central.

No es natural que un indígena cualquiera se dirija a la ladera del monte más próximo con una herramienta de piedra en la mano para esculpir con ella la dura roca. Hasta la fecha, nadie ha visto que un polinesio, ni siquiera los de las zonas más frías de Nueva Zelanda, hiciera nada semejante. Para poder obrar de este modo, suele requerirse la experiencia de muchas generaciones. Y la experiencia sola tampoco basta. Se necesitan hombres animados de un fanático deseo de trabajar y crear, hombres del tipo del alcalde de la isla de Pascua. Y aquel maldito alcalde ciertamente no pertenecía al tipo polinesio. Aún me parece estar viéndole, de pie ante la puerta de su casa, con el suelo en torno suyo sembrado de extrañas figuras. A su lado, hacía la izquierda y al nivel de su rodilla, se erguía su pequeño e invisible *aku-aku*.

Yo empezaba a temblar. En vista de ello, salí a gatas del frió remanso y me tendí sobre un peñasco batido por el sol. Sobre mi cuerpo caían como rocío las finas salpicaduras de la cascada mientras yacía allí adormilado, y gracias a ellas la vida era fresca y absolutamente deliciosa aún bajo el sol tropical. Me hallaba mentalmente en la isla de Pascua. Mis pensamientos eran mi *aku-aku*, y lo podía enviar adonde me viniese en gana con la misma rapidez que el alcalde mandaba el suyo a Chile o a otros países lejanos.

Traté de imaginarme claramente cómo sería el *aku-aku* del alcalde; pero era muy posible que ni siquiera el propio don Pedro tuviese una idea exacta del aspecto de su invisible acompañante. No obstante, éste debía reunir, sin duda, el trasfondo de sus pensamientos, de su consciencia e intuición, de todo, en fin, cuanto podía contribuir a formar la idea de un espíritu invisible, de un ser libre y sin trabas, desprovisto de huesos, capaz de obligar a hacer al cuerpo las cosas más extrañas mientras tuviera vida, y de quedarse aún a guardar la caverna de su dueño cuando éste y sus huesos se hubiesen convertido en polvo.

Cuando don Pedro Atán pedía consejo a su *aku-aku*, permanecía tan inmóvil y silencioso como cuando conversaba con su difunta abuela. Ésta desapareció, llevándose los pensamientos de su nieto, cuando yo cometí la imprudencia de hablar. El alcalde había estado sumido en profunda meditación, escrutando su propia consciencia y prestando oído a sus propias intuiciones. Hablaba con su *aku-aku*. Éste, sea cual fuere el nombre que se le dé, es esa parte del ser humano que no puede medirse por metros ni por kilos. El alcalde lo llamaba "mi *aku-aku*". Y, cuando no podía ponerlo en otra parte, lo colocaba junto a su rodilla izquierda. Cosa que, bien mirada, no tenía nada de particular, pues aquel duendecillo se pasaba la vida corriendo por los lugares más extraños.

Me compadecí de mi propio *aku-aku*. Éste me había seguido durante un año como un perrito al que se lleva con correa, sin libertad para corretear por el universo infinito. Me parecía oír su voz quejumbrosa.

-Te estás emollecando y convirtiendo en un hombre demasiado prosaico - me decía-. Lo único que te interesa ya son los hechos escuetos. ¿Por qué no piensas un poco más en los aspectos románticos que tenía la vida en estas islas en otros tiempos? Piensa también en los destinos humanos, en todas las cosas que no se pueden sacar de la tierra con ayuda de un pico y un azadón. -Pertenezco a una expedición científica - repuse-. Me he pasado casi toda la vida entre sabios, y éstos me han enseñado el primero de sus mandamientos, que dice: "La labor científica es investigación pura; evita las hipótesis y los intentos de demostrar esto o aquello".

-Infringe ese mandamiento - dijo mi *aku-aku*-. Envía al cuerno a los sabios.

- ¡No!- -repliqué, tajante-. Ya lo hice al venir a estas islas en una balsa. Esta vez se trata de una expedición arqueológica.

-¡Bah! - exclamó mi *aku-aku*-. Los arqueólogos también son hombres. Créeme; yo he estado cerca de ellos y lo he podido comprobar.

Ordené a mi *aku-aku* que se callase y tiré un poco de agua a un mosquito que se había aventurado a llegar allí y volaba entre la neblina de la cascada. Pero mi *aku-aku* persistió en su actitud, sin poderlo remediar.

-¿De dónde crees que proceden los pelirrojos de la isla de Pascua? - me preguntó.

-¡Basta!-le ordené-. Yo sólo sé que esa gente ya vivía allí cuando llegaron a la isla los primeros europeos, que el alcalde desciende de ella y que todas las estatuas Antiguas representan hombres con tocados rojos. Si seguimos por este camino, pronto pisaremos tierra movediza.

-Tampoco pisaban terreno firme los pelirrojos que descubrieron la isla de Pascua. Si lo hubiesen pisado, nunca habrían llegado a ella - observó mi *aku-aku*.

-No me gusta hacer cábalas ni deducciones - contesté, volviéndome hasta quedar de bruces-. Sólo quiero hablar de lo que sé.

-Muy bien. Pues dime tú lo que sepas, y yo añadiré lo que ignores - dijo mi *aku-aku*, considerando que así estaríamos en condiciones de entendernos-. ¿Crees que el pelo rojo se debe también al clima de la isla - prosiguió - o lo atribuyes a otra cosa? -No digas sandeces - repliqué-. Hay que suponer que en el pasado desembarcó en la isla gente de cabello rojo, o que por lo menos algunos de los primeros pobladores tenían el pelo de ese color. -¿Habla pelirrojos en algún lugar vecino? -Si, en ciertas islas. En el archipiélago de las Marquesas, por ejemplo.

-¿Y en el continente americano? -También en el Perú. Cuando los españoles descubrieron el Imperio Inca, Pedro Pizarro hizo constar por escrito que, si bien la mayoría de los indios andinos eran morenos y de escasa estatura, los miembros de la familia inca que los gobernaba eran altos y poseían una tez más blanca que la de los mismos españoles. Y citó, en particular, el caso de algunos individuos del Perú que tenían la piel blanca y los cabellos rojos. Las momias nos confirman este aserto, pues se han hallado algunas de parecidas características. En la costa del Pacífico se extienden los desiertos arenales de Paracas, donde hay espaciosa cavernas funerarias excavadas por el hombre y, en ellas, buen número de momias perfectamente conservadas. Cuando se les quita los envoltorios, cuyos variados colores no han perdido nada de su brillantez, algunas de esas momias muestran los

ásperos y espesos cabellos negros de los indios actuales; pero hay otras, conservadas en las mismas condiciones, que dejan al descubierto cabellos rojos y, a veces, castaños, sedosos y ondulados como los de los europeos. Estas momias tienen cráneos dolicocefalos y su estatura es notablemente elevada. Su aspecto es muy distinto del de los actuales indios peruanos. Los expertos en cuestiones capilares han demostrado, mediante análisis microscópicos, que estos cabellos rojos muestran todas las características que de ordinario distinguen el pelo del hombre nórdico del que poseen los mongoles y los indios americanos.

-¿Y qué dicen las leyendas? A través del microscopio no se puede ver todo.

-¿Las leyendas? ¡Bah! No demuestran nada.

-Pero ¿qué dicen? -Pizarro preguntó quiénes eran aquellos pelirrojos de tez blanca, y los incas le contestaron que los últimos descendientes de los viracochas, añadiendo que éstos pertenecían a una raza divina de hombres blancos y barbudos. Eran tan parecidos a los europeos que se llamó a estos viracochas cuando se presentaron en el Imperio Inca. Todos los historiadores admiten que a esta razón se debió que Francisco Pizarro, sólo con un puñado de españoles, pudiese penetrar hasta el corazón del territorio inca y capturar al rey solar y todo su vasto imperio, sin que los numerosos y aguerridos ejércitos incas se atreviesen ni siquiera a tocarles un pelo. Los incas creyeron, que eran los viracochas, que habían vuelto en sus barcos por el Pacífico. Según su principal leyenda, antes del reinado del primer Inca, el dios solar Con-Ticci Viracocha abandonó su reino del Perú y se hizo a la vela en el Pacífico con todos sus súbditos.

"Cuando los españoles llegaron al lago Titicaca, enclavado en el corazón de los Andes, descubrieron las más grandiosas ruinas de Sudamérica: Tiahuanaco. Vieron una colina a la que se había dado la forma de una pirámide escalonada, edificios de albañilería contruidos con enormes sillares labrados y encajados con singular maestría, y gran número de enormes estatuas de piedra de forma humana. El cronista Cieza de León preguntó a los indios quiénes habían dejado tras sí aquellas imponentes ruinas y ellos les contestaron que aquellas construcciones se habían levantado mucho antes de que los Incas llegasen al poder y que habían sido obra de hombres blancos y barbudos como los españoles. Aquellos hombres abandonaron un día sus estatuas y se marcharon con su caudillo Con-Ticci Viracocha, primero

hasta Cuzco y después hasta las orillas del Pacífico. Recibieron el nombre inca de viracochas, que significa "espuma marina", porque su tez era blanca y se desvanecieron como la espuma sobre el mar.

-¡Vaya! -dijo mi *aku-aku*-. Esto empieza a ponerse interesante.

-Pero no demuestra nada - objeté.

-No, nada - coreó mi *aku-aku*.

Me tiré de cabeza al remanso para refrescarme, pues volvía a tener demasiado calor, y cuando volví a la roca, mi *aku-aku* se presentó de nuevo.

-El alcalde también procede de una familia pelirroja- dijo. Y tanto él como los antepasados suyos que esculpieron las grandes estatuas de la isla de Pascua se dieron a sí mismos el nombre de "*orejas-largas*". ¿No te parece extraño que tuvieran la molesta costumbre de alargarse las orejas hasta que les llegaban a los hombros? -Eso no tiene nada de extraño- dije. En las islas Marquesas existía la misma costumbre, y también en Borneo y en algunas tribus africanas.

-¿Y en el Perú? -También. Según los cronistas españoles, las más linajudas familias incas se daban a sí mismo el nombre de orejones, porque se les permitía alargarse artificialmente los lóbulos para distinguirse de sus súbditos. La perforación de las orejas para alargarlas se acompañaba de una solemne ceremonia. Según señaló Pedro Pizarro, los hombres de tez blanca figuraban especialmente entre estos "*orejas-largas*".

-Y la leyenda, ¿qué dice? -La que circula en la isla de Pascua afirma que tal costumbre vino de fuera. El primer rey de la isla llegó a ésta en compañía de numerosos "*orejas-largas*" y en una embarcación de alto bordo, después de viajar durante sesenta días hacia el punto por donde el sol se pone, realizando una travesía iniciada en oriente.

-¿En oriente? A oriente estaba el Imperio Inca. ¿Y qué dice la leyenda Peruana? - Pues, según ésta, Con-Ticci Viracocha iba acompañado de buen número de "*orejas-largas*" cuando se embarcó rumbo a poniente. Lo último que hizo antes de zarpar del Perú fue visitar Cuzco, situado hacia el Norte y en el camino que siguió desde el lago Titicaca hasta la costa del Pacífico. En Cuzco nombró un jefe llamado Alcaviza y decretó que todos sus sucesores se alargasen las orejas después de su partida. Cuando los españoles llegaron a orillas del lago Titicaca, los indios de aquella región

les contaron que Con-Ticci Viracocha había sido el caudillo de un pueblo de "*orejas-largas*" que navegaba por el lago en embarcaciones de totora. Aquellos hombres se horadaban las orejas para introducirse en ellas grandes anillos de totora y se daban el nombre de ringrim, que significa "oreja". Los indios explicaron también que fueron estos "*orejas-largas*" quienes ayudaron a Con-Ticci Viracocha a transportar y levantar los colosales sillares pétreos de más de cien toneladas que se velan abandonados en Tiahuanaco²⁵.

-¿Cómo manejaban esos enormes sillares? -No se sabe - tuve que admitir-. Los "*orejas-largas*" de Tiahuanaco no nos legaron ningún alcalde celoso guardián de su secreto que pudiese demostrar a la posteridad cómo operaron. Pero sabiendo que poseían carreteras pavimentadas como las de la isla de Pascua, se puede pensar que las utilizaran para el transporte y que los mayores sillares debieron de recorrer cincuenta kilómetros sobre las aguas del lago Titicaca en enormes embarcaciones de totora, ya que eran de una clase de piedra que únicamente existe en el volcán extinto de Kapiá, situado junto a la orilla opuesta. Los indios de esta región me indicaron el punto, contiguo a la orilla y al pie del volcán, en que se acumulaban los gigantescos bloques, y donde aún se ven colosales sillares labrados dispuestos para su transporte a través del gran mar interior. Todavía existen allí las ruinas de un muelle que los indios conocen por el nombre de *Taki Tiahuanaco Kama*, "La carretera de Tiahuanaco". A propósito: ¿sabes cómo llaman a la montaña vecina? "El Ombligo del Mundo".

-Ya me eres más simpático - dijo mi *aku-aku*-. Esto empieza a gustarme.

-Pero si no tiene ninguna relación con la isla de Pascua observé.

-¿Cómo que no? ¿Acaso no era la *Scirpus totora* la planta que aquellos hombres empleaban para la construcción de sus barcos? ¿Y no era ésta la singular planta acuática traída por los habitantes de la isla de Pascua y cultivada en los pantanosos cráteres de los volcanes extintos? -Sí.

-Y la planta más importante de la isla de Pascua cuando Roggeveen y el capitán Cook llegaron a ella, ¿no era la batata, llagada *kumara* por los isleños? -En efecto.

-Y ¿no han demostrado los botánicos que este vegetal es también sudamericano, y que sólo puede haber llegado a la isla de Pascua mediante un cuidadoso transporte,

²⁵ Las diversas leyendas incas acerca de sus predecesores blancos y barbudos del Perú se relatan en las págs. 224-268 de la obra del autor *American Indians in the Pacific*

y, en fin, que el nombre de kumara era el mismo que empleaban los indios en extensas regiones del Perú para denominar semejante planta? -Así es.

-Entonces, permíteme que te haga una última pregunta. Después yo mismo te diré la respuesta. ¿Podemos dar por sentado que los predecesores peruanos de los incas eran navegantes, así como sabemos que lo eran los propios incas a la llegada de los españoles? -Sí. Sabemos que visitaron una y otra vez las islas Galápagos, y también sabemos de gran cantidad de orzas de deriva provistas de asas labradas que se conservan en las tumbas preincaicas de Paracas, en compañía de las momias de cabellos rojos y elevada estatura. Las orzas de deriva no pueden utilizarse sin velas, y la vela no puede emplearse sino en una embarcación. Una sola orza de deriva en una tumba preincaica puede decirnos más acerca de la elevada técnica náutica del antiguo Perú que cualquier disertación o leyenda inca.

-En ese caso, voy a decirte una cosa.

-No quiero escucharte. Sacas conclusiones prematuras. No te atienes a los hechos escuetos. Formamos parte de una expedición científica, no de una agencia de detectives.

- En eso estamos de acuerdo - dijo mi *aku-aku*-. Pero no creo que Scotland Yard llegase muy lejos si sólo se dedicase a recoger huellas dactilares, no molestándose en capturar al ladrón.

No supe qué responder. Mi *aku-aku* siguió importunándome.

-Muy bien, no se hable más de ello. Pero resulta que en la isla de Pascua, unos hombres que tenían las *orejas-largas* y los cabellos rojos esculpieron estatuas de *orejas-largas* con tocados rojos. Pudieron hacerlo porque pasaban frío, o bien porque procedían de un país donde estaban acostumbrados a transportar piedras de grandes dimensiones y a erigir estatuas. Pero después de ellos llegaron los "*orejas-cortas*". Y éstos eran polinesios que no pasaban frío y que encontraron en la isla de Pascua la madera suficiente para tallar todo cuanto les vino en gana. Tallaron hombres-pájaros y modelos de misteriosos duendes con barba, largas orejas y enormes y ganchudas narices incas. ¿De dónde procedían los "*orejas-cortas*"?

-De otras islas de la Polinesia.

- ¿Y de dónde procedían los polinesios? -Su idioma demuestra que son parientes lejanos de la raza de pequeña estatura y nariz chata que poblaba el archipiélago malayo, entre Asia y Australia.

-¿Y cómo llegaron a la Polinesia desde allí? -No se sabe. No se ha descubierto huella alguna de su viaje ni allí ni en las tierras insulares intermedias. Personalmente, creo que siguieron la corriente que sube por la costa de Asia hasta el noroeste de América. En esa zona, en las islas situadas frente a la costa, hay claros indicios de su paso. Además, sus enormes canoas dobles y provistas de puente podían transportar sin dificultad hombres y mujeres por la misma corriente e impelidas por los mismos vientos hasta Hawai y las otras islas. Lo indudable - dije para terminar - es que la isla de Pascua fue la última que alcanzaron, llegando quizás a ella tan sólo un siglo antes que los europeos.

-Pues si los *"orejas-largas"* llegaron del Este y los *"orejas-cortas"* del Oeste, eso quiere decir que es posible navegar en ambas direcciones por estos mares, ¿no es cierto? -Desde luego que es posible; pero resulta mil veces más fácil hacerlo en una dirección que en otra. No olvides lo que les pasó a nuestros primeros exploradores. Fue necesario esperar a que se descubriese América para poseer la clave que permitirla descubrir las islas del Pacífico. Los europeos habían puesto la planta en Indonesia y en las costas del Asia, y llevaban allí mucho tiempo sin que ni una sola nave intentase penetrar en el Pacífico, contra los vientos y las corrientes dominantes. Sólo cuando Colón les hubo abierto las puertas de América, pudieron los portugueses y los españoles seguir adelante, partiendo del Nuevo Mundo y teniendo el viento y las corrientes a su favor, lo que les permitió descubrir la totalidad del inmenso Pacífico. Tanto el descubrimiento de la Polinesia como el de la Melanesia se debió a navegantes españoles que siguieron la dirección de las corrientes desde el Perú, por consejo de los marineros incas, Incluso la Micronesia, con las Palaos y las demás islas que se extienden frente a las costas de Asia, las descubrieron hombre que partieron de América del Sur. Expedición tras expedición, los navegantes iban penetrando, en las inmensidades del Pacífico, siempre zarpano de América y nunca de Asia. Las embarcaciones de la época ni siquiera podían regresar por la ruta que habían seguido a través del Pacífico en su viaje de ida. Por espacio de dos siglos, todas las carabelas partieron de Méjico y del Perú para cruzar

la zona tropical del Pacífico hacía el Oeste, en dirección a las costas del Asia; pero, en su regreso a América, tuvieron que subir hacía el Norte a favor de la corriente del Japón, para seguir la desolada ruta del Pacífico Norte, a gran distancia de las islas de Hawai. No es lógico esperar que las canoas malayas o las balsas de madera y embarcaciones de totora de los incas fuesen capaces de hacer más que las carabelas europeas. ¿Te acuerdas del francés De Bisschop, que se disponía a hacerse a la mar en una balsa de bambú cuando nosotros llegamos a Tahiti? Antes ya había intentado trasladarse de Asia a Polinesia en una embarcación de tipo primitivo, pero no lo consiguió. Luego probó lo contrario, o sea navegar de Polinesia a Asia. Esta vez obtuvo el éxito más clamoroso. Ahora se dispone a ir en balsa desde la Polinesia a América. Para ello tendrá que descender mucho, a fin de alcanzar la corriente fría del Antártico, que se dirige hacia el Este. Siendo europeo, quizá podrá soportar los helados ventarrones de aquellas latitudes. Pero, suponiendo que consiga llegar sano y salvo a unos cuantos centenares de millas de la costa sudamericana, aquí empezará para él la peor parte del viaje, pues la corriente que se dirigía hacia el Este tuerce de pronto hacía el Norte, y si no puede vencerla se verá arrastrado de nuevo hacía la Polinesia, como la balsa *Kon-Tiki* y un solitario norteamericano que siguió nuestro ejemplo en otra balsa²⁶. Una cosa es viajar en un vapor o trazar el rumbo con el compás sobre una carta marina, y otra muy diferente viajar en una embarcación primitiva sobre el inquieto océano.

Esperé a ver qué decía mi *aku-aku*, pero éste se había quedado profundamente dormido.

-¿Dónde nos hablamos quedado?-, exclamó cuando le zarandeeé para que se despertarse-. ¡Ah, sí!, hablábamos de los ""orejas-cortas". Eran parientes lejanos de los malayos, ¿no? -Sí; pero muy lejanos, porque, desde luego, ellos no eran malayos. En sus errabundeos por el Pacífico debieron de detenerse en alguna zona habitada, donde su idioma se modificó considerablemente y cambiaron por completo sus características raciales. En el aspecto físico, los polinesios y los malayos contrastan en todas sus características, desde la forma del cráneo y la nariz hasta la estatura y el tipo sanguíneo, según aseguran los expertos en razas.

²⁶ Luego supimos que la balsa de De Bisschop envió señales pidiendo auxilio y que un barco de guerra recogió a sus tripulantes, mientras la balsa de bambú se deshacía en la impetuosa corriente de Humboldt antes de alcanzar la isla de Juan Fernández, la isla de Robinson Crusoe

Únicamente expertos en idiomas pueden señalar alguna relación entre ellos. Esto es lo notable.

- ¡Caramba! Y ¿a quién debe creer un lego en la materia? -A ambos, mientras se limiten a exponer sencillamente estos hechos. Pero a ninguno de los dos si dejan de consultarse entre sí y se dedican a recomponer el rompecabezas por su propia cuenta y riesgo. Ahí reside la fuerza de la-investigación pura - concluí.

- Y ahí está, también su mayor debilidad - objetó mi *aku-aku*-. Con el fin de profundizar cada vez más en sus respectivas disciplinas, la hueste de especialistas hace cada vez más estrecho su campo de estudio y profundiza cada vez más en su respectivo agujero, hasta que pierde totalmente de vista a los que profundizan en los agujeros contiguos. Pero los tesoros que con su esfuerzo salen a la luz quedan depositados en la superficie del suelo. Y allí debe sentarse un especialista muy distinto, el único que aún nos falta. Éste no se meterá en ningún agujero, sino que permanecerá en la superficie haciendo encajar los hechos más dispares.

-Esa tarea es para los *aku-akus* - dije.

-No, es para los hombres de ciencia -dijo mi *aku-aku*-. Pero nosotros podemos proporcionarles algunas sugerencias útiles. -Hablábamos acerca de una posible relación entre malayos y "*orejas-cortas*" - dije-. ¿Qué opinarlas tú, como *aku-aku*, en un caso en que el idioma dijese que si y la raza que no? -Si el idioma sugiriera que los negros de Harlem y los indios de Utah procedían de Inglaterra, yo me atenderla a la opinión de los expertos en razas.

-No nos salgamos del Pacífico. Demostrarás ser un estúpido si haces caso omiso de las conclusiones que han sacado los expertos en idiomas. El idioma no puede propagarse por sí solo con el viento.

-El lenguaje se extiende por senderos tortuosos -dijo mi *aku-aku*-. Mas lo que es; seguro es que no puede propagarse por sí solo contra el viento, y si las características físicas no concuerdan, ello indica que algo raro sucedió por el camino, tanto si la migración se efectuó directamente de Oeste a Este o viceversa por la ruta del Sur, como si se realizó más indirectamente por la ruta septentrional extrema.

* * *

Por el fondo del valle cabalgaba un jinete solitario. Era el médico de la expedición, que regresaba a campo traviesa de la aldea de Taiohae con una bolsa repleta de tubos de ensayo llenos de sangre. Había recogido muestras en todas las islas que hablamos visitado. Jefes, ancianos y autoridades locales le habían ayudado a escoger aquellos que todavía se consideraban de ascendencia pura. Hablamos enviado las muestras por avión, en termos llenos de hielo, desde Tahiti al Commonwealth Serum Laboratories de Melbourne. Nuestra siguiente remesa se enviarla, también por vía aérea, desde Panamá. La primera se la había llevado el Pinto. Nunca hasta entonces sangre fresca procedente de indígenas de aquellas islas había llegado a un laboratorio en condiciones tales que permitieran el estudio y determinación de todos sus factores hereditarios. Anteriormente, sólo se había estudiado el grupo A-B- 0, y sé demostró que las tribus indígenas de la Polinesia carecían del importante factor B, inexistente, asimismo, entre todos los indios americanos, mientras prevalecía en todos los pueblos situados desde la India y la China hasta el archipiélago malayo, Melanesia y Micronesia.

-No sé lo que nos revelará esa sangre - dije a mi *aku-aku*.

A la sazón yo no sabía que el doctor Simmons y sus colegas llevarían a cabo el más completo análisis de sangre realizado hasta hoy sobre pueblo alguno de la tierra. Tampoco sabía que estos investigadores descubrirían que todos los factores hereditarios indicaban una descendencia directa de la primitiva población americana, separando claramente, al propio tiempo, a los polinesios de los malayos, melanesios, micronesios y otros pueblos asiáticos. Ni siquiera mi propio *aku-aku* se hubiera atrevido a decirme esto en mis -o sus - más descabellados sueños.

Como empezaba a sentir frío, me vestí. Dirigí una última mirada a la cascada que se despeñaba por el precipicio y vi como las gotas se escurrían por el musgo. En la corriente giraban algunas flores amarillas de hibisco, que bailaban al caer por el borde del remanso, hacía la selva que se extendía a nuestros pies. Yo también seguí la corriente. Así resultaba mucho más fácil avanzar; pues el agua en movimiento era el guía más antiguo utilizado por los viajeros: el que los conducía al océano y más allá.

* * *

Horas más tarde estábamos todos reunidos en el puente y la cubierta de popa. Incluso los maquinistas subieron a contemplar, impresionados, el paisaje mientras nuestro barquichuelo se deslizaba frente a la fragosa costa y las imponentes paredes rojas de la montaña se cerraban poco a poco sobre el delicioso valle de las Marquesas como una enorme puerta corrediza. Aún velamos la indómita selva que descendía, verde e impenetrable, por las enhiestas laderas del valle en dirección al mar. Los elegantes cocoteros, semejantes a fugitivos del verde ejército que les seguía, se alineaban en la playa sobre sus lindas piernas, dando una alegre bienvenida a los que llegaban y despidiéndose con tristeza de los que partían. Para estos últimos, la isla no mostraba ya una cultura: era tan sólo belleza salvaje. Nos recreábamos en el goce de su aspecto y de sus perfumes. Pronto todo se confundiría formando una sombra vaga sobre el borde azul del cielo antes de hundirse con el sol poniente en el mar que dejábamos atrás.

Permanecíamos erguidos bajo el sol tropical, con frescas y perfumadas guirnaldas de flores pendientes del cuello. Siguiendo la tradición del país, teníamos que arrojar las guirnaldas al océano, a la vez que rogábamos por nuestro regreso a aquellas islas encantadas. Pero no nos decidíamos a hacerlo. Cuando las tirásemos por la borda, ellas se alejarían sobre el mar, poniendo así punto final a nuestra aventura. Yo había lanzado ya dos veces mi guirnalda al despedirme de aquel mundo seductor, de aquellas islas de los Mares del Sur, y había regresado por tercera vez. Las primeras guirnaldas volaron por el aire y quedaron flotando en el mar. Luego siguieron las del capitán y el segundo, arrojadas desde el puente; la de mi hijo Thor y el pinche, encaramados en el mástil más alto; las de los arqueólogos y los marineros; la del fotógrafo, la del médico, la de Yvonne y la mía. Anita, de pie en una silla, observaba el espectáculo asomando la naricilla sobre la alta borda. Pugnó unos momentos por quitarse la guirnalda del cuello, se puso de puntillas y la tiró con todas sus fuerzas por encima de la borda y hacía abajo.

La levanté para bajarla de la silla y me asomé por encima de la borda. Veintitrés guirnaldas rojas y blancas se mecían alegremente sobre la estela del barco. La de Anita no se encontraba entre ellas. Su pequeña guirnalda había quedado prendida

en la borda de la cubierta inferior. Yo la miré por unos momentos. Luego bajé apresuradamente y la arrojé al mar. No sé por qué lo hice. Miré satisfecho a mi alrededor y subí a reunirme con los demás. Nadie me había visto. Pero me pareció oír que alguien se reía.

-Eres tan incorregible como el alcalde - dijo mi aku-aku.

F I N